

NORA ROBERTS

Tres destinos



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Malachi Sullivan y sus hermanos, Gideon y Rebecca, siempre habían creído que aquella estatuilla de plata no era más que una herencia familiar hasta que les fue robada. Entonces descubrieron la historia de la obra Tres destinos, un grupo de tres pequeña esculturas separadas desde hacía mucho tiempo. Una sola poseía un precio elevado en el mercado del arte; juntas, su valor era incalculable.

Decididos a recuperar el tesoro familiar y averiguar el paradero de las otras dos estatuillas, los hermanos Sullivan emprenden una búsqueda que les lleva desde su hogar en Irlanda hasta una sala de conferencias en Helsinki, un club nocturno de Praga y las casas de subastas más prestigiosas de Nueva York. Pero en el camino, mientras se van forjando nuevas alianzas y despiertan emociones, alguien hará cualquier cosa por detenerles.

L≡**LIBROS**

Nora Roberts

Tres destinos

Para Dan y Stacie:
que el tapiz de vuestras vidas lo formen
hilos rosados de amor,
el rojo intenso de la pasión,
el azul pausado de la comprensión
y el contentamiento
y el brillante plateado del humor.

NORA ROBERTS

PRIMERA PARTE

HILAR

Oh, qué red tan enmarañada tejemos,
En nuestro primer contacto con el engaño.

Sir WALTER SCOTT

7 de mayo, 1915.

Felizmente ajeno al hecho de que veintitrés minutos más tarde estaría muerto, Henry W. Wyley se imaginó pellizcando el trasero de la rubia que había entrado en su campo de visión. Una fantasía completamente inofensiva que no perturbó en ningún sentido a la joven ni a su mujer, y a Henry le puso del mejor de los humores.

El hombre estaba sentado con el albornoz cogido entre las rodillas regordetas y la panza llena después de una comida algo tardía y abundante, junto a su mujer, Edith —su trasero, bendita sea, estaba más plano que una torta—, disfrutando de las posaderas de la moza junto con una buena taza de Earl Grey bajo el aire vigorizante del mar.

Henry, que era un hombre corpulento con una risa tronante y buen ojo para las mujeres, no se molestó en acercarse junto con los otros pasajeros a la baranda para contemplar la reluciente costa de Irlanda. Ya la había visto antes y supuso que tendría muchas ocasiones para volver a verla si quería.

Aunque, la verdad, no acababa de entender qué veía la gente en los acantilados y la hierba. Él era un amante de la ciudad, prefería la solidez del acero y el hormigón. Y, en aquel momento en particular, estaba mucho más interesado en las delicadas galletas de chocolate que servían con el té que en la vista.

Sobre todo cuando la rubia se fue.

Edith le rogó que no se excediera, y a pesar de ello él se zampó tres galletas alegremente. La mujer, siendo como era, se contuvo. Fue una pena que se negara a sí misma aquel pequeño placer en los últimos momentos de su vida. Pero moriría igual que había vivido, preocupada por el excesivo peso de su marido y limpiándole las migas que le caían sobre la camisa.

En cambio, Henry no veía nada malo en mimarse. Después de todo, ¿qué sentido tenía ser rico si no te podías permitir los caprichos más exquisitos? Él había sido pobre y había pasado hambre. Rico y bien comido se estaba mucho mejor.

Nunca había sido guapo, pero cuando un hombre tiene dinero se dice que es recio y no gordo, interesante en lugar de campechano. Y Henry apreciaba

aquella distinción tan absurda.

Justo antes de dar las tres de aquel radiante día de mayo, la brisa agitó su pequeño y extraño tupé de color carbón y sus mofletes coloridos. Llevaba un reloj de oro en el bolsillo, una aguja de rubí en la corbata. Su Edith, flaca como un pollo, vestía con lo mejorcito de la *couture* parisina. Él tenía una fortuna de casi tres millones. No tanto como Alfred Vanderbilt, que también estaba cruzando el Atlántico, pero sí lo bastante para sentirse satisfecho. Lo bastante, pensó con orgullo mientras consideraba la posibilidad de atacar una cuarta galleta, para pagar el alojamiento de primera clase en aquel palacio flotante. Lo bastante para que sus hijos hubieran recibido la mejor educación y saber que sus nietos la recibirían también.

Suponía que tener lo mejor era más importante para él que para Vanderbilt porque, al fin y al cabo, Alfred nunca había tenido que conformarse con nada que fuera de segunda.

Su mujer no dejaba de parlotear de lo que harían cuando llegaran a Inglaterra, y él la escuchaba sólo a medias. Sí, harían visitas y las recibirían. No quería que pasara todo el tiempo con sus socios o reuniendo género para el negocio.

Él decía que sí a todo con su habitual amabilidad y, a causa del gran afecto que sentía por ella después de casi cuarenta años de matrimonio, se ocuparía de que estuviera entretenida durante aquel viaje al extranjero.

Pero él tenía otros planes, el único motivo de que estuvieran en aquel crucero primaveral.

Si su información era correcta, pronto adquiriría la segunda diosa. La pequeña estatuilla de plata era un reto personal que se había puesto a sí mismo desde que el azar quiso que se hiciera con la primera de las tres.

También tenía localizada la tercera y se pondría con ella en cuanto la segunda estuviera en su poder. Cuando tuviera el grupo completo... bueno, eso sí que sería primera clase.

Wy ley's Antiques no tendría rival.

Satisfacción personal y profesional, meditó. Y todo por tres pequeñas damas de plata, que costaban un buen pico por separado. Y juntas tenían un precio incalculable. Quizá podía cederlas durante un tiempo al Metropolitan. Sí, le gustaba la idea.

LAS TRES DIOSAS DEL DESTINO
CEDIDAS POR LA COLECCIÓN PRIVADA
DE HENRY W. WYLEY

Edith tendría sus nuevos sombreros, pensó, sus veladas y sus paseos vespertinos. Y él conseguiría el premio de toda una vida.

Suspirando de satisfacción, Henry se recostó y disfrutó de su última taza de Earl Grey.

Felix Greenfield era ladrón. No se avergonzaba ni se enorgullecía por ello. Sencillamente, es lo que era y siempre había sido.

Y, del mismo modo que Henry Wyley dio por sentado que tendría otras ocasiones de contemplar la costa irlandesa, Felix supuso que seguiría siendo ladrón por muchos años.

Era bueno en su trabajo, aunque no brillante, él era el primero en reconocerlo. Pero sí lo bastante bueno para lograr sus objetivos. Lo bastante, pensó mientras avanzaba con rapidez por los pasillos de primera clase con su uniforme de botones robado, como para reunir el dinero para pagarse un pasaje de tercera a Inglaterra.

En Nueva York las cosas estaban demasiado calientes, y la poli no le dejaba respirar por culpa de aquel robo frustrado. Y la culpa no fue suya, no del todo. Su error había sido romper su primera norma y aceptar a un socio.

Mala decisión, porque su socio temporal rompió otra norma básica. No robar nunca nada que no puedas ocultar fácil y discretamente. La avaricia había cegado al viejo Monje Dos Pintas, pensó Felix con un suspiro colándose en la suite de los Wyley. ¿En qué tenía aquel hombre la cabeza para poner los dedos sobre una gargantilla de diamantes y zafiros? Y luego se comportó como un maldito aficionado emborrachándose como un marinero cualquiera —con sus dos lagares de siempre— y fanfarroneando por lo que había hecho.

Bueno, pues ahora Dos Pintas tendría que fanfarronear en la cárcel. Aunque allí no había cerveza para soltarle esa estúpida lengua suya. El muy bastardo había cantado a base de bien y había dado su nombre a la bofia.

Le pareció que lo mejor era embarcarse en un bonito crucero, y ¿qué mejor que perderse en un barco tan grande como una ciudad?

Le preocupaba un poco que hubiera guerra en Europa, y los rumores sobre alemanes que acechaban en los mares. Pero aquello eran amenazas imprecisas y remotas. La policía de Nueva York y la idea de una larga temporada entre rejas le planteaban un problema mucho más personal e inmediato.

De todos modos, un barco como el *Lusitania* no se arriesgaría a hacer una travesía como aquélla si existiera algún peligro real. Con toda esa gente rica a bordo. Era un barco con pasaje civil y seguramente los alemanes tenían cosas mejores que hacer que amenazar a un crucero de lujo cargado de ciudadanos estadounidenses.

Desde luego fue una suerte que consiguiera un billete y se perdiera entre los pasajeros cuando tenía a la policía pisándole los talones.

Pero tuvo que partir a toda prisa y se había gastado casi todo su dinero en el

billete.

Claro está que, en un barco tan bonito y lujoso, con gente tan educada y refinada, había muchas ocasiones para coger un poco de aquí y un poco de allá.

Pero lo mejor era el dinero en efectivo. El dinero nunca tenía el tamaño o el color equivocado.

En el interior del camarote, dejó escapar un silbido. Imagínate, pensó dejándose llevar por un momento, poder viajar así.

Felix sabía tan poco sobre la decoración y el estilo del lugar donde estaba como una pulga sobre la raza de los perros a los que pica. Pero sabía que era de primera.

Sólo la sala de estar ya era más grande que su camarote de tercera, y el dormitorio era increíble.

La gente que dormía ahí no sabía nada de estrechuras, de rincones o de olores como en tercera clase. Pero no les envidiaba su suerte. Después de todo, si no hubiera gente que viviera por todo lo alto, él no tendría a quien robar, ¿no?

Y no podía permitirse andar perdiendo el tiempo con ensañaciones. Faltaban unos minutos para las tres y, si los Wyley no faltaban a su costumbre, la mujer volvería antes de las cuatro para la siesta.

Felix era muy diestro, y puso mucho cuidado en desordenar lo menos posible mientras buscaba dinero en efectivo. Supuso que las grandes cantidades las habrían dejado bajo la custodia del contador del barco, pero las damas y los caballeros de bien siempre tenían un buen fajo de billetes a mano para presumir.

Encontró un sobre donde ponía « botones » y, sonriendo, lo abrió y encontró dentro dólares bonitos y nuevos para una generosa propina. Lo metió en el bolsillo del pantalón de su uniforme prestado.

En diez minutos, ya había encontrado y expropiado casi cincuenta dólares y un par de bonitos pendientes que habían dejado descuidadamente en un bolso de noche de seda.

No tocó los joyeros, ni el de ella ni el de él. No quería problemas. Pero, mientras registraba con tiento calcetines y cajones, sus dedos rozaron un bulto sólido envuelto en terciopelo.

Felix frunció los labios y, dejándose llevar por la curiosidad, lo abrió.

Él no sabía nada de arte, pero reconocía la plata auténtica cuando la tocaba. La dama, porque era una mujer, era tan pequeña que cabía en su mano. Tenía en la mano una especie de huso, y se cubría con una túnica.

Su rostro y su figura eran adorables. Muy atractiva, sí señor, aunque parecía un poco demasiado fría y calculadora para su gusto.

Él prefería las mujeres más cortas de entendederas y alegres.

Junto con la estatuilla, había un papel con un nombre y una dirección, y una anotación: « Ponerse en contacto para segunda diosa ».

Felix meditó sobre aquello y memorizó el contenido de la nota por puro

hábito. Quizá tendría otro pollo a quien desplumar cuando llegaran a Londres.

Pensó en envolver de nuevo la estatuilla, para devolverla a su sitio, pero no lo hizo, y siguió dándole vueltas y más vueltas en las manos. En su larga carrera como ladrón, jamás se había permitido envidiar, desear o querer un objeto para sí mismo.

Lo que robaba era siempre un medio para lograr un fin, nada más. Pero en la opulenta habitación del grandioso barco, mientras aún podían verse las costas irlandesas por las ventanas, Felix Greenfield, hasta hacía poco habitual de la zona más peligrosa de Manhattan y con destino a los callejones y casas de Londres, quiso a la pequeña mujer para él.

Era tan... bonita. Y encajaba tan bien en su mano... Hasta empezaba a notar el metal más cálido. Una figurilla tan pequeña... ¿Quién iba a echarla de menos?

—No seas estúpido —susurró devolviéndola a su envoltorio de terciopelo—. Coge el dinero y lárgate.

Antes de que le diera tiempo a ponerla en su sitio, oyó algo parecido a un trueno. Bajo sus pies el suelo pareció temblar. Con la estatuilla aún en la mano, mientras el barco se sacudía a un lado y a otro, Felix fue dando tumbos hasta la puerta.

Sin pensar, se la metió en el bolsillo del pantalón y salió al pasillo viendo cómo el suelo se levantaba.

Hubo otro sonido, pero no era un trueno, sino como un gran martillo que caía del cielo para golpear el barco.

Felix corrió tratando de salvar su vida.

Y mientras corría se encontró con un infierno.

La parte delantera del barco se inclinó de forma exagerada y le hizo ir dando bandazos por el pasillo como un dado en la cazoleta. Felix oía gritos, y el sonido de pies que corrían. Y notó el sabor de la sangre en la boca, poco antes de que se hiciera la oscuridad.

Su primer pensamiento fue: ¡un iceberg!, porque recordó lo que le había pasado al *Titanic*. Pero a plena luz del día, en primavera y estando tan cerca de la costa irlandesa eso no podía ser.

No pensó en los alemanes. No pensó en la guerra.

Felix avanzó por el pasillo en la oscuridad, golpeándose contra las paredes, trastabillando con sus propios pies y con las escaleras, y fue a parar a la cubierta arrastrado por una avalancha de gente. Ya estaban bajando los botes salvavidas y la gente gritaba de miedo, mientras los oficiales del barco llamaban a las mujeres y los niños para que subieran a los botes.

¿Cómo de malo era aquello? ¿Cómo de malo podía ser cuando veía la costa reluciente tan cerca? Mientras trataba de serenarse, el barco volvió a cabecear y uno de los botes que estaban bajando se ladeó. Los que iban en él cayeron al mar gritando.

Felix veía una masa formada por caras... caras desgarradas, abrasadas, horrorizadas. En la cubierta había montones de objetos desperdigados y pasajeros que habían quedado atrapados debajo y gritaban, sangraban. Consternado, vio que algunos estaban más allá de los gritos.

Y en la cubierta de embarque, Felix olió algo que ya había olido en Nueva York. Olió la muerte.

Las mujeres aferraban a niños, a bebés, lloraban, rezaban. Los hombres corrían presas del pánico o se debatían como locos tratando de liberar a la gente que había quedado atrapada entre los escombros.

En medio de aquel caos, los botones corrían entregando a la gente chalecos salvavidas con una extraña calma. Como si estuvieran repartiendo tazas de té, hasta que uno pasó junto a él.

—¡Vamos! ¡Haga su trabajo! Ayude a los pasajeros. Felix tardó un momento en recordar que aún iba vestido de botones. Y tuvo que pensar otro momento para que comprendiera plenamente que se estaban hundiendo.

Maldita sea, pensó, en medio de los gritos y los rezos. Nos morimos.

Desde el agua llegaban gritos de gente que pedía ayuda. Felix se abrió paso hasta la baranda y, al mirar abajo, vio cuerpos flotando, gente que se debatía entre los desechos que flotaban sobre el agua.

Vio que bajaban otro bote y pensó si de alguna forma podía saltar y salvarse. Trató de subirse a un lugar elevado para ganar terreno. Quedarse en pie hasta que pudiera saltar a un bote.

Vio a un hombre bien vestido que se quitaba el chaleco salvavidas y se lo ponía a su mujer, que sollozaba.

Así que los ricos pueden permitirse ser héroes, pensó. Antes conseguiría salvarse él.

La cubierta volvió a ladearse y Felix se precipitó junto con muchos otros hacia las fauces del mar. Estiró el brazo y logró aferrarse con su hábil mano de ladrón a la baranda. Y, como por arte de magia, su mano libre aferró un chaleco salvavidas que caía.

Trató de ponérselo, dando gracias con frenesí. Aquello era una señal, pensó mirando a un lado y a otro, una señal de que Dios quería que saliera de aquello.

Mientras se ponía el chaleco con dedos temblorosos, vio a la mujer atrapada entre varias sillas de cubierta. Y al bebé, el rostro menudo y angelical del bebé que tenía en los brazos. La mujer no lloraba. No gritaba. Se agarraba y sujetaba al bebé como si lo estuviera acunando para dormirlo en su siesta de la tarde.

—María, la madre de Dios. —Y, maldiciéndose por ser tan estúpido, Felix se arrastró por la cubierta inclinada. Se puso a apartar las sillas que aprisionaban a la mujer.

—Me he hecho daño en la pierna. —La mujer continuó acariciando el pelo del bebé, mientras los anillos de sus dedos destellaban bajo el intenso sol de

primavera. Aunque su voz era tranquila, abría los ojos de forma desmedida, por el miedo y el dolor, con el mismo pánico que Felix sentía agitarse en su pecho.

—No creo que pueda caminar. ¿Podría llevarse a mi hijo? Por favor, llévese a mi pequeño a un bote. Sávelo.

Felix tenía un momento, un instante para decidir. Y, mientras el mundo se hundía a su alrededor, el pequeño sonreía.

—Póngase esto, señora, y agarre con fuerza al bebé.

—Se lo pondremos a mi hijo.

—Es demasiado grande para él. No le servirá de nada.

—He perdido a mi marido. —La mujer hablaba con voz clara y segura, y aunque tenía los ojos empañados, no apartó la mirada de Felix mientras éste le pasaba los brazos por el chaleco salvavidas—. Cayó por la baranda. Tengo miedo de que haya muerto.

—Pero usted no se ha muerto, ¿no? Ni el bebé tampoco. —Felix notaba el olor del bebé... polvos, juventud, inocencia... a pesar del hedor del pánico y la muerte—. ¿Cómo se llama?

—¿Su nombre? Steven. Steven Edward Cunningham, tercero.

—Pues vamos a llevarla a usted y a Steven Edward Cunningham tercero a un bote.

—Nos estamos hundiendo.

—Es la pura verdad. —Felix la arrastró, tratando una vez más de llegar a la parte más elevada del barco, agarrándose con fuerza para trepar por la cubierta inclinada y resbaladiza.

—Agárrate fuerte a mamá, Steven —oyó Felix que decía la mujer, y entonces se arrastró agarrándose como Felix, mientras el terror y el caos cundían alrededor.

—No tengas miedo. —Lo dijo canturreando, aunque su respiración parecía agitada a causa del esfuerzo. Sus pesadas faldas salpicaban en el agua, y la sangre manchaba las piedras de sus dedos—. Tienes que ser valiente. No sueltes a mamá, pase lo que pase.

Felix veía al pequeño, que no tendría más de tres años, aferrándose al cuello de su madre como un monito. Mirándola a la cara como si todas las respuestas del mundo estuvieran escritas ahí, pensó Felix mientras luchaba por avanzar un poco más.

De la cubierta superior caía una lluvia de tumbonas, mesas y sabe Dios qué más. Felix arrastró a la mujer un centímetro más, otro, medio metro.

—Sólo un poco más —consiguió decir, aunque no tenía ni idea de si eso era verdad.

Algo lo golpeó con fuerza en la espalda. Y su mano se soltó.

—¡Señora! —gritó tratando ciegamente de cogerla, pero sólo consiguió aferrar la bonita manga de seda de su vestido y vio con expresión impotente

cómo la manga se desgarraba.

—Dios le bendiga —consiguió decir ella y, abrazando con fuerza a su hijo, resbaló hasta el agua.

Felix apenas tuvo tiempo de maldecirse porque la cubierta cabeceó de nuevo y él cayó detrás de la mujer.

El frío, la brutalidad del impacto lo dejó sin respiración. Cegado y entumecido por la impresión, Felix pataleó con violencia, arañando el agua en un intento de alcanzar la superficie igual que había arañado la cubierta del barco. Cuando consiguió llegar arriba y tragó con frenesí la primera bocanada de aire, se dio cuenta que había ido a parar a un infierno mucho peor que nada que hubiera podido imaginar.

La muerte estaba por todas partes. Estaba rodeado de caras blancas que miraban y se mecían sobre las aguas, de gritos de la gente que se ahogaba. Por todas partes se veían flotando tablones, tumbonas, botes volcados y cajas. Se sentía los miembros rígidos por el frío y trató con todas sus fuerzas de subirse a un cajón de madera.

Y lo que vio desde allí fue peor. Cientos de cuerpos flotando bajo un sol radiante y sereno. Mientras su estómago expulsaba el agua que había tragado, el cajón fue acercándose a un bote lleno de agua.

El oleaje, algo suave, rompía contra la isla y extendía la muerte sobre el mar y, con su mano implacable, lo alejó del bote. El gran barco, el palacio flotante, se estaba hundiendo ante sus ojos. De él colgaban los botes salvavidas, como simples juguetes. Por alguna razón a Felix le sorprendió ver que aún quedaba gente en las cubiertas. Algunos estaban arrodillados, otros corrían aterrados ante el destino que les esperaba.

Felix vio profundamente impresionado que la gente caía como muñecos al mar. Y las grandes chimeneas negras que se inclinaban peligrosamente, en la misma dirección donde él aguantaba, agarrado a un cajón roto.

Cuando las chimeneas tocaron el agua, el agua se arremolinó en torno a ellas y engulló a la gente con ellas.

Así no, pensó Felix mientras agitaba las piernas débilmente. Un hombre no tiene que morir de esta forma. Pero el mar lo arrastraba hacia abajo. El agua parecía hervir a su alrededor. Felix empezó a tragar agua, notando en la boca el sabor de la sal, aceite y humo. Y, mientras su cuerpo golpeaba contra una pared sólida, se dio cuenta de que estaba atrapado en una de las chimeneas, que moriría allí como una rata en una chimenea bloqueada.

Los pulmones empezaban a dolerle, y le vino a la cabeza la imagen de la mujer y el niño. Puesto que le parecía inútil rezar por sí mismo, rezó la que pensaba que sería su última oración pidiendo a Dios que los salvara.

Más adelante, lo recordaría como si sus manos se hubieran hecho cargo de él y lo hubieran liberado. Las chimeneas se hundían, pero él salió disparado a la

superficie, en un surtidor negro.

Se aferró a un tablón con el cuerpo dolorido, y se impulsó para apoyar el torso fuera del agua. Apoyó la mejilla contra la madera, respiró hondo, lloró en silencio.

Y vio que el *Lusitania* había desaparecido.

La zona donde antes estaba el barco estaba furiosa, revuelta, y escupía humo. Y personas, comprobó horrorizado. Como él. Pero el destino había querido que viviera.

Mientras observaba, mientras luchaba por contener los gritos y conservar la calma, las aguas volvieron a quedar tranquilas como un cristal. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Felix se subió a la madera. Oyó los chillidos de las gaviotas, los rezos o los llantos de los que flotaban a la deriva como él.

Seguramente moriría congelado, pensó, perdiendo a ratos la conciencia. Pero mejor eso que morir ahogado.

El frío le hizo recuperar la conciencia. El cuerpo le dolía y cada pequeño suspiro de la brisa era una agonía para él. Sin atreverse casi a moverse, Felix se tiró de su chaqueta de botones empapada y destrozada. El dolor hacía que las náuseas le revolvieran el estómago. Se pasó la mano temblorosa por la cara y vio que estaba mojada de sangre, no de agua.

Rio con gesto salvaje y agitado. Bueno, bueno, ¿qué sería, moriría de frío o desangrado? Después de todo, a lo mejor hubiera sido mejor que se ahogara. Ya se habría acabado. Lentamente se quitó la chaqueta —tenía algo raro en el hombro, pensó distraído— y se limpió la sangre de la cara.

Ahora no se oían tantos gritos, sólo algunos. Se oían gemidos, oraciones, pero la mayoría de los pasajeros que habían logrado llegar hasta donde él habían muerto. Y callaban.

Un cuerpo pasó flotando a su lado. Tardó un momento en reconocer la cara, porque estaba blanca como el papel, y cubierta de heridas limpias.

Wyley. Dios mío.

Por primera vez, desde que empezó aquella pesadilla, palpó lo que llevaba en el bolsillo. Notó el bulto de lo que había robado a aquel hombre que en aquellos momentos miraba con expresión vacía al cielo.

—No la necesitarás —dijo Felix entre los dientes que le castañeteaban—. Pero juro por Dios que si tuviera otra oportunidad, no te hubiera robado en los últimos momentos de tu vida. Es como robar en una tumba.

Sus creencias religiosas, olvidadas desde hacía tanto tiempo, hicieron que uniera las manos para rezar.

—Si muero aquí hoy, y terminamos del mismo lado, me disculparé en persona. Y si vivo, prometo intentar reformarme. No sirve de nada decir que lo

haré, pero por lo menos intentaré tener un trabajo decente.

Volvió a perder la conciencia, hasta que lo despertó el sonido de un motor. Desconcertado, entumecido, consiguió levantar la cabeza. Le pareció ver un bote y, en medio del rugido de sus oídos, oyó los gritos y voces de unos hombres.

Trató de gritar, pero sólo consiguió que le saliera una tos bronca.

—Estoy vivo. —Su voz sólo era un gemido que se perdió en la brisa—. Estoy vivo.

No notó las manos que lo subían al pesquero de arrastre llamado *Dan O'Connell*. Estaba delirando por el frío y el dolor cuando lo envolvieron en una manta, cuando le hicieron beber té caliente. No recordaría nada de su rescate, ni conocería los nombres de los hombres cuyos brazos lo salvaron. No recordaría nada hasta que, veinticuatro horas después de que el torpedo impactara en el barco, despertó en una estrecha cama, en una pequeña habitación con una ventana por donde el sol entraba a raudales.

Jamás olvidaría lo primero que vio cuando su visión se aclaró.

Era joven y guapa, ojos azules, mofletes, pecas doradas sobre una nariz pequeña. Tenía el pelo rubio, y lo llevaba recogido en una especie de moño que parecía estar deshaciéndose. Su boca esbozó una sonrisa cuando lo miró y se levantó enseguida de la silla donde había estado sentada, zurciendo calcetines.

—Bueno. A ver si esta vez se queda con nosotros más tiempo.

En la voz de aquella mujer oyó a Irlanda, notó la mano fuerte que le levantaba la cabeza. Y olía como a espliego.

—Qué... —El sonido ronco de su propia voz lo asustó. Se sentía la garganta quemada, y tenía la cabeza cubierta de trozos sucios de algodón.

—Primero tómese esto. Es la medicina que el doctor ha dejado para usted. Dice que tiene neumonía, y una bonita herida que ya le han cosido en la cabeza. Parece que también se ha desgarrado algo en el hombro. Pero lo peor ha pasado, señor, y debe reposar para que nos encarguemos de todo.

—¿Qué... pasó? El barco...

La bonita boca se endureció.

—Los malditos alemanes. Un submarino les torpedeó. Y se quemarán en el infierno por ello, por toda la gente que han matado. Los niños.

Aunque una lágrima se deslizó por su mejilla, la joven consiguió darle la medicina con gesto eficiente.

—Tiene que descansar. Es un milagro que esté vivo, porque han muerto más de mil personas.

—M... —Felix consiguió aferrarle la muñeca, presa de un profundo horror—. ¿Mil?

—Más. Ahora está usted en Queenstown, y está todo lo bien que cabría esperar. —Ladeó la cabeza—. Es usted norteamericano, ¿verdad?

Casi, decidió, porque no había visto las costas de su Inglaterra natal desde

hacia más de doce años.

—Sí. Necesito...

—Té —le interrumpió ella—. Y caldo. —Se acercó a la puerta y gritó—: ¡Ma! Se ha despertado y parece que esta vez se quedará con nosotros. —Se volvió a mirarlo—. Volveré dentro de unos minutos con algo caliente.

—Por favor. ¿Usted quién es?

—¿Yo? —Ella volvió a sonreír, como un sol radiante—. Soy Meg, Meg O'Reiley, y está usted en casa de mis padres, Pat y Mary O'Reiley, donde será bien recibido hasta que se cure. ¿Y su nombre, señor?

—Greenfield. Felix Greenfield.

—Que Dios le bendiga, señor Greenfield.

—Espere... había una mujer y un niño. Cunningham.

Ella lo miró con gesto compasivo.

—Están confeccionando una lista con los muertos. Miraré si están cuando pueda. Ahora descanse. Le prepararemos un poco de té.

Cuando la chica salió, Felix volvió la cara hacia la ventana, hacia el sol. Y, sobre la mesa que había delante, vio el dinero que llevaba en el bolsillo, los pendientes y el brillo plateado de la pequeña estatua.

Felix rio hasta llorar.

Felix se enteró de que los O'Reiley vivían del mar. Pat y sus dos hijos habían participado en el rescate. Los conoció a todos, y a la hermana pequeña también. El primer día no fue capaz de recordar quién era quién. Excepto Meg.

Se aferraba a su compañía igual que se aferró a su tabla de madera, tratando de no volver a caer en la oscuridad.

—Dígame lo que sabe —le suplicaba.

—Será muy duro para usted. Y es duro hablar de ello. —Se acercó a la ventana y miró al pueblo donde había vivido sus dieciocho años de vida. Los supervivientes, como Felix, se habían repartido entre los hoteles y las casas de los vecinos. Y los muertos, Dios les dé descanso, se habían depositado de forma temporal en los depósitos de cadáveres. Algunos serían enterrados allí, a otros los repatriarían. Otros permanecerían para siempre en la fosa del mar.

—Cuando me enteré —dijo la joven—, no podía creerlo. ¿Cómo han podido hacer algo así? Había pesqueros faenando en el mar, y fueron enseñada a socorrer a los supervivientes. Y mandamos más barcos desde la costa. La mayoría no pudieron hacer nada aparte de recuperar cadáveres. Dios, he visto alguna de la gente que llegaba a tierra. Mujeres y niños, hombres medio desnudos y que casi no podían ni andar. Algunos lloraban, o tenían la expresión ida. Como cuando uno está perdido. Dicen que el barco se hundió en menos de veinte minutos. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé —musitó Felix, y cerró los ojos.

Ella lo miró, y deseó que fuera lo bastante fuerte para aguantar el resto.

—La mayoría de los que llegaron con vida han muerto. La exposición al frío y las heridas. Algunos pasaron horas en el agua. Las listas cambian con tanta rapidez... No quiero ni pensar el miedo con el que deben de estar viviendo las familias que esperan noticias. O el dolor de los que saben que han perdido a sus seres queridos de una forma tan terrible. Dice usted que nadie le esperaba...

—No. Nadie.

La chica se acercó. Ella le había curado sus heridas, había sufrido con él en sus momentos de delirio. Sólo hacía tres días que estaba a su cargo, pero para los dos era como si fuera toda una vida.

—No es ninguna deshonra que se quede aquí —dijo ella con calma—. No tiene por qué ir al funeral. Aún está muy débil.

—Tengo que ir. —Felix se miró las ropas que le habían dejado. Con ellas se le veía delgado y frágil. Vivo.

El silencio era casi sobrenatural. En Queenstown todas las tiendas y almacenes cerraron aquel día. No había niños corriendo por las calles, ni vecinos que se pararan a charlar. En medio del silencio, llegó el sonido hueco de las campanas de Saint Colman, en la colina, y las notas del cortejo fúnebre.

Felix sintió que aunque viviera cien años nunca olvidaría el sonido de aquella música, el ritmo suave y firme de los tambores. Reparó en el brillo de los instrumentos de bronce bajo el sol, y recordó que ese mismo sol había hecho brillar las hélices del *Lusitania* cuando la popa del barco se elevó para lanzarse definitivamente al mar.

Estoy vivo, pensó. Pero en vez de sentir alivio y gratitud sólo podía sentirse culpable.

Caminó con la cabeza gacha tras el cortejo de curas, plañideras y muertos, por las calles respetuosamente calladas. Tardaron más de una hora en llegar al cementerio, y Felix empezó a sentirse mareado. Cuando por fin vio las tres fosas cavadas bajo los olmos y los niños del coro con sus incensarios, tuvo que apoyarse en Meg.

Sintió que los ojos le escocían cuando vio los pequeños ataúdes donde iban los cadáveres de niños muertos.

Escuchó los llantos serenos, las palabras del servicio católico y el de la iglesia irlandesa. Nada de todo eso le llegó. Él seguía oyendo a la gente que pedía ayuda a Dios cuando se ahogaba. Pero Dios no los escuchó y dejó que murieran de una forma espantosa.

Luego, alzó la cabeza y, del otro lado de aquellos obscenos agujeros, vio los rostros de una mujer y un niño del barco.

Las lágrimas se desbordaron y rodaron por sus mejillas como la lluvia mientras Felix se abrió paso entre la gente. Llegó junto a la mujer cuando empezaban a sonar las primeras notas de « Abide with me », y se dejó caer de rodillas ante la silla de ruedas.

—Temí que hubiera muerto. —Ella extendió la mano, le tocó la cara. La otra asomaba desde el interior de una escayola—. No sabía cómo se llama usted, así que no pude buscarle en las listas.

—Está viva... —Se dio cuenta de que tenía profundos cortes en la cara, y su color era demasiado intenso, como si tuviera fiebre. También llevaba una pierna escayolada—. Y el niño.

El niño dormía en los brazos de otra mujer. Como un ángel, volvió a pensar Felix. Pacífico, sin tacha.

La desesperación que había sentido remitió. Al menos una plegaria, una sola, había recibido respuesta.

—No me soltó en ningún momento. —Se puso a sollozar, en silencio—. Es tan buen chico. No me soltó. Me rompí el brazo en la caída. Si usted no me hubiera dado su chaleco salvavidas, nos habiéramos ahogado. Mi marido... —La voz le falló, y miró hacia las tumbas—. No le han encontrado.

—Lo siento.

—Él le hubiera dado las gracias. —Alargó el brazo para tocar una de las piernas de su hijo—. Él amaba a su hijo, mucho. —Dio un profundo suspiro—. En su nombre, le doy las gracias por haber salvado la vida de mi hijo y la mía. Por favor, dígame su nombre.

—Felix Greenfield, señora.

—Señor Greenfield. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla—. Nunca le olvidaré. Ni mi hijo tampoco.

Cuando se la llevaron, la mujer llevaba la espalda erguida con una dignidad que a Felix le hizo sentir vergüenza.

—Es usted un héroe —le dijo Meg.

Él negó con la cabeza, apartándose de la gente y de las tumbas.

—No. Ella lo es. Yo no soy nada.

—¿Cómo puede decir eso? La he oído perfectamente. Usted le salvó la vida, y a su hijo. —Preocupada, corrió tras él y lo cogió del brazo para sostenerlo.

De haber tenido fuerzas, Felix la hubiera apartado. Pero en vez de eso, se dejó caer sobre la hierba y escondió la cara entre las manos.

—Oh, venga. —Meg se sentó a su lado y lo abrazó—. Vamos, Felix.

Él sólo era capaz de pensar en la determinación que había visto en el rostro de la joven viuda, la inocencia de su hijo.

—Ella estaba herida y me pidió que me llevara al niño. Que lo salvara.

—Y usted los salvó a los dos.

—No sé ni por qué lo hice. Lo único que me preocupaba era salvarme a mí

mismo. Soy un ladrón. ¿Recuerda aquellas cosas que encontró en mis bolsillos? Las robé. Las estaba robando cuando dispararon contra el barco. Y lo único que pensaba era cómo salir con vida.

Meg se movió y cruzó las manos.

—¿Le dio a esa mujer su chaleco salvavidas?

—No era mío. Lo encontré. No sé ni por qué se lo di. Estaba atrapada entre las sillas de la cubierta, con el niño en los brazos. Aferrándose a su sentido común en medio de aquel infierno.

—Podía haberla dejado tirada y salvarse usted.

Él se restregó los ojos.

—Quería hacerlo.

—Pero no lo hizo.

—Ni siquiera sé por qué. —Él sólo sabía que verlos con vida había tocado algo en su interior—. Pero la cuestión es que sólo soy un ladrón de segunda que estaba en ese barco porque huía de la policía. Robé a un hombre minutos antes de que muriera. Mil personas han muerto. Yo vi cómo morían algunos. Y yo estoy vivo. ¿Qué clase de mundo es éste que los ladrones se salvan y los niños mueren?

—¿Quién sabe? Pero hoy hay un niño que vive porque usted estaba allí. ¿Cree que hubiera estado en aquel lugar y aquel momento si no hubiera estado robando?

Él esbozó una mueca despectiva.

—Los que son como yo no pueden ni oler la cubierta de primera clase si no es que van a robar.

—Pues ya está. —La joven se sacó un pañuelo del bolsillo y le secó las lágrimas como hubiera hecho con un niño—. Robar está mal. Es un pecado, sin duda. Pero si sólo se hubiera preocupado por usted mismo, esa mujer y su hijo estarían muertos. Si con un pecado se pueden salvar vidas inocentes, entonces no es tan grave. Y no parece que robara gran cosa si lo único que consiguió fueron un par de pendientes, una pequeña estatua y unos pocos dólares americanos.

Por alguna razón, aquello le hizo sonreír.

—Bueno, sólo estaba entrando en calor.

Ella le devolvió la sonrisa, adorable y segura.

—Sí, creo que está entrando en calor.

Helsinki, 2002.

No era como la esperaba. Estudió la fotografía que aparecía en la contraportada de su libro, y en el programa de la conferencia —¿es que no se iba a acabar nunca?—, pero se la veía diferente al natural.

Era más menuda de lo que había imaginado y, con aquel sobrio traje gris que, en su opinión, hubiera debido ser al menos tres o cuatro centímetros más corto, hasta diría que delicada. Por lo que podía ver de las piernas, no estaban nada mal.

En persona no parecía ni la mitad de competente e intimidante que en la cubierta del libro. Aunque las gafas metálicas le daban un aire intelectual.

Tenía una buena voz. Demasiado buena tal vez, pensó, porque estaba a punto de quedarse dormido. Aunque la culpa era sobre todo del tema de la conferencia. Le interesaban los mitos griegos... un mito griego para ser más exactos. Pero, por Dios, era un aburrimiento tener que pasarse una hora oyendo hablar de la colección entera.

Se enderezó en la silla y trató de concentrarse. Aunque no en las palabras. Le importaba un comino que Artemisa hubiera convertido a algún pobre patán en un venado porque la había visto desnuda. Eso sólo demostraba que las mujeres, diosas o no, son criaturas muy peculiares.

Desde luego, la doctora Tia Marsh era condenadamente peculiar. La mujer nadaba en dinero. Grandes montones de dinero, pero en vez de disfrutarlo, se pasaba el tiempo inmersa en las vidas de unos dioses que habían muerto hace siglos. Escribiendo sobre ellos, dando conferencias. Interminables.

A su espalda tenía generaciones y más generaciones de antepasados, con una sangre tan azul como los lagos de Kerry. Pero allí la tenía, en Finlandia, dando aquella charla interminable, días después de haber pronunciado las mismas palabras en Suecia y Noruega. Promocionando su libro por toda Europa y Escandinavia.

Lo que está claro es que no lo hacía por dinero, pensó. A lo mejor le gustaba escuchar el sonido de su voz. Eso le pasaba a mucha gente.

Según sus informaciones, tenía veintinueve años, era soltera, hija única de los Marsh de Nueva York y, lo más importante, tataranieta de Henry W. Wyley.

Wyley's Antiques había sido durante casi cien años una de las más

prestigiosas casas anticuarías y de subastas de Nueva York.

No era casualidad que la chica hubiera desarrollado un interés tan grande por los dioses griegos. Su objetivo era averiguar, por todos los medios, qué sabía de las tres diosas.

Si hubiera sido más dócil, podía haber intentado seducirla. Es fascinante las cosas que la gente llega a contar cuando hay sexo de por medio. Era bastante atractiva, con aquel aire erudito, pero no estaba muy seguro de cómo actuar en el plano romántico con una intelectual.

Con el entrecejo fruncido, le dio la vuelta al libro y miró una vez más la fotografía, donde aparecía con su pelo rubio y luminoso recogido en una especie de moño y sonreía obedientemente, como si alguien le hubiera dicho «Di Luiiiiii». Era una sonrisa que no se reflejaba en los ojos, sobrios y serios, azules, a juego con la curva seria y sobria de sus labios.

Tenía el mentón algo afilado. Casi le daba un aire élfico, si no fuera por el peinado recatado y la mirada sombría.

Aquélla mujer necesitaba urgentemente una buena risa... o un buen polvo. Su madre y su hermana le hubieran azotado por aquello. Pero los pensamientos de un hombre no son asunto de nadie.

Lo mejor, decidió, sería acercarse a la doctora Marsh de forma civilizada y profesional.

La gente aplaudió con mucho más entusiasmo de lo que esperaba. Pero cuando los aplausos terminaron y él, animado, estaba a punto de levantarse, empezaron a levantarse manos.

Molesto, consultó su reloj, y se sentó a esperar que terminara la ronda de preguntas. Iba con una intérprete, así que seguramente se haría eterno.

Se dio cuenta de que la mujer se quitaba las gafas para esta parte, parpadeando como un búho por el sol, y pareció respirar hondo, como un buceador antes de lanzarse desde un trampolín muy alto a un estanque oscuro.

Cuando le vino la inspiración, levantó la mano. En su opinión, siempre es mejor llamar educadamente a una puerta para ver si se abre antes de derribarla de un puntapié.

Cuando ella lo señaló, él se puso en pie y le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Doctora Marsh, en primer lugar me gustaría darle las gracias por su fascinante conferencia.

—Oh.

La mujer pestañeó y él se dio cuenta de que le había sorprendido su acento irlandés. Por alguna razón que se le escapaba, los yanquis sentían una fascinación bastante absurda por los acentos.

—Gracias —dijo ella.

—Siempre me he sentido interesado por las Moiras y me preguntaba si cree

usted que conservaban su poder de forma individual o sólo lo tenían cuando se unían.

—Las Moiras, o diosas del destino, eran una tríada —empezó— cada una con una tarea específica. Cloto, que hila el hilo de la vida, Láquesis, que lo devana, y Átropo, que corta el hilo y le pone fin. Ninguna de ellas podía actuar en solitario. Puede tejerse un hilo por sí solo, pero será de forma interminable y sin un propósito. Sin el trabajo de hilado, no hay nada que devanar ni que cortar. Tres partes —añadió, formando una pirámide con los dedos—. Un solo propósito. —Y los cerró formando un puño—. Solas no serían más que mujeres corrientes, e interesantes. Juntas se convierten en las más poderosas y veneradas entre las diosas.

Exactamente, pensó él, volviendo a sentarse. Exactamente.

Estaba tan cansada... Cuando la ronda de preguntas terminó, Tia se preguntó cómo hacer para no ir a la zona habilitada para dedicar libros dando tumbos. A pesar de las precauciones y la melatonina, del régimen, la aromaterapia y el ejercicio cuidadoso, su reloj interno empezaba a resentirse.

Pero, se recordó, estaba cansada en Helsinki. Y eso tenía que contar para algo. Allí todos eran tan amables, demostraban tanto interés... Lo mismo que había encontrado en cada escala desde que salió de Nueva York.

¿Cuánto hacía de eso?, se preguntó mientras tomaba asiento y cogía su pluma poniendo sonrisa de autora. Veintidós días. Era importante recordarlo, y saber que ya había superado las tres cuartas partes de aquella tortura autoimpuesta.

¿Cómo se hace para superar una fobia?, le había preguntado al doctor Lowenstein. Enfrentándose a ella. ¿Que padece timidez crónica con episodios de paranoia? Pues salga e interactúe con el público. Vaya, cuando un paciente acudía a él con miedo a las alturas, ¿le propondría que saltara desde el puente de Brooklyn?

¿La estaba escuchando cuando le dijo que tenía la seguridad de que padecía trastorno de ansiedad social? ¿Agorafobia combinada con claustrofobia?

No, no la escuchaba. El hombre había insistido en que sólo era timidez, y le sugirió que le dejara las evaluaciones y los diagnósticos psiquiátricos a él.

Mientras observaba al primer miembro del público acercarse a decirle unas palabras y pedirle su firma con un nudo en el estómago, deseó que el doctor Lowenstein estuviera allí para decirle cuatro cosas. Hubiera podido pegarle.

Aun así, tenía que reconocer que las cosas iban mejor. Ella estaba mejor. Había conseguido pasar la conferencia, y esta vez sin la ayuda del Xanax o el *whisky*.

El problema es que dar conferencias no era ni por asomo tan duro como aquello de dirigirse a cada persona por separado. Durante una conferencia tenía

el consuelo de la distancia y el desapasionamiento. Y tenía sus notas, un programa muy definido que iba de Ananke a Zeus.

Pero cuando la gente se acercaba a la mesa para conseguir su firma, esperaban espontaneidad y conversación y, oh Dios, encanto.

Cuando firmó, la mano no le tembló. La voz no le falló cuando dijo unas palabras. Estaba progresando. En su primera escala, en Londres, cuando terminó el programa estaba casi catatónica. Volvió al hotel hecha un manojo de nervios, temblando como una hoja, y solucionó el problema tomándose un par de pastillas y perdiéndose en la seguridad del sueño inducido por las drogas.

Señor, qué ganas tenía de irse a casa, de echar a correr como un conejo y volver a su guarida en Nueva York y encerrarse en su maravilloso apartamento. Pero se había comprometido, había dado su palabra.

Y una Marsh nunca faltaba a su palabra.

Ahora ya podía alegrarse, hasta enorgullecerse, de haber aguantado, de haber luchado por superar la primera semana, pasar temblando la segunda, y rechinando los dientes la tercera. A aquellas alturas, estaba demasiado cansada por los rigores del viaje como para ponerse nerviosa ante la perspectiva de hablar ante desconocidos.

Para cuando el final de la cola apareció a la vista, tenía la cara entumecida de tanto sonreír. Al levantar la mirada, se encontró con el verde hierba de los ojos del irlandés que le había preguntado por las Moiras.

—Una conferencia fascinante, doctora Marsh —le dijo con aquel acento tan adorable.

—Gracias. Me alegra que le haya gustado. —Y ya había extendido la mano para cogerle el libro cuando se dio cuenta de que lo que el hombre le ofrecía era la mano. Se puso nerviosa, se cambió el bolígrafo a la izquierda y le estrechó la mano.

¿Por qué será que la gente siempre quiere estrecharte la mano?, pensó. ¿Es que no saben la de gérmenes que pueden transmitirse de esa forma?

El hombre tenía la mano cálida, firme, y sujetó la de ella lo bastante para que sintiera un acaloramiento que le subía por el cuello.

—Hablando de destino^[1] —dijo entonces, y le dedicó una sonrisa afable y deslumbrante—. Me sentí encantado con el mío cuando supe que estaría usted por Helsinki al mismo tiempo que yo. Admiro su trabajo desde hace tiempo —mintió sin pestañear.

—Gracias. —Oh, Señor, conversación. Primera norma: de que sean ellos quienes hablen—. ¿Es usted irlandés?

—Sí, así es. Del condado de Cork. Pero estoy de viaje, como usted.

—Sí, es cierto.

—Viajar es una de las cosas más emocionantes, ¿no cree?

¿Emocionante?

—Sí, mucho. —Ahora era ella quien mentía.

—Me parece que la estoy acaparando. —Y le entregó su libro—. Me llamo Malachi, Malachi Sullivan.

—Encantada de conocerle. —Le firmó el libro con delicadez y esmero, tratando de decidir cuál era la mejor forma de termina aquella conversación y, por fin, el evento—. Muchas gracias por venir, señor Sullivan. —Se puso en pie—. Espero que sus negocios en Finlandia culminen con éxito.

—Yo también, doctora Marsh.

No, la mujer no era lo que esperaba, y eso hizo que se replanteara cuál era la mejor forma de acercarse a ella. Hubiera podido tomarla por una persona reservada, fría y un poco esnob. Pero había visto el rubor que le cubría las mejillas, y algún destello ocasional de pánico en su mirada. No, aquella mujer, decidió mientras merodeaba por la esquina, era tímida.

Aunque no tenía ni idea de por qué podía ser tímida una mujer que nadaba en la abundancia y tenía estatus y privilegios. Tiene que haber de todo, pensó.

Pero la verdadera cuestión era: ¿por qué un hombre perfectamente cuerdo con una vida razonablemente satisfactoria y unos ingresos razonablemente decentes iba a viajar a Helsinki para averiguar si una mujer a quien no conocía de nada podía conducirle a un tesoro que podía o no existir?

La pregunta, pensó, tenía demasiadas implicaciones para dar una respuesta demasiado simplista. Pero, si tenía que decidirse por una, diría que lo hacía por el honor familiar.

No, no sólo por eso. El otro motivo era que había tenido la estatuilla en las manos y no descansaría hasta recuperarla.

Tia Marsh estaba relacionada con su pasado y, en su opinión, también con su futuro. Consultó su reloj. Esperaba que dieran un primer paso lo antes posible.

Le alegró comprobar que sus suposiciones eran acertadas. La mujer salió de la universidad y volvió directa al hotel. Bajó del taxi. Sola.

Malachi se acercó caminando por la acera, felicitándose por su sincronización. Miró hacia donde ella estaba justo cuando la mujer se daba la vuelta. Volvían a encontrarse cara a cara.

—Doctora Marsh. —El tono de sorpresa de su voz, la sonrisa, estaban calculados para resultar halagadores—. ¿También se aloja aquí?

—Ah, sí. El señor Sullivan. —Recordaba su nombre. De hecho, había estado pensando en lo atractivo que era mientras se frotaba las manos con una crema antibacteriana en el taxi.

—Es un hotel estupendo. Tienen buen servicio. —Se volvió como si fuera a abrirle la puerta, pero se detuvo—. Doctora Marsh, espero que no lo considere una impertinencia, pero me preguntaba si podría invitarla a tomar algo.

—Yo... —Una parte de su cerebro burbujeara. En realidad, en el taxi también había elaborado una pequeña fantasía, en la que ella se mostraba ocurrente y sofisticada durante la conversación y terminaban la velada en una aventura salvaje y temeraria—. En realidad no bebo —consiguí decir.

—¿No bebe? —preguntó con expresión divertida—. Bueno, pues me acaba usted de tirar abajo el primer truco que un hombre utiliza cuando quiere pasar un rato con una mujer atractiva e interesante. ¿Le apetece dar un paseo?

—¿Cómo dice? —No podía seguirle. No podía ser que le estuviera haciendo una propuesta. No era el tipo de mujer que los hombres buscan, sobre todo cuando se trataba de desconocidos terriblemente atractivos con un acento maravilloso.

—En verano, uno de los encantos de Helsinki es el sol. —Aprovechando la visible confusión de la mujer, la cogió del brazo, con suavidad, y la apartó de la entrada del hotel—. Ya lo ve, son las nueve y media y parece que estamos en pleno día. Es una pena desaprovechar toda esta luz, ¿no cree? ¿Ha estado en el puerto?

—No, yo... —Desconcertada por aquel giro de los acontecimientos, volvió la cabeza para mirar al hotel. Soledad. Seguridad—. De verdad, tengo que...

—¿Tiene que tomar un avión por la mañana temprano? —Él sabía que no era así, pero se preguntó si se atrevería a mentir.

—No, en realidad no. Estaré aquí hasta el miércoles.

—Bueno, entonces deje que le lleve la cartera. —Y se la quitó del hombro y se la colgó del suyo. Aunque el peso le sorprendió, lo hizo con un movimiento suave—. Debe de ser todo un desafío dar charlas y seminarios en un país con un idioma que no conoce.

—Llevo una intérprete.

—Sí, y muy buena. Pero no deja de suponer un gran esfuerzo. ¿No le sorprende que aquí haya tanto interés por los griegos?

—Existen muchas correlaciones entre los dioses y la mitología griega y la nórdica. Deidades con defectos y cualidades humanas, aventuras, sexo, traiciones...

Y si no cambiaba el rumbo de la conversación como había cambiado su rumbo, pensó Malachi, se encontraría en medio de otra conferencia.

—Tiene usted razón, por supuesto. Yo vengo de un país que valora mucho sus mitos. ¿Ha estado alguna vez en Irlanda?

—Una vez, cuando era pequeña. Pero no recuerdo nada.

—Es una pena. Tiene que volver algún día. ¿Tiene frío?

—No, estoy bien. —Pero, cuando lo dijo, se dio cuenta de que tendría que haberse quejado por el frío y haberse marchado. El siguiente problema es que estaba tan alterada que no se había fijado por dónde iban y no tenía ni idea de cómo volver al hotel. Pero no debía de ser tan difícil.

Las calles eran rectas y limpias, pensó mientras trataba de serenarse. Y, aunque casi eran las diez de la noche, estaban llenas de gente. Era por la luz, claro. Ésa luz veraniega tan adorable que daba tanta calidez a las calles.

Tenia que reconocer que hasta ese momento no había mirado a su alrededor. No había dado ninguna vuelta, no había ido de compras, no se había tomado ningún café en ninguna de las terrazas que se veían por la calle.

Había hecho lo que hacía casi siempre en Nueva York. Se había quedado en su nido hasta que alguna obligación la reclamaba en el exterior.

A Malachi le pareció que la mujer era como un sonámbulo que acaba de despertar y mira desconcertado a su alrededor. Le notaba el brazo rígido, pero no creía que se escapara. Supuso que había la suficiente gente alrededor para que se sintiera segura. Gente, parejas, turistas... todos ellos aprovechando al máximo el día sin fin.

Desde la plaza les llegaba el sonido de la música, y allí la multitud era mayor. Malachi rodeó la multitud, para acercarse al puerto, donde soplaba la brisa. Fue allí, a la orilla de las aguas azules, viendo los botes rojos y blancos cabeceando sobre el mar, cuando la vio sonreír de forma espontánea por primera vez.

—Es bonito. —Tuvo que levantar la voz para que se la oyera por encima de la música—. Tan moderno y perfecto... Me hubiera gustado coger el ferry desde Estocolmo, pero me dio miedo marearme. Me hubiera mareado hasta en el mar Báltico. Y eso tiene que contar para algo.

Cuando vio que él reía, Tia levantó la mirada y se sonrojó. Casi había olvidado que estaba hablando con un desconocido.

—Qué tontería, ¿no?

—No, no, es encantador. —Y le sorprendió comprobar que lo decía en serio—. Hagamos lo que hacen los fineses en esta época.

—¿Tomar una sauna?

Él volvió a reír, y dejó que su mano descendiera por el brazo de ella hasta encontrar su mano.

—Tomar un café.

No podía ser. No podía ser que estuviera sentada en una terraza atestada de gente, bajo un sol nacarado a las once de la noche, en una ciudad a miles de kilómetros de su casa. Y desde luego, no frente a un hombre tan ridículamente guapo que tenía que controlarse para no mirar a su alrededor tratando de asegurarse de que realmente le estaba hablando a ella.

Su precioso pelo castaño se había desordenado un poco por la brisa. Lo tenía un poco ondulado y, con el sol, lanzaba destellos. La cara era suave y afilada, con unos hoyuelos que apenas se insinuaban en las mejillas. Boca firme y móvil, sonrisa pensada para alterar el pulso de cualquier mujer.

Desde luego el de ella lo alteraba.

Sus ojos quedaban enmarcados por unas pestañas gruesas y oscuras, presididas por unas cejas expresivas. Pero eran los ojos lo que la cautivaba. Eran del intenso verde de la hierba en verano, con un tenue círculo dorado alrededor de la pupila. Y mientras hablaba no se apartaban de los de ella. No con expresión impertinente e incómoda, sino de interés.

Otros hombres la habían mirado con interés. Después de todo, tampoco era ningún coco. Pero por alguna razón había llegado a los veintinueve años sin que ninguno la mirara como la miraba en aquellos momentos Malachi Sullivan.

Tendría que haber estado nerviosa, pero no lo estaba. No. Supuso que sería porque aquel hombre era un caballero, en sus maneras y su atuendo. Era bien hablado, y se le veía muy seguro de sí mismo. El traje color marengo le sentaba perfecto con su físico desgarrado y su altura.

Su padre, cuyo sentido de la moda era cortante como un láser, hubiera dado su aprobación.

Tía dio un sorbo a su segunda taza de café descafeinado y se preguntó qué generoso regalo del destino había hecho que aquel hombre se cruzara en su camino.

Hablaban otra vez de las tres Moiras, pero no importaba. Era más fácil hablar de dioses que de asuntos personales.

—Nunca he acabado de decidir si el hecho de que tres mujeres hayan predeterminado lo que va a ser tu vida antes de que des tu primera bocanada de aire es reconfortante o no.

—No sólo la duración de tu vida —terció Tía, y tuvo que contenerse para no prevenirle contra los peligros del azúcar refinado cuando vio que ponía una generosa cucharada a su café—. Su carácter. Lo bueno y lo malo que hay en cada uno. Las Moiras distribuyen lo bueno y lo malo con ecuanimidad. Y sigue siendo responsabilidad de la persona lo que hace con lo que lleva en su interior.

—Entonces, ¿no está predeterminado?

—Toda acción es un acto de voluntad, o falta de voluntad. —Estiró los hombros—. Y toda acción tiene sus consecuencias. Zeus, el rey de los dioses, y el hombre de las señoras, quería a Tetis. Las Moiras predijeron que su hijo sería más famoso, puede que incluso más poderoso que el propio Zeus. Y Zeus, recordando que él mismo había acabado con su propio padre, tuvo miedo de engendrar a esa criatura. De modo que abandonó a Tetis, pensando en su propio bienestar.

—Un hombre que renuncia a una mujer por lo que pueda pasar más adelante es un loco.

—Tampoco le sirvió de nada, porque Tetis dio a luz a Aquiles. Tal vez si hubiera escuchado a su corazón en lugar de dejarse llevar por sus ambiciones, y se hubiera casado con ella y amado a su hijo, si hubiera mostrado orgullo ante los

logros de ese hijo, hubiera tenido un destino diferente.

¿Qué demonios le había pasado a Zeus?, se preguntó Malachi, pero no le pareció oportuno preguntar.

—Así que él eligió su destino en el momento en que se volvió a la parte más oscura de sí mismo y la proyectó sobre un hijo aún no concebido.

Al oír aquella respuesta, el rostro de Tia se iluminó.

—Podría decirlo así. También podría decir que el pasado tiene sus ondas. Si se fija en la mitología, verá que cada vez que mete el dedo en la charca, provoca una serie de ondas que se extienden hasta aquéllos que vienen después. Generación tras generación.

Qué ojos tan adorables, pensó Malachi, si tienes la suerte de poder verlos de cerca. El iris era de un azul perfecto.

—Con la gente es lo mismo, ¿no?

—Eso pienso. Es uno de los temas fundamentales del libro. No podemos escapar al destino, pero sí podemos hacer mucho por dejar nuestra huella en él, por hacer que se vuelva en nuestro provecho o que nos perjudique.

—Parece que el mío se ha convertido en provecho en el momento en que planifiqué este viaje en este momento en particular.

Tia notaba que el calor le subía otra vez a las mejillas, y levantó su taza con la esperanza de disimularlo.

—No me ha dicho qué clase de negocios tiene.

—Barcos. —Se acercaba mucho a la verdad—. Es un negocio familiar, de varias generaciones. Una elección del destino. —Lo dijo como si nada, pero la estudió como un halcón acechando a un conejo—. Si tenemos en cuenta que mi tatarabuelo fue uno de los supervivientes del *Lusitania*.

Los ojos de ella se dilataron y dejó la taza en la mesa.

—¿En serio? Qué curioso. El mío murió en ese barco.

—¿De verdad? —Su tono de sorpresa era el justo—. Eso sí que es una coincidencia. Me pregunto si se conocerían, Tia. —Le tocó la mano y, al ver que ella no se sobresaltaba, la dejó así—. Creo que me estoy convirtiendo en un seguidor acérrimo del destino.

Mientras caminaban de vuelta al hotel, Malachi consideró cuánto más debía decir y cómo. Finalmente, decidió atemperar su impaciencia con discreción. Si mencionaba las estatuas demasiado pronto, quizá ella vería los fríos cálculos que se escondían detrás de todas aquellas casualidades.

—¿Tiene algún plan para mañana?

—¿Mañana? —Todavía no acababa de creerse que hubiera tenido algún plan aquella noche—. No, en realidad no.

—¿Por qué no paso a recogerla hacia la una? Podemos ir a comer. —Y le

sonrió cuando entraban en el vestíbulo del hotel—. A ver dónde nos lleva eso.

Ella había pensado hacer las maletas, llamar a casa, trabajar un rato en su nuevo libro y pasar al menos una hora haciendo sus ejercicios de relajación.

No fue capaz de encontrar una razón.

—Estaría encantada.

Perfecto, pensó él. Le daría un poco de romanticismo, un poco de aventura. Un paseo hasta el mar. Y dejaría caer la primera alusión a las pequeñas estatuas plateadas. En recepción, pidió la llave de su habitación y la de ella.

Antes de que Tia tuviera tiempo de coger su llave, él se había hecho con ella y, apoyando su mano libre en la espalda de ella, la acompañó hasta el ascensor.

Pero fue cuando las puertas se cerraron y se encontró a solas con él cuando Tia sintió un primer indicio de pánico. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciendo él? Sólo había apretado el botón de la planta de ella.

Tia se había saltado todas las normas del *Manual de viaje de la mujer de negocios*. Estaba claro que había malgastado 14,95 dólares, además de todas las horas que había pasado estudiándolo. Él conocía su número de habitación, y sabía que viajaba sola.

Entraría a la fuerza en su habitación, la violaría y la mataría. O, con el molde que quizá estuviera sacando en aquel mismo momento, entraría más tarde a hurtadillas, la violaría y la mataría.

Y todo porque no había prestado atención al capítulo dos.

Se aclaró la garganta.

—¿Su habitación también está en la cuarta planta?

—¿Mmm? No, estoy en la sexta. Pero la acompañaré hasta la puerta, Tia, como querría mi madre. Tengo que encontrar un regalo para ella, algo de cristal. Quizá podría usted ayudarme a escoger algo apropiado.

Tal como esperaba, la mención de su madre la tranquilizó.

—Tendrá que decirme qué cosas le gustan.

—Le gusta cualquier cosa que le compren sus niños —dijo él cuando las puertas volvían a abrirse.

—¿Niños?

—Tengo un hermano y una hermana. Gideon y Rebecca. Nos puso nombres bíblicos, a saber por qué. —Se detuvo ante la puerta de la habitación y metió la llave en la cerradura. Cuando giró la llave y la puerta se abrió, se retiró.

La oyó dar un suspiro callado de alivio y casi se echa a reír. Y, porque la había oído y le había hecho gracia, la cogió de la mano.

—Tengo que darle las gracias, y a los dioses, por esta memorable velada.

—Lo he pasado maravillosamente.

—Entonces, hasta mañana. —No apartó los ojos de ella cuando le levantó la mano y rozó los nudillos con sus labios. El pequeño temblor que obtuvo en respuesta hizo mucho por su ego.

Tímida, delicada, dulce. Y tan alejada de su tipo como el sol de la luna. Aun así, no había motivo para que un hombre no pudiera experimentar con algo diferente de vez en cuando.

Tal vez mañana la probaría.

—Buenas noches, Tia.

—Buenas noches. —Tia reculó algo sofocada, sin apartar los ojos de él, hasta que pasó por la puerta.

Y entonces se dio la vuelta. Y gritó.

Él entró y se puso delante de ella como una exhalación. En otras circunstancias, Tia hubiera admirado tanta rapidez y gracia en un hombre. Pero, en aquellos momentos, lo único que veía era el caos que había en su habitación.

Su ropa estaba esparcida por todas partes. Sus maletas estaban destrozadas, la cama estaba boca abajo y los cajones estaban tirados por el suelo. Lo que había en el joyero estaba fuera y habían desgarrado el forro.

La mesa del pequeño estudio también había sido registrada. Y el ordenador portátil que había encima había desaparecido.

—Maldita sea —declaró Malachi. Lo único que fue capaz de pensar era que la zorra se le había adelantado.

Con gesto enfurecido, se dio la vuelta. Y una mirada a Tia bastó para hacer que se tragara el resto de las maldiciones. Estaba blanca como el papel, y tenía los ojos vidriosos por la impresión.

No se merece esto, pensó. Y estaba seguro de que aquello había pasado porque él la estaba siguiendo.

—Será mejor que se siente.

—¿Qué?

—Siéntese. —Con gesto rápido, la cogió del brazo, la llevó hasta una silla y la hizo sentarse—. Llamaremos a seguridad. ¿Ve si falta algo?

—Mi ordenador. —Trató de respirar, pero no podía. Temiendo que le diera un ataque de asma, se puso a buscar el inhalador en su maletín—. Falta mi ordenador personal.

Él la miró con gesto preocupado mientras ella inhalaba.

—¿Qué había en él?

Ella negó con la mano.

—Mi trabajo —consiguió decir entre inhalación e inhalación—. Un nuevo libro. E-mail, cuentas... bancarias. —Volvió a revolver su bolsa, buscando pastillas—. Tengo una copia en disquete aquí. —Aunque lo que sacó era un bote de pastillas.

Malachi se lo quitó de la mano.

—¿Qué es esto? —Leyó la etiqueta y el gesto de preocupación se acentuó—. De momento esto lo vamos a guardar. No va a ponerse histérica.

—¿No?

—No.

Tía sintió en la garganta un familiar cosquilleo que presagiaba un ataque de pánico.

—Me parece que se equivoca.

—Ya basta, hiperventilará o algo parecido. —Tratando de mantener la calma, se agachó ante ella—. Míreme, respire despacio. Respire despacio.

—No puedo.

—Sí, sí puede. No está herida, ¿no es así? Tiene un pequeño problema entre manos, nada más.

—Alguien se ha colado en mi habitación.

—Es cierto, pero ya ha pasado. Que se atiborre de tranquilizantes no cambiará las cosas. ¿Qué me dice del pasaporte, alguna cosa de valor? Papeles importantes.

Él la hizo pensar, no reaccionar, así que la constricción que sentía en el pecho se aligeró. Negó con la cabeza.

—Siempre llevo el pasaporte conmigo. No viajo con nada que sea realmente de valor. Pero mi ordenador...

—Puede comprarse otro, ¿no?

Dicho así, pues sí.

—Sí.

Él se incorporó para cerrar la puerta.

—¿Quiere avisar a seguridad?

—Sí, por supuesto. A la policía.

—Piénselo bien. Está en un país extranjero. Un informe policial generará un montón de papeleo, le supondrá mucho tiempo y problemas. Y habrá publicidad.

—Pero... alguien ha entrado en mi habitación.

—Quizá tendría que revisar sus cosas.

Procuró mantener un tono calmado y práctico porque le pareció la mejor forma de manejarla. Era la forma en que su madre afrontaba los ataques de mal genio, y ¿qué era la histeria sino una especie de mal genio?

—Compruebe qué se han llevado. —Miró alrededor y tocó una pequeña máquina blanca con el pie—. ¿Qué es esto?

—Un purificador del aire. —Cuando él lo cogió y lo puso sobre la mesa, ella se levantó algo tambaleante—. No entiendo por qué iba a hacer nadie todo esto por un ordenador portátil.

—A lo mejor esperaban encontrar más cosas. —Fue hasta la puerta del aseo y asomó la cabeza.

Ya antes había decidido que los cuartos de baño de los fineses merecían algún premio por su lujo. El de ella, como estaba en una habitación más cara, era más grande, pero de todos modos al suyo no le faltaba ningún detalle.

Suelo de baldosas con calefacción por debajo, jacuzzi, el esplendor de la

ducha de seis cabezas y las toallas gruesas y grandes como mantas. Sobre el mármol del cuarto de baño vio media docena de botes de pastillas, la mayoría de ellos de vitaminas o remedios naturales. Había un cepillo de dientes eléctrico, un tubo de crema antibacteriana. Paquetes de una cosa que se llamaba N-ER-G y más paquetes de otra que se llamaba D-Stress. Contó ocho botellas de agua mineral.

—Veo que es usted una farmacia ambulante.

Ella se pasó una mano por la cara.

—Viajar es muy estresante, supone una fuerte presión para mi sistema. Tengo alergias.

—¿Sabe una cosa? ¿Por qué no me deja que la ayude a poner un poco de orden en todo esto y luego se toma una de esas pastillas y duerme un poco?

—No podría dormir. Tengo que avisar a seguridad.

—De acuerdo. —A él ni le iba ni le venía, y se estaría causando más problemas a sí misma que a él. Obedientemente, llamó a recepción y explicó lo sucedido.

Hasta se quedó con ella cuando llegaron los de seguridad y la dirección del hotel. Le estuvo dando palmaditas en la mano mientras hablaba con ellos, y dio su versión de la velada, nombre, dirección y número de pasaporte.

Básicamente, no tenía nada que ocultar.

Casi eran las dos de la mañana cuando volvió a su habitación. Se tomó un *whisky*. Y, mientras se tomaba el segundo estuvo pensando.

Cuando Tía se levantó a la mañana siguiente, desorientada, él ya se había ido. Lo único que quedaba para certificar que había existido realmente era una nota que deslizó bajo su puerta.

Tía, espero que se sienta mejor esta mañana. Lo siento, pero he tenido que cambiar mis planes y ya habré dejado Helsinki cuando lea esto. La mejor de las suertes para el resto del viaje. Me pondré en contacto con usted en cuanto pueda. Malachi.

Ella suspiró, se sentó en el borde de la cama y supuso que no volvería a verlo.

Malachi convocó una reunión en cuanto regresó a Cobh. Dada la importancia del asunto, todo se dispuso rápidamente y las partes implicadas accedieron.

Malachi estaba en pie a la cabeza de la mesa, y relató a sus socios los sucesos que habían tenido lugar durante su estancia en Finlandia.

Cuando terminó, tomó asiento y cogió su taza de té.

—Bueno, espabilado, ¿y por qué no te quedaste y le diste otro empujoncito?

Dado que el comentario provenía del socio más joven, que resulta que también era su hermana, Malachi no se ofendió particularmente. En la familia Sullivan la mesa donde se celebraban las reuniones era la de la cocina. Antes de contestar, se puso en pie otra vez, cogió la lata de las galletas del poyo y se sirvió.

—En primer lugar, porque insistir hubiera hecho más mal que bien. Ésa mujer tiene más cerebro que una col, Becca. Si hubiera insistido sobre el tema de las estatuas cuando acababan de robárselas, hubiera podido pensar que yo tenía algo que ver. Cosa que, indirectamente, me parece que es cierta —dijo torciendo el gesto.

—No podemos culparnos por eso. Después de todo, no somos alborotadores, ni ladrones. —Gideon era el hermano mediano, casi dos años menor que Malachi y casi dos años mayor que Rebecca. Un azar que las más de las veces le hacía jugar el papel de intermediario entre los dos.

Tenía la altura y la constitución de su hermano, pero había heredado el tono de piel de la madre. Las mejillas hundidas de los Sullivan estaban también en su cara, pero en su caso, el cuadro lo completaba el pelo negro azabache y los ojos azules de vikingo.

A su manera, era el más puntilloso de los tres. Le gustaba tenerlo todo bien organizado en columnas y, por eso —aunque Malachi tenía mucha mano con los números— llevaba las cuentas de la familia.

—El viaje no ha sido en vano —continuó el hermano—. Has entrado en contacto con ella, y ahora tenemos razones para pensar que no somos los únicos que creen que puede llevarnos a las estatuillas.

—Eso no lo sabemos —terció la hermana—. Porque lo que está claro es que fue Malachi quien los ha llevado hasta ella. Hubiera preferido que en vez de volver tan deprisa te quedaras a investigar quién ha entrado en su habitación.

—Y ¿cómo sugiere la señora Mata Hari que debía investigar?

—Buscando pistas —dijo ella abriendo los brazos—. Interrogando al personal del hotel. Haciendo algo.

—Lástima que no me acordara de llevarme la lupa y la gorra de cazador...

La hermana suspiró, exasperada. Entendía la razón por la que su hermano había actuado de aquella forma, pero cuando se trataba de elegir entre razón y acción, ella siempre dejaba a un lado la razón.

—Yo lo único que veo es que nos hemos alejado de nuestro objetivo y no estamos mucho mejor que antes de que tuvieras tu pequeña aventura con la yanqui.

—No tuvimos ninguna aventura —dijo Malachi controlando a duras penas la voz.

—Bueno ¿y de quién es la culpa? —contraatacó ella—. Yo creo que le habrías sacado mucho más si la hubieras ablandado en la cama.

—Rebecca. —El sereno tono de censura llegó del equilibrio del poder. Eileen Sullivan podía haber tenido tres hijos fuertes y con carácter, pero ella era y siempre sería el poder.

—Ma, que ya tiene treinta y un años —comentó Rebecca con voz melosa—. Supongo que imaginarás que ha practicado el sexo alguna vez.

Eileen era una mujer guapa y ordenada, muy orgullosa de su casa y su familia. Y, cuando era necesario, las dirigía las dos con mano de hierro.

—No estamos hablando del comportamiento privado de tu hermano, estamos hablando de negocios. Todos estuvimos de acuerdo en que Mal iría y vería cómo estaba el panorama. Y eso ha hecho.

Rebecca cedió, aunque no era fácil. Adoraba a sus hermanos, pero a veces les hubiera dado un cabezazo para sacudirles un poco el cerebro.

Ella también tenía la complexión alta y delgada de los Sullivan y se la hubiera podido considerar esbelta de no ser por los fuertes hombros y los músculos que le gustaba trabajar.

Su pelo era algo más claro que el de Malachi, tirando a cobrizo, y tenía los ojos de un verde más suave y empañado. Junto con las largas pestañas, ponían el contrapunto a una boca grande y obstinada, en una cara con más ángulos que curvas.

Detrás de aquellos ojos se escondía una mente aguda y despierta, con frecuencia impaciente.

Había tratado por todos los medios de ser ella la elegida para ir a Helsinki y entrar en contacto con Tia Marsh. Aún estaba enfadada por haber perdido frente a Malachi.

—Tú no lo hubieras hecho mucho mejor —comentó Malachi, leyéndole con facilidad el pensamiento—. Y no hubieras tenido la opción del sexo, ¿no? En todo caso, ha ido muy bien. Le gusto, y diría que no es una mujer a quien le resulte fácil sentirse a gusto en compañía de nadie. No es como tú, Becca. —Mientras

hablaba, rodeó la mesa y le tiró a su hermana de su pelo largo y rizado—. No es una aventurera descarada.

—No trates de ablandarme.

Él se limitó a sonreír y volvió a tirarle del pelo.

—Yendo lo más despacio posible, hubieras seguido yendo demasiado rápido para ella. La hubieras intimidado. Es muy tímida, y creo que algo hipocondríaca. No te creerías los potingues que tenía. Botes de pastillas, pequeños artilugios. Purificadores de aire. Fue increíble cuando lo repasamos todo delante de la policía. Hasta viaja con su propia almohada... algo de una alergia.

—Parece un muermo —replicó Rebecca.

—No, no es un muermo. —Malachi recordó aquella sonrisa serena—. Sólo es un poco nerviosa. Aun así, cuando vino la policía, se controló muy bien. Narró lo sucedido, tranquila, paso a paso, desde el momento en que salió del hotel para ir a la conferencia hasta que volvió a entrar.

Y, según recordaba, no se había saltado ni un solo detalle.

—Tiene cabeza —musitó—. Como una cámara que lo fotografía todo y lo archiva en el lugar que le corresponde. Y bajo todas éstas manías se esconde un carácter templado.

—Te ha gustado —dijo Rebecca.

—Sí. Y siento haberle causado tantos problemas. Pero, bueno, lo superará. —Volvió a sentarse y se echó azúcar en la taza de té, que ya estaba más bien frío—. De momento no insistiremos por ese lado, al menos hasta que vuelva a Estados Unidos y se tranquilice. Entonces es posible que viaje a Nueva York.

—Nueva York —Rebecca se levantó de un salto—. ¿Por qué siempre eres tú el que va a todas partes?

—Porque soy el mayor. Y porque, para bien o para mal, Tia Marsh es mía. Tendremos más cuidado con el siguiente paso, y a que parece que vigilan nuestros movimientos.

—Uno de nosotros tendría que ocuparse de esa zorra directamente —dijo Rebecca—. Nos robó algo que había pertenecido a nuestra familia durante más de tres cuartos de siglo, y ahora está tratando de utilizarnos para encontrar las otras dos estatuillas. Alguien tiene que decirle, y bien claro, que los Sullivan no lo van a permitir.

—Lo que hará será pagar. —Malachi se recostó contra la silla—. Y mucho, cuando nosotros tengamos las otras dos diosas y ella sólo tenga una.

—La que nos robó.

—Sería difícil explicar a las autoridades que nos robó algo que había sido robado. —Gideon levantó la mano antes de que Rebecca pudiera contestarle—. Aunque hayan pasado ochenta y pico años, Felix Greenfield robó la primera diosa. Creo que podríamos saltarnos eso. Ya que nadie lo sabe salvo nosotros. Pero, por la misma razón, no tenemos ninguna prueba real que demuestre que la

estatuilla estaba en nuestro poder y que alguien con la reputación de Anita Gaye nos la haya robado delante de nuestras narices.

Rebecca lanzó un suspiro.

—Me mortifica que lo hiciera, como si nosotros no fuéramos más que unos pobres corderitos que van tranquilamente al matadero.

—Por separado, esa estatua no vale más que unos cientos de miles de libras. —Como aún le dolía, Malachi no mencionó la facilidad con que le habían birlado la pequeña estatuilla—. Pero las tres juntas, no tienen precio para un buen coleccionista. Anita Gaye es esa coleccionista y, al final, será ella la que irá al matadero como un corderito.

Sentado en la alegre cocina color mantequilla, con las cortinas de zaraza de la abuela y el olor a la hierba del verano a su alrededor, pensó en lo que le gustaría hacerle a la mujer que le había robado el símbolo de la familia de las manos.

—Yo creo que no debemos esperar para dar el segundo paso —decidió—. Tía no regresará a Nueva York hasta dentro de un par de semanas, y no quiero presentarme demasiado pronto. Lo que tenemos que hacer es seguirle la pista a la segunda estatua.

Rebecca se echó el pelo hacia atrás.

—Algunos no hemos podido pasarnos el día divirtiéndonos en el extranjero. Yo he seguido bastantes pistas estos últimos días.

—¿Y por qué no lo decías?

—Porque no has dejado de decir memeces sobre tu nueva novia y anqui.

—Por el amor de Dios, Becca.

—No utilices el nombre de Dios en vano en mi mesa —dijo Eileen con suavidad—. Rebecca, deja de fastidiar a tu hermano y no presumas tanto.

—No estaba presumiendo. Todavía. He estado investigando por internet, buscando genealogías y esas cosas. Día y noche, por cierto, y haciendo un gran sacrificio. Eso es presumir —le dijo con una mueca a su madre—. Aún así, es un gran adelanto, porque lo único que tenemos es lo que Felix recuerda de lo que leyó en el papel que acompañaba la estatuilla. Al caer al mar la tinta se emborronó, y tenemos que confiar en que recuerde con exactitud lo que leyó justo antes de la que sería la experiencia más traumática de su vida. O incluso que lo que dice sea verdad. Porque, después de todo, era un ladrón.

—Reformado —la corrigió Eileen—. Por la gracia de Dios y el amor de una buena mujer. Más o menos.

—Sí, más o menos. Bueno, con la estatua había un papel con un nombre y una dirección de Londres. Lo que dijo que la memorizó por si tenía ocasión de dejarse caer por el sitio una noche y hacer de las suyas parece bastante razonable. Sobre todo ahora que he estado investigando en internet y he descubierto que realmente había un Simón White-Smythe en Mansfield Park en mil novecientos quince.

—¡Lo has encontrado! —Malachi le sonrió—. Eres increíble, Rebecca.

—Pues sí, lo soy, porque he descubierto mucho más que eso. Éste señor tuvo un hijo, llamado James, que a su vez tuvo dos hijas. Las dos se casaron, pero una perdió a su marido en la Segunda Guerra Mundial y murió sin tener hijos. La otra se fue a vivir a Estados Unidos, porque su marido era un importante abogado de Washington. Tuvieron tres hijos, dos chicos y una chica. Uno de los hijos murió cuando no era más que un crío en Vietnam, y el otro huyó a Canadá y no he conseguido encontrar nada de él. Pero la hija se casó tres veces. ¿Puedes superar eso? Ahora vive en Los Ángeles, y tuvo una hija con el primer marido. También le he seguido la pista por la autopista de la información. Vive en Praga, y trabaja en una especie de club.

—Bueno, Praga está más cerca que Los Ángeles —repuso Malachi—. No sé por qué no podían haberse quedado en Londres. Tendremos que hacer un acto de fe con todo esto y creer que el tal White-Smythe tenía la estatuilla o sabía cómo conseguirla. Y que si la tenía, habrá continuado en la familia o en algún sitio constará adónde ha ido a parar. Y que, de ser así, podremos hacernos con ella mediante algún truco.

—Fue un acto de fe cuando vuestro tatarabuelo le dio su chaleco salvavidas a una desconocida y su hijo —terció Eileen—. En mi opinión, tenía que haber un propósito para que él se salvara cuando murieron tantas personas. Un motivo para que esa estatua estuviera en su bolsillo cuando se salvó. Y eso significa que pertenece a nuestra familia —prosiguió, con su lógica fría e inamovible—. Y, puesto que forma parte de un conjunto, las otras también deberían estar en nuestro poder. No por dinero, sino por principio. Creo que podemos permitirnos pagar un billete a Praga para ver qué encontramos.

Le sonrió con serenidad a su hija.

—¿Cuál es el nombre de ese club, cariño?

El nombre del club era Down Under, y había escapado a la decadencia por la vigilancia de su propietaria, Marcella Lubriski. Cada vez que el local empezaba a hacer aguas, ella lo hacía remontar dándole un buen puntapié con sus zapatos de tacón.

La mujer era un digno producto de su tiempo y de su país, mitad checa mitad eslovaca, con un poquito de sangre rusa y alemana. Cuando los comunistas llegaron al poder, cogió a sus dos hijos, le dijo a su marido que hiciera lo que quisiera y huyó a Australia, porque le pareció que estaba suficientemente lejos.

No hablaba inglés, no tenía contactos, ni un padre para sus hijos, porque el marido prefirió quedarse en Praga. Y en el sujetador llevaba escondido el equivalente a doscientos dólares.

Pero lo que sí tenía era valor, una mente despierta y un cuerpo moldeado

para provocar los sueños más húmedos. Y lo utilizó todo en un local de *strip-tease* de Sidney, donde se desnudaba ante borrachos y hombres solitarios y metía sin falta en el banco su escaso sueldo y sus sustanciosas propinas.

Aprendió a apreciar a los australianos por su generosidad, su sentido del humor y la facilidad con que aceptaban a los parias. Cuidó de que sus hijos estuvieran bien alimentados y, si ocasionalmente aceptaba algún trabajo para particulares, para que los niños tuvieran también buenos zapatos, sólo era sexo.

En cinco años, había reunido el suficiente dinero para invertir en un pequeño club con unas socias. Seguía desnudándose, seguía vendiendo su cuerpo cuando le apetecía. En diez años, compró a sus socias el resto del negocio y se retiró de los escenarios.

Para cuando cayó el muro de Berlín, Marcella era propietaria del club de Sidney, un club en Melbourne, parte de un complejo de oficinas y una buena parte de un edificio de apartamentos de lujo. Se alegró al ver que los comunistas eran expulsados de su país natal, pero no le dio mayor importancia al asunto.

Al principio.

Luego empezó a hacerse preguntas, añoraba el sonido de su lengua, la imagen de las cúpulas y los puentes de su ciudad. Dejó a su hijo y a su hija a cargo de sus propiedades en Australia y volvió a Praga en lo que supuso que sería un viaje sentimental.

Pero la mujer de negocios que había en ella olió enseguida el negocio, y nunca hay que desaprovechar las oportunidades. Praga volvería a ser una ciudad donde se mezcla el viejo y el nuevo mundo, volvería a ser el París de la Europa del Este. Y eso significaba comercio, dólares por el turismo, y muchas oportunidades de hacer negocio.

Marcella adquirió algunas propiedades: un pequeño hotel con atmósfera de la Praga de época, y un restaurante pintoresco y tradicional. Y, por el sentimiento que despertaban en ella sus dos hogares, abrió el Down Under^[2].

El suyo era un local limpio con chicas sanas. No le importaba si hacían trabajos para particulares. Ella sabía muy bien que a veces el sexo permite acceder a aquellos pequeños extras que hace la vida más llevadera. Pero si descubría que alguien olía siquiera la droga, tanto entre sus chicas como entre los clientes, lo ponía de patitas en la calle.

En el Down Under no había segundas oportunidades.

Entabló una cordial relación con la policía de la zona, asistía regularmente a la ópera y se convirtió en una mecenas del arte. Y vio cómo la ciudad cobraba vida, se llenaba de color, de música, de dinero.

Aunque siempre decía que quería volver a Sidney, los años pasaban y ella seguía en Praga.

A sus sesenta años, seguía conservando la figura que le había permitido hacer fortuna, vestía a la moda de París y podía oler a un camorrista a kilómetros de

distancia.

Cuando Gideon Sullivan entró por la puerta, lo miró a conciencia. Demasiado guapo, pensó. Y sus ojos escrutaban el local, no el escenario, buscando algo que no tenía nada que ver con los hermosos pechos de sus chicas. O a alguien.

El club tenía más clase de lo que Gideon pensaba. Se oía una música tecno y las luces acompañaban. En el escenario, tres mujeres actuaban cogidas a largas barras de metal.

Supuso que habría hombres a los que les gustaría imaginar que aquella barra era su aparato, pero sinceramente, el suyo se merecía algo mejor que tener a una mujer colgada de él cabeza abajo.

Había muchas mesas, todas ocupadas. Las más próximas al escenario estaban abarrotadas de hombres y mujeres que tomaban sus bebidas y contemplaban las acrobacias de las tres mujeres.

Una niebla azulada velaba los haces de luz, pero el olor a *whisky* y cerveza no era más fuerte que en el pub donde él iba a beber. Buena parte de la clientela vestía de negro, cuero negro, pero había las suficientes parejas para que se preguntara por qué iba a llevar ningún hombre a su pareja a ver cómo otras mujeres se desnudaban.

Aunque aquel sitio era más de clase media que el antro donde él y Malachi habían pasado una memorable velada en un viaje a Londres, se alegró de que su madre le hubiera mandado a él y no a Rebecca, a pesar de su enfado.

No era sitio para una chica de buena familia.

Aunque por lo visto Cleo Toliver lo encontraba suficientemente apropiado.

Se acercó a la barra y pidió una cerveza. Por los espejos que había detrás de la barra vio que las bailarinas se habían quedado en tanga, dejando al descubierto los tatuajes, y giraban a la vez sobre sus barras.

Sacó un cigarrillo, encendió la cerilla y meditó qué táctica sería más adecuada. Siempre que fuera posible, prefería el camino más recto.

Cuando la gente empezó a aplaudir y silbar, le hizo una seña al camarero.

—¿Cleo Toliver trabaja esta noche?

—¿Por qué?

—Un asunto familiar.

El hombre no correspondió a la sonrisa de Gideon, se limitó a limpiar la barra y se encogió de hombros.

—Andará por aquí.

Y se alejó antes de que Gideon pudiera preguntarle dónde.

Bueno, esperaré, pensó. Había cosas peores que esperar viendo a bonitas mujeres quitarse la ropa.

—¿Buscas a una de mis chicas?

Gideon apartó la vista de la mujer que en esos momentos se deslizaba sobre el escenario como una gata. La mujer que tenía al lo era casi tan alta como él. Tenía el pelo rubio y lo llevaba sujeto en un complicado recogido. Vestía con traje chaqueta, sin blusa y la parte superior de sus pechos lechosos y sorprendentes sobresalía entre las solapas de la americana.

Gideon sintió una punzada de culpabilidad cuando pasó de los pechos a la cara y vio que la mujer era lo bastante mayor para ser su madre.

—Sí, señora, busco a Cleo Toliver.

Marcella alzó las cejas e hizo una señal para que le sirvieran la bebida.

—¿Por qué?

—Perdone, pero preferiría hablar con Cleo Toliver si no le porta.

Sin necesidad de mirar hacia la barra, Marcella cogió el *whisky* escocés que sabía que ya tendría ahí. A lo mejor será guapo como el demonio, y tiene aspecto de saber defenderse sólito en la pelea. Pero le han educado para que sea respetuoso con sus mayores.

Marcella no confiaba necesariamente en aquellas muestras de educación, pero le gustaban.

—Si le causa problemas a alguna de mis chicas y o se los causare a usted.

—Prefiero que nadie tenga problemas.

—Eso espero. Cleo sale la próxima. —Se bebió de un trago el *whisky*, dejó el vaso vacío y se alejó con sus zapatos de tacón de aguja.

Fue hacia los camerinos, envuelta en el olor a perfume, sudor y maquillaje. Sus chicas compartían una única habitación con grandes espejos a ambos lados y tocadores comunitarios. Cada una ocupaba su pequeña porción, de modo que los tocadores eran un revoltijo de cosméticos, pastas, muñecos y caramelos. En los espejos había fotografías de novios, estrellas de cine y algún que otro bebé.

Como de costumbre, la habitación era una confusión de idiomas, de quejas, cotilleos y protestas. Quejas por las malas propinas, amantes infieles, calambres menstruales.

En medio del alboroto, como una isla, vio a Cleo poniéndose las últimas horquillas en su pelo largo y castaño oscuro. Era amable con las otras chicas, pero no como lo sería una amiga. Hacía su trabajo y lo hacía bien, recogía su dinero y se iba a casa, sola.

Como hacía ella en sus tiempos, recordó Marcella.

—Hay un hombre que pregunta por ti.

Los ojos marrones de Cleo se encontraron con los de Marcella en el espejo.

—¿Y qué quiere?

—Sólo ha preguntado. Es guapo, de unos treinta. Irlandés. Pelo oscuro, ojos azules. Educado.

Cleo encogió los hombros, que en aquellos momentos estaban cubiertos por una americana gris oscura a rayas.

—No conozco a nadie así.

—Ha utilizado tu apellido. Le dije a Karl que erais familia.

Cleo se inclinó hacia delante para ponerse un rojo matador sobre los labios.

—Lo dudo.

—¿Tienes problemas?

Ella escondió los puños de la camisa blanca de sastre que llevaba bajo las mangas de la americana.

—No.

—Si te causa algún problema, sólo tienes que hacerle una señal a Karl. Él lo echará. —Marcella hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Es el irlandés de la barra. No tiene pérdida.

Cleo se puso los zapatos negros de tacón de aguja que completaban el traje.

—Gracias, creo que podré manejarlo sola.

—Eso espero. —Marcella le puso la mano en el hombro un momento, luego se fue a mediar en una discusión entre dos de las bailarinas por un sujetador con lentejuelas rojas.

Si a Cleo le preocupaba que alguien hubiera preguntado por ella, no se notaba. Después de todo, era una profesional. Y, tanto si se dedicaba a interpretar *El lago de los cisnes* como si se desnudaba ante la escoria de Europa, una bailarina profesional tenía sus normas.

No conozco a ningún irlandés, pensó la chica mientras salía a toda prisa para esperar su turno. Y desde luego no se creía que nadie ni remotamente relacionado con su familia se fuera a molestar en preguntar por ella. Aunque se la hubieran encontrado medio muerta por la calle.

Seguramente sería algún gilipollas al que otro cliente le había dado su nombre y que creía que podría sacarle un polvo barato a una *stripper* estadounidense.

Pues se iba a llevar un chasco.

Cuando la música de su espectáculo empezó a sonar, Cleo apartó de su mente cualquier cosa que no fuera su coreografía. Contó los acordes y cuando las luces se encendieron, salió el escenario.

En la barra, la mano de Gideon se quedó paralizada cuando se llevaba la cerveza a la boca.

La mujer vestía como un hombre. Aunque desde luego, hubiera sido imposible confundirla con uno. Ni aunque fueras ciego. Pero había algo primitivamente erótico en la forma en que se movía ataviada con aquel traje a rayas tan convencional.

La música era provocativa, rock estadounidense, y la iluminación era azulada, con humo. Le pareció muy inteligente e irónico qué hubiera elegido el «Cover Me» de Bruce Springsteen para desnudarse.

Desde luego, la chica sabía lo que hacía, pensó Gideon mientras le veía bajarse la chaqueta sastre de los hombros y tirarla sin dejar de moverse.

Las otras chicas que había visto en el escenario giraban, se deslizaban, se sacudían, en cambio Cleo bailaba. Con movimientos marcados y complejos que demostraban un verdadero estilo y talento.

Aunque, cuando en uno de esos bruscos movimientos se arrancó los pantalones, Gideon perdió el hilo del estilo.

Jesús, eso sí que son piernas.

También utilizó las barras, dando tres rápidas vueltas con las piernas enlazadas. El pelo se soltó, y cayó libre sobre los hombros en una cascada castaña. Gideon no vio cómo se desabrochaba la camisa, pero de pronto estaba abierta y dejaba ver la blonda negra que cubría sus pechos altos y firmes.

Gideon trató de convencerse de que seguramente serían de plástico y de que, fueran como fuesen, no tenían nada que ver con él. Pero notó que la saliva se le acumulaba en la boca cuando la camisa desapareció.

Bebió un poco de cerveza para aclararse la garganta y siguió mirando.

Cleo lo había localizado desde la primera vuelta. No lo veía con claridad, y no estaba lo bastante preocupada para que eso la preocupara. Pero sabía que estaba ahí, y que la estaba mirando.

Eso era bueno. Para eso le pagaban.

De espaldas al público, se llevó una mano a la espalda y se soltó el sujetador. Cruzó los brazos sobre los pechos y se dio la vuelta. Una ligera capa de sudor le cubría la piel, y esbozó una pequeña sonrisa —glacial— mientras establecía contacto visual con los hombres del público que le habían parecido más predisuestos a aligerar la cartera.

Sacudió la melena hacia atrás y, sin otra cosa que un tanga negro y los zapatos de tacón, se agachó para que pudieran ver lo que estaban pagando.

No hizo caso de los dedos que le rozaban las caderas y sólo se fijó en los billetes que le sujetaban al tanga.

Cuando un cliente entusiasmado quiso cogerla, ella se echó hacia atrás y, con un gesto que podía entenderse como jugueteón le indicó con el dedo que se acercara. Y pensó: gilipollas.

Echó un brazo hacia atrás y, apoyándolo en el suelo, se dio impulso con las piernas y se puso en pie.

Jugó con el otro lado del escenario de forma parecida. Pero desde allí pudo ver mejor al hombre de la barra. Sus ojos se encontraron, dos segundos. Él levantó un billete, hizo un gesto con la cabeza. Y volvió a su cerveza.

Cleo deseó haber podido ver de cuánto era el billete. Pero valía la pena perder unos minutos para descubrir cuánto estaba dispuesto a pagar aquel hombre por ella.

Aun así, se tomó su tiempo, se refrescó bajo la ducha y luego se puso unos

vaqueros y una camiseta de tirantes. No solía aparecer por el club después de una actuación, pero esperaba que Karl y los otros matones que Marcella tenía no dejaran que nadie la molestara.

De todas formas, la mayoría de los clientes preferían mirar al escenario y fantasear sobre el sexo que fijarse en las mujeres reales que tenían alrededor.

Excepto el señor guaperas, pensó. Como profesional, consideraba que el espectáculo que estaba en escena en ese momento era uno de los más creativos, y en cambio aquel hombre no lo miraba. Él tenía los ojos puestos en ella. Y — cosa que le valió unos cuantos puntos— en los ojos, no en las tetas.

—¿Quieres algo, guaperas?

La voz de la mujer le sorprendió. Era suave, sin la brusquedad que hubiera esperado de una mujer que se dedicaba a aquello.

La cara hacía honor al resto del cuerpo. Sensual y provocativa, con ojos oscuros y almendrados, y una boca llena y roja. Tenía un pequeño lunar en el extremo de la ceja derecha.

Su piel era algo morena, y eso le daba un sensual aire agitanado.

Olía a jabón... otra ilusión que se alteraba. Y bebía ociosamente de una alta botella de agua.

—Sí, si eres Cleo Toliver.

Ella se apoyó contra la barra. Ahora llevaba deportivas en vez de tacones, y vaqueros negros que se ceñían a sus caderas y sus piernas.

—No hago trabajos para particulares.

—¿Hablas?

—Cuando tengo algo que decir. ¿Quién te dio mi nombre?

Gideon se limitó a enseñarle otra vez el billete, y observó los ojos que lo miraban y se entrecerraban calculando.

—Creo que con esto debería bastar para una hora de conversación.

—Puede. —Cleo se reservaba su opinión sobre si era un imbécil o no, pero al menos no era un roñoso. Quiso coger el billete y se molestó al ver que él lo apartaba.

—¿A qué hora terminas aquí?

—A las dos. Mira, por qué no me dices qué quieres y yo te diré si me interesa.

—Conversación —repitió él, y partió el billete en dos. Le dio una mitad y se metió la otra en el bolsillo—. Si quieres el resto, reúnete conmigo cuando salgas. En la cafetería del hotel Wenceslas. Esperaré hasta las dos y media. Si no vienes, los dos habremos perdido cincuenta libras.

Apuró su cerveza y dejó el vaso.

—Ha sido una actuación muy entretenida, señorita Toliver, y por lo que he visto, muy lucrativa. Pero no todos los días se pueden ganar cincuenta libras sólo por sentarse y tomar una taza de café.

Ella frunció el entrecejo al ver que se daba la vuelta para irse.

—¿Tienes nombre, guaperas?

—Sullivan. Gideon Sullivan. Tienes hasta las dos y media.

Cleo nunca desaprovechaba una oferta. Pero tampoco quería dar a su público la impresión de que se iba con cualquiera. El teatro se basaba en ilusiones. Y la vida, como dijo aquel hombre tan importante, era un gran teatro.

Se dirigió hacia la cafetería cuando faltaban dos minutos para que se acabara el tiempo.

Si un idiota con una cara bonita y voz sexy quería pagar por hablar con ella, perfecto. Ya había comprobado cuántas coronas checas eran cincuenta libras irlandesas, utilizando la pequeña calculadora. En su situación, el dinero le iría muy bien.

No tenía intención de seguir quitándose la ropa delante de un puñado de mamones durante mucho tiempo. La verdad es que nunca había querido trabajar, ni siquiera temporalmente, en un club de *strip-tease* de Praga.

Pero había sido una idiota. Había caído como una tonta en manos de un embaucador, dejándose deslumbrar por su buena apariencia y su palabrería. Y cuando una chica se encuentra de buenas a primeras en Europa del Este, en una ciudad donde no es capaz ni de decir la frase más sencilla de una guía, hace lo que sea para salir adelante.

Pero una cosa tenía en su favor, pensó. Nunca cometía dos veces el mismo error.

Al menos en eso no se parecía a su madre.

El pequeño restaurante estaba bien iluminado, y había algunos clientes repartidos por las mesas, tomando café, comiendo. Bueno, la compañía era un plus. Aunque tampoco la preocupaba particularmente que el irlandés tratara de hacerle algo. Sabía defenderse sólita.

Lo vio en uno de los reservados del rincón, tomando café y leyendo, mientras un cigarrillo se consumía en un cenicero negro de plástico. Con ese aire tan romántico y torturado podría pasar por un artista, escritor tal vez. No, poeta. Un poeta torturado que escribía verso libre, oscuro y esotérico y que había venido a la gran ciudad buscando inspiración como habían hecho otros antes que él.

Las apariencias, pensó con una mueca, siempre engañan.

Cuando se sentó frente a él, el chico levantó la vista. En aquel rostro poético, los ojos de un azul intenso y cristalino eran de los que le llegan a una mujer

directamente a las glándulas.

Menos mal, pensó Cleo, que ella estaba inmunizada.

—Vienes justa —comentó él, y siguió leyendo.

Ella se limitó a encoger los hombros y se volvió hacia la camarera que acababa de acercarse.

—Café. Tres huevos revueltos. Beicon. Tostadas. Gracias. —Cleo sonrió cuando vio que Gideon la observaba por encima del libro—. Estoy hambrienta.

—Supongo que lo que haces debe despertar el apetito.

Marcó el sitio por donde iba y dejó el libro a un lado. Yeats, notó Cleo. Lo suponía.

—De eso se trata, ¿no? De despertar apetitos. —Estiró las piernas mientras la camarera le servía el café—. ¿Qué te ha parecido mi número?

—Mejor que la mayoría. —No se había quitado el maquillaje que llevaba durante la actuación. Con aquella luz tan intensa se la veía dura y sexy. Seguramente ella lo sabía y lo había hecho a propósito—. ¿Por qué lo haces?

—Mira, guaperas, a menos que seas un cazatalentos de Broadway, eso es asunto mío. —Y sin apartar los ojos de él, se frotó el pulgar con los dos dedos para aludir al dinero.

Gideon se sacó su mitad del billete del bolsillo y la deslizó debajo del libro.

—Primero hablaremos. —Había estado pensando y decidió que lo mejor era ir directo, o bueno, bastante directo, al grano—. Tienes un antepasado por el lado de tu madre que se llama Simón White-Smythe.

Cleo, más desconcertada que otra cosa, dio un sorbo a su café, fuerte y negro.

—¿Y?

—Era coleccionista de arte y objetos. Tenía una pieza en su colección, una estatuilla de plata de una mujer. Griega. Yo represento a una persona interesada en conseguir esa estatua.

Cleo observó cómo le servían el desayuno sin decir nada. El olor a comida, sobre todo si no tenía que pagarla, le daba más ganas de colaborar.

Cogió un bocado de huevo y pinchó una rodaja de beicon.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Sí. ¿Ése cliente tiene alguna razón para querer una pequeña mujer de plata?

—Básicamente es por razones sentimentales. En mil novecientos quince un hombre iba a bordo de un barco hacia Londres para comprar esa estatua a tu antepasado. Pero hizo una mala elección en el medio de transporte —añadió Gideon cogiéndole a Cleo un poco de su beicon—. Compró un pasaje en el *Lusitania*, y se hundió con él.

Cleo estudió la selección de confituras y se decidió por la de grosella negra. Se puso a untar generosamente una tostada mientras pensaba en aquella historia.

Su abuela por el lado de su madre, la única de la familia que era humana y tenía sentido del humor, se apellidaba White-Smythe de soltera. Así que, por el momento, la historia podía ser cierta.

—¿Y esa persona interesada ha esperado más de ochenta años para seguirle la pista a la estatuilla?

—Hay personas muy sentimentales —dijo con voz uniforme—. Digamos que el destino de este hombre quedó marcado por la pequeña estatua. Mi trabajo es localizarla y, si sigue en poder de tu familia, ofrecer una cantidad razonable.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no contactar con mi madre? Hubierais estado una generación más cerca.

—Tú estabas más cerca geográficamente. Pero, si no sabes nada de la pieza, ése será mi siguiente paso.

—Para mí que ese cliente tuyo está un poco chiflado, guaperas. —Sus labios se cerraron sobre la tostada. Las cejas se alzaron, convirtiendo el lunar en un punto aterciopelado sobre un sensual signo de exclamación—. ¿Y qué considera él una cantidad razonable?

—Estoy autorizado a ofrecer quinientas.

—¿Libras?

—Libras.

Jesús, Jesús, pensó Cleo mientras seguía comiendo con aparente calma. Con ese dinero engrosaría notablemente sus fondos para salir de aquel infierno. Y podría volver a Estados Unidos sin quedar mal.

Pero aquel hombre debía tomarla por idiota si pensaba que se iba a tragar esa historia.

—¿Una estatuilla de plata?

—De una mujer —dijo—, de unos quince centímetros de alto, con una especie de instrumento de medir en la mano. ¿Te suena o no?

—No me presiones. —Ella hizo una seña para que le pusieran más café y continuó con sus huevos—. Es posible que la haya visto. Mi familia tiene un montón de trastos viejos juntando polvo, y mi abuela era experta en eso. Puedo comprobarlo, si añades otros cincuenta a eso —dijo señalando con el gesto el billete que sobresalía por debajo del libro de Yeats.

—No te quedés conmigo, Cleo.

—Una tiene que ganarse la vida. Y cincuenta más es menos de lo que a tu cliente le costaría mandarte a Estados Unidos. Y además es más probable que mi familia colabore conmigo que con un desconocido.

Aunque sea mentira, claro, pensó.

Después de sopesar la situación, Gideon deslizó la mitad del billete sobre la mesa.

—Tendrás los otros cincuenta cuando te los hayas ganado.

—Pasa por el club mañana por la noche. —Cogió el billete y se lo metió en el

bolsillo de sus vaqueros.

Toda una hazaña, pensó Gideon, porque aquellos vaqueros se le pegaban al cuerpo como un guante.

—Tú trae el dinero. —Se levantó del reservado—. Gracias por los huevos, guaperas.

—Cleó. —Le estrechó la mano, con la fuerza suficiente para asegurarse de que tenía su atención—. Si tratas de engañarme, me voy a enfadar.

—Lo recordaré. —Ella le dedicó una sonrisa amable, soltó la mano, y se alejó meneando las caderas exageradamente.

Estaba claro. Cualquier hombre que tuviera sangre en las venas se la hubiera querido tirar. Pero sólo un idiota confiaría en ella.

Y Eileen Sullivan no había educado a ningún idiota.

Cleó volvió directamente a su apartamento, aunque llamar apartamento a una sola habitación era como decir que un pirulí es un buen postre. O eras demasiado joven o ridículamente optimista.

Su ropa colgaba de una barra sujeta a una pared con manchas de humedad, o estaba embutida en un tocadór del tamaño de una caja de plátanos con un cajón de menos o tirada donde había aterrizado al quitársela. Había llegado a la conclusión de que el problema de criarse con una criada es que nunca aprendes a ser ordenada.

Sólo con aquella cómoda, una cama minúscula y una mesa coja, la habitación se veía llena. Pero era barata y al menos tenía su propio baño.

Aunque la habitación no era de su gusto —y no era ni demasiado joven ni nada que se pareciera a optimista—, podía pagar el alquiler de una semana con las propinas de una noche.

El cerrojo lo había instalado ella, porque una noche uno de sus vecinos había tratado de colarse en la habitación para tener espectáculo gratis. Le hacía sentirse considerablemente segura.

Encendió la luz, tiró el bolso a un lado. Fue hasta la cómoda y se puso a tantear en el cajón de arriba. Cuando llegó a Praga tenía un guardarropa considerable, y buena parte era lencería.

Comprada, pensó con rabia mientras revolvió entre sedas y encajes, para complacer a un tal Sydney Walter. El muy cabrón. Pero claro, cuando una mujer se permite gastarse dos de los grandes en ropa interior porque está loca por un hombre se merece que la jodan en todos los sentidos posibles.

Desde luego Sydney la había complacido, pensó. Calentándole la cama en la suite presidencial del hotel de Praga para después largarse con todo su dinero y sus joyas y dejarla con una sustanciosa cuenta que pagar en el hotel.

Dejarla, añadió, hecha polvo y humillada.

Pero Sydney no era el único que sabía aprovechar una oportunidad cuando se presentaba. Sonrió, sacó un par de calcetines de gimnasia y los desenrolló.

La pequeña estatua de plata que había dentro estaba bastante deslustrada, pero Cleo aún recordaba su aspecto cuando estaba limpia y reluciente. Sonriendo para sus adentros, pasó el pulgar; por la cara de la mujer con gesto afectuoso y ausente.

—No tienes pinta de ser mi billete para salir de aquí —musitó—. Pero ya veremos.

La chica no volvió a aparecer hasta casi las dos del día siguiente. Gideon acababa de rendirse. Y el caso es que casi no la reconoció cuando finalmente apareció bajo el sol abrasador.

Llevaba vaqueros, y un top negro muy escotado que dejaba entrever el abdomen. Así que lo primero que reconoció fue su cuerpo. Se había recogido el pelo en una gruesa trenza, se protegía los ojos con gafas de sol oscuras y caminaba muy deprisa con unas botas negras con la suela muy gruesa, confundida entre el resto de viandantes.

Justo a tiempo, pensó él, y se puso a seguirla. Llevaba horas esperando. Allí estaba, en una de las ciudades más bonitas y refinadas de Europa del Este y no podía arriesgarse a perder tiempo viendo nada.

Quería pasar por la exposición de Alphonse Mucha, estudiar el vestíbulo Art Nouveau de la estación, pasearse entre los artistas del puente Carlos. Pero, como resulta que la señorita pasaba la mitad del día durmiendo, había tenido que conformarse con leerse una guía.

No fue de compras, no se paró ni una vez a mirar las joyas expuestas en los escaparates que brillaban al sol. Caminó con gesto decidido por aceras, por plazas adoquinadas, sin dejarle tiempo a su perseguidor para admirar las cúpulas, la arquitectura barroca o las torres góticas.

Una vez se paró en un quiosco y compró una botella grande de agua, que guardó en el bolso enorme que llevaba colgado del hombro.

Cuando vio que la mujer seguía al mismo paso y el sudor empezó a correrle por la espalda, Gideon se arrepintió de no haber comprado una botella él también.

Se animó un poco cuando vio que se dirigía al río. Después de todo, a lo mejor podría echar un vistazo por el puente Carlos.

Pasaron ante bonitas tiendas pintadas atestadas de turistas, restaurantes donde la gente se sentaba en el exterior bajo grandes sombrillas, refrescándose con bebidas heladas o con helado, y sin embargo las piernas de la mujer siguieron subiendo con decisión por la empinada pendiente hacia el puente.

La brisa que subía del río no aliviaba apenas el calor y, aunque la vista era

espectacular, Gideon no entendía qué demonios estaban haciendo. Cleo ni siquiera se detuvo a admirar la grandeza del castillo de Praga o la catedral, no se inclinó ni una vez sobre la baranda para contemplar el río y los botes que surcaban sus aguas. Y, desde luego, tampoco se paró a regatear con los artistas.

Cruzó el puente y siguió andando.

Gideon estaba tratando de decidir si se dirigía hacia el castillo y, si era así, por qué demonios no había tomado un maldito autobús, cuando la chica se desvió y empezó a descender alegremente hacia la calle de pequeñas casitas donde en otro tiempo vivían los orfebres y alquimistas del rey.

Evidentemente, aquellas casas se habían convertido en tiendas, pero eso no desmerecía el encanto de las puertas bajas, las estrechas ventanas y los colores apagados. Cleo pasó entre los grupos de turistas y la irregular calle de piedra empezó a subir otra vez.

Volvió a girar, entró en el patio de un pequeño restaurante y se dejó caer en una silla junto a una de las mesas.

Antes de que Gideon tuviera tiempo de decidir qué debía hacer, ella se dio la vuelta y le hizo una señal.

—Invítame a una cerveza —le dijo.

Él rechinó los dientes y vio que la chica estiraba sus largas e infatigables piernas y llamaba al camarero.

Cuando se sentó frente a ella, ella sonrió.

—Hace calor hoy, ¿eh?

—¿A qué demonios ha venido todo esto?

—¿Qué? Ah, esto. Me imaginé que querías seguirme y pensé que lo menos que podía hacer era enseñarte un poco la ciudad. Había pensado subir hasta el castillo, pero... —Se bajó un poco las gafas y escrutó su rostro. Sudado, irritado y condenadamente guapo—. He pensado que a estas alturas te iría bien una cerveza.

—Si querías hacer de guía turística podías haber elegido un buen museo o la catedral.

—Vaya, parece que estamos irritados, ¿eh? —Volvió a ponerse las gafas en su sitio—. Si tenías ganas de seguirme, podías haberme pedido que te enseñara la ciudad y haberme invitado a comer.

—¿Es que no piensas más que en comer?

—Necesito mucha proteína. Te dije que me reuniría contigo esta noche. Ver que me sigues de esta forma me hace pensar que no confías en mí.

Él no dijo nada, se limitó a mirarla fríamente mientras les servían las cervezas y se bebió la mitad de la suya de un trago.

—¿Qué sabes de la estatua? —preguntó cuando dejó el vaso en la mesa.

—Lo bastante para intuir que no me habrías seguido en una excursión de tres kilómetros en pleno verano si no valiera mucho más que las quinientas libras que

me has ofrecido. Así que, esto es lo que quiero. —Hizo una pausa, le hizo una seña al camarero y pidió otra ronda de cerveza y helado de fresa.

—No puedes comer helado con cerveza.

—Pues claro que sí. Eso es lo bueno del helado, que va bien con todo, y a cualquier hora. De todas formas, volviendo a nuestro asunto. Quiero cinco mil dólares americanos, y un billete de primera clase para volver a Nueva York

Gideon cogió su vaso y se terminó su primera cerveza.

—No lo conseguirás.

—Bueno. Entonces tú no tendrás a la chica.

—Puedo darte mil cuando vea la estatua. Y puede que otros quinientos cuando la tenga en mi poder. Nada más.

—Pues yo creo que no. —Chasquéo la lengua porque vio que Gideon sacaba sus cigarrillos—. Eso es lo que hace que tengas tantos problemas con un simple paseo.

—Un simple paseo, y qué más. —Expulsó una nube de humo cuando llegaron las nuevas cervezas y el helado—. Si comes de eso muy a menudo te vas a poner como una foca.

—Metabolismo —dijo ella con la boca llena de helado—. El mío funciona como el de un conejo. ¿Cuál es el nombre de tu cliente?

—No es necesario dar nombres, y no pienses que puedes negociar con ellos directamente. Yo soy el intermediario, Cleo.

—Cinco mil —repitió ella, y lamió la cucharilla—. Y un billete en primera para volver a casa. Si me consigues eso, tendrás tu estatua.

—Te he dicho que no me tomes el pelo.

—Lleva una túnica, el hombro derecho descubierto, pelo rizado y recogido. Calza sandalias, y sonríe. Sólo un poco. Como si estuviera pensativa.

Él la cogió por la muñeca.

—No pienso negociar hasta que la vea.

—No la verás hasta que no negocies. —El chico tenía unas manos fuertes, y eso era algo que Cleo valoraba mucho en un hombre. Tenía los suficientes callos para saber que había trabajado con ellas y que no se ganaba la vida buscando piezas de arte para clientes sentimentales.

—Si la quieres tienes que llevarme a casa, ¿no? —Era razonable. La chica se había dedicado a pensar los aspectos más razonables—. Para volver a casa tengo que dejar mi trabajo, así que necesitaré suficiente dinero para mantenerme hasta que consiga otro trabajo en Nueva York

—Me imagino que habrá montones de bares de alterne en Nueva York

—Sí —dijo ella con voz glacial—. Desde luego.

—Es la profesión que tú has escogido, Cleo, así que no te hagas la ofendida. Necesito pruebas de que existe, de que sabes dónde está y puedes conseguirla. Si no, no avanzaremos en las negociaciones.

—Vale, tendrás tus pruebas. Paga la cuenta, guaperas. El camino de vuelta es largo.

Gideon indicó al camarero que se acercara y sacó la cartera.

—Cogeremos un taxi.

En el taxi, Cleo estuvo mirando por la ventanilla mientras cavilaba. No se sentía ofendida. Al fin y al cabo, se ganaba su sueldo honradamente, ¿no? Honrada y duramente. ¿Qué le importaba si un gilipollas irlandés la miraba por encima del hombro?

Él no sabía nada de ella, no sabía quién era, o qué era, o lo que necesitaba. Si pensaba que iba a herir sus sentimientos con un comentario desagradable es que la subestimaba.

Se había pasado casi toda la vida siendo una paría en su propia familia. La opinión de un extraño no le importaba.

Le conseguiría su prueba y él pagaría. Le vendería la estatua. De todas formas, ni siquiera sabía por qué demonios había conservado aquel trasto todos aquellos años.

Pero era una suerte. La pequeña dama le permitiría volver a casa y tomarse un respiro hasta que consiguiera algunos castings.

Tendría que pulirla un poco. Luego convencería a Marcella para que le dejara utilizar esa pequeña cámara digital y el ordenador. Haría la fotografía, la pasaría al ordenador y la imprimiría. Sullivan no podría saber de dónde procedía, y nunca se le ocurriría pensar que llevaba lo que él quería metido en el bolso para mayor seguridad.

El hombre pensaba que estaba haciendo tratos con una perdedora, ¿no? Bueno, pues se iba a llevar una sorpresa.

Cleo cambió de posición cuando tomaron la esquina del edificio donde ella vivía.

—Pásate por el club —le dijo sin mirarle—. Trae el dinero. Haremos negocios.

—Cleo. —La cogió por la muñeca cuando ella abría la puerta del taxi—. Perdona.

—¿Por qué?

—Por haber hecho un comentario insultante.

—Olvidalo. —Bajó y caminó con decisión hacia el edificio. Es curioso, pensó, la disculpa la había afectado más que la ofensa.

Dio media vuelta y siguió calle abajo sin pasar primero por su apartamento. Iría al club un poco antes, decidió. Después de una rápida excursión para conseguir limpiador para plata.

Aún no eran las siete cuando entró. Rodeó el escenario y recorrió el corto pasillo que llevaba al despacho de Marcella. Cuando llamó a la puerta, Marcella respondió con un ladrido que la hizo pestañear.

Pedirle un favor a Marcella siempre era problemático, pero hacerlo cuando estaba de mal humor era una temeridad.

Aun así, Cleo asomó la cabeza en el ordenado despacho.

—Siento interrumpirte.

—Si lo sintieras no habrías interrumpido. —Marcella siguió aporreando el teclado del ordenador—. Tengo trabajo. Soy una mujer de negocios.

—Sí, lo sé.

—¿Qué sabes tú? Tú bailas, te desnudas. Eso no es un negocio. Un negocio significa papeles, números, cabeza —dijo dándose con el dedo en la sien—. Cualquiera puede desnudarse.

—Sí, pero no todo el mundo sabe hacerlo de forma que otros paguen por verlo. Tu clientela ha aumentado desde que yo subí al escenario y empecé a quitarme la ropa.

Marcella miró por encima de los bordes rectos de la montura de sus gafas.

—¿Quieres un aumento?

—Claro.

—Entonces eres una estúpida si vienes a pedirlo cuando ves que estoy ocupada y de mal humor.

—Yo no te he pedido nada. —Cleo señaló a la puerta y cerró—. Lo has dicho tú. Yo sólo quiero un favor. Un favor pequeño.

—No puedo darte ninguna noche libre más esta semana.

—No quiero ninguna noche libre. En realidad, te regalaré una hora de trabajo en el escenario a cambio de ese favor.

Ahora Marcella sí la miró con atención. Las cuentas podían esperar.

—Pensé que se trataba de un pequeño favor.

—Lo es, pero podría ser muy importante para mí. Sólo quiero que me prestes tu cámara digital para hacer una fotografía, y el ordenador para enviarla. Me llevará, ¿cuánto?, Diez minutos. Y a cambio te regalo una hora de trabajo. Es un buen trato.

—¿Vas a enviar una fotografía para otro trabajo? ¿Quieres utilizar mis cosas para conseguir trabajo en otro club?

—No, no se trata de un trabajo. Señor. —Cleo bufó—. Mira, tú me diste una oportunidad cuando tenía problemas. Me diste algunos consejos sobre este trabajo y me ayudaste a superar los escrúpulos de las primeras noches. Fuiste sincera conmigo. Yo no soy de las que se irían a tus espaldas con la competencia.

Marcella frunció sus labios de un rojo húmedo y asintió.

—¿Y qué es lo que tienes que fotografiar?

—Sólo es un objeto. Un asunto de negocios. —Cuando vio que Marcella

entrecerraba los ojos, suspiró—. No es nada ilegal. Yo tengo algo que cierta persona quiere comprar, pero no confío en él lo bastante para decirle que tengo ese algo conmigo. —La mirada de Marcella era inflexible, así que a Cleo no le quedó mal remedio que ponerse a buscar en su bolso—. Joder —musitó por lo bajo.

—Te recuerdo que no tengo problemas de oído y que comprendo perfectamente el inglés.

—Esto. —Cleo le mostró la estatuilla recién abrillantada.

—Déjame ver. —Marcella le hizo una señal con el dedo para que se acercara y Cleo le puso la estatuilla en la mano—. Es plata. Muy bonita. Hay que limpiarla un poco.

—Ya le he quitado la mayor parte de la porquería.

—Tendrías que cuidar mejor tus cosas. Eres descuidada. Es muy bonito —susurró, y le dio unos toquécitos con una uña pintada de rojo—. ¿Es plata maciza?

—Sí, plata maciza.

—¿De dónde la has sacado?

—Hace años que pertenece a mi familia. La tengo desde que era pequeña.

—Y ese hombre... el irlandés —aventuró—, la quiere.

—Eso parece.

—¿Porqué?

—No estoy segura. Me ha contado una historia que no sé si creerme. Aunque me da lo mismo. Yo tengo la estatuilla y él me pagará por ella. ¿Puedo utilizar tu equipo?

—Sí, sí. ¿Es una reliquia familiar? —Marcella volvió la estatuilla en las manos con el entrecejo fruncido—. ¿Vas a vender una reliquia familiar?

—Las reliquias familiares sólo cuentan si la familia cuenta.

Marcella puso la estatuilla sobre su mesa, a la luz de la lámpara.

—Tienes un corazón muy duro, Cleo.

—Puede. —Cleo esperó mientras Marcella abría con llave uno de los cajones de la mesa y sacaba la cámara—. Pero la verdad también es dura.

—Haz la fotografía y vístete. Puedes pagarme esa hora de más ahora.

Treinta minutos más tarde, Cleo se subió la cremallera de la ceñida falda de cuero negro que iba con la chaqueta negra. El pequeño látigo iba a la perfección con el traje, y Cleo dio un latigazo de prueba que sobresaltó a las otras chicas y las hizo protestar.

—Lo siento. —Se volvió de nuevo hacia el espejo, se enderezó el collar de perro que se había puesto alrededor del cuello y se pasó la mano por el pelo, que llevaba recogido en un moño en la nuca.

Con un par de sacudidas el moño se soltaría, así que tendría que ir con

cuidado para que no se deshiciera a destiempo. Se puso un poco más de rimel en los ojos y luego se puso a practicar unos cuantos giros y *pliés* con las botas de tacón alto puestas.

Estaba ejecutando un movimiento que consistía en agacharse con las piernas extendidas y desplazar el peso del cuerpo de un lado al otro cuando Gideon entró sin más ni más. Varias de las chicas se pusieron a lanzarle piropos y a dar besos al aire.

—Vamos. —La cogió de la mano y la obligó a levantarse.

—¿Adónde?

—Tenemos que irnos. Luego te lo explico.

—Empiezo dentro de cinco minutos.

—Ésta noche no. —Él tiró de ella para llevarla hacia la puerta, así que Cleo se puso de lado y le dio un codazo en el estómago.

—Las manos fuera.

—Maldita sea. —Ya pensaría más tarde en el dolor y en cómo devolverle el golpe. Pero, por el momento, se limitó a recuperar el aliento entre los silbidos de las otras chicas del camerino—. Ya han estado en tu casa. La propietaria del piso está en el hospital con contusiones. No tardarán en llegar.

—¿De qué estás hablando? —Dio un paso atrás. Otro—. ¿Quién ha estado en mi casa?

—Alguien que quiere cierto objeto y que no tendrá tantos miramientos como yo para conseguirlo. —Volvió a cogerla del brazo—. Abofetearon a tu propietaria y luego le dieron un golpe en la cabeza. ¿Prefieres esperar a que lleguen y lo prueben contigo o te vienes? Tienes diez segundos para decidir.

Los impulsos, pensó Cleo, siempre la metían en problemas. ¿Por qué iba a ser diferente esa noche? Cogió su bolso.

—Vamos.

Él salió primero y se adelantó por el pasillo, luego la llevó hacia la derecha.

—No podemos salir por la entrada —dijo—. Es posible que ya estén ahí. Saldremos por detrás.

—La puerta de atrás se cierra por dentro. Si salimos por ahí y hay problemas, no podremos volver a entrar.

Él asintió y abrió la puerta de atrás lo justo para echar un vistazo. Por la izquierda el callejón no tenía salida. Pero por la parte que daba a la calle principal tampoco se veía nada ni a nadie.

—¿Puedes correr con eso puesto? —dijo señalando las botas.

—Podré seguirte, no te preocupes, guaperas.

—Entonces vamos. —Tiró de ella, cogiéndola por el brazo como unas tenazas, y corrió hasta la entrada del callejón. Una vez allí, miró con rapidez a ambos lados, maldijo y giró bruscamente a la derecha. Le pasó el brazo por la cintura.

—No te pares. Dos hombres, al otro lado de la calle. Uno va hacia la entrada, el otro viene hacia el callejón. ¡No mires atrás!

Pero ella y lo había hecho, y divisó a los dos hombres enseguida.

—Podríamos enfrentarnos a ellos.

—Señor. Tú camina. Con un poco de suerte, no nos habrán visto salir del callejón.

Al llegar a la esquina, Gideon miró atrás.

—Pues no ha habido suerte. —La cogió de la mano—. Ahora veremos si eres capaz de seguirme.

Echó a correr y, cuando ya habían recorrido media manzana, se echó a la carretera arrastrándola entre los coches. Frenos que chirriaban, claxon. Cleo notó el aire que levantó un parachoques que no la golpeó por muy poco.

—Maldito hijo de puta. —Pero cuando miró atrás, vio un hombre que trataba de abrirse paso entre los coches. No aminoró el paso. Los tacones de sus botas se escurrían sobre los adoquines irregulares. Si hubiera podido pararse un momento se habría quitado las botas y hubiera seguido descalza.

—Sólo hay uno —exclamó—. Nosotros somos dos.

—El otro tiene que estar en algún sitio. —Instintivamente, la arrastró al interior de un restaurante, pasaron rápidamente ante los sorprendidos clientes y por la cocina y salieron por la puerta de atrás a un estrecho callejón.

—Uf —exclamó, casi como si rezara, cuando vio la moto apoyada contra la pared—. Déjame una horquilla.

—Si consigues arrancar esa cosa con una horquilla, te doy un beso en el culo. —Pero, jadeando ligeramente, se quitó una horquilla del pelo, que se le soltó.

Gideon trató de abrir la caja de arranque con la horquilla. En unos pocos segundos, había conseguido hacer un puente y estaba a horcajadas sobre el vehículo.

—Sube, y a me besarás el culo en un lugar más privado.

Cuando Cleo subió a la moto, la falda se le subió por encima de los muslos y Gideon notó el tanga apretado contra él. Trató de no pensar en ello, ni en los pechos que sentía pegados a su espalda cuando arrancó, trazando un semicírculo, y se dirigió a toda velocidad a la salida del callejón en medio del ruido ensordecedor del motor.

Ella se abrazó a él y lanzó una exclamación de asombro cuando salieron disparados calle abajo. Al llegar a la esquina, casi le pisan los callos al hombre que les había estado siguiendo. Cleo pudo ver con todo detalle su cara de sorpresa y de rabia, y rio con ganas mientras Gideon giraba por la esquina.

—¡Tienen un coche! —gritó ella tratando de mirar atrás mientras el viento le sacudía el pelo por la cara—. El otro debe de haber ido a buscarlo y el que casi despanzurras se está subiendo.

—De acuerdo. —Gideon giró por otra esquina, y volvió a desviarse por la

primera calle secundaria—. Los despistaremos enseguida.

Guiándose por el mapa que tenía en la cabeza, Gideon salió de la ciudad. Quería salir a una carretera despejada, a la oscuridad, el silencio. Necesitaba cinco condenados minutos para pensar.

—Eh, guaperas. —Le hablaba muy pegada a su oído. Gideon podía olerla, una poderosa y erótica combinación de mujer y cuero. Ahora estaba seguro de que los pechos eran los que Dios le había dado.

—¿Qué? Necesito pensar.

—Tú sigue recto. Sólo quería que supieras que ya no me interesan los cinco mil.

—Si no me vendes esa estatuilla no te dejarán en paz.

—Ya hablaremos de eso cuando estemos más tranquilos. —Miró atrás, a las luces de Praga—. Pero olvida lo de los cinco mil. —Volvió a inclinarse sobre él

—. Porque acabo de convertirme en tu jodida socia.

Y, para cerrar el trato, le pellizcó la oreja. Y se rio.

—Los han perdido.

Anita Gaye se recostó contra la suave silla de cuero de su despacho y se examinó sus uñas cuidadas. Aquélla llamada no le gustaba.

—¿Es que no lo dije lo bastante claro? —preguntó con una voz suave y melosa—. ¿Qué parte de «localizad a la mujer y averigüad qué sabe» no han entendido?

Excusas, pensó mientras escuchaba las explicaciones de su empleado. Incompetencia. Realmente, de lo más irritante.

—¿Señor Jasper? —dijo ella interrumpiéndolo en el más educado de los tonos—. Si no recuerdo mal le dije «como sea». ¿Es que tengo que explicarle lo que significa esa frase? ¿No? Bien, entonces le sugiero que los encuentre, y deprisa, porque si no tendré que pensar que no es usted ni la mitad de inteligente que un guía irlandés de segunda.

Cortó la conexión y, para serenarse, giró la silla y contempló la vista de Nueva York. Le gustaba poder contemplar el ruido y el bullicio de la ciudad y al mismo tiempo estar fuera de él.

Y le gustaba mucho más saber que podía salir de su lujoso rincón del elegante edificio de piedra arenisca directamente a Madison Avenue, entrar en cualquiera de las elegantes tiendas y comprar lo que quisiera.

Y que la reconocieran, la admiraran, la envidiaran mientras lo hacía.

Hubo un tiempo, hacía no tanto, cuando ella estaba en la calle, agobiada siempre por las preocupaciones, que si el alquiler, las tarjetas de crédito y cómo estirar su salario lo bastante para comprarse un par de buenos zapatos.

Meditó, con la nariz pegada al cristal, consciente de que ella era mejor, más lista, más digna que cualquiera de esas señoras que compraban pasando sus dedos mimados sobre sedas tejidas a mano.

Ella nunca había dudado que estaría al otro lado del escaparate, del lado correcto. Nunca dudó que ése era su destino.

Porque ella tenía algo de lo que carecían la mayoría de los obreros. Una ambición inagotable y una fe casi agresiva en sí misma. Nunca había querido pasarse la vida trabajando solo para tener un techo donde cobijarse.

A menos que ese techo fuera espectacular.

Siempre tuvo un plan. Una mujer, pensó mientras se apartaba de su mesa de

palisandro, siempre sería el juguete de un hombre su felpudo, su saco de boxeo, mientras no tuviera un plan. Y la mayoría de las veces, una combinación de las tres.

Con un plan, y la inteligencia suficiente para ponerlo en práctica, ella había conseguido que su vida fuera sólo suya.

Había trabajado muy duro para llegar a donde estaba. Si casarse con un hombre lo bastante viejo para ser su padre no era trabajar, no sabía qué sería trabajar. Cuando una mujer de veinticinco años practicaba el sexo con un hombre de sesenta y seis, por Dios que era un trabajo.

Ella había compensado a Paul Morningside por su dinero. Durante doce trabajosos años. Fue una esposa obediente, fiel ayudante, elegante anfitriona y puta. El hombre se había muerto feliz. Y, en su opinión, ni un minuto antes de su hora.

Ahora Morningside Antiquities era suyo.

Aquello siempre le gustaba, así que se daba una vuelta por su oficina, dejando que sus tacones se hundieran en la desvaída lana de la alfombra de Bujará, que claquetearan ligeramente sobre la madera pulida. Había escogido personalmente hasta la última pieza de mobiliario, desde el sofá Jorge III hasta el caballo de la dinastía Tang colocado sobre uno de los estantes de la vitrina Regencia.

Era una mezcla de estilos y épocas que le gustaba, una combinación claramente femenina, y elegante, de un gusto superior. Había aprendido mucho de Paul sobre el valor de las cosas, la continuidad y la perfección.

Los tonos eran suaves. Los colores llamativos y fuertes los reservaba para otros lugares, pero su oficina del centro la había decorado con tonos más serenos. Lo más indicado para seducir a los clientes y la competencia.

Y, lo mejor de todo, pensó al tiempo que cogía una caja de rapé de ópalo, es que todo aquello había pertenecido alguna vez a otras personas.

Era emocionante poseer cosas que habían pertenecido a otros. Para ella era casi como una forma de robo. Legal. Incluso distinguida. ¿Qué podía haber más emocionante que aquello?

Era perfectamente consciente de que, a pesar de los quince años que llevaba en Morningside, los tres últimos como directiva de la empresa, algunos seguían considerándola poco más que como una buscafortunas.

Pero se equivocaban.

Cuando Paul Morningside se enamoró de ella, cuarenta años más joven, hubo comentarios, palabras malintencionadas. Algunos la habían tachado de jovencita sin seso.

Pero se equivocaban.

Siempre había sido, y seguía siéndolo, una mujer hermosa que sabe cómo explotar sus atributos. Tenía el pelo rojo y lo llevaba en una melena lisa y lustrosa a la altura del mentón que realzaba sus mejillas redondeadas y la boca llena y

engañosamente suave. Sus ojos eran de un azul intenso, muy grandes. Los hombres que los miraban veían inocencia en ellos.

Pero se equivocaban.

Su piel era pálida, sin tacha, la nariz pequeña y recta. Y su cuerpo era lo que un antiguo amante describió como un sueño húmedo andante.

Y presentaba el producto con esmero. Trajes sastre para los negocios, elegantes vestidos para las ocasiones sociales. En su matrimonio siempre había sido meticulosa con su comportamiento, público y privado. Siempre hubo gente que la criticaba, pero nunca provocó ningún escándalo, no hubo ningún comportamiento censurable que pudieran achacarle a Anita Gaye.

Aún había quien la miraba con recelo, pero aceptaban sus invitaciones, y correspondían invitándola a ella. Buscaban su compañía y pagaban bien por el privilegio de tenerla.

Y dirigiéndolo todo, estaba su cerebro, el cerebro de una manipuladora nata. Anita Gaye era la viuda entregada, la anfitriona de eventos sociales, la respetada mujer de negocios. Y pensaba seguir con ese papel hasta el fin de sus días.

Buscadores, pensó con una risa callada. Oh, no, nunca había sido sólo una cuestión de dinero. Se trataba de posición, poder, prestigio.

No se trataba sólo de conseguir dinero, del mismo modo que poseer algo no sólo significa tener algo con lo que ocupar los estantes. Se trataba de estatus.

Fue hasta un cuadro de un paisaje de Corot, y accionó un mecanismo oculto en el marco para que el cuadro se abriera. Con dedos ágiles introdujo su código de acceso en el teclado, y la combinación para abrir la caja de seguridad.

Por puro placer, sacó la diosa de plata.

¿Acaso no había sido el destino lo que la empujó a viajar a Dublín y pasar aquellas pocas semanas supervisando la inauguración de la sucursal de Morningside? ¿No fue el destino lo que hizo que aceptara un encuentro con un tal Malachi Sullivan?

Ya conocía la historia de las tres diosas del destino, Paul le había hablado de ellas. El hombre tenía un surtido inagotable de historias interminables y tediosas. Pero aquélla le había llamado la atención. Tres estatuillas de plata, forjadas, según decían algunos, en el mismísimo Olimpo. Evidentemente, aquello era una tontería, pero la leyenda daba un lustre y un valor adicional a los objetos. Tres hermanas separadas por el tiempo y las circunstancias, yendo a parar a diferentes manos a lo largo de los años. Y, por separado, no eran más que bonitas piezas de arte.

Pero, si conseguían reunirse... Rozó con el dedo la pequeña incisión de la base donde en otro tiempo Cloto estaba unida a Láquesis. Juntas no tenían precio. Y algunos, los más crédulos en opinión de Anita, decían que su poder era inusitado. Riquezas más allá de lo imaginable, control sobre el propio destino, inmortalidad.

Paul nunca creyó realmente que existieran. Una bonita historia, decía. Como el santo Grial de los coleccionistas de antigüedades. Ella también la tenía por una leyenda. Hasta que Malachi Sullivan le pidió su opinión profesional.

Había sido un juego de niños seducirlo para que él tratara de seducirla. Y hacerle bajar la guardia con el deseo hasta que confiara en ella lo suficiente para poner la estatuilla en sus manos. Para hacer unas pruebas y tasaciones, le dijo. Para investigar.

Él le había dicho lo bastante para saber que podía apropiarse de la estatuilla impunemente. ¿Qué podía hacer Malachi Sullivan —un marinero irlandés de clase media que, según él mismo reconocía, descendía de un ladrón— contra una mujer con una reputación intachable?

El hecho de robar descaradamente, pensó, había sido una emoción maravillosa.

Por supuesto, él hizo mucho ruido, pero su dinero y su posición y los kilómetros y kilómetros de océano que los separaban la protegieron de sus intentos. Tal como esperaba, en cuestión de semanas el joven dejó de molestar.

Lo que no esperaba era que él se le adelantara —aunque sólo temporalmente — en el descubrimiento de las otras dos piezas. Mientras ella perdía el tiempo preguntando con delicadeza a los actuales propietarios de Wyley's Antiques, él se acercó a Tia Marsh.

No había conseguido nada de ella, eso lo sabía. No tuvo tiempo. No había nada en su habitación del hotel, nada en el ordenador portátil que aludiera a las estatuillas, o a su antepasado.

Ni encontró tampoco nada en el discreto registro que perpetró en su apartamento de Nueva York. Aun así, Anita estaba convencida de que Tia era una de las claves de aquel asunto.

Ella se encargaría de aquello personalmente, decidió. Del mismo modo que seguiría la pista de Simón White-Smythe en Nueva York personalmente. Dejaría que sus incompetentes empleados le siguieran la pista a la oveja negra de la familia, mientras ella se dedicaba a lo más selecto.

Una vez consiguiera la segunda estatuilla, utilizaría todos sus recursos, todas sus energías, para localizar y conseguir la tercera, por los medios que fueran.

Tia pasó las primeras veinticuatro horas después de volver a casa durmiendo o deambulando en pijama por su piso. En un par de ocasiones se despertó en la oscuridad sin saber dónde estaba. Y, al acordarse, se abrazó a sí misma de puro contento y luego volvió a acomodarse entre las almohadas y a dormir.

El segundo día, se permitió darse un largo baño —agua tibia y mucha esencia de lavanda—, luego se puso un pijama limpio y se volvió a dormir.

Cuando estaba despierta y se paseaba por el piso, se iba parando para tocar

los objetos, el respaldo de una silla, el lado de una mesa, la forma redondeada de un pisapapeles. Pensando mío. Mis cosas, mi piso, mi país.

Abría las cortinas y contemplaba su vista de East River, disfrutaba de la visión del agua, que siempre la relajaba y la emocionaba. O las volvía a cerrar e imaginaba que estaba en una cueva fresca y maravillosa.

Nadie la esperaba, no tenía necesidad de vestirse, de arreglarse el pelo, de prepararse mental y emocionalmente para dejarse ver.

Si quería, podía quedarse en pijama durante una semana y no hablar con nadie. Podía tumbarse en su maravillosa cama y no hacer nada que no fuera leer y mirar la televisión.

Por supuesto, eso era malo para su espalda. Y, por supuesto, tenía que preparar comidas adecuadas y readaptar su organismo a sus rutinas diarias. Se le estaba acabando la equinácea, y sin falta tenía que salir para comprar plátanos si no quería que su nivel de potasio cayera en picado.

Pero podía esperar un día. Sólo un día más. Porque la perspectiva de no tener que hablar, ni siquiera con el dependiente de un mercado, era tan maravillosa que valía la pena arriesgarse a tener un bajón en el nivel de potasio.

Para aplacar el sentimiento de culpa por no haber llamado a su familia y no haberse molestado en recorrer las pocas manzanas que la separaban de la casa de su madre, mandó un e-mail a su familia. A continuación confirmó su siguiente visita con el doctor Lowenstein de la misma forma.

Adoraba el correo electrónico, y daba gracias por poder vivir en una época en la que era posible comunicarse sin necesidad de hablar.

A pesar de todas las precauciones que había tomado durante el viaje, estaba segura de que se estaba resfriando. Se sentía la garganta algo tomada, y las sienas un poco cargadas. Pero cuando se tomó la temperatura —dos veces— vio que era completamente normal.

Aun así, tomó más zinc y equinácea, y se preparó un poco de manzanilla. Acababa de ponerse cómoda con una taza y un libro de remedios homeopáticos cuando sonó el timbre.

Tía casi no hizo caso. Fue el sentimiento de culpa el que hizo que dejara la taza y el libro a un lado. Seguramente sería su madre, que con frecuencia se presentaba sin avisar. Y que entraría con su llave sin ningún reparo si Tía no le abría.

También fue el sentimiento de culpa el que la hizo mirar a su alrededor perpleja. Su madre vería que llevaba días holgazaneando. No la criticaría, o cuando menos, disfrazaría sus críticas tan hábilmente que Tía acabaría sintiéndose como una niña egoísta y perezosa.

Y, lo peor de todo, si sospechaba aunque fuera un poco que estaba incubando un resfriado como Tía temía, armaría un terrible revuelo.

Resignada, Tía miró por la mirilla. Y chilló.

No era su madre.

Algo agitada, se pasó una mano por el pelo y le abrió a aquel hombre que casi creía haber imaginado.

—Hola, Tia. —Sí a Malachi le pareció extraño que le abriera la puerta en pijama a las tres de la tarde, su sonrisa cordial no lo demostraba.

—Mmm... —Había algo en él que parecía provocar un cortocircuito en su cerebro. ¿Sería cosa de química?—. ¿Cómo me has...?

—¿Encontrado? —dijo, terminando la frase por ella. La veía un poco pálida, y tenía cara de sueño. Aquélla mujer necesitaba un poco de aire fresco y sol—. Apareces en la guía. Tendría que haberte llamado. Pero estaba por aquí... más o menos.

—Oh. Bueno. Ah. —Su lengua no quería cooperar. Con un gesto de impotencia, lo invitó a pasar y cerró la puerta y entonces se acordó que iba en pijama—. Oh —dijo otra vez, y se cerró las solapas de la camisa—. Estaba...

—Recuperándote del viaje, espero. Debe de ser maravilloso volver a estar en casa.

—Sí. Sí. No esperaba recibir visitas. Iré a cambiarme.

—No, no te preocupes. —Él la agarró de la mano antes de que pudiera escaparse—. Estás bien así, y no te entretendré mucho. Estaba preocupado por ti. No me gustó dejarte de forma tan brusca. ¿Descubrieron quién entró en tu habitación?

—No, no. Al menos de momento no. No tuve ocasión de darte las gracias por haberte quedado conmigo durante el interrogatorio y el papeleo.

—Me hubiera gustado poder hacer más. Espero que el resto del viaje fuera bien.

—Oh, sí. Me alegro de que se haya acabado. —¿Debía ofrecerle algo de beber? No, claro que no, al menos no mientras fuera en pijama—. ¿Y tú... hace mucho que estás en Nueva York?

—Acabo de llegar. Negocios. —Malachi se dio cuenta de que las cortinas estaban cerradas. Aparte de la lamparita que había junto al sofá, el sitio estaba oscuro como una cueva. Aun así, por lo que podía ver, todo estaba ordenado y bonito como en una iglesia. Como ella, a pesar de que iba en pijama.

Y se dio cuenta de otra cosa. Se alegraba más de verla de lo que esperaba.

—Quería verte, porque he pensado mucho en ti estas últimas semanas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. ¿Querrías cenar conmigo esta noche?

—¿Cenar? ¿Ésta noche?

—Sé que te aviso con poco tiempo, pero si no estás ocupada me encantaría pasar una velada contigo. Ésta noche. —Se acercó a ella, sólo un poco—. Ésta noche. Mañana. Cuando tengas tiempo.

Podía haber pensado que aquello era una alucinación, pero notaba su olor. Un

ligero toque a loción de afeitado. Y en una alucinación eso no se nota.

—No tengo ningún plan.

—Estupendo. ¿Por qué no paso a recogerte a las siete y media? —Le soltó la mano, optando sabiamente por retirarse ante de que ella cambiara de opinión—. Estoy deseando que llegue la hora.

Y, mientras ella seguía mirándolo, salió.

—Sólo es una cena, Tia, relájate.

—Carrie, te he pedido que vinieras a ayudarme, no que me aconsejaras cosas imposibles. —Tia se volvió hacia ella, sosteniendo un traje azul marino ante su cuerpo.

—No.

—¿Qué le pasa?

—De todo. —Carrie, una morena moderna, con la piel del color del caramelo fundido y ojos de color de ébano, ladeó la cabeza—. Está bien si vas a hablar ante el consejo rector de responsabilidad fiscal. Pero para una romántica cena de dos personas es espantoso.

—Yo no he dicho que fuera romántica.

—Vas a salir con un imponente irlandés que conociste en Helsinki y que se quedó contigo durante una investigación criminal y que ha venido a verte en cuanto ha puesto los pies en Estados Unidos.

La voz de Carrie, que estaba tumbada en la cama, era como el impacto de una metralleta.

—Lo único que hubiera podido hacerlo más romántico hubiera sido que se presentara a lomos de un corcel blanco con la sangre del dragón aún en la espada.

—Sólo quiero parecer razonablemente atractiva —replicó Tia.

—Cielo, tú siempre estás razonablemente atractiva. Pero tenemos que dar en el clavo. —Y dicho esto se levantó de la cama y se acercó al armario de la ropa.

Carrie era corredora de Bolsa. La corredora de Tia. Por alguna razón, durante sus seis años de asociación, se habían hecho amigas. Era la viva imagen de lo que Tia tenía por una mujer independiente y moderna, el tipo de mujer que la hubiera intimidado hasta el punto de provocarle espasmos musculares.

Que lo hizo, hasta que descubrieron su mutuo interés por la medicina alternativa y el calzado italiano.

Carrie —treinta años, divorciada, con éxito profesional— salía con una ristra de hombres interesantes y eclécticos, podía analizar el Dow Jones o a Kafka con la misma autoridad y cada año pasaba sola sus vacaciones y decidía el lugar clavando una aguja en un atlas.

No había nadie en quien Tia confiara más en asuntos de dinero, moda y

hombres.

—Éste, el clásico traje negro. —Carrie sacó un vestido negro sin mangas—. Lo vamos a poner un poco más sexy.

—No busco sexo.

—Hace años que te lo digo, ése es tu problema. —Salió de vestidor y estudió el aspecto de Tia—. Ojalá tuviera más tiempo. Llamaría a mi estilista para que te hiciera un hueco.

—Ya sabes que no voy a salones de belleza. Todos esos potingues... Y hay pelos por todas partes. Nunca se sabe lo que puede agarrar una ahí.

—Pues un peinado decente, para empezar. De verdad, si te quitaras esas greñas, te animaría mucho la cara, y realzaría tus facciones y tus ojos. —Carrie tiró el vestido encima de la cama y cogió la larga melena de Tia en las manos—. Deja que lo haga.

—No mientras tenga cerebro —replicó la otra—. Tú ayúdame con lo de esta noche, nada más. Luego él volverá a Irlanda, o donde sea, y todo volverá a ser como antes.

Carrie esperaba que no fuera así. En su opinión, su amiga ya tenía demasiada normalidad en su vida.

A Malachi le pareció que las flores daban un toque agradable. Rosas rosa. Seguro que Tia era de las que valoran las rosas. Lamentablemente, tendría que meterle un poco de prisa. También tenía la sensación que era de esas mujeres a las que hay que seducir poco a poco y con mucha dulzura. Y, curiosamente, sentía que iba a disfrutar haciéndolo.

Pero no podía perder tiempo. No sabía si había hecho bien en hacer aquel viaje antes de que Gideon regresara. El hecho de que Anita hubiera logrado rastrear la pista de aquella Toliver lo preocupaba.

¿Les había seguido los pasos otra vez, o es que sus caminos volvían a coincidir? Fuera como fuese, estaba seguro de que Anita volvería a Tia muy pronto. Si es que no lo había hecho ya.

Tenía que mover, poner a Tia de su parte antes de que Anita pudiera confundir los asuntos.

Así que allí estaba, con una docena de rosas ante la puerta de la descendiente de Wyley mientras su hermano estaba Dios sabe dónde con una de las descendientes de White-Smythe.

Él hubiera preferido ir hasta la casa de Anita y hacerla picadillo. Si no se lo hubiera prometido a su madre —que tenía el suficiente sentido común para no querer que su hijo acabara en una cárcel extranjera—, lo que hubiera hecho.

Aun así, pasar una velada cenando con una mujer hermosa era mejor que andar arrastrando a una por Europa como hacía Gideon.

Llamó a la puerta con los nudillos, esperó y se llevó una sorpresa cuando la puerta se abrió.

—Estás estupenda.

Tia tuvo que hacer un esfuerzo para no tirarse del borde del vestido, porque Carrie se lo había acortado sin miramientos sus buenos cinco centímetros. También fue Carrie quien eligió el collar de perlas y el peinado. Con unos pocos mechones sueltos y el resto recogido en una larga cascada a la espalda.

—Gracias. Las flores son preciosas.

—Pensé que iban contigo.

—¿Quieres pasar un rato? Podemos tomar algo antes de irnos. Tengo vino.

—Me gustaría, sí.

—Bien. Voy a ponerlas en agua. —Se contuvo y no dijo que estaba casi segura de haber heredado de su madre la alergia a las rosas. Escogió un viejo jarrón de Baccarat de su vitrina para las flores. Las llevó a la cocina y las dejó un momento mientras sacaba la botella de vino blanco que había abierto para Carrie.

—Me gusta tu casa —dijo Malachi detrás de ella.

—A mí también. —Ella sirvió un vaso y se dio la vuelta para ofrecérselo y, como estaba más cerca de lo que pensaba, casi le tiró el vino en la camisa.

—Gracias. En mi opinión cuando viajas lo más difícil es no tener tus cosas contigo. Las pequeñas cosas que te hacen estar cómodo.

—Sí. —Tia dejó escapar un suspiro—. Exactamente. —Para mantenerse ocupada, llenó el jarrón de agua y luego se puso a colocar las flores, una a una—. Por eso me cogiste en pijama esta tarde. Estaba disfrutando de poder estar en casa. En realidad, aparte del chofer de la limusina, eres la primera persona con quien hablo desde que volví.

—¿Lo dices en serio? —Así que, después de todo, Anita no se le había adelantado—. Entonces me siento halagado. —Cogió una de las rosas y se la pasó a Tia—. Y espero que te lo pases bien esta noche.

Y se lo pasó bien. Mucho.

El restaurante que Malachi había escogido era tranquilo, con iluminación suave y un servicio discreto. Tan discreto que el camarero ni siquiera pestañeó cuando ella se saltó el menú y pidió directamente una ensalada sin aliñar y pescado asado sin mantequilla y sin la salsa para acompañar.

Como él pidió una botella de vino, aceptó tomarse un vaso Aunque casi nunca bebía. Había leído un artículo sobre la forma en que el alcohol destruye las células cerebrales. Evidentemente, un vaso de vino tinto supuestamente tenía que contrarrestar aquello porque era bueno para el corazón.

Pero el vino era tan suave y él la hacía sentirse tan a gusto que no se dio cuenta de las veces que volvían a llenarle el vaso.

—Es muy interesante que vivas en Cobh —dijo ella—. Otro vínculo con el

Lusitania.

—E indirectamente contigo.

—Bueno, a mis tatarabuelos los repatriaron para enterrarlos aquí. Pero supongo que, como tantos otros, los llevaron primero a Cobh, o Queenstown, como se llamaba entonces. La verdad es que fue una locura que hicieran aquella travesía en tiempo de guerra. Arriesgarse tan innecesariamente...

—Nunca se sabe lo que para los demás es o no necesario, o le que se considera un riesgo, ¿no crees? O por qué unos vivieron y otros no. Mi antepasado no era de Irlanda, ¿lo sabías?

Tía casi no entendió lo que decía. Cuando le sonreía de aquella forma —pausada e íntima—, sus ojos parecían de un verde imposible.

—¿No?

—No. Nació en Inglaterra, pero pasó la mayor parte de su vida aquí, en Nueva York

—¿En serio?

—Después de la tragedia, lo estuvo cuidando una mujer que acabaría convirtiéndose en su mujer. Dicen que la experiencia le cambió. Que era una bala perdida cuando pasó. En todo caso, su historia ha pasado a cada nueva generación. Parece ser que estaba interesado en cierto objeto que había oído decir que estaba en Inglaterra. Y, siendo como eres una experta en mitología griega, seguro que habrás oído hablar de él. *Las diosas del destino de plata.*

Tía dejó el tenedor, perpleja.

—¿Te refieres a las estatuillas?

Sintió que el pulso se le aceleraba, pero asintió con gesto tranquilo.

—Sí, justamente.

—No se llaman *las diosas del destino de plata*. Son *las tres diosas del destino*. Tres estatuas separadas, no una, aunque se las puede unir por la base.

—Oh, bueno, con los años las historias se van deformando. —Cortó otro bocado de su ternera—. Tres piezas, dices. ¿Las conoces?

—Desde luego. Henry Wyley poseía una, y se hundió con el *Lusitania*. Según su diario, se dirigía a Inglaterra para comprar la segunda, y esperaba seguir cierta pista que podía llevarle a la tercera. Cuando era pequeña me parecía tan interesante que hubiera muerto básicamente por conseguir esas estatuas que me puse a investigar.

Él esperó.

—Y ¿qué averiguaste?

—Oh, sobre las estatuillas prácticamente nada. En realidad lo más frecuente es que no se crea en su existencia. Por lo que yo sé, lo que Henry tenía no tenía nada que ver. —Estiró los hombros—. Pero descubrí cosas sobre las Moiras mitológicas, y seguí leyendo. Y cuanto más leía, más me fascinaban los dioses y los semidioses. Yo no tenía aptitudes para el negocio de la familia, así que

dediqué mi esfuerzo a una carrera.

—Entonces es a Henry a quien le debes tu profesión.

Ella siempre lo había creído así.

—Tienes razón, sí.

Él alzó su vaso y dio un toque contra el de ella.

—Por Henry y su búsqueda de las diosas del destino.

Malachi dejó que la conversación derivara hacia otros temas. Maldita sea, cuando se dejaba llevar la compañía de Tia era agradable. Los ojos le brillaban por el vino, y tenía las mejillas encendidas. Era lo suficientemente despierta para saltar de un tema a otro, y cuando se olvidaba de estar nerviosa por lo que decía demostraba tener un humor sutil.

Malachi se permitió una hora para disfrutar de la compañía de Tia y no volvió al tema de las diosas hasta que estaban en el taxi de camino al apartamento de ella.

—¿No dejó Henry anotado en su diario cómo pensaba conseguir las otras estatuillas? —preguntó jugueteando ociosamente con las puntas del pelo de ella—. ¿No tenías curiosidad por saber si existían, si eran reales?

—Mmm. No lo recuerdo. —El vino giraba suavemente en su cabeza y, cuando Malachi le pasó un brazo sobre los hombros, se relajó contra su cuerpo—. Yo tenía trece años, no, doce, la primera vez que lo leí. Fue un invierno que tuve bronquitis. Creo que era bronquitis —dijo con voz somnolienta—. Siempre parecía haber algo que me obligaba a guardar cama. Bueno, pues el caso es que era demasiado joven para pensar en marcharme a Inglaterra a buscar una estatuilla legendaria.

Él torció el gesto. En su opinión, eso era exactamente lo que tenía que haber pensado una niña de doce años. La aventura, el romanticismo de todo aquello hubiera sido una fantasía perfecta para una niña confinada en casa.

—Después de aquello, me sumergí demasiado en la mitología para preocuparme por objetos reales. Eso queda en el campo de mi padre. Yo soy un caso perdido para el negocio. No se me dan bien ni los números ni la gente. He sido una auténtica decepción para él.

—Eso es imposible.

—Pues lo es, pero es muy amable que digas algo así. Wyley Antiques ha pagado mis estudios, mi estilo de vida y mis clases de piano, y yo no le he dado nada a cambio y he preferido dedicarme a escribir libros sobre figuras intangibles en lugar de aceptar el peso y la responsabilidad de mi legado.

—Escribir libros sobre figuras intangibles es un arte y una profesión prestigiosa.

—No cuando uno es mi padre. Me ha dejado por imposible, y como aún no me he apegado a ningún hombre lo bastante para darle un nieto, teme que cuando él se retire, el negocio no podrá seguir en la familia.

—Una mujer no tiene por qué tener un hijo sólo por un estúpido negocio.

Tía pestañeó ante la ira que notó en su voz.

—Wyley no es sólo un negocio, es una tradición. Oh, señor, creo que no debería haber tomado tanto vino. Estoy divagando.

—No, no es verdad. —Malachi pagó al taxista cuando pararon en el bordillo—. Y no tendrías que preocuparte tanto por complacer a tu padre si no es capaz de ver lo que vales como persona y como profesional.

—Oh, él no... —Se sintió agradecida por la firmeza de la mano de Malachi cuando la ayudó a bajar del taxi. El vino hacía que se sintiera las piernas flácidas y desconectadas—. Es un hombre maravilloso, sorprendentemente bueno y paciente. Lo que pasa es que está tan orgulloso de Wyley... si hubiera tenido un hijo, u otra hija con más aptitudes para el negocio, no sería tan difícil.

—Es el hilo que ha seguido tu camino, ¿no? —La hizo pasar al ascensor—. Eres lo que eres.

—Mi padre no cree en el destino. —Se echó el pelo hacia atrás, sonrió—. Pero quizá le interesarían las estatuillas. ¿No estaría bien si investigara y consiguiera encontrar una de ellas? O dos. Por supuesto, no tienen mucho valor a menos que estén las tres.

—Tal vez tendrías que volver a leer el diario de Henry.

—Sí, tal vez. Me pregunto dónde estará. —Y lo miró riendo mientras caminaban hacia su piso—. Me lo he pasado muy bien. Es la segunda vez que me lo paso divinamente contigo. Y en dos continentes. Me siento muy cosmopolita.

—Sal conmigo mañana. —La hizo volverse hacia él, y le deslizó una mano por la espalda, hasta la nuca.

—De acuerdo. —Sus ojos se cerraron cuando la atrajo hacia sí—. ¿Dónde?

—Donde sea —susurró, y le rozó los labios con los suyos.

Para un hombre era muy fácil prolongar un beso cuando tenía a una mujer derritiéndose en sus brazos. Era fácil coger lo que quería cuando ella suspiraba y lo abrazaba.

Y cuando lo que ella ofrecía era dulce, cálido e insoportablemente suave era casi imposible no querer más.

Hubiera podido tener más, pensó mientras cambiaba el ángulo del beso. Sólo tenía que abrir la puerta y entrar con ella. Ya notaba el ronroneo en la garganta de ella, el temblor en la piel.

Peró no podía hacerlo. Estaba medio borracha y era criminalmente vulnerable. Y lo que era peor, mucho peor, el deseo que sentía por ella era mucho más personal de lo que hubiera imaginado.

La echó hacia atrás con la súbita certeza de que sus planes acababan de sufrir un pequeño contratiempo. Y que ese contra tiempo podía convertirse en un nudo grande y enmarañado.

—Pasa el día conmigo mañana.

Tia se sentía como si estuviera flotando.

—¿No tienes trabajo?

—Pasa el día conmigo —repitió él, y se torturó apoyando la espalda de ella contra la puerta y besándola otra vez—. Dime que sí.

—Sí. ¿Qué?

—Las once. Estaré aquí a las once. Entra ya, Tia.

—¿Entrar dónde?

—En tu habitación. —Que Dios me ayude—. Entra —repitió mientras forcejeaba con la cerradura—. Maldita sea, uno más. —Y volvió a atraerla hacia sí y la besó hasta que sintió que la sangre rugía en su cabeza—. Cierra la puerta —ordenó y, después de darle un pequeño empujón para que entrara, se cerró la puerta en sus propias narices antes de que pudiera cambiar de opinión.

Tia no estaba segura de si fue la curiosidad o el ansia lo que la impulsó a buscar el viejo diario. Fuera lo que fuese, era un impulso lo bastante fuerte para hacer que se enfrentara a su madre en pleno día.

Quería a su madre de todo corazón, pero una sesión con Alma Marsh hubiera agotado los nervios de cualquiera. En lugar de arriesgarse a viajar en un taxi lleno de gérmenes, recorrió a pie las ocho manzanas que la separaban de la casa donde se había criado. Se sentía tan llena de energía, tan contenta por los dos últimos días y por la presencia de Malachi que ni siquiera se acordó del polen.

El aire era espeso como un ladrillo y hacía tanto calor que su blusa limpia de lino ya se veía ajada antes de que llegara a Park Avenue. Pero ella siguió caminando a buen paso, en dirección a la parte alta de la ciudad, tarareando una canción para sus adentros.

Le encantaba Nueva York ¿Por qué no se había dado cuenta antes de lo que le gustaba aquella ciudad, con su ruido y su tráfico, las calles llenas de gente? La vida. Había tanto que ver, sólo tenías que mirar. Las mujeres empujando los carritos con sus bebés, el chico que paseaba un grupo de seis cachorros como en un desfile. Los elegantes coches negros alquilados que llevaban a damas a comer, o a casa, después de una mañana de compras. Y mira qué bonitas las flores que adornaban la avenida, qué elegantes los porteros con sus uniformes delante de los edificios.

¿Cómo podía no haber visto todo aquello?, Se preguntó cuando llegaba a la calle sombreada y bonita de sus padres. Muy sencillo. En las raras ocasiones en que salía del radio de tres manzanas de donde vivía, iba siempre con la cabeza gacha, sujetando el bolso con fuerza, y se imaginaba que la asaltaban o que un autobús se subía a la acera y la atropellaba.

Pero el día antes había paseado con Malachi. Habían caminado por Madison Avenue, se habían parado en un café a tomar algo fresco y hablar un rato. Él habló con todo el mundo. El camarero, la mujer que tenían al lado con un caniche en la falda.

Cosa que no podía ser muy higiénica.

En Barney's habló con las dependientas, con una mujer que no acababa de decidirse sobre unos fulares en una de las aterradoras tiendas que Tia normalmente evitaba. Trabajó conversación con uno de los guardas del

Metropolitan, y con el vendedor del quiosco callejero donde compró unos perritos calientes.

De hecho, Tia se había comido uno, en mitad de la calle. Casi no se lo podía crear.

Durante unas horas, había visto la ciudad a través de los ojos de él. Lo maravillosa que era, su humor, su carácter y grandeza.

Y esta noche iba a volver a hacerlo.

Cuando llegó a la casa de sus padres casi iba dando brincos. Había unos lechos de flores flanqueando la entrada. Tilly, la ama de llaves, debía de haberlos plantado y cuidado. Recordaba que una vez había querido ayudar a plantar los tiestos. Tendría una diez años, pero su madre estaba tan preocupada por la tierra, las alergias y los insectos que renunció.

Puede que comprara un geranio cuando volviera a casa. Sólo para ver.

Aunque tenía la llave, Tia llamó al timbre. La llave era para las emergencias, y utilizarla significaba descodificar la alarma y tener que explicar luego por qué lo había hecho.

Tilly, una mujer muy robusta con el pelo grisáceo, abrió enseguida.

—¡Vaya, señorita Tia! ¡Qué agradable sorpresa! Así, ¿ya esta todo tranquilo después del viaje? Me gustaron muchísimo las postales que me envió. Todos esos sitios tan maravillosos...

—Sí, muchos sitios —concedió Tia al tiempo que entraba al fresco del interior. Besó la mejilla de aquella mujer con una espontaneidad que no sentía con mucha gente—. Es bueno volver; estar en casa.

—Una de las mejores cosas de viajar es volver a casa, ¿verdad que sí? Hoy está muy guapa —dijo Tilly con gesto sorprendido mientras estudiaba su rostro—. Creo que le ha sentado bien viajar.

—No hubieras dicho lo mismo si me hubieras visto hace un par de días. —Tia dejó su bolso en el mueble del recibidor y se miró en el espejo Victoriano que había encima. Realmente se la veía guapa. Sonrosada y radiante—. ¿Está visible mi madre?

—Está arriba, en su salita. Suba, enseguida les llevo algo fresco para beber.

—Gracias, Tilly.

Tia se volvió hacia el largo tramo de escaleras. Siempre le había encantado aquella casa, la elegancia y dignidad que respiraba. Era la combinación perfecta de sus padres, del amor por las antigüedades de él y la necesidad de desenvolverse en un espacio organizado de ella. Sin esa combinación y ese equilibrio, hubiera sido un revoltijo, una especie de almacén de Wyley's. El mobiliario se había distribuido teniendo en cuenta tanto el estilo como la belleza. Todo tenía su sitio, y ese sitio rara vez se cambiaba.

Había algo reconfortante en la continuidad y estabilidad de la casa. Los colores eran claros y frescos. En lugar de arreglos florales, había adorables

estatuarios, maravillosos jarrones llenos con pedazos de cristal pulido y coloreado.

Guantes de damas, bolsas de mano enjovadas, agujas de sombreros, gemelos, cajitas de rapé aparecían dispuestos tras cristales impolutos. La temperatura y la humedad se controlaban estrictamente mediante un sistema de climatización. En la casa de la ciudad de los Marsh, la temperatura siempre era de veintún grados, con un 10 por ciento de humedad.

Tia se detuvo ante la puerta de la salita de su madre y llamó.

—Pasa, Tilly.

En cuanto abrió la puerta, a Tia el ánimo se le cayó por los suelos. Percibió el tenue olor a romero que indicaba que su madre no tenía una buena mañana. Aunque los cristales de la ventana habían sido tratados para que filtraran los rayos ultravioletas, las cortinas estaban echadas. Otra mala señal.

Alma Marsh estaba reclinada sobre un *récamier* con tapicería de seda, con un antifaz cubriéndole la parte superior de la cara.

—Creo que me va a dar una de mis jaquecas, Tilly. No hubiera debido intentar responder a toda esa correspondencia de un tirón, pero ¿qué puedo hacer? La gente te escribe, ¿no es cierto?, Claro, no te dejan más remedio que contestar. ¿Te importa traerme mi matricaria? Tal vez aún esté a tiempo de evitar lo peor.

—Soy Tia, mamá. Yo te traeré la matricaria.

—¿Tia? —Alma dejó el antifaz a un lado—. ¡Mi niña! Ven dame un beso, cariño. Es la mejor medicina.

Tia se acercó y la besó superficialmente en la mejilla. A lo mejor tenía uno de sus achaques, pensó Tia, pero la verdad es que la veía perfecta, como siempre. Su pelo, casi del mismo tono delicado que el suyo, estaba peinado hacia atrás en suaves ondas en torno a un rostro ideal para un camafeo. Delicado, adorable, sin arrugas. Aunque estaba más bien delgada, vestía con informal elegancia con una blusa rosa y pantalones sastre.

—Ves, ya me siento mejor —dijo Alma incorporándose—. Estoy tan contenta de que estés en casa, Tia. La verdad es que no he tenido un momento de descanso desde que te fuiste. Estaba tan preocupada... Te llevaste todas tus vitaminas, ¿verdad?, y no bebiste agua de grifo. Espero que exigieras habitaciones para no fumadores en todos los hoteles, aunque Dios sabe que no es una norma que se cumpla. Se limitan a entrar y echan un spray después de que alguna horrible persona haya llenado la atmósfera de agentes cancerígenos. Abre las cortinas, cariño, casi no te veo.

—¿Estás segura?

—No puedo permitirme quedarme así —dijo Alma heroicamente—. Tengo mil cosas que hacer, y ahora que estás aquí... bueno, sacaremos tiempo para una bonita visita y luego ya correré. Debes de estar agotada... un organismo tan

delicado como el tuyo se resiente mucho ante las exigencias de un viaje. Quiero que te hagas una revisión completa inmediatamente.

—Estoy bien. —Tia fue hasta las ventanas.

—Cuando está en juego el sistema inmunitario, como es el caso, pueden pasar varios días antes de que reconozcas los síntomas. Pide hora en el médico, Tia, hazlo por mí.

—Claro. —Tia abrió las cortinas, y sintió un gran alivio cuando la luz llenó la habitación—. No tienes que preocuparte. Me he cuidado bien.

—Aun así, no puedes... —No llegó a terminar la frase, porque Tia se dio la vuelta—. Tia, ¡estás colorada! ¿Tienes fiebre? —Se levantó de un salto de la meridiana y le puso una mano en la frente a su hija—. Sí, te noto algo caliente. Lo sabía, sabía que cogerías algún germen en el extranjero.

—No tengo fiebre, mamá. Lo que pasa es que he venido andando y me he acalorado un poco.

—¿Andando? ¡Con este calor! Quiero que te sientes ahora mismo, siéntate. Estás deshidratada, te va a dar un ataque.

—No, mamá. —Pero en realidad puede que sí estuviera algo mareada—. Estoy bien. Nunca me había sentido mejor.

—Una madre sabe esas cosas. —Completamente reanimada, Alma le indicó a Tia que se sentara y fue a toda prisa hacia la puerta—. Tilly, trae enseguida una jarra de agua con limón y una compresa fría. Y avisa al doctor Realto. Quiero que examine a Tia enseguida.

—No pienso ir al médico, mamá.

—No seas testaruda.

—No lo soy. —Pero empezaba a sentir náuseas—. Mamá, por favor, siéntate antes de que empeore tu dolor de cabeza. Tilly va a subírnos bebidas frescas. Te lo prometo, si me siento mal avisaré al doctor Realto.

—¿A qué viene tanto alboroto? —Tilly entró con una bandeja en las manos.

—Tia está enferma. No hay más que verla. Y no quiere que la vea el doctor.

—Pues yo la veo perfecta, como una rosa.

—Es la fiebre.

—Oh, no señora Alma. Por una vez la chica tiene algo de color en las mejillas, nada más. Usted siéntese y tómese un buen té helado. Es de jasmín, su favorito. Y he traído también unas adorables uvas.

—¿Las has lavado en la solución antitoxinas?

—Del todo. Voy a ponerle su Chopin —añadió dejando la bandeja—. Muy bajito. Ya sabe lo mucho que la tranquiliza siempre.

—Sí, sí, es verdad. Gracias, Tilly. ¿Qué haría yo sin ti?

—Dios sabe —dijo Tilly por lo bajo, y le guiñó un ojo a Tia cuando ya se iba. Alma suspiró y se sentó.

—No he estado nada bien de los nervios —le confesó hija—. Sé que

considerabas que era un viaje importante para tu carrera, pero nunca habías estado fuera tanto tiempo.

Y, según el doctor Lowenstein, pensó Tia mientras servía té, eso era parte del problema.

—Pero ya he vuelto. La verdad es que ha sido un viaje fascinante. Las conferencias y los actos para firmar libros han tenido muy buena acogida y me han ayudado a disipar algunas de las dudas que tenía sobre mi nuevo libro. Mamá, he conocido a un hombre...

—¿Un hombre? ¿Has conocido a un hombre? —Alma puso muy tensa—. ¿Qué clase de hombre? ¿Dónde? Tia, sabes perfectamente lo peligroso que es para una mujer viajar sola, y no digamos hablar con desconocidos.

—Mamá, no soy ninguna idiota.

—Eres confiada e ingenua.

—Sí, tienes razón, y por eso cuando me pidió que volviera con él a su habitación del hotel para que habláramos del significado de Hornero en la actualidad y o lo seguí como un corderito al matadero. Me violó y luego me pasó a su abominable amigo. Y ahora estoy embarazada y no sé cuál de los dos es el padre.

Tia no sabía cómo había podido decir aquello, cómo aquellas palabras habían podido salir de su boca. Vio que su madre se ponía blanca y se llevaba la mano al pecho, y sintió que empezaba dolerle la cabeza.

—Lo siento, lo siento. Pero es que me gustaría que confiaras un poco en mí. Estoy saliendo con un hombre perfectamente educado. Tenemos una interesante conexión que se remonta a Henry Wyley.

—No estás embarazada.

—Pues claro que no. Sólo estoy saliendo con un hombre que comparte mi interés por la mitología griega y que, casualmente tenía un antepasado en el *Lusitania*. Uno de los supervivientes.

—¿Está casado?

—¡No! —perpleja, ofendida, Tia se puso en pie para andar un poco—. Nunca saldría con un hombre casado.

—Siempre que supieras que está casado —apuntó Alma con toda la intención—. ¿Dónde lo conociste?

—Asistió a una de mis conferencias y tiene negocios que atender aquí en Nueva York, así que me hizo una visita.

—¿Qué clase de negocios?

Cada vez más frustrada, Tia se tiró del pelo. De pronto le resultaba abominablemente pesado, como si le estuvieran sofocando el cerebro.

—Está en el negocio de los barcos. Mamá, el caso es que hablando de los griegos y el *Lusitania* salieron a colación las tres diosas del destino. Las estatuillas. Seguro que has oído a papá hablar de ellas.

—No, no puedo decir que me haya hablado de eso, pero precisamente el otro día alguien me preguntó por ellas. ¿Quién fue?

—¿Alguien te preguntó por ellas? Es muy extraño.

—No fue en ningún sitio en concreto —dijo Alma irritada—. Fue de pasada, en alguna función a la que tu padre me arrastró a pesar de lo mal que me encontraba. Aquélla tal Gaye. Anita Gaye. Si quieres que te diga la verdad, tiene una imagen muy dura. Y no me extraña... casarse con un hombre cuarenta años más viejo por dinero, sin importarle lo que diga la gente. Aunque bueno, tonto él. Y también ha engañado a tu padre. Las mujeres como esa siempre engañan a los hombres. Tu padre dice que es una buena mujer de negocios. Un punto a favor de la comunidad de anticuarios. ¡Ja! Pero ¿dónde fue? No puedo concentrarme. Me siento tan indispuesta...

—¿Qué te preguntó?

—Oh, por el amor de Dios, Tia. No me gusta esa mujer, así que no puedes esperar que recuerde una irritante conversación sobre unas estatuillas de las que ni siquiera he oído hablar. Estás tratando de cambiar de tema. ¿Quién es ese hombre? ¿Cómo se llama?

—Sullivan. Malachi Sullivan. Es de Irlanda.

—¿Irlanda? Nunca había oído nada igual.

—Pues es una isla, al noroeste de Inglaterra.

—No te pongas sarcástica, es muy desagradable. ¿Qué sabes de él?

—Que me siento muy a gusto en su compañía y parece que a él le pasa lo mismo.

Alma dejó escapar un sufrido suspiro. Una de sus mejores armas.

—No sabes nada de su familia, ¿verdad? Pero estoy segura de que él sí que sabe algo de nosotros, que sabe muy bien de dónde procedes. Eres una mujer rica, Tia, vives sola (lo que me preocupa indeciblemente), y eso te convierte en el blanco perfecto para hombres sin escrúpulos. ¿Barcos? Ya lo veremos.

—No lo hagas —espetó Tia bruscamente, y su voz sorprendió tanto a su madre que volvió a sentarse—. No lo hagas. No permitiré que lo investigues. No quiero que vuelvas a humillarme de esa forma.

—¿Humillarte? Qué cosas dices. Si estás pensando en aquello, en aquel maestro de historia, bueno, no se hubiera puesto tan furioso si no hubiera tenido nada que ocultar. Una madre tiene derecho a preocuparse por el bienestar de su única hija.

—Tu única hija tiene casi treinta años, mamá. ¿No podría ser, por un azar del destino, que un hombre atractivo, interesante e inteligente quisiera salir conmigo porque me encuentra atractiva, interesante e inteligente? ¿Siempre tiene que haber alguna oscura motivación? ¿Soy tan perdedora que ningún hombre podría querer una relación normal conmigo?

—¿Perdedora? —Alma estaba realmente anonadada—. No sé cómo piensas

esas cosas.

—No —dijo Tia cansada, y se volvió hacia las ventanas—. Estoy segura. No tienes que preocuparte. Sólo va a quedarse unos días. Pronto tendrá que volver a Irlanda, y no es probable que volvamos a vernos. Pero te prometo que, si ofrece venderme algún puente sobre el río Shannon o me sale con alguna maravillosa inversión, lo rechazaré. Y mientras tanto, me pregunto si sabes dónde puede andar el diario de Henry Wyley. Me gustaría echarle un vistazo.

—¿Y cómo voy a saberlo? Pregúntale a tu padre. Está claro que mis preocupaciones y mis consejos no te interesan. No sé por qué te has molestado en venir.

—Siento que estés preocupada. —Tia se volvió y se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla—. Te quiero, mamá. Te quiero mucho. Ahora descansa un poco.

—Quiero que llames al doctor Realto —ordenó la madre cuando Tia ya salía.

—De acuerdo, le llamaré.

Tia se lanzó a la aventura y tomó un taxi para bajar al centro, Wyley's. Se conocía lo bastante para saber que si volvía a casa en su actual estado de ánimo se pondría a cavilar y acabaría dando la razón a su madre sobre su salud, sobre Malachi, sobre su escaso atractivo para el sexo opuesto.

Y lo peor de todo es que quería volver a casa. Cerrar las cortinas, acurrucarse en su cueva con sus pastillas, su aromaterapia y una bolsa de agua fría y relajante sobre los ojos.

Como su madre, pensó disgustada.

Necesitaba mantenerse ocupada, concentrarse en algo, y la idea del diario y las estatuillas podía ayudarla.

Pagó al taxista, bajó del coche y por un momento se quedó plantada en la acera, delante de Wyley's. Como siempre, sintió una oleada de orgullo y asombro. El adorable edificio de piedra arenisca con ventanas emplomadas y puerta de cristal vidriado llevaba allí cien años.

Cuando era más joven, su padre —saltándose las oscuras advertencias y predicciones de su madre— la llevaba con él una vez a la semana. A aquel tesoro, aquella cueva de Aladino. Le enseñó pacientemente sobre épocas, estilos, maderas, cristales, cerámicas. El arte, y los pedazos y piezas que la gente coleccionaba y que con el tiempo se convertían por sí solos en un arte.

Y ella aprendía y quería complacerle con todas sus fuerzas. Pero nunca había sido capaz de complacerlos a los dos, nunca había logrado mantenerse en pie en aquel tira y afloja al que sus padres jugaban con ella.

Siempre tenía miedo de equivocarse y avergonzar a su padre, se quedaba sin habla delante de los clientes, la desconcertaba el sistema de inventariado. Al final, su padre la dejó por imposible. Y no podía culparlo.

Aun así, cuando entró, sintió otra oleada de orgullo. Era tan bonito, tan

adorablemente perfecto. Oía ligeramente a cera y flores.

A diferencia de lo que pasaba en su casa de la parte alta de la ciudad, allí las cosas cambiaban continuamente. Siempre era una sorpresa ver que faltaba alguna pieza familiar y había otra nueva en su sitio, era emocionante reconocer los cambios, identificar lo nuevo. Avanzó por el vestíbulo, admirando las curvas del sofá Período imperio, decidió, 1810-1830. El par de mesitas auxiliares eran nuevas, pero recordaba las palmatorias rococó de la visita que hizo antes de salir hacia Europa.

Entró en la primera sala de exposición y vio a su padre.

Verlo siempre la llenaba de orgullo, y de asombro. Era tan robusto y guapo... Tenía el pelo canoso, espeso como la piel de un visón, las cejas negras como la noche. Llevaba unas gafas pequeñas de montura cuadrada y Tía sabía que detrás de ellas sus ojos se veían oscuros y despiertos.

Traje italiano azul marino a rayas, hecho a medida.

Él se volvió y miró en su dirección. Tras vacilar casi imperceptiblemente, le sonrió. Le pasó una factura al dependiente con el que estaba hablando y se dirigió hacia su hija.

—Así que la expedicionaria ha vuelto. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla, sin rozarle casi la piel. A Tía le vino a la cabeza la imagen de su padre arrojándola al aire mientras ella chillaba por la emoción, y luego, cuando la cogía con sus manos grandes y ancha.

—No quería interrumpirte.

—No importa. ¿Cómo te ha ido el viaje?

—Bien. Muy bien.

—¿Ya has ido a ver a tu madre?

—Sí. —Miró para otro lado, y se concentró en un mueble aparador en exposición—. Ahora vengo de allí. Me temo que hemos tenido un pequeño desacuerdo. Está preocupada por mí.

—¿Has tenido un desacuerdo con tu madre? —Se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo de un blanco inmaculado—. Creo que la última vez que eso pasó debió de ser a principios de los noventa. ¿Por qué habéis discutido?

—En realidad no hemos discutido. Pero es posible que te la encuentres muy preocupada cuando llegues a casa esta noche.

—Si tu madre no está preocupada cada noche me da la sensación de que me he equivocado de casa.

Y le dio una palmadita ausente en el hombro que le indicó que su mente y a estaba en otros asuntos.

—Quería hablar contigo un momento sobre otra cosa, las tres diosas del destino.

El hombre volvió la mirada y la atención de nuevo a ella.

—¿Qué les pasa?

—El otro día tuve una conversación que me las recordó. Y el diario de Henry Wyley. Me llamaba mucho la atención cuando era pequeña, y me gustaría volver a leerlo. De hecho he estado pensando en introducir una sección sobre el aspecto mitológico de esas piezas en mi nuevo libro.

—Pues me preguntas en buen momento. Anita Gaye las sacó la conversación hace unas semanas.

—Eso me ha dicho mamá. ¿Crees que tiene alguna pista sobre alguna de las otras dos que todavía se conservan?

—Si la tiene, no conseguí que me lo dijera. —Y la miró con expresión feroz—. Y mira que lo intenté. Si consigue encontrar una, será de cierto interés para la comunidad de anticuarios. Dos, y será un hallazgo importante. Pero sin la tercera, no será ningún gran descubrimiento.

—Y la tercera, según el diario, estará en el fondo del Atlántico. Aun así, el tema me interesa. ¿Te importa si te robo unos días el libro?

—Ése diario es de un considerable valor personal para la familia —empezó a decir el padre—, aparte de su valor histórico y económico, si tenemos en cuenta la fecha y el autor.

En otro momento, Tía se hubiera echado atrás.

—Me dejaste leerlo cuando tenía doce años —le recordó ella.

—Tenía la esperanza de que despertaría tu interés por la historia y el negocio de la familia.

—Y te decepcioné. Lo siento. Te agradecería mucho que me dejaras verlo. Puedo estudiarlo aquí si no quieres que me lo lleve a casa.

Su padre profirió un leve siseo de impaciencia.

—Te lo traeré. Está arriba, en la cámara acorazada.

Cuando su padre se fue, Tía suspiró y se retiró hasta el vestíbulo, donde esperó sentada en el borde del sofá.

Cuando regresó, se puso de pie.

—Gracias. —Y se llevó el suave y gastado libro de cuero al pecho—. Tendré mucho cuidado.

—Tú tienes mucho cuidado con todo, Tía. —Se dirigió a la puerta de salida y la abrió—. Y creo que ésa es la razón de que te decepciones a ti misma.

—¿Dónde has estado? —Malachi pasó los dedos sobre el dorso de la mano de Tía y vio cómo su atención volvía a él.

—En ningún sitio importante. Lo siento, esta noche no soy muy buena compañía.

—Me parece que soy yo quien tiene que decir eso. —Pero si había estado pensativa toda la noche. Casi no había tocado su polenta, aunque estaba seguro de que la habían preparado siguiendo estrictamente sus instrucciones. Se notaba que

su mente divagaba continuamente, y en esos momentos la tristeza que veía en rostro hacía que el corazón le doliera.

—Dime qué te preocupa, cariño.

—No es nada. —La hizo sentirse bien oír que la llamaba cariño—. De verdad. Sólo es un... —No podía llamarlo discusión. Nadie había levantado la voz, ni hubo palabras encendidas—. Un desacuerdo familiar. En sólo dos horas, he conseguido preocupar a mi madre e irritar a mi padre.

—¿Y cómo lo has hecho?

Tia removió su polenta. Aún no le había dicho nada del diario. El caso es que, para cuando volvió a su apartamento, estaba demasiado cansada y deprimida para abrirlo. Lo envolvió cuidadosamente en una tela sin blanquear y lo metió en el cajón de su mesa de despacho. De todos modos, pensó, no fue el diario el que provocó el problema. Fue ella, como siempre.

—Mi madre no se encontraba muy bien y yo me pasé un poco.

—Yo siempre me estoy pasando con la mía —dijo Malachi—. Entonces ella me da un sopapo, o me mira con esa mirada tan aterradora que imagino que las madres aprenden cuando aún estás en el vientre, y sigue con sus cosas.

—Las cosas no son así con mi madre. Está preocupada por mí. Preocupada porque pueda estar poniendo en peligro mi salud, encariñándose de un hombre del que casi no sé nada. Tuve muchos problemas de salud cuando era pequeña.

—Pues ahora se te ve muy sana. —Malachi le besó los dedos, con la esperanza de arrancarla de aquella tristeza—. Desde luego, yo me siento... sano cuando estoy cerca de ti.

—¿Estás casado?

La expresión de sorpresa del rostro de él fue suficiente respuesta, e hizo que Tia se sintiera furiosa consigo misma por haber preguntado.

—¿Qué? ¿Casado? No, Tia.

—Lo siento, lo siento, soy una idiota. Le dije a mi madre que estaba saliendo con alguien y antes de que me diera cuenta tú estabas casado y sólo buscabas mi dinero, y yo me estaba metiendo en una aventura que me iba a dejar sin dinero y con el corazón destrozado y al borde del suicidio.

Él dejó escapar un suspiro.

—No estoy casado, y no me interesa tu dinero. Y por lo que se refiere a la aventura, lo he pensado mucho, pero tendré que cambiar mis planes para la noche si llevándote a la cama te voy a dejar destrozada y al borde del suicidio.

—Jesús. —Tia se retorció las manos—. ¿Por qué no nos saltamos todo esto y te limitas a pegarme un tiro para liberarme de mi sufrimiento?

—¿Y por qué no nos saltamos la cena y volvemos a tu apartamento para que te pueda poner las manos encima? Te doy mi palabra de que cuando terminemos no estarás por tirarte por la ventana.

Ella tuvo que aclararse la garganta. Sentía la necesidad, imperiosa necesidad,

de inclinarse sobre él y pasarle la lengua sobre la larga línea de sus pómulos.

—Quizá tendría que poner eso por escrito.

—No hay problema.

—Vaya, ¿no eres Tia Marsh? ¿La hija de Stewart Marsh?

Era una voz que Malachi nunca olvidaría. Sus dedos se aferraron convulsivamente a la mano de Tia cuando se volvió y, al levantar la mirada, se encontró con la radiante sonrisa de Anita Gaye.

El hecho de que Malachi la cogiera de la mano era suficiente para que Tia se sobresaltara. Pero lo superó enseguida, porque no ser capaz de poner un nombre a aquella cara que le sonreía con tanta acidez que le hubiera podido agujerear la cara hizo que sintiera un arrebato de pánico social.

—Sí. Hola. —Tia trató furiosamente de recordar—. ¿Cómo está?

—Estupendamente, gracias. No me recordarás. Soy Anita Gaye, estoy en la competencia del negocio de tu padre.

—Claro. —En medio del alivio, se agitaban sus emociones encontradas. La mano de Malachi le apretaba menos, pero seguía sujetándola con firmeza. Los ojos de Anita destellaban como soles, y su acompañante parecía educadamente aburrido.

Tia empezó a preguntarse si la opresiva presión que sentía se debería a algo que no fuera su torpeza social.

—Encantada de verla. Éste es Malachi Sullivan. La señora Gaye —empezó, volviéndose hacia Malachi— está en el negocio de las antigüedades. De hecho... —Tuvo que reprimir un grito, porque la mano de Malachi volvió a cerrarse con fuerza—. Oh, es una de las marchantes más importantes del país —concluyó débilmente.

—Me halagas. Es un placer conocerle, señor Sullivan. —Había risa en su voz, pero a Tia el tono le daba escalofríos. Era predador—. ¿Está usted en el negocio de las antigüedades?

—No. —La escueta sílaba fue tan cortante y ruda como un bofetón. Anita se limitó a emitir un gemido y puso una mano con suavidad en el hombro de Tia.

—Nuestra mesa está lista, así que no os entretendré. Tenemos que comer juntas un día de éstos, Tia. He leído tu último libro y me ha parecido fascinante. Me encantaría comentarlo contigo.

—Por supuesto.

—Saluda a tus padres de mi parte —añadió, y cuando se alejaba le dedicó una última mirada risueña a Malachi.

Deliberadamente, Tia apartó la mano de Malachi y cogió un vaso de agua para aclararse la garganta.

—Os conocéis.

—¿Qué?

—No lo hagas. —Volvió a dejar el vaso y plegó las manos sobre el regazo—. Los dos debéis de pensar que soy una completa idiota. Ésa mujer nunca me ha dicho una palabra en mi vida. Las mujeres como ella ni siquiera ven a las que son como yo. No le puedo hacer sombra.

Malachi estaba muy enfadado, y le costaba pensar con claridad.

—Eso es ridículo.

—Calla. —Se tranquilizó, dejó escapar un suspiro—. Os conocéis, y tú te has sorprendido, te has puesto furioso cuando ella se ha acercado. Y tenías miedo de que mencionara las estatuillas.

—Me parecen muchas conclusiones para un episodio tal corto.

—La gente que permanece al margen tiene grandes dotes de observación. —No podía mirarlo, no todavía—. No me equivoco, ¿verdad?

—No. Tia...

—Éste no es lugar para discutirlo. —La voz de Tia era despectiva, igual que lo fue el movimiento con que se apartó cuando él le tocó el brazo—. Quiero que me lleves a casa.

—De acuerdo. —Le hizo una señal al camarero—. Lo siente Tia, es...

—No quiero tus disculpas. Quiero una explicación. —Sé puso en pie y, como las piernas le temblaban, se dirigió hacia la salida—. Te espero fuera.

En el taxi Tia no habló, lo cual era perfecto. Malachi necesitaba tiempo para pensar cómo y por dónde empezar. Tenía que haber previsto que Anita lo echaría todo a perder; que haría algún movimiento. Y él había malgastado un tiempo valiosísimo porque le gustaba estar con Tia y no había querido presionarla demasiado.

Y, pensó, porque cuanto más la conocía, más deseaba haber enfocado todo el asunto de una forma diferente desde el principio. Y en vez de eso lo había embrollado todo con sus mentiras.

Pero Tia era una mujer razonable. Sólo tenía que hacerla entrar en razón.

Ella no hizo caso cuando le ofreció la mano para ayudarla a bajar del taxi. Empezaba a sentirse indispuesto. Cuando llegaron a la puerta del piso, se preparó para recibir un portazo en las narices, pero en vez de eso Tia entró, dejó la puerta abierta y fue directa a las ventanas. Como si necesitara aire, pensó Malachi.

—Es un asunto muy complicado, Tia.

—Sí, el engaño y el comportamiento poco limpio suelen serlo. —Tia había tenido tiempo para pensar. Concentrarse en aquel embrollo la ayudaba a distanciarse del dolor—. Tiene que ver con las estatuillas. Tú y la señora Gayes las queréis. Y yo soy una de las claves. Ella se ha estado trabajando a mis padres y tú... —Se volvió hacia él, con expresión fría y decidida—. Y tú me has trabajado a mí.

—No es lo que parece. Anita y yo no somos socios.

—Oh. —Hizo un gesto de asentimiento—. Competidores, estáis enfrentados.

Eso tiene más sentido. ¿Tuvisteis una riña de enamorados?

—Por Dios. —Malachi se pasó las manos por la cara—. No, escúchame, Tia. Anita es una mujer peligrosa, implacable, sin escrúpulos.

—No como tú, ¿verdad? Supongo que todos esos escrúpulos se perdieron por algún sitio cuando me convenciste para que saliera de mi hotel en Helsinki, cuando pasaste todo ese tiempo conmigo para hacerme creer que estabas interesado en mí mientras alguien registraba mi habitación. ¿De verdad pensabas que iba a llevar pistas sobre las diosas a una gira promocional de mi libro?

—Yo no tuve nada que ver con aquello. Ésa fue Anita. No soy ningún criminal.

—Ah, perdona. Sólo eres un sucio mentiroso.

Él dominó su furia. ¿Qué derecho tenía a sentirse despechado?

—No negaré que te he mentado. Y lo siento.

—¿Que lo sientes? Ah, claro, entonces es diferente. Todo perdonado.

Malachi se metió las manos en los bolsillos y las cerró. La persona que tenía delante no era la mujer dulce, suave y ligeramente neurótica que le había calado tan hondo. Era una mujer furiosa mucho más dura de lo que había pensado.

—¿Quieres una explicación o prefieres seguir insultándome?

—Lo primero, pero me reservo el derecho a seguir insultándote después.

—Perfecto. ¿Podemos sentarnos?

—No.

—Creo que sería más fácil si primero te desahogas y lo sacas todo. En realidad te dije parte de la verdad.

—Pues tendrás que esperarte sentado si quieres una medalla Malachi. ¿Te llamas así o eso también te lo inventaste?

—Maldita sea, claro que me llamo así. ¿Quieres que te enseñe mi pasaporte?

—Malachi se puso a andar arriba y abajo, mientras ella permanecía quieta y serena—. Es verdad que tuve un antepasado que viajaba en el *Lusitania*. Felix Greenfield, que sobrevivió y se casó con Meg O'Reiley y se estableció en Cobh. Aquélla experiencia cambió su vida, lo convirtió en un hombre de provecho. Se dedicó a la pesca junto con la familia de su mujer, tuvo hijos, se convirtió al catolicismo.

Hizo una pausa y se pasó los dedos —como Tia se había permitido imaginarse haciendo— por sus espesos cabellos castaños.

—Antes de que pasara aquello, no era una persona tan admirable. Había comprado un pasaje para aquel barco porque estaba huyendo de la policía. Era un ladrón.

—Lo llevas en la sangre.

—Oh, ya está bien. Yo nunca he robado nada. —El insulto le dolió y lo impulsó a girarla hacia él.

Ya no parecía un caballero refinado, pensó Tia desapasionadamente. A pesar

del bonito traje, parecía más bien un pendenciero.

—No creo que estés en posición de hacerte el ofendido.

—Procedo de una buena familia. Puede que no sea tan fina y elegante como la tuya, pero tampoco somos ladrones. Felix lo era, y yo no tengo la culpa. En todo caso, dio un giro a su vida. Sólo que casualmente, dio ese giro después de haber robado algunos objetos de la habitación de Henry W. Wyley.

—La diosa del destino. —Tia tuvo que hacer una pausa para asimilar aquello —. Él cogió la estatuilla. Nunca llegó a perderse.

—Se hubiera perdido si Felix Greenfield no la hubiera robado puedes verlo de esa forma. Él no sabía lo que era, sólo le pareció un objeto bonito y brillante y, bueno, podríamos decir que le llamó la atención. La figurilla ha ido pasando de una generación a otra, junto con la historia, y se ha conservado como una especie de amuleto de la suerte.

Fascinante. Fantástico. Por debajo de la sensación de ultraje y dolor, Tia empezaba a sentir interés.

—Y pasó a ti.

—Pasó a mí madre y de ella ha pasado a mí, a mi hermano y a mi hermana.

Ahora estaba más tranquilo. Él mismo era lo bastante católico para sentir que parte del peso de sus mentiras desaparecía al haberlas confesado.

—Yo tenía cierta curiosidad por la estatua, y ahí es donde me equivoqué. La llevé conmigo a Dublín. Quería que la identificaran y, a ser posible, que la tasaran. Mi hermana, que tiene mucha facilidad para estas cosas, dijo que miraría qué podía encontrar en las enciclopedias y en internet. Pero yo estaba demasiado impaciente. Me la llevé conmigo y me presenté como un corderito en Morningside Antiquities.

—Se la enseñaste a Anita.

—No, al principio no. Le hablé de ella. ¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó frustrado otra vez—. Se suponía que era una experta, y una intachable mujer de negocios. No le conté toda la historia al principio, pero con el paso de los días...

Y dejó la frase en el aire, con expresión de impotencia y bochorno.

—Sí, ya me lo imagino. —Aquello empeoraba las cosas y, por eso precisamente, en cierto modo las mejoraba. Ella no era la única que podía quedar deslumbrada por las hormonas—. Es muy atractiva.

—También lo es un tiburón según como se mire. —Lo dijo con amargura, por la mujer que le había engañado y por la que estaba plácidamente plantada ante él, con el río a sus espaldas—. Bueno, me sacó todo lo que quería antes de que le viera los dientes. Se pasó por el hotel para poder verla en privado. Pensó que sería lo mejor. Naturalmente, yo estuve de acuerdo porque ya había demostrado un fuerte interés personal por mí. Utilizó el sexo con la facilidad con que otras utilizan el lápiz de labios —declaró—. Se lo pone y se lo quita a su antojo. Y le entregué la figura.

Tia pensó en Anita Gaye. Aguda, sexy, segura. Predadora. Sí, entendía por qué incluso un hombre inteligente podía comportarse como un tonto ante ella.

—¿Sin ningún tipo de recibo?

—Seguramente lo hubiera sugerido si en aquel momento no me hubiera estado bajando los pantalones. Hicimos el amor, y bebimos. Mejor dicho, yo bebí. La muy puta debió de ponerme algo en la bebida, porque no me desperté hasta el mediodía del día siguiente. Ella ya no estaba, ni la estatuilla.

—¿Te drogó?

Él notó el tono de incredulidad y apretó los dientes.

—No me quedo fuera de combate durante casi doce horas sólo por un revolcón y un par de vasos de vino. Al principio yo tampoco me lo acababa de creer. Fui a Morningside y me dijeron que estaba reunida y no podía recibirme. Le dejé mensajes allí y en su hotel. Pero nunca contestó. Cuando finalmente conseguí contactar con ella, cuando ya había vuelto a Nueva York, me dijo que no tenía ni idea de quién era yo ni de qué le hablaba, y que no la volviera a molestar.

No era fácil borrar la imagen de Malachi y Anita retozando en una habitación de hotel, pero lo hizo para poder pensar con claridad.

—¿Me estás diciendo que Anita Gaye, de Morningside Antiquities, te drogó, después de haberse acostado contigo, te robó y luego se negó a recibirte?

—Es lo que he dicho, ¿no? Se burló de mí, utilizando el sexo, fingiendo que yo le importaba... —Se detuvo cuando advirtió la mirada agria de Tia.

—Sí, resulta mortificador, ¿verdad?

—No es lo mismo. —Pero el estómago le dio un fuerte vuelco—. Para nada.

—Que no hayamos llegado a darnos el revolcón no cambia las cosas. Podías haberme dicho la verdad desde el principio, honestamente. Pero decidiste no hacerlo.

—Lo hice. Pero pensé que podías ser tan fría y calculadora como ella. Y, además, ¿quién me aseguraba que no ibas a poner algún tipo de reclamación por la estatuilla?

Levantó las manos. Lo que había parecido perfectamente razonable y necesario en su momento, ahora parecía frío y feo.

—Puede que no llegara hasta mí por el camino adecuado, Tia, pero lleva casi noventa años en mi familia. Y cuando descubrimos que había tres y lo que significaban, eso lo cambió todo. En parte se trata de recuperar lo que es nuestro, aunque también lo hacemos por el dinero. Montones de dinero que nos vendría muy bien. Irlanda está en un buen momento, y si tuviéramos más dinero podríamos ampliar el negocio.

—¿El negocio de pesca? —preguntó ella con sequedad, y vio que al menos Malachi tenía el detalle de parecer avergonzado.

—De barcos. Hacemos excursiones en barco desde Cobh, y por Punta

Kinsale. Sigo teniendo intereses en la pesca. Pensé que te sentirías más cómoda si creías que me movía en tu mismo campo.

—Así que me considerabas una persona superficial...

Él dejó escapar un suspiro, la miró a los ojos.

—Pensaba que lo serías. Pero me equivocaba.

—Ésta noche pensabas volver aquí conmigo, acostarte conmigo. Eso es muy frío. Es despreciable. Me has utilizado desde el principio para conseguir tu objetivo, como si yo no tuviera sentimientos. Nunca te he importado.

—Eso no es verdad. —Malachi se acercó y, aunque ella tenía los brazos rígidos a los lados, la cogió de las manos—. No permitiré que pienses eso.

—Cuando te acercaste a mí la primera vez, cuando me sonreíste y me pediste que fuéramos a dar un paseo, no significaba nada para ti. Lo único que querías era ver si podía ser te útil, ni más ni menos.

—No te conocía. Al principio sólo eras un nombre, una posibilidad. Pero...

—Por favor. ¿Ahora viene lo de que todo cambió cuando me conociste y empezaste a enamorarte? Ahórrate la novelita.

—Me enamoré al estar contigo. Eso no formaba parte de mi plan.

—Tu plan es un desastre. Suéltame.

—Siento haberte herido. —Era de pena, pero no se le ocurrió nada más—. Te juro que no era mi intención.

—He dicho que me sueltes —repitió ella. Él la soltó y Tia reculó—. No puedo ayudarte, y si pudiera no lo haría. Pero puedes estar tranquilo, tampoco le seré de utilidad a Anita Gaye. Soy completamente inútil para los dos.

—No eres inútil. No para todo el mundo. Y no me refiero a las diosas.

Ella negó con la cabeza.

—Ya no tenemos nada más que hablar. Estoy cansada, y quiero que te vayas.

—No quiero irme de esta forma.

—Pues tendrás que hacerlo. No tengo nada más que decirte al menos nada que sea mínimamente constructivo.

—Tírame algo —sugirió él—. Pégame, grítame.

—Eso lo haría todo mucho más fácil para ti. —Tia necesitaba su cueva, su soledad. Y un poquito de orgullo—. Te pido que te vayas. Si tienes algo de conciencia, lo respetarás.

Malachi no tenía elección y fue hacia la puerta. Se volvió y la observó, enmarcada por la ventana.

—La primera vez que te miré, que te miré de verdad, Tia, lo único que podía pensar es que tienes los ojos más adorables y más tristes. Desde entonces no me los he podido quitar de la cabeza. Esto no terminará aquí.

Cuando la puerta se cerró, Tia dejó escapar un gran suspiro.

—Eso lo decidiré yo.

En Cobh las calles eran empinadas. Como en San Francisco, subían desde la bahía en un ángulo mortal de necesidad para las piernas. En lo alto de una de esas calles había una bonita casa pintada de un verde mar suave, con un colorido jardín tras una pared baja de piedra.

Tres habitaciones, dos cuartos de baño, una sala de estar con un televisor que necesitaba unos arreglos y un cómodo sofá de muelles con tapicería a cuadros blancos y azules. También había una pequeña sala para las visitas y un comedor que sólo usaban para invitados. En ellos el mobiliario estaba inflexiblemente limpio, y las cortinas de encaje estaban suavizadas por los años.

En la pared de la sala de visitas había fotografías de John F. Kennedy, el Papa y el sagrado corazón de Jesús. Aquél trío en particular siempre había inquietado tanto a Malachi que no se sentaba en aquella sala a menos que no tuviera elección.

Malachi había vivido en aquella casa, compartiendo habitación con su hermano y peleándose con su hermana por el tiempo que pasaba metida en el cuarto de baño del piso de arriba, hasta los veinticuatro años, cuando se instaló en la casa barca.

Desde que él podía recordar, la cocina era el lugar de reunión. La cocina, que es por donde andaba arriba y abajo en aquellos momentos, mientras su madre pelaba las patatas para la cena.

Sólo hacía dos días que había vuelto. Durante el primero había estado ocupado con el trabajo. Había sacado personalmente uno de los dos barcos porque, como dijo Rebecca, no había tocado el negocio durante buena parte del verano. Y luego se puso con el papeleo, hasta que no veía ni lo que hacía.

Se había puesto durante doce horas el primer día, y otras diez el segundo. Pero no había podido eliminar la ira, o el sentimiento de culpa.

—Lava estas patatas —ordenó Eileen—. Al menos harás algo aparte de cavilar.

—No estoy cavilando. Sólo pienso.

—Sé perfectamente cuándo alguien cavila. —Abrió el horno y comprobó el asado. Era el favorito de Malachi, y había preparado aquella comida de domingo en mitad de la semana con la esperanza de animarlo un poco—. La chica tenía perfecto derecho a cantarte las cuarenta, tendrás que vivir con ello.

—Lo sé. Pero pensé que lo comprendería todo mejor después de meditarlo un poco. Que al menos me daría la oportunidad de compensarla. No contestó a mis llamadas, ni me abrió la puerta. Y supongo que tiró las flores que le mandé. ¿Quién iba a imaginar que podía ser tan dura?

—Dura, ¡y qué más! Lo que pasa es que se siente herida. Lo has convertido en algo personal en vez de considerarlo un simple asunto de negocios.

—Se volvió personal.

Eileen se dio la vuelta y se suavizó.

—Sí, ya se nota. Es lo asombroso de la vida, no saber nunca quién o qué te puede hacer seguir por un camino distinto. —Se puso a pelar las zanahorias que acompañarían al asado junto con las patatas—. Cuando tu padre hacía que me enfadara, las flores tampoco tenían éxito conmigo.

Malachi sonrió ligeramente.

—¿Y qué tenía éxito?

—El tiempo. A veces la mujer necesita enfadarse y saber que el hombre está sufriendo por sus pecados. Y después lo mejor es arrastrarse un poco. Me gustan los hombres que saben humillarse.

—Nunca he visto que papá se humillara.

—No lo veías todo, ¿no?—dijo en tono de reproche.

—Le he hecho daño, ma. —Puso las patatas a un lado para que se escurrieran—. No tenía derecho a herirla de esa forma.

—No, es verdad, pero no era eso lo que pretendías cuando empezaste. —Se secó las manos con un trapo y volvió a colgarlo de su clavo—. Lo hiciste pensando en tu familia y tu honor. Y ahora tendrás que pensar también en ella. La próxima vez que la veas sabrás qué tienes que hacer.

—No querrá volver a verme.

—Si pensara que un hijo mío se iba a rendir tan fácilmente, te pegaría con esta cacerola en la cabeza. ¿No tengo ya bastantes problemas con Gideon dando vueltas con esa bailarina?

—Gideon está bien. Al menos él ha entrado en contacto con alguien que aún le habla.

—¡Hijo de puta!

Se lo decía a él, en una especie de gruñido bajo, y acompañó sus palabras con un buen gancho en la mandíbula. El puñetazo hizo caer a Gideon de culo sobre la mugrienta moqueta, en el exterior de la habitación del último de los sórdidos hoteles donde se habían alojado.

Gideon notó el sabor de la sangre en la boca, vio las estrellas y oyó algo que parecía el aleteo en los oídos.

Se tocó el labio y la miró de arriba abajo con gesto rencoroso mientras ella permanecía en pie ante él, con las medias y el sujetador negro puestos y el pelo aún chorreando después de salir de lo que en el hotel llamaban pomposamente «ducha».

—Ya estamos. —Gideon se incorporó lentamente—. Por el bien de la humanidad, creo que voy a tener que matarte ahora mismo. Eres una jodida amenaza para la sociedad.

—Adelante. —Y empezó a balancearse sobre las almohadillas de los pies con los puños en alto—. Procura no fallar el golpe.

Cómo le hubiera gustado hacerlo. Sí señor. Durante cinco espantosos días había atravesado Europa con ella a cuestas. Había dormido en camas al lado de las cuales los catres de los albergues juveniles donde durmió durante las breves y despreocupadas vacaciones que se tomó después de pasar sus exámenes parecían nubes celestiales. Había aguantado sus exigencias, sus preguntas, sus quejas.

Había procurado no pensar que compartía habitación con una mujer a la que pagaban por bailar desnuda, y cuyo cuerpo hubiera sido suficiente pago por su trabajo. Se había comportado como un perfecto caballero incluso cuando ella se mostraba deliberadamente provocativa.

La había alimentado —y cómo comía— y se había asegurado que tuviera el mejor alojamiento que su manguante presupuesto podía permitirse.

Y ¿ella qué hacía? Le pegaba un puñetazo en la cara.

Gideon avanzó un paso hacia ella, con las manos pegadas a los lados.

—No puedo pegar a una mujer. Me duele más de lo que podría expresar con palabras, pero no puedo hacerlo. Ahora apártate.

—No puedes pegar a una mujer. —Ella alzó el mentón, desafiándolo—. Pero no tienes ningún problema para robarle. Me has quitado mis pendientes.

—Exacto. —No podía golpearla, pero le dio un buen empujón para poder entrar y cerró la puerta de un portazo—. Y he conseguido veinticinco libras por ellos. Comes como un caballo, y no tengo tanto dinero.

—¿Veinticinco? —Su indignación aumentaba—. Pagué trescientos sesenta y seis dólares por esos pendientes, y eso después de regatear un buen rato en la casa de empeño de la Quinta. No sólo eres un ladrón, eres un idiota.

—Y tú sí que tienes una amplia experiencia empeñando pendientes, ¿no?

No la tenía, pero estaba convencida de que lo hubiera hecho mejor que él.

—Eran de oro de dieciocho quilates, oro italiano.

—Pues ahora serán unas patatas con pescado en el pub y una noche de alojamiento en este antro. No dejas de insistir en que seamos socios, pero no colaboras nada.

—Podías habérmelos pedido.

—Claro, seguro que me los hubieras dado tan contenta. Tú, que te llevas el bolso contigo a la ducha.

Sus labios llenos y provocativos se curvaron.

—Acabas de demostrarme que hago bien en hacerlo.

Enfadado, Gideon aferró una blusa y se la tiró.

—Por el amor de Dios, ponte algo. Demuestra un poco de respeto por ti misma.

—Me tengo muchísimo respeto. —Había olvidado que estaba en ropa interior. Tenía tendencia a olvidar los pequeños detalles cuando se enfadaba. Pero el tono de desprecio de Gideon hizo que tirara la blusa al otro lado de la habitación—.

Quiero esas veinticinco libras.

—Pues no las tendrás. Si quieres comer, ponte algo. Tienes cinco minutos. — Se volvió para ir hacia el baño. Error, no tenía que haberle dado la espalda.

La mujer saltó sobre él, rodeándole la cintura con aquellas piernas tan largas como si fueran barras de hierro y le agarró del pelo para que la mirara.

Él giró, tratando de quitársela de encima. Ella se agarraba como una lapa y consiguió rodearle el cuello con el brazo. Ahora que corría el riesgo de quedarse sin nuez, Gideon levantó un brazo y consiguió cogerla por el pelo. El aullido que dio fue de lo más satisfactorio.

—¡Suelta! ¡Suéltame el pelo!

—Suéltame tú a mí —dijo él medio asfixiado—. Ahora.

Daban vueltas, con ella a la espalda, y los dos maldecían, los dos tiraban. Gideon topó con el lado de la cama, perdió el equilibrio y fue a caer encima de ella, con la suficiente fuerza para que lo soltara. Antes de que tuviera tiempo de recuperarse, él se había girado y la sujetó.

—Tienes un tornillo flojo —musitó él, tratando de sujetarle los brazos cuando ella trató de defenderse—. Montones de tornillos sueltos. ¡Sólo son veinticinco libras! Si tanto te preocupa te daré doce y media.

—Mis pendientes —dijo ella jadeando—. Mi dinero.

—Por lo que sabes soy un hombre desesperado. Y ahora mismo podría darte un porrazo en la cabeza y quitarte algo más que un par de pendientes.

Ella hizo una mueca despectiva, luego, inspirada, probó con una nueva estrategia. Las lágrimas amenazaban con empezar a rodar por sus mejillas. La boca sensual y grande temblaba.

—No me hagas daño.

—No te voy a hacer daño. ¿Por quién me tomas? Venga, no llores. —Y le soltó un brazo para limpiarle una lágrima.

Ella atacó como un lince. Todo dientes, uñas, brazos y piernas volando. Le acertó de lado en la sien, le clavó un codo en las costillas. En su intento por defenderse, Gideon cayó de la cama con ella encima.

Gruñendo, sudando, dolorido, Gideon consiguió sujetarla una segunda vez y entonces se dio cuenta de que ella estaba sin aliento por la risa.

—¿Por qué será que unas pocas lágrimas convierten a los hombres en unos sensibilos? —Le sonrió. Jesús, qué guapo era. Tan furioso y poético—. Te sangra la boca, campeón.

—Ya lo sé.

—Creo que eso ha valido las veinticinco libras. Pero no pienso conformarme con patatas y pescado. Quiero carne roja —exigió.

Y entonces vio esa mirada concentrada y escrutadora que sólo puede significar una cosa en un hombre. Los músculos de su estómago respondieron con un estremecimiento.

—Oh-oh —murmuró.

—Maldita sea, Cleo. —Y pegó su boca sangrante a la de ella con furia. Aquélla mujer sabía a pecado y olía como un jardín después de la lluvia. Al contacto con su boca, la boca de ella se abrió con ansia. Lo rodeó con brazos y piernas, pero esta vez con suavidad. Se arqueó en una invitación lenta y sinuosa.

Él levantó la cabeza y la miró. Su pelo, esa marta cibelina cálida y húmeda, estaba extendido sobre la moqueta fina y llena de quemaduras de cigarrillo. Aún tenía las pestañas pegadas por las falsas lágrimas. Quería devorarla, de un bocado, por mucho que le doliera el estómago. Estaba excitado y caliente.

Y descubrió que lo frenaban los mismos valores que habían impedido que la golpeará.

—Maldita sea —dijo otra vez. Se apartó de ella y se sentó con la espalda contra la cama.

Cleo se incorporó sobre el codo, desconcertada.

—¿Qué pasa?

—Vístete, Cleo. Dije que no te haría daño. Tampoco pienso aprovecharme.

Cleo se sentó en cuclillas y lo observó. El chico tenía los ojos cerrados, la respiración agitada. Cleo tenía buenas razones para pensar que estaba excitado. Pero se había contenido. Se había detenido porque, a pesar de la dureza y el carácter calculador que había visto en él, era un hombre decente. Hasta la médula.

—Eres así, ¿verdad?

Él abrió los ojos y vio que ella sonreía pensativa.

—¿Qué?

—Sólo una pregunta. ¿Te has contenido porque soy una *stripper* sin trabajo?

—Me he contenido porque, aunque digas que somos socios, soy responsable de que estés aquí. De que hayas tenido que huir de Praga y estés tratando de llegar a Inglaterra con esos espías detrás. Yo tomé la decisión de ir en busca de esas estatuillas y aceptar las consecuencias, sabiendo que alguien trataría de impedirlo como fuera. Tú no tuviste elección.

—Eso mismo pienso yo —replicó ella—. Eso significa que tendré que reducirte otra vez.

—Ya vale —le advirtió él cuando ella se escurrió sobre su regazo como una serpiente.

—Puedes tumbarte y dejar que yo actúe. —Y le pasó la lengua por la mandíbula—. O puedes participar. Tú decides, guaperas. Pero, de cualquier modo, pienso tenerte. Mmm... estás acalorado y sudado. —Él la sujetó por las muñecas, pero ella continuó con la lengua—. Me gusta. Será más fácil si colaboras.

Se balanceó sobre él y puso su boca sobre la de él cuando él gimió.

—Acaríciame. —Hacía tanto tiempo que no sentía las manos de un hombre

sobre ella...—. Tócame.

Con un único movimiento, Gideon la hizo tumbarse de nuevo sobre la espalda, todo manos. El suelo estaba duro, olía a humo estancado, pero rodaron por él mientras él se quitaba la camisa y ella le clavaba las uñas en la espalda.

Eso era lo que quería. Aunque sabía que era una estupidez, que no tenía sentido, lo quería. Cada vez que había sentido la mirada de él, cada noche, cuando se tumbaba en su cama sabiendo que él estaba en la otra cama, lo había querido.

Sentir el cuerpo fuerte y sólido de él oprimiéndola contra el suelo inflexible, sus manos fuertes y firmes acariciándola... En el momento en que él le bajó el sujetador hasta la cintura, Cleo arqueó el cuerpo y gimió de placer cuando su boca se cebó con sus pechos.

Gideon no podía pensar que aquello era un error, sólo era capaz de pensar en lo mucho que lo necesitaba.

Su boca volvió a encontrar la de ella, y el dolor y el placer se debatieron en su interior. Ella le estaba bajando los vaqueros, le arañaba las caderas. Gideon sentía la sangre golpeándole en la cabeza como un martillo, en el corazón.

Y entonces entró en ella, con fuerza, y ella lo acompañó con un empuje salvaje y húmedo.

—¡Jesús! —los ojos de Cleo se abrieron y casi estaban negros de la impresión—. ¿Qué ha pasado?

—No sé, pero podemos probar otra vez. —Aún estremeciéndose, volvió a entrar en ella con sacudidas rápidas y violentas. La oyó respirar entre jadeos, vio el calor que cubría sus mejillas. Y entonces se movió con él, con cada sacudida.

Y en el instante en que se perdió en el interior de ella, volvió a su boca.

Cleo estaba boca abajo, atravesada sobre el colchón, que era tan flexible como el hormigón. Los pulmones habían dejado de silbarle y el rugido de la sangre en los oídos había quedado reducido a un agradable tarareo. Había tenido su primera experiencia sexual a los dieciséis años cuando, después de pelearse con su madre, dejó que Jimmy Moffet le hiciera lo que llevaba pidiéndole tres meses.

No había sido nada del otro mundo, pero para lo que suele ser la primera vez, Jimmy estuvo bien.

En los once años que habían pasado desde entonces, había probado cosas mejores y peores, y había aprendido a ser selectiva. Había aprendido las cosas que le gustaban y cómo guiar a un hombre para satisfacer sus necesidades.

Evidentemente, había cometido algunos errores. Sydney Walter era el más reciente y costoso. Pero a grandes rasgos consideraba que sus instintos sexuales eran buenos y tenía un gusto razonablemente bueno para elegir compañeros de cama.

Es cierto que su interés por el sexo había menguado radicalmente desde que actuaba en el Down Under, pero los clubes de *strip-tease* tienden a mostrar a los hombres, y el sexo es su aspecto más básico y ordinario. Por eso mismo suponía que la experiencia había aumentado su capacidad de discriminación.

Gideon Sullivan no sólo sabía cómo hacer que la tierra se moviera, lo hacía bailando el merengue. Y el tango. Y la rumba. Era un auténtico Fred Astaire en la cama.

Aquello, decidió, añadiría una bonita dimensión a aquella extraña asociación que había entre ellos.

Y no es que él lo considerara una asociación. Pero ella sí. Y eso es lo que contaba. Además, tenía un as escondido en la manga. Abrió los ojos y miró su bolso, que estaba sobre el tocador lleno de marcas.

Que sea una reina lo que tenía en la manga, musitó. Una reina de plata.

Cuando llegara el momento, actuaría honradamente con él. Probablemente. Pero la experiencia le había enseñado que lo mejor es tener siempre algo de reserva. Por lo que sabía, si le hablaba a Gideon de la estatua, se la llevaría igual que había hecho con sus pendientes.

Maldita sea, aquellos pendientes le gustaban mucho.

Por supuesto, el hombre no parecía ningún tonto. Tenía ética en asuntos de sexo, y eso era algo que ella respetaba. Pero el dinero era otra cosa. Una cosa era calentar la cama con un hombre al que hacía menos de una semana que conocía y otra confiarle una potencial mina de oro.

Era más inteligente, mucho más inteligente, guardar su secreto y sacarle información a él.

Se dio la vuelta en la cama, y marcó con los dientes la cadera de él, porque era lo que le quedaba más a mano.

—No sabía que los irlandeses teníais tanta energía.

—Es por la Guinness. —Tenía la voz ronca de dormir—. Uf, y ahora mismo necesito una cerveza.

—Tienes un cuerpo muy preparado, guaperas. —E hizo como que sus dedos caminaban sobre el muslo de él—. ¿Haces ejercicio?

—¿Te refieres a un gimnasio? No. Demasiados tíos sudando y aparatos terroríficos.

—¿Corres?

—Cuando tengo prisa.

Ella se rio y se arrastró sobre su pecho.

—¿Y qué haces en Irlanda?

—Tenemos barcos. —Cambió de posición para pasarle los dedos por el pelo. Le encantaba aquella melena espesa y oscura—. Barcos. A veces hago excursiones para los turistas, otras veces pesco, y la mitad del tiempo me lo paso tratando de reparar alguno de los dos jodidos barcos.

—Eso explica esto —dijo pellizcándole los bíceps—. Háblame de las estatuillas.

—Ya te lo he contado.

—Me has contado parte de la historia. Pero no me has dicho por qué crees que valen tanto dinero y estás dispuesto a perder tu tiempo tratando de localizarlas. Yo también tengo parte en esto y ni siquiera sé quién demonios me han obligado a huir de Praga.

—En primer lugar, sé que valen mucho dinero porque mi hermana Rebecca buscó información. Becca es un genio investigando, buscando datos y cifras.

—No te ofendas, guaperas, pero yo no conozco a tu hermana.

—Es brillante. Tiene tanta información en la cabeza que siempre tengo la sensación de que se le va a salir por las orejas. Fue ella quien tuvo la idea de montar el negocio de las excursiones en barco para turistas. Tendría unos quince años, y va y se presenta a mi madre y mi padre con todas esas cifras y proyecciones y sistemas que había calculado. Dijo que la economía experimentarían un boom. Cobh ya era de interés turístico por lo del *Titanic* y el *Lusitania* y tenía un bonito paisaje y un bonito puerto, así que el número de turistas sólo podía aumentar.

Por un momento Cleo olvidó que estaba tratando de sacarle información.

—¿Y le hicieron caso? —La idea de que unos padres hicieran caso a las ideas de una cría parecía fascinante y ridícula a la vez.

—Pues claro. ¿Por qué no iban a hacerlo? Tampoco es que dijeran: «Pues claro, si Bec lo dice, lo haremos». Estuvieron considerando la idea, estudiándola, y finalmente llegaron a la conclusión de que era un buen negocio y valía la pena probar.

—Mis padres nunca me hubieran hecho caso. —Apoyó la cabeza sobre su pecho—. Claro que, cuando yo tenía quince años, ya habíamos dejado de hablarnos.

—¿Y cómo es eso?

—A ver, deja que piense. Ah, sí. Ni yo les gusto ni ellos me gustan a mí.

Intrigado y sorprendido por el tono de amargura de la voz de la chica, Gideon rodó para poder verle la cara.

—¿Por qué crees que no les gustas?

—Porque soy salvaje, peleona, desagradable y he desaprovechado las muchas oportunidades que me han dado. ¿Por qué sonríes?

—Estaba pensando que las tres primeras son la razón de que empieces a gustarme. ¿Qué oportunidades desaprovechaste?

—Educación, progresar socialmente. Lo desaproveché todo se lo tiré en su cara, dependiendo de cómo estuviera de humor.

—Mmm. ¿Y por qué a ti no te gustan ellos?

—Porque nunca me veían. —En cuanto lo dijo, se sintió abochornada. ¿De dónde había salido aquello? Tratando de desviar el tema, se meneó debajo de él y jugueteó con los dedos sobre su trasero—. Oye, ya que estamos aquí...

—¿Qué querías que vieran?

—No importa. —Le frotó el pie contra la pantorrilla con largas caricias y levantó la cabeza lo bastante para darle un beso furtivo—. Nos desentendimos mutuamente hace mucho tiempo. Y ellos dos se desentendieron entre ellos también. Dejaron de fingir que eran un matrimonio cuando yo tenía dieciséis años. Desde entonces mi madre se ha casado dos veces. Mi padre va con unas y con otras... discretamente.

—Ha sido muy duro para ti.

—A mí ni me va ni me viene. —Sacudió un hombro—. De todas formas, me interesa más el presente, y saber si quieres otro revolcón antes que vayamos a tomarnos esa cerveza.

No era tan fácil despistar a Gideon cuando estaba concentrado en algo. Pero bajó la cabeza para besuquearle el cuello.

—¿Y cómo acabaste en Praga, trabajando en un club?

—Por idiota.

Él levantó la cabeza.

—Por experiencia sé que ése es un campo muy amplio. ¿Qué forma de idiotez en concreto?

Ella dejó escapar un bufido.

—Si no vamos a follar otra vez, entonces me daré una ducha.

—Quiero saber algo más que el nombre de la mujer con quien estoy haciendo el amor.

—Demasiado tarde, guaperas. Ya me has follado.

—La primera vez ha sido follar —dijo él en un tono frío y tranquilo que la hizo sentirse avergonzada—. La segunda ha sido algo más. Si seguimos, habrá más. Así es como funciona.

Sonaba un poco demasiado a amenaza.

—¿Es que siempre tienes que complicarlo todo?

—Pues sí. Soy experto en eso. Has dicho que no te veían. Bueno, pues yo te estoy mirando y pienso seguir haciéndolo hasta que vea claro. A ver qué te parece.

—No me gusta que me presionen.

—Pues es un problema, porque soy muy obstinado. —Se bajó de encima de ella—. Puedes ducharte primero, pero deprisa. Estoy hambriento, y me muero por tomarme una cerveza.

Cruzó las manos sobre el estómago y cerró los ojos.

Con el entrecejo fruncido, Cleo se levantó de la cama. De camino al baño, le lanzó una última mirada intrigada, cogió su bolso y se encerró en el baño.

La has confundido, pensó Gideon. Y eso estaba bien, porque ella lo tenía confundidísimo.

Gideon esperó a que se hubieran instalado en una de las mesas bajas del pub, ella con su filete pequeño y duro, y él con el pescado y las patatas fritas.

—Siendo tu familia parte de la jet neoyorquina, conoceréis a Anita Gaye.

—Nunca he oído ese nombre. —El filete requería un esfuerzo considerable, pero Cleo no parecía dispuesta a quejarse—. ¿Quién es?

—¿Conoces Morningside Antiquities?

—Claro. Es uno de esos sitios viejos y esnob donde los ricos pagan demasiado por cosas que han pertenecido a otros ricos. —Se echó su mata de pelo hacia atrás—. Yo prefiero cosas más coloridas y nuevas.

Él sonrió.

—Menuda descripción, sobre todo viniendo de una rica.

—Yo no soy rica. Mi familia lo es.

Para sus adentros, Gideon pensó que alguien que paga más de trescientos dólares americanos por una cosa que se cuelga de las orejas o es rica o está loca. Seguramente las dos cosas.

—¿No hay herencia?

Ella se encogió de hombros, siguió cortando la ternera.

—Me corresponderá un buen pico cuando cumpla los treinta y cinco. Lo que significa que en los próximos ocho años no voy a nadar en la abundancia.

—¿Dónde aprendiste a bailar?

—¿Qué tiene que ver Morningside con todo esto?

—De acuerdo. En estos momentos, Anita Gaye es la responsable de Morningside, porque es la viuda del anterior propietario.

—Un momento, un momento —dijo agitando el tenedor—. Recuerdo algo de eso. El viejo que se casa con una tía joven y astuta. Trabajaba para él o algo así. Mi madre estaba indignadísima se pasó semanas horrorizada. Luego, cuando el tipo la palmó vuelta a empezar. Por aquel entonces de vez en cuando yo aún me hablaba con mi madre. Ella había vuelto a Nueva York entre marido y marido. Y yo dije algo como que si el viejo ha muerto feliz ¿cuál es el problema? Mi madre estaba muy enfadada. Creo que aquélla fue una de nuestras últimas conversaciones antes de que hiciéramos como Poncio Pilatos.

—¿Lavaros las manos?

—Bingo.

—¿Por la muerte del marido de otra?

—En realidad, la ruptura definitiva llegó cuando su último marido se aficionó demasiado a mis tetas y yo estaba tan preocupada que se lo dije.

—¿Tu padrastro te puso la mano encima? —preguntó indignado.

—En aquel momento aún no era mi padrastro. Y más que tocarme, se trataba más bien de tocamientos y apretones que solían acabar con mi rodilla en su entrepierna. Yo dije que él me buscaba y él, haciendo extrañamente uso de su materia gris, dijo que era yo quien lo buscaba. Ella se puso de su parte, las dos partes nos dijimos cosas muy feas. Yo me fui, ellos se casaron y se mudaron a la tierra de él. Los Ángeles. —Se encogió de hombros—. Y fin de la emotiva historia familiar.

Él le rozó el dorso de la mano.

—Entonces supongo que se merece a alguien como él.

—Supongo. —Cleo apartó la idea de su cabeza, bebió un poco de cerveza—. Así que Anita Gaye está relacionada con todo esto porque... ¿es quien está detrás del matón que nos perseguía en Praga? —Frunció los labios—. A lo mejor no es tan tonta.

—Es una mujer calculadora y poco limpia. Y una ladrona. Tiene una de las diosas del destino porque nos la robó. A mi hermano, para ser más exactos. Quiere las tres y no se detendrá ante nada para conseguir las. Es algo que utilizaremos en su contra. Primero nos hacemos con las otras dos, luego negociaremos.

—Así que no hay ningún cliente. Se trata de tu hermano.

—Mi familia —la corrigió él—. Malachi, mi hermano, está siguiendo otra pista, y mi hermana investiga una tercera. El problema es que, sigamos el camino que sigamos, siempre nos encontramos con Anita Gaye. Un paso por delante, un paso más atrás, pero siempre está ahí. O se nos ha adelantado o tiene otra fuente de información. O, lo que es más preocupante, tiene una forma de terneros controlados.

—Que es la razón de que nos estemos alojando en hoteles mierdosos y paguemos en efectivo y de que estés utilizando un nombre falso.

—Y no podremos seguir así mucho más. —Dio un sorbo a su cerveza mientras observaba el pub ruidoso y atestado—. Estoy casi seguro de que la hemos despistado, por ahora. Es hora de que te pongas a trabajar. —Sus labios se crisparon, luego se curvaron—. Socia.

—¿Haciendo qué?

—Dijiste que recordabas haber visto la estatuilla, lo que significa que aún está en tu familia. Así que creo que lo mejor será empezar con una llamada, una bonita llamada de una hija arrepentida.

Ella pinchó una patata del plato de él con el tenedor.

—Eso no tiene gracia.

—Ni falta que hace.

—No pienso llamar a casa como una hija pródiga arrepentida.

Él se limitó a sonreír.

—No.

—Después de lo que me has contado, te aseguro que tu madre me gusta tan poco como a ti. Pero la llamarás si quieres una quinta parte del botín.

—¿Una quinta parte? Tendrás que repasar las matemáticas, guaperas.

—No, señor. Nosotros somos cuatro, tú una.

—Quiero la mitad.

—Bueno, puedes pedirme la luna, pero no la tendrás. Una quinta parte de lo que potencialmente son millones de libras tendría que bastar para mantenerte hasta que cumplas los treinta y cinco. ¿Tan mal están las cosas entre vosotras que rechazaría Una llamada a cobro revertido? O a lo mejor prefieres llamar a tu padre.

—Ninguno de los dos aceptaría esa llamada ni aunque llamara desde el tercer nivel del infierno. Pero de todas formas no pienso hacer la llamada.

—La harás. Tendremos que cargar la llamada a una tarjeta de crédito. ¿Cómo tienes la tuya? —Ella cruzó los brazos y lo miró con expresión glacial, y Gideon se encogió de hombros—. Bueno, entonces la cargaremos a la mía.

—No pienso hacerlo.

—Será mejor que busquemos una cabina —decidió—. Si Anita tiene alguna forma de seguir la pista a mi tarjeta, prefiero no comprometer el sitio donde estamos. De todos modos, espero que mañana ya no sigamos en Londres. Tienes

que trabajarte esa estatuilla, así que irá bien un poco de sentimiento. Que añoras las cosas de casa, ese tipo de comentarios. Si lo haces bien, a lo mejor alguno de los dos te manda algo de dinero.

—Escúchame. Te lo diré muy despacio y con palabras sencillas. No me darán ni un penique, y antes me cortaría el cuello que pedirles nada.

—No lo sabrás hasta que no lo pruebes, ¿no? —Eché algo de dinero sobre la mesa—. Vamos a buscar una cabina.

¿Cómo se hace para razonar con una persona que siempre sigue adelante como una apisonadora?

Se había metido en un buen lío, y tenía poco tiempo para arreglarlo.

No perdió el tiempo hablando con él mientras caminaban bajo la leve llovizna que volvía las calles de un negro reluciente. Tenía que pensar, y calcular sus posibilidades.

No podía decirle, oye, Gee, no tiene sentido que llame a mi madre o mi padre porque —ja, ja— resulta que tengo la estatuilla en mi bolso.

Si llamaba —y antes prefería que la ataran a un hormiguero— sus padres seguramente hablarían con ella. Con frialdad, obedientemente, y eso le reventaría. Si controlaba el mal genio y preguntaba por la estatuilla, ellos le preguntarían si estaba metida en drogas. Una pregunta normal. Y ella tendría que recordar, rígidamente, que la pequeña estatuilla de plata había estado en su habitación durante años. Cosa que ellos debían de saber, porque registraban su habitación cada semana buscando esas drogas, que ella nunca usó, o alguna clase de comportamiento inmoral, ilegal o socialmente inaceptable.

Como ninguna de aquellas dos alternativas le gustaba, tuvo que buscar una tercera.

Aún estaba calculando cuando él la hizo entrar en una cabina roja.

—Tómame un minuto para pensar lo que vas a decir —le aconsejó—. ¿Quién crees que será mejor? ¿Tu madre, en Los Ángeles? ¿O tu padre, en Nueva York?

—No tengo que decidir entre ninguno porque no voy a llamar a ninguno ni a decir nada.

—Cleo. —Le sujetó el pelo mojado detrás de la oreja—. Te hicieron mucho daño, ¿verdad?

Lo dijo con tanta serenidad, con tanta dulzura, que Cleo tuvo que darse la vuelta y se quedó mirando a la lluvia.

—No es necesario que los llame. Sé dónde está.

Él se inclinó sobre ella y le rozó el pelo con los labios.

—Siento que esto sea tan duro para ti, pero no podemos seguir yendo de un lado a otro de esta forma.

—He dicho que sé dónde está. Llévame a Nueva York.

—Cleo...

—Maldita sea, deja de darme palmaditas en la cabeza como si fuera un perrito. Necesito un poco de espacio. —Le apartó con el codo y se puso a buscar en su bolso—. Toma. —Y le puso la fotografía escaneada en las manos.

Él miró la fotografía, luego levantó la vista y se quedó mirándola.

—¿Qué es esto?

—Las maravillas de la tecnología. Hice una llamada desde el Down Under después de nuestra pequeña excursión por la ciudad. Pedí que le hicieran una fotografía y me la mandaran al ordenador de Marcella. Supuse que podrías conseguirme el dinero que te pidiera y el billete una vez tuvieras pruebas de que podía conseguirla. Pero la escena de la persecución ha cambiado las cosas. Tener un par de matones persiguiéndome ha hecho que suban las apuestas.

—Y ¿por qué no me la has enseñado hasta ahora?

—Una tiene que tener cierta ventaja, guaperas. —Podía notar la ira en la voz de Gideon. Le daba igual—. No sabía nada de ti cuando huimos de Praga. Muy estúpida hubiera tenido que ser Para enseñarte todas mis cartas antes de tenerte bien cogido.

—¿Y ya me tienes bien cogido?

—Lo bastante para saber que estás muy enfadado, pero te controlarás. Primero, porque tu madre te educó para que no pegaras a una chica. Y segundo, porque me necesitas si quieres tener esa cosa en la mano y no en fotografía.

—¿Dónde está?

Ella negó con la cabeza.

—Llévame a Nueva York

—¿Cuánto dinero tienes?

—Yo no pienso pagar...

Él le agarró el bolso y ella clavó los dedos en él y tiró con fuerza.

—De acuerdo, de acuerdo, tengo mil.

—¿Coronas?

—Dólares, cuando los cambie.

—¿Tienes mil jodidos dólares ahí y no has pagado ni un cochino centavo desde que empezamos?

—Veinticinco libras —le corrigió ella—. Los pendientes.

Gideon salió de la cabina.

—Acabas de aumentar tu inversión, Cleo. Tú vas a pagar para que llegemos a Nueva York

Cuando Anita Gaye ofrecía comida o vino a un cliente era algo soberbio. En general, ella lo consideraba una inversión. Si el cliente era un hombre atractivo y deseable a quien aún tenía que seducir, se lo tomaba como un desafío.

Jack Burdett la intrigaba en varios sentidos. No era tan educado y suave, ni

tenía un pedigrí tan selecto como los hombres a quienes solía escoger como acompañantes.

Pero era justamente el tipo de hombre que con frecuencia prefería como amante.

Pelo rubio oscuro que caía a su antojo sobre un rostro tallado con carácter y dureza y que más que atractivo resultaba irresistible. Tenía una tenue cicatriz en un lado de la boca, una especie de media luna que se rumoreaba que se había hecho con un cristal desperdigado durante una pelea en un bar, en El Cairo. La boca en sí dibujaba una curva sensual, casi hedonista, que le hacía pensar que sería muy exigente en la cama.

La dureza del rostro iba acompañada de una constitución igualmente recia. Hombros anchos, brazos largos. Anita sabía que el hombre era boxeador aficionado: debía de estar guapísimo en pantalón corto.

Su familia tuvo dinero en otros tiempos, unas generaciones atrás, por el lado de la madre. Pero Anita sabía que lo perdieron todo en el crack de 1929. Jack no había crecido entre lujos, y él sólo había hecho una fortuna con su empresa de electrónica y seguridad.

Un hombre que se ha hecho a sí mismo, pensó Anita dando sorbitos a su vino. Y que, con treinta y cuatro años, ganaba una suma de siete cifras al año. Lo suficiente para pagarse su otra afición. El coleccionismo.

Había estado casado y se divorció. Y, entre otras cosas, poseía un almacén rehabilitado en el Soho y vivía solo en uno de los *lofts* cuando estaba en la ciudad. Viajaba mucho, tanto por negocios como por placer.

Sobre todo coleccionaba piezas de anticuario con una historia bien documentada.

—Háblame de Madrid. —Su voz se oyó como un ronroneo entre los suaves acordes de la música de Mozart. Había hecho que les prepararan una mesa para dos en la pequeña terraza jardín del salón de la segunda planta de su casa—. Nunca he estado allí, y me encantaría.

—Hacía mucho calor. —Jack probó otro bocado del Chateaubriand. Era perfecto, igual que el vino, el volumen de la música, el tenue aroma a verbena y rosas. Y el rostro y la forma de la mujer que tenía ante él.

Jack nunca se fiaba de la perfección.

—No tenía tiempo para hacer turismo. El cliente me tuvo muy ocupado. Unos cuantos más igual de paranoicos y creo que podré retirarme.

—¿Quién era? —Cuando vio que él se limitaba a sonreír y seguía comiendo, Anita torció el gesto—. Eres tan frustrantemente discreto, Jack... No voy a hacer una escapada a España para saltarme tus sistemas de seguridad y atracar a ese hombre.

—Mis clientes me pagan por mi discreción. Y yo se la doy. Deberías saberlo.

—Es que tu trabajo me resulta tan fascinante... todos esos complejos

sistemas de alarmas, que si rayos infrarrojos, que si detectores de movimiento... Puestos a pensarlo, con tu experiencia serías un excelente ladrón, ¿verdad?

—El delito se paga bien, pero no lo bastante. —Aquella mujer quería algo de él. La comida íntima en su casa era el primer indicio. A Anita le gustaba salir para ver y ser vista.

Si se hubiera dejado llevar por su ego, hubiera podido pensar que lo que la mujer quería era sexo. Y, aunque no tenía duda de que lo disfrutaría, supuso que había algo más.

Era una mujer calculadora. Y eso no la desmerecía en absoluto. Pero Jack no tenía intención de convertirse en un trofeo más en su atestado estante, o en otro instrumento de su formidable arsenal.

Dejó que ella dirigiera la conversación. No tenía prisa por hacerla llegar al fondo de la cuestión. Era una compañía agradable, una mujer interesante que sabía mucho de arte, literatura, música. Y aunque él no compartía la mayor parte de sus gustos, los apreciaba.

En cualquier caso, le gustaba la casa. Ya le gustaba, y mucho más, cuando Paul Morningside estaba vivo. Pero una casa es una casa. Y aquella en particular era una auténtica joya que había conservado su estilo y dignidad década tras década. Y la seguiría conservando a pesar de su dueña. Las chimeneas Adam siempre serían un marco sorprendente para el fuego. Las arañas Waterford seguirían derramando su luz centelleante sobre la madera pulida, el cristal reluciente y las cerámicas pintadas a mano, independientemente de quién se calentara ante el fuego o quién encendiera el interruptor de la luz.

Las banquetas venecianas seguirían siendo igual de adorables se sentara quien se sentara en ellas.

Era una de las cosas que más valoraba sobre la continuidad de lo antiguo y lo raro.

Aunque desde luego no podía censurar el gusto de Anita. Las habitaciones seguían elegantemente vestidas con obras de arte, antigüedades, flores.

Nadie hubiera podido decir que la casa resultaba hogareña, pero, para lo que solían ser las galerías habitadas, aquella era una de las mejores de la ciudad.

Él había instalado el sistema de seguridad, así que la conocía palmo a palmo. Como coleccionista, apreciaba la forma en que allí se utilizaba el espacio para mostrar cosas bonitas y valiosas, y rara vez rechazaba una invitación.

Aun así, cuando llegaron al postre y el café, su mente empezaba a divagar. Tenía ganas de volver a casa, quedarse en ropa interior y ver los deportes.

—Hace unas semanas un cliente me hizo una pregunta que podría interesarte.

—¿Ah, sí?

Sabía que lo estaba perdiendo. Era frustrante, irritante y extrañamente excitante tener que esforzarse tanto por mantener la atención de un hombre.

—Era sobre las tres diosas del destino. ¿Conoces la historia?

Él removió su café con movimientos lentos y circulares.

—¿Las tres diosas del destino?

—Pensé que quizá habrías oído hablar de ellas, ya que sueles moverte entre ese tipo de piezas. Legendarias, podríamos decir. Tres pequeñas estatuillas de plata que representan a las tres Moiras de la mitología griega. —Él la miró con educación y ella le contó la historia, moviéndose cuidadosamente entre realidad y fantasía con la esperanza de avivar su apetito.

Jack se comió su *torten* de limón, emitiendo los sonidos adecuados, y alguna pregunta ocasional. Pero su mente ya había llegado mucho más lejos.

Quería que le ayudara a encontrar las estatuillas, meditó. Él conocía la historia, por supuesto. Cuando era niño, entre los cuentos que le contaban por la noche también había historias sobre ellas.

Si Anita estaba lo bastante interesada para seguirles la pista, eso significa que creía que aún podían encontrarse.

Terminó su café. Se iba a llevar una buena decepción.

—Naturalmente —continuó Anita— yo le expliqué a mi cliente que si alguna vez existieron, una se perdió con Henry Wyley, lo que elimina la posibilidad de conseguir el juego completo. Las otras dos parecen haberse perdido en el laberinto de la historia, así que incluso la satisfacción de poder encontrarlas requeriría un esfuerzo considerable. Es una pena si se piensa lo importante que sería un descubrimiento de esas características. No en el aspecto financiero, sino artístico, histórico.

—Una pena, sí. ¿Hay alguna pista sobre el destino de las otras dos?

—Oh, algún pequeño indicio de vez en cuando. —Movié sus hombros desnudos y meneó su brandy—. Como he dicho, son una leyenda, al menos entre corredores y coleccionistas serios, así que de vez en cuando aparece algún rumor sobre su paradero. Como tú viajas tanto y tienes tantos contactos en todas partes pensé que quizá sabrías algo.

—Puede que no haya hecho las preguntas adecuadas a la gente adecuada.

Anita se inclinó hacia delante. Algunos hombres hubieran podido pensar que la luz de las velas en sus ojos le daba un aire soñador y romántico. A él sólo le parecía avaricioso.

—Puede —concedió ella—. Pero si lo haces, me encantaría conocer las respuestas.

—Serás la primera —le aseguró.

Cuando volvió a su *loft*, Jack se quitó la camisa, encendió el televisor y vio cómo los Braves machacaban a los Mets en los últimos diez minutos del partido. Qué decepción, él había apostado veinte a los Mets, lo que no hace más que demostrar lo que pasa cuando uno apuesta con el corazón.

Quitó la voz a la pantalla, cogió el teléfono e hizo una llamada. Hizo las preguntas adecuadas a la persona adecuada. No tenía intención de compartir con nadie las respuestas.

Según descubrió Tia, Henry W. Wyley fue un hombre con intereses diversos y una gran pasión por la vida. Y, seguramente por sus orígenes en la clase obrera, había invertido mucho en estatus y apariencias.

No había sido ningún tacaño, y aunque él mismo reconocía que había disfrutado de la compañía de mujeres jóvenes y atractivas, fue fiel a su mujer durante sus más de tres décadas de matrimonio.

Aquello seguramente también le venía de sus raíces y sus costumbres en la clase obrera.

Sin embargo, como escritor no le hubiera ido mal tener un buen corrector.

Podía divagar sobre el convite de una fiesta, describiendo la comida —a la que parecía extraordinariamente aficionado— con tanto detalle, Tia casi notaba el sabor de la sopa de langosta en la boca, o el raro rosbif. Hablaba de otros invitados tanto que casi podía imaginar la música, la ropa, las conversaciones. Y justo cuando estaba totalmente metida en la escena, el hombre se ponía a tratar de negocios y enumeraba con sumo cuidado sus inversiones y tasas de interés, junto con sus pedantes opiniones sobre la política que había detrás de ellas.

Era un hombre que amaba el dinero y amaba gastarlo, que quería con locura a sus hijos y nietos y consideraba la comida uno de los grandes placeres de la vida.

Su orgullo por Wyley's Antiques era colosal y lo movía la ambición de convertirlo en el negocio más prestigioso en el mundo de las antigüedades. Que es de donde le había venido el interés y el deseo de conseguir las tres diosas.

Bien, había hecho ciertas investigaciones. Había seguido la pista de Cloto hasta Washington D. C. en el otoño de 1914. Una buena parte del diario la dedicaba a regodearse por sus manejos y la forma en que había logrado adquirir la estatuilla de plata por cuatrocientos veinticinco dólares.

Robo de altos vuelos, decía él, y desde luego Tia estaba de acuerdo.

Menos robar, había hecho de todo para conseguir la estatuilla que en menos de un año le robarían a él.

Pero el viejo Henry, ajeno al destino que le esperaba, siempre estaba atento. Parecía disfrutar tanto de la búsqueda como si esperara una comida de siete platos.

En la primavera del año siguiente, consiguió relacionar a Láquesis con un

acaudalado abogado llamado Simón White-Smythe, de Mansfield Court, Londres.

Reservó pasaje para él y su esposa, Edith, en el barco maldito, creyendo que conseguiría hacerse con la segunda estatuilla, para Wyley's, y que luego seguiría la siguiente pista, que apuntaba hacia Átropa, en Bath.

Reunir a las tres diosas del destino era su gran ambición. Por el arte, sí, pero sobre todo por el renombre que le reportaría a él y su familia. Y, por encima de todo, pensó Tia, por lo divertido que resultaba todo.

Mientras leía, Tia fue tomando notas. Comprobaría los datos, utilizaría los detalles que daba para averiguar más.

Ahora también ella tenía una ambición y unas expectativas. Aunque habían arrancado del orgullo herido y la rabia, no desmerecían en nada los de su antepasado.

Seguiría el rastro a las estatuillas y reclamaría lo que era de Henry, aunque aún no sabía cómo.

Las encontraría con una meticulosa investigación, con su lógica, contrastando cuidadosamente los datos, como había hecho él. Cuando las tuviera, sorprendería a su padre, aventajaría a esa Anita Gaye tan lista y crucificaría al abominable Malachi Sullivan.

Cuando el teléfono sonó, Tia estaba sentada a su mesa, con las gafas apoyadas sobre la nariz y dando sorbos a su suplemento de proteínas. Como solía pasarle cuando estaba trabajando, pensó dejar que saltara el contestador. Y, como también solía pasarle, temió que pudiera tratarse de alguna emergencia que sólo ella pudiera resolver.

Consideró ambas posibilidades con inquietud y finalmente cedió.

—¿Diga?

—¿Doctora Marsh?

—Sí, soy yo.

—Me gustaría hablar con usted de su trabajo. Sobre ciertas áreas muy concretas de su trabajo.

Tia torció el gesto. No reconocía la voz de aquel hombre.

—¿Mi trabajo? ¿Quién es?

—Creo que tenemos un interés común. Bueno... ¿qué lleva puesto?

—¿Perdón?

—Apuesto a que llevas unas medias de seda. Seda roja...

—Oh, por el amor de Dios. —Y colgó el auricular con un golpe. Abochornada, alterada, se abrazó y se meció un poco—. Pervertido. Sí señor. Voy a pedir que me asignen un número protegido.

Volvió a coger el diario. Lo dejó. Lo normal sería que apareciendo en el listín como T. J. Marsh una mujer estuviera protegida de llamadas desagradables de gente enferma.

Estuvo pensando en aquello y acababa de coger las páginas blancas para buscar el número de la oficina de atención al cliente de la empresa telefónica cuando llamaron a la puerta.

Su primera reacción fue sentirse molesta por la interrupción, a lo que siguió rápidamente un miedo paralizador. Era el hombre del teléfono. Irrumpiría en su apartamento y la atacaría. La violaría, y luego le rebanaría el pescuezo con la navaja larga y afilada que llevaba.

—No seas estúpida. —Y se pasó la mano por la boca al tiempo que se ponía en pie—. Las personas que hacen llamadas obscenas son unos idiotas que se esconden detrás de la tecnología. Será mamá, o la señora Lockley, del piso de abajo. No pasa nada.

Pero se alejó de su mesa muy despacio, con la vista clavada en la puerta y el corazón martilleándole en el pecho. Al llegar a la Puerta se puso de puntillas y miró por la mirilla.

La imagen de aquel hombre grande y de aspecto duro, con chaqueta de cuero negro, la dejó sin respiración, e hizo que se volviera llevándose la mano a la garganta, imaginando que se la iban a cortar. Miró a su alrededor asustada y cogió lo primero que encontró para defenderse, una figura de bronce de Circe. Entrecerró los ojos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¿Doctora Marsh? ¿Doctora Tia Marsh?

—Voy a llamar a la policía.

—Yo soy la policía. Detective Burdett, señora, del departamento de policía de Nueva York. Ahora voy a poner mi placa ante la mirilla.

Tia había leído un libro en el que un maniaco homicida disparaba a una de sus víctimas por la mirilla. Una bala que entraba por el ojo e iba directa al cerebro. Temblando, miró y volvió a apartarse, tratando de ver sin arriesgarse a una muerte violenta.

La identificación parecía auténtica.

—¿De qué se trata, agente?

—Me gustaría hacerle unas preguntas, doctora Marsh. ¿Puedo entrar? Puede dejar la puerta abierta si así va a estar más tranquila.

Tia se mordió el labio. Si no podía confiar en la policía, ¿dónde la dejaba eso? Dejó la figura de bronce a un lado y abrió la puerta.

—¿Hay algún problema, agente?

El hombre sonrió, con gesto amistoso y tranquilizador.

—De eso quería hablarle. —Y entró, alegrándose al ver que la mujer se sentía lo bastante segura para volver a cerrar la puerta.

—¿Ha habido algún problema en el edificio?

—No, señora. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro. —Ella le indicó una silla y se sentó en el borde de otra.

—Bonito sitio.

—Gracias.

—Imagino que ha sacado el gusto por las antigüedades y esas cosas de su padre.

Tía se puso blanca.

—¿Le ha pasado algo a mi padre?

—No, pero lo que tengo que decirle tiene cierta relación con el trabajo de su padre, y el de usted. ¿Qué sabe de unas estatuillas de plata conocidas como las tres diosas del destino?

Vio que las pupilas se le dilataban por la sorpresa. Y supo que intuición había sido acertada.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella—. ¿Tiene algo que ver con Malachi Sullivan?

—¿Tiene él algo que ver con las estatuillas?

—Espero que lo hayan arrestado —dijo Tía con amargura—. Que lo tengan metido en la cárcel. Y si les ha dado mi nombre pensando que voy a ayudarlo a salir, está perdiendo su tiempo.

—Doctora Marsh...

El hombre vio enseguida que le había reconocido la voz, notó el gesto de sorpresa un momento antes de que tratara de levantarse. Pero él fue más rápido y la obligó a permanecer en la silla.

—Tómeselo con calma.

—Usted es el hombre que ha llamado. No es policía. Le ha mandado él, ¿verdad?

Jack esperaba lágrimas, gritos, y le impresionó ver que la mujer lo miraba fijamente.

—No conozco a Malachi Sullivan, Tía. Me llamo Jack Burdett, de Burdett Securities.

—Otro mentiroso, y encima pervertido. —La furia empezaba a remitir y Tía notó que se le estaba formando un nudo en la garganta—. Necesito mi inhalador.

—Lo que tiene que hacer es conservar la calma —la corrigió él cuando ella se puso a respirar con dificultad—. He hecho negocios con su padre. Puede preguntarle.

—Mi padre no hace negocios con pervertidos.

—Escuche, siento lo del teléfono. Tiene el teléfono intervenido; cuando me di cuenta dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Mi teléfono no está intervenido.

—Cielo, yo me gano la vida con esto. Ahora quiero que se relaje. Le dejaré mi teléfono; es más seguro. Y quiero que llame a la comisaría sesenta y uno y pregunte por el detective Robbins, Bob Robbins. Pregúntele si me conoce, si responde de mí. Si no lo hace, pídale que mande un coche a esta dirección. ¿De

acuerdo?

Ella frunció los labios. El hombre tenía manos duras como rocas, y una expresión fría que le dejó muy claro que no la dejaría marchar.

—Deme el teléfono.

Él se echó hacia atrás, se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un móvil y una tarjeta de visita.

—Ésta es mi empresa. Dejaré que llame también a su padre si necesita más referencias. Pero no sé si su teléfono es seguro.

Tia no apartó los ojos de Jack mientras llamaba a información.

—Quiero el número de la comisaría sesenta y uno de Manhattan. Póngame con ellos, por favor.

Jack asintió.

—Pregunte por la división de detectives, Bob Robbins.

Ella lo hizo, tratando de controlar la respiración.

—¿Detective Robbins? Sí, me llamo Tia Marsh. —Habló con claridad y dio su dirección y el número de apartamento.

Bien, pensó Jack, no era ninguna idiota.

—Hay un hombre en mi apartamento. Me convenció para que abriera haciéndose pasar por policía. Dice que se llama Jac Burdett y que usted me puede dar referencias de él. —Arqueó las cejas—. Alrededor de metro noventa, unos cien kilos. Pelo rubio algo oscuro, ojos grises. Sí, una pequeña cicatriz, en el lado derecho de la boca. Ya veo. Sí. No podría estar más de acuerdo. Gracias.

Por un momento, Tia apartó la oreja del auricular.

—El detective Robbins confirma que le conoce, que no es un psicópata, y me asegura que le alegrará poder darle una patada en el culo por haberse hecho pasar por agente y que extenderá una orden de arresto si así lo pido. También dice que le debe veinte dólares. Quiere hablar con usted.

—Gracias. —Jack cogió el teléfono y retrocedió unos pasos—. Sí, sí. Me pasaré a verte en cuanto pueda. ¿Qué identificación falsa? No sé de qué me hablas. Luego. —Cortó la comunicación se metió el teléfono en el bolsillo—. ¿De acuerdo? —le preguntó a Tia.

—No, no estoy de acuerdo. Desde luego que no. Disculpe.

Se levantó de la silla y salió de la habitación. Jack no estaba seguro de que no fuera a buscar un arma, así que la siguió.

Tia abrió un armario de la cocina, y el hombre levantó las cejas sorprendido al ver las hileras de botes de pastillas. Cogió el de aspirinas y abrió la nevera.

—Me duele la cabeza, muchas gracias.

—Lo siento. No podía arriesgarme por teléfono. Escuche. —Levantó el inalámbrico de la cocina de su soporte y abrió el bocal—. ¿Ve esto? Es un micrófono... de buena calidad.

—Y como resulta que yo no distingo un aparato de escucha de un lagarto

cornudo, supongo que tendré que confiar en su palabra, ¿verdad?

En sus investigaciones no había salido que fuera tan sagaz.

—Me parece que sí. Yo vigilaría lo que digo por esa línea.

—¿Y por qué iba a confiar en su palabra, señor Burdett?

—Jack llámame Jack ¿Tienes un café? —La mirada fulminante que ella le lanzó lo hizo encogerse de hombros—. De acuerdo. Anita Gaye. —Jack sonrió cuando la vio bajar lentamente la botella de agua—. Ya suponía que eso te sonaría. Lo más probable es que sea ella quien te ha pinchado el teléfono. Quiere las diosas, y tú y tu familia estáis relacionados con ellas. La estatuilla de Henry Wyley, Cloto, no se perdió en el *Lusitania*, ¿verdad, Tia?

—Si tú y Anita sois tan amigos, es mejor que se lo preguntes a ella.

—No he dicho que seamos amigos. Soy coleccionista. Cosa que tu padre te confirmará, pero preferiría que le preguntaras cara a cara para que Anita no pueda seguirme los pasos. He comprado algunas bonitas piezas en Wyley's. La última fue un jarrón Laliq. Seis vírgenes desnudas vertiendo agua de unas urnas. Me gustan las mujeres desnudas —dijo chasqueando la lengua—. Que me cuelguen.

—Pensaba que te gustaban las medias rojas de seda.

—No tengo nada en contra de ellas.

—No puedo ayudarte, señor Burdett. Y ya puestos, puedes ir directo a la señora Gaye y decirle que está perdiendo el tiempo conmigo.

—No trabajo ni con ni para Anita. Voy por libre, y mi interés por las estatuillas es algo puramente personal. Anita me ha dejado caer algunas indirectas, supongo que espera que le haga parte del trabajo de campo y la conduzca hasta ellas. Pero se equivoca. También a ti te está controlando —añadió señalando al teléfono—. Apuesto a que sabes algo que ella no sabe. Y creo que podríamos ayudarnos mutuamente.

—¿Y por qué iba a ayudarte, aún si pudiera?

—Porque soy realmente bueno en mi trabajo. Tú me dices lo que sabes y yo las encuentro. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Aún no he decidido qué es lo que sé.

—¿Quién es Malachi Sullivan?

—Eso sí que lo sé. —Y lo sabía porque sentía un nudo en el estómago cada vez que oía su nombre—. Es un mentiroso y un tramposo. Me dijo que Anita le había engañado, pero, por lo que he visto, los dos son como uña y carne.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Imagino que habrá vuelto a Irlanda. Cobh. Pero preferiría que se estuviera pudriendo en el infierno.

—¿Y él qué tiene que ver con esto?

Tia vaciló, pero no encontró ninguna razón para no explicarlo.

—Dice que Anita le robó una de las diosas, pero como la lengua seguramente

se le pondría negra si probara la verdad, yo diría que miente. Bueno, todo esto ha sido muy interesante, pero me has interrumpido mientras trabajaba.

—Tienes mi tarjeta de visita. Si cambias de opinión, llámame.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se volvió a mirarla una vez más.

—Si sabes algo, vigila lo que haces. Anita es una víbora, Tia, de las que disfrutan tragándose cosas suaves y bonitas.

—¿Y tú qué eres, señor Burdett?

—Soy un hombre que respeta y aprecia los caprichos del destino.

Malachi Sullivan, pensó Jack cuando se iba.

Daba toda la impresión de que tendría que viajar a Irlanda.

De Londres a Nueva York el viaje era largo. Sobre todo cuando estabas embudido en un asiento central del tamaño de un sello entre una mujer con unas piernas casi tan largas como las tuyas y un hombre que utilizaba los codos a modo de navajas.

Gideon trató de sumergirse en la lectura, pero ni siquiera la brillante prosa de Steinbeck podía competir con aquello. Así que pasó las horas pensando, avanzando a través del embrollo en el que él y su familia se habían metido.

Sobrevivió al vuelo y pasó por la tortura de la aduana como un sonámbulo.

—¿Estás segura sobre ese amigo tuyo? —le preguntó a Cleo.

—Mira, me pediste que pensara en alguna amiga de la ciudad que nos dejara estar en su casa unos días, sin preguntas, sin follones, porque eres demasiado roñoso para pagar un hotel. Y ése es Mikey.

—No puedo permitirme ir a ningún jodido hotel en estos momentos, y no sé cómo puedes confiar en un hombre hecho y derecho que se hace llamar Mikey.

—Estás un poco irritable. —Mientras atravesaban la terminal, Cleo fue dando grandes bocanadas de aire. Era aire del aeropuerto, pero estaban en Nueva York—. Tendrías que haber dormido en el avión. Yo he dormido como un tronco.

—Lo sé, y sólo por eso te voy a odiar hasta que me muera.

—Vaya, vaya, vaya, qué pena. —Salió al exterior, al asfixiante humo de los tubos de escape y el ruido infernal—. Oh, baby, ya he vuelto.

Gideon esperaba poder dormir en el taxi, pero el taxista llevaba puesta una crispante música hindú.

—¿Cuánto hace que conoces a ese tal Mikey?

—No sé. Seis o siete años. Hemos hecho algunas actuaciones juntos.

—¿Es un *boy*?

—No, no es un *boy* —replicó Cleo—. Es bailarín, como yo. Mira, yo he actuado en Broadway. —Por poco tiempo, pero lo había hecho—. Nos emparejaron en un reestreno de *Grease*. Hicimos una gira.

—¿Estáis enrollados?

—No. —Pegó la lengua a la parte interior de la mejilla—. Es más probable que a Mikey le gustes tú.

—Oh. Estupendo.

—No serás homófobo, ¿verdad?

—Creo que no. —Estaba demasiado cansado para indagar en su conciencia social—. Tú recuerda la historia y cíñete a ella.

—Cierra la boca, guaperas. Me estás estropeando la vuelta a casa.

—Llevo una semana con ella —gruñó él cerrando los ojos—, y no me ha llamado por mi nombre ni una vez.

Cleo le lanzó una mirada y sonrió. Se le veía tan enfadado, tan pelado, y estaba tan mono así... En un par de días seguro que se sentía mejor, cuando ella hubiera puesto en práctica su plan.

Gideon no era el único que había estado pensando en el avión.

Lo primero era llevar la estatuilla a algún lugar seguro. Por ejemplo, la caja de seguridad de un banco. Luego se pondría en contacto con Anita Gaye para negociar seriamente. Cleo suponía que podía sacar su buen millón y, como era una tipa legal, lo partiría con Gideon. Sesenta-cuarenta.

Él se quejaría, claro. Pero ya lo convencería. Mejor un pájaro en mano que ciento volando. Porque, después de todo, nunca lograría arrebatarle la primera estatuilla a una mujer como Anita. Al menos en esta vida. Y, si quería ponerse a buscar la tercera... bueno, al menos ya tendría con qué financiarse.

Cleo le estaba haciendo un favor. En compensación por haberla llevado de vuelta a Nueva York y haberla ayudado a encontrar una forma de engrosar su cuenta bancaria. Seiscientos mil la sacarían de apuros sobradamente.

Cuando se hubiera calmado, seguramente Gideon querría quedarse unas semanas en Nueva York Y ella podía enseñarle la ciudad. Y seducirlo.

A pesar del calor, Cleo bajó la ventanilla para que Nueva York le golpeará en la cara. El taxi avanzaba a trompicones entre el tráfico, pero a Cleo el sonido de los claxons le sonaba a música celestial.

Finalmente pararon delante del edificio de Mikey en la Novena Avenida, y Cleo estaba tan animada que ni se le ocurrió quejarse cuando Gideon le dijo que pagara al taxista.

—Bueno, ¿qué te parece?

—¿El qué? —preguntó él débilmente.

—Nueva York Dijiste que nunca habías estado aquí.

Él miró a su alrededor algo atontado.

—Mucha gente. Mucho ruido. Y todo el mundo parece preocupado por algo.

—Sí. —Cleo sintió que la emoción se le agolpaba en la garganta—. Es la mejor. —Fue bailando hasta el interfono que había a la entrada del edificio y apretó el botón del piso de Mikey.

Unos momentos después, se oyó un sonido largo y algo obsceno como de

chupar que hizo reír a Cleo.

—Mikey eres un perverso. Ábreme. Soy Cleo.

—¿Cleo? ¡Maldita sea! Sube tu culo bello y prieto aquí ahora mismo.

Se oyó el timbre, la cerradura se abrió y Cleo empujó la puerta. Había un minúsculo vestíbulo y un ascensor gris y mortecino que hizo un ruido muy sospechoso cuando las puertas se abrieron. Pero Cleo entró, aparentemente despreocupada, y apretó el botón del tercer piso.

—Mikey es de Georgia —le dijo a Gideon—. De una bonita y honorable familia de médicos y abogados. Como los dos hemos acabado siendo una vergüenza para nuestras familias, enseguida congeniamos.

En aquellos momentos a Gideon le daba lo mismo si Mikey era de Georgia o de la luna, si era gay o tenía tres cabezas. Mientras tuviera una ducha y agua caliente y una cama de sobra...

Cuando las puertas volvieron a abrirse, Gideon vislumbró a un hombre alto y de piel oscura con una camiseta roja, pantalones negros ceñidos y una explosión de brillantes trencitas rasta. El hombre aulló de una forma que Gideon pegó un bote como si pensara que iban a atacarlo, y se movió como el rayo.

Levantó a Cleo por los aires y giró con ella. Antes de que Gideon tuviera tiempo de reaccionar, Cleo volvía a estar en el suelo y se vio arrastrada a una especie de baile —muy sensual, en opinión de Gideon— que los llevó a ella y su compañero por el estrecho corredor.

Ella no perdió el paso en ningún momento y acabó el improvisado espectáculo con los brazos alrededor del cuello de Mikey y las piernas alrededor de su cintura.

—Muñeca, ¿dónde has estado?

—Por todas partes. Joder, Mikey, tienes un aspecto estupendo.

—Pues sí. —Y la besó, en una mejilla, en la otra, y luego en los labios, haciendo mucho ruido—. Pues tú tienes pinta de que te han arrastrado por la calle y te han dejado tirada en el bordillo.

—No me iría mal una ducha —dijo Cleo apoyando la cabeza en el hombro de él—. Y a mi amiga otra.

Mikey ladeó la cabeza y el cuerpo y dedicó a Gideon una larga y penetrante mirada.

—Mmm, ¿qué me has traído, Cleopatra?

—Se llama Gideon. —Cleo se pasó la lengua por los labios disfrutando de lo lindo—. Es irlandés. Lo recogí en Praga. Se va a quedar conmigo un tiempo.

—Está jodidamente bueno.

—Sí. Tiene algunos defectos de carácter, pero en la parte física está tremendo. Vamos, guaperas, no seas tímido.

—¿Significa eso que el espectáculo ha terminado por ahora?

—Se mueve bien —comentó Mikey cuando Gideon se acercó por el pasillo

—. Y su acento es adorable.

—El tuyo también.

Al oír la respuesta de Gideon, los labios de Mikey se distendieron en una amplia sonrisa.

—Entrad. Quiero que me lo contéis todo. —Y, aunque en opinión de Gideon el hombre parecía tener la constitución de un palillo de dientes, entró al apartamento con Cleo, que pesaba considerablemente, en brazos.

—Es modesta —añadió dejando a Cleo en el suelo y dándole unas palmaditas en el culo—. Pero es mi casa.

Gideon no vio modestia. Lo que él veía era color. Desde las paredes azul marino con cenefa blanca, hasta las docenas de carteles de teatro o el disparatado dibujo geométrico de la alfombra. El sofá era de cuero blanco, grande como un barco y estaba cubierto de cojines mullidos y de muchos colores.

Gideon se imaginó cayendo sobre él boca abajo y durmiendo el resto de su vida.

—Unos cócteles —anunció Mikey—. Cócteles altos y helados.

—Creo que el guaperas preferiría tomar una bonita ducha —dijo Cleo—. Ve tú primero. Tienes que pasar por aquella habitación, a la derecha.

Gideon miró a Mikey, quien le hizo un gesto amistoso de invitación.

—Sírvete tú mismo, guapísimo.

—Gracias. —Gideon se llevó su bolsa para cambiarse y los dejó solos.

—Gin-tonic, creo. —Mikey fue hacia la brillante barra—. Mucho hielo, mucha ginebra y un poquito de tónica. Y luego podrás contárselo todo a papá.

—Suena estupendo. Mikey, ¿podemos quedarnos aquí un par de días?

—Mi casa es tu casa, y todo ese rollo, cielo.

—Es una historia muy larga. —Se dirigió hacia la puerta del dormitorio, asomó la cabeza hasta que oyó abrirse la ducha. Luego cerró la puerta, volvió a la barra y se lo contó todo a Mikey.

Gideon estaba mojado y desnudo cuando ella entró en el cuarto de baño con un gin-tonic.

—He pensado que esto te sentaría bien.

—Gracias. —Cogió el vaso y se lo bebió de un trago—. ¿Nos quedamos?

—Nos quedamos —confirmó ella—. De hecho, ha tenido la generosidad de ofrecerte su cama.

Gideon la recordaba de cuando había pasado por el dormitorio para entrar en el baño. Grande, suave, roja. Y en aquellos momentos tan atractiva que ni hubiera pestañeado al ver los espejos que había en el techo.

—¿Tengo que dormir con él?

Ella rio.

—No, tú te quedas conmigo. Venga, desconecta unas cuantas horas.

—Lo haré. Por la mañana, ya pensaremos cómo poner las manos sobre la estatuilla. Ahora estoy demasiado hecho polvo para pensar.

—Entonces duerme un poco. Mikey y yo podemos hablar de nuestras cosas antes de que se vaya al teatro. Está en el coro de *Kiss me, Kate*.

—Me alegro por él. Dile que le agradezco su hospitalidad.

Aún desnudo y mojado, Gideon fue hacia la cama, se metió y se quedó frito.

Se despertó oyendo el sonido de claxons y el ruido de camiones de la basura. Mientras su cerebro se recuperaba, miró ligeramente fascinado el reflejo que veía en el techo. Las sábanas rojas lo tapaban de cintura para abajo, y parecía como si lo hubieran cortado en dos durante la noche.

No, se corrigió, como si los hubieran cortado.

Cleo estaba tirada encima de él, con el pelo desparramado, rojo sobre negro, de forma que parecía fundirse sobre las sábanas. La piel de ella era más oscura, y el brazo que había echado sobre su pecho, la larga curva de su hombro y la línea de su espalda eran como polvo dorado contra el blanco de la piel de él y el rojo de las sábanas.

Recordó como entre sueños la sensación de haberla sentido deslizarse en la cama en algún momento de la noche. De haberla sentido deslizarse sobre él. Y de él desliziéndose dentro de ella.

Ella no había dicho una palabra. Él no había sido capaz de verla. Pero conocía sus formas, y su sabor. Incluso el olor. ¿Qué significa, pensó, cuando conoces a alguien de forma tan instantánea, tan íntima en la oscuridad?

Tendría que pensar en aquello más adelante. Del mismo modo que tendría que analizar por qué, en una cama grande como un lago, se habían abrazado en sueños y así se habían quedado.

Pero de momento había otras cosas que pensar. Y un hombre no podía confiar en su cabeza hasta que no la reanimaba con un café.

Hizo ademán de desligarse y se sintió sorprendido y algo conmovido cuando Cleo se acercó más y se arrebujó contra él. Le dieron ganas de ponerse cómodo y despertarla para que pudieran utilizar apropiadamente el espejo del techo.

No saldrá bien, pensó y, después de darle un beso en la coronilla, se soltó.

Se puso unos vaqueros y la dejó durmiendo. Fue en busca de la cocina.

Su primera sacudida del día no fue la de la cafeína, sino la de ver a Mikey poco menos que enterrado entre los coloridos cojines en el sofá, con sus trencitas y una sábana de un brillante verde esmeralda.

Aunque se sintió incómodo, la necesidad de beber café fue más fuerte que el sentido de la propiedad. Así que rodeó el sofá y entró con el mayor sigilo que pudo en la cocina.

Era como ver la página de un catálogo, todo reluciente, sin una mancha, con

una serie de artilugios de aspecto moderno dispuestos ordenadamente sobre el mármol. Abrió armarios, encontró platos azul marino y blancos en montones perfectamente alternados. Vasos, colocados según su forma y tamaño. Y, finalmente, cuando estaba por empezar a quejarse, el paquete de café. Lo abrió, y se puso a maldecir por lo bajo cuando se encontró mirando los olorosos granos.

—¿Y qué leches hago con esto? ¿Los masco?

—Podrías hacerlo, pero será más fácil si lo mueles.

Gideon se sobresaltó, se dio la vuelta y miró.

Mikey llevaba puestos un par de calzoncillos que casi no tapaban nada.

—Ah... lo siento. No quería despertarte.

—Soy como un gato. —Mikey le cogió la bolsa de café de las manos y echó parte del grano en un molinillo—. No hay como el olor del café recién molido —dijo haciéndose oír por encima del ruido de la máquina—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. No está bien que te hayamos echado de tu cama.

—Vosotros sois dos, yo uno. —Y miró a Gideon de reojo mientras ponía el agua—. Estarás muerto de hambre. ¿Quieres desayunar algo con esto? A mí me apetecen tostadas.

—Sería estupendo. Eres muy amable al aceptarnos en tu casa habiéndonos presentado de esta forma.

—Oh, Cleo y yo nos conocemos hace tiempo. —Y, haciendo un gesto descuidado con la mano, puso el café, luego se volvió para coger unos huevos y leche de la nevera—. Es mi cariñito. Me alegro de tenerla de vuelta, y con alguien con tanto estilo. La previne mucho contra ese Sydney. Tenía buena pinta, en eso estábamos de acuerdo, pero era todo relumbrón. Y el hombre va y le roba y la deja tirada. —Hizo un sonido de desaprobación mientras partía los huevos y los echaba en un cuenco—. Y en Praga, nada menos. Pero ella ya te lo habrá contado.

—No mucho. —Gideon estaba fascinado—. Ya conoces a Cleo. Suele saltarse los detalles.

—No se hubiera ido con esa rata de cloaca, y perdona el vocabulario, si su padre no le hubiera dicho que estaba perdiendo el tiempo, que se estaba poniendo en evidencia a sí misma y a su familia.

—¿Por qué?

—Porque bailaba. En el teatro. —Lo dijo en un tono deliberadamente melodramático, extendiendo la pierna con elegancia al estirarse para coger los tazones para el café—. Y confraternizaba con gente como yo. Un negro, y encima gay. Un negro gay que bailaba. ¡Qué horror! ¿Crema, azúcar?

—No gracias, lo quiero sin nada. —Pestañeó—. O sea...

Mikey dejó escapar una risotada.

—Pues a mí me gusta con un buen montón de azúcar. Tú tampoco le gustarías —añadió al tiempo que le entregaba a Gideon su tazón—. Al señor papá de

Cleopatra.

—¿No? Pues que se joda. —Gideon levantó su tazón en un brindis, luego bebió —. Ah, alabado sea Dios.

—Bebe, cielo. —Mikey mojaba gruesas rebanadas de pan duro en la yema del huevo—. Tú y yo vamos a llevarnos muy bien.

Y se llevaron bien. Mientras atacaban media hogaza de pan, una cafetera y casi un cuarto del zumo que Mikey había preparado.

Para cuando Cleo salió adormilada de la habitación, Gideon ya no veía nada raro en los calzoncillos dorados, ni en el dragón que Mikey llevaba tatuado en la clavícula o en que otro hombre lo llamara « cielo» .

SEGUNDA PARTE

DEVANAR

He repartido mi vida en cucharaditas.

T. S. ELLIOT

—Cielo, no sé si estás haciendo lo más adecuado.

—Hago lo más inteligente —insistió Cleo—. Y lo más inteligente siempre es lo más adecuado.

—Lo que sea que hay entre ti y Gideon se va a fastidiar. —Mikey negó con la cabeza mientras se adentraban en el bullicio de Broadway y avanzaban con dificultad entre el tráfico pedestre que iba en dirección este—. Tengo un buen presentimiento con vosotros dos, y vas a estropearlo antes de haber empezado.

—Eres demasiado romántico.

—Yo creo que no —discrepó él—. El amor convierte el sexo en un arte. Sin él, sólo es algo sudoroso y sucio.

—Por eso a ti te parten el corazón y a mí no, Mikey.

—Pues a ti no te iría mal una dosis de corazón partido.

—No te pongas serio. —Pero, como sabía que iba a ponerse serio, le pasó el brazo por la cintura cuando doblaban por la esquina de la Séptima con la Cincuenta y dos para seguir en dirección norte—. Además, también hago esto por él. Cuando Anita tenga la diosa, le dejaré en paz, y yo habré conseguido un bonito montón de dinero. Después de todo, la estatuilla es mía. No tengo por qué compartir la ganancia con él, pero lo haré.

Y le dio un rápido abrazo cuando subían la escalera hacia la entrada del banco.

—Terminemos con esto lo antes posible. Si no me reúno con él a la una empezará a hacer preguntas y —añadió bajando la voz cuando entraban en el silencioso vestíbulo— él también tiene algo entre manos, sino no habría accedido tan fácilmente a dejarme salir sola.

—Cleopatra, tu problema es que eres demasiado cínica.

—Prueba a trabajar unos meses en un club de *strip-tease* en la República Checa y ya veremos si te sientes muy optimista.

—Pues no sé si eras mucho más optimista antes de todo esto —señaló él, y ella le dedicó una sonrisa afectada.

Se acercaron a uno de los cajeros.

—Necesito alquilar una caja de seguridad.

Cuando volvió a la Séptima Avenida, la diosa estaba a buen recaudo en la cámara acorazada. Ella tenía una llave y Mikey otra. Eso era lo más inteligente: si había algún problema, cosa que no creía, él podía retirar la estatuilla en su nombre.

—De acuerdo, ahora hago la llamada y quedo a una hora. En algún lugar público —añadió extendiendo la mano para que Mikey le dejara su móvil—. Pero donde no es probable que pueda haber nadie que nos conozca.

—Es como una película de espías. —Y, como le gustaban los buenos dramas, Mikey le entregó el teléfono con una sonrisa en los labios.

—Son negocios. Y conozco el lugar perfecto. —Sacó el pedazo de papel donde había anotado el teléfono de Morningside y marcó el número mientras seguían caminando hacia la Sexta—. Con Anita Gaye, por favor. Soy Cleo Toliver. Creo que ella ya sabe quién soy y querrá hablar conmigo. Ahora. Si no puede, dígame que llamo para discutir el precio de la diosa. Sí, eso es.

Con su destino en la cabeza, Cleo giró en dirección sur por la Quinta. Y perdió a Mikey momentáneamente cuando el hombre se paró ante el escaparate de una joyería.

—Ven conmigo y no seas nenaza. —Le dio un tirón a una de sus trenzas rasta—. Esto es muy serio.

—Oh, pareces tan fría y tan dura... —comentó Mikey—. Como Joan Crawford o... no, como Barbara Stanwyck en *Perdición*. La mujer que los tenía bien puestos.

—Cierra la boca, Mikey —le ordenó, y contuvo una risita cuando oyó que Anita Gaye se ponía al teléfono.

—Cleo. —La voz no sonaba fría o dura, sino suave y cálida como terciopelo—. No sabes cuánto me alegra tener noticias tuyas.

A Cleo le pareció buena señal que Anita accediera a reunirse con ella en sus términos sin discutir. Pensó en aquella disparatada huida por toda Europa y negó con la cabeza. Hombres... Siempre tenían que enseñar los músculos y convertir un simple negocio en un altercado.

Así iba el mundo.

Se sentía un poco estúpida por haber elegido aquel sitio, pero Mikey se lo estaba pasando tan bien que sólo por eso ya valía la pena.

—*Tú y yo*. Cary Grant, Deborah Kerr. —Estaban en el mirador del Empire State Building, y Mikey estaba con los brazos extendidos y las trencitas al viento—. Esto sí que es romántico.

Y la diferencia entre ellos, pensó Cleo, es que a ella aquel sitio no le hacía pensar en romances, sino en la obsesión fatal de King Kong por Faye Gray.

El personaje de Faye Gray le parecía bastante estúpido. Tan asustada, gritando en aquel saliente... esperando que el hombre fuerte y corpulento la

rescate en vez de mover el trasero cuando el idiota del mono la baja.

Bueno, tiene que haber de todo en el mundo.

—Tú ponte allí, y no me pierdas de vista. Si me hace algo, te haré una señal, así podrás venir a ayudarme. —Consultó el reloj de Wonder Woman que Mikey le había dejado—. Llegará en cualquier momento. Si es puntual, podremos seguir el programa. Aún falta más de media hora para mi cita con Gideon.

—¿Qué vas a decirle?

—Mientras no tenga el dinero en la mano, no pienso contarle nada. Puedo distraerle otras veinticuatro horas, que es el plazo límite que le daré a Anita.

—Un millón de libras esterlinas es mucho dinero para reunirlo en un día.

—Estamos tratando con Morningside, y eso equivale a *beau-coup* dinero^[3]. Si quiere la estatuilla, encontrará la forma de conseguirlo. Me voy hacia allá. Practicaré un poco la cara de indiferencia.

Fue hacia la baranda de seguridad, se inclinó sobre ella y observó el ascensor por el cristal. Los turistas se agolpaban en la tienda de recuerdos o hacían fotografías y ponían monedas en los catalejos.

¿Subiría alguna vez la gente de la ciudad a aquel sitio, si no era por obligación, cuando los arrastraban los turistas que venían de fuera? Y, de todos modos, ¿por qué iba a sentir nadie la necesidad de subir hasta allí cuando toda la acción, toda la vida y las cosas importantes estaban abajo?

Cuando vio a aquella mujer tan estupenda salir del ascensor se le hizo un nudo en el estómago. Anita había dicho que llevaría un traje azul. El traje era azul, desde luego... azul grisáceo, con una chaqueta larga y elegante y una falda de tubo cortada a una medida muy conservadora.

Valentino, decidió Cleo. Todo muy discreto y con clase.

Anita se puso unas gafas oscuras y avanzó bajo el azote del viento. Cleo observó cómo estudiaba la zona y los rostros de la gente y se detenía al llegar a ella.

Se cambió la delgada cartera de cuero de hombro y caminó hacia ella.

—¿Cleo Toliver?

—Anita Gaye.

Cleo aceptó la mano que le ofrecía y las dos se estudiaron.

—Casi esperaba que tuviéramos que decir una contraseña. —Había un deje de humor en la mirada que Anita lanzó a su alrededor—. ¿Sabe?, Es la primera vez que subo aquí. ¿Para qué iba a subir, claro?

Aquella mujer había expresado con tanta exactitud lo que ella misma sentía que Cleo asintió.

—Tiene razón. Pero me ha parecido el sitio adecuado para hacer un negocio privado en un lugar público. Para que las dos pudiéramos estar a gusto.

—Las dos nos sentiríamos más cómodas en una mesa en Raphael's, pero imagino que Gideon le habrá explicado toda clase de historias increíbles sobre

mí. —Anita extendió los brazos, con un aire divertido y muy chic, bellamente azotada por el viento—. Como ve, no soy ninguna amenaza.

—El matón a quien hizo seguirnos en Praga no parecía muy amable.

—Un desafortunado malentendido en mis instrucciones, cosa que suele pasar cuando una trata con hombres, ¿verdad? —Anita sujetó el pelo detrás de la oreja—. Mis hombres tenían que pasar por su lugar de trabajo y hablar con usted. Ni más ni menos. Según un parece, Gideon y ellos se animaron demasiado. De hecho, mis representantes creyeron que la había secuestrado.

—¿En serio?

—Como he dicho, fue un malentendido. En todo caso, me alegra que haya vuelto a Nueva York sana y salva. Estoy segura de que entre nosotras podremos hablar de este asunto sin histrionismos. —Volvió a mirar a su alrededor—. ¿Gideon no está con usted?

—He venido con otra persona, por si hay algún problema de histrionismo. —Podía ver a Mikey por encima del hombro de Anita. Estaba a varios metros, flexionando exageradamente los bíceps—. En primer lugar, ¿qué es lo que hizo que tratara de localizarme y pidiera a sus representantes que hablaran conmigo?

—Una corazonada, respaldada por una importante labor de investigación. Las dos cosas son fundamentales en mi trabajo. Y el hecho de que nos hayamos reunido aquí me hace pensar que no me equivocaba. ¿Tiene usted la estatuilla, Cleo?

Si hubiera tenido más tiempo, Cleo la hubiera obligado a esforzarse más, por puro formalismo.

—La tengo en un lugar seguro. Estoy deseando venderla. Un millón de dólares, en efectivo.

Anita dejó escapar un suspiro de incredulidad.

—¿Un millón de dólares? Desde luego se nota que Gideon le ha llenado la cabeza de cuentos.

—No trate de engañarme, Anita. Si quiere la estatuilla, ése es el precio. Es innegociable. Eso significa que tendría dos de tres, puesto que ya le robó la suya al hermano de Gideon.

—¿Robar? —Se dio la vuelta para dar unos pasos con expresión molesta. Y, de paso, tratar de localizar al acompañante de Cleo entre las personas que había en el mirador—. Éstos Sullivan... Tendría que demandarlos por difamación. La reputación de Morningside es irreprochable. Y la mía —añadió con tirantez Mientras se plantaba ante Cleo otra vez—. Le compré la estatuilla a Malachi Sullivan y le enseñaré con mucho gusto el recibo. Seguramente le habrá contado a su hermano alguna mentira y se habrá quedado el dinero para él. Pero no permitiré que vayan por ahí divulgando infundios sobre mi empresa.

—¿Cuánto le pagó?

—Menos. —Pareció retraerse—. Considerablemente menos de lo que me

pide usted.

—Entonces fue una ganga. Si quiere la número dos tendrá que pagar. Puede tenerla en las manos mañana a las tres en punto en este mismo sitio. Usted trae el dinero, yo traigo a la chica.

—Cleo. —Los labios de Anita se curvaron levemente—. He tratado con los Sullivan. ¿Cómo puedo estar segura de que no es tan traicionera como ellos? No me ha dado ninguna prueba que demuestre que tiene realmente la estatuilla.

Sin decir nada, Cleo metió la mano en su bolso y sacó la fotografía.

—Láquesis —musitó Anita estudiando la fotografía—. ¿Cómo sé que es la auténtica?

—Tendrá que dejarse llevar por su intuición. Mire, mi abuela me la dio cuando yo era niña. Le faltaban un par de tornillos a la pobre y para ella era como si fuera una muñeca. Hasta hace cosa de una semana, yo la tenía por un amuleto. Con un millón podré comprar toda la buena suerte que quiera.

Anita siguió estudiando la fotografía mientras consideraba sus opciones. La chica confirmaba lo que el padre le había dicho durante una larga velada perfectamente planificada de *coq au vin*, un Pinot Noir soberbio y sexo mediocre. Lo curioso es que el hombre no sabía que su hija estaba en Nueva York, ni que había estado en Praga. De hecho, no podía interesarle menos el paradero o la situación de su única hija.

Lo que, muy oportunamente, significaba que nadie se iba a molestar por indagar si de pronto la chica desaparecía.

—Tengo que suponer que la estatuilla le pertenece legalmente.

Cleo arqueó las cejas.

—Derechos de propiedad y todo eso.

—Sí. —Anita sonrió, no podía estar más de acuerdo—. Por supuesto.

Cleo recuperó la fotografía y se la metió en el bolso.

—Usted decide, Anita.

—Es mucho dinero para tan poco tiempo. Podemos reunimos mañana... en esa mesa en Raphael's. Trae la estatuilla para que pueda, examinarla, y yo traigo un cuarto de millón como depósito.

—Todo, en billetes nuevos, aquí a las tres. O la pondré a la venta.

—Soy un anticuario profesional...

—Pues yo no —la interrumpió Cleo—. Y tengo otra cita. O acepta o busco otro comprador.

—De acuerdo. Pero no pienso venir con tanto dinero encima a un sitio como éste. —Miró a su alrededor, con una tenue línea de preocupación entre sus cejas perfectas—. Un restaurante, Cleo. Seamos civilizadas. Puede elegir usted si no confía en mí.

—Me parece razonable. Teresa's, en East Village. Me muero por comerme un goulash. Que sea a la una.

—A la una entonces. —Anita volvió a ofrecerle la mano—. Y si decide dejar el teatro, creo que me iría bien tener a alguien como usted trabajando en Morningside.

—Gracias, pero prefiero limitarme a lo que conozco. Hasta mañana.

Esperó hasta que Anita estuvo en el ascensor. Luego contó hasta diez, despacio, y se volvió hacia Mikey, sonriendo.

Fue hasta él dando unos pasos de baile.

—Bésame, *baby*, soy rica.

—¿Ha aceptado?

—Todo. Se ha resistido un poco, pero no mucho. Ha reaccionado con exageración a algunas cosas, y en cambio a otras no ha dicho nada. —Cogió a Mikey del brazo—. No es tan lista como ella se cree. Escupirá la pasta porque tengo lo que quiere.

—No me has dado ocasión de ponerme duro y mirar con cara de malo.

—Lo siento, lo hubieras hecho estupendamente. —Pasaron por la tienda de recuerdos de camino hacia los ascensores—. ¿Sabes qué es lo primero que haré cuando tenga el dinero? Voy a hacer una fiesta por todo lo alto. No, primero me compraré una casa, luego haré la fiesta.

—Me parece que no volverás a ir a muchos castings.

—¿Bromeas? —Se apretujó en el ascensor a su lado—. Deja que disfrute de todo esto una o dos semanas. Luego pienso presentarme a todos los castings que mi agente me consiga. Ya sabes cómo va, Mikey. Necesito bailar.

—Puedo conseguirte una prueba en el coro de *Kiss me, Kate*.

—¿En serio? ¡Eso sería genial! ¿Cuándo?

—Deja que se lo comente al director esta noche.

—Ya te dije que mi suerte está cambiando. —Y estuvo hablando de lo mismo hasta que llegaron a la planta baja—. Tengo que irme —dijo ya en la calle—. Tengo que reunirme con el guaperas.

—¿Por qué no venís al espectáculo esta noche? Os conseguiré un par de entradas y te presentaré al director.

—Genial. Te quiero, Mikey. —Y le propinó un beso largo y sonoro—. Mira, nos encontraremos en tu casa dentro de unas horas. Voy a comprar una gran botella de champán.

Él se fue en dirección oeste, ella en dirección este. Al cruzar la calle, Cleo miró atrás y rio con exageración cuando vio que él le lanzaba un beso. Luego se dirigió hacia la zona alta de la ciudad a paso ligero. A la hora prevista, pensó. Se reuniría con Gideon en la esquina este de la calle Cincuenta y uno con la Quinta, y puede que compraran una pizza. Le diría que necesitaba un día o dos más para conseguir la estatua.

A Gideon no le iba a gustar, pero ya lo arreglaría. Y, cuando le entregara cuatrocientos mil dólares al día siguiente, no podría quejarse.

Le convencería para que se quedara unos días en Nueva York. Puede que Mikey tuviera razón sobre ellos. No la parte romántica, eso no entraba en sus planes, pero sí que notaba buenas vibraciones cuando estaba con él. De Gideon le gustaba tanto su sinceridad como su dureza. ¿Qué había de malo en querer disfrutar un poco más de ambas cosas?

El destello del escaparate de una joyería llamó su atención y la hizo acercarse al cristal. Le compraría algo a Mikey para agradecerle su ayuda. Algo extravagante.

Las cadenas de oro eran demasiado normales, y las piedras, demasiado llamativas. Pasó lentamente de un escaparate al siguiente, y dejó escapar un «Ajá» ante el centelleo de una ajorca para el tobillo con cabujones de rubí.

A Mikey le irían que ni pintadas, decidió, y ladeó la cabeza tratando de ver el precio que ponía en la etiqueta discretamente colocada bajo la cadena.

El reflejo que vio en el cristal la dejó petrificada, con la nariz casi pegada al cristal y el cuerpo ladeado.

Conocía aquella cara. Aunque el hombre miraba hacia otro lado como si estuviera pendiente del tráfico, y sólo lo veía de perfil lo reconoció. Casi le pasan por encima en Praga.

¡Mierda, mierda, mierda! Se incorporó y siguió con informalidad como si estudiara las ofertas del siguiente escaparate. Él no fue detrás, pero sí se volvió en su dirección.

Maldita Anita Gaye, pensó. Muy profesional, la anticuaría profesional. Y le había enviado a uno de sus matones. Bueno, pues perfecto, porque estaban en Nueva York, su territorio.

Cleo siguió caminado como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ahora el hombre la seguía abiertamente, tratando de no perderla. Cleo entró en la Jewelry Exchange, vagando entre el barullo de voces, por los pasillos atestados entre los diferentes puestos. Él la seguía a media tienda de distancia, negando con la cabeza, frunciendo el entrecejo cuando los vendedores empezaban con su palabrería.

Y ella aceleró. Sus largas piernas se comieron la distancia que la separaba de la puerta lateral. Salió y cruzó la calle a toda prisa, y empujó a un lado a un hombre que estaba a punto de subir en un taxi.

El hombre estuvo a punto de caer y se puso a gritar, pero ella entró y cerró la puerta del taxi.

—¡Pise el acelerador! Si me lleva a cinco manzanas en menos de un minuto le daré veinte dólares. —Se sacó un billete del bolsillo y lo agitó, y al mirar por encima del hombro vio que su perseguidor cruzaba la calle a toda prisa. Para incentivar más al taxista, metió el billete en la ranura de seguridad—. Muévase.

Y el hombre se movió.

—Corte yendo hacia Park —ordenó, girando y sentándose sobre las rodillas

para mirar por la ventilla trasera—. Suba por la Cincuenta y uno y vuelva a la Quinta. Sí, amigo. —Y saludó mientras su perseguidor corría para cruzar la calle—. Ya va resollando.

Seguía mirando cuando llegaron a Madison. Cuando giraron hacia Park, volvió a sentarse.

—La Cincuenta y uno con la Quinta —repitió ella fríamente—. Déjeme en la esquina este.

—Un paseo muy largo para ser sólo dos manzanas.

—Y le pago bien.

Se bajó en la esquina y cogió a Gideon de la mano.

—Llegas tarde —empezó a decir él, pero ella ya había echado a correr—. ¿Qué pasa?

—Vamos a dar un paseo en metro, guaperas. No has estado realmente en Nueva York hasta que no viajas en metro.

Los turistas se arremolinaban alrededor del Rockefeller Center. Mejor, pensó Cleo, por si necesitaban pasar inadvertidos. Luego lo arrastró por la escalera de la parada de 50 Rock.

—Invito yo —añadió, y sacó billete para los dos. Cuando pasaron por los torniquetes y salieron al andén, se paró por fin a recuperar el aliento—. Bajaremos en Washington Square. Daremos una vuelta por el Village. Te voy a hacer un tour de verdad, y comeremos algo.

—¿Por qué?

—Porque una chica necesita comer.

—¿Por qué hemos bajado corriendo a la estación para ir en metro a un pueblo?

—El Village, zoquete. Y hemos cogido el metro para asegurarme de que he despistado a mi perseguidor. Estaba mirando escaparates en la Quinta Avenida y a quién crees que he visto. Pues a uno de nuestros amigos de Praga.

Él la cogió, mientras el estruendo del vagón que se acercaba le agitaba los cabellos.

—¿Estás segura?

—Completamente. Tiene la cara como una bandeja. Plana, redonda y brillante. Creo que me he librado de él, pero quizá ha dado la vuelta. Así que mejor nos aseguraremos.

Cleo entró en el vagón y se sentó. Dio unas palmaditas en el sitio que quedaba a su lado.

—¿Qué has hecho, Cleo?

—¿Cómo que qué he hecho? Ya te lo he dicho. Imagínate, menudo burro, pensar que podía seguirme en mi ciudad.

—Y resulta que casualmente estaba paseando por la misma calle a la misma hora que tú. Me parece que no.

—En realidad la Quinta es una avenida, no una...

Él le oprimió el brazo a modo de advertencia.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Mikey?

—Eh, tranquilo, amigo. Hemos hecho algunos recados y hemos pasado un rato juntos. Es un país libre. Yo he estado mirando escaparates cuando venía para reunirme contigo, y él se ha ido a casa para echar una siesta. Mikey no es una persona de costumbres diurnas, y tú le has despertado al amanecer.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarte?

—Mira...

—Dices que le has despistado. ¿Sólo a uno? ¿Y el otro?

Realmente, Gideon le estaba arruinando su buen humor.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Es que son siameses unidos por la cadera?

—¿Cuánto tiempo después de que tú y Mikey os separaseis has visto que te seguía?

—Jesús, sólo unos minutos. Un par de manzanas. ¿Qué demonios...? —Pero dejó la frase en el aire cuando cayó en la cuenta—. ¿Crees que el otro ha seguido a Mikey? Es una locura. Él no tiene nada que ver con toda esta historia.

No, no tenía nada que ver hasta que ella lo había metido. El brazo que Gideon sujetaba empezó a temblar.

—Vale, puede que le sigan, puede. Bajaremos en la siguiente parada y lo llamaré al móvil, le avisaré. Si alguien le sigue lo despistará con la misma facilidad que yo. Y se divertirá de lo lindo.

Pero cuando bajó a empellones en la parada de la calle Treinta y cuatro y se acercó a una cabina tenía las manos heladas. Y marcó el número con dedos temblorosos.

—Me has puesto muy nerviosa —dijo refunfuñando—. Espera que se lo diga. Se va a reír un montón. Contesta, maldita sea. Contesta.

Pero, al segundo tono, saltó la voz alegre del buzón de voz.

«Estoy ocupado, cielo, haciendo el amor si tengo suerte. Deja un mensaje y Mikey te contestará». Y terminaba con su habitual beso sonoro, justo cuando sonaba el bip.

—Lo ha desconectado. —Respiró hondo para serenarse, luego otra vez—. Está en casa, echando una siesta, y ha desconectado el móvil, nada más.

—Llámale al teléfono de casa, Cleo.

—Voy a despertarle. —Marcó el número—. No le gusta que le despierten de una siesta.

El teléfono sonó cuatro veces. Estaba esperando que saltara el contestador, cuando Mikey contestó. En cuanto oyó su voz, Supo que tenía problemas.

—Mikey...

—¡No vengas a casa, Cleo! —Luego hubo un grito, algo que se rompía, y oyó que la llamaba otra vez—. Huye.

—Mikey. —Un segundo golpe y el grito de Mikey hizo que la mano con la que sujetaba el auricular se le humedeciera por el sudor. Incluso cuando la comunicación se cortó, no dejó de decir su nombre.

—Basta, basta ya. —Gideon le arrebató el teléfono de la mano.

—Le están haciendo daño. Tenemos que volver. Tenemos que ayudarle.

—Llama a la policía, Cleo. —La aferró por los hombros antes de que pudiera echar a correr—. Llama ahora. Dales el nombre y la dirección.

—Estamos demasiado lejos para ayudarle.

—La policía.

—No des tu nombre —añadió mientras ella marcaba muy nerviosa el novocientos once—. Sólo el de él. Y que se den prisa.

—Necesito a la policía. Necesito ayuda. —No hizo caso de la voz tranquila de la operadora—. Mikey... Michael Hicks, cuatro mil cuatrocientos cinco de la Cincuenta y una Oeste, apartamento trescientos dos, justo a la salida de la Novena Avenida. Tienen que darse prisa. Tienen que ayudarle. Le están haciendo daño. Le hacen daño.

Gideon apretó el auricular cuando vio que Cleo empezaba a llorar.

—Aguanta. Tú aguanta. Ahora nos vamos. ¿Qué metro tenemos que coger? ¿Cuál es la forma más rápida de llegar?

No había nada lo bastante rápido, no con aquel grito de dolor y terror resonando en su cabeza. Cuando bajaron del metro, Cleo casi volaba tratando de recorrer cuanto antes las calles que la separaban del edificio de Mikey, pero no era lo bastante rápido.

Sintió un gran alivio cuando vio los dos coches de policía en el exterior del edificio.

—Ya han llegado —consiguió decir—. La de Nueva York la mejor.

Los agentes ya estaban precintando la zona, y una pequeña multitud empezaba a congregarse en la zona.

—No digas nada —le aconsejó Gideon pegando los labios a su sien—. Deja que pregunte yo.

—Tendría que haber una ambulancia. Tendrán que llevarlo al hospital. Sé que le han hecho daño.

—Tú tranquila, que yo averiguaré qué ha pasado. —Gideon la tenía rodeada con fuerza cuando se acercaron a la barricada.

—¿Qué ha pasado? —Le hablaba a un mensajero que estaba a horcajadas sobre su bici y hacía bombas con una goma de mascar.

—Han matado a un tipo.

—No. —Cleo movió la cabeza lentamente a un lado y a otro—. No.

—Si lo sabré yo. Estaba a punto de entrar para hacer una entrega cuando los polis salieron. Así que he tenido que quedarme fuera y me han hecho unas preguntas porque acababan de encontrar un cadáver en el tercer piso. Ahora es

cuando vienen los trajeados, ya saben, como en *Policías de Nueva York*. Uno de los polis de uniforme me ha dicho que a ese negro le han dejado la cabeza hecha mierda.

—No. No. No —repitió ella otra vez, con voz cada vez más fuerte, mientras Gideon trataba de alejarla de allí.

—Camina, Cleo. Vamos a caminar un ratito.

—No está muerto. Es mentira, una jodida mentira. Ésta noche vamos a ver su espectáculo. Nos va a conseguir entradas. Vamos a nadar en champán. No está muerto. Estábamos... hace sólo una hora. Voy a volver. Tengo que volver.

Gideon necesitaba un lugar tranquilo y discreto. Por un momento la abrazó para tranquilizarla. ¿Dónde demonios encontraba uno un lugar tranquilo en una ciudad como aquélla?

—Cleo, escúchame, escúchame. No podemos quedarnos aquí. No es seguro.

Ella dejó escapar un gemido porque las rodillas se le doblaron, y Gideon la sujetó y la llevó calle abajo medio en brazos.

—Tenemos que entrar en algún sitio. Necesitas sentarte.

Gideon escrutó la calle, las tiendas, y divisó un bar. Nada como un bar urbano para tener un poco de intimidad.

La arrastró al interior, sin dejar de sostenerla. En el local sólo había tres clientes desplomados en la barra. Y ninguno se molestó en mirar cuando Gideon instaló a Cleo en el oscuro reservado del rincón.

—Dos *whiskys* —pidió—. Dobles. —Sacó unos billetes y los dejó sobre la barra.

Él mismo llevó los vasos al reservado, donde Cleo se había hecho un ovillo. Se sentó a su lado, la cogió con firmeza por el mentón y le hizo beber la mitad del *whisky* de un trago.

Ella se atragantó, tosió, y luego apoyó la cabeza en la mesa y se echó a llorar.

—Es culpa mía. Es culpa mía.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado. —Le levantó la cabeza y volvió a llevarle el vaso a los labios—. Bebe otra vez y dime lo que has hecho.

—Yo lo he matado. Oh, Dios, Mikey está muerto.

—Lo sé. —Gideon cogió su vaso y se lo ofreció a ella. Mejor borracha e inconsciente que histérica, pensó—. ¿Qué habéis hecho tú y Mikey, Cleo?

—Yo se lo pedí. Hubiera hecho cualquier cosa por mí. Lo quería. Gideon, y yo lo quería.

Bueno, pensó él, por fin lo llamaba por su nombre.

—Lo sé. Y sé que él te quería a ti.

—Me creía tan lista... —Las lágrimas le cayeron a Gideon en la mano cuando la obligó a dar otro trago—. Lo tenía todo pensado. Iba a venderle a aquella perra la diosa, por un millón de dólares, y te iba a dar a ti un buen pellizco para que estuvieras contento y a ponerme a bailar en la maldita calle.

—Señor. ¿Te pusiste en contacto con ella?

—La llamé, y quedamos en veranos. En mi territorio. En lo alto del maldito Empire State —continuó ella arrastrando la voz por la bebida—. Como en el condenado King Kong. Mikey vino conmigo, por si ella se ponía cabezona. Pero no lo hizo. Estuvo suave como un guante. No dijo nada bueno de ti ni de tu hermano, pero eso no viene al caso. Quedamos en que mañana me entregará un millón de dólares, en efectivo. Y yo le doy la estatuilla. Muy razonable, nadie sufre ningún daño, no hay engaños. Mikey y yo nos reímos con ganas cuando se fue. Porque el caso es que le conté toda la historia.

—Sí, ya lo había imaginado.

—Iba a repartirlo contigo, guaperas, sesenta-cuarenta. —Se limpió unas lágrimas y se corrió el rimel por la mejilla y el dorso de la mano—. Ibas a conseguir cuatrocientos mil dólares, porque marear más la perdiz, ¿no?

Gideon no podía sentir ira. No cuando la veía tan destrozada. Le apartó el pelo de las mejillas mojadas.

—No, claro.

—Pero no tenía intención de darme el dinero. Estaba jugando conmigo. Mikey está muerto porque yo he sido demasiado estúpida para darme cuenta. Nunca me lo perdonaré, nunca. Era inofensivo, Gideon, un hombre amable e inofensivo, y le han hecho daño.

—Ya lo sé, cariño. —Recostó la cabeza de ella sobre su hombro, y le acarició el pelo mientras lloraba. Pensó en el hombre que había preparado las tostadas aquella mañana, que le había cedido la cama a un extraño porque su amiga se lo había pedido.

Anita Gaye pagaría por aquello, se prometió. Ya no se trataba sólo de dinero, o de principios, se trataba de hacer justicia.

Así que acarició el pelo de Cleo y se bebió el *whisky* que quedaba.

Sólo se le ocurría un sitio adónde ir.

II

El doctor Lowenstein tenía sus propios problemas. Entre ellos, una ex mujer que lo había desplumado a conciencia en el divorcio, dos hijos universitarios que creían que tenía un huerto de árboles del dinero y una ayudante que acababa de pedirle un aumento de sueldo.

Sheila se había divorciado de él porque dedicaba más tiempo a su trabajo que a su matrimonio. Y luego le había chupado los beneficios que se había ganado con ese trabajo como hubiera hecho Hoover.

Aunque ella no pareció reparar en lo irónico del asunto. Lo cual sólo hizo que confirmarle a Lowenstein que era una suerte que se hubiera librado de aquella bruja sin sentido del humor.

Aunque eso no venía al caso. Como decía su hijo, que cambiaba de especialidad como él cambiaba de calcetines, sólo era dinero.

Tia Marsh tenía dinero. Un flujo continuo de intereses, dividendos y fondos de mutualidades. E imaginaba que también un goteo continuo por los royalties de sus libros.

Y Dios sabe que aquella mujer tenía problemas.

En aquellos momentos la tenía sentada recatadamente delante de él, contándole una complicada historia de sucios irlandeses, mitos griegos, desastres históricos y robos. Cuando terminó, con un nombre que se hacía pasar por policía y teléfonos intervenidos, el doctor se frotó los labios finos y se aclaró la garganta.

—Bueno, Tia, parece que ha estado ocupada. Dígame, ¿qué cree que representa la diosa del destino en este contexto?

—¿Representa? —Reunir el valor para contar aquella historia la había dejado sin fuerzas. Por un momento, se quedó mirando al hombre sin poder decir palabra—. Doctor Lowenstein, no se trata de una metáfora, le estoy hablando de unas estatuillas.

—Determinar su propio destino ha sido siempre uno de los grandes dilemas de su vida —empezó a decir él.

—¿Cree que me estoy inventando esto? ¿Cree que se trata de una complicada ilusión? —La idea le pareció tan insultante que recuperó de golpe la energía. Evidentemente, se engañaba en muchas cosas, si no, no hubiera estado en aquella consulta. Pero sus ilusiones eran mucho más simplistas, más normales.

Y él, que le cobraba doscientos cincuenta dólares por cada sesión de

cincuenta minutos, tendría que saberlo.

—No estoy tan loca. Había un hombre en Helsinki.

—Irlandés —apuntó Lowenstein pacientemente.

—Sí, sí, irlandés, pero hubiera dado lo mismo si fuera un escocés con una sola pata.

Él sonrió con gesto afable.

—Ha sido un gran adelanto que haya sido capaz de pasar un mes viajando, Tia. Creo que la ha ayudado a abrirse a sí misma. A la imaginación que con frecuencia reprime. Ahora el desafío está en aprender a canalizar y depurar esa imaginación. Siendo escritora, quizá...

—Había un hombre en Helsinki —repitió ella entre dientes—. Vino a Nueva York a verme, fingiendo estar interesado por mí cuando, en realidad, sólo le interesaba mi relación con las tres diosas del destino. Ésas figuras son reales, existen. Me he documentado. Mi antepasado poseía una de ellas y embarcó en el *Lusitania* de camino a Inglaterra con la intención de hacerse con la segunda. Es un hecho documentado.

—Y ese irlandés dice que su antepasado, que también viajaba en el barco, robó la estatuilla.

—Exacto. —Tia resopló—. Y Anita Gaye se la robó a él... al irlandés. Eso no puedo demostrarlo. De hecho, yo misma tenía mis dudas hasta que Jack Burdett vino a verme.

—El que se hizo pasar por agente de policía.

—Sí. Mire, no es tan complicado si sigue los pasos ordenadamente. El problema es que no estoy muy segura de lo que tengo que hacer, qué paso tengo que dar a continuación. Si tengo el teléfono intervenido, creo que tendría que denunciarlo. Pero me, harán demasiadas preguntas, ¿no?, y si me limpian la línea, entonces Anita Gaye sabrá que he descubierto que me la había intervenido y perderé la ventaja que supone moverme entre bastidores, por así decirlo, para conseguir las otras dos estatuillas.

Respiró hondo.

—Y de todos modos tampoco hablo tanto por teléfono, así que quizá lo mejor sería no hacer nada por el momento.

—Tia, ¿ha considerado la posibilidad de que la resistencia a informar de todo esto puede aflorar del conocimiento inconsciente de que no le pasa nada a su teléfono?

—No. —Pero el tono pausado y paciente de la pregunta plantó la semilla de la duda en su cabeza—. No es una paranoia.

—Tia, ¿recuerda cuando me llamó desde su hotel en Londres y me dijo que temía que el hombre que se alojaba más abajo en el mismo pasillo la estuviera siguiendo porque habían subido juntos dos veces en el ascensor?

—Sí. —Mortificada, Tia bajó la mirada a sus manos—. Pero eso era

diferente. Eso sí era paranoia.

Sólo que, pensó, resulta que al final tenía razón y había escapado de un inglés chiflado.

—Ha hecho grandes avances —prosiguió el hombre—, y muy importantes. Fue capaz de afrontar su fobia a viajar. Se enfrentó a su miedo a tratar con el público. Ha pasado cuatro semanas seguidas explorándose a sí misma y sus capacidades, y ha expandido su zona de seguridad. Tendría que estar orgullosa.

Y, para demostrar que él estaba orgulloso de ella, se inclinó hacia delante y le dio unas suaves palmadas en el brazo.

—El cambio, Tia, el cambio plantea nuevos desafíos. Como ya hemos hablado otras veces, tiene tendencia a crear situaciones imaginarias en su cabeza, situaciones exóticas y complicadas en las que se encuentra rodeada o acosada por alguna clase de peligro o amenaza. Una enfermedad fatal, un complot internacional, que hace que se repliegue a la zona de seguridad de su apartamento. No me sorprende que, al encontrarse en territorio conocido otra vez y tener que enfrentarse a la fatiga mental y física de un viaje tan largo y absorbente, sienta la necesidad de reproducir el mismo patrón.

—No estoy haciendo eso —dijo ella en voz baja—. Ya ni siquiera veo el dichoso patrón.

—Bueno, trabajaremos ese punto en la próxima sesión. —Se inclinó hacia delante para darle otra palmada en el brazo—. Por el momento, creo que lo mejor será que volvamos a las dos sesiones semanales. No lo vea como un paso atrás, sino como un nuevo principio. Angela le dará hora.

Tia lo miró, miró su rostro afable, la barba recortada, el toque de gris en las sienes. Era como un padre afectuoso, indulgente y desdenoso.

Si había un patrón en su vida, pensó Tia cuando se ponía en pie, era ése.

—Gracias, doctor.

—Quiero que continúe con sus ejercicios de relajación y visualización.

—Por supuesto. —Tia cogió su bolso, fue hacia la puerta y se volvió—. ¿Todo lo que acabo de contarle es una alucinación?

—No, Tia, claro que no. Creo que es algo muy real para usted, una combinación de hechos reales e imaginación. Lo exploraremos. Entretanto, quiero que considere por qué le resulta más cómodo vivir encerrada en su mente que salir al mundo exterior. Hablaremos de ello en la próxima sesión.

—No me siento nada cómoda en mi cabeza —dijo ella con calma. Salió a recepción y se fue sin pedir hora.

El hombre no había creído una palabra de lo que le había contado. Y lo peor, pensó mientras bajaba en el ascensor, había despertado sus dudas y ahora ni siquiera ella estaba segura de creerlo.

Aquello había pasado. No estaba loca, maldita sea. No era ninguna lunática que se ponía papel de plata sobre la cabeza para alejar las voces extrañas, por el

amor de Dios. Era una mitóloga, una escritora de renombre, una adulta funcional. Y, añadió para sus adentros sintiéndose cada vez más enfadada, era una persona cuerda. Se sentía más cuerda, más firme, y más fuerte que nunca en su vida.

No se escondía en su apartamento. Trabajaba allí. Tenía una meta, una fascinante. Demostraría que no tenía delirios. Demostraría que podía mantenerse por su propio pie, que era una mujer sana —bueno, moderadamente sana— con una buena cabeza y una firme voluntad.

Cuando salió con paso decidido a la calle, sacó su móvil y marcó un número.

—¿Carrie? Soy Tia. ¿Podrías pedirme una cita de emergencia tu salón de belleza? ¿Cuándo? Ahora. Ahora mismo. Perfecto.

—¿Estás segura?— Carrie aún estaba sin respiración por la carrera que se había pegado desde sus oficinas en Wall Street hasta Bella Donna.

—Sí. No.

Estaban sentadas en las aerodinámicas sillas de la sala de espera del salón de belleza, y Tia cogió la mano de Carrie. La música ambiente tecno se oía a todo volumen, y una de las estilistas, una mujer raquílica vestida toda de negro, llevaba el pelo peinado con una forma terrorífica de nube magenta.

Tia ya notaba sus vías respiratorias cerrarse ante el asalto de los olores del salón de belleza, peróxido y quitaesmaltes, y perfume sobrecalentado.

El sonido de los secadores le sonaba como motores de aviones. Le iba a dar una migraña, urticaria, parada respiratoria. ¿Qué hacía ella allí?

—Será mejor que me vaya. Ahora mismo. —Rebuscó en su bolso tratando de localizar su inhalador.

—Voy a quedarme contigo, Tia. Voy a vigilarte en esto a cada paso. —Carrie había cancelado dos reuniones para poder estar allí—. Julián es un genio. De verdad. —Y le oprimió a Tia la mano que no necesitaba para utilizar el inhalador—. Vas a sentirte una mujer nueva. ¿Cómo? —preguntó, porque Tia había musitado algo por lo bajo.

Tia retiró el inhalador y repitió:

—He dicho que justo ahora que empezaba a acostumbrarme a la vieja. Esto es un error. Sólo lo he hecho porque el doctor Lowenstein me ha puesto muy nerviosa. Mira, pagaré la hora, pero...

—Julián la está esperando, doctora Marsh. —Otra mujer delgada y vestida de negro.

¿Es que no había nadie allí que pesara más de cuarenta y seis kilos?, Pensó Tia algo frenética. ¿Nadie tenía más de veintitrés años?

—Yo la acompañaré, Miranda. —Con la voz jovial y alegre que ponen las madres cuando arrastran a sus hijos a la silla en el dentista, Carrie hizo levantarse

a Tia—. Verás como acabas dándome las gracias. Confía en mí.

A Tia la vista se le nubló mientras pasaban ante peluqueros, clientes, brillantes botes de champú y relucientes vitrinas de cristal con docenas y docenas de productos con una presentación impecable. Débilmente, oía el sonido de las diferentes conversaciones y una risa que parecía algo malsana.

—Carrie.

—Sé valiente. Sé fuerte. —Dirigió a Tia hacia un gran cubículo de color negro y plateado. El hombre que estaba en pie junto a la gran silla de cuero era bajito y estilizado como un galgo, con el pelo rubio oxigenado cortado en forma de solideo.

Por alguna razón, su imagen le hizo pensar a Tia en un Eros muy sofisticado y eso no la tranquilizó lo más mínimo.

—Bueno —empezó, comiéndose las vocales al hablar como hacían los neoyorquinos—, así que por fin vamos a conocer a Tia. —Echó una ojeada a su tez pálida y evaluó a su presa—. ¡Louise! Trae un poco de vino. Siéntate.

—Es que estaba pensando que...

—Siéntate —repitió el hombre interrumpiéndola, y luego se inclinó para besar a Carrie en la mejilla—. ¿Le das apoyo moral?

—Sí.

—Carrie y yo no hemos dejado de maquinarnos cómo hacerlo para conseguir que te sentaras en esa silla. —Y la hizo sentarse empujándola ligeramente—. Y por lo que veo... —Enrolló en su dedo un mechón que se había escapado del recogido—. Llegas justo a tiempo.

—La verdad, no creo que necesite...

—Deja que sea yo quién decida lo que necesitas. —Cogió uno de los vasos de vino que Louise había traído y se lo entregó—. Cuando vas al médico, ¿le dices lo que necesitas?

—En realidad sí. Pero...

—Tienes unos ojos preciosos.

Tia pestañeó.

—¿Ah, sí?

—La forma de las cejas es perfecta. Una estructura facial muy fina —añadió, y se puso a palparle el rostro con las puntas de los dedos, muy suaves y fríos—. Una boca muy sensual. El lápiz de labios que llevas no es el adecuado, pero eso ya lo arreglaremos. Sí, una bonita cara. Pelo apagado y desfasado. — Con un par de toques quitó las horquillas y el pelo se soltó.

—No te pega nada. Te escondes detrás de tu pelo, Tia, bonita. —Giró la silla para que se viera en el espejo, pegando la cara a su cabeza—. Y yo te voy a descubrir.

—¿Sí? Pero ¿no crees...? ¿Y si no hay nada interesante que mostrar?

—Creo que te infravaloras. Y crees que los demás van a hacerlo también.

Mientras Tia aún pestañeaba por aquellas palabras, una de las jovencitas delgadas empezó a enjabonarle el pelo en uno de los lavabos negros. Cuando se le ocurrió preguntar si utilizaban productos hipoalergénicos, ya era tarde.

Luego la volvieron a llevar a su silla, de espaldas al espejo, con un vaso de buen vino blanco en la mano. El hombre le hablaba. Le preguntaba qué hacía, con quién salía, qué cosas le gustaban. Cada vez que ella daba una respuesta imprecisa o preguntaba qué hacía él, el hombre contestaba con otra pregunta.

Cuando, en un determinado momento, Tia cometió el error de bajar la vista y mirar los mechones cortados que se amontonaban en el suelo, sintió que la respiración se le atragantaba. Unos puntitos blancos empezaron a bailar ante los ojos y como de lejos oyó la voz asustada de Carrie.

Lo siguiente que recordaba era a Julián poniéndole la cabeza entre las rodillas y sujetándola así hasta que su ritmo cardíaco se normalizó.

—Tranquila, cariño. ¡Louise! Necesito un paño húmedo.

—Tia, Tia, sobreponete.

Tia abrió los ojos y se encontró a Carrie acucillada en el suelo, delante de ella.

—¿Qué? ¿Qué?

—Sólo es un corte de pelo, no una operación de cerebro.

—Una situación traumática es una situación traumática. —Julián le colocó el paño húmedo sobre la nuca—. Ahora quiero que te incorpores lentamente en el asiento. Respira hondo. Así. Otra vez. Y ahora háblame de ese irlandés que Carrie mencionó.

—Es un cerdo —dijo Tia débilmente.

—Todos lo somos. —Las tijeras empezaron a cortar otra vez, inquietantemente cerca de su cara—. Háblame de eso.

Y ella lo hizo, y cuando vio que el hombre reaccionaba ante su historia con sorpresa, fascinación, placer —no como Lowenstein—, se olvidó de su pelo.

—Increíble. Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Ella lo miró y él echó la silla hacia atrás.

—¿Qué?

—Tienes que ir a Irlanda, encontrar a ese Malachi y seducirlo.

—¿Ah, sí?

—Es perfecto. Le sigues los pasos, lo seduces para sacarle toda la información que puedas de las estatuillas, lo añades a lo que has descubierto por tu cuenta y estarás por delante de todos. Vamos a ponerte unas mechas, animarte un poco, sobre todo alrededor de la cara.

—Pero no puedo... ir. Además, a él no le intereso realmente en ese aspecto. Y no está bien utilizar el sexo como arma.

—Cielo, cuando una mujer lo utiliza conmigo, me siento más que agradecido. Tienes una piel estupenda. ¿Qué te pones?

—Oh, bueno, últimamente me pongo ese nuevo producto del que leí. Todo ingredientes naturales. Pero hay que mantenerlos refrigerados, y es un poco inconveniente.

—Yo tengo algo mejor. ¡Louise! BioDerm, tratamiento facial completo. Normal.

—Oh, bueno siempre hago unas pruebas antes de probar ningún producto nuevo.

—No te preocupes. —Metió un cepillito plano en un pequeño cuenco y lo sacó empapado en una sustancia pegajosa de color púrpura apagado—. Tú estírate y relájate.

No era fácil relajarse cuando una desconocida te estaba poniendo potingues en la cara, y tenías el pelo —lo que quedaba de él— lleno de una pasta y papel de plata. Y no la dejaban mirarse en el espejo.

Pero Julián le dio otro vaso de vino, y Carrie permaneció fielmente a su lado.

De alguna forma consiguieron convencerla para que se depilara las cejas y las tiñera para darles más definición y, cuando le aclararon el pelo, la maquillaron. Cuando por fin Julián se puso a secarle el pelo, Tia estaba tan cansada y achispada que casi se cayó de la silla.

Quien dijera que pasar una tarde en un salón de belleza era un lujo tenía un perverso sentido del humor.

—Mantén los ojos cerrados —le ordenó Julián, y la cabeza le bailó un poco por el vino cuando hizo girar la silla—. Ahora abre los ojos y mira a Tia Marsh.

Tia abrió los ojos, miró al espejo y sintió una vaharada de puro pánico.

¿Dónde estaba?

La mujer que la miraba desde el espejo tenía una luminosa melena con un llamativo flequillo que se arqueaba sobre las cejas. Sus ojos eran enormes y azules, la boca grande y roja. Y cuando Tia abrió la boca por la sorpresa, ella también lo hizo.

—Parezco... parezco un hada.

De nuevo Julián se agachó para pegar su cabeza a la de ella.

—No vas tan desencaminada. Las hadas son fascinantes, ¿no crees? Despiertas, luminosas e impredecibles. Eso es lo que pareces.

El rostro de Carrie apareció con el de ellos en el espejo por un vertiginoso segundo. Tia se imaginó con tres cabezas, ninguna de las cuales era realmente la suya.

—Tienes un aspecto fabuloso. —Una lágrima se deslizó por el rostro de Carrie—. Estoy muy feliz, Tia. ¡Mira! Mírate.

—Vale. —Respiró hondo—. Vale. —Y con tiento se llevó la mano a la nuca—. Me siento tan rara... —Sacudió un poco la cabeza, rio un poco—. Qué ligera. Pero no parezco yo.

—Sí, si lo pareces. Eso es lo que tenías escondido. Déjame alguna fotografía

—pidió Julián.

Desconcertada, Tia rebuscó en su bolso, luego en la cartera, y sacó su tarjeta del banco.

—¿Cuál de las dos quieres ser? —le preguntó él.

Tia miró la fotografía, miró al espejo.

—Me llevo todo lo que me has puesto hoy y quiero otra cita dentro de cuatro semanas.

Se había gastado mil quinientos dólares. Mil quinientos dólares en vanidad. Y, pensó mientras iba sentada en el taxi con una bolsa a rebosar de productos de belleza, no se sentía culpable por ello.

Se sentía exultante.

Estaba impaciente por llegar a casa y volver a mirarse en el espejo. Y luego otra vez. Pero, como no podía, metió la mano en el bolso y abrió su polvera. La sujetó dentro del bolso para que el taxista no la viera y la ladeó hacia arriba. Y le sonrió a su imagen.

No era una mujer corriente. Tampoco era guapa, desde luego pero no tenía nada de común. A su modo hasta podía decirse que era mona.

Estaba tan embebida en su imagen que no se dio cuenta de que paraban ante su edificio hasta que desde la radio, la voz de la presentadora Rosie O'Donnell le recordó que tenía que recoger sus cosas. Sofocada, Tia dejó la polvera, buscó con nerviosismo un dinero que normalmente ya hubiera tenido preparado y, haciendo equilibrios con su bolso y la bolsa de la compra, se apeó.

Como resultado, el bolso se le cayó en la acera y Tia tuvo que recoger sus cosas deprisa y corriendo. Cuando se incorporó y dio un paso hacia el edificio, casi choca con una pareja que se había puesto en su camino.

—¿Doctora Marsh?

—¿Sí? —contestó ella sin pensar, mirando a una morena alta y guapa que había estado llorando.

—Necesitamos hablar con usted —empezó el hombre, y Tia reconoció el acento irlandés. Del mismo modo que, cuando lo miró a él, reconoció enseguida el parecido, y el nombre.

—Es un Sullivan —dijo con amargura, como si fuera una maldición.

—Sí, lo soy. Me llamo Gideon. Ésta es Cleo. ¿Podemos subir a su casa un momento?

—No tengo nada que hablar con ustedes.

—Doctora Marsh. —Le puso una mano en el hombro cuando ella ya se iba.

Ella se zafó de la mano, sorprendiéndolos a ambos por la rapidez y la rabia que puso en el gesto.

—No me toque o me pondré a gritar. Puedo gritar muy alto cuando quiero.

Gideon comprendía y respetaba la ira en una mujer, así que levantó la mano, mostrando la palma, en señal de tregua.

—Sé que está enfadada con Mal, y no la culpo por ello. Pero el caso es que en estos momentos no tenemos a nadie a quien recurrir, nadie que sea seguro. Tenemos problemas.

—Eso no es asunto mío.

—Déjala en paz, guaperas —dijo Cleo con dejadez, algo tambaleante por el *whisky*—. De todas formas, todo se ha ido a la mierda.

—Han estado bebiendo. —Tia olfateó el aire, sintiéndose ultrajada y olvidando convenientemente los dos vasos de vino que había tomado—. Qué desfachatez, presentarse aquí borrados y abordarme en plena calle. Señor Sullivan, mejor será que se quite de en medio antes de que llame a la policía.

—Sí, ella ha estado bebiendo. —Gideon volvió a cogerla del brazo, sintiendo que la ira lo dominaba—. Me he ocupado de que lo hiciera porque era la única forma que se me ha ocurrido de atontarla lo bastante para que pueda soportar la muerte de su mejor amigo. Asesinado por causa de las tres diosas del destino y de Anita Gaye. Puede desvincularse de esto si quiere, pero seguirá formando parte de ello, le guste o no.

—Está muerto. —La voz de Cleo sonaba apagada y Tia reconoció en ella los estragos del dolor—. Mikey está muerto y no le devolverás la vida discutiendo con esta mujer. Vámonos.

—Se encuentra mal y está cansada —le dijo Gideon a Tia—. Se lo pido por ella, déjenos subir. Necesita un sitio donde quedarse hasta que piense lo que tengo que hacer.

—No necesito nada.

—Vengan conmigo. Maldita sea. —Tia se pasó la mano por su pelo recién cortado—. Vamos. —Pasó delante, entró en el edificio y llamó al ascensor.

¿No era de esperar que Malachi Sullivan encontrara la forma de estropearle aquel día maravilloso?

—Se lo agradezco, doctora Marsh.

—Tia. —Una vez en el ascensor, Tia golpeó el botón de su piso—. Ya que es probable que tu amiga se desmaye en mi casa, ¿para qué tanto formalismo? Ah, por cierto, odio a tu hermano.

—Entiendo. Se lo diré cuando lo vea. Casi no la reconocí ahí fuera. Malachi dijo que tenía el pelo largo.

—Lo tenía. —Abrió la marcha por el corredor hasta su apartamento—. ¿Cómo me has reconocido?

—Bueno, también dijo que eras rubia, guapa y de aspecto delicado.

Con un ronquido muy poco femenino, Tia abrió la puerta.

—Puedes quedarte hasta que tu amiga se encuentre mejor. —Tia dejó su bolso y la bolsa con las compras—. Y mientras puedes contarme qué haces aquí

y por qué crees que voy a creerme que Anita Gaye ha matado a nadie.

La expresión de Gideon se endureció y Tia volvió a notar el parecido. Malachí tenía la misma expresión de violencia apenas contenida cuando se encontraron su habitación patas arriba en el hotel de Helsinki.

Sí, puede que fueran hombres atractivos, con voz musical pero eso no significaba que no fueran peligrosos.

—No lo hizo ella personalmente, pero es la responsable. ¿Puede tumbarse en algún sitio?

—No necesito tumbarme. No quiero tumbarme.

—De acuerdo, entonces te sentarás.

Tia observó cómo Gideon arrastraba a la mujer al sofá con el gesto torcido. Tenía una voz brusca, pensó, y no especialmente agradable, a pesar de ese acento tan adorable. Pero trataba a la morena con suavidad, como si fuera un jarrón antiguo y frágil.

Y hacía bien en sentarla. Estaba blanca como el papel, y temblaba.

—Estás fría —oyó que decía él—. Por una vez haz lo que te digo. Sube los pies.

Le subió los pies al sofá él mismo, cogió la manta que estaba echada sobre el respaldo y la arropó bien con él.

—Siento todo esto —le dijo a Tia—. No podía arriesgarme a ir a un hotel, aunque tenía bastante para pagar el alojamiento de momento. No he tenido un minuto para pensar desde que todo esto ha empezado. Era una búsqueda, una aventura que comportaba ciertas molestias y gastos, y el riesgo de llevarse algún que otro puñetazo o una buena patada en el culo. Pero ahora es distinto. Ahora ha habido un asesinato.

—Estoy mareada. —Cleo se levantó del sofá, se tambaleó—. Lo siento. Estoy mareada.

—Por allí. —Tia señaló la puerta de la izquierda y por simpatía notó cierta sensación de náusea en el estómago. Gideon fue detrás de ella, pero la mujer le cerró la puerta en las narices.

Él se quedó con expresión de impotencia, luego apoyó la frente en la puerta.

—Creo que es por el *whisky*. Le hice beber mucho porque fue lo único que se me ocurrió.

Él también se sentía triste. Era evidente.

—Voy a preparar un té.

Él asintió.

—Te estaríamos muy agradecidos.

—Ven a la cocina, donde pueda verte y cuéntamelo todo.

—Mi hermano dijo que eras una persona muy frágil —comentó Gideon cuando la siguió a la cocina—. No suele equivocarse tanto con la gente.

—Es él quien dijo que una de las anticuarlas más reputadas de Nueva York es

una ladrona. Y según tú, también es una asesina.

—Eso es un hecho.

Algo inquieto, Gideon fue hasta el arco, miró a la puerta del tocador y volvió a la cocina.

Su hermano era más contenido. Al menos, se corrigió Tia, que ella supiera.

—Cogió algo que no era suyo —continuó Gideon—. Y como quiere más, ha subido las apuestas a un nivel injustificable. Un hombre ha muerto. Un hombre a quien conocí ayer y que me cedió su cama porque su amiga se lo pidió. Y ahora está muerto sólo por ser un buen amigo.

—¿Cómo conociste a Cleo?

—Le seguí la pista en Europa...

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Está relacionada con la segunda diosa.

—¿Cómo?

—A través de un antepasado. Pertenece a la familia White-Smythe. Uno de ellos fue coleccionista de antigüedades en Londres.

Muy bien, pensó Tia. Muy bien. Otra pieza que encajaba en el puzzle.

—Veo que reconoces el nombre. —Las palabras de Gideon le confirmaron a Tia que tendría que mejorar sus dotes de actriz—. Entonces, has estado indagando.

—Creo que, en estas circunstancias, soy yo quien tiene que hacer las preguntas.

—Y yo contestaré. Pero antes me harías un favor si me dejas hacer una llamada. Tengo que llamar a mi familia.

—No, lo siento.

—Llamaré a cobro revertido.

—No puedes usar este teléfono. Está intervenido. Puede que esté intervenido. O puede que todo esto no sea más que una complicada alucinación.

—¿Que está intervenido dices? ¿Tu teléfono?

—Eso me ha dicho otra de mis visitas sorpresa. —Se dio la vuelta—. Creo que, en general, me estoy tomando esto bastante bien, ¿no? Me refiero que, aquí me tienes, con dos desconocidos una que está vomitando en mi tocador y el otro contándose historias de lo más fantástico en la cocina. Y yo preparo un té. Creer que hasta el doctor Lowenstein estaría de acuerdo en que estoy progresando.

—No te sigo.

—¿Y por qué me ibas a seguir? Dime por qué crees que Anita es responsable de la muerte de ese hombre.

—Yo soy la responsable. —Cleo se aguantaba en pie contra el marco de la puerta. Aún estaba muy pálida, pero ya no tenía la mirada turbia—. Si no fuera por mí aún estaría vivo. Yo lo metí en esto.

—Soy yo quien te metió en esto —le recordó Gideon—. Así que, y a puestos,

también me puedes culpar a mí.

—Me gustaría. Quise actuar a tus espaldas. Lo hubiera justificado, y tú te hubieras llevado tu parte, pero lo cierto es que te estaba engañando y metí a Mikey en esto. La mujer debía de tener a aquellos hombres vigilando en la calle. Después de hablar con ella, bajamos y Mikey se fue por su lado y yo por el mío. Y ellos se dividieron para seguirnos, sólo que yo descubro que me siguen y, como soy tan jodidamente lista, lo despisto. Pero Mikey no sospecha nada, va directo a casa y aquel cabrón lo pilló allí. Si no hubiera estado conmigo, ni siquiera sabrían que existía.

—Quién iba a pensar que Anita llegaría a matar... —le dijo Gideon.

—Bueno, ahora ya lo sabemos. —Miró a Tia.

—Si lo que decís es verdad, ¿por qué no habéis ido a la policía?

—¿Para decirles qué? —Gideon se metió las manos en los bolsillos—. ¿Que creemos que una respetable mujer de negocios es directamente responsable del asesinato de un joven bailarín negro? ¿De un asesinato que seguramente tuvo lugar mientras ella estaba en algún lugar público o una reunión? Y luego los decimos que lo sabemos porque robó una estatuilla estando en Dublín y quería comprar otra, ¿no? Y supongo que cuando nos pidan alguna prueba podemos decirles que acepten nuestra palabra. Seguro que la detienen.

—Y en cambio esperáis que yo sí os crea. —Tia levantó la tetera burbujeante del fogón.

—¿Nos crees? —preguntó Gideon.

Ella lo miró, miró a Cleo.

—Sí, creo que os creo, pero tengo que saber si la demencia me viene de familia. Hay un sofá cama en mi oficina. Puedes dormir ahí esta noche.

—Gracias.

—No es gratis —le dijo a Gideon, y cogió la bandeja del té—. A partir de ahora dejo de ser un instrumento para ser parte activa de esta pequeña... búsqueda.

Cleo sonrió mientras observaba a Tia llevarse la bandeja a la sala de estar.

—Lo que, traducido, significa que te acaba de informar de que es tu jodida socia, guaperas.

—Sí, lo he hecho. ¿Limón o azúcar?

—Un accidente. —Anita estudió a los dos hombres que se habían presentado por la entrada privada de su oficina. Le estaba bien empleado por escoger la fuerza por encima de la inteligencia. Pero, en serio, les había encomendado una tarea tan sencilla, con instrucciones muy concretas y especificadas paso a paso.

—El hombre se puso como un loco. —La cara picada de viruelas de Cari Dubrowsky, el más bajito y corpulento, tenía una expresión beligerante. Antes de que Anita lo fichara para hacerle unos trabajos sucios, había trabajado de guarda en un club.

Anita no se equivocó al pensar que necesitaba trabajo y que no pondría peros por unas pocas minucias legales, ya que en dos ocasiones lo habían detenido por asalto y había escapado por los pelos de una acusación de homicidio involuntario.

Ése tipo de actividades no quedaban bien en un currículum.

En aquel momento el hombre permanecía en pie, con uno de los trajes oscuros Savile Row que ella le había pagado. Puedes vestirlos, pensó Anita. Pero no puedes cambiarlos.

—Sus instrucciones, señor Dubrowsky, eran seguir a la señorita Toliver y/o cualquier acompañante que pudiera llevar consigo a la reunión. Y detenerla a ella y/o sus acompañantes sólo si era necesario. Y, lo más importante, recuperar mi propiedad, utilizando la coacción física si tal acción estaba justificada. No recuerdo haber dado instrucciones de que se le partiera la cabeza a nadie.

—Fue un accidente —repitió el hombre con obstinación—. Yo seguí al negro y Jasper se ocupó de la chica. El negro fue al apartamento, como he dicho. Y yo entré detrás de él. Tuve que suavizarlo un poco para que prestara atención cuando le pregunté por la figura. La busqué por todo el piso y como no la encontré lo tuve que ablandar un poco más.

—Y dejó que contestara al teléfono.

—Pensé que podía ser la chica. La idea era amenazarlo para que no dijera nada mientras la chica estuviera al teléfono... o si Jasper la seguía, que le sacara lo que usted busca. Pero el tipo se puso a gritar, la previno, así que le di un buen golpe. Le di mal y se acabó. El tipo cayó mal y se jodió.

—Ya le he advertido sobre ese vocabulario, señor Dubrowsky —dijo ella con frialdad—. Me parece que el problema es que ha querido hacer usted algo en lo que no tiene mucha mano. Ha intentado pensar. No vuelva a hacerlo. Y por lo

que se refiere a usted, señor Jasper. —Anita se detuvo para dar un suspiro largo y resignado—. Estoy muy decepcionada. Confiaba en usted. Ésta es la segunda vez que no puede seguirle los pasos a una *stripper* de segunda.

—Tiene buenas piernas. Y no es tan tonta como usted piensa.

Marvin Jasper tenía expresión anodina y seguía llevando el mismo rapado que cuando estuvo en la policía montada durante su paso por el ejército. Él tenía la esperanza de que aquello se convirtiera en un puesto en la policía, pero lo tumbaron en el psicotécnico. Aún se sentía dolido.

—Por lo visto tiene la suficiente cabeza para superarlos a los dos. Ahora podría estar en cualquier parte, con la estatuilla.

Lo que es más, pensó, habían implicado a la policía. No tenía ninguna duda de que Dubrowsky era lo bastante estúpido para haber dejado alguna prueba. Huellas, un pelo, algo que, al final, lo vincularía al asesinato. Y que potencialmente podía implicarla a ella también.

—Señor Jasper, quiero que vuelva y tenga el apartamento vigilado. Tal vez ella vuelva. Si la ve, quiero que la rapte. Con rapidez y discreción. Luego póngase en contacto conmigo. Tengo un lugar donde podemos hablar de negocios en privado. Señor Dubrowsky, usted vendrá conmigo. Me ayudará a prepararlo todo.

Una de las ventajas de casarse con hombres ricos y viejos es que suelen tener montones de propiedades. Y los hombres de negocios inteligentes normalmente tienen esas propiedades enterradas bajo una maraña de empresas y burocracia.

El almacén de New Jersey era sólo uno de tantos. Anita lo había vendido el día antes a un promotor que pensaba convertirlo en uno de esos cavernosos almacenes baratos.

Una parada para comprar, caviló mientras el coche se deslizaba sobre el hormigón agrietado. No era precisamente comprar lo que tenía en la cabeza, pero desde luego, se ocuparía de aquel trabajo con una parada definitiva.

—El sitio está en la quinta mierda —musitó Dubrowsky, y bajo la escasa luz hizo una mueca cuando ella le ordenó con remilgos que moderara su lenguaje.

—Podemos tenerla aquí varios días si es necesario. —Anita fue hasta las puertas del muelle de carga, con cuidado de no engancharse los tacones de sus Pradas en las grietas—. Quiero que usted se encargue de la seguridad, que se asegure que, una vez la tenemos aquí, no se escapa.

—No hay problema.

—Éstas puertas de carga funcionan automáticamente y se necesita un código. Lo que me preocupa son las puertas laterales, las ventanas.

El hombre frunció los labios, y estudió el sucio edificio.

—Tendría que ser un mono para llegar a esas ventanas, y de todos modos tienen rejas.

Ella las observó también, como si considerara lo que el hombre había dicho. Puede que Paul le hubiera dejado cierta cantidad de propiedades, pero Anita se había tomado su tiempo para recorrerlas todas. Por dentro y por fuera.

—¿Qué me dice de los lados?

El hombre avanzó con dificultad y rodeó una esquina. Las malas hierbas brotaban entre la piedra rota y, aunque podía oír el sonido del tráfico de la autopista, era un sonido muy lejano. La quinta mierda, pensó otra vez, meneando la cabeza.

—Ésta entrada lateral tiene la cerradura rota —dijo levantando la voz.

—¿Ah, sí? —Anita ya lo sabía. Para la tasación le habían hecho un informe completo—. Eso será un problema. Me pregunto si estará cerrada desde dentro.

El hombre dio un fuerte empujón contra la puerta, se encogió de hombros.

—Podría ser. O está atascada.

—Bueno, no... No —dijo después de pensarlo un momento—. Lo mejor es comprobar si podemos entrar por esa puerta y así sabremos lo que hay que hacer. ¿Puedes echarla abajo?

El hombre tenía la complexión de un toro y se enorgullecía por ello. Se enorgullecía tanto que no se le ocurrió preguntar por qué no se limitaba a abrir la dichosa puerta.

Abalanzarse con toda su mole contra la gruesa madera de puerta alivió el ego que la mujer había ofendido en la oficina. Odiaba a aquella puta, pero al menos pagaba bien. Aunque eso no significa que estuviera dispuesto a tolerar que ninguna mujer lo criticara.

Se imaginó que ella era la puerta, le pegó una buena patada e hizo saltar el débil pestillo del interior.

—Como papel —declaró—. Tendría que instalar una puerta de acero, o una cerradura de seguridad si quiere mantener a raya a vándalos y curiosos.

—Tiene razón. Dentro está oscuro. Llevo una linterna en el bolso.

—El interruptor de la luz está aquí mismo.

—¡No! No queremos que nadie sepa que estamos aquí. —La mujer enfocó el débil haz de luz hacia dentro y observó el recinto. Otro cuadrado de hormigón, oscuro, polvoriento y con olor a roedores.

Es perfecto, pensó.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ahí, en el rincón —dijo ella señalando con la linterna.

Él se acercó y dio una patada por inercia.

—Sólo una vieja lona. Si quiere que la tengamos aquí durante un tiempo tendrá que pensar cómo hacernos llegar la comida.

—No tendrá que preocuparse por eso.

—No hay ningún local de comida china rápida en la esquina —empezó a

decir el hombre dándose la vuelta. Vio que la mujer sostenía una pistola en la mano, con la misma firmeza que el bolígrafo linterna—. ¿Qué coño...?

—Ésa boquita, señor Dubrowsky —dijo chasqueando la lengua, y disparó.

Notó el retroceso de la pistola, el disparo resonó, y eso la hizo estremecerse.

Tambaleándose, el hombre dio un paso hacia ella, así que volvió a disparar, y luego otra vez. Cuando se desplomó, rodeó con mucho cuidado el charco de sangre que se extendía lentamente sobre el suelo de hormigón. Ladeando la cabeza como si estuviera estudiando alguna baratija en un escaparate, le disparó una última bala en la nuca.

Era el primero, su primer asesinato. Y ahora que estaba hecho bien hecho, la mano empezó a temblarle ligeramente y sintió que la respiración se le aceleraba. Enfocó la luz hacia las pupilas del hombre, para asegurarse. La luz vacilaba un poco, así que se agachó y vio que los ojos estaban abiertos. Vacíos.

Paul también se quedó así cuando ella estuvo esperando el ataque definitivo con la medicación sujeta en su puño. Aquello no contaba como asesinato. Más bien fue cuestión de paciencia, pensó serenándose.

Retrocedió, cogió la vieja escoba del rincón y barrió meticulosamente el polvo, desdibujando sus huellas de camino a la puerta. Luego sacó un pañuelo de seda con ribete de encaje del bolso, limpió el mango de la escoba antes de tirarla a un lado y, cubriéndose la mano con el pañuelo, cerró la puerta.

Ahora no encajaba bien, pensó, porque Dubrowsky había destrozado convenientemente el marco. Un caso clarísimo de allanamiento, de asesinato.

Finalmente, limpió bien la Beretta no registrada de su difunto marido y la arrojó tan lejos como pudo entre los matorrales que rodeaban la parcela. La policía la encontraría, claro. Y ella quería que la encontraran.

Lo único que la vinculaba a aquel lugar era el hecho de que el edificio había pertenecido a su marido. No había nada que la vinculara a aquel desagradable hombrecito que se ganaba la vida rompiendo brazos. No había registros de empleo, ni formularios de impuestos, ni testigos de sus tratos. Excepto Jasper. Y no creía que fuera corriendo a la policía cuando supiera que su socio había muerto.

No, tenía la sensación de que Marvin Jasper iba a convertirse en un empleado modélico. Nada como un pequeño incentivo para inspirar lealtad y ganas de trabajar.

Volvió al coche y, una vez dentro, se alisó el pelo y se repasó el lápiz de labios.

Se fue de allí completamente convencida de que, si quieres algo bien hecho, lo mejor es hacerlo tú misma.

Jack despertó oyendo campanas. Su bonito tañido lo sacó de un sueño profundo.

Estaba tendido sobre la colcha y notó la brisa que entraba por la ventana que había dejado abierta.

El aire olía a mar, y eso le gustaba. Por un momento se quedó como estaba, dejando que la brisa lo bañara, hasta que las campanadas se convirtieron en un eco.

Había llegado a Cobh demasiado temprano para hacer otra cosa que no fuera admirar el puerto y la disposición general del paisaje.

Lo que en otro tiempo fue un puerto desde donde los inmigrantes decían adiós a su tierra, se había convertido casi en una ciudad de reposo. Bonita como una postal. Desde su ventana tenía una bonita vista de la zona baja del pueblo, la plaza y el mar. En otras circunstancias se hubiera tomado su tiempo para conocer el lugar, sus ritmos, el carácter de la gente. Eso es lo que le gustaba de viajar solo.

Pero en aquella ocasión sólo le interesaba una persona. Malachi Sullivan.

Su idea era averiguar lo que necesitaba, hacer su segunda parada y volver a Nueva York en tres días. Tenía que tener vigilada a Anita Gaye, y lo haría mucho mejor estando en Nueva York.

Cuando terminara allí, volvería a ponerse en contacto con Tia Marsh. Es posible que supiera más de lo que ella pensaba o de lo que había querido traslucir.

Pero, dejando aparte los negocios, trataría de encontrar un rato para hacer un peregrinaje antes de irse de Cobh. Consultó su reloj y decidió pedir que le subieran el café y un desayuno ligero antes de ducharse.

El camarero del servicio de habitaciones tenía la cara cubierta de pecas.

—¿No hace un día estupendo? —dijo mientras le colocaba la comida—. Es perfecto para visitar los diferentes lugares. Si necesita algún preparativo para hacer excursiones, señor Burdett, el hotel se encargará de todo con mucho gusto. Es posible que mañana llueva, así que quizá le interese aprovechar el buen tiempo. ¿Desea algo más?

Jack cogió la pequeña tarjetita con la cuenta.

—¿Conoce a un tal Malachi Sullivan?

—Ah, lo que usted quiere es un bote.

—¿Perdón?

—Le interesa el recorrido por el cabo Kinsale, donde se hundió el *Lusitania*. Es un paraje muy bonito, a pesar de lo trágico. En esta época los barcos salen tres veces al día. El primero ya habrá zarpado, pero el segundo sale a mediodía, así que tiene tiempo de sobra. ¿Quiere que le reservemos un pasaje?

—Gracias. —Jack añadió una generosa propina—. ¿Es el mismo Sullivan quien hace el recorrido?

—Uno de los dos —dijo el chico alegremente—. Gideon está fuera estos días (es el segundo hijo), así que es probable que sean Mal o Becca, o alguno de los Curry, que están a punto de convertirse en primos de los Sullivan. Es una empresa familiar, y vale lo que paga. Le haremos la reserva, usted sólo tiene que estar en

el embarcadero a las doce menos cuarto.

Así que, después de todo, sí tendría tiempo para pasear un poco.

Jack recogió su billete para el tour en recepción y se lo metió en el bolsillo. Bajó por la empinada calle hacia la plaza, donde el ángel de la paz se erguía sobre las estatuas de los pescadores que lloraban las muertes del *Lusitania*.

Era una elección muy evocadora, pensó, los hombres con ropas toscas, los rostros desencajados. Hombres que se ganaban la vida en el mar y que lloraban a unos extraños que el mar se había llevado.

Muy irlandés, supuso, y muy acertado.

Más allá, había un monumento al malogrado *Titanic*, y los irlandeses que fallecieron en él. Alrededor, había tiendas, engalanadas con barriles y cestas de flores que convertían lo triste en pintoresco. Eso, pensó, seguramente también era típico de los irlandeses.

Por las calles, la gente entraba y salía de las tiendas, paseaba o iba ocupada en sus asuntos.

Las calles secundarias subían por imponentes colinas, bordeadas por casas pintadas cuyas puertas se abrían directamente a estrechas aceras o a minúsculos y arreglados jardines delanteros.

Sobre su cabeza, el cielo era de un azul intenso y límpido que se reflejaba en las aguas del puerto de Cork.

En el muelle, el mismo muelle que funcionaba cuando White Star y Cunard tenían sus grandes barcos, se estaban reparando barcos.

Caminó por el embarcadero y estudió el barco de los Sullivan.

Tendría capacidad para unas veinte personas y parecía barco para fiestas, con su carpa roja sobre la cubierta para proteger a los pasajeros del sol. O, más probablemente, de la lluvia. Los asientos también eran rojos, en un alegre contraste con el reluciente blanco del casco. La leyenda roja del costado la identificaba como *La doncella de Cobh*.

Ya había una mujer a bordo, y Jack la observó mientras ella comprobaba el número de chalecos salvavidas, los cojines de los asientos, y marcaba en una carpeta.

Vestía con unos vaqueros, casi blancos por las zonas de mayor roce, y un jersey azul que se había arremangado hasta los codos. Con aquella ropa se la veía esbelta y menuda. Un revoltijo de rizos asomaban bajo la gorra azul y le llegaban al hombro. De un color que su madre hubiera definido como pelirrojo.

Unas gafas oscuras y la visera de la gorra le ocultaban buena parte de la cara, pero lo que veía —boca grande sin pintar, una mandíbula fuerte— era un bonito añadido al conjunto.

La chica avanzó con paso seguro y rápido mientras el barco cabeceaba, y

continuó con las comprobaciones en el puente.

Aquella no era Malachi Sullivan, claro, pero tenía relación con él.

—¡Ah del *Doncella*! —exclamó, y esperó en el embarcadero mientras ella se daba la vuelta, ladeando la cabeza, para mirar.

—Hola. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Voy en la próxima excursión. —Se sacó el billete del bolsillo y lo sostuvo en alto mientras el viento lo sacudía—. ¿Se puede subir ya?

—Claro, si quiere. Pero no saldremos hasta dentro de veinte minutos.

Se colocó la carpeta bajo el brazo y se acercó, preparada para ofrecerle la mano y ayudarle a salvar el hueco que había entre el bote y el embarcadero. Pero se dio cuenta de que no la necesitaba. Aquél hombre era ágil y estaba en forma. Muy en forma, pensó Becca admirando su físico.

También le gustó la cazadora de cuero que llevaba puesta, y su aspecto gastado y suave. Tenía debilidad por la textura de las cosas.

—¿Tengo que darle esto?

—Sí, desde luego. —Ella le cogió el billete, giró la carpeta y pasó una página para comprobar la lista de pasajeros—. El señor Burdett, ¿verdad?

—Sí. ¿Y usted es...?

Ella lo miró, luego se cambió la carpeta de mano para estrecharle la mano que le ofrecía.

—Me llamo Rebecca. Y hoy seré la capitana y guía del viaje. Aún no he puesto el té al fuego, pero enseguida voy a ello. Póngase cómodo. Hace un día bonito para navegar, y me encargaré de que tengan un buen viaje.

Estoy seguro, pensó Jack Rebecca, Becca, Sullivan. Tenía la mano pequeña y fuerte, y la daba con firmeza. Y voz de sirena.

Después de dejar la carpeta en un soporte, se dirigió a la popa y entró en una minúscula cocina. Él la siguió y, al darse cuenta, ella le sonrió con gesto amigable por encima del hombro.

—¿Es la primera vez que visita Cobh?

—Sí. Es muy bonito.

—Sí, es verdad. —Puso el hervidor en el único fogón que había y sacó lo que necesitaba para preparar el té—. Nos gusta pensar que es una de las maravillas de Irlanda. Explicaré parte de su historia durante el recorrido. Sólo hay doce pasajeros, así que tendré tiempo de sobra para contestar cualquier pregunta que tenga. ¿Es usted norteamericano?

—Sí. De Nueva York

La boca de la chica se frunció de disgusto.

—Parece que estos días todo el mundo va o viene de Nueva York

—¿Perdón?

—Oh, nada, nada. —Encogió los hombros—. Mi hermano acaba de salir para Nueva York esta mañana.

Maldita sea, pensó Jack, pero mantuvo una expresión neutra.

—¿Ha ido por vacaciones?

—Negocios. Pero lo verá todo, ¿no? Otra vez. Y yo nada. —Se quitó las gafas de sol y se las sujetó en el jersey para contar las cucharadas de té.

Jack pudo examinar su rostro con más detalle. Era mejor, mucho mejor de lo que imaginaba. Ojos de un verde fresco y nebuloso, en contraste con una piel blanca y pura como el mármol Y, como estaba lo bastante cerca para percibir su olor, olía a melocotones y miel.

—Nueva Yorkes muy emocionante, ¿verdad? La gente, los edificios. Tiendas, restaurantes, teatros. De todo, y reunido en un mismo sitio. Me gustaría poder ir algún día. Perdona, los otros pasajeros están esperando en el embarcadero. Tengo que comprobar sus billetes.

El se quedó en la popa, pero se volvió lentamente a mirarla.

Ella hizo subir a los pasajeros y les dio la bienvenida, consciente de que el hombre la miraba. Cuando todos estuvieron instalados, hizo las recomendaciones habituales de seguridad. En el momento en que las campanas de la catedral empezaban a tocar las doce, zarparon.

—¡Gracias, Jimmy! —dijo saludando con la mano al chico que soltó el cabo, y salió al puerto. Pilotaba con una mano, y con la otra cogió el micrófono.

—Durante los próximos minutos, van a escuchar a mi madre, Eileen. Ella nació aquí, en Cobh, aunque nos tiene prohibido que mencionemos el año de tan feliz acontecimiento. Sus padres también nacieron aquí, y los padres de sus padres. Así que conoce bien la zona y su historia. Yo también tengo cierta idea, así que si tienen alguna pregunta, cuando termine de hablar pueden decir lo que quieran. Tenemos un día claro y despejado, así que espero que el viaje sea tranquilo y agradable. Que lo disfruten.

Estiró el brazo y puso la cinta que su madre había grabado, y luego se preparó para disfrutar del viaje ella también. Mientras la voz de la madre hablaba del puerto natural de Cobh, o su larga historia como puerto que en otro tiempo fue el punto de reunión de los barcos durante las guerras napoleónicas, así como uno de los principales puntos de partida en los tiempos de la emigración, la chica dirigía el barco para que los pasajeros pudieran disfrutar de la vista del pueblo desde el agua y apreciar todo su encanto, como se alzaba sobre una franja de tierra y sus calles subían abruptamente a la gran catedral neogótica que arrojaba su sombra sobre todo el conjunto.

Era una operación inteligente e incluso astuta. Con el encanto de la simplicidad. La hija sabía cómo manejar el barco y la madre sabía cómo dar un discurso y hacer que pareciera una narración.

Jack no estaba oyendo nada que no supiera. Había estudiado la zona a conciencia. Pero la voz afable del micrófono hacía que pareciera más cercana. Y eso era un regalo.

La travesía era tranquila, como la chica había prometido, y no había nada que objetar al paisaje. Cuando Eileen Sullivan empezó a hablar del 7 de mayo, Jack casi pudo imaginarlo. Un radiante día de primavera. El gran trasatlántico surcando con majestuosidad los mares, con muchos de los pasajeros mirando desde las barandas —como hacía él en esos momentos— a la costa de Irlanda.

Luego la estela de espuma blanca del torpedo que se dirigía a estribor. La primera explosión bajo el puente. La sorpresa, la confusión. El terror. Y, casi enseguida, la segunda explosión.

La lluvia de objetos sobre los inocentes; la gente que caía mientras el morro del barco se levantaba más y más. Y en los veinte horribles minutos que siguieron, la cobardía y el heroísmo, los milagros y las tragedias.

Algunos de los pasajeros disparaban sus cámaras o grababan con sus vídeos. Jack se dio cuenta de que algunas de las mujeres tenían lágrimas en los ojos. Jack estudió la tranquila superficie del mar.

«De la muerte y la tragedia —continuaba diciendo Eileen— surgió la vida y la esperanza. Mi bisabuelo viajaba en el *Lusitania*. Y sobrevivió por la gracia de Dios. Lo llevaron a Cobh, donde una bonita lugareña que se convertiría en su mujer lo atendió hasta que estuvo recuperado. Nunca volvió a Estados Unidos, ni viajó a Inglaterra como tenía planeado. En vez de eso, se estableció en Cobh, que en aquel entonces se llamaba Queenstown. Gracias a aquel suceso, yo existo y puedo contar esta historia. Y, aunque lloremos a los muertos, aprendemos a celebrar también a los vivos y respetar la mano del destino».

Interesante, pensó Jack, y durante el resto del viaje estuvo pendiente de Rebecca.

Ella contestó preguntas, bromeó con los pasajeros, invitó los niños a acercarse y coger el timón. Para ella aquello debía de ser algo rutinario, reflexionó Jack. Hasta monótono. Pero hacía que todo pareciera nuevo y divertido.

Otro don. Parece que los Sullivan los tenían en abundancia.

Jack hizo una o dos preguntas porque quería que ella lo tuviera presente también. Cuando volvieron a puerto, Jack decidió que había amortizado su dinero.

Mientras la chica hablaba con los pasajeros que iban bajando y posaba con ellos para sus fotografías, Jack esperó.

Se aseguró que se quedaba el último.

—Ha sido un viaje estupendo —le dijo.

—Me alegro de que lo hay a pasado bien.

—Su madre es una buena narradora.

—Sí. —Complacida, Rebecca se echó la gorra hacia atrás—. Mamá escribe los panfletos, los anuncios y esas cosas. Tiene facilidad de palabra.

—¿Va a volver a salir hoy?

—No, he terminado hasta mañana.

—Tenía intención de subir al cementerio. Parece una forma perfecta de

redondear la excursión. No me iría mal una guía.

Ella arqueó las cejas.

—No necesita guía para eso, señor Burdett. El camino está perfectamente señalizado, y hay carteles donde se explica la historia.

—Seguro que sabe usted más que los carteles. Y valoraría mucho su compañía.

Ella apretó los labios mientras lo estudiaba.

—Dígame, ¿quiere una guía o sólo busca una chica?

—Si acepta usted, tendré las dos cosas.

Ella rio y se dejó llevar por el impulso.

—Bueno, entonces acepto. Pero primero tengo que hacer una parada.

La chica compró flores, tantas que Jack se sintió obligado a ofrecerse a llevarle al menos una parte. Mientras caminaba, la joven saludaba o contestaba a los saludos de otros.

Con aquel jersey tan enorme a lo mejor parecía menuda, pero subía por las empinadas colinas sin ningún esfuerzo y, durante los tres kilómetros de caminata, siguió conversando sin que su voz delatara cansancio.

—Ya que veo que flirtea conmigo, señor Burdett...

—Jack

—Ya que veo que flirtea conmigo, Jack, tengo que suponer que no está casado.

—No lo estoy. Y, ya que pregunta, tendré que suponer que eso le importa.

—Por supuesto que me importa. No flirteo con hombres casados. —Y ladeó la cabeza mientras le estudiaba el rostro—. Normalmente tampoco lo hago con desconocidos, pero estoy haciendo una excepción porque me ha caído bien.

—Usted a mí también.

—Ya me lo parecía, porque me ha mirado más a mí que al paisaje durante la excursión. No puedo decir que me molestara. ¿Cómo se hizo esa cicatriz? —dijo tocándose la comisura de la boca.

—Un desacuerdo.

—¿Y tiene muchos?

—¿Cicatrices o desacuerdos?

Ella se rio.

—Desacuerdos que lleven a cicatrices.

—No tantos.

—¿A qué se dedica en su país?

—Tengo una empresa de seguridad.

—¿En serio? ¿Guardaespaldas y esas cosas?

—Eso es sólo una parte. Nos dedicamos sobre todo a la seguridad electrónica.

—Me encanta la electrónica. —Ella entrecerró los ojos al ver que la miraba

—. No me mire de esa forma. Que sea mujer no significa que no entienda de

dispositivos. ¿Trabaja para particulares o se dedica a bancos y museos?

—Los dos. Todo. Somos una multinacional. —Normalmente no fanfarroneaba sobre su empresa. Pero a ella quería decirselo. Como un adolescente que trata de impresionar a la animadora del equipo de béisbol, pensó mortificado—. Y somos los mejores. En doce años, hemos pasado de una sucursal en Nueva York a veinte a nivel internacional. Deme otros cinco, y cuando la gente piense en seguridad pensarán en Burdett, lo mismo que piensan en keenex cuando se habla de pañuelos de papel.

A ella no le pareció que fanfarroneara, sólo estaba orgulloso de sus logros. Y eso era algo que apreciaba y respetaba.

—Es bonito sentir eso. Nosotros también hemos hecho algo parecido, a menor escala, claro. Pero nos gusta así.

—¿Su familia?—preguntó él, recordándose el tema que le había llevado allí.

—Sí. Siempre hemos vivido del mar, pero sólo de la pesca. Luego empezamos con lo de los recorridos turísticos. Con un bote. Hace unos años perdimos a mi padre, fue muy duro. Pero, como le gusta decir a mi madre, hay que saber encontrar un lado positivo a lo malo. Así que yo me puse a pensar. Teníamos el dinero del seguro. Teníamos espaldas fuertes y buena cabeza. El turismo ha ayudado a transformar Irlanda, en el plano económico. Así que, qué podíamos hacer para sacar nosotros también un provecho económico.

—Excursiones en barco.

—Exacto. Con el barco que teníamos nos iba bastante bien. Y pensé que con aquel dinero podíamos comprar otros dos. Hice los cálculos, los gastos e ingresos potenciales y esas cosas. Así que ahora Sullivan Tours tiene tres barcos, además del barco de pesca. Y estoy pensando en incluir en el paquete lo que estamos haciendo en estos momentos. Una excursión guiada por la ruta al cementerio donde están enterradas las víctimas del *Lusitania*.

—¿Tú te encargas del trato con el público?

—Bueno, es Mal quien lleva la parte de la gente... las promociones y los saludos, se le da mejor. Gideon lleva la contabilidad porque le obligamos, aunque él prefiera encargarse del mantenimiento y las reparaciones; y además es muy organizado, y no soporta que las cosas no estén donde tienen que estar. Mi madre se ocupa de la copistería y la correspondencia y procura que no nos matemos entre nosotros. Y yo soy la de las ideas.

Hizo una pausa, señalando con el gesto las tumbas y la hierba alta del cementerio.

—¿Quieres pasear un poco por tu cuenta? La mayoría de la gente lo hace. Las fosas comunes están allá delante, junto con aquellos tejos. Al principio había olmos, pero los sustituyeron por tejos. Las tumbas están señaladas con tres losas de piedra caliza y placas de bronce, y hay otras veintiocho que son tumbas individuales. Algunas están vacías, porque nunca se recuperaron los cadáveres.

—¿Las flores son para ellos?

—No —dijo ella, y le cogió las flores de las manos—, son para mis muertos.

El cementerio se encontraba en lo alto de una colina rodeada de verdes valles. Las lápidas estaban salpicadas de líquenes, y algunas eran tan antiguas que el viento y la lluvia habían borrado las inscripciones. Algunas permanecían firmes como soldados, otras se ladeaban como borrachos.

En opinión de Jack, el hecho de que ambas cosas se alternaran, de que no hubiera un orden concreto, le daba a aquella colina una imagen más imponente y poderosa.

La hierba espesa del verano crecía en pequeños montecillos agrestes y se mecía por la brisa, despidiendo un intenso olor a vida. Sobre un número incontable de tumbas crecían flores o había ramos. Se veían coronas de flores protegidas con bolsas de plástico transparente, y otras contenían frascos de agua bendita traída de algún altar.

A Jack la idea le resultaba extrañamente conmovedora y desconcertante. ¿Qué servicio podía hacer el agua bendita a los ocupantes de una tumba?

Vio también flores recién cortadas junto a lápidas que llevaban allí noventa años o más. ¿Quién iba a llevar margaritas a gente que había muerto hacía tantísimo tiempo?

Era evidente que Rebecca quería estar un rato a solas y Jack, no queriendo violentarla, se dirigió solo hacia el manto verde que se extendía bajo los tejos. Vio las lápidas con las placas de cobre. Leyó las palabras.

Hubiera tenido que ser de piedra para no sentirse conmovido. Aunque era un hombre contenido, no era frío. Incluso él tenía un vínculo con aquello, y en aquellos momentos se preguntó por qué había tardado tanto tiempo en ir a aquel lugar.

El destino, pensó, el destino había vuelto a elegir el momento.

Miró atrás, más allá de las lápidas y la hierba, y vio a Rebecca colocando otro ramo sobre otra tumba. Se había quitado la gorra por respeto, supuso, y se la había metido en el bolsillo de atrás de los pantalones. Su pelo, de un delicado cobrizo, bailaba con la brisa que mecía la hierba que tenía a sus pies. Miraba a una lápida con una ligera sonrisa en los labios.

Mientras la observaba por encima de la hierba y las sombrías tumbas, Jack sintió que su corazón se sacudía. La sacudida lo impresionó, pero Jack no era hombre que no supiera ver un problema, se presentara en la forma en que se

presentara. Fue hacia ella.

Ella levantó la cabeza y, aunque su boca seguía esbozando aquella suave sonrisa, Jack intuyó que estaba alerta. ¿Lo habría sentido ella también, habría sentido aquella sacudida, aquella especie de... reconocimiento?

Cuando llegó a donde ella estaba, Rebecca cogió los dos últimos ramos con la otra mano.

—El suelo sagrado es poderoso.

Él asintió. Sí, ella también lo había sentido.

—Resulta difícil no estar de acuerdo con eso en estos momentos.

Ella estudió su rostro mientras hablaba, los rasgos duros y fuertes que le hacían ser a la vez menos que guapo y más. Y esos ojos, nublados y misteriosos...

Ése hombre sabía cosas, estaba segura. Y algunas de ellas eran maravillas.

—¿Crees en los poderes, Jack? Y no me refiero a los que vienen de la fuerza física o la posición. Sino a los que vienen del exterior de la persona, y de su interior.

—Creo que sí.

Ésta vez ella asintió.

—Yo también. Mi padre está ahí —dijo señalando una lápida negra de granito donde ponía el nombre de Patrick Sullivan—. Sus padres aún viven, aquí en Cobh, como los de mi madre. Y allá están mis bisabuelos, John y Margaret Sullivan, Declan y Catherine Curry. Y sus padres, más allá por el lado de mi padre.

—¿Les traes flores a todos?

—Cuando paso por aquí, sí. Es siempre la última parada. Mis tatarabuelos por parte de mi madre. —Se acuclilló para colocar las flores en la base de cada lápida.

Jack miró por encima de su cabeza y leyó los nombres.

El destino, pensó otra vez. Perra taimada.

—¿Felix Greenfield?

—No se ven muchos Greenfield en una tumba irlandesa, ¿verdad? —Se rio un poco, poniéndose en pie—. Era el hombre de quien mi madre hablaba en la cinta, el que sobrevivió al naufragio y se instaló aquí. Así que éste es el último sitio por donde paso, porque si él no hubiera sobrevivido aquel día, yo no estaría aquí para llevarle flores. ¿Has visto lo que querías?

—De momento sí.

—Bueno, será mejor que vengas a casa conmigo y tomemos un té.

—Rebecca. —Jack le tocó el brazo—. He venido aquí a buscarte.

—¿A mí? —Rebecca se echó el pelo hacia atrás y trató de controlar la voz a pesar del vuelco que le acababa de dar el corazón—. Eso es muy romántico, Jack

—En realidad vine buscando a Malachi Sullivan.

La expresión risueña de los ojos de Rebecca desapareció.

—¿A Mal? ¿Para qué?

—El destino.

Jack vio un destello de miedo en su rostro y observó con admiración que lo controlaba.

—Puedes volverte a Nueva York y decirle a Anita Gaye que se vaya al infierno.

—Lo haría encantado, pero no estoy aquí por Anita. Soy coleccionista y tengo... un interés personal por las diosas. Igualaré cualquier oferta que Anita os haya hecho y añado un diez por ciento.

—¿Pagarnos? ¿Pagarnos? —Sus mejillas enrojecieron de ira. ¡Oh, cuando pensaba cómo se había sentido sólo con mirarlo!—. Ésa zorra ladrona. ¡Oh! Estoy junto a la tumba de mi antepasado muerto y me has hecho maldecir. Pero ya que estoy, te diré que te puedes ir tú también al infierno.

Él suspiró, mientras ella rodeaba las tumbas y se dirigía a grandes zancadas hacia la carretera.

—Eres una mujer de negocios —le recordó mientras corría para alcanzarla—. ¿Por qué no hablamos? Porque si no, te recuerdo que yo soy más grande y más fuerte. No me obligues a hacerte una demostración.

—Así que esas tenemos. —Se volvió furiosa—. ¿Me vas a amenazar, me vas a pegar? Bueno, pues inténtalo, y ya veremos si no terminas con una o dos cicatrices más.

—Sólo te he pedido que no me obligues a enfadarme —señaló él—. ¿Por qué se ha ido tu hermano a Nueva York esta mañana?

—Eso no es asunto tuyo.

—Teniendo en cuenta que he recorrido cinco mil kilómetros para verle, creo que sí es asunto mío. —En lugar de responder a la indignación de ella indignándose también, mantuvo un tono tranquilo y razonable—. Y puedo decirte que, si ha ido a ver a Tia Marsh, no va a tener muy buen recibimiento.

—Estás muy mal informado, porque justamente es ella quien le paga el billete. Es un préstamo, claro —añadió con un gesto despectivo—. No somos sanguijuelas ni avaros. Y ha estado muy inquieto desde que Gideon llamó para decirle lo del asesinato.

—¿Qué? —Ésta vez aferró el brazo de la chica con una mano de hierro—. ¿Qué asesinato?

Ella estaba furiosa y le dieron ganas de escupirle y pegarle. El muy cerdo le había hecho sentir algo, desde el dichoso «ah del barco» del principio. Pero ahora veía algo más en él, frío y decidido. Y ese algo era porque acababa de enterarse de lo del asesinato.

—No pienso contarte nada hasta que sepa quién eres y qué pretendes.

—Soy Jack Burdett. —Se sacó la cartera y le enseñó su carnet de conducir—.

Nueva York Burdett Security and Electronics. Si tienes ordenador, puedes comprobarlo en la red.

Ella le cogió la cartera y estudió su identificación.

—Soy coleccionista, como he dicho. He hecho algunos trabajos para Morningside Antiquities y he sido cliente de ellos. Anita me enseñó las tres diosas como un cebo porque sabe que es el tipo de piezas que me interesan y que siempre encuentro lo que busco.

Ella le registró la cartera, y Jack trató de ser paciente. Pero entonces se la quitó de las manos y volvió a guardársela en el bolsillo.

—El error de Anita ha sido pensar que las buscaría para ella, o que podría saltarse mis medidas de seguridad y seguir mis movimientos. ¿Quién demonios se ha muerto?

—Eso no basta. Haré esa búsqueda por internet. Deja que te diga una cosa, Jack, yo también suelo encontrar lo que busco.

—Tia Marsh. —Eché a andar junto a Rebecca colina abajo—. Dices que ha pagado el billete de tu hermano. Entonces, ¿está bien?

Rebecca lo miró de reojo.

—Está bien, que yo sepa. La conoces, ¿verdad?

—Nos hemos visto una vez, pero me gustó. ¿Le ha pasado algo a sus padres?

—No. No tiene nada que ver con ella, y no pienso darte nombres hasta que me asegure que no estás metido.

—Quiero esas estatuillas, pero no lo bastante para matar por ellas. Si Anita está detrás, eso lo cambia todo.

—Por lo que se ve, parece que la consideras capaz de cualquier cosa.

—Es una mala bruja —dijo él a secas—. Me gustaba su marido; hice algunos trabajos para él. También he trabajado para ella. Mis clientes no tienen por qué gustarme. ¿Cómo llegó tu hermano hasta Anita?

—Porque... —se interrumpió, y torció el gesto—. No te lo pienso decir. ¿Cómo conseguiste el nombre de Malachi, si no te lo dijo ella?

—Tia lo mencionó. —Durante unos momentos, siguió caminando en silencio—. Mira, tú y tu familia tenéis un bonito negocio en este sitio —continuó—. Tendrías que olvidaros de todo este asunto. No tenéis ninguna posibilidad frente a Anita.

—Y tú qué sabes de lo que podemos o no podemos hacer. Antes de que todo esto se acabe, tendremos las tres diosas. Y si eres tan buen coleccionista, ya te puedes estar preparando para pagar.

—Pensaba que no erais unos avaros.

Rebecca notó el tono de broma del comentario y por eso no se ofendió.

—Soy una mujer de negocios, Jack, como tú mismo has dicho. Y puedo hacer tratos tan bien como el que más. Mejor que la mayoría. He estado investigando las estatuillas. Poniendo el juego completo a subasta en un sitio

como Wyley o Sotheby se podrían conseguirse más de veinte millones de dólares americanos. Más si se hace una publicidad adecuada.

—Pero si el juego no está completo, incluso teniendo dos de las tres, sólo conseguiríais una pequeña parte, incluso de un coleccionista interesado.

—Tendremos las tres.

Él dejó el tema y trató de seguirle el paso mientras subían una larga colina en los límites del pueblo. En lo alto había una casa con un bonito jardín y una bonita mujer arreglándolo.

La mujer se incorporó y se protegió los ojos con la mano. Cuando sonrió a modo de bienvenida, Jack advirtió enseguida el parecido en la boca.

—Bueno, Becca, ¿qué te has traído a casa?

—Jack Burdett. Le invité a tomar el té antes de saber que era un mentiroso y un falso.

—¿Es eso cierto? —La sonrisa de Eileen no se enfrió lo más mínimo—. Bueno, una invitación es una invitación. Soy Eileen Sullivan. —Y le tendió la mano por encima de la verja del jardín—. Madre de esta criatura tan hosca.

—Encantado de conocerla. Me gustó mucho su charla durante la excursión.

—Es usted muy amable. ¿Viene de Estados Unidos? —añadió mientras abría la verja.

—Nueva York He venido a Cobh con la esperanza de hablar con su hijo Malachi, sobre las tres diosas del destino.

—Claro, a ella vas y se lo cuentas todo desde el principio —espetó Rebecca—. Y a mí tenías que liar me fingiendo y flirteando.

—Ya he dicho que me gustaste y, como no creo que seas idiota, imagino que cuando un hombre te mira sabes que si no le gusta lo que ve es que tiene un serio problema. Lo que significa que sí ha habido flirteo, pero no engaño. He molestado a su hija, señora Sullivan.

Eileen asintió, divertida e intrigada.

—Es fácil molestarla. Quizá será mejor que hablemos dentro, antes de que los vecinos empiecen a cotillear. Kate Curry ya está espiando por la ventana. Así que ha venido de Nueva York —prosiguió, mientras caminaba por el corto sendero que llevaba a la puerta—. ¿Tiene familia allí?

—Ya no. Mis padres se mudaron a Arizona hace años. Les gusta el clima.

—Caluroso, imagino. Entonces, ¿no está casado?

—Ya no. Divorciado.

—Ah. —Eileen pasó a la salita—. Es una pena.

—Lo penoso era nuestro matrimonio. El divorcio fue lo mejor para los dos. Tiene una bonita casa, señora Sullivan.

A la mujer le gustó que lo dijera.

—Sí, siéntase como en su casa. Voy a poner ese té, luego hablaremos. Rebecca, atiende a nuestro invitado.

—Ma. —Después de dedicarle una mirada tempestuosa a Jack, Rebecca corrió detrás de su madre.

Jack oyó cómo cuchicheaban en el pasillo. Cómo discutían, decidió. No pudo distinguir las palabras, sólo la última. Ésa estaba muy clara.

—Rebecca Anne Margaret Sullivan, o te vas ahora mismo a esa salita y te comportas o ya sabremos por qué.

Rebecca volvió de mala gana y se dejó caer en la silla que Jack tenía delante. Tenía una expresión rabiosa y su voz era glacial.

—No pienses que me vas a camelar porque te hayas ganado a mi madre.

—Ni se me ha pasado por la imaginación. Rebecca Anne Margaret.

—Oh, cállate.

—Dime por qué ha vuelto tu hermano a Nueva York. Por qué crees que Anita está implicada en un asesinato.

—No te diré nada hasta que investigue con mi ordenador y compruebe si lo que has dicho es verdad.

—Pues adelante, hazlo —dijo él agitando la mano—. Yo te cubriré con tu madre.

Rebecca sopesó la ira de su madre frente a su curiosidad y, consciente de que lo iba a pagar caro, se puso en pie.

—Si una sola de las cosas que has dicho no es verdad, te echaré personalmente.

Caminó hasta la puerta y Jack vio que echaba un vistazo pasillo abajo, por donde su madre se había ido. Luego subió la escalera.

Jack se sintió comprensivo ante el miedo de la chica por su madre, así que se levantó y fue a la cocina.

—Espero que no le importe. —Y entró mientras Eileen cortaba un bizcocho en perfectos cuadrados—. Quería ver la casa.

—He oído a esa criatura subir la escalera, y eso que le he dicho expresamente que no lo hiciera.

—Es culpa mía. Le he dicho que comprobara mis datos. Las dos se sentirán más cómodas cuando lo haya hecho.

—Si no me sintiera cómoda no estaría en mi casa. —Dio unos toquitos con el cuchillo de hoja larga en el borde del plato y bajó los ojos, sonriendo ligeramente—. Sé cómo juzgar a un hombre cuando le miro a los ojos. Y sé cuidar de mí misma.

—Lo creo.

—Bien. Ahora ya sé por qué preparé este bizcocho esta mañana, aunque los chicos no están aquí para comérselo. —Se volvió hacia el fogón para terminar de preparar el té—. Para las visitas, la salita; para los negocios, la cocina.

—Entonces creo que toca cocina.

—Síntese y coma un poco de bizcocho. Cuando la chica se pone al

ordenador es imposible saber cuándo volveremos a verle la cara.

Jack no recordaba cuándo fue la última vez que comió un bizcocho casero, o en una cocina que no fuera la suya. Lo relajaba, e hizo que el tiempo le pasara sin agobios.

Pasaron treinta minutos o más antes de que Rebecca volviera y cogiera una silla.

—Es quien dice —le dijo a su madre—, y eso ya es algo. —Cuando quiso echar mano de un trozo de tarta, Eileen le apartó la mano de un manotazo.

—No te mereces mi pastel.

—Oh, ma.

—Por muchos años que tengas, no puedes desobedecer a tu madre sin pagar las consecuencias.

Rebecca torció el gesto, pero no intentó coger el pastel.

—Sí, ama, usted perdone. —Desvió los ojos y los puñales que había en ellos a Jack—. Me pregunto qué puede faltarle a una persona que tiene un piso en Nueva York, otro en Los Ángeles, y otro en Londres.

Aunque estaba sorprendido, Jack dio un sorbito a su té. Hacía falta mucho más que habilidad con los ordenadores para indagar tan a fondo.

—Viajo mucho, y prefiero estar en mi propia casa y no en un hotel cuando es posible.

—¿Y qué tienen que ver los asuntos personales de este señor con esto, Becca? El tono de censura de su madre la molestó.

—Tengo que conocer su carácter, ¿no? Aparece por aquí sin más cuando Mal acaba de irse, y después de ese horrible asunto de Nueva York, que es de donde él mismo admite que viene.

—Yo hubiera hecho lo mismo —dijo él asintiendo con el gesto—. Y más.

—Tengo intención de hacer más. Pero necesito tiempo. Lo que he descubierto es que te has registrado en tu hotel esta mañana temprano, con un coche alquilado. Y que reservaste la habitación hace un par de días. Eso fue antes de lo que pasó en Nueva York, así que no parece que puedas estar implicado.

Él se inclinó hacia delante.

—Dime quién ha sido asesinado.

—Un hombre que se llamaba Michael Hicks —dijo Eileen—. Descanse en paz.

—¿Trabajaba con vosotros?

—No. —Rebecca dio un resoplido, luego añadió—: Es un poco complicado.

—Se me dan muy bien las cosas complicadas.

Rebecca miró a su madre.

—Cielo, alguien se ha muerto. —Eileen apoyó una mano en la mano de su hija—. Un hombre inocente. Eso lo cambia todo. Y hay que hacer que las cosas vuelvan a la normalidad. Si hay una posibilidad de que Jack pueda ayudarnos,

tenemos que aprovecharla.

Rebecca se recostó contra la silla, estudió el rostro de Jack

—¿Nos ayudarás a hacer que pague por lo que ha hecho?

—Si Anita tiene algo que ver con el asesinato, me aseguraré que pague.

Tenéis mi palabra.

Rebecca asintió y, como aún quería pastel, cruzó las manos sobre la mesa.

—Cuéntalo tú, ma. Se te dan mejor las historias.

A Eileen se le daban bien las historias y, según descubrió Rebecca, Jack Burdett era un buen oyente. No hizo preguntas, ni comentarios, se limitó a ir dando sorbitos a su té y escuchar la historia de Eileen.

—Así que —concluyó— Malachi ha vuelto a Nueva York para hacer lo que sea necesario.

Jack asintió y se preguntó si aquella familia agradable y acogedora tenía idea de dónde se había metido.

—Así que esa Cleo Toliver tiene la segunda estatuilla.

—No ha quedado muy claro si la tenía o sabe dónde encontrarla. El chico que ha muerto era muy amigo suyo, y la pobrecita se culpa por ello.

—Y Anita sabe quién es pero no dónde está. Por el momento.

—Por el momento, sí —confirmó Eileen.

—Lo mejor es que siga así. Si ha matado una vez, es fácil que vuelva a hacerlo. Señora Sullivan, ¿cree que vale la pena que ponga en peligro a su familia?

—No pondría en peligro a mi familia por nada, pero ahora no se detendrán. Y me decepcionarían mucho si lo hicieran. Ha muerto un hombre, y su muerte tiene que haber servido para algo. Ésa mujer no puede robar y matar sin pagar por ello.

—¿Cómo consiguió arrebatarles la primera estatuilla?

—¿Cómo sabes eso? —exigió Rebecca—. Si no es que te lo ha dicho ella.

—Me lo dijiste tú —contestó él dócilmente—. La llamaste ladrona. Y pusiste flores en la tumba de tu tatarabuelo, un tal Felix Greenfield, que viajaba a bordo del *Lusitania*. Hasta hace muy poco, creía que la primera diosa se había hundido con Henry W. Wyley. Pero por lo que veo, la estatuilla y tu antepasado se salvaron. ¿Cómo fue? ¿Trabajaba para Wyley?

—Felix no fue el único superviviente —empezó a decir Rebecca.

—Oh, Becca, por el amor de Dios, el hombre no es tonto, sólo tenía que pensar con la cabeza. Me temo que Felix robó la estatua. Era un ladrón, pero se reformó. Se acababa de meter la figurilla en el bolsillo cuando el torpedo impactó contra el barco. Aunque pueda parecer una justificación, creo que estaba predestinado.

—La robó. —Una mueca se extendió por el rostro de Jack—. Es perfecto. Y luego Anita os la roba a vosotros.

—Es diferente —insistió Rebecca—. Ella sabía lo que era, Felix no. Se aprovechó de la reputación de su difunto marido cuando Mal se la llevó para que la tasara. Y luego utilizó su cuerpo para seducirlo... y siendo un hombre, eso no le fue difícil. Se rio de nosotros y eso... bueno, también pensamos vengarnos por eso.

—Si es una cuestión de orgullo, yo me lo pensaría un poco. Para Anita la gente como vosotros no es nada.

—Que lo intente.

—El orgullo no es un lujo —dijo Eileen con sobriedad—. Y no siempre implica vanidad. El hecho de sobrevivir cuando tanta gente murió cambió a Felix. Lo convirtió en otra persona por así decirlo. La diosa era un símbolo para él, y por eso ha permanecido en la familia durante cinco generaciones. Ahora sabemos lo que es, más allá del significado que tiene para nosotros, y creemos que las tres deberían volver a reunirse. Eso también es el destino. Vamos a obtener un beneficio, no lo negamos. Pero no lo hacemos por avaricia. Es un asunto familiar.

—Anita tiene la primera y sabe... o cree saber cómo conseguir la segunda. Y vosotros estáis en medio.

—Pues no es tan fácil como ella cree quitar de en medio a los Sullivan —dijo Eileen—. Felix estuvo flotando sobre una tabla rota mientras uno de los barcos más grandes que ha habido nunca se hundía a su espalda. Él sobrevivió, el barco no. Más de mil personas no sobrevivieron. Y él tenía esa estatuilla de plata en el bolsillo. Él la trajo aquí, y vamos a recuperarla.

—Si os ayudo a hacerlo, a reunir las tres, ¿me las venderéis?

—Si aceptas el precio que pedimos —dijo Rebecca, pero su madre la atajó con una mirada severa.

—Si nos ayuda, se las venderemos. Tiene mi palabra —dijo, y le tendió la mano por encima de la mesa.

Jack necesitaba tiempo para digerir todo aquello, así que se quedó un día más en Cobh. Eso le permitió hacer algunas llamadas e iniciar una serie de comprobaciones sobre los participantes de aquel interesante juego.

Confiaba en Eileen Sullivan. Y, aunque se sentía atraído por Rebecca, no sentía la misma confianza instintiva por ella que por la madre. Tenía que darle otra pasada, así que compró otro billete para la excursión y fue hasta el embarcadero.

Ella no pareció alegrarse. La animada conversación que compartía con los otros pasajeros se convirtió en una expresión fría y hosca cuando su mirada

aterrizó sobre él.

Le quitó el billete de las manos.

—¿Tú qué haces aquí?

—A lo mejor es que no puedo estar lejos de ti.

—¡Y qué más! Pero es tu dinero.

—Te daré diez libras más por un asiento en el puente y un poco de conversación.

—Veinte. —Rebecca tendió la mano—. Por adelantado.

—Desconfiada mercenaria. —Buscó veinte libras—. Ten cuidado, no sea que me enamore de ti.

—Entonces con mucho gusto te haré picadillo el corazón. Por eso invertiría las veinte libras. Siéntate, y no toques nada. Tengo que zarpar ya.

Él esperó, y dejó que la chica se concomiera mientras maniobraba en el puerto y ponía la cinta de su madre.

—Parece que va a llover —comentó él.

—Aún tenemos un par de horas. No creo que seas la clase de hombre que hace el mismo viaje dos veces sin una razón. ¿Qué quieres?

—¿Otro té?

—Pues no lo tendrás.

—Qué dura. Aparte de mí, ¿has visto que alguien te ronde, haga este viaje, pase por tu casa o que aparezca por tu rutina diaria?

—¿Crees que nos vigilan? —Rebecca negó con la cabeza—. No es así como actúa. No le preocupa lo que hacemos aquí en Cobh. Le preocupa lo que pueda hacer alguno de nosotros cuando no estamos en casa. Siguió los pasos de mis hermanos cuando se fueron, y creo que fue a través de los billetes de avión... por la tarjeta de crédito, y sabes. No es difícil conseguir ese tipo de información si sabes manejarte con el ordenador.

—Tampoco es tan fácil.

—Si yo puedo hacerlo, ella o alguien a quien le pague puede hacerlo también.

—¿Y puedes hacerlo?

—Puedo hacer casi cualquier cosa con el ordenador. Sé, por ejemplo que te divorciaste hace cinco años, después de un año y tres meses de matrimonio. No es mucho.

—Parece que sí lo suficiente.

—Conozco tu dirección en Nueva York, por si alguna vez se me ocurre hacerte una visita. Sé que estudiaste en Oxford y que te graduaste entre los mejores de tu clase. No está mal —añadió—. Si tenemos en cuenta...

—Gracias.

—Sé que no tienes antecedentes penales, al menos ninguno que aparezca en una investigación superficial, y que tu empresa, que fundaste hace doce años, tiene una sólida reputación internacional y te ha reportado unos ingresos

estimados en veintiséis millones de dólares americanos. Y que —dijo, y la risa asomó por primera vez en su mirada— tampoco estás mal.

Él estiró las piernas.

—Veo que has indagado a fondo. —Y has hecho un trabajo impresionante, pensó.

—Oh, no tanto —dijo quitándole importancia... a las seis horas que había pasado al ordenador—. Sentía curiosidad.

—¿Suficiente para viajar a Dublín?

—¿Y para qué voy a ir a Dublín?

—Porque yo voy a ir, esta noche.

—¿Me estás haciendo una proposición? ¿Mientras oyes la voz de mi madre por los altavoces?

—Sí, pero si es algo personal o son negocios es algo que tendrás que decidir tú. Tengo que reunirme con alguien en Dublín. Creo que merece la pena que me acompañes.

—¿De quién se trata?

—Si quieres saberlo, ten preparadas tus cosas para las tres y media. Pasaré a recogerte.

—Lo pensaré —replicó ella, pero mentalmente ya se había puesto a preparar su bolsa de viaje.

—Sé que te dejo colgada, ma.

—Eso no es lo que me preocupa. —Eileen frunció el entrecejo mientras Rebecca liaba un jersey como si fuera una salchicha y lo embutía en la bolsa—. Dije que tenía un buen presentimiento con Jack Burdett y que creo que es un hombre honesto, pero eso no significa que quiera que te vayas con él al día de haberlo conocido.

—Es por negocios. —Rebecca dudaba entre unos tejanos y un pantalón más serio—. Y si se tratara de Mal o de Gideon no lo pensarías dos veces.

—Lo haría, porque para mí son tan importantes como tú. Pero como tú eres chica, contigo lo pienso tres o cuatro veces. Así son las cosas, Rebecca, y no hay por qué tomárselo a mal.

—Sé cuidar de mí misma.

Eileen puso una mano sobre los rizos desordenados de su hija.

—Lo sé.

—Y sé cómo tratar a los hombres.

Eileen arqueó las cejas.

—Los hombres con los que has tratado hasta ahora. Pero no has tratado a ninguno como éste.

—Los hombres son hombres —dijo Rebecca quitándole importancia y sin hacer caso del suspiro de su madre—. Mal y Gideon han estado viajando por todo el mundo mientras yo me quedaba aquí, ante el timón o el teclado del ordenador. Es hora de que yo también participe en la aventura. Ahora tengo la oportunidad, aunque sólo llegue a Dublín.

Siempre ha tratado de mantenerse al nivel de sus hermanos pensó Eileen. Se lo había ganado.

—Llévate un paraguas. Está lloviendo.

Ya tenía el equipaje preparado y salía por la puerta cuando Jack llegó. Llevaba una chaqueta ligera a pesar de la fuerte lluvia y una sola bolsa de viaje. Jack valoraba la prontitud y la eficiencia en las mujeres, y la independencia, que hizo que ella misma tirara la bolsa en el asiento trasero antes de que él pudiera dar la vuelta y cogerla.

Antes de subir al coche, Rebecca le dio un beso a su madre y se dieron un abrazo.

—Es mi única hija, Jack —Eileen le apoyó la mano en un brazo, bajo la lluvia—. Si haces que me arrepienta de esto, te perseguiré hasta la muerte.

—La cuidaré bien.

—Puede cuidarse solita, o de lo contrario no iría. Pero es mi única hija, y la más pequeña de la casa, así que te hago responsable.

—Mañana se la traigo de vuelta.

Diciéndose que debía tenerse por satisfecha, Eileen retrocedió y los vio partir bajo la lluvia.

Rebecca pensaba que irían en coche hasta Dublín y se había preparado para un trayecto tedioso. Pero en vez de eso, Jack fue al aeropuerto de Cork y devolvió el coche alquilado.

Rebecca no estaba preparada para el pequeño avión privado, ni para ver que era Jack mismo quien pilotaba.

—¿Es tuyo? —Trató de serenarse mientras se instalaba en el asiento del acompañante en la cabina.

—De la empresa. Simplifica mucho las cosas.

Ella se aclaró la garganta mientras Jack revisaba los controles.

—Debes de ser un buen piloto.

—De momento —replicó él distraído, luego le lanzó una mirada—. ¿Has volado alguna vez?

—Por supuesto. —Dejó escapar un suspiro—. Y en un avión grande donde no tenía que ir sentada junto al piloto.

—Hay un paracaídas detrás.

—No tiene gracia.

Rebecca mantuvo las manos cruzadas cuando a Jack le dieron permiso para despegar y dirigió el aparato a la pista que le habían asignado. Cuando empezaron a ganar velocidad, observó los indicadores y, cuando el morro del avión se levantó, el estómago le dio un vuelco.

Luego se aplacó.

—Oh, es increíble, ¿verdad? —Se inclinó hacia delante tratando de ver la tierra que se alejaba—. No es como en un avión grande. Es mejor. ¿Cuánto se tarda en sacarse la licencia de piloto de avión? ¿Puedo coger la palanca de control?

—Cuando volvamos, y si tenemos buen tiempo.

—Si puedo pilotar un barco en medio de una tormenta, también puedo pilotar una avioneta bajo una llovizna. Debe de ser genial ser rico.

—Tiene sus ventajas.

—Cuando recuperemos las estatuillas y te las vendamos pienso llevar a mi madre de vacaciones.

Interesante, pensó Jack, que aquella fuera su prioridad. No comprarse un coche o ir de compras a Milán. Llevar a su madre de vacaciones.

—¿Adónde?

—Oh, no sé. —Relajada, a pesar de las turbulencias, Rebecca se recostó contra su asiento para mirar las nubes—. Creo que a algún sitio exótico. Una isla, Tahití o Bimini, donde pueda tumbarse bajo una sombrilla en la playa y ver el agua azul mientras bebe alguna tontería en una cáscara de coco. ¿Qué llevan esas cosas?

—Son el camino a la perdición.

—¿Ah, sí? Bueno, eso le irá bien. Trabaja mucho, y nunca se queja. Últimamente no hemos dejado de gastar dinero cuando tendría que estar metido en el banco para que pudiera sentirse segura.

Hizo una pausa y se volvió a mirarlo.

—Lo que te dijo ayer, de que no era por codicia. En su caso es verdad. En cambio yo puede que sí sea un poco avariciosa, aunque prefiero pensar que sólo soy práctica, pero ella no.

¿Avariciosa? Una mujer avariciosa no sueña con llevar a su madre a una isla tropical y atiborrarla de bebidas de coco.

—¿Es esa tu forma de decirme que cuando recuperes la estatuilla me vas a desplumar con el precio?

Ella sonrió.

—Déjame probar con la palanca, Jack

—No. ¿Por qué no me has preguntado para qué vamos a Dublín?

—Porque no me lo hubieras dicho y sería una pérdida de tiempo.

—Vale. Pero te diré una cosa. Yo también he hecho mis comprobaciones sobre tus hermanos y sobre ti, y sobre Cleo Toliver.

—¿Ah sí? —El tono de su voz sonó frío.

—Tú me has investigado a mí, señorita irlandesa, así que estamos empatados. Toliver tiene algunos puntos negros en su expediente juvenil (beber siendo menor, hurtos en tiendas, conducta desordenada). La típica rebelde adolescente. Quedó fichada porque sus padres no corrieron a sacarla.

—¿Qué quieres decir? —Rebecca se sentía incrédula y ultrajada—. ¿Que dejaron que fuera a la cárcel? ¿A su propia hija?

—El reformatorio no es una cárcel, aunque se parece bastante. Sus padres se divorciaron y a su madre le gusta casarse. Ella estuvo dando tumbos entre los dos, y se fue cuando cumplió los dieciocho. No hay nada en su expediente de adulta, así que o se reformó, o aprendió a evitar a la policía.

—Me dices todo esto porque crees que con su historial, con su pasado, puede causarnos problemas. Si Gideon lo creyera, lo habría dicho.

—No conozco a Gideon, así que prefiero sacar mis propias conclusiones. Y, hablando de tus hermanos, los dos están limpios. Y tú eres tan pura como tu piel.

Ella se echó hacia atrás cuando Jack trató de rozarle la mejilla con el dedo.

—Vigila esas manitas.

—¿Qué tenéis las irlandesas en la piel? —dijo como si hablara consigo mismo—. Dan ganas de lamerla, sobre todo cuando huele tan bien como la tuya.

—No me gusta mezclar los negocios con el placer —dijo ella algo tiesa.

—Pues a mí sí. Siempre que puedo. Con lo práctica que eres, pensé que sabrías valorar la eficacia de hacer varias cosas a la vez.

Rebecca no tuvo más remedio que reír.

—Ésa ha sido muy buena. Pero si piensas que el sofisticado hombre de mundo puede seducir a la ingenua chica de pueblo con frases inteligentes, estás muy equivocado.

—No creo que seas ingenua. —Volvió la cabeza y sus ojos se encontraron—. Creo que eres fascinante. Y lo que es más, estoy intrigado por lo que sentí cuando te miré desde el otro lado del cementerio y te vi poniendo flores sobre una tumba. Siento mucha curiosidad, Rebecca, y yo siempre satisfago mi curiosidad.

—Yo también sentí algo. En parte si he venido contigo, además de las ganas que tengo de conocer Dublín, ha sido por eso, pero no vayas a pensar que puedes utilizarme, Jack, porque no podrás. Tengo un objetivo que cumplir, por mí misma y por mi familia. Y no permitiré que nada se interponga en mi camino.

—No creí que fueras capaz de admitirlo. —Jack se concentró en sus instrumentos—. Que habías sentido algo. Eres una mujer honesta, Rebecca. Una mujer sincera que entiende de ordenadores, que puede hacer el equipaje con una sola bolsa para un viaje de última hora y estar lista a tiempo. ¿Dónde has estado durante toda mi vida? Vamos a iniciar la aproximación —dijo antes de que ella pudiera contestar.

Había otro coche de alquiler esperando en el aeropuerto de Dublín, y esta vez Jack cargó con la bolsa de Rebecca antes de que tuviera tiempo de cogerla. Ella no hizo ningún comentario, ni tampoco sobre la conversación que habían tenido en el avión. No tenía muy claro que ninguno de los dos temas fuera muy seguro en aquellos momentos.

No dijo nada hasta que se dio cuenta de que en vez de ir hacia Dublín, iban en la dirección contraria.

—Dublín es por el otro lado —señaló.

—En realidad no vamos a la ciudad.

—¿Y entonces por qué dijiste que sí?

La naturaleza recelosa de Rebecca era una de las muchas cosas que le gustaban de ella.

—Hemos viajado en avión a Dublín y ahora vamos a seguir en coche unos kilómetros hacia el sur. Cuando terminemos, volaremos y cogeremos el avión

desde Dublín.

—¿Y dónde vamos a pasar la noche?

—En un sitio al que hace un par de años que no voy. Tendrás tu propia habitación —añadió—, con opción a compartir la mía.

—Prefiero lo primero. ¿Quién va a pagar?

Él sonrió, de forma inesperada, y su rostro cambió tanto que a Rebecca le dieron ganas de pasarle el dedo por aquella cicatriz en forma de media luna.

—Eso no es problema. Un paisaje muy bonito... —comentó señalando las verdes colinas que relucían bajo la llovizna—. No es difícil entender por qué decidí retirarse aquí.

—¿Quién?

—El hombre a quien vamos a ver. Dime, ¿también crees como tu madre que las diosas son una especie de símbolo?

—Supongo que sí.

—¿Y que deben estar juntas por motivos más profundos que su valor artístico y monetario?

—Sí. ¿Por qué?

—Una pregunta más. ¿Estás de acuerdo en que lo que va tiene que venir?

Ella lanzó un resoplido de impaciencia.

—Si te refieres a que hay cosas que deben completar un círculo, sí, lo creo.

—Entonces te gustará. —Subieron con el coche a una colina y dieron un rodeo hasta llegar a una bonita carretera bordeada por setos vivos que goteaban y casitas pintadas con esplendorosos jardines.

La carretera volvía a subir, volvía a girar, y Jack entró en un corto sendero junto a una adorable casa de piedra con una chimenea que humeaba y un jardín que era un pequeño mar de belleza.

—¿Tu amigo vive aquí?

—Sí.

Cuando Jack estaba bajando del coche, la puerta de la casa se abrió. Un anciano sonriente salió a la puerta, apoyándose sobre su bastón. Un flequillo canoso de aspecto monacal presidía su cara, marcada por profundas arrugas. Llevaba gafas de montura plateada.

—¡Mary! —gritó con voz de rana—. Ya están aquí —gritó, y salió al encuentro de Jack

—No salgas, que está lloviendo.

—Hijo, un poco de lluvia no hace daño. A mi edad todo hace daño, pero un poco de agua no es nada. —Abrazó a Jack con un solo brazo.

Rebecca se dio cuenta de que el anciano era muy alto, aunque estaba algo encorvado por la edad. Su gran mano se apoyó sobre la mejilla de Jacky, a pesar del tamaño, parecía algo frágil, y entrañable.

—Te he añorado —dijo Jack y se inclinó para besar al hombre ligeramente

en los labios con una espontaneidad que a Rebecca le pareció admirable—. Ésta es Rebecca Sullivan.

Jack se dio la vuelta y Rebecca pudo admirarse nuevamente por su gentileza cuando le pasó al anciano una mano bajo el brazo.

—Bueno, me dijiste que era una belleza, y es justo lo que es. —Le estrechó la mano. Y Rebecca vio algo desconcertada e incómoda que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Rebecca, éste es mi bisabuelo.

—Oh. —Y, completamente desconcertada, consiguió esbozar una sonrisa—. Encantada de conocerle, señor.

—Mi bisabuelo —repitió—, Steven Edward Cunningham, tercero.

—¿Cunningham? —Rebecca sintió que se le cerraba la garganta—. ¿Steven Cunningham? Jesús.

—Es un placer recibirla en mi casa. —Steven retrocedió, pestañeando por las lágrimas—. ¡Mary! —volvió a gritar—. Está sorda como una tapia, y tiene la manía de desconectar siempre el audífono. Ve y tráela, Jack Yo haré pasar a Rebecca a la salita. Está liada en tu dormitorio —dijo acompañando a Rebecca—. No ha parado de arreglar cosas desde que Jack ha llamado para decir que veníais.

—Señor Cunningham. —Totalmente desorientada, Rebecca entró a ciegas en una salita donde todo relucía y, ante la invitación del anciano, se instaló sobre los mullidos cojines de un sillón orejero—. ¿Es usted el mismo Steven Cunningham que viajaba en el *Lusitania*?

—El mismo que debe su vida a Felix Greenfield.

—¿Y es de Jack el...?

—Bisabuelo.

—Bisabuelo. Su madre es mi nieta. Y aquí estamos. Aquí estamos —repitió, y se sacó un pañuelo del bolsillo—. Me he vuelto un poco sensiblero con la edad.

—No sé qué decirle. La cabeza me da vueltas. —Se llevó una mano a la sien como si quisiera sujetarla en su sitio—. He oído hablar de usted toda mi vida. Y por alguna razón siempre lo he imaginado como un niño.

—Sólo tenía tres años cuando mis padres hicieron aquella travesía. —Dio un profundo suspiro y se guardó el pañuelo—. No puedo saber con certeza cuánto recuerdo realmente o creo que recuerdo, porque mi madre me contó la historia muchas veces.

Se acercó a una pulida mesa de alas abatibles llena de fotografías, cogió una de ellas y se la llevó a Rebecca.

—Mis padres. Es la fotografía de su boda.

Rebecca vio a un atractivo joven con un elegante bigote y una joven, radiante con su vestido de seda y encaje.

—Son bonitas. —Las lágrimas estaban a punto de escapársele—. Oh, señor

Cunningham.

—Mi madre vivió otros sesenta y tres años, gracias a Felix Greenfield. — Steven volvió a sacar su pañuelo con una sacudida y lo oprimió con suavidad contra la mano de Rebecca—. Nunca se volvió a casar. Para algunas personas sólo hay un amor. Pero estaba tranquila, y fue una mujer productiva y agradecida.

—Entonces la historia era cierta. —Recuperando en parte la compostura, le devolvió la fotografía.

—Yo soy la prueba viviente. —El hombre se volvió al oír pasos en la escalera—. Aquí viene Jack, con mi Mary. Cuando se le pase la impresión de conocerte, podremos hablar.

Desde luego, Mary Cunningham estaba sorda como una tapia, pero, en honor a la ocasión, encendió su audifono. A Rebecca le prepararon una preciosa habitación con un jarrón de flores recién cortadas y la invitaron a que descansara o se refrescara un poco antes de comer.

Ella no hizo ninguna de las dos cosas, y se limitó a sentarse en el borde de la cama con la esperanza de que su cabeza se apaciguara. Fue Jack quien llamó a su puerta quince minutos más tarde. Rebecca se quedó donde estaba y lo observó.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que te impresionaría más de esta forma. Para él ha sido así. Era muy importante para mí.

Ella asintió.

—Creo que en el fondo, siempre he creído que la historia era cierta. Pero la parte más racional de mí no estaba tan segura. Gracias por haberme traído y haberme enseñado esto.

Él se acercó y se acuclilló delante de ella.

—¿Crees que a veces hay una conexión entre personas diferentes, Rebecca? ¿En su poder, e incluso su carácter inevitable?

—Tendré que hacerlo, ¿no?

—No soy un hombre muy sentimental —empezó a decir él, pero ella rio y meneó la cabeza.

—Te he visto con Steven, y con Mary, así que no me digas que no eres sentimental.

—Con la gente que me importa sí, pero no con otras cosas. No me gusta fantasear. —La cogió de la mano y la notó tensa—. Te miré. No me hizo falta nada más.

—Resulta un poco confuso. —Rebecca consiguió controlar la voz, aunque sentía que tenía el corazón en la boca—. Ésta maraña de circunstancias que vincula a nuestras familias.

—Es más que eso.

—Me gustaría que las cosas fueran más sencillas.

—Pues lo tienes difícil —le dijo él haciendo que se levantara—. Además, me gustan las complicaciones. Si no, la vida es bastante aburrida. Y tú eres condenadamente complicada.

—No. —Rebecca le apoyó la mano en el pecho cuando él trató de atraerla hacia sí y se sintió como una idiota—. No creas que me hago la estrecha, sólo soy precavida.

—Estás temblando.

—Oh, te divierte mucho esto, ¿verdad? Hacer que me sienta conmovida y confusa.

—Tienes toda la razón. —Y le dio un fuerte abrazo que la obligó a ponerse de puntillas y a inspirar con fuerza tratando de encontrar el aire para insultarle. Luego sintió la boca de él sobre la suya, con fuerza, caliente y brusca, lo bastante para que esa maldición se quedara en un pequeño gemido de sorpresa.

Jack besaba con la habilidad de quien está acostumbrado a tocar a las mujeres. A Rebecca el pulso se le aceleró y notó una sensación de vértigo en el estómago. Aunque aquella reacción la sorprendió, sintió que se derretía.

Él también.

Jack hundió las manos en su pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—La primera vez que te vi... —dijo—. Nunca me había pasado.

—No te conozco. —Pero sentía en los labios el calor de la boca de él, y su cuerpo estaba embriagado por el contacto con el de él—. No me acuesto con hombres a quienes no conozco.

Jack bajó la cabeza y le pasó suavemente los dientes por el cuello.

—¿Es una postura inflexible?

—Lo era.

Y subió dándole mordiscos hasta la mandíbula.

—Creo que nos vamos a conocer muy deprisa.

—De acuerdo. No me vuelvas a besar. No está bien, Jack, y menos estando ellos abajo. Nos están esperando para comer.

—Entonces, bajemos.

Se acomodaron en el pequeño comedor, con sus figuritas de porcelana y la cristalería antigua. Las paredes estaban decoradas con una colección de viejas bandejas con diseño floral.

—Tienen una casa encantadora —dijo Rebecca elogiando el gusto de Mary—. Son muy amables al dejar que me quede.

—Es un placer para nosotros. —Mary sonrió y orientó la oreja en dirección a Rebecca—. Jack nunca nos trae a sus novias.

—¿Ah, no?

—No. —La mujer tenía la suave musicalidad de Irlanda en la voz—. Sólo vimos a aquélla con la que se casó un par de veces, y una fue durante la boda, claro. No nos gustó mucho, ¿verdad, Steven?

—Vamos, Mary.

—Bueno, es la verdad. Era una mujer muy fría, y para ser sinceros...

—El asado es perfecto, bisabuela.

Algo distraída, Mary miró a Jack con los ojos encendidos.

—Siempre te ha gustado mi asado.

—Me casé contigo por eso —dijo Steven guiñando un ojo—. Como tantos otros jóvenes, yo me dediqué a viajar por Europa cuando terminé la universidad —le explicó a Rebecca—. Me alojé en las afueras de Dublín, en una pequeña posada que regentaban los padres de Mary, y allí la conocí. Me enamoré de su asado y allí se terminó mi viaje. Tardé dos semanas en convencerla para que se casara conmigo y se viniera conmigo a Bath.

—Exageras. Sólo tardó diez días.

—Llevamos casados sesenta y ocho años. Durante un tiempo vivimos en Estados Unidos, en Nueva York. La familia de mi padre pasaba por momentos muy duros. Nunca llegaron a recuperarse del crack del veintinueve. Una de mis hijas se casó con un norteamericano y se instaló allí. Su hija es la madre de Jack.

Alargó el brazo para tocar la mano de Mary.

—Tuvimos cuatro hijos, dos chicos y dos chicas, que nos han dado once nietos, y seis bisnietos, de momento. Y cada uno de ellos le debe su vida a Felix Greenfield. Aquél acto desinteresado y valeroso hizo todo lo demás.

—Pero no lo hizo de una forma consciente. Según se cuenta en mi familia —explicó Rebecca—. Él sólo quería salvarse. Estaba muy asustado cuando encontró el chaleco salvavidas. Sólo pensaba en salvarse a sí mismo, y entonces les vio a su madre y a usted, atrapados entre las sillas. Felix contaba que se la veía tan serena, tan hermosa en medio de aquel caos... y lo tenía a usted abrazado para tranquilizarlo, y usted se abrazaba a ella, y ni siquiera lloraba, porque no era más que una criatura. No pudo marcharse.

—Recuerdo su cara —dijo Steven—. Ojos oscuros, piel blanca manchada por el humo o el hollín. Mi padre ya no estaba. Yo no vi cómo pasaba, o no lo recuerdo. Ella nunca hablaba de eso. Pero nos caímos cuando el barco se sacudió. Ella me llevaba en brazos y nos caímos. Y ella torció el cuerpo para evitar que yo me golpeará contra el suelo. Después de aquello ha arrastrado siempre una ligera cojera.

—Era una mujer valiente y extraordinaria —dijo Rebecca.

—Oh, sí. Y creo que aquel día su valentía topó con la de Felix Greenfield. El barco se hundía, y la cubierta cada vez estaba más inclinada. Él la arrastró con él, tratando de llegar a uno de los botes. Pero el barco volvió a sacudirse y

aunque trató de alcanzarnos (aún puedo ver su cara tratando de llegar a mi madre) caímos al agua. Sin el chaleco salvavidas que nos dio, no hubiéramos tenido ninguna posibilidad.

—Incluso con el chaleco, fue un milagro. Felix contaba que estaba herida.

—Se rompió un brazo por protegerme a mí cuando nos precipitamos al agua y, como he dicho, tenía la pierna muy tocada Pero no me soltó. Yo casi no me hice ni un rasguño. El milagro —dijo— fueron mi madre y Felix Greenfield. Gracias a ellos podemos decir que el hilo de mi vida ha sido largo y productivo.

Cuando vio que Rebecca miraba con gesto perplejo, Jack alzó su vaso de agua.

—Lo que nos lleva a las diosas del destino. ¿No te he contado que mi tatarabuelo tenía una tienda de antigüedades en Bath?

Rebecca sintió un escalofrío.

—No, no lo habías dicho.

—Es cierto. —Steven se terminó su asado de ternera—. Heredada de mi abuelo. Íbamos allí a visitar a los padres de mi madre. Mi abuela no estaba bien. Tras la muerte de mi padre, preferimos quedarnos en Bath. Y de ahí me viene el interés por las antigüedades, porque estuve trabajando en la tienda de mi abuelo. Otro giro del destino que debemos a Felix.

Cruzó el cuchillo y el tenedor limpiamente sobre su plato.

—No puedes imaginar cómo me sentí cuando Jack me dijo que Felix había robado una de las tres diosas de la habitación de Henry Wyley justo antes de salvarme la vida. Mary, cariño, ¿vamos a tomar ese pastel de manzana en la salita?

—Siempre se muere por comer su pastel. Vamos, lo serviré enseguida.

Rebecca estaba impaciente por preguntar, pero su madre le había enseñado ciertos modales.

—La ayudaré a recoger la mesa, señora Cunningham.

—Oh, no es necesario.

—Por favor, me encantaría ayudarla.

Mary le lanzó a Jack una mirada de connivencia cuando todos se ponían en pie.

—La mujer con la que te casaste nunca se ofreció a fregar los platos si no recuerdo mal.

Mientras fregaban los platos, Rebecca escuchó un recorrido completo por la vida de la ex mujer de Jack. Una mujer guapa, inteligente y rubia. Una abogada estadounidense que, según Mary, se preocupaba más por su carrera que por su hogar. Se habían tomado su tiempo antes de casarse y se divorciaron en un abrir y cerrar de ojos sin ánimo ni para pelearse.

Rebecca iba emitiendo los sonidos apropiados y guardaba la información. Le interesaba; de hecho, se moría por saberlo todo. Pero no podía tener la cabeza a

la vez en esa historia y en las estatuillas.

Llevó ella misma el carrito con el poste y reprimió la avalancha de preguntas que se agolpaban en su cabeza.

—Estás muy bien educada —dijo Mary en tono aprobador—. Tu madre debe de ser una buena mujer.

—Lo es, gracias.

—Y vosotros dos, si no termináis lo que habéis empezado y le contáis el resto a esta pobre criatura lo haré yo misma.

—Conexiones —dijo Jack—. Hemos hablado de eso, ¿verdad, Rebecca?

—Sí.

—La pequeña tienda de Bath se llamaba Browne's. Se fundó a principios del siglo XVIII, y durante años abasteció a la aristocracia que acudía a Bath por sus aguas termales. Con frecuencia, sus clientes eran personas que necesitaban cambiar posesiones por dinero de forma discreta. De modo que su stock era variado y en ocasiones, único. Era un negocio discreto y dirigido con esmero, y se llevaban meticulosos registros. Según esos registros, en el verano de mil ochocientos ochenta y tres, un tal lord Barlow vendió una serie de objetos y baratijas a Browne's. Entre ellos había una pequeña estatuilla de plata, de estilo griego, una mujer con un par de tijeras en las manos.

—Santa María, madre de Dios.

—Mi abuelo era propietario de Browne's cuando Wyley hizo su última travesía —continuó Steven—. No tengo forma de saber si había estado en contacto con él en relación con este asunto. Oí hablar de ellas por primera vez cuando era un joven entusiasta que aprendía mi oficio. La leyenda me parecía fascinante, y quería saber si la estatuilla que Browne's había adquirido hacía tanto tiempo era auténtica. Cuando supe que Wyley había poseído una de ellas y la llevaba con él en el barco, quedé fascinado.

—Pero incluso si la estatuilla que Browne's poseía era auténtica —terció Jack—, su valor había disminuido puesto que la primera se había perdido según parecía con el señor Wyley. De modo que lo único que quedaba era una extraña conexión con otro de los pasajeros del *Lusitania* y parte de una leyenda.

—¿Era auténtica? ¿Dónde está ahora?

—Mi madre nunca se cansaba de contar la historia familia. —Y, en vez de contestar, Jack se levantó para echar otro leño al fuego de la salita—. Crecí escuchando esa historia, y el hundimiento del *Lusitania* y la leyenda de las diosas del destino formaban parte de ella. Yo me sentí atraído por las antigüedades de forma espontánea —agregó, poniendo una mano sobre el hombro de Steven—. Cuando Anita mencionó las estatuillas, removió en mí el interés que había sentido por ellas, lo bastante como para llamar a mi madre y pedirle que confirmara las historias que me había contado. Para preparar una visita largamente esperada a Irlanda, con una parada en Cobh para conocer a Sullivan y presentar mis

respetos a Felix Greenfield.

Fue hasta un aparador de satín, lo abrió.

—Imagina mi sorpresa cuando descubrí que los Sullivan eran otra conexión con esto.

Se volvió y mostró la tercera estatuilla.

—Está aquí. —Aunque se sentía las piernas como si fueran de goma, Rebecca se puso en pie—. Ha estado aquí todo el tiempo.

—Donde ha estado —dijo él al tiempo que se la tendía— desde que el abuelo cerró las puertas de Browne hace veintiséis años.

Ella la sujetó ahuecando la mano, sopesándola, estudiando el rostro indiferente, casi triste. Con suavidad, pasó el pulgar sobre la tenue incisión en la parte derecha de la base, donde Rebecca sabía que Átropos se unía a Láquesis.

—Otro hilo, otro círculo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—La llevaré conmigo a Nueva York, negociaré con Cleo Toliver el precio de la suya y buscaré la forma de recuperar la vuestra de manos de Anita.

—Está bien que recuerdes que la primera es mía. —Le devolvió la estatua—. Yo también voy a Nueva York

—Tú te vuelves a Cobh —la corrigió él—. A un océano de distancia de Anita.

Ella ladeó la cabeza.

—Iré a Nueva York, o contigo o por mi cuenta, porque que me cuelguen si dejo que tú o mis hermanos terminéis esto sin mí. Será mejor que te hagas a la idea; no me pienso quedar sentada en un rincón esperando a que los hombres hagáis el trabajo. Quiero participar.

—Bueno, bueno. —Mary le cortó a su marido un segundo trozo de pastel—. ¿Qué te había dicho? Ésta me gusta más que la otra Jack Siéntate y terminate tu pastel, Rebecca. Por supuesto que irás con él a Nueva York

La mujer tenía una expresión decidida, y Rebecca se dio la vuelta y se sentó. Pinchó un trozo de pastel con el tenedor.

—Gracias, señora Cunningham. No sé si podríamos pasar por Dublín y comprar algo de ropa para el viaje o es mejor que espere a llegar a Nueva York Sólo he cogido una muda.

—Oh, yo esperaría. Te lo pasarás muy bien comprando por Nueva York, ¿verdad?

—No vamos de vacaciones —espetó Jack

—No interrumpas a tu abuela —dijo Rebecca con suavidad.

—No te esfuerces, chico. —Steven agitó una mano—. Te superan en número.

Malachi sabía exactamente cómo manejar a Tia, desde el saludo, al tono general de aproximación. Volvería a disculparse, por supuesto. Era incuestionable. Y utilizaría todo su encanto y capacidad de persuasión para suavizar la postura que ella había adoptado.

Estaba en deuda con ella, eso también era indiscutible. Por el apoyo económico, pero sobre todo, por la ayuda que había prestado a su hermano.

Eso lo correspondería manteniendo una relación estrictamente profesional con ella, amistosa pero distante. Creía conocerla lo bastante bien para saber que ella lo preferiría así.

Y cuando volvieran a estar en buenos términos, podría ponerse manos a la obra.

Él y Gideon se trasladarían a un hotel. Naturalmente, no podían seguir invadiendo la intimidad de Tia. Pero confiaba en poder convencerla para que dejara quedarse con ella a la tal Toliver. Suponía que de ese modo las dos estarían a salvo. Y, casi igual de importante, que no estarían por en medio.

Algo fatigado por el viaje, llamó con paciencia a la puerta del apartamento. Y esperaba que a Tia el sentido de la hospitalidad le llegara para ofrecerle una cerveza fría.

Ella abrió la puerta y Malachi se olvidó de la cerveza y del guión que tan bien había preparado.

—Te has cortado el pelo. —Sin pensar, estiró la mano para tocárselo—. Caray.

Tia no se sobresaltó. Llevaba horas trabajando la fuerza de voluntad. Pero sí retrocedió, con rigidez.

—Pasa, Malachi. Deja las maletas. Espero que el vuelo haya ido bien.

—Muy bien, gracias. Te queda muy bien el pelo. Estás estupenda. Te he añorado, Tia.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias. Perdona, ni siquiera te he dado las gracias por pagarme el viaje.

—Negocios. —Se volvió y entró en la cocina.

—Veo que has cambiado otras cosas aparte del pelo.

—Puede. —Suponiendo que Malachi preferiría una cerveza como su

hermano, sacó una de la nevera y fue a coger un vaso—. A lo mejor es porque he tenido que hacerlo.

—Siento mucho la forma en que llevé las cosas.

Orgullosa de sí misma, Tia abrió la cerveza y la sirvió en el vaso sin que le temblara la mano.

—Querrás decir la forma en que me llevaste.

—Sí. Podría poner excusas. —Cogió el vaso que ella le ofrecía. Y esperó a que su mirada se encontrara con la de él—. Incluso podría hacer que las aceptaras, pero no voy a molestarte. Me arrepiento de haberte mentido más de lo que podría expresar con palabras.

—No tiene sentido hablar de eso ahora. —Tia avanzó hacia la puerta para volver a la sala de estar y se detuvo cuando él le cerró el paso.

—No todo era mentira.

Aunque se sonrojó, la voz de Tia se mantuvo fría y brusca.

—Tampoco tiene sentido hablar de eso. Tenemos un interés común y reclamamos una misma cosa, una pieza muy concreta de arte. Tengo intención de utilizar todos mis recursos y los tuyos para recuperarla. Eso es lo único que tenemos que hablar.

—Me lo estás poniendo más fácil.

—¿Ah? —Y ladeó la cabeza de forma pretendidamente sarcástica—. ¿En qué sentido?

—Al no parecer vulnerable. No tengo que preocuparme tanto por hacerte daño.

—Antes era vulnerable, sí. Pero ya no tengo ese problema. Ahora, las normas de la casa. —Ésta vez lo rodeó con rapidez y pudo respirar más tranquila en cuanto puso un poco de distancia entre los dos—. Nada de fumar aquí dentro. Puedes utilizar la terraza o, como está haciendo Gideon en este momento, subir a la azotea. Él y Cleo han tenido un ataque de claustrofobia, así que les he sugerido que subieran un rato a la azotea. No es tan claustrofóbico como la terraza, y es segura.

Malachi estaba por decir que él y su hermano se irían a un hotel pero cambió de opinión. Si a ella no le importaba, ¿por qué iba a importarle a él?

—Dejé de fumar hace dos años, así que para mí no es problema.

—Mejor. Vivirás más tiempo. Tú te ocupas de tus cosas, lo que incluye los platos que ensucias, la ropa, el papel, lo que sea. Me gusta tener mi casa recogida. Tendrás que dormir en el sofá, porque Gideon y Cleo ocupan la cama libre. Y eso significa que tendrás que estar dispuesto a levantarte a una hora razonable.

Tia volvía a parecer ella misma, así que Malachi empezó a disfrutar y se sentó en el reposabrazos del sofá.

—¿Y qué hora consideras razonable?

—Las siete.

—Oh.

—Tú y Gideon tendréis que poner os un horario para la ducha. Tendréis que utilizar el cuarto de baño pequeño. Cleo puede utilizar el mío, pero para ti y tu hermano es territorio prohibido, junto con mi habitación. ¿Está claro?

—Como el agua.

—Voy a llevar un registro de gastos. El vuelo, claro está, y la comida, cualquier otro tipo de transporte. Me lo pagaréis más adelante.

Esto irritó a Malachi lo bastante para hacer que se incorporara.

—Ya pensábamos hacerlo. No somos ningunas sabandijas. Puedo pedir un préstamo en el banco y saldar lo que sea ahora mismo.

Tia se sintió algo mezquina y se volvió hacia él.

—No será necesario. Es que estoy enfadada contigo. No lo puedo evitar.

—Tia...

—No digas nada. —Alertada por el tono suave de su voz, Tia volvió a darle la espalda—. No me consueles. Prefiero estar furiosa contigo y hacer lo que haya que hacer. Se me da muy bien evitar emociones desagradables. ¿Sabes cocinar?

Malachi se pasó una mano por el pelo.

—Más o menos.

—Perfecto, porque Cleo no sabe. Lo que nos deja a ti, Gideon, yo y la comida a domicilio. Podemos... —Se interrumpió y echó un vistazo cuando oyó la llave en la cerradura.

Cleo entró primero, con aspecto algo sudado, condenadamente sexy y despeinada. Estudió a Malachi con una sonrisa serena.

—Éste debe de ser el hermano mayor.

—Mal. —Gideon entró detrás de ella, y los dos hombres se abrazaron con fuerza—. Me alegro de que estés aquí. Éste asunto se está complicando.

Y le llevó treinta minutos, y otra cerveza, ponerlo al corriente.

—No entiendo qué interés puede tener ese tal Burdett en todo esto. —Malachi pensó mientras pasaba a su segunda cerveza, luego se levantó y se puso a andar de un lado a otro—. Sólo hace que complicar más las cosas.

—Si él no hubiera metido las narices en esto, no sabría que tengo el teléfono pinchado, ¿verdad? —Tia se levantó, cogió el vaso que Malachi había dejado y puso el reposavasos debajo.

—Él dice que está pinchado.

—¿Y por qué iba a inventar algo así? De todos modos, esta mañana he ido a ver a mi padre y le he preguntado por Jack. Él me ha confirmado lo que me dijo, y dice que es un coleccionista serio. Y el oficial de policía respondió por él.

—Lo que pasa es que estás molesto porque hay otro hombre de por medio. —Cleo pestañeó exageradamente y dio un sorbo a la cerveza de Gideon. Cuando Malachi se volvió para dedicarle una mirada seria—. Es la testosterona, nadie te

culpa. Tía, ¿no tienes ninguna galleta por aquí?

—Mmm... creo que tengo unos barquillos sin azúcar.

—Cielo, me parece que tendremos que hablar. La vida nunca tendría que pasar con barquillos sin azúcar. Bueno, y antes que te enfades conmigo —prosiguió dirigiéndose a Malachi— te recuerdo que hemos tenido cierto tiempo para pensar lo que Burdett podría tener que ver en todo esto. Él conoce a Anita. Entiende de seguridad y está interesado en las diosas. Tenemos la esperanza de venderle la mía y la tercera cuando la consigamos. A mi modo de ver, ahora tienes dos compradores potenciales en lugar de uno. Podemos celebrar una subasta privada.

—No sé si me gusta la idea de que entre otra persona en el juego —terció Gideon—, pero tiene sentido. Anita ha estado siguiéndonos los pasos todo el tiempo, y es posible que ese tal Burdett nos ayude con eso. Y, como resulta que el padre de Tía dice que tiene dinero, pues se la vendemos a él. Prefiero eso a llegar a cualquier tipo de acuerdo con esa bruja de Anita. Además, he llamado a mamá desde la cabina de abajo y dice que le ha conocido y que confía en él; para mí eso es suficiente garantía.

—Prefiero juzgar por mí mismo. Tía, ¿dices que te dejó una tarjeta de visita? —Malachi tamborileó con los dedos sobre su pierna mientras hacía sus cálculos—. Le telefonaré y me reuniré cara a cara con él. Y si sabe tanto de seguridad como dice, que arreglé lo de los teléfonos para que no tengamos que bajar abajo cada vez que tenemos que llamar.

—Necesitas carbohidratos —decidió Cleo—. Tienes carbohidratos por aquí, ¿verdad?

—Ah... —Tía miró con nerviosismo hacia la cocina—. Sí, y o...

—No te preocupes. Yo los buscaré. Me pongo un poco nerviosa cuando estoy baja de carbohidratos —le explicó con gesto comprensivo a Malachi.

—Yo no me he puesto nervioso.

Ella se incorporó y se acercó a pellizcarle las mejillas.

—Nos lo vas a decir a nosotros que te tenemos que aguantar, guapo. Parece que a los Sullivan no os sientan muy bien los viajes. El guaperas estaba insoportable cuando llegamos aquí. Eres muy guapo —dijo, y ladeó la cabeza—. En tu familia tenéis unos genes fuera de serie.

Y con el comentario consiguió arrancarle una risa.

—Eres auténtica, ¿eh?

—Pues sí. Oye, Tía, vamos a pedir una pizza. Un par de las grandes con acompañamiento creo que servirán.

—En realidad yo no como... —Se interrumpió cuando Cleo se volvió y la miró con la boca abierta.

—Si me vas a decir que no comes pizza, pienso coger una pistola y librarte de tu sufrimiento.

No parecía el momento más apropiado para discutir sobre calorías, o sobre su sospecha de que era alérgica a la salsa de tomate.

—Si los teléfonos están intervenidos y pido dos pizzas grandes, ¿no le parecerá un poco extraño a quien sea que me escuche si se supone que estoy sola?

—Pensarán que eres una glotona. Vamos a vivir peligrosamente.

—Además, he quedado para comer a las dos, y tendría que ir saliendo.

—¿Con quién sales? —preguntó Malachi cuando ella entraba en su habitación—. ¿Tía?

—La habitación es territorio prohibido —musitó su hermano antes de que Malachi pudiera seguirla—. Y es muy estricta con esas cosas.

—No se está comportando como es ella. —Se metió las manos en los bolsillos y miró con cara seria la puerta de la habitación—. Y no sé si me gusta.

—Teniendo en cuenta lo que ha pasado en los dos últimos días, creo que podrías darle un respiro. Nos ha aceptado en su casa —le recordó Cleo—. Y no tenía por qué hacerlo. La dejaste muy fastidiada. Espera, espera. —Alzó una mano cuando vio que él se volvía y la miraba con desprecio—. No digo que yo no hubiera hecho lo mismo, pero cuando una tiene problemas de autoestima, que un tipo te joda puede dejarte muy fastidiada.

—Eso sí que es un análisis profundo de la situación.

—Pásate unos meses bailando desnudo y verás cómo aprendes mucho de la gente. —Se encogió de hombros—. Seguro que cuando nos conozcamos un poco vamos a llevarnos muy bien, corazón. De momento tu hermano me gusta, y tienes buen gusto con las mujeres —añadió señalando con el gesto al dormitorio.

—Luego ya me explicarás cómo es eso de que bailar desnuda te convierta en una psicóloga, pero de momento... —Malachi golpeó con el puño la puerta de la habitación—. Tía, ¿dónde demonios vas?

La puerta se abrió y Tía salió a toda prisa. Malachi notó la estela del perfume que acababa de ponerse. También se había pintado los labios, y se había puesto una americana negra muy moderna. Un pequeño e indeseable ramalazo de celos se le formó en la tripa.

—¿Con quién vas a comer?

—Anita Gaye. —Abrió su monedero para comprobar su contenido—. Pediré la pizza desde una cabina por el camino.

—Estupendo. Gracias. Bonita chaqueta —comentó Cleo.

—¿De verdad? Es nueva. No sabía si... bueno, no importa. Estaré de vuelta para las cuatro o cuatro y media.

—Un momento. —Malachi la empujó contra la puerta y goleó la madera con la palma—. Si crees que voy a dejar que salgas de aquí y vayas a comer con una mujer que contrata asesinos estás muy equivocada.

—No me hables así, y no me digas lo que tengo que hacer. —Tía se notaba un nudo en el estómago por los nervios y sintió ganas de encogerse, pero no cedió—.

No eres mi dueño, ni el jefe de éste... consorcio —decidió—. Ahora quitate de en medio. Voy a llegar tarde.

—Tia. —Viendo que la ira no funcionaba, Malachi trató de ser encantador—. Estoy preocupado por ti. Es una mujer peligrosa. Todos lo sabemos.

—Y yo soy débil y tonta y no estoy en mi terreno.

—Sí. No. Oh, Jesús. —Levantó una mano, tentado de estrangularla a ella o a sí mismo—. Al menos dime lo que pretendes con todo esto.

—Comer. Ella me llamó y me lo pidió. Y yo acepté. Supongo que cree que puede sacarme información relacionada con las diosas del destino y Henry Wyley. Y sobre ti. Soy perfectamente consciente de quién es, y nunca en la vida me había dirigido más de veinte palabras. Pero ella no sabe lo que yo sé. No soy tan idiota como tú crees, Malachi.

—Yo no creo eso, Tia... —Estaba a punto de renegar, pero se contuvo, porque vio que ni Cleo ni su hermano tenían el detalle de fingir que no estaban escuchando—. Vamos a la azotea y hablemos de todo esto.

—No. Y ahora, como no sea que tengas intención de derribarme y amordazarme, me voy a comer.

—Así se habla —dijo Cleo por lo bajo, y Gideon le dio un codazo en las costillas.

—Mal —dijo Gideon—, apártate.

Cuando lo hizo, Tia abrió la puerta.

—No olvides la pizza —exclamó Cleo justo antes de que Tia le cerrara la puerta en las narices a Malachi.

—Si esa mujer le hace daño...

—¿Qué puede hacerle? —preguntó Cleo—. ¿Apuñalarla con el tenedor de la ensalada? Tranquilízate un poco y piensa. Es un movimiento muy inteligente. Seguramente Anita cree que Tia es tonta, cuando en realidad es ella quien no sabe nada. El sentido común me dice que Tia volverá con un montón de información y Anita no sacará nada.

—Es jodidamente brillante, Mal —confirmó Gideon—. Y la necesitamos. Tendrías que relajarte.

—Vale. —Pero sabía que no podría tranquilizarse hasta que Tia volviera.

A pesar de llevar una vida muy activa en su imaginación, Tia nunca se había visto como una especie de espía. O doble agente, decidió cuando llegaba al lugar a la hora exacta. Y lo único que tenía que hacer era ser ella misma. Tímida, insegura, obsesiva, y aburrida, pensó mientras la acompañaban hasta su mesa.

Una agente secreta.

Naturalmente, Anita llegó tarde porque, por experiencia, Tia sabía que las mujeres que no eran tímidas, inseguras, obsesivas y aburridas siempre llegaban

tarde a las citas. Imaginó que sería porque ellas tenían una vida.

Bueno, pues desde luego ahora ella también tenía una vida y aún así había logrado llegar a su hora.

Pidió agua mineral y trató de no llamar la atención ni parecer insegura mientras esperaba sola en la elegancia y tranquilidad del café Pierre durante los siguientes diez minutos.

Anita entró arrasando —no había otra forma de describir esa forma tan elegante y urbana de entrar— con un precioso vestido del color de la berenjena madura y una espectacular gargantilla elaborada con oro trenzado de una forma compleja y con piezas de amatista.

—Siento llegar tarde. Espero que no lleves mucho esperando. —Se inclinó y besó a Tia en la mejilla. Luego se sentó y dejó su móvil junto a su plato.

—No, yo...

—Estaba con un cliente y no conseguía librarme de él —la interrumpió Anita—. Un martini con vodka —le dijo al camarero—. *Stoli*, sin nada, seco, con dos aceitunas. —Luego se recostó contra la silla y exhaló como una mujer a punto de descomprimirse—. Me alegra tanto que podamos hacer esto... No suelo tener tiempo para comidas que no sean de negocios. Tienes buen aspecto, Tia.

—Gracias. Tú...

—Te has cambiado algo, ¿verdad? —Anita apretó los labios, tamborileó con sus dedos carmesí sobre la mesa mientras trataba de formarse una clara imagen de Tia—. El pelo, te has cambiado el pelo. Te queda muy bien. Los hombres le dan tanta importancia al pelo largo en las mujeres... no lo entiendo —añadió, echando hacia atrás sus mechones abundantes—. Bueno, háblame de tu viaje. Habrá sido fascinante ir por toda Europa dando conferencias. Aunque agotador. Pareces exhausta. Pero te recuperarás.

Eres toda una arpia, ¿verdad?, Pensó Tia, y dio unos sorbitos a su agua mientras a Anita le servían el martini.

—Ha sido una experiencia difícil y fascinante. Y no hay tiempo para ver tantas cosas como podría pensarse. Todo son aeropuertos, hoteles, salas de conferencias.

—Pero aun así, tiene sus recompensas. ¿Fue así como conociste a ese irlandés tan guapo con el que estabas cenando el otro día?

—Sí, la verdad es que sí. Asistió a una de mis conferencias, y luego me vino a ver porque unos negocios lo habían traído a Nueva York. Es muy guapo, ¿verdad?

—Muchísimo. ¿Y le interesa la mitología?

—Ajá. —Tia cogió su menú y estudió sus opciones—. Sí mucho. Sobre todo los grupos. Las sirenas, las musas, las Moiras. ¿Crees que puedo pedir el pollo a la parrilla sin los piñones?

—Estoy segura. ¿Sigues en contacto con él?

—¿Con quién? —Tia bajó un poco el menú, se bajó un poco las gafas de

lectura. Sonrió un poco—. Oh, con Malachi. No, ha tenido que volver a Irlanda. Pensé que me llamaría, pero supongo... después de todo, son cuatro mil ochocientos kilómetros. Después de salir conmigo los hombres no me llaman ni aunque vivan en Brooklyn.

—Son unos cerdos. Las amazonas sí que lo tenían claro. Utilizar a los hombres por el sexo y para reproducirse y luego matarlos. —Se rio, y se volvió al camarero, que acababa de acercarse a la mesa—. Yo tomaré ensalada César, un agua mineral y otro martini.

—Mmm... ¿sirven pollo de granja? —dijo Tia, y deliberadamente convirtió el hecho de pedir una simple ensalada en un problema. Con el raballo del ojo vio la sonrisa afectada de Anita y supo que estaba haciendo un buen trabajo.

—Es curioso que hayas mencionado las Moiras —dijo Anita.

—¿Las he mencionado? —Tia se quitó las gafas y las guardó cuidadosamente en su funda—. Pensé que hablábamos de las amazonas... aunque claro, no eran diosas, ni griegas. Aun así constituyen una cultura femenina fascinante, y siempre me han...

—Las Moiras. —Anita se las ingenió para beberse su primer martini sin separar los dientes.

—Oh, claro. El poder de las mujeres. Mujeres, hermanas, que determinan la duración y calidad de la vida de dioses y hombres.

—Con tu interés y tus antecedentes familiares seguro que has oído hablar de las estatuillas.

—He oído muchas cosas de estatuas. ¡Oh! —exclamó Tia inocentemente, y hubiera jurado que oyó rechinar los dientes de Anita—. Las tres diosas del destino. Sí, por supuesto. De hecho, se dice que uno de mis antepasados tuvo una de ellas... creo que era Cloto, la primera. Pero murió en el *Lusitania* y parece ser que llevaba la estatuilla con él. Si es cierto, sería muy triste. Láquesis y Átropo no tienen que medir o cortar si no está Cloto para devanar el hilo. Pero claro, yo sé más de mitos que de antigüedades. ¿Crees que las estatuas existen? Las otras dos.

—Supongo que soy una romántica, pero espero que sí. Pensé que alguien con tus conocimientos y tus contactos podría tener alguna idea.

—Qué va. —Tia se mordió el labio—. Nunca he dedicado mucha atención a esas cosas. Que es lo mismo que le dije a Malachi cuando hablamos del tema.

—¿También él te habló de las estatuas?

—Estaba interesado. —Tia se puso a rebuscar con tiento en la canasta de pan caliente y panecillos—. Es coleccionista de arte. Dice que se aficionó a las antigüedades en uno de sus viajes de negocios a Grecia, hace unos años. Está en el negocio de los barcos.

—¿Ah, sí? Un irlandés rico y guapo que se interesa por lo mismo que tú. ¿Y no lo has llamado?

—Oh, no podría. —Haciéndose la vergonzosa, Tia bajó los ojos al mantel y

se puso a toquetearse el cuello de la americana—. Me sentiría muy incómoda llamando a un hombre. Nunca sé qué decir. Además, creo que se sintió decepcionado porque no pude ayudarlo con las diosas. Las estatuillas. Le fue de mucha ayuda lo que le conté del mito, si se me permite decirlo. Pero estando una en el fondo del mar, nunca estarán completas, ¿verdad?

—No.

—Supongo que si estuvieran las tres, serían de mucho valor.

—Mucho.

—Si Henry Wyley no hubiera hecho ese viaje, en aquel momento en particular, en ese barco, ¿quién sabe? Pero es el destino. Quizá tú podrías encontrar alguna de las otras dos, si es que existen. Debes de tener toda clase de recursos.

—Pues sí, y da la casualidad de que tengo un cliente interesado. No es agradable desilusionar a un cliente, así que haré lo que pueda para verificar su existencia y seguirles la pista.

Anita mordisqueó delicadamente un rollito mientras observaba a Tia.

—Espero que no le dirás nada de esto a... ¿Malachi has dicho?... Si vuelve a llamarte. No me gustaría que se me adelantara con esto.

—No lo haré, aunque tampoco creo que tenga ocasión. —Tia suspiró aparatosamente—. Le dije que, hará un tiempo, oí decir que en Atenas alguien decía tener a Átropo. La tercera.

Con el corazón desbocado por la emoción de estar improvisando, Tia buscó defectos en su ensalada.

—¿En Atenas?

—Sí, me suena haber oído decir algo parecido el otoño pasado. O puede que fuera en primavera. No me acuerdo. Yo estaba buscando cierta información sobre las musas. Las nueve hijas de Zeus y Mnemosine. Cada una de ellas tiene una especialidad, como Clio, que...

—¿Y qué me dices de las diosas? —insistió Anita.

—¿Qué digo de qué? Oh. —Tia lanzó una leve sonrisa y bebió un poco de agua—. Perdona. Siempre salgo por la tangente, ¿verdad? A la gente le resulta muy molesto.

—En absoluto. —Anita se imaginó inclinándose hacia delante y haciendo que aquella imbécil aburrida se ahogara con la ensalada—. ¿Qué decías?

—Sí, debió de ser la primavera pasada. —Con expresión concentrada, se echó una cantidad escasa de aliño sobre la ensalada—. En realidad no buscaba información sobre las diosas del destino, y desde luego no sobre las estatuillas. Si escuchó fue por educación. La fuente con la que me puse en contacto... ¿cómo se llamaba? Bueno, no importa, porque de todos modos tampoco me sirvió de gran ayuda. Con las musas, claro. Pero durante la conversación mencionó que había oído hablar de esa persona de Atenas que tenía a Átropo. La estatuilla, no la

figura mitológica.

—Supongo que no recordarás el nombre de esa persona de Atenas, claro.

—Oh, soy un desastre con los nombres. —Mientras dedicaba una mirada de disculpa a Anita, Tia pinchó un poco de ensalada—. De hecho no creo ni que llegara a mencionarse, porque sólo fue algo que se dijo de pasada. Y fue hace mucho tiempo. Recuerdo que era Atenas porque es un sitio donde siempre he querido ir. Y desde luego, parecía lógico que una de las estatuas estuviera allí. En Grecia. ¿Has estado alguna vez?

—No. —Anita se encogió de hombros—. Todavía no.

—Yo tampoco. Y no creo que la comida me sentara bien.

—¿Le mencionaste esto a Malachi?

—¿Lo de Atenas? No, creo que no. No se me ocurrió. ¡Ay, señor! ¿Crees que tendría que habérselo dicho? Quizá si lo hubiera pensado habría vuelto a llamarme. Era tan guapo...

Idiota, pensó Anita. Imbécil.

—Todo es posible.

Tia se sentía mareada. Igual que, imaginaba, se sentiría una mujer después de haber cometido adulterio en un sórdido motel con un joven artista en paro mientras un marido formal y envarado presidía una reunión del consejo.

Pero no, decidió cuando entraba a toda prisa en su edificio, esa clase de vértigo viene antes del adulterio, cuando vas de camino al sórdido hotel. Después te sientes culpable y avergonzada y necesitada de una ducha.

O eso suponía.

Pero había mentido, engañado y, metafóricamente, había jodido a alguien y no se sentía en absoluto culpable. Se sentía poderosa.

Y le gustaba.

Anita la detestaba. ¿Es que la gente pensaba que no se daba cuenta de que la veían como una criatura aburrida, molesta y, básicamente estúpida? Bueno, no tiene importancia, se dijo mientras subía en un halo triunfal hasta su planta. No importaba lo más mínimo lo que una mujer como Anita pensara de ella. Porque ella, Tia Marsh, había ganado la ronda.

Entró en el piso, preparada para el baño de multitudes, y sólo encontró a Cleo estirada en el sofá, viendo la televisión.

—Eh. ¿Cómo ha ido?

—Bien. ¿Dónde están todos?

—Han ido a llamar a su madre. Los irlandeses quieren mucho a sus madres, ¿no? Y de paso subirán algo... helado. Han salido hace un par de minutos.

Cleo miró a la pantalla y luego la apagó.

—Bueno, ¿qué ha pasado con Anita?

—Cree que soy una neurótica sin cerebro que agradece cualquier pizca de atención.

Cleo se levantó del sofá con una fluidez que Tia contempló con admiración y desaliento.

—Yo no. No es que importe mucho, pero creo que eres una tía inteligente y con clase que aún no se ha estrenado en el arte de pegar patadas en el culo. ¿Tomas algo?

La descripción la dejó sin aire, y no reparó en que la estaban invitando a tomar algo en su propio piso.

—Puede. En realidad no bebo.

—Yo sí, y este parece un buen momento. Nos echaremos un vaso de vino al colete mientras me lo cuentas todo.

Cleo abrió una botella de *Pouilly-Fumé* y sirvió dos vasos. Y escuchó. En algún momento durante el primer vaso, Tia se dio cuenta de que la única persona que la escuchaba con tanta atención era Carrie. Quizá, pensó, ése era el motivo de que fueran amigas.

—¿La has mandado a Atenas? —Cleo lanzó una risotada—. Es jodidamente brillante.

—Me pareció... sí supongo que lo es.

—Vaya que sí. —Cleo levantó una mano, tan deprisa que Tia se apartó como si pensara que le iban a pegar—. ¡Choca esos cinco!

—Oh, claro. —Y, con una risita, chocó los cinco con ella.

—Tendrás que volver a repetirlo todo con los chicos. Así que, y a que tenemos este momento para estar solas, empieza a largar sobre Malachi.

—¿Largar?

—Sí. Sé que estás enfadada con él, y personalmente, si fuera tú, le herviría las pelotas para el desayuno, pero está como un tren. ¿Cómo piensas jugar con él?

—No voy a hacerlo. No sabría. Se trata sólo de negocios.

—El tío se siente culpable contigo. Podrías aprovecharlo. —Cleo metió un dedo en su vino y se lo chupó—. Pero no es sólo culpabilidad. Le gustas. Un montón, y eso te da mucha más ventaja.

—No le atraigo de esa forma. Sólo finge para que os ayude.

—Te equivocas. Escucha, Tia, si hay una cosa que conozco son los hombres. Sé cómo miran a las mujeres y cómo se comportan con las mujeres y qué se les pasa por sus cabecitas obsesionadas por el sexo cuando lo hacen. Ése te quiere sorber como una gaseosa y, como se siente culpable por haberte jodido, eso hace que esté irritable, frustrado y estúpido. Si juegas bien tus cartas, podrás hacer que se arrodille y te suplique como un perrito.

—No tengo cartas —empezó a decir Tia—. Y no quiero humillarle. —Pero entonces pensó cómo se había sentido cuando supo que la había engañado. Que la

había utilizado. Dio otro sorbo a su vino—. O, bueno, puede que sí. Un poquito. Pero no creo que sea relevante. Los hombres no ponen en mí el mismo interés que en las mujeres que son como tú.

Horrorizada, se detuvo y dejó su vaso. No debía beber.

—Lo siento. No pretendía... lo decía como un cumplido.

—Tranquila. Lo entiendo. Tienes más cualidades de las que crees. Cerebro, represión.

—Pues no suena muy sexy.

—Parece que al hermano mayor le gusta. Y además tienes esa mirada soñadora de ninfa de los bosques.

—¿Ninfa de los bosques? ¿Yo?

—Cariño, tendrías que mirarte al espejo más a menudo. Estás de muerte.

—No, de verdad, estoy bien... —Pero dejó la frase sin acabar al ver que Cleo se echaba a reír—. Oh, de muerte. —Se puso a reír ella también y miró de cerca de Cleo—. ¿Estás borracha?

—No, pero todo llegará. —Se recostó en el sofá. No le resultaba fácil hacer amigas entre las mujeres. Pero esa Tía tenía algo.

—Siempre he querido ser como tú —soltó Tía.

—¿Yo?

—Alta, sensual, exótica. Y corpulenta.

—Cada una se apaña con lo que tiene. Y lo que tú tienes es la capacidad de hacer que las glándulas del hermanito mayor se disparen. Hazme caso. —Se inclinó más cerca—. Cuando vuelvan, dejaré caer una bomba. Al guaperas no va a gustarle. Y el gran hermano ya me mira mal. No me iría mal un poco de ayuda. Apoyo, tácticas de distracción, lo que sea.

—¿Y qué es?

Cleo iba a hablar cuando oyó la llave en la cerradura. Tía notó que una expresión de pesar o tal vez de arrepentimiento le cruzaba el rostro. Luego se bebió el vino que le quedaba.

—Empieza la cuenta atrás —musitó.

—¿Atenas? —Gideon se echó a reír complacido—. ¿Atenas? —repitió, y arrancó a Tía de su asiento, la besó con entusiasmo en la boca—. Eres un genio.

—Yo, mmm... bueno. —Los oídos le zumbaban—. Gracias.

—Un genio —repitió, y le hizo dar una vuelta antes de lanzarle una sonrisa a su hermano—. Y tú pensando que Anita se la iba a comer para el desayuno. Tenemos un auténtico cerebro.

—Déjala, Gideon, antes de que le hagas daño. Has sido muy astuta —le dijo Malachi a Tía—. Astuta y rápida.

—Sólo era cuestión de lógica —le corrigió ella y, con una agradable

sensación de mareo, volvió a sentarse—. No sé si llegará a ir a Grecia, pero desde luego piensa comprobarlo.

—Eso nos da un respiro —concedió Malachi—. Pero ¿qué hacemos ahora? Rebecca está buscando información sobre ese Jack Burdett. De momento eso se lo dejaremos a ella. Lo primero creo que es pensar la forma de que Cleo recupere la estatuilla de White-Smythe. Lo haremos discretamente, procurando no alertar a Anita, y luego la pondremos en un lugar seguro.

—Eso no será problema. —Cleo no respiró hondo, pero sí se abrazó y miró directamente a Gideon—. Porque ya la tengo y ya está en un lugar seguro.

—¿La has tenido tú todo el tiempo? —Gideon miró a Cleo fijamente, perplejo, sintiendo que hervía por dentro de ira—. ¿Desde el principio?

—Mi abuela me la dio cuando era una niña. —Notaba un extraño hormigueo en el estómago—. Había empezado a perder la chaveta, y creo que la veía poco menos que como una muñeca. Para mí ha sido como un amuleto. Siempre la llevo conmigo a todas partes.

—La tenías en Praga.

—Sí, la tenía. —El tono firme y tranquilo de Gideon la ponía nerviosa, así que se sirvió otro vaso de vino—. Nunca conocí la historia. Lo de las tres diosas del destino. Y si mi familia la conocía, a mí no me la contaron. No sabía lo que era hasta que tú me lo dijiste.

—Qué suerte, ¿no?, que haya llegado yo y te haya puesto al corriente.

Cuando se decía algo tan mordaz con el tono justo de desprecio, resultaba tan efectivo como un puñal en las tripas.

—Mira, guaperas, un tipo me viene a buscar al trabajo y se pone a preguntarme por mi amuleto de la suerte, me cuenta un montón de cuentos sobre dinero y leyendas griegas. ¿No esperarías que te la entregara en bandeja de plata? No te conocía.

—Pues yo creo que me conociste muy bien. —Se inclinó sobre ella, apoyando las manos sobre los reposabrazos de su asiento y encajonándola con el cuerpo—. ¿O es que tienes la costumbre de rodar por el suelo de un hotel con desconocidos?

—Gideon.

—Esto no tiene nada que ver contigo. —Gideon volvió la cabeza y su ira a su hermano para acallar cualquier interferencia. Luego volvió a Cleo.

—Me conocías lo bastante bien para eso. Me conocías lo bastante bien para compartir la cama que Mikey nos cedió unas horas antes de morir.

—Ya vale. —Aunque tenía las manos heladas, Tia las utilizó para tirar del brazo de Gideon. Era como tratar de abrir un muro de acero con los dedos—. Era su amigo. Y le quería. Por muy enfadado que estés, lo sabes, y sabes que no tienes derecho a utilizarlo para hacerle daño.

—Ella lo utilizó. Y a mí también.

—Tienes razón. —Cleo levantó el mentón, no con gesto desafiante, sino como

invitándolo a pegarla—. No podías tener más razón. Me sobreestimé y subestimé a Anita. Y Mikey está muerto. Por mucha rabia y disgusto que sientas hacia mí en estos momentos, no es nada comparado con lo que siento yo.

—Me parece que ahí te equivocas. —Y se apartó.

—De acuerdo. —Dentro de ella se rompió algo, algo que no sabía que estaba ahí—. De acuerdo. Te engañé. Pensé que podía llegar a un acuerdo con Anita, coger el dinero y darte tu parte. Y todos contentos. Pensé que... bueno, pensé que le molestará un poco que lo haya hecho a sus espaldas, pero cuando tenga todo ese dinero en las manos, ¿cómo se va a quejar?

Cuando Gideon se volvió, rodeado de un aura casi tangible de violencia, Tia se interpuso entre los dos.

—Basta ya. Piensa un poco. Lo que Cleo hizo es razonable. Si estuviéramos hablando de una mujer de negocios normal, incluso poco honesta, hubiera sido razonable. Ninguno de nosotros hubiera sabido prever que Anita podía llegar tan lejos.

—Cleo me mintió. —No hizo caso de la mano de Tia, que tiraba de él—. Nos mintió a todos.

—Las mentiras empezaron desde el principio. —Tia hablo con tanta energía que Gideon se volvió a mirarla—. La falta de confianza y el hecho de que nadie mostrara sus verdaderos motivos han sido el problema desde el principio. Cada uno se mueve por razones diferentes, tiene metas diferentes. Diferentes objetivos. Y mientras no nos unamos, Anita seguirá llevándonos ventaja. Ella quiere algo muy concreto, tiene una sola meta. Si no nos ponemos de acuerdo, será ella quien gane.

—Tienes razón. —Malachi apoyó una mano en su hombro y, aunque ella se puso tensa, no se apartó—. Me siento tan poco orgulloso de la forma en que hemos llegado hasta aquí como vosotros. Todos, excepto Tia, tenemos cosas que lamentar. Podemos concomernos por lo que hemos hecho o echar abajo algunos muros. Gid.

La voz de Malachi se suavizó, y esperó a que su hermano volviera sus ojos furiosos hacia él.

—¿Te acuerdas de la *punching bag* que papá puso en el astillero? La llamábamos Nigel —explicó a las mujeres—, y la golpeábamos en vez de pegarnos entre nosotros. La mayoría de las veces.

—Ya no somos niños.

—No, no lo somos. Así que, en vez de poner esa cara o buscar algún Nigel con el que desahogarnos, ¿por qué no partimos de ahí? La buena noticia es que tenemos la segunda estatuilla. ¿Dónde dices que está ese banco, Cleo?

—En la Séptima. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave que se había guardado allí aquella mañana. Tengo que recogerla yo. Tengo que firmar y enseñar mi carnet de identidad para tener acceso a la caja de seguridad. Puedo

hacerlo por la mañana.

—*Podemos* hacerlo —la corrigió Gideon—. Creo que necesito un poco de aire fresco. Me voy a la azotea.

Cleo siguió sentada cuando Gideon salió cerrando de un portazo. Pero cuando los fragmentos de lo que se había roto en su interior empezaron a clavarse, se levantó.

—Estupendo. —Le asustó ver que la voz se le quebraba y se replegó—. Voy a echar una siesta.

Cuando la puerta del despacho se cerró detrás de ella, Tia se pasó las manos por el pelo.

—Vaya. Nunca sé qué hacer. O qué decir.

—Has hecho y has dicho lo que tenías que decir. Deja de descalificarte, Tia. Resulta de lo más irritante.

—Perdona. Voy a ver si puedo ayudar a Cleo.

—No, eso sería lo más fácil. —Con un leve suspiro, le puso la mano en el hombro—. Yo hablaré con Cleo, tú subirás a ayudar a Gid. A ver si podemos sacar un poco de unidad de todo este lío.

Y se dirigió hacia la puerta de la oficina.

—Has estado brillante con Anita —le dijo dándose la vuelta y dicho esto llamó con los nudillos a la puerta y entró sin esperar respuesta.

Cleo estaba tumbada en la cama plegable, que estaba sin hacer. No lloraba, pero estaba a punto de explotar.

—Mira, de momento ya he tenido bastante de Sullivans. Podemos considerar esto un entreacto.

—Pues es una lástima, porque me parece que el espectáculo aún no se ha acabado. —Malachi le levantó los pies, se sentó y los colocó sobre su regazo—. Y porque este Sullivan en particular está dispuesto a reconocer que seguramente hubiera hecho lo mismo que tú. Yo tampoco estaría orgulloso, y no dejaría de pensar todas las cosas que tendría que haber hecho de otra forma. Pero eso no cambiaría nada, ¿no?

—¿Estás siendo amable para que colabore?

—No estaría de más, pero lo cierto es que lo has pasado bastante mal y yo soy en parte responsable. Gideon no es una persona tan poco directa como tú o como yo. Lo que no significa que sea un felpudo o un tonto. Él siempre dice lo que piensa y se siente mal si los demás no hacen lo mismo. Le gusta jugar limpio.

Ella lo sabía, y el hecho de escucharlo de labios de Malachi no la tranquilizó precisamente.

—La gente que juega limpio siempre pierde.

—Cierto. —Se rio un poco y se puso a masajearle los pies de forma amistosa a Cleo—. Pero cuando ganan, lo hacen limpiamente. Y para él eso es importante.

Tú eres importante.

—Si acaso, *era* importante.

—Sigues siéndolo. Conozco a mi hermano, créeme. Pero, como a ti te conozco menos, tengo que preguntártelo. ¿Te importa él a ti?

Cleo trató de liberar su pie, pero él lo sujetó con fuerza y siguió masajeando.

—En ningún momento he pretendido engañarle con el dinero.

—No es eso lo que te he preguntado. ¿Te importa él?

—Sí, bueno, creo que sí.

—Pues entonces te daré un consejo. Defiéndete. Grita e insulta hasta que se desahogue, o llora. Cualquiera de las dos cosas funcionará con él.

Cleo se puso otro almohadón debajo de la cabeza.

—Volvemos a ser poco limpios, ¿verdad?

—Bueno —dijo él dándole una palmadita en el pie—. ¿Quieres ganar o perder?

Las ganas de llorar se habían apaciguado lo bastante para que Cleo se sentara, se sorbiera las lágrimas y lo mirara.

—No sabía si me gustabas o no. Teniendo en cuenta las circunstancias, es una suerte que sí me gustes.

—Lo mismo digo. Y dime, tengo curiosidad por saber una cosa: ¿las mujeres que trabajan de *strippers* ya han nacido con ese cuerpo o sois producto de la ciencia?

Tia no estaba teniendo la misma suerte con Gideon. Durante un rato, se limitó a sentarse en silencio en una de las sillas metálicas del jardín de la azotea. Ella rara vez subía, y no le gustaba ni el aire ni la altura. Lo que era una pena, pensó, porque la vista del río era maravillosa.

Estaba acostumbrada a que no le hicieran caso, así que permaneció sentada mientras Gideon fumaba y cavilaba de pie junto a la balaustrada de piedra.

—Durante días hemos estado corriendo por toda Europa, y resulta que todo el tiempo la ha llevado en el maldito bolso.

Bien, pensó Tia, está hablando. Por algo se empieza.

—Es suya, Gideon.

—No se trata de eso. —Se dio la vuelta, tan ridículamente atractivo, pensó ella, con aquel aire tan furioso—. ¿Es que pensaba que le iba a dar un golpe en la cabeza y llevarme la estatuilla? ¿Que huiría en mitad de la noche después de hacer el amor con ella y la dejaría tirada en alguna sórdida habitación de hotel?

—Eso no puedo saberlo. Para empezar, yo no habría tenido el valor de irme contigo, ni la presencia de ánimo de protegerme a mi misma... que es lo que hizo ella. A lo mejor te parecerá machista, pero una cosa es que un hombre huya por toda Europa en compañía de una mujer y otra es que la mujer huya con un

hombre. Para la mujer es más arriesgado. Sí.

—No te lo discuto. Pero no hacía ni una semana que estábamos juntos cuando... las cosas cambiaron.

—En cierto modo el sexo no deja de ser un riesgo. —Tía sintió que se ponía roja cuando Gideon la miró con el entrecejo fruncido—. Si te hubiera estado utilizando, que es lo que tú crees que hizo, hubiera sido ella quien se hubiera fugado en mitad de la noche con la estatuilla. Y en cambio te traje aquí.

—Y a espaldas mías, se fue a...

—Cometió un error. —Lo interrumpió Tía—. Y le ha costado mucho más caro a ella que a ti. Los dos sabemos cómo estaba cuando la trajiste a mi casa. Nosotros somos los únicos que lo sabemos. Y creo que yo soy la única persona que es consciente de cómo te portaste con ella. Lo atento y bueno que fuiste. Y cariñoso.

Gideon profirió un sonido algo hosco y aplastó el cigarrillo con el pie.

—Estaba borracha y mareada porque yo la obligué. ¿Qué iba a hacer? ¿Cargarla como un saco de patatas?

—Te preocupaste por ella. Y cuando se despertó llorando en mitad de la noche volviste a consolarla. Seguramente ella estaba demasiado dolida para darse cuenta. Yo nunca he estado enamorada —dijo, acercándose cautelosamente unos pasos, hacia él, hacia la pared—. Así que quizá me equivoque y resulte que no estás enamorado de ella. Pero sé lo que es sentir algo por otra persona y que te hagan daño.

—Mal se siente fatal por eso mismo, Tía. —La cogió de la mano, sin darse cuenta de que la resistencia instintiva de ella era por la altura, no por el gesto—. Te lo juro.

—No estamos hablando de eso. Sólo digo que cuando no estés tan enfadado ni tan dolido, tendrías que hacer un esfuerzo por ver las cosas desde su punto de vista. Y, si no puedes, al menos reconciliaros lo justo para que podamos seguir adelante.

—Seguiremos adelante —prometió él—. Me controlaré.

—Bien, bien. —¿Por qué será que la gente que tiene miedo a las alturas no puede evitar mirar abajo cuando está en lo alto de un edificio? Como si estuviera hipnotizada, Tía miró a la calle hasta que la cabeza empezó a darle vueltas. Temblando, consiguió dar un paso atrás, luego otro.

—Fiu. Me da vértigo.

—Tranquila. —Gideon la cogió del brazo cuando vio que se tambaleaba—. No pasa nada.

—Sí, más o menos.

Cleo no tuvo ocasión de poner en práctica el consejo de Malachi. Es difícil

pelear, con palabras o lágrimas, con alguien que te evita como si fueras la peste. Es difícil tener una confrontación con un hombre que prefiere dormir en la azotea de un edificio de Nueva York a compartir una esquina de la cama contigo.

Y le dolió. Sobre todo porque en el fondo sentía que se lo merecía.

—Vais, la cogéis y volvéis —repitió Malachi mientras Gideon, con los ojos legañosos, se bebía de un trago su segundo café de la mañana.

—Eso ya lo has dicho.

—Lo mejor es que no toméis un camino directo. El banco está bastante cerca de... del otro piso —dijo Malachi lanzando una mirada a Cleo—. Es posible que aún tenga gente vigilando la zona.

—Hemos despistado a esos tipos por toda Europa. —Gideon dejó su taza vacía sobre el mármol y, al ver que Tia se aclaraba la garganta ostensiblemente, volvió a cogerla y la aclaró en el fregadero—. Podemos arreglarnos.

—Sólo digo que vigiléis.

Gideon asintió.

—¿Lista? —le preguntó a Cleo.

—Claro.

Tia cruzó los dedos y le costó descruzarlos cuando Gideon y Cleo salieron por la puerta.

—No te preocupes por ellos —le dijo a Malachi, aunque también se lo decía a sí misma.

—No. Pueden arreglarse solos. —Pero se metió las manos en los bolsillos y deseó no haber dejado de fumar—. Lo mejor es que la veamos, para comprobar si es auténtica.

—Sí, y mientras vuelven, yo tengo mucho trabajo atrasado.

—Es la primera vez que nos quedamos a solas. Me gustaría decirte algunas cosas.

—Ya está todo dicho.

—No, todo no. No sabes lo que pensé cuando me diste la patada.

—Eso no viene a cuento. Hace días que no puedo trabajar en mi libro. Me estoy atrasando. Puedes ver la televisión, escuchar la radio, leer. O subir y tirarte de la azotea. Me da igual.

—La capacidad de sentirse ofendido es algo que valoro mucho. —Con suavidad, le cerró el paso a Tia cuando quiso ir a la oficina—. Ya te he dicho que lo siento. Te he dicho que me equivoqué y eso no te ha hecho cambiar ni un ápice. Así que ¿por qué no escuchas el resto?

—A ver... ¿porque no estoy interesada, por ejemplo? Sí, creo que sí. —Le encantó el tono de sarcasmo de su voz. Le hacía sentir que tenía el control—. La parte personal de esta relación se ha terminado.

—No estoy de acuerdo.

Él dio un paso adelante, ella un paso hacia atrás.

Y aquella retirada, aunque pequeña, hizo que volviera a sentirse vulnerable.

—¿Quieres que hablemos del tema? —dijo encogiendo los hombros, tratando de ser un poco como Cleo—. No se me da muy bien explicarme, pero lo intentaré porque quiero terminar con esto de una vez. Me trataste como a una imbécil y, lo que es peor, me hiciste creer que me encontrabas atractiva e incluso deseable. Y eso, Malachi, es algo despreciable.

—Te daría toda la razón si eso fuera cierto. Pero el caso es que te encontraba atractiva y deseable, y por eso me sentí tan dividido. —Vio que una sombra de irritación le cubría el rostro. Una irritación que, él lo sabía, procedía de la incredulidad. Así que no hizo caso—. Y por eso cometí el primero de muchos errores. ¿Sabes qué fue lo que me hizo caer en esa sucesión de errores que tanto te preocupan?

—No. Ni me importa. Me empieza a doler la cabeza.

—No es verdad.Quieres que te duela la cabeza para tener otra cosa en que pensar. Fue tu voz.

—¿Cómo dices?

—Tu voz. Cuando estaba sentado en aquel auditorio y te oía hablar, con una voz tan bonita, algo nerviosa al principio, luego más segura. Una voz tan bonita y fluida. Reconozco que me aburrí mortalmente con la conferencia, pero me gustaba escuchar tu voz.

—No veo qué...

—Y además estaban las piernas. —No pensaba detenerse, no ahora que veía que los nervios empezaban a sobreponerse al mal humor de Tia—. Me pasé todo el rato escuchando tu voz y mirándote las piernas.

—Eso es ridículo.

Ah, pensó él. Tia estaba sofocada, y mejor eso que enfadada, mejor que nerviosa. Porque una Tia sonrojada no podría evitar que dijera las cosas que necesitaba decir.

—Pero eso no era lo más importante. Me gustó el aire tan tímido, cansado y confuso que tenías cuando me acerqué a que me firmaras el libro. Oh, qué educada.

Se acercó a ella otra vez, pero esta vez ella dio un rodeo y el sofá quedó entre los dos.

—No pensabas en lo cansada que estaba, sino en cómo sacarme información sobre las diosas.

Él asintió.

—Cierto, pensaba en las diosas, pero en mi cabeza había sitio para las dos cosas. Y luego, cuando te convencí para que vinieras a dar un paseo, me encantó la expresión deslumbrada de tu rostro cuando mirabas a tu alrededor, cuando empezaste a ver de verdad el lugar donde estabas.

—Y te encantó pensar que eras tú quien me deslumbraba.

—Sí. Lo reconozco. Me resultaba halagador, pero de todos modos aún no había llegado el momento decisivo, lo que me impulsó a zanjar el primero de mis errores.

Malachi fue hasta el extremo del sofá y ella retrocedió hasta la mesita de café, colorada, y casi brincó hasta el otro extremo.

—Fue cuando volvimos a tu habitación.

—Mi habitación desordenada.

—Sí. —Malachi notó una bocanada del aroma que Tia había dejado a su paso. Tan suave... Tan quieto...—. Estaba enfadado por aquello, y enfadado conmigo mismo porque sabía que en parte yo era el responsable. Y allí estabas tú, agotada y preocupada, buscando una pastilla, y esa cosa que aspiras como si fuera un chupete.

—Un inhalador es un...

—Da igual. —Ahora Malachi sonreía, y rodeó el sofá—. ¿Sabes qué fue lo que me llegó, Tia? ¿Lo que se saltó todas mis defensas e hizo que bebiera los vientos por tí?

Ella hizo un gesto de desprecio.

—¿Los vientos? ¿Y qué más, hombre?

—Fue cuando miré en el cuarto de baño. Ése baño fines tan maravilloso, y vi todos aquellos pots y frascos. Que si para la energía, que si alivio del estrés. Jabón especial y sabe Dios qué más.

—Claro. Te sentiste atraído por mis alergias y mis fobias. Siempre han tenido un atractivo sexual incomparable.

A Malachi, aquel tono remilgado le sonó a música.

—Me fascinó pensar que una mujer que creía necesitar todo aquello para pasar el día se hubiera atrevido a hacer un viaje como aquél, sola. En el fondo eres una persona muy valiente, mi amor.

—No, no lo soy. ¿Quieres dejar de acercarte?

—Mi plan era ver si podía sacarte alguna información concreta, con la esperanza de que me condujeras a las otras estatuillas. Muy sencillo, y nadie salía perjudicado. Pero hubo alguien perjudicado. Porque no podía dejar de pensar en ti.

Tia notó un nudo en la garganta, una opresión en el pecho.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Y te vi allí sentada, con todas tus cosas hechas un lío, hablando con la policía tan tranquila, aunque estabas pálida y agitada.

Y acaloramiento, o ira.

—Y me dejaste tirada, me dejaste hasta que consideraste que podía volver a serte útil.

—Tienes razón. Pero no vine a Nueva York pensando sólo en las estatuillas. No era eso lo único que buscaba. ¿Recuerdas cuando te besé a la puerta de tu

casa? ¿Lo recuerdas?

—Basta ya.

—Te hice entrar y cerré la puerta entre nosotros. Si no me hubieras importado, hubiera entrado. Sabía que me dejarías entrar. Pero no podía hacerlo, no podía tocarte sabiendo que te estaba mintiendo.

—Hubieras entrado y me hubieras hecho el amor si hubieras soportado la idea de hacer el amor con alguien como yo.

Él se detuvo en seco, como si se hubiera topado con una dura pared de cristal.

—¿Qué significa eso? Alguien como tú. Me pone malo cuando dices esas cosas. —Saltó con rapidez y casi la tenía cogida del brazo cuando ella se escabulló—. Y que me muera si permito que tú lo pienses. Aquélla noche te quería, demasiado para el bien de ninguno de los dos. Y desde entonces he llevado conmigo el sabor de tu boca. A mi modo de verlo, sólo hay una forma de resolver esto. Voy a tomarte.

—¿A tomarme qué? —Cuando vio que él se detenía y se echaba a reír como un loco, lo comprendió. La sangre le subió a las mejillas, luego volvió a retirarse—. No puedes decir una cosa así. No puedes dar por sentado...

—No estoy dando nada por sentado, y no pienso decir nada más. Desde que llegué estoy tratando de hablar. Pues se acabaron las palabras. Te pienso tocar ahora. Y deja de respirar dé esa forma o acabarás por necesitar ese trasto.

—No respiro de ninguna forma. —Pero lo hacía, incluso mientras corría tratando de volver a parapetarse detrás del sofá—. No pienso irme contigo a la cama.

—No tiene por qué ser en la cama, aunque creo que lo disfrutarías más. —Hizo ademán de correr a la izquierda y en vez de eso corrió a la derecha y trató de cogerla del brazo. Deliberadamente la dejó escapar, porque se lo estaba pasando en grande.

Tía volvía a recuperar el color y tenía las mejillas de un adorable sonrosado.

—No se te da nada bien esto —comentó Malachi cuando Tía casi se cayó—. Apuesto a que no has tenido muchos hombres persiguiéndote alrededor del sofá.

—Pues no, porque no tengo por costumbre salir con críos de doce años. —Si su intención era insultarle, el gesto que hizo él chasqueando la lengua le indicó que había errado el tiro—. Quiero que termines con esto ahora mismo. —Y echó un vistazo a la puerta de la oficina, evaluando la distancia.

—Venga, inténtalo. Por bien del juego limpio, te daré ventaja. Quiero besarte la nuca. Rozar con mis labios esa curva tan elegante.

Y se lanzó a por ella. Ella chilló y cayó hacia atrás levantando los brazos por encima del respaldo del sofá. Más por suerte que otra cosa, acabó aterrizando en el suelo, encima de unos cojines, de culo.

Con una risita nerviosa que le sorprendió más a ella que a Malachi, se levantó de un brinco y corrió hacia la puerta del despacho.

Él la atrapó justo ante la puerta, la hizo volverse y la empujó con fuerza contra la pared. Tia se encontró mirando a unos ojos encendidos y brillantes, con las palabras agolpadas en la garganta sin acabar de salir.

—Así de poco atractiva y deseable te encuentro.

Y la besó sin la calidez y la ternura que había demostrado otras veces, apretándola tan fuerte con el cuerpo que los latidos de su corazón parecían estar dentro de ella.

Ella levantó las manos pensando... sin pensar nada. Y volvieron a caer flácidas a los lados.

Él levantó la cabeza, sólo un momento, y Tia vio su rostro borroso.

—¿Ha quedado claro? —preguntó él, pero como ella no pudo más que menear la cabeza, volvió a besarla.

Era como si la dispararan desde un cañón, como si saliera despedida de una montaña rusa. Al menos, imaginaba que esas dos cosas debían de llenar el cerebro de color y sonido y disparar el ritmo cardíaco. Que convertían los miembros en pura agua y sumían al sistema en algo que estaba entre el terror más absoluto y la alegría desahogada.

Empezó a notar un pitido en los oídos, y eso le recordó que estaba conteniendo la respiración. Pero cuando la dejó escapar, sonó más bien como un gemido.

Un gesto de desamparo que hizo que Malachi le mordisqueara implacablemente el labio inferior antes de terminar el beso.

—¿Qué me dices ahora?

—Yo... he olvidado la pregunta.

—Te la volveré a repetir.

Y la cogió en brazos. La levantó del suelo como si fuera una pluma.

—Dios mío —fue lo único que consiguió decir cuando él la llevó al dormitorio y cerró la puerta con el pie.

—No lo olvides. Sólo lo hago para que no estés enfadada.

—Oh. —La tumbó en la cama—. De acuerdo.

—No tengo ningún interés personal en desnudarte y clavarte los dientes. —Se colocó a horcajadas sobre ella, observando su rostro mientras le desabotonaba la blusa—. Pero a veces un hombre tiene que hacer sacrificios por el bien general. —Le pasó los pulgares con suavidad sobre los pechos. Y ella se puso a temblar—. ¿No estás de acuerdo?

—Yo, sí... No. No sé qué estoy haciendo aquí. He perdido el juicio.

—Eso espero, Tia. —La incorporó un poco para poder quitarle la blusa—. Eres tan menuda y bonita...

—No llevo la ropa interior adecuada.

Malachi se entretuvo pasándole el dedo por el abdomen. Su piel, pensó, era como los pétalos de una rosa.

—¿Qué decías?

—Si hubiera sabido que... No llevo la ropa interior adecuada para esto.

—¿En serio? —Malachi estudió el sujetador de algodón blanco—. Bueno, pues entonces será mejor que nos deshagamos de ella cuanto antes.

—No me refería... —Tia tragó audiblemente cuando Malachi le pasó la mano por debajo y le soltó el sujetador con dos dedos—. Tú ya has hecho esto antes.

—Lo confieso, sí. Soy un sinvergüenza. —Y se inclinó para besarla mientras tiraba el sujetador por ahí—. Ahora pienso aprovecharme todo lo que pueda de ti. —Volvió a rozarle los pezones con los pulgares, hasta que Tia sintió fuego en el vientre—. Seguramente tendrías que pedir ayuda.

—No creo que necesites ninguna.

Y dicho esto la abrazó con violencia.

—Jesús, no hay nadie como tú. Bésame. —Rozó los labios de ella con los suyos—. Bésame. Lo necesito.

En toda su vida, nadie le había dicho nunca nada parecido. La emoción de oír aquello en aquellos momentos la desbordaba, desbordó su corazón y le salió a borbotones en un beso. Lo rodeó con sus brazos, moviendo su cuerpo y pegándose a él con un abandono que ninguno de los dos esperaba.

Sacudido, Malachi hundió los dedos en su carne y, al menos durante un par de segundos, luchó por mantener un control razonable. Y entonces volvió a echarla hacia atrás e hizo lo que había amenazado con hacer, le clavó los dientes.

Debajo de él, Tia se arqueó, como si estuviera montando una ola y, sin otro pensamiento que lo que hacía, se agarró a su camisa.

—Quiero... quiero...

—Yo también. —A Malachi le faltaba el aire, y los músculos le temblaban. Notaba el sabor de ella en la boca, dulce y cálido, su tacto sedoso y suave bajo las manos. Y el sorprendente y delicioso entusiasmo de ella al pasar esas manos pequeñas y nerviosa por su cuerpo.

Tenía una figura tan delicada y unas curvas tan sutiles... su olor callado y femenino le enturbiaba los sentidos, hasta que sintió que podía respirarla. Ansioso por explorar, recorrió su cuerpo con los labios y volvió a los pequeños y adorables pechos.

A su boca cálida y anhelante.

Cuando le oprimió la mano contra sus partes y ella se corrió con un grito, Malachi se sintió como un dios.

Él murmuraba algo, o tal vez gritaba. Había tantas cosas en su cabeza que Tia no hubiera sabido decirlo. Su sistema se vio asaltado por una serie de tirones largos y líquidos, de violentas sacudidas, y cada sensación se fundía con tanta fuerza con la siguiente que era imposible separarlas.

Su cuerpo las absorbía con anhelo y pedía más.

Y el cuerpo de él, tan firme, tan suave, tan caliente... ¿Era tan extraño que sus manos tuvieran tanta inquietud por tocarlo? Al tocar, sintió el temblor de un músculo, la violencia del pulso.

Anhelo. Era el anhelo que sentía por ella.

Y entonces Tia olvidó el anhelo de él por el suyo propio cuando Malachi deslizó sus dedos sobre ella y dentro de ella. No pudo hacer nada, salvo aferrar con las manos el revoltijo de la sábana.

La boca de Malachi volvió a la de ella, y ella se abrió. Lo abrió todo, de modo que cuando entró en ella, entró a la vez en el cuerpo y el corazón.

Él volvió a pronunciar su nombre. Era como si resonara y resonara en su cabeza. Trataba de levantarse hacia él, se dejaba, volvía a arquearse, hasta que el ritmo fue como una música. Y Malachi se perdió en él, en ella, conforme ese ritmo se hacía más apremiante, y el anhelo se convertía en desesperación. Y la desesperación en un placer que los engulló a los dos.

Tia yacía bajo el cuerpo de Malachi, sintiéndose débil y destrozada. En alguna remota zona de su cabeza, era consciente de su peso, del pulso acelerado de su corazón, incluso de su respiración superficial. Pero era mucho más consciente de la adorable dejadez de su propio cuerpo, del caudal ardiente de sangre que burbujecía bajo su piel.

Una parte de su mente seguía acurrucada en un rincón y permanecía mirando con incredulidad y desaprobación. Había hecho el amor alocadamente con un hombre en quien no confiaba en los negocios. Y a las nueve de la mañana. De un jueves.

Que fue por lo mismo que sintió una especie de suficiencia de la que sabía que hubiera debido avergonzarse.

—Deja de pensar tanto —le dijo Malachi con voz somnolienta—. Te vas a hacer daño. No me acordé de la nuca. —Y volvió la cabeza para mordisquear le un poco el hombro—. Tendré que reparar ese descuido cuando pueda volver a moverme.

Ella cerró los ojos y se obligó a escuchar la voz que la reprendía.

—Son las nueve de la mañana.

Él volvió la cabeza y miró el reloj de la mesita de noche.

—No, en realidad son los dieciséis minutos.

—No puede ser. Se fueron justo antes de las nueve. —Era tan agradable pasarle los dedos por el pelo, por ese pelo castaño oscuro—. Miré al reloj para saber cuándo tenía que empezar a preocuparme si no volvían. —Trató de moverse para poder mirar el reloj ella misma, pero él la retuvo poniendo su boca en la de ella.

—¿Y cuándo tienes que empezar a preocuparte?

—A las diez.

—Pues entonces ya vas con retraso. Cariño, se tarda lo suyo en hacer el amor si se pone un poco de empeño.

—¿Las diez? ¿Son las diez pasadas? —Se meneó, empujó, se retorció—. Podrían volver en cualquier momento.

—Podrían. —Sus movimientos, decidió Malachi, eran perfectos—. ¿Y qué?

—Ellos... no podemos estar aquí. Así.

—La puerta está cerrada, y el dormitorio es territorio prohibido, si no recuerdo mal.

—Pero sabrán lo que hemos estado haciendo. Y no tendríamos que...

—Imagino que sí. Oh, qué vergüenza —dijo, y levantó una mano para acariciarle un pecho.

—No te burles de mí.

—No puedo evitarlo, lo mismo que no puedo evitar quererte otra vez. Me gustas fuera de la cama, Tia, pero tengo que decírtelo. —Le mordió el lóbulo de la oreja y ella se estremeció—. Desde luego que dentro también. Y pienso tomarme unos minutos para demostrártelo.

—Tenemos que levantarnos, ahora mismo —empezó a decir pero la lengua de Malachi se deslizó sobre sus pechos—. Bueno, creo que por unos minutos más no pasará nada.

Gideon Sullivan tendría que dar clases de revancha, pensó Cleo. Tendría que escribir un jodido libro.

CÓMO HACER QUE TU AMANTE SE SIENTA COMO UNA COLILLA EN DIEZ SENCILLAS LECCIONES

Pero Cleo no tenía intención de desmoronarse. Que se mostrara frío si quería, ella lo sería más. Que le hablara con monosílabos; ella contestaría con gruñidos.

Si se había creído que durmiendo en la azotea en vez de compartir la cama con ella iba a herir sus sentimientos, estaba muy equivocado.

Ojalá hubiera llovido, a cántaros.

Fueron en metro, que, en opinión de Cleo, era el marco perfecto para un silencio sepulcral. Ella se sentó con su experta mirada de neoyorquina clavada a media distancia mientras él leía un ejemplar algo gastado de *Ulises*.

Éste tío tendría que animarse un poco, se dijo Cleo. Y, de todos modos, una persona que elegía voluntariamente leer a James Joyce no era su tipo.

Seguramente se imaginaba que ella no había tocado un libro en su vida.

Bueno, pues se equivocaba. Leer le gustaba lo mismo que a cualquier hijo de vecino, pero no perdía su tiempo libre perdida en una selva metafórica de depresión y desesperanza.

Eso se lo dejaba al guaperas, que era tan condenadamente irlandés que seguro que sangraba en verde.

Cuando llegaron a su parada, Cleo se puso en pie. Gideon marcó la página por donde iba y salió detrás de ella. Cleo estaba demasiado malhumorada y no reparó en la forma en que Gideon observaba a la gente de alrededor, o se ladeaba para proteger su cuerpo. La siguió por entre los túneles al tren.

Y esperó pacientemente en el andén mientras ella daba golpecitos en el suelo con un pie, luego con el otro.

—No creo que nos hayan seguido —dijo con voz tranquila.

El sonido de su voz casi la sobresaltó, y eso la irritó tanto que se olvidó de responderle con un gruñido.

—Nadie sabe que estamos en casa de Tia, así que no pueden seguirnos.

—Puede que no sepan que estamos con Tia, pero es posible que estén vigilando su casa. No me gustaría llevarlos hasta ella o dejar que nos sigan a todas partes.

Tenia razón, y eso le recordó que ella misma los había llevado hasta Mikey.

—No sé si tirarme delante del próximo tren que pase. ¿Crees que sería suficiente penitencia para ti?

—Es un poco excesivo, además de derrotista. Al menos mientras no hayas sacado la estatuilla del banco.

—De todos modos es lo que querías desde el principio.

El andén vibró cuando el convoy se acercaba.

—Debe de ser un consuelo para ti pensar eso.

Cleo entró sin mirar en el vagón y prácticamente se abalanzó sobre un asiento. Él se sentó enfrente, abrió su libro y empezó a leer.

Y siguió leyendo a pesar de que el movimiento del metro hacía dar tumbos y saltar las palabras de la página. No tenía sentido hablar con ella. Y menos en público. Lo importante era llegar al banco, sacar la estatuilla y llevarla a la casa de Tia. Con discreción.

Después, lo más indicado sería una buena reprimenda. Aunque tampoco serviría para nada. A pesar de la forzosa intimidad, en el fondo, eran unos desconocidos. Dos personas de lugares distintos, con ideas distintas. Y objetivos distintos.

Si se había permitido pensar en ella de otra forma, si había dejado que sus sentimientos por ella deformaran la realidad, ése era su problema.

Su objetivo principal era encontrar a Láquesis, de modo que, en breve, esa parte del viaje se habría terminado.

Deseó poder volver a Cobh, a sus barcos, poder descargar parte de aquel exceso de energía raspando el casco o alguna otra cosa. Pero la segunda estatuilla sólo era la primera de las tres, y tenía la sensación de que aún tardaría un tiempo en volver a su hogar.

Le pareció que Cleo se movía, captó el destello de la camiseta azul que su hermano le había prestado cuando se levantaba sobre esas piernas interminables. Él se levantó también y se metió el libro en el bolsillo de la chaqueta.

Cleo bajó al andén y se alejó como si tuviera mucha prisa. Pero, como todo el mundo hacía lo mismo, Gideon supuso que nadie se fijaría. Prácticamente volaba por las calles, mientras él trataba de seguirla.

Cuando Cleo se disponía a abrir la puerta del banco, Gideon olvidó su promesa de no tocarla y la cogió de la mano.

—Si entras ahí con cara de asesina, la gente se dará cuenta.

—Estamos en Nueva York, guaperas, nadie se fija en nada.

—Tómatelo con calma, Cleo. Si quieres discutir conmigo, discutiremos. Pero ahora, tranquilidad.

Cleo decidió que lo que más detestaba de Gideon era que siempre sabía sobreponerse a las circunstancias.

—Muy bien. —Le dedicó una sonrisa glacial—. Todo en calma.

—Esperaré fuera. —Y se apartó de la entrada.

Gideon estuvo observando el tráfico, a la gente. No vio a nadie que pareciera interesado en él, y acababa de llegar a la conclusión de que cualquier persona que decidiera vivir en un sitio con tanto ruido y tanta gente o estaba tonto o no tardaría en estarlo cuando Cleo salió.

La joven le hizo una señal con la cabeza, tamborileó con los dedos sobre su bolso. Él se acercó, de modo que el bolso y su contenido quedaron protegido entre los cuerpos de los dos.

—Cogeremos un taxi —dijo él.

—Bien. Pero tenemos que hacer una parada. Tia me ha prestado doscientos. Necesito algo de ropa.

—No es momento para ir de tiendas.

—No voy a ir de tiendas, voy a comprar. Y estoy lo bastante desesperada para conformarme con el centro comercial Gap que se aleja bastante de mi estilo. Podemos ir a pie hasta la Quinta —dijo, caminando ya en aquella dirección, sin dejarle a Gideon más alternativa que seguirla—. Luego, cuando estemos seguros de que nadie nos sigue, me compro un par de camisas y unos tejanos, cogemos un taxi y nos vamos a casa. Y puede que entonces queme la ropa que llevo puesta desde que salimos de Praga.

Gideon podía haberse negado, pero era un hombre que sopesaba las posibilidades con rapidez. Podía meterla a la fuerza en un taxi y sentarse encima de ella hasta que llegaran a casa de Tia.

O podía darle media hora para que hiciera lo que creía que tenía que hacer.

—Odio este sitio —musitó ella en cuanto entraron—. Es tan... alegre. —Fue directa a la ropa negra.

Él no se apartó un momento de ella, y Cleo tuvo la tentación de coger algo y meterse en los probadores para ver si también entraba con ella. Seguro que sí.

Evidentemente, confianza no era la palabra del día.

Cleo cogió lo que consideró estrictamente necesario. Dos camisetas de tirantes, una *tee* de manga larga, tejanos, una blusa. Todo negro. Luego vio cómo el total ascendía a doscientos doce dólares y cincuenta y ocho centavos.

—La aritmética no es lo tuyo, ¿verdad? —preguntó él cuando se puso a maldecir por lo bajo.

—No tengo ningún problema con los números. No me estaba fijando, nada más. —Se sacó el dinero que llevaba y siguieron faltando ocho dólares y veintidós centavos—. Dame un respiro, ¿quieres?

Gideon le dio un billete de diez, luego tendió la mano para que le devolviera el cambio.

—Son menos de dos pavos. —Le puso el dinero en la mano de mala manera y se colgó el bolso al hombro—. Estoy pelada.

—Tendrías que vigilar más cómo gastas lo que tienes. En realidad te puedes descontar los ocho dólares y veintidós centavos de lo que te debo por los pendientes. Yo pagaré el taxi.

—Qué amable.

—Si quieres un hombre que te mantenga, tendrás que buscar en otro sitio. Estoy seguro de que no te costaría nada encontrar uno.

Ella no contestó. No podía decir nada por el nudo que tenía en la garganta. En vez de eso, fue hacia el bordillo con Gideon cogido a su brazo y trató de parar un taxi.

—Perdona.

—Cierra la boca —consiguió contestar ella—. Cierra la boca. Los dos sabemos lo que piensas de mí, así que déjalo ya.

Cuando volviera a tener la cabeza despejada, daría las gracias al dios de los desesperados que hizo que un taxi parara ante ellos. Cleo subió y dio la dirección de Tia.

—No sabes lo que pienso de ti. Y yo tampoco.

Y no dijo más durante el resto del trayecto.

Cleo hubiera entrado directamente a la que era su habitación temporalmente cuando llegaron al piso, pero Gideon la retuvo.

—Veamos esa estatuilla primero.

—Quieres verla. —Cleo le golpeó con el bolso en el estómago con la suficiente fuerza para dejarle sin respiración—. Pues mira.

Ya casi había llegado a la puerta del dormitorio cuando se paró en seco.

—Escucha, Cleo...

Ella levantó una mano, negó con la cabeza con fuerza. El estómago dolorido de Gideon dio un vuelco porque la imaginó llorando. Pero cuando Cleo se dio la vuelta, su sonrisa amplia y burlona le hizo entrecerrar los ojos.

—¡Calla! —dijo ella en un susurro, y señaló con el pulgar al dormitorio—. Están ahí.

—¿Quién? —La imagen de Anita Gaye o alguno de sus matones se le vino a la cabeza. Cleo tuvo que saltar delante de él para frenarlo.

—Por Dios, guaperas, escucha.

Y Gideon escuchó, un grito ahogado y agitado que sólo podía significar una cosa. La curiosidad y la sorpresa le hicieron acercarse un poco más, y entonces oyó el inconfundible sonido del colchón. Crujiendo.

—Vaya, vaya. —Se pasó una mano por el pelo y tuvo que contener la risa—. ¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer? —susurró, sonriéndole a Cleo—. No me puedo quedar aquí oyendo cómo mi hermano se lo monta con Tia. Es ridículo.

—Sí. Ridículo. —Y, riendo con disimulo, pegó prácticamente la oreja a la puerta—. Creo que aún les queda un rato. A menos que tu hermano sea uno de éstos que acaban en un abrir y cerrar de ojos.

—Y cómo voy a saberlo. Y prefiero seguir así. Subiremos un rato a la azotea.

—¡Bien por ti, Tia! —murmuró Cleo cuando se dirigían a la puerta. Consiguieron contener la risa hasta que estuvieron en el ascensor.

—¿Crees que nos han oído?

—Para mí que no oirían ni una explosión nuclear. —Cleo tomó aliento y bajó del ascensor para subir la escalera que llevaba a la azotea. Salió al sol, se sentó en una silla y estiró sus largas piernas.

Luego sintió que su ánimo decaía otra vez cuando vio que Gideon abría su bolso. El momento de diversión compartida había pasado, volvían a los negocios.

Él sacó la estatuilla y la sostuvo en alto, haciendo que brillara al sol.

—No es gran cosa —comentó—. Bonita, y astuta, si te paras a mirar los detalles. Has dejado que la plata se deslustre.

—Antes estaba peor. Y sigue siendo sólo una.

Gideon la miró a ella, observó el reflejo del sol en sus gafas de sol.

—Pero es una que Anita no tiene y nosotros sí. La de en medio. La que devana. ¿Cuánto durará esta vida?, Piensa. ¿Cincuenta años, cinco, ochenta y nueve y tres cuartos? ¿Cuál será la verdadera medida de esta vida? ¿Piensas alguna vez en eso?

—No. Pensar en ello no cambia nada.

—¿Ah, no? —giró la estatua en su mano—. Pues yo creo que sí. Pensar en ello, considerar lo que vas y no vas a hacer, eso forma las diferentes capas de una vida.

—Y, mientras estás pensando, te atropella un autobús y ¿entonces qué?

Él se apoyó contra la pared, observando a aquella mujer sentada entre tuestos con flores y jardineras.

—¿Ésa es la razón por la que no me dijiste que la tenías? ¿Porque para ti no es más que un medio para lograr un fin? ¿Sin ningún significado?

—También vosotros tenéis intención de venderla, ¿no?

—Sí. Pero no es sólo dinero lo que tengo en mi mano. Ahora menos que nunca.

—No pienso hablar de Mikey. —Su voz se convirtió en un hilo y vaciló, pero logró controlarse—. Y no pienso disculparme por lo que hice. Ya me has sacado lo que querías, y te has divertido en la cama de paso. Así que no te quejes.

Gideon se puso en pie, con la estatuilla aferrada en la mano.

—¿Y tú qué has sacado, Cleo?

—He escapado de Praga. —Se puso en pie de un salto—. He vuelto a casa, y tengo algo que potencialmente puede proporcionarme el dinero suficiente para no tener que vivir asfixiada durante un buen tiempo. Porque, pienses lo que

pienses, no voy a venderme a ningún hombre para que me mantenga. Me desnudaba, es cierto, pero no me prostituía. No soy tan idiota para dejar que ningún hombre me vuelva a joder y me deje hecha polvo como Sydney.

—¿Quién es Sydney?

—Otro de los cabrones en la lista interminable que parece que atraigo. Aunque no puedo culparle, porque la idiota fui yo. Él vino y yo caí como una burra. Me dijo que era copropietario de un teatro de Praga, que estaban montando un espectáculo y buscaban una bailarina... una bailarina estadounidense que supiera montar coreografías y estuviera dispuesta a invertir. Pero lo que buscaba era una prima, y de paso sacarse unos cuantos polvos gratis. Y gracias a mí consiguió las dos cosas al precio de una.

Se metió los pulgares en los bolsillos de delante, aunque lo que de verdad hubiera querido era abrazarse y balancearse.

—Quería volver a Europa, y yo fui su billete. Y yo me tiré de cabeza, porque... ¡qué demonios! Quería probar algo nuevo. Aquí estaba claro que no iba a llegar a ninguna parte, así que decidí intentarlo allí. Cuantas más mentiras me contaba, más me lo creía yo.

—¿Estabas enamorada de él?

—Sí, eres un jodido romanticón. —Se echó el pelo hacia atrás, caminó hasta la pared. Con el pelo ondeando al viento, los ojos ocultos tras las gafas, los labios formando una sonrisa cínica—. Tenía una pinta genial, y hablaba muy suave. La voz siempre suena más suave cuando tienen acento. Estaba colada por él, que no es lo mismo que estar enamorada. Y me encantaba la idea de que alguien me diera una oportunidad con las coreografías.

Una oportunidad, pensó, en algo en lo que podía ser buena.

—Así que estuve unos días viviendo en las nubes en Praga un día me levanté y descubrí que me había dejado pelada. Se llevó mi dinero, las tarjetas de crédito, y me dejó con una cuenta gigantesca en el hotel que no pude pagar hasta que empeñé el reloj y un par de anillos que llevaba.

—¿Acudiste a la policía, a la embajada?

—Por Dios Gideon, pero ¿tú en qué mundo vives? Se había pirado. Denuncié que me habían robado las tarjetas de crédito recogí mis cosas y busqué un trabajo. Y aprendí la lección. Cuando algo suena demasiado bueno para ser verdad, es porque es una mentira bien gordita. ¿Lección número dos? Busca la primera. Primera y última, siempre.

—Quizá tendrías que aprender otra lección. —Volvió la diosa, de forma que su rostro relució como el sol—. Si no crees en algo o alguien, ¿qué sentido tiene todo?

Abajo, en el piso, Tia se arrebujó contra Malachi y pensó en echar un sueñecito.

Uno pequeño, como un gato, porque en aquellos momentos se sentía como un gato. Un gato con la panza llena de crema.

—Tienes unos hombros preciosos —le dijo él—. Deberías llevarlos siempre descubiertos. No tendrías que taparlos ni con la ropa ni con el pelo.

—Anita dijo que a los hombres les gustan las mujeres con el pelo largo.

El nombre empañó su buen humor e hizo que la boca se le crispara.

—No pienses en esa mujer ahora. Será mejor que nos levantemos y miremos si Gideon y Cleo han vuelto.

—¿Volver? —Tia suspiró y se estiró—. ¿Volver de dónde? ¡Oh, Dios mío! —Se incorporó en la cama, demasiado alterada para pensar en cubrirse con las sábanas—. ¡Son las once! Tiene que haberles pasado algo. ¡En qué estaríamos pensando!

Salió de la cama, recogió su blusa irremediadamente arrugada y la miró ligeramente horrorizada.

—Si vienes un momento, te enseñaré lo que estábamos pensando.

—Esto es una irresponsabilidad. —Se apretó la camisa contra los pechos y reculó hacia el armario para coger una limpia—. ¿Y si les ha pasado algo? Tendríamos que salir a buscarlos o...

Se interrumpió porque llamaron a la puerta.

—Deben de ser ellos. —Se sintió tan aliviada que cogió una bata en lugar de una camisa y se la echó encima mientras corría a abrir.

—Gracias a Dios, estaba tan preocupada... Mamá.

—Tia, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Incluso cuando mires por la mirilla, *siempre*, siempre tienes que preguntar ¿quién es? —Lanzó un beso unos centímetros por encima de la mejilla de Tia y entró—. Estás enferma. Lo sabía.

—No, no estoy enferma.

—No me contradigas. —Puso una mano sobre la frente de su hija—. Estás acalorada, y en bata en pleno día... Tienes los ojos cargados. Bueno, precisamente ahora iba al médico, así que puedes venir conmigo. Ocuparás la hora que tenía reservada para mí. Si no, no podría perdonármelo.

—No estoy enferma. No necesito ningún médico. Estaba... —Señor, ¿qué podía decirle?

—Bueno, tú vístete. Estaba segura de que habrías cogido alguno de esos extraños virus en el extranjero. Ésta misma mañana se lo decía a tu padre.

—Mamá. —Tia saltó por encima de un escabel y, con la agilidad de un cazo tenso, se interpuso rápidamente ante la puerta de su habitación—. Estoy perfectamente. No querrás llegar tarde a tu cita, ¿verdad, mamá? Te veo un poco pálida. ¿Duermes bien?

—¿He dormido bien alguna vez, hija? —Alma puso su sonrisa de mártir—. No creo que haya dormido más de una hora seguida desde que naciste. He tenido que hacer acopio de fuerzas para vestirme esta mañana. Estoy segura de que

estoy baja de plaquetas. Segurísima.

—Dile al médico que te haga una prueba —la animó Tia llevándola hacia la puerta.

—¿Para qué? Nunca te lo dicen cuando de verdad estás enferma. Necesito sentarme un rato. Tengo palpitaciones.

—Oh... entonces creo que iré contigo al médico. Creo que necesitas... —Se interrumpió, derrotada, cuando la puerta se abrió y Cleo y Gideon entraron—. Oh, bueno... mmm... ya estáis aquí. Son mis socios, mamá.

—¿Socios? —Escrutó los tejanos gastados y la bolsa de Gap que Cleo aún llevaba en las manos.

—Sí, sí. Estamos trabajando juntos en un proyecto. En realidad, estábamos a punto de...

—¿Estás trabajando con la bata puesta? —quiso saber su madre.

—Vaya que sí —dijo Cleo por lo bajo, pero entre los males de los que Alma se quejaba no estaba la falta de oído.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué está pasando aquí? Tia, exijo una explicación.

—Es un poco delicado. —Malachi salió de la habitación. Él también iba con tejanos y su sonrisa hubiera podido derretir un iceberg a treinta kilómetros de distancia. Se había puesto una camisa, pero la había dejado sin abrochar deliberadamente. Hay momentos en que lo mejor es decir la verdad.

—Me temo que he estado distraído a su hija mientras nuestros socios estaban fuera. —Se acercó a Alma, le tomó la mano y la estrechó suavemente—. Una completa falta de profesionalidad por mi parte, por supuesto, pero ¿qué vamos a hacer? Es tan adorable... ahora entiendo a quién ha salido.

Levantó la mano de la madre y se la llevó a los labios mientras Alma lo miraba perpleja.

—Desde que conocí a su hija estoy completamente rendido.

Pasó un brazo por los hombros rígidos de Tia y la besó con suavidad en la mejilla.

—Pero la estoy avergonzando, y a usted también. Hubiera preferido conocerla a usted y a su marido en circunstancias menos comprometidas.

Los ojos de Alma fueron del rostro de Malachi al de su hija, y volvieron a Malachi.

—Cualquier cosa sería menos comprometida que esto.

Él asintió, con un gesto lo más tímido que pudo.

—No se lo discuto. Mal principio que la madre de tu novia te pille con los pantalones bajados antes de que os hayáis podido conocer. Sólo puedo decirle que estoy encantado con su hija.

Con tanta gracia como pudo, Tia se libró del brazo de Malachi.

—¿Podéis iros un momento a la cocina? ¿Todos? Quiero hablar un momento con mi madre.

—Si es lo que quieres. —Malachi le tocó el mentón y le hizo levantar el rostro hasta que sus ojos se encontraron—. Haré lo que tú me digas. —Y le rozó los labios con la boca antes de seguir a los otros a la cocina.

—Exijo una explicación —empezó la madre.

—Creo que, en estas circunstancias, sobran las explicaciones.

—¿Quién es esa gente y qué hacen en tu apartamento?

—Son mis socios, mamá. Amigos. Estamos trabajando juntos en un proyecto.

—¿Y hacéis orgías cada mañana?

—No. Eso sólo ha sido hoy.

—¿Qué te ha pasado, Tía? ¿Tienes a extraños en tu casa? ¿Irlandeses extraños en tu cama a media mañana? Sabía que no saldría nada bueno de ese viaje a Europa. Sabía que las consecuencias serían terribles. Nadie quiso escucharme y mira ahora.

—Consecuencias terribles. Mamá, ¿qué tiene de terrible tener amigos? ¿Qué tiene de malo que un hombre quiera acostarse conmigo a media mañana?

—No puedo respirar. —Alma se llevó la mano al pecho y se desplomó sobre una silla—. Noto un hormiguelo en el brazo, creo que me va a dar un ataque. Llama al novecientos uno.

—Basta ya. No puedes llamar a una ambulancia cada vez que no estamos de acuerdo o que me alejo un paso de ti. Cada vez —añadió, acuclillándose a los pies de su madre— que hago algo por mí misma.

—No sé de qué me hablas. Mi corazón...

—Tu corazón está bien. Tienes el corazón de un elefante y cada médico al que acudes te dice lo mismo. Mírame. Mamá, ¿quieres mirarme un momento? Me he cortado el pelo —dijo con tranquilidad—. No te has dado cuenta porque ni siquiera me ves. Lo único que ves es una niña enfermiza que puede hacerte compañía en el médico y darte una excusa para quejarte de los nervios.

—Qué cosa tan terrible me dices, hija. —La impresión hizo que Alma se olvidara de su ataque—. Primero te acuestas con un desconocido y luego me dices esas cosas tan feas. Te has metido en una secta, ¿verdad?

—No. —Sin poder contenerse, Tía apoyó la cabeza en las rodillas de su madre y se rio—. No me he metido en ninguna secta. Ahora quiero que te vayas. Tu chofer te espera. Acude a esa cita con el médico. Iré a veros a ti y a papá muy pronto.

—No sé si estoy lo bastante fuerte para ir yo sola al médico. Necesito que me acompañes.

—No puedo. —Con suavidad, Tía hizo incorporarse a su madre—. Lo siento. Si quieres, llamaré a papá para que se reúna allí contigo.

—No importa. —Echándose el martirio encima como una estola, Alma fue hasta la puerta—. Evidentemente, el hecho de que casi me muriera durante el parto y que te haya dedicado mi vida no es suficiente para que me dediques una

hora de tu tiempo cuando estoy enferma.

Tía abrió la boca, pero se tragó las palabras de consuelo.

—Lo siento, espero que pronto estés mejor.

—Caray, es genial. —Cleo salió de la cocina en cuanto oyó cerrarse la puerta de la calle—. Es una auténtica campeona. Eh. —Se acercó a Tía y le pasó un brazo por la cintura—. Tú no te preocupes, chica, estaba haciendo el numerito.

—Podía haber ido con ella. No me hubiera tomado tanto tiempo.

—Y en vez de eso le has plantado cara. Que es mucho mejor, si quieres mi opinión. Lo que tú necesitas es un poco de helado.

—No, gracias. —Respiró hondo, sintió que el aire se le atascaba en el esternón pero lo expulsó con gesto decidido. Luego se dio la vuelta, para poder enfrentarse a todos a la vez—. Estoy avergonzada, estoy cansada y me duele la cabeza. Me gustaría disculparme por todo esto enseguida. Y me gustaría ver la diosa, examinarla, verificar su autenticidad y tomarme la medicación antes de vestirme y bajar al centro a ver a mi padre.

Malachi levantó una mano y mostró la estatuilla que su hermano le había dado en la cocina.

Sin decir palabra, Tía se la llevó a su despacho y, una vez allí, con las gafas apoyadas en la nariz, la examinó con una lupa. Notaba la presencia de los otros detrás.

—Estaríamos más seguros si mi padre pudiera examinarla o, mejor, si él pudiera llevarla a un experto.

—No podemos arriesgarnos a hacer eso —dijo Malachi.

—No. Y desde luego no pondría a mi padre en peligro relacionándolo con esto. Éstas son las marcas del creador —dijo poniendo la base boca arriba—. Y según mis investigaciones son correctas. Tú y Gideon sois los únicos que habéis visto a Cloto. Yo sólo he visto fotografías y retratos de artistas, pero estilísticamente la figura se corresponde. Y veis, aquí... —Tocó con la punta del lápiz las incisiones de la base, a izquierda y derecha—. Éstas ranuras conectan a la hermana, la figura central, con Cloto por un lado y Átropo por el otro.

Alzó la vista, esperando a que Malachi hiciera un gesto de asentimiento. Sacó una cinta métrica de un cajón y anotó la altura y la anchura exactas.

—Otro dato que se corresponde. Comprobemos ahora el peso.

Llevó la figurilla a la cocina y utilizó su báscula.

—Tiene el peso exacto. Si es una imitación, es perfecta. Y las posibilidades de que lo sea, dado que estaba en poder de Cleo, son muy remotas. En mi modesta opinión, tenemos a Láquesis, la segunda diosa del destino.

La dejó sobre el poyo, se quitó las gafas y las dejó junto a la figurilla.

—Voy a vestirme.

—Tía. Maldita sea. Dadme un minuto —le dijo a Gideon, y se fue tras ella.

—Tengo que ducharme —espetó ella, y le hubiera dado con la puerta en las

narices de no ser porque él la había abierto de golpe—. Necesito cambiarme de ropa y pensar qué puedo decirle a mi padre y qué no. No soy tan diestra en este juego como tú.

—¿Estás incómoda porque hicimos el amor o porque tu madre lo sabe?

—Estoy incómoda y punto. —Se metió en el cuarto de baño y cogió un bote de pastillas del armario. Cogió una de las botellas de agua que tenía en el armario de la ropa de cama y se tomó un Xanax—. Me preocupa haber discutido con mi madre y haber hecho que se fuera disgustada. Estoy tratando de no imaginármela desmayándose en medio de la calle porque yo estaba demasiado ocupada para acompañarla al médico.

—¿Se ha desmayado alguna vez en la calle?

—No, claro que no. —Sacó otro frasco de pastillas y se tomó dos de Tylenol extrafuertes para el dolor de cabeza—. Procura mencionarme esa posibilidad con la suficiente frecuencia para que tenga siempre la imagen fresca en mi cabeza.

Tia negó con la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Malachi en el espejo.

—Soy un desastre, Malachi. Tengo veintinueve años y en enero hará doce que hago terapia. Me visita regularmente un especialista en alergias, un residente y un homeópata. Probé también la acupuntura, pero tengo fobia a los objetos punzantes, así que no duró mucho.

El solo hecho de pensarlo le daba escalofríos.

—Mi madre es una hipocondríaca y mi padre pasa de todo —continuó—. Yo soy una neurótica, con un montón de fobias, y socialmente soy una calamidad. A veces imagino que tengo una enfermedad rara y larga... o que tengo intolerancia a la lactosa. Cosa que no es cierta, al menos de momento.

Se aferró con las manos a la pica, porque decir aquello en voz alta, oírse diciendo aquello resultaba patético.

—La última vez que me acosté con un hombre, aparte de esta mañana, en abril hará tres años. Y ninguno de los dos quedó particularmente contento. Así que, ¿qué haces aquí?

—En primer lugar, me gustaría decir que si hiciera tres años que no me he acostado con nadie, yo también necesitaría terapia.

La hizo volverse a mirarlo y le apoyó las manos con suavidad sobre los hombros.

—En segundo lugar, ser tímida no significa que seas una inútil social. En tercer lugar, estoy aquí porque es donde quiero estar. Y, finalmente, me gustaría saber si cuando termine todo este asunto querrías venir conmigo a Irlanda por un tiempo. Me gustaría que conocieras a mi madre, en circunstancias no tan delicadas como las que yo he conocido a la tuya. Mira qué has hecho —dijo cuando el frasco que Tia tenía en las manos se le cayó al suelo—. Hay pastillas

por todas partes.

Anita consideró la posibilidad de viajar a Atenas e interrogar personalmente a cada anticuario y coleccionista de la ciudad. Aunque este enfoque tan directo hubiera resultado de lo más satisfactorio, no podía esperar que otra de las diosas fuera a parar sin más a sus manos.

Y, lo que es más, no quería tomarse tantas molestias por un recuerdo impreciso de la simplona estúpida de Tia Marsh. No, aunque se moría por entrar en acción, no iría.

Necesitaba orientación, pistas. Y asalariados que pudieran lograr ambas cosas sin necesidad de que les pegara un tiro en la cabeza.

Suspiró al recordarlo. Se había sentido algo decepcionada cuando vio que al asesinato de su ex empleado no le dedicaban más que unas pocas líneas en el *New York Post*. Lo cual dice mucho de cómo va el mundo, ¿verdad? Que la muerte de un hombre despierte menos interés en la prensa que el segundo matrimonio de un cantante pop.

Eso no hacía más que confirmar que la fama y el dinero lo son todo. Y ella eso lo sabía desde siempre. Aquéllas dos cosas eran su meta incluso cuando malvivía en aquel pisucho de mala muerte en la tercera planta de un edificio sin ascensor en Queens. Cuando se llamaba Anita Gorinsky, cuando veía trabajar a su padre como un burro por ganar un misero jornal con el que su madre tenía que hacer malabarismos para llegar al final de la semana.

Ella nunca se sintió parte de aquel lugar, de aquellas sucias paredes que su madre trataba de animar con cuadros del rastro y cortinas caseras. Ella nunca formó parte de ese mundo, del omnipresente olor a cebolla de las habitaciones y los vulgares tapetitos hechos a mano. El rostro limpio y ancho de su madre y las manos atezadas de trabajador de su padre siempre fueron motivo de vergüenza para ella.

Los odiaba por su vulgaridad. Y el orgullo que sentían por ella, su única hija, la alegría con la que se sacrificaban para que ella tuviera algo mejor, la disgustaba.

Incluso de niña ya sabía que ella estaba destinada a algo mucho mejor. Pero a veces, pensó, el destino necesitaba que le echaran una mano.

Anita aceptó siempre el dinero de sus padres para estudiar y comprarse ropa,

y pedía más. Ella se lo merecía. Se lo había ganado. Se había ganado hasta el último penique con cada día que había pasado en ese espantoso apartamento.

Y los había compensado, a su manera, asegurándose de que la inversión que habían hecho en ella produjera unos considerables dividendos.

No había visto a sus padres ni a sus dos hermanos desde hacía más de dieciocho años. En el mundo donde se movía —y por lo que a ella se refería—, no tenía familia.

No creía que nadie de su antiguo barrio pudiera reconocer en ella a la pequeña Nita. Se levantó y caminó hacia el espejo dorado de cuerpo entero que reflejaba la zona de descanso de su despacho. En otro tiempo su pelo fue una larga cabellera de color visón que su madre cepillaba y rizaba durante horas. Tenía nariz grande y los dientes frontales montados. Mejillas blandas y redondeadas.

Unos retoques aquí y allá, algunas visitas al dentista y un buen peluquero la ayudaron a cambiar la parte exterior. La estilizaron y modernizaron. Ella siempre había sabido cómo potenciar sus cualidades.

Por dentro, era como siempre había sido. Una mujer hambrienta y decidida a satisfacer sus apetitos.

Los hombres siempre estaban deseosos de poner un buen plato ante una mujer hermosa. Siempre y cuando creyeran que ella los iba a compensar con sexo, la variedad de comidas que ofrecían no tenía límite.

Ahora era una viuda adinerada... y podía pagarse la comida que quisiera.

Aun así, los hombres seguían siéndole útiles. Ahí estaban todos los contactos que su querido y difunto esposo había puesto a su disposición. Lo cierto es que Paul le resultaba mucho más útil ahora que estaba muerto. La viudedad la había convertido en una mujer más respetable y disponible.

Pensando en estas cosas, volvió a su mesa y abrió la agenda de color borgoña de su marido. Paul siempre había sido muy anticuado en algunas cosas y mantenía su agenda rigurosamente actualizada. Y, en los últimos años, cuando su mano ya no era tan firme, ella se encargó de escribir los nombres por él.

La esposa servicial.

Pasó las páginas hasta que encontró el nombre que buscaba. Stefan Nikos. Unos sesenta años, recordó. Vital, rico. Campos de olivos o viñedos, o puede que ambos. No acababa de recordar. Ni tampoco recordaba si tenía esposa. Lo importante es que tenía dinero, poder y le interesaban las antigüedades.

Abrió un cajón cerrado con llave y extrajo un cuaderno en el que había anotado el nombre de la gente que acudió al funeral de su marido, y las flores que mandaron. El señor y señora de Stefan Nikos no vinieron de Corfú, o Atenas —tenían casa en ambos lugares—, pero enviaron cinco docenas de rosas blancas una tarjeta y, lo mejor de todo, una nota personal de condolencia para la joven viuda.

Descolgó el auricular y estuvo a punto de decir a su ayudante que hiciera la llamada, pero lo pensó mejor. Mejor llamar ella misma, de amigo a amigo. Mientras marcaba, pensó en las palabras y el tono que utilizaría.

No la pasaron inmediatamente, así que esperó, conteniendo la impaciencia y, cuando Stefan por fin contestó, su voz sonó cálida y amable como la de él.

—Anita. Qué agradable sorpresa. Perdona que te haya hecho esperar.

—Oh, no. No importa. Soy yo la sorprendida. No esperaba poder localizar a un hombre tan ocupado como tú. Espero que tú y tu encantadora esposa estéis bien.

—Estamos bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien. Muy ocupada también. El trabajo es un consuelo para mí desde que Paul murió.

—Todos lo echamos de menos.

—Sí, es cierto. Pero me alegro de estar en Morningside. Él esta aquí, en cada rincón. Para mí es importante... bueno... —Dejó que su voz se embrollara, sólo un poco—. Es importante mantener vivo su recuerdo, y saber que sus viejos amigos lo recuerdan como yo. Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos. Y estoy un poco avergonzada.

—Vamos. El tiempo pasa, ¿verdad?

—Sí, pero quién podría saber mejor que yo que no hay que dejar que la gente se distancie. Así que aquí me tienes, Stefan, llamándote después de todo este tiempo para pedirte un favor. He estado a punto de no llamar.

—¿Qué puedo hacer por ti, Anita?

Le hizo gracia ver que la voz del hombre adoptaba un tono cauto. Estaba acostumbrado a los parásitos, a que los viejos conocidos le pidieran favores.

—Si he pensado en ti antes que en otro ha sido por ser quien eres, y por tu amistad con Paul.

—¿Tienes problemas en Morningside?

—¿Problemas? —Anita hizo una pausa y luego habló dando a su voz un tono de bochorno, incluso espanto—. Oh, no. No, Stefan. Y espero que no pienses que te llamo para pedirte ningún tipo de apoyo financiero... Qué vergüenza.

Giró alegremente en su silla.

—Tiene que ver con un cliente y ciertas piezas que estoy tratando de localizar para él. Sinceramente, tu nombre me vino a la cabeza instintivamente, porque resulta que se trata de imágenes griegas.

—Entiendo. ¿Le interesa a tu cliente algo que yo tengo en mi colección?

—Depende. —Trató de proferir una risa serena—. ¿No tendrás por casualidad las tres diosas del destino?

—¿Las Moiras?

—Tres pequeñas estatuillas de plata. Son tres figuras separadas que, según parece, se unen por la base para formar el conjunto.

—Sí, he oído hablar de ellas, pero pensé que eran una leyenda. Estatuillas forjadas en el Olimpo que, si se unen, concederán a su propietario cualquier cosa, desde la vida eterna a fabulosas riquezas, incluso los famosos tres deseos, uno por cada diosa.

—Las leyendas incrementan el precio de las figuras.

—Desde luego, pero tenía la impresión de que estas piezas se habían perdido, si es que alguna vez existieron.

—Personalmente yo creo que sí, que existieron —dijo ella pasando un dedo sobre la figura de Cloto, que ahora estaba sobre su escritorio—. Paul hablaba con frecuencia de ellas. Y mi cliente cree que existen. Para ser sinceros, Stefan, ha despertado tanto mi curiosidad que he hecho algunas averiguaciones. Una de mis fuentes, que parece de fiar, insiste en que una de las figuras, la tercera, está en Atenas.

—Si eso es cierto, no sabía nada.

—Estoy comprobando todas las pistas posibles. Detesto desilusionar a un cliente. Esperaba que podrías indagar con discreción. Si en las próximas semanas encuentro un hueco, me encantaría viajar a Grecia personalmente. Combinar negocios y placer.

—Por supuesto, debes venir a vernos.

—No me gustaría molestar.

—Tienes a tu disposición nuestra casa de invitados, aquí en Atenas o la villa de Corfú. Entretanto, haré esas averiguaciones encantado.

—No te imaginas cuánto aprecio lo que haces. Mi cliente es un tanto excéntrico, y está un poco obsesionado con esas piezas. Si pudiera localizar aunque sólo fuera una, significaría mucho. Sé que Paul se sentiría orgulloso si supiera que Morningside ha contribuido a localizar una de las diosas.

Satisfecha consigo misma, Anita hizo una segunda llamada personal. Consultó su reloj, pasó las páginas de su agenda y pensó cuándo podía programar la reunión que pensaba hacer.

—Burdett Securities.

—Soy Anita Gaye y quería hablar con Jack Burdett.

—Lo siento, señora Gaye. El señor Burdett no se puede poner. ¿Quiere dejarle un mensaje?

¿No se puede poner? Estúpida, ¿es que no sabe quién soy? Anita apretó los dientes.

—Es muy importante que hable con el señor Burdett enseguida.

Inmediatamente, pensó. Tenía un segundo plan que poner en Movimiento.

—Me ocuparé de que reciba su mensaje, señora Gaye. Déjele un número donde él pueda localizarla y...

—Ya tiene mis números. Todos.

Y colgó el auricular con un golpe. Que no se puede poner y qué más. Pues

mejor que se pusiera, y pronto.

No estaba dispuesta a dejar que Cleo Toliver y la segunda estatuilla se le escaparan de las manos. Jack Burdett las encontraría para ella.

Jack estaba hablando por teléfono. De hecho, se había pasado casi todo el vuelo hablando por teléfono u ocupado con el ordenador portátil. Rebecca, por su parte, miró dos películas. Una y media más bien, porque se había quedado dormida a mitad de la segunda. Y aún no se había perdonado haber perdido parte del vuelo durmiendo.

Nunca había viajado en primera clase, y había decidido que era una forma de viajar a la que no le costaría acostumbrarse.

Ella también quería utilizar el teléfono, para llamar a su madre, y a sus hermanos. Pero no consideró que su presupuesto diera para aquel tipo de lujos. Y no pensaba pedirle a Jack que lo pagara.

Tal como iban las cosas, seguro que acabaría por pensar que sólo le interesaba su dinero. Que no era el caso, aunque desde luego el dinero no era ningún inconveniente.

Le había gustado verlo con sus bisabuelos. Se había mostrado tan dulce y amable con ellos... lo que no era lo mismo que ser empalagoso, que es como mucha gente trataba a los ancianos, como si fueran niños, o una molestia, o una rareza.

Pero no vio nada de eso en Jack. Que fuera tan espontáneo y amable con su familia decía mucho de él.

Evidentemente, era un poco demasiado mandón para su gusto, pero tenía que reconocer que los hombres que acudían cuando ella chasqueaba los dedos la sacaban de quicio.

Y era un regalo para la vista, cosa que tampoco era inconveniente, como lo del dinero. Era inteligente, prudente. Y, dado que ahora dependía de él en muchos sentidos, la alegraba saber que se había puesto en manos de un hombre prudente.

Cambió de posición para decirle algo, pero vio que estaba llamando otra vez. Algo molesta, Rebecca se prometió a sí misma no decirle que apenas le había dirigido la palabra en más de cinco horas.

—Un mensaje de Anita Gaye —dijo Jack de pronto.

—¿Qué? ¿Te ha llamado? ¿Qué quería?

—No lo dijo.

—¿No piensas llamarla?

—Después.

—¿Por qué no la llamas ahora para que sepa que...?

—Deja que sufra un poco. Además, no quiero que sepa que voy en un avión, y estamos a punto de iniciar las maniobras de aproximación, lo que significa que

van a hacer los anuncios de siempre por megafonía. Si llama es porque quiere algo. Dejaremos que sufra un poco más.

Nueva York hervía de actividad, y aunque Rebecca no quería comportarse como una turista impresionada, tenía intención de disfrutar de cada minuto. Había cosas importantes que hacer, pero eso no significaba que no pudiera aprovechar al máximo la emoción de estar allí, de estar por fin en algún sitio.

Era exactamente como lo había imaginado. Las esbeltas torres de los edificios, los kilómetros y kilómetros de tiendas, las calles atestadas de gente.

Ver todo aquello por primera vez mientras avanzaban a toda velocidad en una limusina —una de verdad, tan grande como un barco, con asientos de cuero de color crema y un chofer uniformado con gorra y todo— era la más maravillosa de las aventuras.

Estaba impaciente por llamar a su madre y contárselo todo. ¡Y las ganas que tenía de alargar el brazo y ponerse a toquetear todos aquellos botones! Miró a Jack de reajo. Estaba sentado, con las piernas estiradas, con unas gafas oscuras puestas y las manos plegadas sobre el estómago. Rebecca estiró el brazo hacia el panel y retiró la mano enseguida. Puede que Jack estuviera durmiendo y no la viera, pero el chofer no.

—Adelante, juega lo que quieras —murmuró Jack.

Ella se sonrojó, se encogió.

—Sólo quería saber para qué sirve cada botón. —Estiró el brazo, con gesto desganado, pensó ella, y se puso a probar. Luego encendió la radio, el televisor, la visera del coche—. No estaría tan mal tener todo esto en un coche —comentó al fin—. En una caravana cabría, desde luego, y sería todo un lujo viajar así.

Echó una ojeada al teléfono y pensó en su familia.

—Tengo que ponerme en contacto con mis hermanos. No me gusta no poder llamarles y decir que estoy aquí.

—Pasaremos por allí y los veremos en persona. Dentro de poco.

La limusina se deslizó como un fantasma hasta el borde de la acera y Rebecca pudo ver el edificio donde vivía Jack. No parecía gran cosa, pensó cuando bajó a la acera. Pensaba que un hombre con sus posibles viviría en un lugar glamoroso con detalles extravagantes y hasta uno de esos porteros con aire marcial.

Aun así, se veía un sitio con carácter. A Rebecca ni le sorprendió ni le decepcionó ver que utilizaba una tarjeta de acceso y código personal para entrar en el edificio y otra para acceder al ascensor.

—Pensaba que vivías solo —empezó a decir cuando el ascensor se puso en marcha.

—Y lo hago.

—No, me refería a que no tendrías vecinos.

—Y no los tengo. Yo tengo el único piso de este edificio.

—Parece espantosamente grande para no aprovechar el resto del espacio.

—Lo aprovechamos.

El ascensor se paró. Jack abrió cerraduras y desactivó alarmas y abrió la puerta.

—Bueno —dijo Rebecca al entrar en la casa, una planta con tablas amplias y oscuras en el suelo, paredes de color tostado, obras de arte atrevidas, amplios ventanales—. Por lo menos este espacio lo has utilizado bastante bien.

Las alfombras eran perfectas. Rebecca no entendía lo bastante de aquellas cosas para saber que se trataba de Art Déco chino, pero le gustaba la combinación de tonos y la forma en que realzaban los intensos colores y los cojines de los sofás, las sillas, incluso el mobiliario macizo de madera.

Deambuló por el piso, y reparó en que todo estaba muy limpio, y era de muy buen gusto. Le gustaron los bloques de cristal que separaban la cocina de la sala de estar, los arcos que conducían a lo que supuso serían pasillos y habitaciones.

—Parece demasiado espacio para un hombre solo.

—No me gustan las estrechuras.

Ella asintió con el gesto y se volvió. Sí, pensó, iba con él. Un espacio distribuido de forma inteligente y diferente para un hombre inteligente y diferente.

—Pues por mí no te preocupes, que no te quitaré mucho espacio. ¿Hay algún sitio donde pueda dejar mis cosas, ducharme y cambiarme de ropa antes de ir a ver a mis hermanos?

—Hay dos dormitorios al final del pasillo. El mío es el de la derecha, el de la izquierda está libre. —Calló un momento, observándola—. Tú decides.

—Así que depende de mí, ¿eh? —Dejó escapar un suspiro y cogió su bolsa de viaje—. De momento me quedo con el que está libre. Y tengo que decirte algo.

—Adelante.

—Quiero dormir contigo, y normalmente no siento ese tipo de impulso con un hombre al que conozco tan poco. Pero he pensado que quizá lo mejor es que tengamos un poco de cuidado por el momento. Hasta que los dos estemos seguros de que con el sexo no estamos realizando una especie de pago.

—Yo no acepto el sexo como pago de nada.

—Estupendo, así podrás estar seguro de que si te lo ofrezco no es en ese sentido. No tardo nada. —Pasó bajo el arco y entró en la habitación de la izquierda.

Él se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la ventana. Luego se dio la vuelta y ya había dado un par de pasos hacia la habitación donde Rebecca había entrado cuando oyó el teléfono de la oficina.

Jack oyó a su ayudante decir que la señora Gaye había vuelto a llamar. Quizá

ya la había dejado sufrir lo bastante.

Jack pasó bajo otro arco y entró en la pequeña oficina que tenía en su piso. Antes de hacer la llamada, se aseguró que el teléfono no estuviera intervenido, hizo una pequeña comprobación de sistemas y acopló su propio sistema de grabación.

Más de uno lo habría acusado de paranoico. Pero él prefería considerarlo un procedimiento operativo estándar.

—Anita. Soy Jack

—¡Oh, gracias a Dios! Llevo horas tratando de localizarte.

Él arqueó una ceja al notar el tono histérico en aquella voz normalmente tan contenida y se puso cómodo en la silla de su despacho.

—Estaba ilocalizable. ¿Qué pasa, Anita? Se te oye preocupada.

—Lo estoy. Seguramente es una tontería, pero estoy preocupada, y mucho. Necesito hablar contigo, Jack Necesito ayuda. Saldré para casa ahora mismo si te va bien reunirte conmigo.

—Ojalá pudiera. —No te lo pienso poner tan fácil, cielo—. Pero es que estoy fuera de Nueva York

—¿Dónde estás? —Jack notó que la voz se le endurecía.

—En Filadelfia —decidió—. Tenía que hacer una comprobación urgente. Mañana estaré de vuelta. Dime qué ha pasado.

—No sabía a quién recurrir. No entiendo de estas cosas. Se trata de las diosas del destino. ¿Lo recuerdas?, Te las mencioné durante la cena.

—Claro. ¿Qué pasa con ellas?

—Te dije que tengo un cliente interesado. Lo he mencionado a otras personas, he hecho ciertas averiguaciones, aunque he de reconocer que no creí que llegara a descubrir nada. Pero no ha sido así.

—¿Has encontrado una? —Abrió su mochila, retiró la bolsa protectora—. Es una buena noticia.

—Puede que haya encontrado una. Es decir, me han hablado de una y no sé qué debo hacer. Perdona, no hago más que divagar.

—Tómate tu tiempo. —Desenvolvió a Átropa, la volvió para mirarla.

—Muy bien. —La mujer respiró hondo sonoramente—. Una mujer me llamó diciendo que tenía una de las estatuas y que estaba interesada en venderla. Por supuesto, yo me mostré algo escéptica, pero le seguí el juego. Incluso cuando insistió en reunirse conmigo fuera de la oficina. Insistió en que nos reuniéramos en el mirador del Empire State.

—En un lugar público.

—Lo sé. En realidad me pareció divertido. Tan a lo *film noir*. Pero la mujer se comportó de una manera muy extraña, Jack Quizá tenga problemas con la droga. Me pidió una cantidad exorbitante, y me amenazó. Me amenazó físicamente si no pagaba.

Jack giraba y giraba la figurilla sobre la mesa, con el entrecejo ligeramente fruncido.

—Creo que deberías llamar a la policía, Anita.

—No puedo permitirme esa clase de publicidad. Y, de todos modos, ¿qué sentido tendría? Sólo eran amenazas. Tenía una fotografía, escaneada diría, de lo que podría ser una de las estatuillas.

Interesante, pensó Jack. Muy interesante.

—Si estás en lo cierto, sabes perfectamente que es fácil generar imágenes por ordenador. Yo diría que es una estafa vulgar y corriente.

—Bueno, sí, pero es que parecía auténtica. Los detalles. Me gustaría investigar un poco, pero estoy... debo confesarlo, estoy algo trastornada. Si acudo a la policía, perderé este contacto.

—¿Cómo quedaste con esa mujer?

—Quiere que volvamos a reunimos y yo la he estado rehuyendo. La verdad, me intimida. Antes de acordar ningún tipo de reunión necesito saber con quién estoy tratando. En estos momentos sólo conozco su nombre, el nombre que ella me dio. Cleo Toliver. Si pudieras localizarla...

—No soy un detective, Anita. Puedo darte el nombre de una buena agencia.

—Jack, no puedo confiarle esto a un desconocido. Necesito un amigo. Sé que sonará absurdo, pero creo que me siguen. Una vez sepa quién es, o dónde está, sabré si debo negociar o es mejor que emprenda algún tipo de acción legal contra ella. Necesito un amigo, Jack. Estoy muy inquieta con todo esto.

—Deja que mire qué puedo hacer. ¿Cleo Toliver, has dicho? Dame una descripción.

—Sabía que podía contar contigo. ¿No dirás nada a nadie, verdad? Un favor entre amigos.

Él miró a la grabadora.

—Claro.

Menos de una hora más tarde Cleo dejó escapar un grito de alegría.

—Ésa debe de ser la comida china. —La emoción de las barritas de pollo *gyoza* la hubiera hecho ir dando brincos hasta la puerta de no ser porque Malachi la interceptó.

—Deja que Tia eche un vistazo y se asegure.

Con cierto pesar, Tia dejó a un lado el diario de Wyley y salió de la habitación libre para dirigirse a la puerta. Cuando miró por la mirilla se quedó de piedra.

—Es Jack Burdett —susurró—. Hay una mujer con él, pero no veo quién es.

—Echemos un vistazo.

Malachi la apartó y miró, y enseguida dejó escapar un grito de alegría. Para

sorpresa de Tia, recorrió los cerrojos, abrió la puerta y cogió a la pelirroja en sus brazos.

—Ésta es mi chica.

Le dio una vuelta, la besó con fuerza y volvió a dejarla en el suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó con voz disgustada—. ¿Qué haces con ése?

—Te lo diré si me das un par de segundos para recuperarme. —Pero en vez de contestar se dio la vuelta y saltó sobre Gideon—. ¿No es increíble? ¡Los tres en Nueva York!

—Pues ya me gustaría saber por qué —prosiguió Malachi—, cuando tú tendrías que estar en casa.

—¿Para que tú y Gid os divirtáis? No señor. Hola, tú debes de ser Tia. —Con una amplia sonrisa, tendió la mano y estrechó la de Tia con energía—. Soy Rebecca y, tengo que confesarlo, soy hermana de estos dos maleducados que no se han molestado en decirte quién acaba de entrar en tu casa. Tienes una casa preciosa. ¿Tú eres Cleo? —dijo volviéndose a la morena que estaba recostada cómodamente contra la espalda del sofá—. Es un placer conocerte. Éste es Jack Burdett, como Tia ya sabe, y tenemos algunas noticias importantes que daros.

El timbre volvió a sonar.

—Será mejor que sea la comida china —dijo Cleo—. Y esperemos que hayan traído rollitos de más.

—Becca. —Gideon se la llevó a un aparte mientras Tia se encargaba de la comida y bajó la voz—. No tendrías que haberte ido con un hombre a quien no conoces de nada.

—¿Por qué no? —preguntó Cleo—. Yo lo hice. Tia, voy a abrir una botella de vino, ¿te parece?

—Sí. —La cabeza le daba vueltas y tenía los brazos ocupados con la comida china, así que se apoyó contra la puerta. Su piso estaba atestado de gente, y todos hablaban a la vez. En voz muy alta. Iba a comer algo cargadito de glutamato y seguramente moriría joven por ello.

Su madre prácticamente no le hablaba, tenía una pieza de arte escondida detrás de la leche desnatada en la nevera y compartía su cama con un hombre que en aquellos momentos le estaba gritando a su hermana.

Era agotador. Era... maravilloso.

—Veo que has estado muy ocupada, ¿verdad? —comentó Jack—. Ven. Deja que te ayude con eso. ¿Alguien ha pedido barritas de pollo?

—Yo. —Cleo fue hacia él con una botella de vino abierta en las manos—. A lo mejor las comparto contigo si consigues hacer callar a esos tres.

—Eso está hecho. —Ladeó la cabeza y le dedicó una larga mirada—. No ha hecho justicia. Ya lo imaginaba.

—Oh. ¿Quién?

—Anita Gaye. —Tal como esperaba, el nombre hizo que se hiciera el silencio en la habitación—. Llamó hace una hora y me pidió que te buscara.

Los dedos de Cleo se cerraron con fuerza en torno al cuello de la botella.

—Parece que me has encontrado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Rebecca.

—Así no hace falta que me repita. Por lo que dijo pensé que serías una chica peligrosa —le dijo a Cleo.

—Te puedes apostar los huevos.

—Bien. Podemos abrir esas barritas de pollo y hablar mientras comemos.

Su sala de estar era un jaleo. Corrección, pensó, su vida era un jaleo. Desde su interior, una vocecita le decía que pusiera orden enseguida. Pero resultaba un poco difícil escucharla con todas aquellas voces que había fuera.

Ahora se relacionaba con asesinos y ladrones. Y tenía dos valiosísimas piezas de arte en su casa.

—Cunningham —dijo Malachi mientras estudiaba las dos estatuillas—. Era de esperar. Si lo piensas, si crees en las vueltas que da la vida, era de esperar. Hay dos. —Miró a su hermano—. Lo que nosotros queríamos.

—Ahora íbamos a ponernos —coincidió Gideon.

—Pues ya no hace falta que nos pongamos. —Cleo se puso en pie, con un fuerte sentimiento de rabia—. Ésa de ahí es mía, no lo olvidéis. Prefiero fundirla antes que dejar que caiga en manos de esa bruja.

—Tranquilízate, Cleo —le aconsejó Malachi.

—No me da la gana. Los tres queréis hacer que pague, es vuestro trabajo. Pero en el momento en que asesinó a Mikey dejó de tratarse sólo de dinero. Él vale mucho más que eso.

—Por supuesto. —Por primera vez desde hacía días, Gideon la tocó con suavidad, rozándole apenas la pierna con la mano.

—Siento lo de tu amigo. —Rebecca dejó su vaso de vino—. Me gustaría que hubiera una forma de volver atrás. Es evidente que ahora hay mucho más en juego. Ninguno de nosotros había planeado nada aparte de sacarle todo el dinero que pudiéramos cuando encontráramos las otras dos. Dios sabe por qué creíamos que podríamos lograrlo. Y eso tiene que contar para algo.

—No se la pienso vender. Ni por todo el oro del mundo.

—¿Y qué me dices de vendérmela a mí? —Manejando con destreza los palillos, Jack se llevó a la boca otro bocado de arroz frito con cerdo.

—¿Para que puedas darte la vuelta y vendérsela a ella? No, gracias.

—No voy a venderle nada a Anita —dijo él fríamente.

—Si crees que ella te venderá la que tiene, estás loco. —Disgustada, Cleo volvió a acomodarse en el suelo.

—Tampoco pienso comprarle nada.

—Sólo tienen verdadero valor como conjunto —señaló Tia—. Si no piensas negociar por la tercera con Anita, la única forma de recuperarla es robársela.

Jack asintió mientras volvía a llenar los dos vasos que aún había sobre la mesita de café.

—Tú lo has dicho.

—Oh, eso me gusta. —Rebecca se irguió, complacida, y dedicó a Jack una mirada cordial y aprobadora—. Aun así, si se la robas, debes recordar que ella nos la robó a nosotros. O, bueno, supongo que en cierto modo le fue robada a Tia y luego a nosotros. Es algo complicado, pero podría resumirse diciendo que la tenemos mutuamente poseída, ¿no se diría así?

Tia pestañeó, y se llevó un dedo al ojo izquierdo, por lo que parecía un tic nervioso.

—No sé qué decir.

—Yo sí. No es bastante. —Cleo negó con la cabeza—. Incluso si lo consigues, ella pierde algo. Algo que no era suyo. Y eso no es bastante.

—¿Quieres justicia? —Jack alzó su vaso, paseó la mirada por la habitación.

—Eso es. —Gideon apoyó una mano sobre el hombro de Cleo, luego miró a su hermano, su hermana, y volvió a mirar a Jack cuando todos asintieron—. Eso es exactamente.

—De acuerdo. La justicia lo hace un poco más difícil, pero lo conseguiremos.

Nada, decidió Malachi, se iba a resolver durante aquella primera reunión improvisada y desorganizada. Necesitaban tiempo para asimilar todo aquello. Como había dicho Tia, necesitaban tiempo para definir la dirección a seguir y el objetivo.

Como de costumbre, la cerebral y deliciosa doctora Marsh había ido directa al fondo de la cuestión. Las seis personas que había en su piso tenían diferentes propósitos y estilos.

La fuerza de Anita era que sólo tenía uno.

Para ganar, tendrían que unificar a esos seis individuos y convertirlos en una unidad. Eso requería más que cooperación. Requería confianza.

Ya que tenían que empezar por algún sitio, Malachi decidió explorar al nuevo elemento.

Jack Burdett.

No estaba seguro de que le gustara la forma en que ese hombre miraba a su hermana. Era un asunto personal que tenía intención de solucionar lo antes posible.

En cualquier caso, Tia parecía algo más que conmocionada. Por lo que había visto, se sentía mejor cuando tenía tiempo para meditar las cosas. Así que lo primero era despejar el piso para que pudiera tener su espacio.

—Todos necesitamos meditar sobre esto. —Aunque no levantó la voz, la cháchara disminuyó. Jack tomó buena nota.

—Por mí perfecto. —Jack se puso en pie—. Entretanto, tengo una cosa para ti, Tia.

—Para mí.

—Considéralo un regalo. Gracias por la comida china. —Metió la mano en su bolsa y sacó un teléfono—. Es seguro —le dijo—. La línea será segura cuando la conecte. Puedes utilizar esta línea para hacer y recibir llamadas que no quieres que nuestros amigos escuchen. Supongo que no es necesario que te diga que no debes dar el número a nadie.

—No. Pero la compañía no tiene que... no importa.

El hombre le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde lo quieres?

—No lo sé. —Se frotó el entrecejo, tratando de pensar. Su despacho estaba

descartado porque Cleo lo necesitaba como dormitorio. En su habitación le hubiera parecido muy egoísta—. La cocina —decidió.

—Buena elección. Yo me encargaré de todo. Aquí tienes el número —añadió, sacándose una pequeña tarjeta del bolsillo.

—¿Tengo que memorizarlo y después comerme el papel?

—Exacto. —Con una risita, levantó la bolsa y se fue hacia la cocina. Pero se detuvo—. Parece que estáis un poco estrechos aquí. Yo tengo sitio de sobra. Rebecca se quedará en mi casa.

—¿Ah, sí? —La voz de Malachi era peligrosamente dulce.

—Basta —fue lo único que dijo Rebecca, con voz muy baja.

—Puedo alojar a una persona más, si alguien quiere venirse. Así estaríamos iguales.

—Yo iré. —Cleo se levantó del suelo, procurando no mirar a Gideon.

Pero Jack sí que lo miró, y vio su cara de sorpresa y rabia.

—Muy bien. Recoge tus cosas. No tardaré mucho con esto.

—No tengo casi nada. —Le dedicó una sonrisa a Tia—. Creo que por fin vas a conseguir ver esto un poco recogido.

Entró en la oficina, y Malachi le dedicó a su hermana una mirada fulminante que sólo consiguió hacerla bostezar.

—¿Te crees que voy a dejar que te vayas con un hombre de esa forma?

—¿Y qué forma es ésa si se puede saber, Malachi? —dijo pestañeando exageradamente, con una mirada glacial.

—Vamos a aclarar esto de una vez. —Se incorporó de un salto y se fue a la cocina a buscar a Jack—. Tengo que hablar contigo.

—Ya lo imaginaba. Espera que termine con esto.

Malachi se quedó observando cómo trabajaba con el entrecejo fruncido. No tenía ni idea de lo que hacía con todas aquellas piezas y herramientas, pero estaba claro que Jack sí.

—Pásame la broca pequeña de la caja de herramientas —le pidió Jack.

—¿Vas a sujetar esto a la pared? —Malachi le dio la broca y vio que Jack lo encajaba en un pequeño taladro sin cable—. A Tia no le va a gustar.

—Un pequeño sacrificio a cambio de un gran beneficio. De momento ha aguantado cosas mucho más fuertes que un par de agujeros en una pared. —Instaló el soporte del teléfono en su sitio, pasó la línea y luego, después de sacar lo que parecía un ordenador del tamaño de una mano de su bolsa, introdujo una serie de números.

—Podéis utilizar este teléfono para llamar a vuestra madre —dijo Jack en tono locuaz—. Pero si fuera vosotros no le diría a la doctora que estáis estafando a la compañía telefónica con las llamadas de larga distancia. Es demasiado honrada. Las llamadas de vuestra madre están limpias. O lo estaban cuando estuve allí. Ya le enseñé lo que tenía que buscar, y quedamos en que lo

comprobaría un par de veces al día. Es una mujer muy lista. No creo que pudieran engañarla.

—Te formas una imagen de las personas enseguida, ¿verdad?

—Sí. Esto ya está —añadió, y se puso a guardar sus herramientas.

—Entonces ¿por qué no vamos a mi oficina? —sugirió Malachi, y cogió un par de cervezas de la nevera.

Desde su posición en el sofá, Rebecca tenía una panorámica perfecta de los pequeños dramas. Vio a sus dos enfadados hermanos salir en direcciones opuestas. Gideon entró en la pequeña habitación de la derecha, detrás de Cleo, y cerró la puerta de un portazo. Y Malachi salió por la puerta de la calle en compañía de Jack, y cerró con un control que resultaba ominoso.

—Parece que todo el mundo se ha ido para discutir. —Se despezó y bostezó otra vez. El vuelo la había fatigado más de lo que pensaba—. ¿Por qué no te ayudo a arreglar este caos que hemos montado en tu casa? Así podrás contarme qué pasa entre mi hermano y Cleo y qué pasa entre mi otro hermano y tú.

Tía miró con gesto perplejo por la habitación.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por donde quieras —le dijo Rebecca.

—¿Cómo que te vas?

—Es lógico. —Cleo estaba embutiendo la ropa en su bolsa—. Aquí somos demasiados.

—Yo no diría tanto.

—Los suficientes para que tú duermas en la jodida azotea. —Tiró la bolsa sobre la meridiana y se volvió—. Mira, guaperas, no quieres tenerme aquí contigo. Me lo has dejado claro como el agua. Así que si nos separamos será mucho más fácil.

—¿Así de fácil? ¿El hombre te dice que tiene sitio y tú te vas con él sin más?

Cleo se puso blanca como el papel.

—Que te den.

Volvió a coger su bolsa. Él la cogió también. Durante diez amargos segundos, forcejearon.

—No quería que las cosas fueran así. —Le arrebató la bolsa a Cleo y la tiró a un lado—. ¿Por quién me tomas?

—No sé por quién te tomo. —A pesar del consejo que le había dado Malachi, Cleo no quería utilizar las lágrimas, y se enfureció al ver que empezaban a nublarse la vista—. Pero sé por quién me tomas tú. Por una mentirosa y una estafadora, y una mujer fácil.

—Eso no es verdad. Maldita sea, Cleo, estoy furioso contigo, y es normal.

—Vale. Enfádate todo lo que quieras. No seré yo quien te lo impida. Pero no

pienso tener que pasar el día tragando. La he jodido. Y lo siento. Fin de la historia.

Ella quiso apartarlo para coger su bolsa, pero él la aferró por los brazos y la sujetó con más fuerza cuando ella trató de soltarse.

—No llores. No quería hacerte llorar.

—Suéltame. —Las lágrimas brotaban demasiado deprisa para que pudiera contenerlas—. No me gusta salirme con la mía por llorona.

—No llores —repitió él, y sus manos dejaron de aferrar y la acariciaron—. No te vayas. —La abrazó y la meció entre sus brazos. No quiero que te vayas. No sé qué es lo que quiero, pero por favor no te vayas.

—Esto no va a llevarnos a ningún sitio.

—Quédate. —Le rozó la mejilla con la suya, pasando sus lágrimas a su cara—. Y ya veremos qué pasa.

Ella suspiró, apoyó la cabeza en su hombro. Lo había añorado, había añorado tanto aquella sencilla conexión que le dolía en el alma.

—No puedes ablandarte ante una mujer sólo porque llora, guaperas. Eres un blandengue.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso. Mírame. Eh.

Le rozó la mejilla húmeda con los labios, le buscó la boca y la besó, con suavidad.

La ternura del gesto hizo que a Cleo los músculos le temblaran y notó una sensación de vértigo en el estómago. Incluso cuando el beso se hizo más intenso, estaba lleno de calidez, sin las fuertes punzadas de deseo que ella esperaba, y lo entendió.

Por una de las primeras veces en su vida, se sintió completamente dominada, y un hombre la controlaba por completo. En corazón, cuerpo, mente.

Y eso la aterraba. Y la satisfacía.

—No seas bueno conmigo. —Hundió la cara en el hombro de Gideon, tratando de recuperar el equilibrio—. Lo voy a fastidiar todo.

No es tan dura como parece, pensó Gideon. Ni tan segura de sí misma.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso también. Tú límitate a hacer una cosa —añadió, y le hizo volver a levantar el rostro hacia él.

—¿Qué?

Le sonrió.

—Deshaz la maleta.

Ella se sorbió las lágrimas y trató de volver a recuperar algo de terreno.

—¿Es así como consigues lo que quieres? ¿Siendo amable?

—A veces. Cleo. —Le cogió el rostro con las manos y vio que la desconfianza volvía a teñir aquellos ojos profundos y oscuros. No importaba, si desconfiaba de él, significa que pensaba en él—. Eres tan guapa, tan y tan guapa, que a veces me desconcierto. Deshaz la maleta —repitió—. Le diré a Burdett que te quedas conmigo —agregó—. Estás conmigo, Cleo. Creo que los dos tendremos que

empezar a aceptarlo.

En la azotea, Jack estaba evaluando la situación. Una única salida pensó. Eso convertía la zona en una trampa o un sólido atrincheramiento. Lo más inteligente sería acotar un poco el terreno.

Si no sabes prever una guerra, siempre perderás tus batallas.

—Menuda vista —comentó.

—¿Tienes un cigarrillo?

—No, lo siento. Nunca he fumado.

—Yo lo dejé. —Malachi estiró los hombros—. Hace un tiempo. Y empiezo a arrepentirme. Bueno, pongamos las cosas claras.

—Rebecca, ¿no?

Malachi asintió.

—Exacto. Para empezar, no tendría que estar aquí, pero ya que ha venido, no puede quedarse contigo.

—No tendría. No puede. —Jack le dio la espalda a la vista y se inclinó sobre el muro de seguridad—. Apuesto a que si utilizas esas palabras con ella con frecuencia tendrás más de una cicatriz.

—Pues sí. Es una chica muy perversa, nuestra Becca.

—E inteligente. Me gusta su cabeza. Y su cara —añadió Jack, mirando a Malachi directamente a los ojos—. Me gusta todo de ella. Y siendo su hermano, supongo que eso es un problema para ti. —Dio un trago a su botella de Harp—. Yo también tengo una hermana, y lo entiendo. Se fue y se casó con un tipo a pesar de que, en mi opinión, no tenía ni que saber lo que es el sexo. Ahora tiene dos hijos, pero, básicamente, me gusta pensar que los encontró debajo de un árbol. Seguramente por la misma zona donde mi madre nos encontró a nosotros.

Divertido, Malachi se metió una mano en el bolsillo.

—¿Tienes muchos árboles en tu piso?

—Pongámoslo así. Ella ocupará la habitación que tengo libre. Lo ha decidido ella. Fuera como fuese, la decisión sería suya. Le di a tu madre mi palabra de que la cuidaría. Y nunca faltó a mi palabra. Al menos con alguien a quien respeto.

Malachi se sorprendió al comprobar lo relajado que se sentía. Y sobre todo al darse cuenta de que confiaba en la palabra de Jack.

Tal vez, sólo tal vez, podrían formar ese equipo.

—Supongo que eso me evita tener que pelearme con Rebecca. Pero el hecho es que sigue siendo una chica impulsiva y cabezona que...

—Estoy enamorado de ella.

Los ojos de Malachi se abrieron desmesuradamente y sus pensamientos se dispersaron.

—Jesús, eso sí que es ir deprisa.

—Sólo me hizo falta mirarla, y ella lo sabe. Eso le da ventaja. —Hizo una pausa—. Y si se da el caso, sé que se aprovechará de su ventaja.

—Sí —concedió Malachi, no sin compadecerlo—. Si es necesario.

—Lo que ella no sabe y yo todavía no he decidido, es lo que voy a hacer. No soy ningún fatalista. Creo que la gente decide su propio destino.

—Yo también lo creo. —Pensó en Felix Greenfield, en Henry Wyley, en una soleada tarde de mayo—. Pero no siempre decidimos el camino.

—Sea cual sea el camino, somos nosotros quienes decidimos. Si no fuera así, pensaría que esas estatuillas... que el rodeo que han dado tiene algo que ver con lo que pasó cuando miré a Rebecca. Pero como no es así, me limitaré a decir que estoy enamorado de tu hermana. Así que no hace falta que te preocupes porque ni yo ni nadie vaya a hacerle daño. ¿Te parece bien?

—Deja que me sienta un poco. —Se sentó, bebió con gesto contemplativo y luego dejó la botella sobre la pequeña mesa de hierro que había junto a la silla. Estudió a Jack mientras se restregaba las rodillas con las palmas de las manos—. Nuestro padre ya no está, y yo soy el mayor, así que debo preguntarte... —Dejó la frase en el aire, se pasó las manos por el pelo—. ¿Sabes?, creo que aún no estoy preparado. Dejemos la segunda parte de esta conversación para otro momento.

Jack volvió a ladear su botella.

—Por mí perfecto.

—Eres un tío legal, ¿sabes? Mejor para ella. Así que pasemos al siguiente tema. Las diosas del destino.

—Tú estás al frente del asunto.

Malachi se recostó contra el asiento, arqueó una ceja.

—Para nosotros se trata de un asunto familiar, Jack

—Nadie dice lo contrario, pero tú estás al mando. Cuando hay algún problema, los otros se vuelven hacia ti esperando tu decisión. Incluso Tia. Y seguramente Cleo también, aunque ella es la rebelde del equipo.

—Lo ha tenido muy difícil, pero es lo bastante fuerte. ¿Crees que tendrás problemas con lo que imagino que ves como la ley del más fuerte?

—Podría tenerlos, sólo que me parece que eres una persona que sabe delegar y dejar que cada uno utilice sus capacidades. Yo tengo muy claro cuáles son las mías. No me importa aceptar órdenes si estoy de acuerdo con ellas. Y no me importará mandarte a la mierda si no estoy de acuerdo. En resumen, estoy a tus órdenes. Felix Greenfield —prosiguió—. Y quiero las diosas. Colaboraré contigo para que al final todos consigamos lo que queremos. Siguiendo tema: no me acaba de hacer gracia que la estatuilla de Cleo esté en la nevera de Tia. Mi piso tiene las mejores medidas de seguridad que existen. Quiero guardarla en mi caja de seguridad junto con la mía.

Malachi cogió su cerveza y estuvo pasándosela de una mano a otra mientras lo pensaba. Confianza, pensó. Sin confianza nunca harían nada.

—No te discuto que sería lo más práctico; pero eso significaría que tendrías en tu poder dos de las tres. ¿Qué te impediría entonces ir a por la tercera por tu cuenta o incluso negociar con Anita? Y no te ofendas.

—No me ofendo. Ir por mi cuenta a por la otra sería complicado, lógicamente hablando. Y a Rebecca no le gustaría nada, que es lo que me importa. Y, finalmente, no suelo engañar a la gente que me gusta. Y la doctora me gusta mucho —dijo con una sonrisa espontánea y canina.

—A mí también.

—Sí, ya me había dado cuenta. Y, por lo que se refiere a negociar con Anita, no me gusta hacer tratos con sociópatas. Que es lo que ella es. Si tiene ocasión, nos quitará de en medio a cualquiera de nosotros a sangre fría y luego se irá a hacerse su manicura semanal.

Malachi volvió a recostarse contra el respaldo de la silla, volvió a beber.

—Estoy de acuerdo. Así que no tenemos que darle esa oportunidad. Creo que todos tenemos muchas cosas que pensar.

—¿Por qué no nos tomamos veinticuatro horas libres? Podemos darle a Tia un respiro y encontrarnos en mi casa mañana.

—De acuerdo. —Malachi se puso en pie y tendió una mano—. Bienvenido a bordo.

—Tú y Mal habéis estado mucho rato con esa conversación vuestra entre hombres. —Rebecca se giró en el asiento del SUV de Jack—. ¿De qué habéis hablado?

—De esto y aquello. Y lo otro.

—Pues empieza por esto y luego sigue con aquello.

—Me parece que si hubiéramos querido que participaras en la conversación te habríamos dicho que subieras con nosotros a la azotea.

—Yo tengo tanto interés en esto como el que más.

—Nadie ha dicho que no. —Dejó la Quinta Avenida y fue en dirección este hacia Lexington, atento al espejo retrovisor.

—Y por tanto tengo derecho a saber qué estabais tramando. Esto es un equipo, Jack, no un grupo formado por gallos y gallinas.

—No tiene nada que ver con eso, señorita irlandesa, así que puedes guardarte tus discursos feministas.

—Eso ha sido ofensivo.

Bajó en dirección sur durante un rato, luego volvió a girar hacia el este. Nadie lo seguía, decidió, ni tampoco había vigilancia en el edificio de Tia, que hubiera visto. Eso podía cambiar, pero de momento, todo iba bien.

Dejó que Rebecca sufriera un poco mientras llegaban a casa. Rodeó el edificio, introdujo el código de acceso al garaje. La puerta de acero reforzado se levantó y entraron.

Dentro también guardaba su Boxster, junto con su Harley Davidson y su furgoneta de vigilancia. Un hombre necesita tener sus juguetes, pensó. Y nunca había considerado guardarlos en un garaje público, no sólo porque el alquiler anual hubiera superado el coste de mandar a un chico a la escuela de derecho de Harvard, sino porque quería tenerlos cerca. Y bajo su propia vigilancia.

Bajó del vehículo, restableció las cerraduras y alarmas de la puerta y el coche y luego introdujo el código del ascensor.

—¿Subes? —le preguntó a Rebecca—. ¿O prefieres quedarte enfurruñada en el garaje?

—No estoy enfurruñada. —Pasó a su lado, y cruzó los brazos—. Pero no sería tan raro, teniendo en cuenta que me estás tratando como si fuera una niña.

—Créeme, nada más lejos de mi intención que tratarte como una niña. De acuerdo, elige. ¿Quieres un resumen de esto, aquello o lo otro?

Rebecca alzó el mentón, esperando que él no se riera.

—Elijo esto.

—Pues esto es la preocupación de tu hermano por el hecho de que te quedes en mi casa.

—Bueno, eso no es asunto suyo, ¿no? Y es mucha cara, cuando está muy claro que él está colgado por Tia. Supongo que es lo que le dijiste, ¿no?

—No. —Jack abrió la puerta del ascensor para que Rebecca pudiera entrar al piso—. Le dije que estoy enamorado de ti.

Ella se paró en redondo y se dio la vuelta.

—¿Qué? ¿Qué?

—Cosa que pareció tranquilizarlo mucho más que a ti. Tengo algunas cosas que hacer. Volveré de aquí a unas horas.

—¿Volver? —Como si tratara de recuperar el equilibrio, Rebecca levantó los brazos—. No puedes irte así después de haberme dicho eso.

—No te lo he dicho. Se lo dije a tu hermano. Estírate un rato, señorita irlandesa. Pareces cansada. —Y dicho esto, cerró la puerta, dejándola encerrada y maldiciendo sus huesos.

No fue muy lejos, sólo iba al piso de abajo. Cuando era necesario, trabajaba desde allí, o bajaba cuando estaba inquieto en su piso y necesitaba distraerse.

En aquellos momentos bajó por necesidad y por distraerse, las dos cosas.

Era un lugar agradable. Nunca había entendido la manía de crear zonas de trabajo espartanas pudiendo elegir. Había sillones, una buena iluminación que compensaba la ausencia de ventanas, alfombras antiguas y una cocina completamente equipada.

Que era el primer sitio adónde se dirigió. Puso la cafetera al fuego y,

mientras esperaba que se hiciera el café, comprobó los mensajes que había recibido por las diferentes líneas. Encendió uno de los ordenadores alineados en una larga mesa en forma de L y escuchó la voz electrónica que le leía los e-mails en voz alta mientras él se servía su primera taza de café.

Contestó a aquello que no podía esperar, pospuso lo demás y pasó a los mensajes personales. El e-mail de su padre le hizo sonreír.

Los alienígenas, después de realizar espantosos experimentos médicos con nosotros —de un carácter embarazosamente sexual— nos han devuelto a tu madre y a mí a la tierra. Puedes leerlo todo en Larry King. Ahora que he conseguido tu atención, quizá podrías perder cinco minutos para ponerte en contacto conmigo. Tu madre te manda besos. Yo no. Quiero más a tu hermana. Siempre ha sido así. Adivina de quién.

Con una risotada, Jack se sentó ante el teclado.

—De acuerdo, de acuerdo.

Lamento mucho lo de la experiencia con los alienígenas. Normalmente introducen artilugios para seguir a los abducidos. Quizá te convenga mascar papel de plata mientras estés con cualquier conversación personal, porque es sabido que eso provoca interferencias en las frecuencias que utilizan. Es sólo para que lo sepas. Acabo de volver a NY. Y tengo a una pelirroja irlandesa guapísima prisionera en mi piso. La posibilidad de relaciones sexuales exóticas de la susodicha seguramente me mantendrá ocupado las dos próximas semanas. Dale besos también a mamá de mi parte. Para ti nada. Ni siquiera estoy seguro de que seas mi padre. Adivina tú de quién.

Sabiendo que su padre se moriría de risa cuando leyera el mensaje, hizo clic en enviar y luego se puso a trabajar.

Hizo una búsqueda manipulada de Cleo, suficiente, según sus estimaciones, para aplacar a Anita. Luego, en un ordenador diferente, hizo otra para sí mismo.

Ya había llegado a la misma conclusión que Tia y Malachi. Los seis tendrían que trabajar unidos. No tenía ningún problema en trabajar en equipo, pero quería saber todo lo que hubiera que saber sobre el equipo.

Mientras los datos llegaban, se volvió hacia los monitores y, diciéndose a sí mismo que lo mejor era tener vigilada a Rebecca, conectó las cámaras que había hecho instalar en su propio apartamento.

Rebecca estaba en su despacho, ante su ordenador, y parecía acalorada. Inmediatamente, Jack conectó la voz.

—Lo tienes claro si crees que no podré encontrar tus códigos.

—Si lo consigues, señorita irlandesa, me voy a quedar muy impresionado.

Jack estuvo observándola un rato, viendo la rapidez con que sus dedos se movían por el teclado y percibiendo la mueca de sus labios cuando se encontraba ante cada nuevo obstáculo.

Según había comprobado, cuando las dejabas a solas en el espacio de un hombre la mayoría de mujeres registraban cajones, armarios, comprobaban el contenido del botiquín o los armarios de la cocina. Pero Rebecca había ido directa a las autopistas de información.

A Jack le gustó.

Desconectó la voz y se puso a escribir un informe sobre Cleo que pudiera convencer a Anita de que le estaba haciendo un favor sin darle nada útil.

—Esto te pondrá a mil —dijo pensando en voz alta.

Volvió a correr la silla para dejar reposar el texto antes de volver a leerlo y descolgó el teléfono.

—Oficina de policía. Detective Robbins.

—El hombre de la insignia.

—El hombre con la identificación falsa.

—No soy yo, amigo. Te habrás confundido. ¿Cómo va la lucha contra el crimen?

—Como siempre. ¿Cómo va por la casa de la paranoia?

—No me puedo quejar. Me preguntaba si te gustaría recuperar los veinte que te debo e ir a doble o nada en el partido de los Ángeles y los O's de esta noche.

—¿Estás sugiriendo que yo, un funcionario, apueste?

—Yo apuesto por O's.

—Hecho. Bueno, y ahora que hemos acabado con las muestras de educación, ¿qué quieres?

—Me ofendes. Pero, ya que lo preguntas, tengo un par de descripciones que me gustaría que me comprobaras. Matones, seguramente por libre, y de aquí, eso seguro. He pensado que podías mirar a ver si sale algo.

—Puede ser. ¿Tienes algún nombre?

—No, pero estoy en ello. Matón número uno. Varón blanco, entre cuarenta y cuarenta y cinco, pelo castaño, con entradas, color de ojos desconocido, complexión pálida. Metro sesenta, noventa y cinco kilos.

—Hay montones de tipos que encajan en esa descripción, hasta mi cuñado. Eso no me vale para nada.

—Según mi información le gusta utilizar la fuerza y no tiene mucha cabeza.

—Sí, mi cuñado. ¿Quieres que lo levante y le pegue una patada en el culo?

—Tú mismo. ¿Tu cuñado ha hecho recientemente algún viaje a Europa del Este?

—No mueve su culo blanco y lleno de granos de la tumbona ni para ir al

delicatessen de la esquina. ¿Estás buscando a un viajero, Burdett?

—Estoy buscando a un cabrón que ha vuelto hace poco de un pequeño viaje a la república checa.

—Qué coincidencia. Tenemos un cadáver en el depósito que encaja con tu descripción. Tenía un pasaporte en el bolsillo con dos sellos. Uno decía Praha, que, según me dicen mi amigos eruditos es Praga, República Checa. El otro era de Nueva York, de hará unos diez días.

Bingo, pensó Jack y corrió la silla de nuevo hacia el teclado.

—¿Puedes decirme el nombre?

—No veo por qué no. Cari Dubrowsky, del Bronx. Tiene un bonito historial, sobre todo agresión. ¿Por qué te interesa nuestro fiambre, Jack?

Jack introdujo el nombre e inició una búsqueda por su cuenta.

—Dime cómo murió.

—Seguramente fueron los cuatro agujeros que le hicieron con una pistola del veinticinco. Apareció en un almacén vacío de Jersey. Me parece que ahora te toca a ti darme algo.

—De momento no tengo nada, pero te lo pasaré en cuanto lo tenga. —Cambió de ordenador, listo para empezar una segunda búsqueda—. ¿Tienes la dirección de ese almacén?

—Jesús, ¿por qué no te mando el expediente y así acabamos antes?

—¿Lo harías?

Ante la brusca respuesta de Bob, Jack sonrió y tomó nota de la dirección.

Cuando terminó con el teléfono, entró los datos que tenía en el ordenador meticulosamente. Acababa de ponerse en pie, pensando en otra taza de café cuando volvió la vista a los monitores.

El destello salvaje de los ojos de Rebecca le hizo acercarse y volver a conectar la voz.

—No eres tan listo, ¿eh? —musitaba Rebecca—. No tan jodidamente inteligente.

—Pero tú sí —comentó él, sorprendido e impresionado al ver que ella había superado sus sistemas de seguridad. Evidentemente, no tenía nada confidencial en esa unidad, y los bloqueos eran moderados. Pero estaban ahí, y hacía falta un hacker con bastante habilidad para superarlos tan deprisa.

—Justo lo que yo pensaba —le dijo Jack a su imagen—. Estamos hechos el uno para el otro.

Jack se puso otra taza de café y volvió a su trabajo mientras ella exploraba su disco duro.

Veinte minutos más tarde, Jack ya había hecho todo lo que consideraba que tenía que hacer por el momento y, según pudo comprobar por los monitores, ella también.

Rebecca apagó el ordenador, se estiró y, con aire satisfecho, salió de la

habitación, cruzó la zona de vivienda y caminó por el pasillo. Jack pasó al siguiente monitor, vio cómo Rebecca movía los hombros para quitarles la rigidez, se quitaba la cinta con que se sujetaba el pelo y lo sacudía.

Cuando empezó a desabrocharse la blusa, Jack se recordó que no era ningún mirón. Se ordenó desconectar las cámaras.

Y se torturó viendo cómo Rebecca se quitaba la blusa.

Cuando se llevó las manos a la espalda para soltarse el sujetador, Jack rechinó los dientes y apagó las cámaras de un manotazo.

En vez del café se tomó una cerveza y pasó la siguiente media hora clasificando su trabajo. Y preguntándose cómo demonios se suponía que tenía que concentrarse.

Para cuando volvió al piso, tenía unas cuantas fantasías interesantes rondándole la cabeza. En ninguna de las cuales se la encontraba completamente vestida, con la salvedad de sus bonitos pies descalzos, en la cocina, con un oloroso vapor saliendo de la olla.

—¿Qué estás haciendo?

—Pues escalando el Matterhorn, ¿qué te creías?

Jack entró y se acercó a oler el cocido, y a ella.

—Esto se parece sospechosamente a cocinar.

La ducha y la ropa limpia, además de la sesión frente a su ordenador, la habían reanimado. Pero, mientras que la fatiga había desaparecido, el mal genio seguía ahí.

—Como no sabía cuánto tiempo pensabas tenerme aquí prisionera, no podía quedarme sentada y morirme de hambre. Por cierto, no tienes ni verdura ni fruta fresca, así que he tenido que arreglarme con latas y conservas.

—He estado fuera de la ciudad. Hazme una lista con lo que necesites y haré que lo traigan.

—Sé comprar y o sólita.

—No quiero que salgas sola.

Rebecca sacó un cuchillo de la tabla y probó la punta con el pulgar. Igualita que su madre, pensó Jack. Las dos sabían cómo hacerse entender.

—Dónde voy y cuándo no es asunto tuyo.

—Si usas eso conmigo después lo vas a sentir.

La sonrisa de Rebecca era tan delgada y acerada como la hoja del cuchillo.

—Tú lo sentirías mucho más, ¿verdad?

—No te lo discuto. —Abrió la nevera y sacó una botella de agua—. Pongámoslo de otra forma. Preferiría que no salieras sola hasta que no conozcas un poco el terreno.

—Tendré en cuenta tus preferencias. Y una cosa más. Si crees que porque me has dicho que me quieres me voy a ir de cabeza a tu cama...

—No sigas por ahí, Rebecca. —Su voz se había vuelto dura, dura y fría—. Te

podrías encontrar con algo muy desagradable.

Ella ladeó la cabeza. Interesante, sí señor, con el cuchillo no le había hecho ni pestañear, en cambio, le había molestado al mencionar el amor y el sexo.

—No me gusta que me pases una cosa así por las narices y luego me cierres la puerta.

—Yo me he cerrado la puerta.

Ella lo pensó un momento y le dio la razón.

—Soy perfectamente capaz de hacerlo yo sola, cuando quiera. —Con la mano izquierda, cogió una cuchara y removió la olla—. En estos momentos no sé lo que quiero. Cuando lo sepa, tú serás el primero en enterarte. Entretanto, no vuelvas a encerrarme aquí como si fuera un periquito en una jaula. Si lo intentas, te romperé tus bonitos juguetes, te haré polvo tu ropa, te atascaré el lavabo y muchas otras cosas desagradables. Y encontraré la forma de salir de todos modos.

—De acuerdo. Me parece justo. ¿Cuándo comemos?

Ella bufó, volvió a dejar el cuchillo en su sitio.

—En una hora o así. Lo suficiente para que vuelvas a salir y traigas algo de pan francés o italiano para acompañar la comida. Y algo dulce para el postre.

Se echó el pelo hacia atrás.

—Estaba muy enfadada, pero no lo bastante para hacer un pastel.

Era una niñería que tuviera miedo de entrar en la casa de sus padres, pensó Tia. Pero tenía las palmas de las manos húmedas y se notaba un nudo en el estómago cuando entró en el comedor de la casa de la ciudad de sus padres.

Eran las ocho cuarenta y cinco. Todos los días de la semana, su padre se sentaba a tomar su desayuno a las ocho y media exactas. Ahora iría por el segundo café y habría pasado de la primera plana del *New York Times* a la sección de economía. Ya se habría terminado la fruta, y estaría con el siguiente plato. Que, según pudo ver Tia, aquel día consistía en una tortilla hecha con la clara del huevo.

Su madre se tomaría en la cama su té de hierbas, su zumo recién hecho y el primero de sus ocho vasos de agua embotellada, que utilizaba para bajar su complemento vitamínico y su medicación de la mañana. Como acompañamiento, sólo tomaría una rebanada de pan integral tostado y una pieza de fruta de la temporada.

A las nueve y veinte, Alma bajaría de su habitación, atosigaría a Stewart con los males físicos que la aquejaran esa mañana y divagaría sobre su cita y sus tareas mientras él comprobaba su maletín.

Se darían un beso de despedida y él saldría de la casa a las nueve y media.

Era un programa tan exacto y fiable como un reloj suizo.

En otro tiempo, ella también formaba parte de este programa. O más bien, la habían incluido en él. ¿Era culpa de ella o de ellos si había sido incapaz de hacer nada para interferir en toda aquella exactitud? ¿Si incluso ahora la idea de hacerlo le daba náuseas?

Stewart levantó la vista cuando Tia entró y su entrecejo fruncido se alzó con gesto sorprendido.

—Tia. ¿Habíamos quedado?

—No, perdona que te interrumpa.

—No seas tonta. —Pero, a pesar del comentario, lo dijo consultando su reloj

—. ¿Quieres desayunar algo? ¿Un café?

—No gracias. No quiero nada. —Se contuvo y no cruzó sus manos inquietas y se sentó frente a él—. Quería hablar contigo antes de que te fueras al trabajo.

—Muy bien. —El hombre se untó una fina capa de mantequilla sobre una

tostada de pan integral, luego pestañeó—. Te has cortado el pelo.

—Sí. —Sintiéndose un poco idiota, Tia se llevó la mano al pelo—. Hace unos días.

—Te queda muy bien. Es muy chic.

—¿Tú crees?—Tia notó que se sonrojaba. Qué ridículo, pensó, sonrojarse por un cumplido de su padre. Pero le decía tan pocos...—. Me parece que a mamá no le gustó tanto como a ti. Pensé que te lo habría dicho.

—Puede ser. —Él esbozó una ligera sonrisa mientras seguía comiendo—. No siempre la escucho cuando me habla. Sobre todo cuando está de mal humor.

—Es culpa mía, y en parte es por eso que quería hablar contigo. Mamá pasó por mi piso de camino a la consulta del médico. Fue... fue algo embarazoso. Había otra persona conmigo. —Respiró hondo—. Había un hombre conmigo.

—Entiendo. —Stewart vaciló, arrugó la frente, removió su café—. ¿Es lo que creo entender, Tia?

—Tengo cierta relación con alguien. Se alojará en mi piso mientras esté en Nueva York. Estoy trabajando en un proyecto con él y otras personas. Y estoy... tengo una aventura con él —concluyó de carrerilla, y guardó un silencio acongojado.

Stewart contempló su café un momento. Hubiera sido difícil decidir quién de los dos se sentía más incómodo.

—Tia, tus relaciones personales no son asunto mío, ni de tu madre. Naturalmente, doy por sentado que cualquier persona con quien tú te relaciones será apropiada y digna.

—No estoy muy segura de que a ti te lo pareciera, pero a mí sí. Sorprendentemente —dijo a toda prisa— le parezco interesante y atractiva, y eso hace que me sienta interesante y atractiva. Y me gusta. Mamá estaba y supongo que sigue estando muy preocupada. No sé si podré arreglar las cosas con ella, pero por lo menos lo intentaré. Y quería disculparme por adelantado por si no lo consigo. No puedo hacer mi vida para que ella esté contenta. O tú. Así que lo siento.

—Bien. —Stewart dejó su tenedor, aspiró con fuerza por la nariz—. Bien —repetió—. Nunca pensé que te oíría decir algo así. Estás diciendo que aunque tu madre y yo no estemos de acuerdo, e incluso nos enfademos, harás lo que tú quieras.

Tia sabía que lo que sentía en el estómago era tensión, pero no pudo evitar preguntarse si tendría un tumor.

—Pues, por decirlo en pocas palabras, supongo que sí, es eso.

—Ya era hora.

Tia se olvidó de su posible cáncer de estómago.

—¿Cómo dices?

—Quiero mucho a tu madre, Tia. No me preguntes por qué, porque no tengo

ni idea. Es una pesada, pero la quiero.

—Sí, lo sé. Me refiero que sí, sé que la quieres... no que sea una... Siempre he sabido que os queríais —terminó.

—Lo dices como si tú no formarás parte de la ecuación.

Tía quiso disculparse, pero finalmente dijo la verdad.

—No me siento parte de ella.

—Entonces creo que todos tenemos un poco de culpa. Ella nunca ha podido cortar el cordón umbilical que la une a ti. Yo lo corté demasiado deprisa, o con demasiada facilidad, y tú permitiste las dos cosas.

—Sí, eso creo. Pero siempre has sido un buen padre para mí.

—No, no lo he sido. —Dejó su café y estudió el rostro perplejo de su hija—. Y no creo que me haya preocupado mucho por el tema desde que cumpliste los doce años más o menos. Pero he pensado mucho en ello desde el día que viniste a mi trabajo a preguntarme por el diario de Henry Wyley. Cuando te vi sentada esperándome y me pareció que eras tan desgraciada.

—Era desgraciada.

—Y te sorprende que me haya dado cuenta. —Alzó una mano y volvió a coger su taza de café—. A mí también me sorprendió, y me hizo preguntarme cuántas veces no había sido capaz de darme cuenta.

—Yo te hice desgraciado —declaró Tía—, porque no fui lo que tú querías.

—Sí, y mi forma de enfrentarme a ese hecho fue dejarte a merced de tu madre, como si tuvieras más cosas en común con ella que conmigo. Es curioso, siempre me he considerado un hombre equitativo. Pero lo que hice fue muy injusto para los tres. Lo mejor para ti y para tu madre creo que es que tú cortes el cordón por ti misma. Has dejado que ella te marque el camino toda tu vida. Y si alguna vez he tratado de intervenir, aunque reconozco que no han sido muchas, ni con demasiado empeño, alguna de las dos me echaba.

—Tú me abandonaste.

—Parecías bastante contenta con lo bien que iban las cosas. Los hijos dejan el hogar paterno, Tía. Si una persona se casa, significa que se compromete a pasar buena parte de su vida con otra persona. Yo he estructurado mi vida de una forma que me gusta y me satisface. Tú eres el fruto de dos personas muy ensimismadas, y ¿qué son tus fobias y tus desórdenes nerviosos sino otra forma de ensimismamiento?

Tía lo miró y dejó escapar una risa.

—Supongo que tienes razón. Y no quiero seguir siendo así. Tengo casi treinta años, ¿cuánto más puedo cambiar ya?

—Tanto si cambias como si no, tienes casi treinta años. ¿Qué importa la edad que tengas?

Casi muda de asombro, Tía se recostó contra su asiento.

—Nunca me habías hablado así.

—Nunca me habías consultado. —Movi6 un hombro con elegancia—. No tengo por costumbre desviarme de mi camino o variar mis h6bitos. Y hablando de h6bitos... —Consult6 su reloj.

—Necesito que me hagas un favor —se apresur6 a decir Tia.

—Vaya, parece que 6ste va a ser un d6a importante en la vida de los Marsh.

—Se trata de las tres diosas del destino.

El tenue rastro de impaciencia que hab6a aparecido en su rostro desapareci6.

—Veo que 6ltimamente te interesan mucho.

—S6, y me gustar6a que ese inter6s quedara entre nosotros. Tamb6en Anita Gaye tiene un considerable inter6s por el tema. Es posible que te vuelva a preguntar, que trate de sacarte alg6n detalle que sepas por tu conexi6n con Henry Wyley. Si lo hiciera, me pregunto si no podr6as fingir que recuerdas, vagamente, por casualidad, haber o6do decir que la tercera diosa hab6a sido vista en Atenas.

—¿Atenas? —Stewart se recost6 contra su asiento—. ¿Qu6 est6s tramando, Tia?

—Algo muy importante.

—Anita no es una mujer que tenga escr6pulos en romper las normas si con ello puede sacar provecho.

—Soy m6s consciente de lo que te imaginas.

—Tia, ¿tienes alg6n problema?

Por primera vez desde que hab6a entrado en la casa, Tia sonri6.

—Nunca me hab6as hecho esa pregunta, ni una sola vez. Si tengo alg6n problema, estoy decidida a solucionarlo e incluso disfrutarlo. ¿Encontrar6s la forma de dejar caer lo de Atenas?

—Desde luego.

—¿Y de no mencionar bajo ning6n concepto el diario de Wyley o mi relaci6n con el hombre que mam6a encontr6 en mi casa?

—¿Por qu6 iba a mencionarlo? Tia, ¿tienes alguna pista sobre alguna de las diosas?

Hubiera querido cont6rsele, hubiera querido sentir la emoci6n de ver el orgullo y la sorpresa en los ojos de su padre. Pero se limit6 a hacer que no con la cabeza.

—Es un poco complicado, pero te lo contar6 todo en cuanto pueda. —Se puso en pie—. Una 6ltima pregunta, como anticuario, ¿cu6nto pagar6as por ellas?

—Depende. Podr6a subir hasta diez millones. Si tuviera un cliente interesado, le aconsejar6a que subiera hasta veinte. Puede que m6s. Siempre y cuando se hicieran las correspondientes pruebas y comprobaciones.

—Por supuesto. —Se acerc6 y le dio un beso en la mejilla—. Voy arriba a ver si arreglo las cosas con mam6a.

Mientras Tia trataba de aplacar el orgullo herido de su madre, Jack se dejó caer por la comisaría. Hubiera preferido dejar a Rebecca en su casa, pero hubiera tenido que encerrarla para estar seguro de que no salía, y finalmente decidió que lo mejor sería llevarla con él. No quería llegar a su casa y encontrarlo todo destrozado, y no tenía ninguna duda de que Rebecca lo había dicho en serio.

Llevarla con él tuvo el beneficio añadido de ver cómo analizaba y archivaba cada detalle de cuanto veía en la comisaría. Casi pudo oír los engranajes girar en su cabeza cuando subían por la escalera. Y le gustó cuando vio la mirada que le lanzaban todos los policías.

Vio a Bob en su despacho, con el teléfono cogido entre el hombro y la oreja. Y vio cómo desviaba la mirada hacia ellos, reconocía a Rebecca y levantaba los ojos al techo. Cuando miró a Jack, su mirada era inquisitiva, y Jack reconoció en ella la calidez del humor y el aprecio.

—Espera aquí un momento —le dijo a Rebecca, y se fue hacia la mesa de Bob. Se sentó en una esquina de la mesa, e intercambió algunos saludos con otros agentes mientras Bob terminaba con la llamada.

—Uau —dijo Bob—. ¿De dónde has sacado a esa pelirroja?

—¿Cómo está tu mujer?

—Lo suficientemente bien para saber que cuando deje de mirar a pelirrojas menudas y sexys habrá llegado el momento de que echen la tierra sobre mi cuerpo frío y decrepito. ¿Qué quieres?

—Más información sobre el cuerpo frío y decrepito del que hablamos ayer.

—Ya te conté lo que tenía.

—Necesito una fotografía.

—¿Por qué no me pides mi placa?

—Gracias, puedo conseguir la mía propia. Es posible que pueda darte alguna información sobre el caso, pero necesito identificarlo primero.

—Veamos. Tú me dices lo que sabes y yo miro haber si te encuentro una fotografía del fiambre.

—¿Quieres conocer a la pelirroja?

Bob se aplicó el pulgar a la muñeca y asintió.

—Sí, todavía tengo pulso. ¿Tú qué crees?

Con una sonrisa, Jack le indicó a Rebecca que se acercara.

—El agente Bob Robbins, Rebecca Sullivan, la mujer con quien voy a casarme.

Bob se quedó boquiabierto y se levantó de un brinco.

—Caray, Jack. Vaya, buen trabajo. Hola, encantado de conocerte.

Rebecca sonrió cuando Bob le tendía la mano.

—Jack tiene delirios de grandeza. Por el momento, estamos tratando de ser

socios.

—Es una mujer dura, pero estoy en ello. Señorita irlandesa, ¿por qué no le cuentas a nuestro amigo enmudecido lo que has averiguado sobre el almacén de New Jersey?

—Claro. Estuve investigando un poco anoche y descubrí que esa propiedad en particular había sido vendida el día antes por Morningside Antiquities.

—¿Y eso es importante?

—Deja que le enseñe la fotografía a un par de personas —terció Jack—. Si mi corazonada funciona, tendrás una respuesta interesante.

—Si tienes una pista sobre un caso abierto de homicidio no te pongas a jugar a detectives.

—Investiga a Morningside.

—Anita Gaye —dijo Rebecca claramente, y los dos hombres la miraron enfadados—. Por suerte, yo no tengo testosterona que confunda mi ego. Anita Gaye de Morningside Antiquities. Quizá te interese investigarla, agente Robbins. No tiene sentido seguir adelante mientras no hayamos enseñado esa fotografía y comprobado si el muerto es quien pensamos que es.

Le dedicó una sonrisa radiante a Bob.

—Al fin y al cabo, los tres buscamos lo mismo, ¿no es cierto, agente? Pero si no confías en éste —y señaló con la cabeza a Jack—, supongo que tendrás tus razones. Yo aún estoy tratando de decidir si confío o no confío en él.

Bob aspiró a través de los dientes.

—Os traeré esa fotografía.

—¿Has oído alguna vez lo que significa guardarse un as en la manga? —le preguntó Jack cuando Bob se fue.

—Pues claro. Lo mismo que he oído que cuando llega el momento hay que poner las cartas sobre la mesa. Y mi método ha funcionado. —Se echó el pelo hacia atrás y estudió su rostro—. Hablas de matrimonio como si tal cosa, Jack.

—No. No lo hago. Serás mi mujer. Así que vete acostumbrando.

—Vaya, eres tan romántico que creo que me voy a desmayar.

—Te daré todo el romanticismo que quieras, señorita irlandesa. Tú dime cuándo y dónde.

Mucho menos segura de sí misma de lo que hubiera querido Rebecca cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tú concéntrate en el trabajo.

—Tómatelo como una forma de hacer diferentes trabajos —dijo él, y se levantó de la mesa cuando Bob regresó con el expediente.

Tia hizo lo que pudo con su madre. Consolarla y acariciarla concienzudamente le hubiera llevado al menos dos o tres horas, y no tenía tiempo que perder. Aún

tenía que hacer otro recado. Si no seguía su horario, Malachi y los otros se preocuparían.

Aquello era tranquilizador, pensó Tia. El hecho de tener quien se preocupara por ti. Para ser sincera, seguramente le hubiera gustado dejarse mimar otra vez por su madre. Siempre. Pero lo cierto era que Alma no se preocupaba por su hija ni la mitad de lo que se preocupaba por sí misma.

Ella era así, se dijo Tia cuando bajaba del taxi en Wall Street. Todas aquellas sesiones con el doctor Lowenstein no la habían ayudado a comprender y aceptar aquel hecho.

Habían hecho falta un irlandés, tres estatuillas de plata y una extraña combinación de nuevos amigos para aclararle las cosas y ayudarle a sacar pecho.

O quizá, aunque sonara extraño, había hecho falta alguien como Anita Gaye. Cuando todo aquello se acabara y su vida volviera a la normalidad, tendría que darle las gracias a Anita por meterla en una situación que la había obligado a probarse a sí misma.

Evidentemente, si las cosas salían como ella esperaba, seguramente Anita no valoraría mucho su gratitud.

Subió en el ascensor tarareando. Tia Marsh, pensó, tramando, haciendo planes, practicando el sexo con regularidad. Y todo sin ayuda de ningún medicamento.

Bueno, casi.

Se sentía bastante a gusto, casi segura. Y poderosa.

Y lo mejor fue cuando se detuvo ante la mesa del ayudante de Carrie y el hombre no la reconoció.

—Tia Marsh —dijo, sonrojada y complacida al ver su expresión de perplejidad—. ¿Podría dedicarme unos minutos la señorita Wilson?

—La doctora Marsh. Por supuesto. —Descolgó el auricular sin dejar de mirarla—. Le diré que está usted aquí. Tiene un aspecto estupendo hoy.

—Gracias.

En cuanto tuviera ocasión, saldría de compras y renovarían todo su vestuario por ropa más acorde con su nuevo peinado. Y su actitud.

Se compraría algo muy pero que muy rojo.

—Tia. —Carrie salió enseguida de su despacho. Tenía un aspecto perspicaz e inteligente, de persona muy atareada—. No habíamos quedado, ¿verdad?

—No. Lo siento. Sólo serán unos minutos si es posible.

—De acuerdo, pero no puedo dedicarte mucho más. Ven. Todavía necesito el análisis de las cuentas de la Brockaway para las doce.

—No me ha reconocido —comentó Tia, mientras seguía a Carrie a su preciosa oficina que hacía esquina.

—¿Qué? Oh, ¿Todavía? —Carrie rio, echó una mirada a la pantalla del ordenador

donde había estado trabajando y se dirigió a su cafetera—. Bueno, es que se te ve diferente, cielo. En realidad estás fabulosa. —Sirvió sólo una taza, sin molestarle en preguntarle a Tia si quería, porque era café de verdad. Luego se sentó y le dedicó una intensa mirada—. Fabulosa. Y no es sólo el pelo. —Dejó su jarra a un lado, se levantó y escrutó el rostro de su amiga.

—Has hecho el amor.

—¡Carrie! Por el amor de Dios. —Tia cerró la puerta del despacho a toda prisa.

—Desde la última vez que nos vimos has hecho algo. —Carrie le indicó que se acercara con el dedo—. Venga cuenta.

—No he venido para hablar de eso, y sólo tienes unos minutos.

Para zanjar el asunto, Carrie fue a su mesa y cogió el auricular.

—Tod, no me pases ninguna llamada y dile a Minlow que es posible que me retrase unos minutos a nuestra reunión de las diez. Ya está. —Colgó el auricular—. Cuenta. Quiero detalles Nombres, fechas, posturas.

—Es un poco complicado. —Tia se mordió el labio. Era como ser Clark Kent y no poder decirle a nadie que eras Superman. No podía soportarlo—. No se lo puedes decir a nadie.

—Pero ¿qué te crees, que soy una pregonera? Soy yo, Carrie. Ya conozco todos tus secretos. O los conocía. ¿Quién es él?

—Malachi. Malachi Sullivan.

—¿El irlandés? ¿Ha vuelto?

—Está en mi casa.

—¡Está viviendo contigo! Voy a cancelar la reunión de las diez.

—No, no. —Tia se pasó las manos por el pelo y rio—. No tengo tiempo. De verdad. En cuanto pueda te lo contaré todo. Pero es... somos... es increíble. Nunca me he sentido tan... potente —decidió y, sin poder contenerse, se puso a andar arriba y abajo—. Es una buena palabra. Potente. Tiene que contenerse para no estar todo el tiempo tocándome. ¿No es increíble? Y me escucha, pregunta mi opinión. Se burla de mí, pero no de forma despectiva. Hace que me mire a mí misma, Carrie y, cuando lo hago, no soy tan estúpida, ni tan torpe o inepta.

—Nunca has sido esas cosas, y si él te está ayudando a comprenderlo, creo que me gustará. ¿Cuándo lo conoceré?

—Es un poco complicado, como te he dicho...

—Oh, señor, está casado.

—No, no, no es nada de eso. Es que estamos trabajando en un proyecto conjunto.

—Tia, deja que te pregunte una cosa. ¿Te ha pedido dinero para alguna clase de inversión?

—No. Pero gracias por preocuparte.

—Estás enamorada de él.

—Probablemente. —Tía respiró hondo al notar un hormigueo en el estómago—. Ya pensaré en eso más tarde. En estos momentos estoy metida en algo que es emocionante, sensato y probablemente peligroso.

—Me estás asustando, Tía.

—Ésa es la idea. —Pensó en el amigo de Cleo—. Porque fundamental que no le cuentes a nadie lo que acabo de decirte. No debes mencionar el nombre de Malachi. —Metió la mano en su bolso y sacó un papel—. Si me llamas por algo relacionado con lo que acabamos de hablar, usa este teléfono. El mío está intervenido.

—Dios santo, Tía, ¿en qué te ha metido ese hombre?

—Me he metido yo sola. Es lo más increíble. Y necesito que me hagas un favor que quizá no sea muy ético. Podría ser ilegal, no estoy segura.

—No sé ni qué decirte.

—Anita Gaye. —Tía se inclinó hacia delante—. Morningside Antiquities. Necesito saber cuánto dinero vale ella, a nivel personal y con la empresa. Necesito saber de cuánto líquido puede disponer, y rápido. Y ella no debe saber que la investigas. Es esencial. ¿Hay alguna forma de conseguir la información sin que te descubran?

Como si tratara de sujetarse, Carrie se aferró a los reposabrazos de la silla.

—¿Quieres que investigue la situación financiera de una persona y te pase los datos?

—Sí, pero sólo si puedes hacerlo sin que nadie lo sepa.

—¿No vas a decirme por qué?

—Te diré que hay mucho en juego, y que utilizaré la información que me des para tratar de hacer algo muy importante. Y correcto. Y te diré que Anita Gaye es peligrosa y probablemente es responsable de la muerte de al menos una persona.

—Dios santo, Tía. No puedo creerme que estemos teniendo esta conversación. Y contigo nada menos. Si eso es lo que piensas de ella, ¿por qué no acudes a la policía?

—Es complicado.

—Quiero conocer a ese Sullivan. Y juzgar por mí misma.

—En cuanto lo pueda arreglar. Te lo prometo. Sé lo que te pido, y si me dices que no lo comprenderé.

—Necesito pensarlo. —Carrie dio un largo suspiro—. Necesito pensar esto a conciencia.

—De acuerdo. Utiliza el número que te he dado para llamar. —Tía se puso en pie—. Ha hecho daño a alguna gente. Y pienso asegurarme que lo pague.

—Maldita sea, Tía, ten cuidado.

—No —declaró ella mientras iba hacia la puerta—. Nunca más.

—Dale unos minutos más —insistió Gideon—. ¿Qué ganarás yendo de un lado a otro por la ciudad para ver si la encuentras?

—Lleva más de dos horas fuera. —Y más de la mitad de ese tiempo, Malachi había estado muerto de preocupación—. No tendría que haber dejado que saliera sola. ¿Cómo es posible que se haya vuelto tan cabezota en tan poco tiempo? Cuando la conocí era tan manejable como la arcilla.

—Si lo que quieres es un felpudo, ve y cómprate uno.

Malachi se dio la vuelta, y castigó a Cleo con una mirada larga y furibunda.

—No me cabrees.

—Bueno, pues deja de andar de un lado a otro como un padre sobreprotector cuya hija se ha saltado el toque de queda. Tia no es tonta. Se las arreglará muy bien sola.

—Yo no he dicho que fuera tonta, pero con eso de arreglarse ella sola no tiene mucha experiencia, ¿no? Y si contestara al jodido móvil no tendría que andar de un lado a otro.

—Ya quedamos en no utilizar los móviles salvo para emergencias —le recordó Gideon—. Son como los radios, ¿no?

—Esto es una jodida emergencia. Y voy a encontrarla.

Y dicho esto se fue dando grandes zancadas hasta la puerta y abrió. Tia casi se le cae encima.

—¿Dónde has estado? ¿Estás bien? —Casi la levantó a ella y las bolsas que llevaba del suelo.

—El señor angustias estaba a punto de llamar a los marines. ¿Eso que traes es comida? —preguntó Cleo, y fue a ver qué había en una de las bolsas—. ¡Guau! ¡La comida!

—Me he pasado por el delicatessen.

—Yo no pienso comer. De ninguna manera. —Malachi le quitó la otra bolsa de las manos y se la dio a Gideon—. ¿Cuánto dinero tienes? —le preguntó a su hermano.

—Unos veinte dólares americanos.

—Estupendo. —Se metió las manos en los bolsillos—. No podemos aprovecharnos de ti de esta forma, como si fuéramos un puñado de sanguiuuelas.

—Malachi, el dinero no tiene importancia. Sólo es... —Malachi la interrumpió.

—Hasta el momento tú lo has pagado casi todo, ¿no es así? Bueno, pues eso se acabó. Tendremos que hablar con mamá para que nos mande algo de dinero.

—No.

Cuando Tia puso cara larga y se plantó firmemente, Gideon señaló con el dedo a la cocina. Él y Cleo se apartaron discretamente de la línea de fuego.

—No pienso vivir de una mujer bajo ningún concepto, pero que me muera si

vivo de una con la que me acuesto.

—Ya acordamos que me lo devolverías. Y si lo que te molesta es que te deje dinero mientras nos estamos acostando, entonces dejaremos de acostarnos.

—¿Eso piensas? —Hecho una furia, la agarró del brazo y la arrastró hasta el dormitorio.

—Basta. Basta ya. —Tía tropezó y el pie izquierdo se le salió del zapato—. Pero ¿qué te pasa? Te estás portando como un tarado.

—Me siento como un tarado. —Cerró la puerta de un portazo y la empujó contra ella—. No pienso renunciar a ti, nada más. —La besó con fuerza, y Tía notó el sabor de la frustración y el orgullo herido—. Y no pienso dejar que pagues cada migaja de pan que me llevo a la boca.

Tía consiguió dar una bocanada de aire.

—He comprado ensalada de patata, pavo ahumado y canelones. He olvidado traer las migajas de pan.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla, y finalmente se limitó a apoyar la frente en la de ella.

—Para mí esto no es ningún juego.

—Pues tendría que serlo. Hay mucho más en juego que una factura del supermercado. Si pides a tu madre que haga una transferencia, podrían localizaros. Es una locura.

Le pasó las manos por la espalda, masajeando los músculos tensos a través de la camisa.

—Yo tengo dinero. Siempre he tenido dinero. Pero nunca he tenido a nadie que me quiera lo bastante como para que le avergüence aceptar dinero de mí.

—No soportaría que pensaras que no te valoro.

—Y no lo hago. —Y, para demostrárselo, le cogió el rostro entre las manos y lo levantó—. Haces que me sienta especial.

—Has estado fuera tanto rato que me estaba volviendo loco.

—Lo siento. Es todo tan extraño... extraño y maravilloso. —Le rozó los labios con la boca, suavemente, y volvió a hacerlo cuando notó el corazón de Malachi golpear contra el suyo.

El poder, pensó Tía, es una cosa adorable. Le rodeó el cuello con los brazos y le hizo retroceder hacia la cama.

—Voy a seducirte. —Le mordisqueó suavemente la mandíbula—. Es mi primera vez, así que tendrás que perdonarme si me equivoco. —Ladeó la cabeza rozándole los labios con gesto juguetón—. ¿Cómo voy por ahora?

—Perfecto.

Lo empujó para sentarlo sobre la cama y lo cogió por la solapa.

—Y por lo que se refiere al dinero —susurró mientras le desabrochaba la camisa.

—¿Qué dinero?

Tia se rio, le abrió la camisa y le recorrió el pecho con manos posesivas.

—Siempre te puedo cobrar intereses.

—De acuerdo. Lo que sea.

—Y penalizaciones —dijo pellizcándole el hombro con los dientes. Luego se apartó un poco, se quitó la americana pero, cuando él quiso desabrocharle la blusa, ella le apartó las manos—. No, deja. Tú sólo mira.

—Quiero tocarte.

—Lo sé. —Se desabrochó la blusa lentamente—. Y me encanta saberlo.

Se despojó de la camisa con un gesto de los hombros y se incorporó sobre las rodillas para desabrocharse los pantalones.

—Túmbate —le ordenó, mordisqueándole los labios una vez más.

Y dejó que sus labios exploraran, imaginando que el cuerpo de Malachi era un festín privado. Cuando le pasó la lengua por el estómago, notó que los músculos le temblaban.

Estaba excitado, desesperado. Y sabía que ella quería llevar la delantera. Luchó por mantenerse pasivo mientras ella lo desvestía, en lugar de limitarse a tomarla.

Cuando Tia utilizó la boca, Malachi tuvo que contener un gemido y se aferró a la colcha.

Su mente se quedó vacía, y se llenó de ella.

Una piel suave, una boca ardiente, unas manos ansiosas, y ese aroma callado y sutil que siempre asociaría a ella; aquella combinación lo llenó del ansia de ella.

Y los sonidos de placer que emitía mientras le iba picoteando le hicieron hervir la sangre, la piel. Tia se deslizó sobre él.

Estaba empapado de ella. Anegado.

Tia notaba el corazón de Malachi latir desbocado. Casi pudo notar el sabor de aquel latido frenético cuando le rozó el pecho con los labios. Era una maravilla ver cómo su cuerpo temblaba a pesar del esfuerzo que hacía por controlarse y dejar que fuera ella quien actuaba.

Era toda una revelación descubrir que podía tomar lo que quería, como quería y mientras quería.

Oía la respiración ronca y entrecortada de él, notaba la tensión de sus músculos, mientras ella tocaba o probaba, jugaba y torturaba. Y en cambio ella se sentía fluida, ágil... potente.

Cuando Malachi jadeó su nombre, ella se incorporó y se inclinó para complacer a los dos con un largo y profundo beso.

—Nadie me ha querido nunca así, ni me ha hecho querer de este modo.

Un sonido, casi un ronroneo, brotó de la garganta de Tia cuando lo hizo entrar en ella. Cuando las manos de Malachi se aferraron a sus caderas, se estremeció.

Tia se balanceó, gimiendo, cuando la presión aumentó en su interior y se

extendió en un glorioso deseo que engullía calor, luz, necesidad. Ella lo tomó, se tomó a sí misma, lentamente, saboreando cada onda de placer.

Cuando sus ojos se encontraron, ella sonrió y mientras sonreía vio que estaba cegado. Con un largo suspiro de triunfo, echó la cabeza hacia atrás y dejó que su cuerpo la guiara, y se deslizara como seda.

TERCERA PARTE

CORTAR

Nosotros devanamos nuestros propios destinos,
buenos o malos,
para nunca deshacerlos.
Cada pequeña pincelada de virtud o vicio
deja su huella, tan poco pequeña.

WILLIAM JAMES

—Es él. —Cleo miraba la imagen de la fotocopia—. Es uno de los tipos de Praga. El más bajo —dijo buscando en Gideon la confirmación de sus palabras—. El otro era más alto, y nos siguió a pie mientras este iba a por el coche. Él más alto es el que me siguió después de reunirme con Anita.

Respiró hondo para aliviar la presión que notaba en el pecho mientras estudiaba la fotografía en blanco y negro.

—Éste debe de ser el que fue tras Mikey. El que lo mató.

Gideon le puso una mano en el hombro para reconfortarla.

—Los vimos muy bien en Praga.

—Bob indagará entre los socios que lo conozcan, a ver si podemos encontrar algo del segundo hombre. —Jack cogió la fotografía y la clavó en un tablero que había preparado.

Estaban en su edificio, en lo que él consideraba la planta para los negocios.

—Se llama Cari Dubrowsky. La mayor parte de sus hazañas consisten en agresión y robo. Trabajo de matón, pocas luces. Lo encontraron en un almacén vacío en New Jersey, con cuatro heridas de bala calibre veinticinco.

—¿Crees que lo mató su socio? —preguntó Tia.

—Con una veinticinco no. Un hombre que lleve una pistola como ésa sería el hazmerreír del sindicato de los Dispararrodillas.

—Anita. —Malachi se acercó al tablero. Jack había puesto también una fotografía de Anita—. Seguro que no le ha hecho mucha gracia que el hombre complicara las cosas cargándose al amigo de Cleo sin sacar nada a cambio. Hasta ahora no me había dado cuenta de que fuera capaz de matar... por propia mano me refiero. Pero está claro que sí, ¿no es cierto?

—Yo diría que sí. —Aquéel hombre era sereno, decidió Jack mientras estudiaba a Malachi. Y equilibrado. Podía trabajar con alguien así—. El almacén acababa de ser vendido por Morningside. Mi amigo de la policía tendrá una charla con Anita en breve. ¿Cuál crees que será su reacción?

—La enfurecerá —dijo Malachi, luego se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones—. Después la complacerá. Le dará más aliciente al juego. Pero en ningún momento pensará que es vulnerable.

—Cuando muere gente deja de ser un juego. —Rebecca esperó hasta que su hermano se volvió a mirarla—. Cleo ha perdido a un amigo y el responsable

también ha muerto. ¿Está dispuesto alguno de nosotros a llegar tan lejos, a matar por un par de kilos de plata?

—No se trata de eso, Becca. —Gideon seguía con la mano en el hombro de Cleo—. Hace mucho que dejó de tratarse sólo del valor de la estatuilla.

—Para ti —concedió ella—. Para Mal. ¿Y para ti, Cleo? —preguntó.

—Quiero que Anita pague. Que pierda. Que le duela.

Rebecca se acuclilló ante la silla donde Cleo estaba sentada y la miró fijamente a los ojos.

—¿Y hasta dónde estarías dispuesta a llegar?

—Mikey era encantador e inofensivo. Yo lo quería. ¿Que hasta dónde llegaría? A donde haga falta.

Rebecca dejó escapar un suspiro y se incorporó. Se volvió hacia Tia.

—¿Y tú? Te has visto atrapada en todo este asunto y tu vida se ha vuelto un descontrol. Si seguimos adelante no habrá vuelta atrás. Pero tú aún estás a tiempo de dejar esto al margen y seguir con tu vida.

¿Podía hacerlo?, se preguntó Tia. ¿Podía volver a su vida de miedos, al pánico a que alguien reparara en ella? ¿Podía volver a enterrarse entre el mundo de los dioses y no tener nunca el valor de vivir? ¿De ser?

Oh, esperaba que no.

—Nunca he hecho nada especial en mi vida. Nada que realmente importara. Nunca me he defendido por mí misma, porque me sentía incómoda o resultaba más fácil esconderme en un rincón. Nadie que me conozca espera que lo haga. Excepto los que estáis en esta habitación. Anita tiene algo que es nuestro —dijo mirando a Malachi y asintiendo con el gesto—. Vuestro y mío, y no se lo merece. Las tres diosas del destino deben estar unidas y yo... —Dejó la frase en el aire y se sonrojó ligeramente al darse cuenta de que todos la miraban.

—No. —Malachi la observaba—. Sigue. Termina lo que decías.

—De acuerdo. —Tia se recompuso, como había aprendido a hacer en una conferencia ante el público—. Todos los que estamos aquí tenemos una conexión con las diosas del destino y, en consecuencia, hay una conexión entre nosotros. Es como un tapiz. Las Moiras hilaron, devanaron y cortaron el hilo de la vida de Henry Wyley, Felix Greenfield, los Cunningham, incluso los White-Smythe. El diseño, el patrón que establecieron ya está empezado.

—Estás diciendo que todo esto estaba predestinado —comentó Jack, y negó con la cabeza.

—No es tan simple como eso. El destino no es blanco o negro, derecha o izquierda. La gente no llega al mundo y sigue un camino según los caprichos de los dioses. Si fuera así, tendríamos que decir que Hitler no fue más que una víctima de su destino y, por tanto, no tenía ninguna culpa. Me estoy desviando del tema.

—No —discrepó Cleo—. Lo estás haciendo muy bien. Es genial.

—Bueno. Supongo que lo que intento decir es que todos tomamos decisiones y nos decantamos por actos que son buenos o malos y que definen la textura de nuestras vidas. Todo lo que hacemos y lo que no hacemos es importante —dijo mirando a Jack—. Todo cuenta. Pero el tapiz que se inició con las personas que vivieron antes que nosotros todavía no está terminado.

—Ahora los hilos somos nosotros —apuntó Malachi.

—Sí. Y hemos empezado a elegir el patrón que queremos seguir, al menos individualmente. Todavía tenemos que ponernos de acuerdo, decidir el patrón que queremos crear juntos. Creo que hay una razón para que nos hayamos encontrado, para que tengamos que seguir el mismo camino. Y tenemos que encontrar la solución, la forma de completarlo. Estoy convencida de que es así. Por muy absurdo que parezca.

—No parece absurdo. —Malachi se acercó a ella, la besó en la frente—. He aquí el fondo de la cuestión. No hay nadie que sepa desentrañar el fondo de las cosas como tú.

—No me has preguntado lo que yo haría —comentó Jack, y Rebecca se volvió hacia él.

—Yo te diré lo que Jack haría, Tía. Tú te has concentrado en un objetivo, y nada más. Eres un hombre decidido, Jack. Por eso has llegado a donde estás.

—Buena definición. Ahora que ya ha quedado claro, podemos pasar a la forma en que pretendemos alcanzar ese objetivo.

—Lo que he dicho no era ningún cumplido.

—Ya me había dado cuenta —le dijo a Rebecca—. Esto son fotografías de Morningside, y la casa de Anita. Burdett se ha encargado de la seguridad en ambos sitios.

—Qué oportuno, ¿no? —Intrigado, Malachi se acercó a ver las fotografías—. Menuda casa tiene.

—Te casas con un hombre rico lo bastante viejo para ser tu abuelo, esperas a que la palme y te quedas con todo. —Jack se encogió de hombros—. Paul Morningside era un buen hombre, pero cuando se trataba de Anita estaba sordo, ciego y mudo. Y, si hay que ser justos, ella hizo el papel estupendamente. No debéis subestimarla. Es muy inteligente. Su único defecto es su avaricia. Tenga lo que tenga, para ella nunca será bastante...

—Tiene otro defecto más grave. —Tía casi dio un brinco cuando se dio cuenta de que lo había interrumpido—. Lo siento. Estaba pensando en voz alta.

Jack se apartó del tablero.

—¿Cuál es ese defecto?

—La vanidad. Su ego, en el que la vanidad tiene un importante papel. Anita se considera más astuta, más inteligente, más implacable. Más de todo que nadie. Le robó la primera diosa a Malachi. Y no tenía por qué hacerlo. Podía habérsela comprado. Podía haber falsificado un análisis para convencerle de que la

estatuilla no tenía ningún valor o algo por el estilo. Pero se la robó, porque es más divertido y era una forma de alimentar su ego. «Mira, te lo he quitado en tus narices y no puedes hacer nada». Ella consigue lo que quiere y de paso hiere y avergüenza a otra persona. Eso le da un mayor aliciente.

—Un perfil psicológico excelente para ser mitóloga —comentó Jack

—Cuando te pasas la vida aguantando que te pisen, aprendes a reconocer el paso de cada uno. La avaricia es un defecto, pero su ego es su verdadero talón de Aquiles. Haz una muesca en la flecha, apunta al ego, y Anita caerá.

—¿No es maravillosa? —Con una sonrisa, Malachi le cogió la mano y la besó con generosidad.

—Quitarle la estatuilla delante de sus narices le acertará a su ego de lleno —concedió Jack—. Pero tenemos que dar ciertos pasos antes de llegar a eso. Lo primero es averiguar si la tiene aquí —dio unos toquitos sobre la fotografía de la entrada de Morningside— o aquí —y señaló la fotografía de la casa.

—Como por el momento no tenemos ni idea de dónde puede estar, tenemos que buscar la forma de acceder a los dos sitios. —Gideon se acercó para mirar más de cerca las fotografías—. Ninguno de nosotros tiene experiencia en allanamiento.

—Te olvidas de la vez que nos colamos en el sótano de Hurlihy's Pub y abrimos aquel barril de Harp —le recordó su hermano.

—Llevo más de diez años tratando de olvidarlo, porque tuve una resaca tremenda.

—Y cuando ma se enteró —terció Rebecca— os chocó vuestras estúpidas cabezas y os llevó de las orejas a que confesarais.

—Y pasamos todo el verano a disposición de Hurlihy —concluyó Malachi—. Pagamos aquella cerveza con creces. —Le sonrió a Jack con afabilidad—. Me temo que no es una buena base para unos ladrones.

—No pasa nada, yo os enseñaré. —Bajo la mirada glacial de Rebecca, Jack se sentó y estiró sus largas piernas—. Cuando uno se gana la vida poniendo obstáculos a los ladrones, tiene que saber cómo funciona la mente de un criminal y hasta cierto punto respetarla. Tendremos que acceder a ambos lugares —añadió mirando a Gideon con gesto afirmativo—. Tendremos que hacerlo si queremos asegurar su caída.

—Timarla —dijo Malachi—, prepararla y luego poner un bonito marco a su alrededor. —Y, con el dedo, trazó un bonito cuadrado alrededor de la fotografía de Anita—. Me gusta cómo suena.

—Suena terriblemente complicado —terció Tia.

—¿Y a quién le interesa un tapiz sencillo? Tendremos que planificar a conciencia cada paso —prosiguió Jack—. Y unirlos. Para empezar, hay cuatro cajas de seguridad en la casa de la ciudad. Pon el doble para Morningside. Nos llevará cierto tiempo y esfuerzo desactivar esas medidas de seguridad, entrar,

abrir cada una de las cajas y, en caso necesario, coger la estatuilla, salir y volver a conectar el sistema de seguridad. Tengo ciertas ideas sobre cómo utilizar Morningside para reducir las posibilidades. Pero cuando demos con nuestro objetivo, necesitaremos más tiempo y espacio. Si podemos quitar a Anita de en medio unos días, el riesgo será menor.

—Yo... mmm... creo que es posible que vaya a Atenas. —Tia se aclaró la garganta y todos se volvieron a mirarla—. Le pregunté a mi padre si podía mencionarle casualmente la conexión con Atenas. No sabe lo que está pasando, pero creo que lo hará por mí. Pareció muy intrigado al ver que yo pedía algo así.

Jack se recostó contra su asiento.

—Buena idea. Y cuando yo le entregue mi informe y le diga que una tal Cleopatra Toliver ha comprado un billete para Atenas, será definitivo. Pero tenemos mucho que hacer antes de eso. Tenemos que estar preparados para hacernos con la estatuilla en cuanto ella suba a ese avión.

—No fue personalmente a Praga a buscar a Cleo —le recordó Rebecca—. ¿Por qué iba a ir a Atenas? Puede mandar a alguno de sus matones.

—Pero le fallaron. —Malachi se sentó en el reposabrazos del asiento de Tia—. Y si es ella quien ha matado al tipo del almacén, eso significa que ha subido las apuestas considerablemente. Ésta vez no enviará a un subalterno. Y menos si piensa que puede hacerse con las dos diosas en una sola jugada.

—De acuerdo, tiene sentido. —Rebecca frunció los labios, analizando el tablero—. Nos interesa que guarde la estatuilla en su casa; en un sitio como Morningside hay demasiados lugares donde puede esconder un objeto, e imagino que allí las medidas de seguridad serán mucho más extremadas.

—Lo son. —A Jack le gustó ver que siempre coincidían.

—Entonces nos interesa hacerle creer que Morningside no es lo suficientemente seguro. —Gideon ladeó la cabeza—. ¿Robamos algo?

—Sí, podemos verlo como un ensayo general —le dijo Jack.

Hubo una considerable dosis de debate, hasta discusiones. Hubo diagramas, esquemas y más documentos impresos sujetos al tablero. Tia lo asimilaba todo. Estaban planeando penetrar en uno de los hitos culturales de Nueva York, con el único propósito de confundir a una persona.

Era fascinante.

—Si vamos a entrar en el maldito sitio, ¿por qué no ir directamente a por la estatua? —La frustración teñía la voz de Rebecca.

—No podemos llegar a tanto. No sin mucho más tiempo y preparativos. Podemos hacerlo, pero si nos limitamos a robar directamente la estatuilla, no conseguiremos colgarle nada.

—Formúlalo de otra forma. —Cleo habló con desparpajo—. Colgarla.

—Si lo hacemos bien —dijo Jack dándole la razón—, podremos actuar en la casa sin llamar mucho la atención. Con Morningside no. No, siendo como somos unos aficionados.

—Oh, ahora resulta que somos aficionados.

—Bueno, Bec. —Gideon le puso las manos sobre los hombros—. Es que lo somos.

—Habla por ti...

—Me apetecería tomar un té —dijo Tia, y se puso en pie—. ¿Te importa si uso tu cocina?

—Tú misma —le dijo Jack—. Y ya que estás, a mí no me vendría mal un café.

—Arriba hay más cosas —propuso Rebecca al ver la expresión molesta de Tia—. ¿Por qué no subimos las tres y preparamos algo?

—¿Cleo?

Aunque Cleo hizo ademán de protestar, vio que Tia señalaba con la cabeza hacia la puerta.

—De acuerdo, pero nos turnaremos con las tareas domésticas.

Cuando estuvieron en el ascensor, Rebecca se volvió hacia Tia.

—¿Por qué querías alejarte de esos tres?

—Sólo serán unos minutos. Estaba pensando que todo esto es un territorio desconocido para todos. Casi ni nos conocemos.

—A mí no me gusta la actitud de superioridad que tienen.

—Querrás decir la actitud de superioridad que Jack tiene —dijo Cleo mientras Rebecca marcaba el código y bajaba del ascensor en el apartamento.

—En concreto. Ni siquiera me había dicho que tenía ese sitio ahí abajo.

—Antes de hablar de ellos, me gustaría que habláramos de nosotras. —Cleo se tiró en un sillón, echó las piernas sobre el brazo y se acomodó—. ¿Hay vino por aquí?

—Lo hay —contestó Rebecca—. Dejemos que el té y el café esperen un rato. Antes de seguir con este asunto, tomemos algo y veamos qué piensa cada una.

—Tendríamos que volver abajo. —Tia se mordió el labio al ver que Rebecca llenaba los tres vasos. Otra vez.

—Por el momento no nos necesitan. —Rebecca mordió una galletita salada y la observó con gesto reflexivo—. Que se descogorcién con sus fotografías y sus diagramas. Ya les echaré un vistazo más tarde. Sólo se trata de tecnicismos, y es fácil refinarlos.

—Eso si uno sabe distinguir entre una fotografía y otra. —Tia dio un sorbito—. Yo no sé.

—Ni falta que hace. Te lo explicarán en palabras. Y de eso si entiendes mucho. Malachi piensa que eres brillante.

—Oh, bueno, está...

—Colado —dijo Cleo, y mojó la salsa con una patata rizada—. El tío está colado, pero no es tonto. Eres brillante. Nunca me había llevado bien con los cerebritos. Cerebritos como tú —explicó—. De las empollonas. En el colegio me pasaba la mayor parte del tiempo pensando en qué problemas podía meterme y odiando a las que eran como vosotras dos. —Y sonrió al tiempo que se metía otra patata en la boca—. Tiene gracia cómo han ido las cosas.

—Gideon no estaría perdiendo el tiempo contigo si no tuvieras cerebro. Te hubiera buscado por el envoltorio, pero después de abierto el paquete, si lo único que tuvieras que ofrecer son piernas largas y grandes pechos, hubiera perdido el interés enseguida.

—Gracias, hermanas.

—Bueno, después de todo, te vio sin el envoltorio, por así decirlo, desde el principio, ¿no?, Y, y a que hablamos de eso, ¿cómo es?

Cleo se limitó a coger su vaso de vino y dio un sorbo.

—Oh, no seas así —se quejó Rebecca—. Es una curiosidad natural, ¿verdad? Tía, ¿no te estás preguntando cómo es desnudarse en una habitación llena de hombres?

—Nunca había pensado... —Pero dejó la frase sin acabar al ver la sonrisa afectada de Rebecca—. Puede —reconoció—. Pero no tenía intención de ofenderte, Cleo.

—No me has ofendido. Tía es mucho más educada que tú —dijo mirando a Rebecca.

—Pues sí. Pero yo tampoco quería ofenderte. ¿No crees que en algún momento de su vida todas las mujeres tienen fantasías en las que tienen un cuerpo maravilloso y son guapas y torturan a los hombres quitándose la ropa en público? Sabiendo que ellos la desean y no pueden tenerla. Es genial.

—Puede ser genial. Hacerte sentir poderosa, o ser humillante y agotador. Puede ser divertido o denigrante. Depende de cómo lo mires.

—¿Y tú cómo lo mirabas? —preguntó Tía.

—Como un cheque. Y punto. —Cleo encogió los hombros y volvió a atacar las patatas—. Para mí la modestia no es algo que importe. De todas formas, la mayoría de los hombres ni siquiera te ven. Sólo ven un culo y unas tetas. Para mí sólo era una forma de pagar el alquiler y poder hacer coreografías y bailarlas. Tenía algunos números muy buenos.

—Me gustaría verlos algún día. No la parte del desnudo —dijo Tía poniéndose como un tomate cuando Cleo se echó a reír—. La parte del baile.

—Ves, es un encanto. ¿Sabes qué creo? Eso que has dicho antes de que estaba predestinado que todos nosotros nos encontráramos. Creo que tienes razón. Sería

imposible que nosotras tres estuviéramos sentadas aquí juntas si no fuera así. Es genial. Y ahora quería preguntarte una cosa —le dijo a Rebecca—. ¿Ya te tiras a Jack o qué?

—Cleo.

—Oh, vamos, como si tú no te lo preguntaras también. —Se echó hacia atrás, desdeñando las palabras asombradas de Tia.

—Todavía no. —Rebecca alzó su vaso—. Pero me lo estoy pensando. Y, ya que hablamos de sexo, quería que siguiéramos en ese tema en relación con Anita Gaye. Los chicos que sigan abajo, jugando con sus mapas y haciendo todos esos sonidos tan masculinos ante la parte más técnica del asunto. Pero ellos no comprenden lo que esa mujer es realmente. Para eso hace falta ser mujer, hay que ser mujer para comprender la implacabilidad de otra mujer. Digan lo que digan, los hombres siempre piensan que las mujeres serán al menos un poco más débiles, más flojas que ellos. Nosotras no lo somos. Ni ella.

—Ella es fría —dijo Tia con serenidad—. En todo momento. Y eso la hace más peligrosa, porque nunca se preocupa, en ningún nivel, por nadie que no sea ella misma. No dudaría en hacer daño a alguien para conseguir lo que quiere. Seguramente cree que lo merece. Me estoy poniendo en plan analítico otra vez —se disculpó—. Todos estos años con la terapia y ahora resulta que soy psicóloga.

—Dices cosas geniales —concedió Rebecca—. Y yo todavía no la conozco. Y gracias a ti me estoy haciendo una idea mucho más clara de cómo es que por lo que me ha dicho Malachi. Creo que su descripción estaba en parte disfrazada por su bochorno y su ira. Cuando se entere de que la hemos engañado, y por Dios que se enterará, ¿qué crees que hará?

—Tratará de vengarse con alguno de nosotros. Con tu familia. Porque todo esto empezó con Malachi.

—¿Cleo? ¿Tú estás de acuerdo con eso?

—Sí. —Silbó sin aliento—. Estoy de acuerdo.

—Yo también. Así que tenemos que asegurarnos que no puede tocarnos. Pase lo que pase. Tenemos que ponerla al descubierto y arrebatarle su poder.

—Yo ya he empezado a trabajar en ello. —Tia se levantó, y fue a la cocina para poner por fin el café—. El dinero le da poder y, si piensas en su matrimonio, llegas a la conclusión de que para ella el dinero es fundamental. He pensado que podía ser útil averiguar de cuánto dispone. Así tendremos una idea de cuánto necesitamos para... ¿cuál es la palabra? —Se detuvo con la cuchara del café en la mano—. Exprimirla. ¿No es así, Cleo?

—Ésta chica es genial. Aficionada, ¡y un huevo! Tia, corazón, creo que podrías ganarte la vida con esto.

Abajo, Gideon jugueteaba con la calderilla que llevaba en el bolsillo.

—Están tardando mucho en preparar ese té y café.

Jack echó una ojeada al reloj del ordenador, se encogió de hombros.

—Han subido para cotillear. Pero... —Se volvió hacia los monitores, sus dedos se deslizaron sobre el teclado y activó las cámaras del apartamento.

Cuando las mujeres aparecieron en pantalla, Malachi lanzó un silbido.

—¿Tienes cámaras de vigilancia en tu propio apartamento? ¿Significa algo para ti la palabra «paranoia»?

—Prefiero considerarlo una cuestión de minuciosidad.

—Tienen patatas fritas allá arriba —señaló Gideon—. Cleo podría olerlas a kilómetros de distancia. Casi parece una fiesta. Jesús, bonito cuadro.

—Rubia con clase, pelirroja guapísima y morena explosiva. —Jack observó la pantalla—. El catálogo completo. Mirad bien porque vamos a tener que decidir hasta qué punto las vamos a implicar en todo esto.

—No creo que tengamos elección —comentó Gideon.

—Siempre se puede elegir.

—Quiéres decir que podemos ocultarles cosas. —Malachi se había inclinado para ver mejor la pantalla y volvió a incorporarse—. Ocultarles ciertas partes del plan para protegerlas de Anita.

—Hasta ahora es responsable de dos muertes. No tendrá reparos en causar una tercera.

—No funcionará, Jack —Malachi observó a Tia echando leche en una pequeña lechera—. Lo descubrirán. Rebecca lo haría, eso te lo puedo asegurar.

—Cierto —concedió Gideon.

—Lo que es más, empecé todo esto mintiéndole a Tia. No quiero volver a mentirle. Se merecen saber la verdad. Simplemente, tendremos que buscar otra forma de protegerlas.

—Podría tenerlas encerradas en el apartamento una semana. Más o menos es lo que necesitamos si nos movemos deprisa. Estarían hechas una furia cuando salieran, pero estarían a salvo.

—¿Vas en serio con mi hermana?

Jack apartó la vista de la pantalla, de Rebecca, y miró a Malachi.

—Del todo.

—Entonces hazme caso y quítate ideas como ésa de la cabeza. Te arrancaré los ojos si le hicieras algo así, y cuando terminara... ¿Gideon?

—Se iría, te borraría de su vida como las palabras de una pizarra. Yo por mi parte, no excluiría a Cleo. Ha perdido a un amigo y se merece participar en la venganza.

—Si cometemos un error, sólo uno, alguien podría salir mal parado. —Jack dio unos golpecitos con el dedo en la pantalla—. Y podría ser una de ellas.

—Entonces no cometeremos ningún error —dijo Malachi—. Ya vuelven. Yo apagaría esos monitores si fuera tú, a menos que quieras que te tiren el café en la entrepierna.

—Tienes toda la razón. —Dejó la pantalla en blanco y giró en la silla—. Entonces, qué: ¿cómo los mosqueteros?

—Uno para todos —empezó Malachi.

—Y todos para uno —terminó Gideon.

Jack asintió y desactivó los seguros para que las chicas pudieran entrar. En ese momento, el teléfono sonó. Miró a la luz que parpadeaba en la unidad con las diferentes líneas.

—Es el de arriba, el de la oficina.

Detrás de él, a Tia casi se le cae el café cuando entró y oyó la voz de Anita.

—Jack soy Anita Gaye. Esperaba recibir noticias tuyas. —La voz que se estaba grabando en el contestador denotaba irritación—. Es urgente. Ésa tal Toliver me está acosando y quiero acabar con esto cuanto antes. Cuento contigo, Jack —Hubo una pausa y el tono de su voz cambió, se volvió más suave, frágil—. Eres la única persona en quien puedo confiar. Me siento muy sola, muy... vulnerable. Por favor, llámame en cuanto puedas. Me sentiría mucho mejor si supiera que tú me proteges.

—Y el Oscar es para... —Cleo se dejó caer en una silla—. Qué montón de memeces. « Oh, Jack—impostó la voz, agitó las pestañas—. Me siento muy sola, muy vulnerable» . —Se estiró, dedicó a Jack una mirada valorativa—. ¿Te la has tirado alguna vez?

—¡Cleo! No puedes...

—No. —Rebecca desestimó la protesta sofocada de Tia con la mano—. A mí también me interesaría saberlo.

De pronto Malachi y Gideon estaban muy ocupados con la cafetera. Vaya, dónde ha quedado lo de todos para uno y uno para todos, pensó Jack con acritud.

—Se me pasó por la cabeza. Unos cinco segundos. No dejaba de imaginar esos troceadores de verduras. Ya sabéis. —E hizo el gesto de cortar con rapidez con la mano—. Y ella pasando mi aparato por él. No me apetecía, la verdad —añadió mientras los otros dos hombres de la habitación pestañeaban.

—¿Por qué trabajas para ella?

—Primero, no trabajo para ella. Su marido contrató a mi empresa para que le asesoraran con la seguridad. Y él me gustaba. Y, segundo, un trabajo es un trabajo. ¿Tú sólo llevas gente que te gusta en tu barco?

—De acuerdo —decidió Rebecca, y le ofreció la fuente de las patatas en señal de paz.

—¿Vas a llamarla? —preguntó Tia.

—Más adelante. Dejaremos que sufra un poquito. Imagino que Bob le hará una visita mañana. Eso le dará más motivos para reconcomerse. No le gustará que la interrogue la policía. Y mañana por la noche le daremos el primer golpe de verdad entrando en Morningside.

—¿Mañana? —Tia se dejó caer pesadamente en la silla—. ¿Tan pronto?

¿Cómo vamos a estar listos?

—Lo estaremos —le aseguró Jack—. Puesto que vamos a fracasar... o al menos, eso es lo que tiene que parecer a primera vista. Tú darás el primer paso mañana por la mañana.

—¿Yo?

Tia escuchó estupefacta mientras le explicaban su misión.

—¿Por qué Tia? —quiso saber Rebecca—. De los seis, yo soy la única a quien ni Anita ni sus matones han visto todavía.

—Yo no estaría tan segura —la corrigió Jack—. Es muy probable que te haya visto en fotografía. Además, te necesitamos aquí. Aparte de mí, tú eres la mejor con la cuestión técnica.

—Tia sabe pensar —añadió Malachi, y Tia lo miró boquiabierto.

—¿Sé?

—Y lo que es mejor —dijo él cogiéndola de la mano—, ni siquiera se da cuenta de que lo está haciendo. Sabe cómo hacerse invisible y observar lo que pasa a su alrededor. Y recordarlo. Y si alguien la ve o la reconoce, no le dará ninguna importancia.

Le oprimió la mano.

—Yo soy quien te ha propuesto para esto —le dijo Malachi—. Sé que puedes hacerlo. Pero tienes que querer. Si no estás de acuerdo, buscaremos otra forma.

—¿Crees que puedo hacerlo?

—Cariño, sé que puedes. Pero se trata de que tú lo sepas también.

Era algo tan extraño... Por primera vez en su vida, alguien demostraba que confiaba plenamente en ella. Y no la asustaba. Era algo maravilloso.

—Sí, sí, puedo hacerlo.

—De acuerdo. —Jack se puso en pie—. Estudiaremos los pasos.

Era más de media noche cuando por fin Jack y Rebecca volvieron a subir al apartamento. Él sabía que Rebecca no estaba del todo satisfecha con el plan. Y le hubiera decepcionado mucho lo contrario.

—¿Por qué tenéis que hacer de ladrones tú y Cleo?

Jack sabía que ésa era una de las pegas que Rebecca le veía al plan y le gustó descubrir un deje de celos en su voz. O a lo mejor eran imaginaciones suyas.

—En primer lugar, para que parezca un intento de robo real hace falta más de una persona. ¿Quieres tomar algo?

—No, no quiero. ¿Y por qué Cleo y no Mal o Gideon?

—Ellos patrullarán la zona, por si aparece la policía o algún curioso. ¿Seguro que no quieres un brandy? —preguntó mientras se servía él un vaso.

—Sí. Eso no explica...

—Aún no he terminado. —Se dio la vuelta, dio un sorbo, y contempló con un profundo afecto cómo los ojos de Rebecca se encendían de rabia por la interrupción—. A pesar de lo que hemos avanzado en la igualdad de sexos, una mujer que ande sola por la noche por las calles de Nueva York tendrá más problemas que un hombre. Así que tus hermanos se encargarán de la vigilancia por las calles, tú y Tia corréis con la parte técnica en la furgoneta, y Cleo y yo hacemos el trabajo.

Era demasiado sensato para discutirse, así que probó con otro enfoque.

—Tia está nerviosa por lo de la mañana.

—A Tia le asusta su propia sombra. Forma parte de su carácter. Todo irá bien. Cuando llegue el momento, lo hará. Además, logrará que salga bien porque Mal cree que lo hará, y ella está enamorada de Mal.

—¿Tú crees? —En su interior, algo se suavizó—. Enamorada de él.

—Sí. Hay para todos.

Rebecca se acercó a Jack sin apartar los ojos de él, le cogió su vaso y dio un sorbo.

—Bueno, entonces nos espera un día muy largo. Me voy a la cama.

—Buena idea. —Jack dejó el vaso, la cogió por los brazos y la hizo retroceder lentamente hacia la pared.

—Sola.

—De acuerdo. —No dejó de mirarla cuando bajó los labios a su boca y la besó de forma juguetona, luego con furia.

Cuando los ojos de ella se empezaron a nublar, cuando sus manos se aferraron a las caderas de él, Jack los sumió a los dos en un torbellino de calor. Jack notó que temblaba, que él temblaba, notó el gemido ahogado en la garganta de Rebecca.

Y a pesar de todo, Rebecca se contenía.

—¿Por qué? —La empujó hacia atrás—. Dime por qué.

El ansia que sentía por él, rozaba casi el dolor.

—Porque es importante. Porque es importante, Jack —Y apoyó la mejilla contra la de él—. Y eso me da miedo. —Volvió la cabeza, lo justo para rozarle la mejilla con los labios, luego, se apartó y se fue a su habitación.

Era una radiante mañana de septiembre, y el frescor otoñal se intuía apenas en el aire.

Al menos eso es lo que había dicho Al Roker en uno de sus alegres informes desde el exterior de 50 Rock. Pero cuando te veías atrapado en la encarnizada guerra del tráfico pedestre y rodado, ya habías pisado algún chicle y acababas de lanzarte contra las líneas enemigas, lo que menos te preocupaba era el aire.

Tia se sentía culpable. Y lo que es peor, estaba segura de que tenía un aire culpable. Tenía la sensación de que en cualquier momento la multitud que la rodeaba en la acera se volvería a señalarla con el dedo.

Se detuvo en la esquina y se concentró en la señal de DON'T WALK para mantener la cabeza ocupada. Necesitaba desesperadamente su inhalador, pero tenía miedo de meter la mano en el bolso. Llevaba muchas cosas allí dentro.

Muchas cosas ilegales.

Así que se concentró en su respiración —inspirar, espirar, inspirar, espirar—, y avanzó con la marea de gente que se puso a cruzar la calle un instante antes de que la señal cambiara.

—Media manzana —dijo para sí, y se sonrojó al recordar que llevaba micrófonos. Tia Marsh, pensó con incredulidad, lleva micrófonos. Y todo lo que decía o le decían quedaba registrado en la furgoneta que en aquellos momentos estaba en un aparcamiento dos manzanas al sur de Morningside.

Tuvo que contenerse para no aclararse la garganta. Malachi la oiría y sabría que estaba nerviosa. Y si él lo sabía, se pondría más nerviosa.

Era como un sueño. No, no, era como meterse en un show televisivo. Su escena estaba a punto de empezar, y por una vez en su vida recordaría el diálogo.

—De acuerdo. —Ésta vez lo dijo con serenidad—. Allá vamos.

Abrió la puerta de la sala principal de exposición de Morningside y entró.

Era más formal que Wyley y carecía de su encanto.

Se dio cuenta de que había cámaras de seguridad que la estarían grabando en aquellos momentos. Sabía exactamente dónde estaban colocadas, porque Jack había repasado el mapa con ella una y otra vez.

Fue hasta un aparador y estuvo mirando la porcelana de Minton sin verla hasta que se tranquilizó.

—¿Puedo ayudarla, señora?

A Tia le pareció el súmmum de la fuerza de voluntad que aquella voz no la hubiera hecho saltar del susto.

Recordándose que no llevaba un cartel luminoso en la frente que dijera CULPABLE, se volvió a la dependienta.

—No, gracias. De momento sólo estaba mirando.

—Por supuesto. Soy Janine. Por favor, si tiene alguna pregunta o necesita lo que sea no dude en avisarme.

—Gracias.

Cuando la dependienta se alejaba discretamente, Tia reparó en su traje negro, que le hacía parecer esbelta como una serpiente y casi igual de exótica. Con la rapidez de una serpiente había calibrado a Tia y la había descartado como poco digna de atención.

Le dolió un poco, aunque en realidad aquélla era la idea. Se había puesto un insulso traje marrón y una blusa color crema —que pensaba tirar a la basura en cuanto volviera a casa— porque la ayudaban a fundirse con el artesonado.

Se acercó a un secreter de palisandro y, con el rabillo del ojo, vio que el otro dependiente, un hombre esta vez, manifestaba tan poco interés por ella como Janine.

Por supuesto, había otros dependientes. Mientras iba de un lado a otro, veía la disposición de Morningside en su cabeza. Cada sala de exposición tenía dos dependientes de ojos aguileños. Y cada planta contaba con un guarda de seguridad.

Al igual que en Wyley, todos estaban entrenados para distinguir entre un posible comprador y los que sólo miraban, y para reconocer enseguida a un posible ladrón.

Tia recordaba lo suficiente para haber elegido el vestuario y las maneras que necesitaba para aquel trabajo.

El traje caro y poco favorecedor. El calzado de calidad y práctico. El bolso marrón y sencillo, demasiado pequeño para robar nada. El conjunto le daba el aspecto de una mujer de dinero pero sin una clase especial.

No se quedaba mucho rato ante ningún aparador, sino que iba de uno a otro con el aire abstraído de quien sólo busca perder el tiempo.

Ni los dependientes ni los guardas le prestarían más atención de la necesaria.

Entraron dos mujeres, a juzgar por su aspecto, seguramente madre e hija. Janine se levantó de un brinco. Tia le concedió puntos por velocidad y suavidad, y a que había localizado a dos clientas potenciales antes de que el hombre tuviera tiempo ni de verlas.

Mientras la atención se concentraba en el otro lado de la sala, Tia aprovechó para sacar el primer micrófono y pegarlo bajo el secreter.

Temió que empezaran a sonar las alarmas, que irrumpieran en la sala hombres armados. Cuando la sangre dejó de golpearle en los oídos, oyó que las

mujeres hablaban con Janine de mesas de comedor.

Siguió avanzando, y estudió detenidamente un pisapapeles *pate-de-verre* con forma de rana. Luego colocó otro de aquellos micrófonos bajo un lado de una mesa de refectorio Jorge III.

Cuando terminó con la planta baja se sentía tan competente que se puso a tararear. Colocó otro micrófono bajo el pasamanos mientras subía al primer piso. Volvió a repasar el diagrama de Jack para saber dónde estaban las cámaras e hizo el trabajo.

Cada vez que un dependiente se le acercaba, Tia sonreía educadamente y declinaba su ayuda. Cuando llegó a la segunda planta, vio a Janine mostrando a sus clientas una mesa de comedor Duncan Phyfe para veinte comensales.

Ninguna de ellas se dignó siquiera mirarla.

Le quedaba un micrófono por colocar y miró a su alrededor pensando dónde estaría mejor. El aparador Luis XIV, decidió. Doblando su cuerpo fuera de la vista de las cámaras, abrió su bolso.

—¿Tia? ¿Eres Tia Marsh, verdad?

La palabra «Ay» sonó claramente en su cabeza y casi se le escapó de los labios cuando se volvió y se encontró mirando a Anita.

—Yo, mmm... hola.

—¿Espiendo a la competencia?

La sangre que le martilleaba a Tia en los oídos se le cayó a los pies.

—¿Cómo dice?

—Bueno, eres hija de alguien de la competencia. —Anita rio, pero cuando le pasó a Tia un brazo por la cintura su mirada era afilada como un sable—. No recuerdo haberte visto nunca antes por Morningside.

En la furgoneta, tuvieron que sujetar a Malachi para que no saliera de estampida.

—Espera —le espetó Jack—. Está bien. Sabrá manejar la situación. Ella sabía que cabía esta posibilidad.

—No había venido, no —consiguió contestar Tia, y notó que una sonrisa trataba de formarse en su rostro. Utilízalo. Utiliza tu torpeza e ineptitud, se ordenó a sí misma—. Parece extraño que nunca haya entrado aquí, ¿verdad? Tenía una cita a unas manzanas de aquí y...

—Oh, ¿dónde?

—Con mi médico holista. —La mentira la hizo enrojecer y dio a sus palabras toda la credibilidad—. Sé que hay quien piensa que la medicina natural es cosa de brujería, pero a mí me ha dado muy buenos resultados. Si quiere le puedo dar su nombre. Creo que llevo la tarjeta...

Hizo ademán de abrir su bolso, pero Anita la atajó.

—No hace falta. Ya te llamaré si necesito... brujería.

—En realidad, bueno, eso sólo era una excusa. He entrado porque pensé que

tal vez le vería. Me lo pasé tan bien el otro día cuando comimos juntas y... bueno esperaba que podríamos repetir.

—Qué amable. Comprobaré mi agenda y te daré una cita.

—Me encantaría. Yo tengo libre la mayor parte del tiempo. Normalmente trato de poner todas mis visitas con el médico por la mañana, así que puedo... —Dejó la frase sin acabar, se aclaró la garganta y respiró con visible dificultad—. Oh, cielos. ¿Tiene un gato?

—¿Un gato? No.

—Estoy teniendo una reacción. A algo. —Y empezó a resollar, hasta que clientes y dependientes se pusieron a mirar con nerviosismo en su dirección—. Es alergia. Asma.

El resuello y la respiración dificultosa hicieron que se mareara, así que trastabilló de verdad. Sacó el inhalador de su bolso y lo usó haciendo mucho ruido.

—Ven. Ven conmigo. Por el amor de Dios. —Anita la arrastró hasta el ascensor y apretó el botón de la tercera planta—. Vas a inquietar a los clientes.

—Lo siento. Lo siento. —Continuó sorbiendo del inhalador, mientras la emoción del éxito hacía que su sistema se sacudiera—. Si pudiera sentarme un momento. Un vaso de agua.

—Sí, sí. —Y siguió arrastrando a Tia por las oficinas exteriores—. Traiga un vaso de agua a la doctora Marsh —gritó, y prácticamente tiró a Tia en una silla—. Pon la cabeza entre las piernas, o algo.

Tia obedeció y sonrió. En las maneras de Anita notaba toda la impaciencia e irritación que la gente sana siente por los enfermos.

—Agua —dijo, y observó los excelentes zapatos de Anita moverse por la soberbia alfombra.

—Trae un maldito vaso de agua. ¡Ahora!

Para cuando volvió a entrar en la habitación, Tia ya había colocado el último micrófono en la parte inferior del asiento.

—Lo siento. Lo siento mucho. —E incorporándose, dejó que su cabeza cayera hacia atrás con debilidad—. Soy una molestia. Un engorro. ¿Está segura de que no tiene un gato?

—Si lo sabré y si tengo un maldito gato. —Le quitó el agua a su ayudante y casi se la tira a Tia.

—Claro, claro, lo sabría. Normalmente son los gatos los que me provocan esta reacción tan fuerte. —Sorbió el agua lentamente—. Claro que también podría ser polen. De los ramos de flores, que por cierto, son preciosos. Mi médico holista me está poniendo bajo un tratamiento que combina hierbas, meditación, refuerzo subliminal y purgas semanales. Tengo muchas esperanzas.

—Estupendo. —Anita consultó visiblemente su reloj—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mucho. Oh, bueno, está ocupada, y ya le he robado mucho tiempo. Mi padre detesta que le interrumpen cuando trabaja y estoy segura de que a usted le pasa lo mismo. Espero que me llame pronto para lo de la comida. Yo... invito yo —añadió, y sabía que sonaba de lo más patética—. Para agradecer que me haya ayudado en estos momentos.

—Te llamaré. Deja que te acompañe al ascensor.

—Espero no haberle causado ningún problema —empezó a decir, pero se interrumpió al ver que la ayudante de Anita se ponía en pie.

—Señora Gaye, éste es el agente Robbins, de la policía. Quiere hablar con usted.

Tía reprimió el impulso de reír histéricamente.

—Oh. Vaya a. Bueno. Me quitaré de en medio. Muchas gracias. Gracias por el agua —le dijo a la ayudante, y corrió al ascensor. Se mordió la cara interna de la mejilla hasta que le dolió, y siguió mordiéndola hasta que llegó a la sala principal y luego a la calle.

Los neoyorquinos estaban demasiado acostumbrados a los lunáticos para fijarse en una rubia con ropa sosa que iba por la acera riendo como una loca.

—Has estado brillante. —Malachi prácticamente la izó a la parte de atrás de la furgoneta y luego la rodeó en un abrazo de oso—. Condenadamente brillante.

—Pues sí. —No podía dejar de reírse—. La verdad es que sí. Aunque casi me meo encima cuando Anita me habló. Pero entonces pensé, si puedo entrar en su despacho un momento, podría colocar este último micrófono allí. Pero me moría de ganas de reírme. De los nervios, supongo. Pero... que alguien me cierre la boca.

—Será un placer. —Malachi le cerró la boca con la suya.

—A ver, si os estáis quietos un momento, quizá os interese escuchar esto.

Jack conectó el altavoz y se quitó los auriculares.

—... comprendo qué puede querer un agente de policía de mí. ¿Le apetece un café?

—No, gracias, señora Gaye, y le agradezco que me pueda dedicar unos minutos. Se trata de una propiedad que le pertenecía, un almacén junto a la Ruta diecinueve, al sur de Linden, New Jersey.

—Agente, mi marido poseía muchas propiedades, que yo heredé... Oh, ha dicho usted «pertenecía». Recientemente he vendido una propiedad de New Jersey. Mis abogados y contables se ocupan de la mayoría de los detalles. ¿Hay algún problema con la venta? No he tenido ninguna noticia al respecto, y sé que la venta se concretó a primeros de este mes.

—No, señora. Ningún problema que yo sepa. —Hubo sonido de papeles, luego una pausa—. ¿Conoce a este hombre?

—No me suena. Conozco a mucha gente, pero... no lo reconozco. ¿Tendría que hacerlo?

—Señora Gaye, este hombre fue hallado en el interior del almacén en cuestión. Muerto.

—Oh, Dios mío. —Se oyó un crujido cuando Anita se sentó—. ¿Cuándo?

—Es difícil determinarlo con exactitud. Creemos que murió aproximadamente por las mismas fechas en que usted vendió el almacén.

—No sé qué decir. Ésa propiedad no se utilizaba desde... No estoy segura. Seis meses, quizá ocho. Tendría que haberseme informado. Me pondré en contacto con los compradores. Es terrible.

—Señora Gaye, ¿tenía usted acceso al edificio?

—Sí, por supuesto. Le entregué a mi representante todas las llaves y códigos de acceso, que debieron de ser entregados a los compradores. Supongo que querrá ponerse en contacto con mi representante. Mi ayudante le dará los detalles.

—Sería un detalle. Señora Gaye, ¿tiene usted pistola?

—Sí, tres. Mi marido... agente. —Otra pausa, más larga—. ¿Soy sospechosa?

—Sólo se trata de preguntas rutinarias, señora Gaye. Supongo que sus tres pistolas estarán registradas.

—Sí, por supuesto. Tengo dos en casa, una en la oficina y una en el dormitorio. Y la otra la tengo aquí.

—Sería de gran ayuda que nos facilitara esas armas, para poder descartarlas. Le haremos un recibo.

—Lo arreglaré. —Ahora su voz era rígida, fría.

—¿Puede decirme dónde estuvo el ocho y el nueve de septiembre?

—Agente, por sus preguntas parece que tendré que llamar a mi abogado.

—Está usted en su derecho. Si quiere ejercer ese derecho, estaré encantado de interrogarla con su abogado en la comisaría. El caso es que me gustaría resolver mis dudas aquí para que pueda usted volver a su trabajo.

—No permitiré que me lleven a una comisaría para interrogarme por el asesinato de un hombre a quien ni siquiera conocía.

Se oyó sonido de páginas pasadas con violencia, porque Anita estaba pasando las hojas de su agenda. Pasó horas, citas, asuntos personales y privados.

—Puede verificar la mayor parte con mi ayudante o, si es necesario, con mi personal doméstico.

—Muchas gracias, señora, y siento molestarla. Sé que suena preocupante.

—No estoy acostumbrada a ser interrogada por la policía.

—No, señora. En un caso como este hay que mirar todos los posibles enfoques. Es un misterio por qué este hombre iba a ir hasta New Jersey para que le pegaran un tiro. Y en ese edificio. Bueno. Gracias por su cooperación. Señora Gaye. Menudo sitio. Es la primera vez que entro. Menudo sitio —repitió.

—Mi ayudante le acompañará, agente.

—Bien. Gracias.

Se oyeron pasos, una puerta que se cerraba. Luego, durante varios largos segundos, nada.

—Estúpido. —Fue un comentario envenenado, y a Jack le hizo sonreír—. Estúpido bastardo. Idiota. Tener la poca vergüenza de venir a interrogarme aquí como si fuera una vulgar criminal. ¿Que si tengo pistola? ¿Si tengo pistola?

Algo frágil de cristal se rompió.

—¿Es que no dejé la maldita arma del crimen en un sitio donde un crío de diez años la hubiera encontrado? Y en vez de eso viene aquí a interrumpirme, a insultarme.

—Bingo —exclamó Jack, luego se recostó.

—Lo hizo. —Tia se estremeció y se sentó en una de las dos sillas atornilladas al suelo de la furgoneta. Por el audio, oyó que Anita pedía con malos modos a su ayudante que llamara a su abogado—. Sé que creíamos que lo había hecho, incluso lo sabía en cierto nivel. Pero oírla decirlo, así, preocupada porque la están molestando. Es horrible.

Escucharon cómo Anita insultaba a su ayudante cuando le dijo que el abogado estaba en una reunión.

—Nuestra Anita tiene un mal día. —Jack se volvió en la silla—. Y nosotros se lo vamos a poner peor. ¿Aún estás con nosotros? —le preguntó a Tia.

—Sí. —Estaba pálida, pero la mano que le tendió a Malachi era firme—. Más que nunca.

Gideon contempló cómo Cleo se metía el pelo bajo la gorra negra y retrocedía para estudiarse en el espejo.

—¿Qué te parece? —Hizo una rápida pirueta—. Es lo último en moda de allanamiento nocturno.

—Aún falta mucho rato.

—Sí, pero quería ver cómo me quedaba. —Ataviada con vaqueros negros, jersey negro y calzado negro de lona, se echó una última ojeada—. Me convence. Gap. ¿Quién lo iba a pensar?

—No se te ve nerviosa.

—Pues no, no especialmente. ¿Cómo de difícil será no robar en un sitio? —Se acuclilló un par de veces para comprobar la resistencia de los vaqueros—. Es una pena que no haya tiempo para buscar un traje de ladrón. —Al ver que él no respondía, se puso en pie—. ¿Qué pasa, guaperas?

—Ven un momento.

Deseosa de colaborar, Cleo se acercó y la sorprendió que la abrazara con fuerza.

—Uau. ¿Y esto a qué viene?

—Siempre existe la posibilidad de que algo vaya mal.

—Siempre existe la posibilidad de que un satélite caiga del cielo y aterrice en mi cabeza. Y no por eso me voy a quedar escondida en el sótano.

—Cuando te arrastré a esto no te conocía.

—A mí nadie me arrastra a nada. ¿Lo entiendes?

—No me importabas. Pero ahora sí.

—Qué bonito. No me hagas ponerme ñoña.

—Cleo. No tienes que hacerlo. Espera —dijo cuando ella hizo ademán de apartarse—. Deja que termine. Lo de esta noche ni es tan importante si miras al conjunto. Si todo sale bien, habrá que dar el siguiente paso. Un paso muy importante. La próxima vez que te pongas esa gorra será para entrar en la casa de Anita y quitarle algo por lo que es capaz de matar.

—Algo que no le pertenece.

—No se trata de eso. Ya la oíste en esa grabación. Ha matado a un hombre y no dudará en volver a hacerlo. Te conoce.

—Me conoce haga lo que haga.

—Escúchame. —Sus dedos se cerraron con fuerza sobre su brazo—. Jack podría sacarte de esto. Él sabrá cómo hacerlo... la gente, los papeles. Podrías desaparecer con el dinero que te diera por la estatua. Ella nunca te encontraría.

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Que soy una rata que abandona el barco antes de que se hunda? —Se apartó—. Muchas gracias.

—No quiero que te haga daño. No permitiré que te haga daño.

La frustración y la violencia contenida de su voz disipó el mal humor de Cleo.

—¿Por qué?

—Porque me importas, maldita sea. ¿No lo he dicho ya?

—Otra palabra de seis letras.

Él abrió la boca. Se notaba la lengua espesa.

—Mierda.

Ella hizo un sonido zumbante, chasqueó los dedos.

—Respuesta equivocada. ¿Quiere intentarlo otra vez? Aún está a tiempo de ganar un viaje para dos a San Juan y el juego de maletas Samsonite.

—Esto no es fácil para mí. No me gusta estar en esta posición. —Se metió las manos en los bolsillos, y se puso a andar inquieto por el pequeño despacho de Tia—. No sé qué tengo que hacer. Es imposible pensar en estas condiciones.

—Sí, bla, bla, bla. —Cleo se quitó la gorra y sacudió la melena—. Creo que picaré algo antes de irnos.

Él la cogió del pelo, se lo enredó alrededor de la muñeca como si fuera una cuerda y la echó hacia atrás.

—Maldita sea, Cleo. Te quiero, tendrás que empezar a acostumbrarte.

—De acuerdo. —Y la sensación callada y cálida que notaba en el estómago

se convirtió en una marea cuando lo rodeó con sus brazos—. De acuerdo — repitió—. De acuerdo.

Bueno, pensó. Por fin.

—¿De acuerdo? ¿Eso es lo único que...?

—Chis... —Y lo abrazó más fuerte—. Calla. Que éste es un momento de postal.

Él dejó escapar un suspiro.

—La mitad de las veces no sé ni de qué hablas.

—Te lo pondré más fácil. Yo también te quiero. —Y se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos—. ¿Entiendes eso?

—Sí. —La mano con que le sujetaba el pelo se aflojó para acariciarlo—. Eso sí lo entiendo. —Y la besó en un largo y suntuoso beso—. Tendremos que hablar de esto muy en serio.

—Ya lo puedes jurar —dijo ella, y volvió a besarle.

—Quiero decir a los otros que tenemos que buscar otra forma.

—No. —Ahora ella se soltó—. No, Gideon. Yo haré mi parte, igual que Tia hizo la suya esta mañana. Cada uno hace su parte. Se lo debo a Mikey. Y lo que es más —continuó antes de que él pudiera decir nada—. Voy a ser sincera contigo. Soy un fracaso.

—¿Y eso qué significa?

—Como bailarina. Soy un fracaso.

—Eso no es verdad. Yo te he visto.

—Tú me has visto desnudarme —lo corrigió—. Un número de tres minutos donde me meneo, me desnudo y me exhibo ante la multitud. Menuda mierda. —Se echó el pelo hacia atrás, y suspiró—. Soy una buena bailarina, pero también lo es cualquier hija de vecino que haya tomado clases de baile. No soy especialmente buena y nunca lo seré. Me gustaba formar parte de la compañía cuando podía conseguir un papel. Me gustaba formar parte de algo. Nunca he tenido eso con mi familia.

—Cleo.

—Esto no es una profunda confesión filosófica sobre mi infancia desgraciada. Lo que digo es que me gusta bailar. Me gustaba actuar con otras bailarinas porque podíamos hacer algo juntas. Como lo del tapiz que decía antes Tia, ¿entiendes?

—Sí. —Gideon pensó en su mundo, en Cobh... la familia, el negocio, y la necesidad de mantenerlo todo unido—. Lo entiendo.

—Me pasé casi diez años así y el único amigo de verdad que hice fue Mikey. Imagino que una de las razones es que nunca me implico de verdad. Me aburro. El mismo espectáculo, la misma rutina, las mismas caras, una noche tras otra, y dos veces los viernes.

Él le pasó el dedo por la ceja, sobre el pequeño lunar del extremo.

—Necesitabas más.

Ella se encogió de hombros.

—No sé. Lo que sé es que cuando eres una buena bailarina con una voz mediocre, tienes que tener mucho empuje y ambición si quieres vivir del baile. Y yo no lo tenía. Así que cuando aquel hijo de puta me habló del teatro en Praga, de hacer coreografías, no me lo pensé dos veces. Y mira dónde acabé. Tuve mucho tiempo para pensar mientras estuve tirada en el arroyo en Praga. Me concentraba en la idea de que volvería a Nueva York, aunque no tenía ni idea de lo que haría cuando volviera. Creo que ahora ya lo sé.

Cogió su gorra negra, la retorció.

—Ahora formo parte de algo. Tengo amigos. Sobre todo Tia. Creo que he encontrado una familia y no pienso dejarla.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Y así terminan las Confesiones de este espectáculo.

Gideon no dijo nada por un momento, luego le cogió la gorra y se la encasquetó en la cabeza a Cleo.

—Te sienta bien.

Los ojos le escocían, pero su voz sonó descarada.

—Lo has entendido al revés, guaperas. La gorra queda bien porque yo la llevo puesta.

Se turnaron para vigilar Morningside. Cuando cerró sus puertas a las siete, la tarea resultó aburrida e ingrata. Pero seguirían vigilando, escuchando por si había algún cambio, algún sonido, hasta que el trabajo estuviera acabado.

Malachi oyó a la ayudante de Anita, a la que habían apodado Cabeza de Turco, recordarle a su jefa que tenía que ir al salón de belleza y una cita para la cena.

Anita se fue diez minutos más tarde, después de arengar a su abogado por el teléfono, y ya no volvió.

A medianoche, Rebecca estaba en la parte trasera de la furgoneta, ocupándose de las escuchas. Cuando Jack subió, lo único que fue capaz de decirle fue el entrecejo fruncido.

—Si tengo que hacer esto mucho más rato se me va a fundir el cerebro.

—Lo dejamos en una hora. —Se inclinó, acercando la cabeza a la de ella, para estudiar las lecturas. Luego olfateó el lado de su cuello—. ¿Para qué es el perfume que llevas?

—Para volverte loco de deseo.

—Podría funcionar. —Jack volvió la cabeza y sus labios rozaron los de ella, y volvió a rozarlos—. Definitivamente podría funcionar. Haz el análisis por mí. Sector a sector.

Podría funcionar, pensó ella, en los dos sentidos.

—Lo he hecho al menos mil veces. Sé lo que hago, Jack

—Nunca has utilizado un equipo como éste. La práctica hace la perfección, señorita irlandesa.

Rebecca musitó por lo bajo, pero obedeció.

—Me gusta cómo me besas.

—Pues es ideal, porque tengo intención de hacerlo unos cincuenta años más o así.

—Que te haya dado la mano no quiere decir que puedas tomarte el brazo. Sector uno. Alarmas, silenciosas y audibles, conectadas, detectores de movimiento conectados, rayos infrarrojos conectados. —Introdujo unos códigos que se sabía ya de memoria y analizó las lecturas que aparecían en el monitor—. Puertas exteriores e interiores, aseguradas y conectadas.

Y así con los dieciséis sectores que formaban el sistema de seguridad que Jack había instalado para Morningside.

—Anula las alarmas del sector cinco.

—¿Que las anule?

—Practica, cielo. Anula el sector cinco durante cinco minutos.

Rebecca dejó escapar un suspiro, desentumeció los hombros.

—Desactivando sector cinco.

Jack observó la rapidez y facilidad con que Rebecca se movía por el teclado.

—Se oye un *bip* en el interior del sector. ¿Lo...?

—Es normal. Sigue.

—Sector desconectado. —Y clavó la vista en el reloj, contando los segundos. A las diez, introdujo otra secuencia y el sistema volvió a activarse—. Alarma conectada en sector cinco.

—Te he dicho diez segundos.

—Y han pasado diez segundos.

—No. Has tardado cuatro segundos en volver a activar el sistema. Eso hacen catorce segundos.

—Entonces tendrías que haber dicho...

—He dicho diez, y tenían que ser diez. —Le dio unas palmaditas en la cabeza—. El éxito está en los detalles.

Rebecca lo observó con gesto serio mientras él abría su bolsa para comprobar por última vez su equipo portátil.

—Si se desconectara todo el sistema, ¿cuánto tardaríamos en volver a conectarlo?

—Buena pregunta. Las alarmas estándar, y las puertas exteriores y ventanas se activan automáticamente. Detectores de movimiento, infrarrojos y seguridad interior se activan por niveles. Cuatro minutos y doce segundos para dejarlo todo a plena capacidad. Es un sistema complejo, con diferentes niveles.

—Es demasiado. Hay una forma de acortar.

—Seguramente.

—Apuesto a que podría hacerlo en un minuto menos, si tuviera acceso al sistema y tiempo para conocerlo.

—¿Estás buscando trabajo, señorita irlandesa?

—Sólo era un comentario —replicó ella apartando la silla de él—, después de todo, el tiempo es muy importante. En todo.

—¿Es esa tu forma de decir que no estamos sincronizados?

—Es una forma de decir que me gusta elegir el momento por mí misma.

—No me importaría si también encontraras la forma de acortar por ahí. Voy a buscar a los otros.

—Un aparcamiento, en la calle. Upper East Side. —Jack negó con la cabeza. Él conducía la furgoneta y Cleo iba sentada a su lado—. Tendremos que tomarlo como una buena señal.

Aparcó la furgoneta entre un sedán último modelo y un viejo SUV.

Ella se inclinó hacia delante para mirar a través del parabrisas a la farola.

—Estamos justo bajo una farola.

—Los impuestos que pagas que rinden sus dividendos.

—Serán los tuyos. En estos momentos yo no tengo sueldo. —Sus ojos se dilataron cuando vio que Jack sacaba una pistola de debajo de su asiento—. Uau, no habías dicho nada de allanamiento con arma de fuego.

—No te pongas nerviosa. —Jack bajó de la furgoneta, caminó como si nada por la acera y, dándose la vuelta, disparó contra la luz de la farola, que se rompió con un musical sonido de cristales.

—Buena pistola —le dijo a Cleo cuando volvió a la furgoneta. Se volvió en el asiento y golpeó tres veces con los nudillos en la partición que separaba la cabina de la parte posterior del vehículo.

Unos segundos después, la puerta de atrás se abrió. Se cerró. Por el espejo lateral, Cleo vio a Malachi y Gideon bajar a la acera. Gideon fue en dirección este, Malachi en dirección oeste.

—Ya están fuera.

Esperaron durante tres largos minutos en la oscuridad, en silencio, antes de que el walkie-talkie de Jack siseara.

—Para ser una ciudad que nunca duerme —dijo Malachi—, esto está condenadamente tranquilo.

—Todo despejado por el este también —informó Gideon.

—Seguid en esta frecuencia. —Jack volvió a tocar con los nudillos en la partición, dos veces, y miró a Cleo cuando desde atrás dieron otro golpe en respuesta—. ¿Lista?

—Lista.

Cada uno bajó por su lado. Jack se echó su mochila al hombro y le pasó a Cleo un brazo sobre los hombros.

—Una pareja de urbanitas que han salido de paseo.

—La policía suele hacer muchas pasadas por barrios finos como éste —

comentó ella—. ¿Cuántos años te pueden caer si te pillan llevando lo que llevas en esa mochila?

—No es más que una mochila. Entre tres y cinco —decidió— si el juez es muy severo. Pero tengo mis contactos.

Tocó su walkie-talkie.

—Cruzando Madison por la Ochenta y ocho.

—Todo despejado. —Era Malachi.

—Por aquí también. —Era Gideon.

—También en la base —informó Rebecca.

Jack cogió a Cleo de la mano cuando pasaron ante la entrada de Morningside y volvieron la esquina. Fueron hasta la entrada de carga.

Como habían ensayado, Cleo sacó su walkie-talkie mientras Jack abría su mochila.

—Central —dijo en voz callada—. James Bond está sacando sus juguetes.

—Estoy en... ¿qué es esto?, la Ochenta y nueve, entre la Quinta y Madison —dijo Malachi—. Parece que han estado de fiesta por aquí. Están saliendo varias personas bastante bebidas.

—Vuelvo atrás desde Park Avenue —informó Gideon—. He visto unos cuantos sin hogar en algún portal, y hay bastante tráfico para la hora que es. Sin problemas.

—¿Lista para subir? —preguntó Jack.

Ella asintió y echó la cabeza hacia atrás para observar las tres plantas.

—Yo sólo quería observar que hay una bonita puerta ahí al lado.

—Lo más probable es que tenga la estatuilla en la caja fuerte de su despacho. Se pondrá más nerviosa si los ladrones entran en las plantas superiores.

Apuntó lo que a Cleo le pareció un arpón y disparó una especie de gancho con tres púas sujeto a una cuerda.

—Ponte el arnés —le dijo, y disparó una segunda cuerda mientras Cleo se ponía el arnés. Aseguró la cuerda al arnés de Cleo y luego hizo otro tanto con el suyo.

—A la de tres —le dijo—. No me has engañado con tu peso, ¿verdad?

—Tú cuenta, amigo. Uno, dos...

—Tres —dijo Jack, y apretó el mecanismo de su arnés.

Subieron con suavidad, y algo más deprisa de lo que Cleo esperaba.

—¡Jesús! Qué rápido.

—Mantén los ojos en el tejado.

—Si me estás diciendo que no mire abajo, es la forma equivocada... Oh, mierda —susurró al mirar abajo. Con los dientes rechinando y el estómago revuelto, trató de agarrarse a la cornisa, aunque tenía las manos húmedas por el sudor, y se aupó con bastante poca gracia.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Sólo me ha impresionado un poco. Tres pisos parecen mucho más altos cuando no tienes un suelo bajo los pies. Estoy bien. —Recordó su siguiente paso y sacó su aparato de radio—. Base. Estamos en el tejado.

—Entendido —contestó Rebecca—. Desconectando alarmas en el sector doce en sesenta segundos. Sincronicemos los relojes.

—Sincronizar —repitió Cleo mientras Jack apretaba el cronómetro de su reloj y asentía.

Volvió a meter la radio en su mochila y se puso unos auriculares.

—¿Todas las unidades preparadas? —Y asintió de nuevo cuando recibió una respuesta afirmativa de los demás—. ¿Ya te has recuperado? —le preguntó a Cleo.

—Sí. Estoy mejor.

Jack comprobó por última vez la solidez de su cuerda y de la de Cleo.

Cleo se deslizó al exterior de la cornisa, respiró hondo y saltó.

A Cleo le faltaba el aliento, pero sujetó la bolsa para que Jack pudiera trabajar mientras estaban suspendidos en el aire. Siguiendo sus instrucciones, apoyó los pies en la pared del edificio y relajó las rodillas.

El reloj de Jack parpadeaba en silencio y la voz de Rebecca llegó a través de los auriculares.

—Sector desconectado. Cinco minutos.

Un taxi pasó por la calle, giró al llegar a la esquina y subió por Madison.

Jack pegó un aparato portátil para interceptar frecuencias al cristal, introdujo un código y esperó mientras los números pasaban. Cuando los números del visor se pusieron de color verde, Jack quitó el aparato y se lo pasó a Cleo.

—Sistema de protección de las ventanas desactivado, alarma silenciosa desactivada.

Jack fijó succionadores a la ventana y tendió su mano como un cirujano. Cleo le pasó el corta vidrio. A pesar del fresco, un reguero de sudor se le escurrió por la espalda.

—Cuatro minutos treinta —anunció Cleo mientras Jack cortaba meticulosamente el cristal reforzado.

El sonido de una sirena la obligó a contener un grito.

—¿Estás bien?

—Completamente.

—Coge por tu lado.

Ella aferró el cable del succionador de su lado con sus manos enguantadas mientras Jack hacía otro tanto con el otro. A la señal de Jack, empezaron a bajar el cristal centímetro a centímetro por el interior hasta que tocó el suelo.

—Entrando —dijo en voz baja, y saltó al interior.

—Tres minutos treinta —advirtió Rebecca.

Jack se soltó su arnés, rodeó con cuidado el cristal y luego avanzó con rapidez

por la zona de oficinas. Cleo lo imitó dirigiéndose con rapidez en dirección contraria.

Acuclillado ante la puerta del despacho de Anita, Jack sacó una ganzúa. Casi tardó el mismo tiempo que hubiera tardado en forzar la puerta en hacer que pareciera un intento fallido. En lo alto de la escalera, Cleo se debatió por un momento entre una bandeja de Baccarat y un jarrón de Lalique. Sin el menor remordimiento, hizo caer el jarrón, apartándose cuando se hizo trizas en el suelo.

—Dos minutos. Jack, Cleo, salid ahora.

—Entendido. —Volvieron a encontrarse junto a la ventana, pero esta vez Jack golpeó deliberadamente el borde del alféizar con el pie para romper el cristal. Se sujetó a la cuerda y se colocó en posición detrás de ella.

—Abajo —le dijo a Cleo—. Utiliza los pies, y no fuerces las rodillas. Todo el mundo a la base —dijo por el auricular.

Cuando bajaban, se le cayó una herramienta sujeta a una trabilla rota del cinturón.

—¡Vaya es una pista! —dijo Cleo sin aliento cuando sus pies tocaron el suelo—. Tenemos un minuto.

—Empieza a andar.

—No. Yo me voy con el tipo con quien vine. —Soltó su cuerda, se despojó del arnés y lo metió en la mochila, igual que hizo Jack. Luego miró a la cuerda que colgaba del edificio.

—Apuesto a que todo esto es muy caro.

—Pero no es difícil de conseguir. —De nuevo, le pasó un brazo sobre los hombros. Caminaron. Aunque un poco más deprisa que si pasearan—. Parecerá que los ladrones tuvieron problemas con el sistema de seguridad y se vieron obligados a salir, y rápido.

—Cinco minutos completados —anunció Rebecca—. Sistemas recargándose. Tenéis treinta segundos. ¿Qué habéis roto?

—Un jarrón. Y ha dejado algunas cosas esparcidas por ahí.

—Cuando el ladrón está apurado deja el botín.

—Una pregunta —le dijo Cleo—. No necesitabas a nadie para hacerlo. ¿Por qué me has traído contigo?

—La idea era que pareciera que hay al menos dos personas implicadas. No hubiera podido llegar al otro extremo de la tercera planta y sólo en tan poco tiempo. Saber que había dos personas hará que Anita se ponga más nerviosa.

—Una sola le hubiera puesto lo suficientemente nerviosa.

—Sí. Pero harán falta dos personas para entrar en la casa, llegar a la caja fuerte y volver a salir sin problemas. Quería ver cómo lo hacías.

—Así que esto ha sido una especie de prueba.

—Exacto. Y has conseguido el papel.

—Espera que se lo diga a mi agente.

Ya estaban una manzana más allá, caminando cogidos de la mano cuando las alarmas empezaron a sonar.

Acababan de tocar las dos de la mañana cuando Jack descorchó una botella de champán.

—No puedo creer que lo hayamos hecho todo en menos de una hora. —Tia se dejó caer en un asiento—. Estoy agotada, y no he hecho nada.

—Nosotros somos la parte técnica —le recordó Rebecca—. Es fundamental. Y hemos estado geniales.

—Creo que aún es un poco pronto para felicitarnos y celebrar nada. —Malachi alzó su vaso—. Pero qué demonios. Sólo saber que la policía va a despertar a Anita y a es motivo suficiente para brindar. Aún nos queda mucho por hacer.

—No seas aguafiestas. —Cleo se bebió de un trago su primer vaso de champán—. Yo aún estoy flotando. ¿Crees que Anita sacará su culo de la cama para ir hasta allí?

—Puedes estar segura. La policía le notificará lo sucedido y ella irá allí como una exhalación. Lo primero que hará será comprobar la caja de seguridad de su despacho. Al menos si es ahí donde ha escondido la estatuilla. Una vez compruebe que sigue donde la dejó, atenderá a la policía y luego me llamará. Estará muy pero que muy enfadada con Burdett Securities.

—Pero tú lo solucionarás.

—Sí, porque el sistema ha funcionado. Eso lo primero. Los ladrones entraron, pero no tuvieron tiempo de terminar el trabajo porque el sistema de apoyo funcionó. Luego le daré mi informe sobre Cleo.

—Apuesto a que hace muchísimo calor en Atenas en esta época del año —dijo Tia con gesto pensativo—. ¿Crees que se irá pronto?

—Si conseguimos un par de días para solucionar todo esto me daré por satisfecho. —Le guiñó un ojo a Cleo—. Mi compañera es una experta.

—Creo que podíamos haberlo hecho todo esta noche. —Cleo tendió el vaso para que le sirvieran su segundo champán—. Entrar en el despacho, abrir la caja fuerte y escapar con el botín.

—Puede —concedió Jack—. Pero hubiera sido una pena si nos hubiéramos tomado todas esas molestias para descubrir que no estaba ahí.

—Sí, sí, muy práctico. Pero está claro que sabes cómo hacer disfrutar a una chica.

—Eso dicen. Tendrías que dormir un poco. Todos. Conectaré la grabadora. De todos modos, dentro de una hora más o menos me habrá llamado.

—Puedo prepararte café y unos sandwiches —se ofreció Tia.

—Eres un sol.

Y así, casi exactamente dos horas más tarde, cuando se estaba comiendo un bocadillo de pan de centeno con jamón y queso, la línea privada de Jack sonó. Jack sonrió y dejó que sonara tres veces. Ya había oído a Anita maldecirlo desde el despacho.

Del mismo modo que la había oído abrir la caja fuerte y dejar escapar un largo suspiro de alivio.

—Burdett.

—Jack Maldita sea, Jack. Estoy en Morningside. Han entrado a robar.

—¿Anita? ¿Cuándo?

—Ésta noche. La policía está aquí. Quiero que vengas ahora mismo, Jack.

—Dame veinte minutos —dijo. Colgó y se terminó su café.

Cuando llegó, la unidad de la policía científica estaba trabajando. Jack supuso que les había dejado lo suficiente para que tuvieran con qué entretenerse. Tuvo una pequeña discusión con uno de los agentes que cerraban el paso al edificio, así que tuvo que aguardar a localizar alguna cara conocida y esperar la autorización.

Normalmente la espera lo hubiera irritado, pero en aquel caso imaginó que le daba a Anita más tiempo para reconcomerse. La encontró en su despacho, despelajando literalmente a uno de los agentes que habían tenido la desgracia de coger aquel caso.

—Quiero saber qué están haciendo para atrapar a la gente que ha violado mi propiedad.

—Señora, estamos haciendo todo lo posible para...

—Si estuvieran haciendo todo lo posible, nadie hubiera tenido ocasión de romper una ventana y colarse en el edificio. ¿Dónde estaba la policía cuando los ladrones dañaban mi propiedad y entraban en el edificio? Eso quisiera saber.

—Señora Gaye, la primera unidad respondió dos minutos después de la alarma...

—Dos minutos es demasiado tiempo. —Enseñó los dientes y a Jack se le ocurrió que, si se enfadaba mucho más, seguro que los utilizaba para arrancarle la garganta a alguien—. Lo normal sería que la policía protegiera mis intereses. ¿Tiene idea de los impuestos que pago en esta zona? No estoy pagando miles de dólares a esta ciudad para que los policías puedan sentarse tranquilamente a comer donuts mientras los ladrones se llevan antigüedades de un valor incalculable.

—Señora Gaye, en estos momentos no podemos estar seguros de si se ha robado alguna de sus piezas. Si quisiera...

—Gracias a la poca colaboración del departamento de Policía de Nueva York. Y ahora usted y sus colegas de dedos torpes andan revolviéndolo y

tocándolo todo y usted se niega a decirme cuál es el estado de la investigación. ¿Prefiere que llame al alcalde, conocido personal mío, y le pida que hable con su superior?

—Señora, puede llamar al Dios Todopoderoso y seguiré sin poder decirle más que lo que le he dicho. Ésta investigación sólo tiene dos horas. Y avanzaría mucho más deprisa si usted me diera información en vez de insultarme y amenazarme.

Jack supuso que no se habría maquillado y arreglado como de costumbre, y con el color de la irritación en las mejillas, seguramente no estaba en su mejor momento.

—Quiero su nombre y número de placa, y quiero que salga inmediatamente de mi propiedad.

—Detective Lewis Gilbert.

Lew ya estaba sacando una de sus tarjetas de la cartera. Jack decidió darle un respiro y distraer a Anita. Puso lo que esperó fuera cara de preocupación y entró.

—Lew.

—Jack —Lew dejó la tarjeta sobre la mesa de Anita—. He oído que la seguridad era de Burdett.

—Sí. —Jack torció el gesto—. ¿Por dónde entraron?

—La ventana de la tercera planta, por detrás, esquina este.

—¿Llegaron a estar dentro?

—Sí. Pero tropezaron en algún sitio y saltó la alarma.

—¿Se han llevado algo?

Lew lanzó una mirada tétrica en dirección a Anita.

—Todavía no se sabe.

—Quisiera hablar con el señor Burdett. En privado —dijo Anita con frialdad.

Consciente de que podía hacer que Anita se ahogara con su propia bilis, Jack levantó un dedo y siguió hablando con Lew.

—Si pudiera echar un vistazo al lugar por donde han entrado quizá pueda darte alguna información.

—Se agradece.

—No toleraré que pasen de mí mientras...

—Un momento. —Jack interrumpió la nueva perorata de Anita y salió con Lew, dejándola muerta de rabia.

—Menuda pieza la señora —empezó a decir Lew.

—Dímelo a mí. Lo que te estaba cayendo encima no es nada comparado con lo que me espera a mí.

Fueron hasta la esquina este, donde la zona de oficinas se abría a un hueco. El aire fresco de la mañana entraba por la ventana. Los de la policía científica estaban tomando medidas, peinando, examinando el marco de la ventana en busca de pruebas.

—Debían de pensar que la ventana de arriba era la más vulnerable —dijo Jack—. Ése cristal está reforzado. Han tenido que superar el sistema primario de alarma para llegar hasta aquí. Y hace falta una gran capacidad técnica para eso. ¿Cómo han subido?

—Cuerdas de rapel. Parece que la alarma saltó y tuvieron que salir a toda prisa. Dejaron las cuerdas.

—Ajá. —Jack frunció el entrecejo y se metió los pulgares en los bolsillos—. Quizá no contaban con el sistema secundario. —Le explicó a Lew cómo funcionaba el sistema mientras bajaban por la escalera a la zona donde estaban instalados los principales paneles del sistema de seguridad.

—Cuando tus chicos terminen, puedo hacer una revisión y comprobar durante cuánto tiempo ha estado desconectado el sistema. Y hasta puede que cómo lo han hecho. Pero, por lo que he podido ver, te diré que no lo han hecho desde aquí.

—¿Quién puede conocer este sistema?

—Mi equipo. Ya sabes cómo controlo a mi gente, Lew. Nadie que trabaje para mí puede haber participado en esto. Si lo hubieran hecho, han sido lo bastante estúpidos para no desactivar el sistema secundario y tendría que despedirlos por eso.

Lew dio un resoplido y se rascó el mentón.

—Necesitaré los nombres de todos modos. Ya sabes cómo va.

—Sí, es parte de tu trabajo. —Dejó escapar un suspiro—. Tendré que comprobarlo y ver quién trabajó conmigo aquí. El sistema original se instaló para el antiguo dueño, Paul Morningside. He añadido algunas mejoras desde entonces. La viuda siempre quiere tener lo último, y no sólo en calzado.

Abrió la boca, negó con la cabeza y volvió a cerrarla.

—Escupe —pidió Lew.

—No quiero condicionar tus investigaciones. —Como si lo hiciera en contra de su voluntad, Jack se pasó una mano por el pelo, miró hacia la escalera—. Sólo quería señalar que el cliente también conoce el sistema... o al menos su composición básica.

Lew pareció decididamente divertido ante la idea.

—Apuesto a que sí.

—Ahora tengo que subir ahí arriba y dejar que me haga picadillo.

—¿Tienes algún pariente a quien tenga que notificarlo?

Jack le ahorró una sonrisa agria y volvió arriba.

Anita estaba colgando el auricular con ira cuando Jack entró en el despacho. Por un momento, se preguntó a quién podía estar regañando a las cinco de la mañana. Y entonces vio el expediente del seguro abierto sobre la mesa.

La señora no perdía el tiempo.

—¿Ya has decidido si puedes dedicarme un minuto de tu tiempo? —Su voz

rezumaba, como azúcar con estricnina.

—No te seré de ninguna utilidad a menos que sepa qué ha pasado. Y no puedo saberlo hasta que no haya comprobado el sistema y vea dónde ha fallado.

—Yo te diré qué ha pasado. Se te pagó para que diseñaras e instalaras un sistema de seguridad que protegiera mi negocio de ladrones y vándalos. Se te paga una cantidad mensual para el mantenimiento y revisión del sistema, además de sumas adicionales por renovarlo conforme aparecen nuevos avances.

—Veo que has leído el contrato —dijo con suavidad.

—¿Es que crees que estás tratando con una cría? —Rodeó la mesa con paso majestuoso y su voz pinchaba—. ¿Es que piensas que porque tengo un par de tetas no tengo cerebro?

—Jamás subestimaría tu inteligencia, Anita. Ni he dicho nada de tus tetas. ¿Por qué no te sientas?

—No me digas que me siente. —Le clavó un dedo en el pecho y sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando vio que él la cogía por la muñeca.

—Cuidado. —Mantenía una voz uniforme—. Puede que un policía tenga que aguantar los insultos de un civil, pero yo no tengo por qué aguantar a los clientes. Contrólate.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Y, por su expresión y el tono de voz, Jack supo que le gustaba. Imagínate, pensó disgustado.

—Pégame y te devolveré el golpe. No me he levantado de la cama a las cuatro de la mañana porque tú hayas chasqueado los dedos. Estoy aquí porque respondo de mi trabajo. Y ahora siéntate y cálmate.

Jack casi pudo ver físicamente el momento en que Anita cambió la marcha, cuando decidió pasar a las lágrimas.

—He sido violada. Me siento tan expuesta, tan indefensa...

¿Y qué más?, Pensó él, pero le siguió el juego.

—Sé que estás preocupada. Siéntate. —Y la guio hasta la silla—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un poco de agua?

—No, no. —Ella negó con la mano y se dio unos delicados golpecitos en la mejilla con el dedo—. Es que es tan difícil... Y la policía... no te imaginas lo que es. Son tan fríos, tan insensibles... Tú sabes lo que Morningside significa para mí. Éste allanamiento es como una violación, Jack. Me has fallado, Jack. Confiaba en ti para que protegieras lo que es mío.

—Y lo he hecho.

—¿Cómo puedes decir eso? El sistema ha fallado.

—No, no es verdad. Ha funcionado. Si no lo hubiera hecho, estarías rellenando una reclamación por mucho más que un cristal roto. El sistema secundario se activó, como tenía que hacer.

—No sé lo que se han llevado —insistió ella—. Estaba demasiado nerviosa

para comprobar el inventario.

—Entonces nos ocuparemos nosotros. Colaboraré con la policía tanto como pueda. Burdett inspeccionará, evaluará, reparará y reemplazará cualquier parte del sistema que sea necesaria. A nuestro cargo. Tendré un equipo aquí en cuanto la policía científica despeje la zona. El sistema secundario debió de activarse cinco minutos después de que desconectaran el primario. No creo que hayan podido llevarse gran cosa en un intervalo tan pequeño. Yo me centraría en comprobar esta planta, y sobre todo la zona de oficinas.

Hizo una pausa y recorrió deliberadamente la habitación con la mirada.

—Tienes algunas cosas de valor por aquí, y en la sala de espera del exterior. ¿Qué me dices de la puerta de tu despacho? ¿Estaba asegurada?

Ella cogió aire y lo dejó escapar tembloroso.

—Sí. Cerré y activé la alarma antes de irme. La policía... creen que alguien trató de forzar la cerradura.

Jack frunció el entrecejo, fue hasta la puerta y se inclinó para examinarla.

—Sí, parece que lo intentaron. Aunque no con mucho éxito. —Se puso derecho—. No entiendo por qué iban a molestarse en robar en la oficina habiendo lo que hay en las salas de exposición. Hay algunos objetos de valor, sí, pero nada que merezca perder tiempo y esfuerzo.

Jack la observó mientras hablaba, y vio que su mirada se clavaba en el monedero que tenía sobre la mesa.

—No creo que hayan entrado en Morningside buscando material de oficina —dijo Anita. Y se puso en pie.

Con un movimiento despreocupado, se le adelantó en dos zancadas y llegó primero al bolso de mano. Ella se quedó petrificada.

—Pienso revisar el sistema, palmo a palmo —prometió, cogiendo la elegante y pesada bolsa de piel de serpiente—. Siento que tengas que pasar por esto, Anita, pero créeme, Morningside es el lugar más seguro. Y ahora, por qué no te retocas un poco el maquillaje. —Le entregó la bolsa y vio cómo sus dedos se cerraban con gesto posesivo sobre la piel—. Luego te llevaré a casa para que duermas un poco.

—No podría dormir —empezó a decir, pero lo pensó mejor—. No, tienes razón. Tendría que ir a casa a despejarme un poco. —Se puso el bolso bajo el brazo—. Me sentiré más segura si vienes conmigo.

Jack contaba con poder dormir también un par de horas y se sorprendió cuando entró en la sala de estar y se encontró a Rebecca esperándolo.

—He oído el ascensor —dijo—. No podía dormir. ¿Has estado fuera?

—Sí. —Jack se quitó la chaqueta—. Ella llamó. Fue todo como esperaba, casi parecía que había escrito un guión. A estas horas tendrá la diosa guardada en la

caja fuerte de su casa.

—Estás muy seguro.

—Segurísimo. —Y la puso al corriente, en pocas palabras, mientras iba a la cocina, sacaba el zumo de naranja y se ponía a beber directamente del cartón.

Rebecca se sentía demasiado fascinada para reprenderle.

—Has estado tan cerca... No sé si y o hubiera sido capaz de resistirme a darle un puñetazo en la cara y quitarle la diosa.

—No es mala idea. Nunca he pegado a una mujer, pero creo que resultaría muy satisfactorio empezar por ella. Casi tanto como saber lo mucho que la hemos alterado. —Dejó el zumo en su sitio—. O como lo que viene a continuación. Tenemos que volver dentro de un rato. Yo y mi mejor técnico —añadió guiñando un ojo—. Para revisar el sistema personalmente.

Ella volvió a sacar el cartón de la nevera, lo agitó para que Jack viera que estaba vacío y lo tiró a la basura.

—¿Cuánto vas a pagarme por hora?

—Depende de cómo lo hagas. ¿Cómo sabías que estaba vacío?

—¿El zumo? Porque eres un hombre, y me he criado con dos de tu especie. ¿Y cuando haya completado mi papel con el sistema de seguridad?

—Presentaré un informe a Anita. Y entonces me acordaré de la otra pequeña tarea que me había encomendado.

Jack bostezó y se restregó la cara con las manos.

—Pero ahora voy a darme una ducha y dormiré un poco.

—Estás trabajando muy duro en todo esto —dijo Rebecca, cuando él se dirigía hacia el cuarto de baño—. Y arriesgas mucho.

Él se detuvo y se volvió.

—Cuando algo es importante, trabajas lo que haga falta. Y el riesgo no importa.

Al quedarse sola, Rebecca dejó escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Había muchas cosas que importaban, pensó. Tantas que casi era demasiado. Y el miedo a eso la había hecho contenerse.

Pero era absurdo, pensó. Cuando algo te importa nunca es demasiado. Y una mujer que evitaba el amor estaba perdiendo un tiempo valiosísimo.

En la ducha, Jack puso el agua casi ardiendo, apoyó las manos contra las baldosas y dejó que el chorro le cayera sobre la cabeza. La adrenalina que le había mantenido en pie durante veinticuatro horas seguidas se había agotado.

Se sentía la cabeza, embotada. No podía permitirse volver a enfrentarse a Anita hasta que hubiera podido recuperarse un poco. No podía permitirselo, sobre todo porque esta vez llevaría a Rebecca con él. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco.

Jack, que casi estaba dormido, no oyó la puerta del cuarto de baño al abrirse, ni la oyó cerrarse con un callado clic. Ni oyó el susurro de la bata de Rebecca al

caer al suelo.

Pero un momento antes de que ella abriera el panel de cristal, un momento antes de que entrara a la ducha con él, la olió.

Levantó la cabeza con una sacudida, su cuerpo despertó. Y los brazos de ella se deslizaron sinuosamente alrededor de su cuerpo, los pechos se pegaron contra su espalda, firmes y húmedos.

—Te he visto tan cansado... —Rebecca le pasó la lengua por la línea de la columna—. He pensado que podía ayudarte a lavarte la espalda.

—¿Estamos desnudos en la ducha porque estoy cansado? ¿Qué decías antes de la sincronización?

—El momento me ha parecido perfecto. —Rebecca lo rodeó, alisándole el pelo cuando el chorro lo empapó y luego bajó los ojos para mirar su cuerpo. Sus labios esbozaron una mueca caprichosa—. Y, desde esta posición, no me parece que estés tan cansado.

—Creo que me acabo de recuperar.

—Pues no perdamos el tiempo. —Rebecca se puso de puntillas y le clavó los dientes en el labio inferior—. Quiero sentir tus manos en mi cuerpo, Jack Y tu boca. Quiero tocarte. Lo he querido desde el primer momento.

Jack la aferró con fuerza por el pelo.

—¿Por qué hemos esperado?

—Porque te he querido desde el primer momento. —Le apoyó las manos sobre el pecho, con los dedos extendidos.

—Tus hermanos dijeron que eres perversa.

—¿Si lo sabrán ellos! ¿Quieres discutir eso ahora o me vas a tomar?

—Adivina —dijo, y bajando la cabeza la besó con fuerza.

Rebecca estaba sin aliento, y rio cuando Jack la dejó respirar.

—¿Por qué no me das otra pista?

—Claro. —La empujó contra las baldosas y la besó mientras el vaho aumentaba y el agua caía casi brutalmente caliente sobre ellos.

Y entonces fue casi como ella había pedido. Todo bocas y manos que se movían en un frenesí. Piel contra piel, deslizándose húmeda contra el otro, tratando de tener más.

Jack era como un volcán, que burbujea y hierve bajo la superficie. Rebecca lo abrazaba implacable. Se agarraba a él, estremecida, y ardía.

—Esto es lo que quiero, Jack —Casi derritiéndose, se echó hacia atrás cuando él le clavó los dientes cerca del pecho.

Aquello lo era todo. Más que todo. Que ella lo buscara, que se rindiera ante él. Sentir cómo su cuerpo se sacudía por la pasión lo era todo.

Y ahora podía tomarla, entregarse a ella. Cuando volvió con frenesí a su boca, ella respondió al beso con igual violencia. Jack hundió los dedos en su piel con desespero, y las caderas de Rebecca se sacudían para seguir el ritmo

frenético.

Y respondió con un ímpetu que los debilitó a los dos.

Jack sintió los músculos de las piernas de Rebecca temblar y tensarse cuando la aferró por los muslos y la subió más. Contra el blanco de las baldosas, su piel de marfil se veía sonrosada y brillante por el agua caliente. Y el agua le oscurecía el pelo, de forma que le caía sobre los hombros como sogas de oro encendido.

Era como una sirena que emerge de un mar blanco.

—Eres hermosa. —La sujetó por las caderas, la subió—. Tan hermosa... Sé mía.

Ella dio un largo y profundo suspiro.

—Ya lo soy.

Jack entró en ella, la llenó y, una vez aplacado el hambre, la quiso lentamente. En largas y profundas sacudidas que los estremecían. Cuando ella se corrió dijo su nombre y buscó su boca.

Luego lo envolvió, apoyó la cabeza en su hombro y cabalgó sobre el trueno de su corazón mientras él vertía su fuerza en su interior.

Fueron a trompicones hasta la cama, aún mojados, aún sin aliento.

—Tengo que secarme el pelo. Será un momento. Si te acuestas con el pelo mojado te resfrías. —Pero bostezó y se arrebujó contra él.

No sólo saciada, satisfecha. Saturada.

—Tienes un cuerpo perfecto, Jack. La próxima vez, me gustaría sentirte encima de mí. Pero primero duerme un poco.

Él le revolvió el pelo mojado con los dedos.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque estás cansado. E incluso el amante más fiero necesita descansar.

—¿Por qué no ahora? —repitió él, así que Rebecca no pudo fingir que no lo entendía.

—De acuerdo. —Rebecca se incorporó, fue a buscar una toalla al cuarto de baño y, después de sentarse junto a él, se puso a secarse el pelo.

—En la ducha parecías una sirena. Aún lo pareces.

—No pareces la clase de hombre que piensa cosas tan románticas y poéticas. —Estiró el brazo y siguió con el dedo la cicatriz, los duros rasgos de la cara—. Pero lo eres. Y tampoco sabía que tengo debilidad por lo romántico y lo poético y sin embargo la tengo.

Se apartó y siguió con el pelo.

—He tenido un sueño —dijo—. Yo estaba en un bote. No en un barco grande como el *Lusitania*, ni uno de nuestros barcos. Era un bote blanco, sencillo. Se deslizaba sobre el agua sin hacer el menor sonido. Era maravilloso. Tranquilo, cálido. Y en mi cabeza yo sabía que podía dirigir ese bote a donde yo quisiera.

Sacudió su pelo mojado hacia atrás y con la toalla le secó a Jack unas gotas del pecho y los hombros.

—Tenía la libertad y la capacidad para hacerlo. Veía pequeñas tormentas aquí y allá, empañando el horizonte. Había remolinos y corrientes en el agua. Pero no me preocupaban. Si en una travesía todo está tranquilo, pensaba yo en el sueño, resulta aburrido. Y en el sueño aparecían tres mujeres en la proa del bote. Es interesante, pensaba yo.

Volvió a levantarse y fue al vestidor de Jack, abrió el cajón de arriba y sacó una camiseta blanca.

—No te importa, ¿verdad?

—Tú misma.

—Sé dónde guardas las cosas —dijo mientras se ponía la camiseta— porque no he respetado tu intimidad. Bueno, ¿por dónde iba?

—Estabas en tu bote, con las diosas del destino.

—Ah, sí. —Y sonrió, complacida al ver que lo había entendido—. La primera, la que sostenía el huso, habló: « Yo tiendo el hilo, pero tú obras con él a tu antojo ». La segunda llevaba una regla plateada para medir y dijo: « Yo determino su longitud, pero tú aprovechas tu tiempo ». Y la tercera, con sus tijeras plateadas, me dijo esto: « Yo corto el hilo, puesto que nada hay que dure por siempre. No malgastes lo que se te ha dado » .

Volvió a sentarse y encogió las piernas.

—Y, como pasa en los sueños, se desvanecieron y me dejaron sola en el bonito bote blanco. Y yo me dije, bueno Rebecca Sullivan, aquí tienes tu vida, expuesta a tu alrededor, como un lago azul, con sus tormentas y sus momentos de paz, sus remolinos y sus corrientes. ¿Dónde quieres ir con ella, qué es lo que quieres en el tiempo del que dispones? ¿Sabes cuál fue la respuesta?

—¿Cuál?

Rebecca rio, se inclinó hacia delante, lo besó levemente.

—Jack Ésa fue la respuesta y no me importa reconocer que estaba encantada. ¿Sabes cuándo tuve este sueño?

—¿Cuándo?

—La noche del día que te conocí. —Rebecca cogió la mano que él había levantado y acarició su propia mejilla con los nudillos—. No es de extrañar que tuviera un par de malos momentos. Soy una mujer precavida, Jack No me aferré a las cosas sólo porque parezcan atractivas. He estado con tres hombres en mi vida. La primera vez sólo fue por saber de qué iba todo. La segunda fue con un chico por el que sentía un gran afecto y con el que esperaba pasar el resto de mi vida. Pero resultó que no era más que uno de esos remolinos del mar. Tú eres el tercero, y no me entrego a la ligera.

Él se sentó, y le cogió el rostro entre las manos:

—Rebecca...

—No me digas que me quieres. —La voz le temblaba un poco—. Todavía no. Mi corazón te quiso tan deprisa que me quedé sin aliento. Necesitaba tiempo para que mi mente se hiciera a la idea. Tumbate, ¿quieres? Deja que me acurruque a tu lado.

Jack se tumbó con ella y le apoyó la cabeza en su hombro.

—No me importa viajar —dijo ella, y la mano que Jack había levantado para acariciarle el pelo se paralizó.

—Bien.

Rebecca sonrió, complacida al ver que se había puesto tenso. Hay cosas,

cosas buenas, que resultan sencillas, pero nunca deben suceder sin causar una impresión.

—Siempre he querido viajar. Y espero aprender mucho más sobre tu negocio. Yo no soy de las que se quedan en casa y te tienen la ropita bien planchada.

—De todos modos, mi ropa la lavo fuera.

—Estupendo. No puedo irme de Irlanda tan repentinamente. Mi madre... añoro a mi madre. —Su voz se volvió espesa, y oprimió el rostro contra el cuello de Jack—. Muchísimo. Sobre todo ahora que estoy enamorada y no se lo puedo contar. Ah, bueno, dentro de poco. —Se sorbió las lágrimas y se limpió una con los dedos—. Pero bueno, el caso es que pienso meter cucharada en tu negocio.

—No aceptaría que fuera de otro modo. Quiero que formes parte de mi vida. Y formar parte de la tuya.

—Quería preguntarte una cosa. ¿Por qué no salió bien tu matrimonio?

—Por muchas razones.

—No me vengas con evasivas, Jack

—¿El motivo principal? Queríamos cosas distintas. —Caminos diferentes, pensó, objetivos diferentes.

—¿Qué querías tú que no quisiera ella?

Jack permaneció en silencio tanto rato que Rebecca empezaba a ponerse nerviosa.

—Hijos.

Al oírlo, Rebecca sintió que se derretía del afecto y el alivio.

—Oh. Y ¿cuántos querías?

—No sé. Un par quizá.

—¿Sólo dos? —Rebecca lanzó un bufido—. Roñoso. Podemos hacerlo mucho mejor. A mí cuatro me parece bien. —Se llevó la sábana hasta la barbilla, se movió, suspiró—. Ahora ya puedes decirme que me quieres.

—Te quiero, Rebecca.

—Te quiero, Jack. Duerme un rato. Ya te he puesto el reloj para las nueve y media.

Rebecca se durmió y, en sus sueños, se deslizaba por un mar azul en su bote blanco. Y esta vez Jack estaba a su lado junto al timón.

Veinte minutos antes de que el reloj de Jack sonara, Gideon ponía la primera cafetera del día. Estuvo buscando por los armarios de la cocina de Tia hasta que encontró las barritas de semilla de adormidera. Empezaba a apreciar la afición de los norteamericanos por las barritas. Mientras los otros dormían, Gideon se guardó la barrita en la chaqueta, se puso un tazón enorme de café solo y se dirigió hacia la puerta.

Se tomaría el desayuno y un primer cigarrillo en la azotea.

Abrió la puerta y se encontró ante una atractiva negra que estaba a punto de llamar al timbre.

Ella se sobresaltó; él se puso tenso. Y, cuando ella dejó escapar una risita nerviosa, él se suavizó rápidamente.

—Qué susto, ¿eh? —Y le dedicó una amplia sonrisa—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Soy Carrie Wilson, una amiga de Tia. —Ella dominó la situación con la misma habilidad que él y lo observó con detenimiento—. Tú debes de ser Malachi.

—En realidad soy Gideon. Tia ha hablado de ti. ¿Quieres pasar?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Gideon qué?

—Sullivan. —Y justo cuando se apartaba de la puerta para dejarla pasar, Malachi salió del dormitorio—. Él es Mal. Nos acabamos de levantar. Ayer nos acostamos un poco tarde.

Aún en el umbral de la puerta, Carrie los miró a los dos con ojos desorbitados.

—Señor, señor, ¿está con los dos? No sé si sentirme impresionada o... me quedaré con lo de impresionada.

—En realidad, uno es mío. —Era Cleo, que salía en ese momento de la habitación de invitados ataviada únicamente con una camiseta de hombre—. Bonitos zapatos —dijo después de mirar de arriba abajo a Carrie—. ¿Tú quién eres?

—Rebobinemos. —Con la boca abierta, Carrie entró y cerró la puerta—. ¿Y quién eres tú? ¿Dónde está Tia?

—Aún está durmiendo. —Malachi le dedicó una sonrisa tan poderosa como la de Gideon... y, en opinión de Carrie, igual de sospechosa—. Perdona, no he oído el nombre.

—Soy Carrie Wilson. Y quiero ver a Tia enseguida. —Dejó en el suelo su maletín y se subió las mangas de su chaqueta Donna Karan—. O voy a empezar a repartir hostias.

—Empieza con alguno de ellos —pidió Cleo—. Yo aún no me he tomado mi café.

—¿Por qué no pones café para todos? —dijo Malachi—. Tia está durmiendo. Nos acostamos un poco tarde.

—Apártate. —Carrie dio un paso al frente con decisión—. Ahora.

—Como quieras. —Y se apartó para dejarla pasar—. Creo que vamos a necesitar ese café.

Las cortinas estaban echadas. Lo único que Carrie pudo ver en medio de la oscuridad fue un bulto en medio de la cama. Una punzada de miedo se sumó a la preocupación por lo que tres desconocidos podían haber hecho con su confiada y

vulnerable amiga.

Había notado que el del pelo oscuro llevaba un bulto en el bolsillo de la chaqueta. Una pistola, pensó. Estaban drogando a Tia, la retenían a punta de pistola. Aterrada ante lo que pudiera encontrar, Carrie apartó las sábanas de un tirón.

Allí estaba Tia, completamente desnuda y echa un ovillo. La chica pestañeó con gesto somnoliento, se desperezó y dejó escapar un pequeño grito.

—¡Carrie!

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es esa gente de ahí fuera? ¿Estás bien?

—¿Qué? ¿Qué? —Sonrojándose desde la punta de los pies Tia cruzó los brazos púdicamente sobre sus pechos—. ¿Qué hora es?

—¿Y qué importa eso? Tia, ¿qué está pasando?

—No pasa nada, solo... señor, Carrie, estoy desnuda. Dame la sábana.

—Deja que te vea los brazos.

—¿Mis qué?

—Quiero ver si hay señales de agujas.

—Agujas... Carrie no estoy drogada. —Estiró un brazo, sin separar el otro de los pechos—. Estoy perfectamente bien. Ya te hablé de Malachi.

—Más o menos. No dijiste nada de los otros dos. Y cuando mi amiga, que se moriría sólo de pensar en cruzar con el semáforo en rojo, me pide que viole la ley, es que no está perfectamente.

—Estoy desnuda —fue lo único que se le ocurrió a Tia—. No puedo hablar si estoy desnuda. Tengo que vestirme.

—Jesús. —Con gesto impaciente, Carrie fue hasta el armario y lo abrió. Al ver las camisas de hombre colgadas junto a la ropa de Tia, olfateó. Luego sacó una bata y la tiró sobre la cama—. Ponte esto y empieza a hablar.

—No te lo puedo decir todo.

—¿Porqué?

—Porque te quiero. —Tia se puso la bata y se arrebujó en ella. Y enseguida se sintió mejor.

—Tia, si esa gente te está presionando para que hagas alguna cosa...

—No me presionan. Te lo prometo. Estoy haciendo algo que tengo que hacer, que quiero hacer. Por ellos, sí, pero también por mí. Carrie, me he comprado un jersey rojo.

El discurso que Carrie tenía en la punta de la lengua se esfumó.

—¿Rojo?

—De cachemir. Parece que después de todo no soy alérgica a la lana. Me he saltado mis dos últimas citas con el doctor Lowenstein y he cancelado mi visita mensual con el especialista en alergias. No utilizo el inhalador desde hace una semana. Bueno, una vez —se corrigió—. Pero sólo fingía, así que no cuenta. Y nunca me había sentido tan bien.

Carrie se sentó en el lado de la cama.

—¿Un jersey rojo?

—Del todo. Estoy pensando en comprarme un *wonderbra* para ponérmelo debajo. Y a él no le importa. Le gusto cuando llevo ropa interior marrón y apagada. ¿No es maravilloso?

—Sí. Tia, ¿estás haciendo lo que haces porque estás enamorada de él?

—No. Empecé antes de enamorarme. O mientras me enamoraba. Está relacionado, Carrie, pero no es el motivo de que lo haga. No tendría que haberte pedido que consiguieras esa información sobre Anita Gaye, lo siento. Olvídalo.

—Ya tengo los datos. —Con un suspiro, Carrie se puso en pie—. Vístete. Voy a tomar un café y decidiré si te doy esos datos o no. —Fue hasta la puerta y se volvió—. Yo también te quiero, Tia —dijo, y salió.

Y una vez fuera estudió al trío de la sala.

La mujer de las piernas largas estaba tumbada en el sofá, bebiendo café, con los pies sobre los muslos del guaperas que había abierto la puerta.

El otro guaperas estaba apoyado contra el marco de la puerta de la cocina.

—Tú —dijo señalando a Gideon—. ¿Qué es ese bulto que llevas en el bolsillo?

—Un bulto. —Cleo lanzó una risa picara y le toqueteó las costillas con los dedos de los pies—. ¿Te alegras de verme, guaperas?

—No es nada. —Algo abochornado, Gideon se metió la mano en el bolsillo—. Sólo es una barrita.

—¿Es la última barrita de semilla de adormidera? —Cleo se incorporó y se la quitó de las manos—. Te ibas a fugar con la última barrita. Eso está muy feo. —Se incorporó—. Sólo por eso me la voy a comer. Nada de armas —añadió mirando a Carrie, y se fue a la cocina.

—¿Quieres un café? —le ofreció Malachi.

—Con crema y sin azúcar.

—Cleo, sé buena chica. Con crema y sin azúcar para la señorita Wilson.

—Trabajo, trabajo, trabajo —oyeron que decía desde la, cocina.

—Primera pregunta —empezó Carrie—. Tia dice que no puede contarme en qué anda metida. ¿Te está protegiendo?

—No. Te está protegiendo a ti. No hace falta que hagas la siguiente pregunta, yo te lo diré. Me importa, y mucho, y haré lo que sea para protegerla. Es la mujer más maravillosa que he conocido.

—Sólo por eso —dijo Cleo desde detrás—, te daré la mitad de mi barrita. Tú eres amiga de Tia —dijo señalando con el gesto a Carrie—. Pues yo también. Tú llevas más tiempo, pero eso no significa que yo sea menos amiga que tú.

Con gesto meditabundo, Carrie miró a Gideon.

—La quiero —dijo sin más, y entonces sonrió al ver la cara que ponían Cleo y Malachi—. Como un hermano. ¿Me das la otra mitad de la barrita?

—No.

—Siempre se aprovechan de mí. —Se puso en pie—. Voy arriba a fumarme un cigarrillo. Si Becca o Jack llaman, avisadme.

—¿Becca? ¿Jack? —Carrie se volvió hacia Malachi cuando Gideon salió.

—Rebecca es nuestra hermana. Y Jack es otro amigo de Tia.

—Desde luego ha hecho un montón de amigos en muy poco tiempo.

—Creo que me estaba reservando —dijo Tia saliendo de la habitación.

Carrie la miró y volvió a suspirar.

—Ya te dije que el rojo te quedaría estupendo.

—Sí. —Con una leve sonrisa, Tia se pasó la mano por su nuevo jersey—.

Siempre lo decías.

Carrie se acercó a ella, la cogió de las manos y la miró fijamente a los ojos.

—No me hubieras pedido que hiciera esto si no fuera importante. Muy importante.

—No, no te lo hubiera pedido.

—Cuando puedas, tienes que contármelo todo.

—Serás la primera.

Carrie asintió y se volvió hacia Malachi.

—Si lo que está pasando la perjudica en lo que sea, iré a por ti. Y te haré picadillo.

—Y yo te ayudaré —se ofreció Cleo, y dio un bocado a su barrita—. Lo siento, Mal, las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras.

—Creo que me vais a gustar —decidió Carrie—. Los tres. Al menos eso espero, porque he violado tres leyes federales para conseguir la información que voy a daros.

—Sólo por eso te has ganado una barrita entera. Nos quedan de comino, normales y con sabor a cebolla.

Carrie le dedicó a Cleo su primera sonrisa.

—Creo que voy a tirar la casa por la ventana y cogeré la de comino.

Más o menos por la misma hora en que Carrie se estaba comiendo la barrita y explicando los detalles financieros sobre Anita Gaye y Morningside Antiquities, Anita desayunaba en su cama.

Ahora que había tenido tiempo para pensar y había descansado un poco, no estaba tan nerviosa por el intento de robo. Lo tomaría como un aviso.

No podía confiar en nada ni en nadie.

Es cierto que el sistema de seguridad había funcionado. Pero podía haber sido pura suerte o algún estúpido error por parte de los ladrones. Haría que Jack Burdett y su empresa revisaran el sistema palmo a palmo. Y cuando terminaran, llamaría a otra empresa para que evaluara la fiabilidad del sistema.

Cuando un médico te dice que tienes algún problema físico, una mujer

inteligente siempre pide una segunda opinión. Morningside era tan importante para ella como su salud. Sin él, sus contactos y su vida social se secarían y su renta sufriría un considerable revés.

Anita Gaye cuidaba de Anita Gaye.

Se recostó contra los almohadones, sorbió su café y miró hacia las puertas del vestidor. Detrás del panel lateral donde su ropa de diario colgaba en una hilera meticulosamente ordenada por colores, había una caja fuerte cuya existencia no conocían ni los del servicio.

Ahora la diosa estaba escondida. Se alegraba de que aquel intento de robo la hubiera impulsado a traerla a su casa. Hacía ya tiempo que lo consideraba como algo personal, no de Morningside.

Evidentemente, por un precio adecuado, la vendería sin pensárselo dos veces. Pero cuando tuviera las tres, primero las disfrutaría. Su pequeño secreto. Había pensado conservarlas durante un espacio muy breve. Cederlas en préstamo — brevemente— y aprovechar la publicidad.

Anita Gaye, la niña flacucha de Queens, habría hecho el mayor descubrimiento, habría ejecutado con éxito el golpe más imponente del siglo. Y ese tipo de poder y de respeto no se compra con dinero, meditó. No se hereda de un marido rico, viejo y convenientemente difunto.

Sería suyo, pensó. Costara lo que costase. No importa quién tuviera que pagar.

Después de servirse su segundo café de su cafetera Derby favorita, Anita cogió su inalámbrico de la bandeja y llamó al móvil de Jack.

—Burdett. —También él estaba tomando café y mordisqueando los dedos de Rebecca.

—Jack, soy Anita. —Puso voz afectada—. Quería disculparme por mi comportamiento de esta mañana. No tenía derecho a responsabilizarte de lo sucedido.

Jack le guiñó un ojo a Rebecca.

—No es necesario que te disculpes, Anita. Estabas bajo los efectos de un shock, es comprensible.

—A pesar de todo, tú estuviste a mi lado, igual que tu sistema de seguridad estuvo junto a Morningside. Me siento terriblemente mal.

—Está todo olvidado —dijo Jack mientras Rebecca hacía como que se estrangulaba y le daban arcadas—. Ahora mismo salía para Morningside.

—Los pantalones en llamas —susurró Rebecca, y Jack le propinó un golpe suave en la cabeza.

—Revisaré el sistema personalmente. Ya he avisado a mi mejor técnico para que se ocupe del análisis. En una hora estaremos allí. Sea cual fuere el fallo que ha permitido penetrar en el sistema, lo corregiremos. Tienes mi palabra.

—Sé que puedo contar contigo. Me reuniré allí contigo, si no te importa. Me sentiré mejor si estoy al tanto de lo que pasa.

—Por supuesto.

—Estoy tan agradecida. Jack... no sé si has tenido tiempo de mirar aquel otro asunto del que hablamos.

—Cleo Toliver, ¿verdad? —Y miró a Rebecca señalando con los pulgares hacia arriba—. De hecho, anoche conseguí ciertos datos. Quería escribir un informe para entregártelo hoy, pero con lo de esta mañana se me ha pasado.

—Oh, no es necesario algo tan formal como un informe escrito. Será suficiente con que me lo digas verbalmente...

—Te lo explicaré cuando te vea. ¿Qué te parece? Me alegro de oír que estás mejor. Te veré en Morningside. —Y colgó antes de que ella pudiera contestar.

—Qué recatada —comentó Jack, y sentó a Rebecca en su regazo—. ¿Qué te apuestas a que ha encontrado la forma de engañar a los del seguro?

—Yo no hago apuestas. —Le rozó los labios con los suyos, y siguió.

—Tenemos que irnos —murmuró Jack

—Mmm. Creo que nos vamos a retrasar por un atasco de tráfico.

Jack deslizó las manos por debajo de su blusa.

—Sí, el tráfico está imposible —concedió—. ¿Qué importan cinco minutos?

Tardaron quince, pero Jack no los contó.

Cuando Anita llegó, Rebecca ya estaba ataviada con mono y gorra, y estaba haciendo una revisión del sistema. Él había tomado medidas y había ordenado que cambiaran el cristal de la ventana, y estaba fuera examinado la entrada de mercancías.

—Mi ayudante me ha dicho que estarías aquí. —Se la veía de un delicado pálido—. Pensé que el personal estaría nervioso. Pero parecen entusiasmados.

—Mucha gente reacciona así, sobre todo cuando la propiedad allanada no es suya. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, de verdad. Tengo tanto papeleo que arreglar que al menos estaré distraída. ¿Qué haces aquí fuera?

—Quería echar un vistazo. Tengo que suponer que hicieron un estudio del edificio y la zona, el patrón del tráfico, patrullas de policía, ángulo de visión desde los edificios residenciales cercanos... y eligieron el mejor sitio. La ventana del piso más alto. La más vulnerable. El cristal nuevo estará colocado a las cinco. Garantizado.

—Gracias, Jack —Le puso una mano en el brazo—. Morningside era la vida de Paul. —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Y me lo confió a mí. No soportaría fallarle.

No, por favor, pensó Jack, pero puso una mano sobre la de ella.

—Nosotros lo cuidaremos por él. Te lo prometo.

—Me siento mejor si tú me lo dices. Vamos a la entrada. Así podré despejarme un poco.

—Estupendo. Revisaré el sistema contigo. Mi técnico está dentro. Si hay algún

fallo, lo repararemos.

—Lo sé. Paul te consideraba el mejor. Yo también. Confío en ti, Jack. Por eso te pedí que me ayudaras con lo de esa tal Toliver. Dijiste que habías descubierto algo, ¿verdad?

—Me ha resultado difícil. —Le oprimió brevemente la mano—. Pero no me gusta defraudar a un cliente. O a una amiga. —Empezó con informaciones que Anita sin duda ya conocía, y observó su fingida expresión de sorpresa cuando mencionó el nombre de los padres de Cleo.

—Por el amor de Dios, conozco a Andrew Toliver. En el plano estrictamente social, pero... ¿La mujer que me amenazó es su hija? Qué mundo.

—La típica oveja negra. Siempre causando problemas —añadió Jack sabiendo que Cleo pondría una mueca perversa en la furgoneta de escucha—. Problemas en la escuela, pequeños encontronazos con el tribunal de menores. No ha tenido mucha suerte con sus trabajos de bailarina. Parece que acaba de regresar de Europa del este. Aún lo estoy comprobando. No es tan fácil conseguir información de esa zona.

—Aprecio el esfuerzo que haces. ¿Has encontrado alguna dirección?

—La dirección que figura es la del piso que tenía antes de irse a Europa. Se marchó hará unos ocho meses. Ahora no vive allí. En realidad, no está en Nueva York

Anita se quedó boquiabierta.

—¿Cómo que no está en Nueva York? Tiene que estar. Se puso en contacto conmigo. Nos encontramos aquí.

—Eso era antes. Cleopatra Toliver, la que se corresponde con su descripción y número de pasaporte, ha salido para Grecia esta mañana. Atenas.

—Atenas. —Anita se volvió y sus dedos se clavaron en el brazo de Jack—. ¿Estás seguro?

—Tengo el nombre de la compañía, el vuelo y el número de pasaje en mi oficina. Supuse que querías saberlo, así que, esta mañana, después de hablar contigo llamé al aeropuerto para confirmarlo. El avión salió hará una hora. —Se dirigió hacia la entrada—. Se dirige a miles de kilómetros de aquí, Anita. No tienes que preocuparte más por ella.

—¿Qué? —Anita recuperó la compostura—. Sí, supongo que tienes razón. Atenas —repite—. Se ha ido a Atenas.

Rebecca estaba al frente de escuchas, con los pies apoyados en el estante mientras pasaba las páginas de una de las revistas de ordenadores del montón. En mitad de un artículo hizo una pausa y aguzó los oídos al oír que Anita daba instrucciones.

Sonriendo, giró la silla y cogió el teléfono.

—Ha picado el anzuelo. Dile a Tia que ya está. Y que alguien venga a relevarme. Me estoy muriendo de aburrimiento.

—Vamos para allá. —Malachi colgó el teléfono de la línea segura—. Ahora te toca a ti, cariño —le dijo a Tia—. ¿Estás lista?

—No pensé que actuaría tan rápido. —Tia se llevó una mano a su estómago agitado y notó la suavidad de su nuevo jersey rojo—. Estoy lista. Nos encontraremos en casa de Jack

—Puedo acompañarte hasta la comisaría.

—No. Estoy bien. Si estoy un poco nerviosa será más creíble. —Se puso la chaqueta y, para animarse más, se echó sobre los hombros el fular de estampado llamativo que acababa de comprarse en una de sus excursiones de compras—. Creo que empieza a dárseme bien todo esto.

—Corazón. —Mal aferró los dos extremos del fular y lo usó para acercar a Tia y darle un beso—. Eres la mejor.

Tia estuvo aferrándose a eso —la confianza y el beso— en el camino al departamento de Detectives de la Comisaría 61.

Preguntó por el detective Robbins, esperó retorciendo el asa de su bolso y consiguió esbozar una sonrisa cuando el agente apareció.

—¿Doctora Marsh?

—Detective Robbins, gracias por recibirme. Me siento tan estúpida viniendo aquí a molestarlo...

—No tiene importancia. —El hombre la estudió con expresión educada e indiferente—. La vi en el exterior de la oficina de Anita Gaye. En Morningside Antiquities.

—Sí. —A modo de respuesta, Tia trató de poner una expresión algo vergonzosa, algo confusa—. Me puse tan nerviosa cuando oí su nombre... No fui capaz de pensar cómo presentarme delante de Anita sin que todo resultara demasiado embarazoso y complicado. Y no pensé que recordara usted mi

nombre de cuando llamé para preguntarle en relación con Jack Burdett.

—La recuerdo. ¿Usted y la señora Gaye son amigas?

—Oh, no. —Ahora Tia se sonrojó—. No, en realidad no se nos puede considerar amigas. Hemos comido juntas una vez, y la he invitado a comer en otra ocasión, cuando le vaya bien. Pero ella... Bueno, todo esto es un poco complicado.

—¿Quiere tomar un café?

—Bueno, y o...

—A mí sí me apetece. —Le hizo un gesto y la acompañó a la minúscula zona de descanso—. ¿Crema, azúcar?

—¿Tienen descafeinado?

—Lo siento, por aquí todo es de alto voltaje.

—Oh, bueno... En realidad creo que tomaré agua.

—Perfecto. —El hombre sirvió un vaso del grifo de una pequeña pica, y Tia trató de no pensar en los horrores del agua de grifo de ciudad—. Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—Seguramente no será nada. —Levantó la taza, pero no fue capaz de obligarse a beber—. Me siento como una estúpida. —Miró a su alrededor, a la encajonada sala de café, con sus desordenadas mesas, los atestados tableros de corcho y el techo con manchas de humedad.

—Usted dígame sólo lo que le ronda la cabeza. —Llevó su café hasta la mesa y se sentó frente a ella.

—De acuerdo. Bueno... He pensado en usted, agente, porque anoté sus datos cuando el señor Burdett vino a verme aquel día. Aquello fue lo más extraño.

El hombre le hizo un gesto de asentimiento para animarla.

—Jackes un genio para las cosas raras.

Tia se mordió el labio.

—Usted... usted respondió por él, ¿no es así? Me refiero que... usted lo conoce y cree que es un hombre honrado y responsable.

—Completamente. Jack y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. A veces no es muy ortodoxo, doctora Marsh, pero puede confiar plenamente en él.

—Bien. Eso está bien. Me siento más segura sabiendo eso. Es sólo que aquel día, cuando me dijo que tenía el teléfono intervenido...

—¿Eso le dijo? —Se movió en su asiento, se enderezó.

—Sí. ¿No se lo mencionó? Verá, por lo visto había tratado de llamarme por algún asunto y, cuando lo hizo, notó algo raro en la línea. Yo no entiendo muy bien cómo va esto. Y tengo que reconocer que, aunque usted respondió por él, no creí lo que me decía. ¿Por qué iba a tener el teléfono intervenido? Es absurdo. ¿No le parece?

—¿Hay alguna razón que le haga pensar que alguien puede querer escuchar sus conversaciones?

—En absoluto. Llevo una vida muy tranquila. La mayor parte de mis llamadas tienen que ver con mis investigaciones o mi familia. Nada de especial interés si no es para otro mitólogo. Me inquietó un poco. Pero no hice mucho caso hasta que... ¿Sabe usted algo de las tres Moiras?

—La verdad es que no.

—Son personajes de la mitología griega. Tres hermanas que hilan, devanan y cortan el hilo de la vida. También son estatuas. Pequeñas y preciosas estatuillas de plata. Una especie de mito en los círculos de antigüedades y arte. Uno de mis antepasados tuvo una de ellas, y se perdió cuando él pereció junto con su esposa en el *Lusitania*. Las otras dos... —Extendió las manos—. ¿Quién sabe? Por separado son razonablemente valiosas, pero el conjunto completo tendría un valor incalculable. El señor Burdett se puso en contacto conmigo porque es coleccionista y supo de la conexión de la estatuilla con mi familia. Mi padre es el propietario de Wyley's, la casa de antigüedades y subastas.

—O sea, que Jack espera averiguar algo sobre esas estatuillas a través de usted.

—Eso es. En cualquier caso, le dije lo poco que sabía sobre ellas. Pero la conversación me dio la idea para otro libro. He hecho ciertas investigaciones y llamadas —dijo—. Reuniendo datos y esas cosas. Y entonces, el otro día, estuve hablando con alguien a quien conozco básicamente a través de mi familia. Me sorprendió que quisiera dedicarme su tiempo, y debo admitir que me halagó.

Tia bajó los ojos al vaso, lo volvió y lo volvió cogido con las puntas de los dedos.

—No creí que pudiera tener ningún interés por mí socialmente hablando. Y, cuando volví a casa, después de hablar con ella, me di cuenta de que, no sólo había sacado el tema de las diosas, sino...

Respiró hondo, volvió a mirarlo.

—Agente Robbins, hay un par de cosas que dijo que tenían una relación directa con mis investigaciones, con llamadas que yo había hecho y conversaciones que había tenido. Sé que seguramente no es más que una coincidencia, pero me parece muy raro. Y más raro aún si lo sumamos al hecho de que me invite a comer y no haga más que desviar la conversación hacia las diosas del destino y mencione cosas que no debería saber sobre mis investigaciones. Y descubrí que había preguntado a mis padres por Cloto.

—¿Quién es Cloto?

—Oh, lo siento. La primera diosa del destino. La que poseía mi antepasado. No sé qué pensar. Hasta dejó caer que la tercera diosa, Átropo, estaba en Atenas.

—Grecia.

—Sí, y yo lo había averiguado un día antes de la comida, y estuve hablando de ello con un colega por teléfono. Supongo que puede haber estado siguiendo la misma pista que yo, pero me resulta muy extraño. Y cuando pienso en lo que el

señor Burdett dijo de mi teléfono... Estoy muy intranquila.

—¿Por qué no echamos un vistazo a su teléfono?

—¿Lo haría? —Le dedicó una mirada de gratitud—. Le estaría tan agradecida. Me aliviaría enormemente.

—Me ocuparé de ello. La mujer de quien hablaba... ¿era Anita Gaye?

Tia abrió la boca... esperaba que fuera exagerado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Es uno de los trucos que nos enseñan en la escuela.

—Agente Robbins, todo esto me resulta muy incómodo. No quisiera causar ningún problema a Anita si resulta que sólo estoy imaginando cosas. Que es lo más probable. Y seguramente es así porque no soy la clase de persona a quien le pasan estas cosas. No le diré nada de todo esto, ¿verdad? Me sentiría terriblemente abochornada si supiera que he hablado a la policía de ella. Y mis padres...

—Mantendremos su anonimato. Como usted misma ha dicho, seguramente es una coincidencia.

—Tiene razón. —Tia esbozó una sonrisa aliviada—. Seguramente es una coincidencia.

Imaginaba que era un poco como plantar semillas. Y no es que ella hubiera plantado nunca nada, pero debía de ser lo mismo. Removías un poco la tierra, esparcías lo que querías plantar y le dabas un chute de fertilizante.

O, en este caso, mentiras.

Le gustaba que su equipo confiara lo bastante en ella para permitir que se ocupara de tantas cosas.

Si, como esperaban, las semillas brotaban con rapidez, habría mucho que hacer en muy poco tiempo. Entró en Wyley's con paso ligero y el reloj en la cabeza.

Antes de que pudiera preguntar si podía ver a su padre, oyó la voz de su madre. Tia hizo una mueca de dolor y se odió por ello. El sentimiento de culpa la hizo cruzar la sala de exposición para ir a donde su madre estaba dando un discurso a una de las dependientas.

—Mamá, no esperaba verte aquí. —Besó ligeramente la mejilla de su madre—. Qué jarrón tan bonito —dijo, estudiando el delicado motivo de un pensamiento del jarrón que la dependienta estaba protegiendo—. ¿Grueby?

—Sí. —La dependienta dedicó a Alma una mirada indecisa—. De aproximadamente mil novecientos cinco. Es una pieza particularmente delicada.

—Quiero que la coloque en una caja, la envuelva en papel de regalo y me la envíe a casa.

—Señora Marsh... —empezó a decir la dependienta.

—No quiero discutirlo más. —Y con un gesto de la mano desestimó la protesta de la mujer—. Magda, la hija de Ellen Foster, se casa el mes que viene —le explicó a Tia—. Le he pedido a tu padre en numerosas ocasiones que me traiga a casa un regalo de bodas apropiado, pero ¿crees que se ha tomado la molestia? No. Así que he tenido que venir personalmente hasta aquí para ocuparme yo misma. Él está aquí todos los días. Lo menos que podría hacer es ocuparse de ese pequeño asunto.

—Estoy segura de que...

—Y ahora —continuó Alma interrumpiendo a Tia—, esta joven se niega a hacer lo que le digo.

—El señor Marsh nos ha dado instrucciones muy concretas. No se nos permite dejar que se lleve objetos que excedan los mil dólares. Y esta pieza está valorada en seis mil, señora Marsh.

—Nunca había oído una tontería semejante. Creo que tengo palpitaciones. La tensión se me debe de estar disparando.

—Mamá. —La voz de Tia, más brusca de lo que ninguna de las tres esperaba, dejó a Alma perpleja—. Éste jarrón no es un regalo apropiado para la hija de una conocida.

—Ellen es una buena amiga...

—A quien no verás más de seis veces al año en algún acto benéfico —terminó Tia algo cortante—. Como siempre, tu gusto es impecable, pero éste no es el regalo apropiado. ¿Te importaría decirle a mi padre que estamos aquí? —preguntó a la dependienta.

—En absoluto. —Visiblemente aliviada por los refuerzos, la dependienta las dejó a solas.

—No sé qué te ha pasado. —La bonita cara de Alma pasó del enfado a la desdicha—. Estás tan poco comprensiva, tan brusca...

—No es mi intención.

—Es ese hombre con el que estás. Ése extranjero.

—No, no es él. Te estás preocupando por nada.

—¿Nada? Ésa mujer...

—Sólo estaba haciendo su trabajo. Mamá, no puedes entrar en Wyley's y coger lo que te apetezca de un estante sólo porque es bonito. Ahora te ayudaré a buscar un regalo apropiado.

—Me duele la cabeza.

—Te sentirás mejor cuando nos hayamos ocupado del regalo. —Pasó un brazo sobre los hombros rígidos de su madre y se la llevó—. Mira qué tetera tan adorable.

—Quiero un jarrón —dijo Alma con gesto obstinado.

—Muy bien. —Siguieron mirando y, aunque Tia sintió la tentación de pedir ayuda a otra dependienta, se obligó a ser fuerte—. Oh, qué bonito. —Había visto

un jarrón con pie, y rezó para que su olfato no la engañara. Si se equivocaba y elegía algo más caro, el problema se convertiría en una bola de nieve—. Es sorprendente y clásico. Creo que es un Stourbridge.

Loladeó cuidadosamente para poder ver la etiqueta con el precio. Y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sería un regalo perfecto —añadió rápidamente, al ver la cara de malhumor de su madre—. Sabes, si les regalaras el otro jarrón, no sabrían lo que es y no valorarían el gesto en lo que vale. Pero algo tan precioso como esto, y del precio justo, es ideal.

—Bueno...

—¿Quieres que me encargue de que te lo envuelvan adecuadamente? Luego veremos si papá tiene tiempo para tomar un té con nosotras. Hace mucho tiempo que no estábamos los tres juntos aquí.

—Supongo. —Alma estudió el jarrón con más cuidado—. Es muy elegante.

—Es precioso. —Y cuesta menos de cuatrocientos, dentro de los límites.

—Siempre has tenido muy buen gusto, Tia. Nunca he tenido que preocuparme por eso.

—No tienes que preocuparte por nada.

—Y entonces, ¿qué voy a hacer con mi tiempo? —dijo Alma con cierto tonillo de petulancia.

—Ya se nos ocurrirá algo. Te quiero. —Mientras Alma derramaba unas lágrimas, Tia reconoció los pasos de su padre. Y vio que tenía una expresión alterada, disgustada. Sin pensar, instintivamente se interpuso entre él y su nerviosa madre.

—Te hemos invadido la tienda —dijo Tia alegrementee—. Me he pasado para verte y he tenido la suerte de toparme con mamá. Necesita el jarrón con pedestal de Stourbridge para un regalo de bodas.

—¿Cuál? —Entrecerró los ojos al mirar en la dirección que Tia le indicaba. Tras estudiar brevemente el objeto, asintió—. Me ocuparé de ello. Alma, ya te he dicho que lo consultes conmigo antes de elegir nada.

—No quería molestarte. —Tia, completamente decidida, mantuvo un tono animado en la voz—. Pero no he podido resistirme. ¿Estás muy ocupado?

—En realidad ha sido una mañana inquietante. Ayer por la noche entraron a robar en Morningside Antiquities.

Alma se llevó una mano al pecho.

—¿Robar? Siempre temo que eso pase aquí. Ésta noche no voy a poder dormir de la preocupación.

—Alma, no han entrado aquí.

—Sólo es cuestión de tiempo —aventuró—. El crimen está muy generalizado. Una persona no está segura cuando sale de casa. Ni siquiera cuando está *dentro* de casa.

—Gracias a Dios papá hizo instalar un excelente sistema de seguridad aquí y en casa —comentó Tia—. Mamá, tendrías que sentarte. Sé que siendo una persona tan empática, saber de la desgracia de otros te altera mucho. Lo que necesitas es una relajante taza de manzanilla —añadió con gesto tranquilizador, acompañando a su madre hasta una silla.

La dejó bien instalada, pidió a una de las dependientas que se ocupara del té y volvió con su padre.

—¿Cuándo has aprendido a hacer eso? —quiso saber él—. A manejar a tu madre.

—No lo sé. Supongo que me he dado cuenta de que no te iría mal un poco de ayuda en ese campo, y hasta ahora yo no te había servido de mucho. No he sido una buena hija, para ninguno de los dos. Y me gustaría que eso cambiara.

—Tengo la sensación de que están cambiando muchas cosas. —Y le tocó la mejilla en una rara manifestación de afecto—. No recuerdo haberte visto mejor en mi vida.

—Oh, es este nuevo jersey y...

Su padre no apartó la mano de su mejilla.

—No es sólo el jersey.

—No. —Y entonces hizo algo que rara vez hacía. Levantó la mano y la apoyó sobre la de su padre—. No, no es sólo eso.

—Quizá ha llegado el momento de que rompamos un poco nuestra rutina. ¿Qué te parece si os llevo a ti y a tu madre a comer?

—Me encantaría, pero hoy no puedo. Ya voy con retraso. Pero te tomo la palabra.

—Por supuesto.

—Bueno... Ah... Es terrible lo de Morningside. ¿Han robado algo?

—No estoy seguro. Por lo visto consiguieron entrar en el edificio, pero durante poco rato, porque las alarmas se dispararon. Anita no ha terminado aún de comprobar el inventario.

—Oh, has hablado con ella.

—Fui esta mañana para ofrecerle mi ayuda y decirle cuánto lo siento. Y —añadió con una débil sonrisa— para ver si podía conseguir más detalles. Era la ocasión perfecta para mencionar lo de la estatuilla de Atenas. Y pareció muy interesada. Tanto que he aderezado un poco la historia y le he dicho que recordaba, vagamente, que en la familia se contaba que Henry Wyley tenía planeado viajar a Atenas después de su viaje a Londres.

—¡Oh! No se me había ocurrido.

—Ya lo suponía. Nunca se te ha dado muy bien inventar historias. Aunque parece que también eso ha cambiado.

—Te agradezco mucho lo que has hecho —dijo Tia, tratando de desviar el tema—. Sé que puede parecer una petición extraña. Me pregunto por qué has

accedido a hacerlo.

—Nunca me habías pedido nada —dijo él sin más.

—Entonces te voy a pedir otra cosa. Mantente alejado de Anita Gaye. No es lo que parece. Tengo que irme. Llego tarde. —Le rozó la mejilla con los labios—. Te llamaré pronto.

Y salió con tantas prisas que chocó con un hombre alto y con traje oscuro que entraba en ese momento. Tia casi se cae, se puso colorada y se apartó con torpeza.

—Lo siento. No le había visto.

—No pasa nada. —Marvin Jasper la observó salir a toda prisa a la acera. Dio unos pasos atrás, para salir de la tienda y, mientras la observaba caminar calle abajo, marcó un número en su móvil.

—Soy Jasper. Acabo de toparme con la tal Marsh que salía de Wyley's.

—¿Alma? ¿La mujer de Marsh? —preguntó Anita.

—No, la joven. La hija. Tenía prisa. Y expresión de culpabilidad. Puedo alcanzarla y seguirla si quiere.

—No. Ella siempre tiene cara de culpabilidad. Haz lo que te he dicho y no vuelvas a molestarme hasta que no tengas algo.

Encogiendo los hombros, Jasper se guardó el móvil en el bolsillo. Seguiría sus órdenes y tendría a aquella bruja contenta. Sabía que se había cargado a Dubrowsky, pero eso no lo preocupaba. Él sabía manejarse a sí mismo y a esa Gaye mejor que su antiguo y desafortunado socio.

Tan bien que cuando todo estuviera resuelto lo arreglaría para que aquella bruja tuviera un pequeño accidente. Fatal. Seguramente también tendría que ocuparse de la tal Marsh. Y de su padre. Pero cuando todo estuviera arreglado, sería él quien se iría tranquilamente con las tres estatuillas.

Con la idea de que Río debía de ser un buen sitio para retirarse, volvió a entrar en Wyley's como le habían ordenado.

Jack se reunió con Bob Robbins en la brasería que había a dos manzanas de la comisaría. Era demasiado temprano para el cambio de turnos, así que sólo había algunos polis sueltos y clientes civiles. El sitio olía a cebolla y café. Dentro de unas horas, el olor que predominaría sería el de *whisky* y cerveza.

Jack se sentó en la mesa frente a Bob.

—Tú has llamado —dijo—, tú invitas. —Pidió una Reuben, patatas para picar y cerveza de barril—. ¿Qué pasa?

—Dímelo tú. Morningside.

—Lew se encarga de eso.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Los ladrones superaron el primer nivel de seguridad y lograron penetrar en

el objetivo. Pero el secundario funcionó, como tenía que ser y saltaron las alarmas. Dicen que los de azul se presentaron en un par de minutos. Es un buen promedio.

—¿Cómo es posible que entraran, Jack?

—Estamos haciendo una revisión del sistema. —Estiró las piernas—. Si estás pensando cargarle esto a alguno de los míos, estás perdiendo el tiempo y vas a hacer que me enfade. Si alguno de los míos hubiera atracado a algún cliente no hubiera descuidado el segundo nivel y hubiera conseguido lo que entró a buscar. Y en estos momentos estaría tomando el sol en alguna bonita playa de algún país con el que no hubiera tratado de extradición.

—A lo mejor sí consiguieron lo que buscaban.

Jack cogió su cerveza y observó a Bob por encima de la espuma mientras daba su primer trago.

—¿Qué es?

—Eso tendrás que decírmelo tú.

—Que yo sepa, la denta aún no ha terminado de comprobar su inventario. Y respondo personalmente por todos mis empleados. Burdett no se ha hecho una reputación por contratar a ladrones. ¿Vas a llevar tú el caso en vez de Lew?

—No. Estoy trabajando en algo que podría tener relación. Aunque hay un par de cosas que no me cuadran. Ahí va la primera. He pasado años sin oír en ningún sitio el nombre de Anita Gaye. Y ahora, en muy poco tiempo, tú me la mencionas en relación con un matón que acaba muerto en New Jersey. Lew me dice que ha habido un intento de robo en su negocio, cuya seguridad corría de tu cuenta. Y hoy me la vuelvo a encontrar en boca de una mujer que te conoce.

Jack se recostó contra su asiento cuando le servían su plato con el desayuno.

—Conozco a muchas mujeres.

—Tía Marsh. Dice que tú le dijiste que tenía el teléfono intervenido.

—Y lo tiene.

—Sí, es verdad. —Bob asintió, cogió su hamburguesa—. Lo he comprobado. La pregunta es: ¿por qué?

—Mi opinión es que alguien quiere saber con quién habla y de qué.

—Sí, elemental, querido Watson. Ella cree que podría tratarse de Anita Gaye. Jack dejó su cerveza con cuidado sobre la mesa.

—¿Tía Marsh te ha dicho eso?

—¿Qué está pasando, Jack?

—Aún no tengo nada sólido. Pero deja que te diga una cosa. —Se inclinó hacia delante, bajó la voz—. Quienquiera que sea el que ha entrado en el edificio, sabía lo suficiente sobre el sistema de seguridad para entrar. Pero no lo bastante para quedarse mucho rato y terminar su trabajo. Yo siempre procuro que el cliente conozca el funcionamiento del sistema tanto como quiera. En este caso en concreto, el cliente sólo conocía lo más elemental.

—Si quiere algo de su negocio, ¿por qué no limitarse a cogerlo?

—¿Y yo qué sé? Cinco minutos, Bob. El sistema primario estuvo desconectado un máximo de cinco minutos antes de que el secundario hiciera saltar las alarmas. Tus hombres tardaron dos minutos en llegar. Teniendo en cuenta la zona de la tienda donde estaban, es imposible que pudieran salir en menos de siete minutos. Incluso si todo fue como la seda una vez estuvieron dentro, no pueden haber cogido nada. Tengo mucha curiosidad por saber qué pone Anita en la reclamación al seguro.

—No parece que aprecies mucho a tu diente, Jack

—Pues no. —Volvió a su sandwich—. Es algo personal. Pero, por otro lado, todo esto no son más que especulaciones, no tengo nada concreto.

—¿Cómo la relacionas con Dubrowsky?

—Ha sido de forma indirecta. —Movi6 los hombros—. Otra cliente me dijo que Anita la estaba acosando por cierta pieza. Lo bastante para que esa cliente esté inquieta y me diga que ha visto a ese tipo siguiéndola. Ella me lo describe, y yo te lo describo a ti y tú me dices que está fiambre. Ella lo reconoció cuando le enseñé la fotografía que me diste.

—Quiero un nombre.

—No si ella no me autoriza. Ya sabes que no puedo, Bob. Además, lo único que sabe es que Anita la asustó, ese hombre la siguió y ahora está muerto.

—¿Y qué hay de la obra de arte?

—En realidad, son obras. Se las conoce como las Tres...

—... diosas del destino —terminó Bob, y Jack puso cara de sorpresa.

—Realmente eres un gran detective.

—Tengo un descodificador que lo demuestra. ¿Qué tienen que ver esas estatuas contigo?

—Da la casualidad de que tengo una.

Los ojos de Bob se convirtieron en dos estrechas líneas.

—¿Cuál?

—Átropa. La tercera. Herencia familiar, por el lado británico. Anita no lo sabe, y prefiero que siga sin saberlo. Quería que le buscara información sobre ellas, lo que me hizo pensar y me llevó a Tia Marsh y mi otra cliente.

—¿Por qué iba a acudir a ti si no sabía que tenías una?

—Sabe que soy coleccionista y sabe que tengo contactos.

—Vale. —Satisfecho, Bob mojó en las patatas de Jack—. Sigue.

—Los teléfonos de la Marsh están intervenidos. A mi cliente, que es la pista hacia Láquesis, la estatuilla número dos, la siguen. Y Anita las ha estado presionando a las dos. Ahora sólo tienes que sumar dos más dos.

—De querer dos estatuillas a acribillar a un tipo hay mucho camino.

—Tú has hablado con ella. ¿Qué te ha parecido?

Por un momento Bob no dijo nada.

—Lo que me parece es que voy a indagar más.

—Pues ya que estás, investiga un homicidio en la Cincuenta y tres Oeste hace unas pocas semanas. Un tipo negro, bailarín. Lo mataron a golpes en su apartamento.

—Maldita sea, Jack. Si sabes algo sobre un caso abierto de homicidio...

—Te estoy dando información —dijo Jack sin despeinarse—. Comprueba las descripciones de los testigos sobre el individuo que entró y salió del edificio. Verás como coinciden con la del matón de New Jersey. Encuentra la manera de conseguir una orden para intervenir el teléfono de Gaye. Creo que encontrarías algunas llamadas interesantes.

—No te metas en el trabajo de la policía, Jack.

—Será un placer. Tengo una cita con una preciosa pelirroja irlandesa.

—¿La que trajiste a la comisaría? Rebecca —recordó Bob—. ¿Ella es tu cliente?

—No. Es la mujer con quien voy a casarme.

—Lo habrás soñado.

—Pues sí. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó una cajita y la abrió—. ¿Qué te parece?

Bob se quedó boquiabierto y casi dio un bote cuando vio el anillo.

—Jesús, Burdett, vas en serio.

—Con la primera fui a Tiffany's. Pero a Rebecca le gustará lo de las reliquias familiares. Esto era de mi tatarabuela.

—Bueno. —Bob se levantó de la mesa y le dio a Jack un apretón con el brazo—. Enhorabuena. ¿Y ahora cómo se supone que tengo que estar enfadado contigo?

—Ya te las arreglarás. ¿Quieres hacerme un regalo de bodas? Atrapa a Anita Gaye.

Cuando estaba aparcado, detrás del volante del SUV de Jack, Gideon se sintió satisfecho con la tarea que se le había encomendado. Fue cuando tuvo que ponerse a conducir de verdad cuando se puso a maldecir su suerte. Ya era bastante malo ser engullido por la furia intrínseca del tráfico de Nueva York y la disparatada competencia entre coches, taxis, los omnipresentes camiones de reparto, las bicicletas de los mensajeros kamikazes y los viandantes que siempre iban con prisas. Pero él tenía que enfrentarse a todo aquello desde el lado equivocado de la calle.

Había practicado. Hasta se las arregló para negociar los atestados cruces, las amplias avenidas donde todos conducían como si estuvieran en una pista de carreras, sin matar a nadie. Y por eso lo habían elegido para aquella tarea.

Mientras estaba sentado a media manzana de la elegante casa de Anita, se preguntó si alguno de ellos se habría parado a pensar que una cosa era ir de paseo en el coche con un entrenador y otra muy distinta conducir solo, con el propósito expreso de seguir a un coche hasta el aeropuerto.

Aun así, lo habían propuesto para el trabajo, porque su cara y la de Rebecca eran las únicas que Anita no conocía personalmente. Y a Rebecca la necesitaban al teclado.

Se hubiera sentido mejor si Cleo hubiera estado allí con él. Incitándolo o fastidiándolo o... o simplemente estando. Se había habituado demasiado a tenerla cerca.

Tendrían que pensar qué iban a hacer una vez se hubiera solucionado lo de las estatuillas. Lo de Anita. Tendrían que pensar una sola cosa: que no podían vivir en Nueva York y conservar la cordura. Venir de visita, desde luego, pero viviendo en un lugar tan lleno de gente no tenía uno sitio ni para respirar. No, ni siquiera ella.

Señor, quería ver el mar, y la lluvia. Quería las colinas y el sonido de las campanas de la catedral. Y, sobre todo, quería despertarse por las mañanas en un sitio donde supiera que si bajaba al embarcadero o el puerto o, simplemente, paseaba por las empinadas calles, se cruzaría con gente que lo conocía, que conocía a su familia.

Quién era familia.

A Cleo seguramente no le gustaría Cobh, pensó, y con gesto inquieto tamborileó con los dedos sobre el volante. Las mismas cosas que le daban sentido

a su vida, a ella seguro que la sacaban de quicio.

¿Por qué se enamoran dos personas que proceden de sitios tan diferentes, que quieren cosas tan diferentes?

Una de las pequeñas bromas del destino, supuso.

Al final seguramente ella seguiría por un lado y él por otro, y los hilos de sus vidas se devanarían con un océano entre los dos. Sólo de pensarlo se deprimía. Estaba tan ocupado pensando en su desgracia que casi no vio la limusina negra que paró ante la casa de la ciudad de Anita.

Gideon dejó a un lado sus problemas personales y se puso las pilas.

—Bueno —dijo en voz alta—. Viajamos con estilo, ¿eh?

Observó al chofer uniformado que bajaba, iba hasta la puerta y llamaba al timbre. Gideon estaba demasiado lejos para ver quién salía a abrir, pero tras un breve intercambio el chofer volvió al coche.

Los dos esperaron otros diez minutos según el reloj de Gideon antes de que otro hombre —el mayordomo, supuso Gideon— saliera con dos maletas a cuestas. Una mujer joven salió detrás arrastrando otra maleta más pequeña.

Mientras los tres metían las maletas en el maletero, Gideon marcó un número en el teléfono del coche.

—Están metiendo las maletas en el coche —le dijo a su hermano—. Una limusina grande como una ballena, y suficiente equipaje para una *troupe* de modelos.

Por fin pudo ver a Anita cuando la mujer salió de la casa. Llevaba el pelo de color cobrizo y alisado en torno a un rostro que daba la sensación de ser muy suave. Su cuerpo —y enseguida comprendió lo que había atraído a su hermano— tenía generosas curvas que lo hacían muy femenino.

Al observarla, se preguntó qué se habría torcido en su interior para convertirla en lo que era. Y se preguntó cómo es que los demás no veían lo fuera de sitio que estaba en aquella elegante y digna casa con su oropel.

Quizá ella lo veía cuando se miraba al espejo, pensó. Quizá era otra de las cosas que la movían.

Dejaría las filosofías a Tia.

—Aquí tenemos a la mujer del momento, saliendo de la casa.

—Recuerda, si los pierdes ve directo al aeropuerto y la buscas allí.

—No voy a perderlos. Puedo conducir por el lado equivocado de la calle mucho mejor de lo que la mayoría de la gente de esta ciudad conduciría por la derecha. Ya salen. Iré para allá desde el aeropuerto.

Malachi colgó y se volvió a Tia.

—Ya salen.

—Me siento un poco mareada. —Se llevó una mano al estómago—. Pero empieza a gustarme. No sé qué voy a hacer cuando mi vida vuelva a la normalidad.

Él le tomó la mano y le besó los dedos.

—Pues habrá que procurar que eso no pase.

Sofocada, Tia apretó el botón del intercomunicador y se puso en contacto con el garaje.

—Va de camino al aeropuerto. Gideon la sigue.

—Entonces salgamos. —Jack cortó la comunicación.

Tia se apartó de la consola y se levantó.

—¿Más tranquila? —le preguntó Malachi.

—Lo suficiente. ¿Alguna vez has plantado algo?

—¿Cómo un árbol? —Entró con ella en el ascensor.

—Yo pensaba más bien en semillas. Diferentes semillas en sitios diferentes. —Respiró hondo—. Cuando terminemos nos va a quedar un jardín interesante.

—¿Te arrepientes de algo?

—Por el momento no. Y no pienso lamentarme de nada. —Bajó del ascensor en el garaje y miró donde esperaban Jack, Rebecca y Cleo, junto a la furgoneta. Aquella gente, pensó, aquella gente fascinante eran sus amigos.

No, no se arrepentía de nada.

—Vamos a bailar el rock and roll —dijo Cleo.

Durante esta etapa, Tia se encargaba del teclado y Malachi de las comunicaciones. Jack y Rebecca estaban en la cabina, así que Cleo se tranquilizó escuchando a Queen a todo volumen por los auriculares.

—No sé cómo puede hacer eso —comentó Tia—. Relajarse de ese modo.

Malachi miró por encima del hombro a Cleo, que se movía al ritmo de la música.

—Está reuniendo energía. La necesitará. —Malachi tocó un interruptor y le habló a Rebecca por su radio—. Gideon dice que el tráfico es denso en un sitio que se llama Van Wyck. Aún los tiene, pero se mueven muy despacio.

—Eso está bien. Ya casi estamos en el aparcamiento.

—Ten cuidado, cielo.

—Oh, haré mucho más que tener cuidado. Seré la mejor. Cambio y corto.

Rebecca se colocó el aparato de radio en su soporte en el cinto. A su manera también ella estaba reservando la energía cuando Jack entró con la furgoneta en el aparcamiento. Repasó mentalmente cada paso de lo que tenía que hacer.

Cuando bajó de la furgoneta y rodeó el vehículo, Jack le tendió una mano.

—Cogidos de la mano cuando volvemos a la escena del crimen. —Y suspiró con gesto exagerado—. Es tan condenadamente romántico...

—¿Nerviosa? —le preguntó él cuando echaron a andar.

—Más bien acelerada. Y eso es bueno.

—No te embales. Tenemos que actuar deprisa, pero tenemos tiempo para hacerlo bien.

—Tú haz tu parte. Que yo haré la mía.

Fueron directamente hasta la entrada de Morningside. Con gesto descuidado, Jack introdujo el nuevo código que había programado en su conversor de bolsillo y sacó las copias que había hecho de las llaves cuando el sistema se desactivó.

—Tenemos vía libre —dijo suavemente, luego abrió la puerta. Cuando entraron, volvió a cerrar la puerta y conectó la alarma exterior—. Ya estamos dentro. Ve —ordenó, pero Rebecca ya iba a toda velocidad hacia la escalera.

Con ayuda de la linterna, corrió al despacho de Anita. Se sacó la llave del bolsillo y, con la esperanza de que ella y Jack hubieran logrado realinear el sistema, abrió la puerta.

Después de cerrar las cortinas sobre la ventana que daba a Madison Avenue, encendió la lámpara de la mesa y se sentó ante el ordenador de Anita. Y se frotó las manos.

—Muy bien, preciosidad, vamos a hacer el amor.

Abajo, Jack reconfiguró el sistema de seguridad. Volvería a estar conectado y mejor que nunca, cuando Rebecca y él se hubieran ido. Mientras trabajaba, oyó a Malachi por los auriculares.

—Están en el aeropuerto. La han dejado en la acera. Gideon está buscando dónde aparcar. Luego la localizará en la terminal. ¿Cuál es la situación allí?

—Seguimos avanzando. Pásame a Tia. Quiero hacer la primera comprobación.

—Te toca. —Malachi le pasó unos auriculares.

—¿Jack?

—Te voy a dar el primer código. Introdúcelo.

Detrás de ella, Cleo bostezó. Se levantó uno de los lados de los cascos y el sonido amortiguado del bajo y la batería golpeó el aire.

—¿Todo bien?

En el teclado, Rebecca se saltó el sistema de seguridad del ordenador de Anita. Con cierta alegría pensó: es patético. Una simple palabra clave y ya está. Encontró el archivo del seguro en su primera búsqueda de documentos. Al abrirlo, revisó la lista de inventario y la reclamación que Anita había rellenado aquel día.

—Oh, oh. Ya ha rellenado la reclamación, pero qué conservadora. Vamos a tener que mejorar eso. Se sacó del bolsillo la breve lista que Jack y Tia habían hecho. Y se puso manos a la obra.

Mientras manipulaba el formulario de reclamación, oyó la voz de su hermano al oído.

—Ya la tiene. Está en la sala de espera de primera clase. Falta una hora y quince minutos para que salga su vuelo.

—Estoy en el archivo. Me pregunto qué demonios es eso de período Nara y

por qué una placa de eso cuesta tantísimo dinero Jack puedes comprobar esa pieza y la figura ésa de Chiparus ¿Vas a coger los pendientes?

—Los cogeré. Anótalos.

—No te olvides de los micrófonos que puso Tia.

—Estoy en ello. Ahora calla. Tia, el siguiente código.

En quince minutos, Rebecca terminó de enumerar los objetos que Tia había elegido en sus visitas a Morningside, había modificado la fecha y la hora del ordenador para imprimirlo como si se hubiera hecho a una hora anterior. A una hora en que, gracias al micrófono que Tia había colocado debajo de su asiento, sabían que Anita estaba sola en su despacho.

Tras imprimir la reclamación, agitó los dedos y firmó al pie con una bonita —no es porque fuera ella— imitación de la firma de Anita. Le puso fecha y picó una detallada lista de instrucciones para su ayudante.

Ya había corregido la hora del ordenador, lo había apagado, había metido el micrófono que Tia colocó bajo la silla en su bolso y había abierto las cortinas cuando oyó que Jack subía la escalera.

—Aquí ya estoy.

—Compruébalo otra vez —le ordenó él.

—Sí, señor anal retentivo. Cortinas, ordenador, linterna, micrófono y artículos para enmarcar —añadió agitando el archivo en la mano.

Volvió a cerrar la puerta del despacho antes de dejar el archivo sobre la mesa de la ayudante de Anita.

—Con lo eficiente que es, seguro que lo primero que hará la chica será enviarlo. Debo decirte que ella ya había añadido un par de cosas a la reclamación. Una especie de bandeja que vale unos veintiocho mil dólares americanos.

—Lo que sumado a esto... —Jack tocó la bolsa que llevaba al hombro— hace una reclamación de más de dos millones de dólares. Desde luego tendrá que dar muchas explicaciones. Recomposición del sistema. Volveremos a conectarlo cuando estemos fuera.

—Entonces nuestro trabajo aquí ya está hecho. Vamos.

—Una cosa más. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cajita del anillo. Cuando Jack lo abrió, Rebecca se agachó para estudiarlo a la luz de la linterna.

—Es un bonito pedrusco. ¿Lo has robado de aquí?

—No, y a lo traía conmigo. ¿Lo quieres?

Ella lo miró, ladeó la cabeza.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo aquí, en un edificio donde hemos robado?

—Ya te había pedido que nos casáramos antes —le recordó—. Te doy el anillo aquí, en un edificio que técnicamente hemos robado. Perteneció a mi tatarabuela. Lo llevaba puesto cuando tu tatarabuelo le salvó la vida.

—Es muy bonito. Todo esto es muy bonito, Jack. Me lo quedo. —Se quitó el guante y tendió la mano—. Y a ti también.

Él le puso el anillo en el dedo y bajó la cabeza para sellar el trato con un beso.

—¡Qué tierno! —dijo Malachi por los auriculares—. Felicidades, y mis mejores deseos para los dos. Y ahora, ¿os importaría sacar el trasero de ahí?

—Oh, calla, Mal. —Rebecca se aupó para que le diera otro beso—. Ya vamos.

Cuando volvieron a la furgoneta, Cleo abrió la partición para cambiar el sitio con Rebecca.

—A ver esa baratija —le dijo y, con gesto impaciente, le quitó el guante—. Uau. Menudo pedrusco.

—Dejad la cháchara para después. —Jack se puso el cinturón de seguridad—. Conecta el sistema.

—Ahora que estamos prometidos no hace más que dar órdenes. —Rebecca entró y le tomó a Tia el relevo ante los controles—. Cargando.

Mientras su hermana trabajaba, Malachi se inclinó, le dio un beso en la coronilla y esbozó una sonrisa.

—Creo que me voy a poner baboso y sentimental.

—Yo también.

—Es un anillo muy bonito. —Tia no pudo resistirse y se inclinó para verlo mejor. El diamante lanzaba destellos mientras los dedos de Rebecca se movían veloces sobre el teclado—. Me alegro por ti.

—Ésta noche haremos una fiesta, ¿vale? El primario ya está, cargando sistema de refuerzo —anunció—. Todo perfecto y arreglado. —Se echó hacia atrás y aceptó la botella de agua que Malachi le ofrecía—. Ya está hecho.

—Ha llegado el momento del Segundo Acto. —Cleo apoyó los pies en el salpicadero—. ¿Nos da tiempo a pedir una pizza?

Gideon estaba sentado en el aeropuerto Kennedy, leyendo un ejemplar en rústica de *Something Wicked*, de Bradbury. Se había instalado en una zona de entrada desde donde podía controlar fácilmente el vestíbulo de primera clase.

El vuelo a Atenas salía a la hora prevista y los pasajeros ya habían empezado a embarcar. Empezaba a sentirse un poco inquieto y se moría por fumarse un pitillo.

Cambió de posición en el asiento y pasó una página sin leer cuando Anita salía del vestíbulo. Dejó que se alejara un poco luego se levantó para seguirla.

Como tantas otras personas en el aeropuerto, Gideon sacó un móvil.

—Se dirige a la zona de embarque —dijo con voz tranquila—. El vuelo sale a la hora prevista.

—Avísanos cuando despeguen. Ah, por cierto, Becca y Jack se han

prometido.

—¿Ah, sí? —Aunque siguió concentrado en la parte posterior de la cabeza de Anita, Gideon hizo una mueca al oír la noticia—. ¿Oficialmente?

—Lleva un anillo con un diamante que te dejaría ciego. Nos dirigimos hacia el segundo objetivo. Si todo va bien, nos reuniremos en la base como estaba previsto. Puedes ocuparte tú mismo.

—Menos mal que me he traído las gafas de sol. Acaba de entrar en la pista. Faltan treinta minutos para el despegue. Voy sentarme aquí con mi libro. Luego te llamo.

Aparcaron a tres manzanas y esperaron.

—Lo ves, ya te dije que teníamos tiempo para comer una pizza.

Jack la miró de soslayo.

—¿Cómo es que no estás como una foca?

—Metabolismo. —Sacó un Big Block de Hershey de su bolso y lo desenvolvió por un extremo—. Es la única cosa útil que he heredado de mi madre. Y así qué, ¿tú y Rebecca vais a vivir aquí o en la isla Esmeralda?

—Supongo que en los dos, un poco aquí y un poco allí. Tenemos que hablarlo.

—Sí. Está bien tener un trabajo que te permita viajar.

—¿Y tú? ¿Volverás a bailar cuando esto se acabe? Con tu parte podrías comprar una porción de las Rockettes.

—No sé. Seguramente dedicaré un tiempo a reciclar. —Masticó su chocolate—. Puede que abra mi propio club, o una escuela de baile. Algo que no me obligue a tener que arrastrar mi culo de un casting a otro. En estos momentos, no puedo pensar en nada que no sea hacer que Anita pague por lo de Mikey.

—De momento hemos empezado bien.

—Joder. Se lo hubiera pasado tan bien con todo esto... ¿Jack?

—¿Sí?

—¿Y qué pasa si no está ahí? ¿Si se la ha llevado con ella o algo?

—Pasaremos al plan B.

—¿Y qué es el plan B?

—Te lo diré cuando llegue el momento. —La miró cuando Malachi informó por los auriculares de que Anita ya estaba en el aire—. Ya han despegado.

—Sube el telón —dijo Cleo, y bajó ágilmente de la furgoneta.

—¿Necesitas que repasemos algo otra vez? ¿El plan, las señales manuales?

—No, lo tengo todo.

—Ésta vez hay dos personas en el edificio —le recordó—. Dos criados interinos. Tenemos que actuar con sigilo.

—Soy un jodido gato. No te preocupes. ¿Crees que esto podría ser un récord?

—¿Qué quieres decir?

—Entrar en dos lugares, de un total de tres allanamientos de morada en veinticuatro horas sin robar nada.

—Vamos a llevarnos la diosa.

—Sí, pero en realidad pertenece a Mal y a Tia, si no he entendido mal. Así que eso no cuenta. Creo que podríamos entrar en el libro de los récords Guinness por esto.

—El sueño de mi vida.

Pasaron andando ante la casa. En la segunda planta las luces estaban apagadas.

—Parece que ya han terminado el trabajo por hoy. Las habitaciones del servicio están en el ala sur de la casa.

—Ama de llaves y mayordomo. ¿Crees que se lo montan cuando la jefa no está?

Jack se rascó el mentón.

—Mejor no pienso en esas cosas en este momento. Entraremos por el lado este, desde la terraza del dormitorio. Estaremos desprotegidos unos quince segundos.

—Hace falta más tiempo que eso para follar a una antigua *stripper*.

—A lo mejor podrías hacer un número en mi despedida de soltero. —Y sonrió al oír el comentario escueto de Rebecca por los auriculares—. O puede que no. ¿Amor mío? Desconecta las alarmas.

No hizo caso de la ristra de taxis que pasaron por allí y el coche de la radio. A la señal de Rebecca, agarró a Cleo de la mano y la arrastró a las sombras, fuera de la acera.

Se sujetaron las cuerdas a los arneses, subieron por la pared del edificio, saltaron la balastrada de piedra y se acucillaron en la terraza antes de volver a cruzar palabra.

Le indicó por señas a Cleo que recogiera los aparejos mientras él iba agachado hasta las puertas de la terraza.

—Limpia las cerraduras, terraza este, segunda planta —dijo con voz callada a los auriculares. Esperó hasta que los oyó desconectarse, luego se levantó, exponiéndose de nuevo para manipular las cerraduras manuales.

Se sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta y eligió una de gánzuas.

—Apuesto a que no te enseñaron eso en la escuela donde estudiaste sistemas de seguridad —dijo Cleo en voz baja.

—Te sorprenderías.

Manipuló el seguro y, tras abrir la puerta, esperó a que Cleo entrara para volver a cerrar.

Un buen policía científico encontraría el sitio, Jack lo sabía Pero no creyó que pasara.

—Obsesión. —Cleo olfateó el aire—. Su perfume. Le pega, ¿a que sí?

—Conectar cerraduras. Pasillo, todo recto. Baño principal a la izquierda.

Cleo avanzó bajo la tenue luz como le decía, y siguió susurrando.

—¿Puedo preguntar cómo es que sabes tanto sobre la distribución de sus habitaciones personales?

—Asuntos profesionales. —Cuando las puertas estuvieron cerradas, él fue directo al armario.

—Joder, esto es más grande que mi antiguo apartamento. —Cleo pasó el dedo por la manga de una chaqueta al entrar—. No está mal. ¿Crees que se dará cuenta si me llevo un par de cosillas? Estoy reponiendo mi guardarropa.

—No hemos venido de compras.

—Eh, que comprar es la única medalla al mérito que he conseguido en mi vida. —Cogió unos zapatos de piel de cocodrilo de una pared de estantes—. Mi número. Es el destino.

—Tienes un trabajo que hacer aquí, Cleo.

—Vale, vale. —Pero, antes de agacharse para sacar sus herramientas, se guardó los zapatos en la mochila.

Jack abrió el panel que protegía la caja fuerte y descubrió el teclado. Hizo una *interface* con su ordenador portátil e inició la búsqueda.

—Tarde o temprano se dará cuenta de que tú eres el único que puede haber hecho esto —comentó Cleo—. Se va a enfadar mucho contigo.

—Sí. Mira qué miedo. —Jack miró el visor cuando los dos primeros números de la combinación aparecieron—. ¿Cómo vamos de tiempo?

—Cuatro minutos, veinte segundos. Todo va como la seda. —Mientras esperaba, Cleo estuvo mirando una hilera de trajes—. Lo de los trajes de dama no va conmigo. Pero, guau, éste es de cachemir. Apuesto a que a Tia le quedaría de muerte.

Lo lio como un trapo y lo añadí a su botín.

—Ya tenemos la combinación —le dijo Jack—. Toca madera, guapa.

Ella lo hizo, y luego se acercó a Jack.

—Hija de puta. —Cleo aspiró sonoramente cuando Jack abrió la caja. Cloto relucía como una estrella—. Ahí está. ¿Lo habéis oído, chicos? La tenemos. —Y le tendió la bolsa acolchada a Jack—. ¿Rebecca? Le voy a dar a tu chico un beso bien fuerte y baboso. Así que hazte a la idea.

Cuando terminó, Cleo echó mano de su bolsa otra vez.

—No cierres todavía, Jack. Tengo un pequeño regalo para Anita.

—No podemos dejar nada atrás —empezó a decir, y se quedó mirando lo que Cleo sacó de la bolsa—. ¿Qué es eso? ¿Una Barbie?

—Sí. Para reemplazar la estatua. Elegí el vestuario en un viaje relámpago a FAO Schwartz —Con delicadeza, Cleo colocó a la muñeca rubia y exuberante y vestida de cuero negro en la caja fuerte—. Yo la llamo Barbie ladrón de guante blanco. ¿Lo ves? Lleva una pequeña mochila con pequeñas ganzúas que he hecho

a partir de unos imperdibles, y esa pequeña muñequita de plástico, a escala, la pinté de plateado para que representara la diosa.

—Cleo, eres increíble.

—Tengo talentos ocultos, sí. Adiós, Barbie —añadió, y le sopló un beso cuando Jack cerraba la puerta de la caja de seguridad.

Luego cerraron el panel y recogieron las herramientas.

—De acuerdo, cuando salgamos de esta habitación, nada de cháchara. Sólo señales con las manos. Por la puerta, a la derecha. Bajar los escalones, a la izquierda. No te apartes de mí.

—Voy prácticamente subida a tu espalda.

—Ésta parte es más difícil, si nos atrapan aquí, no habrá servido para nada.

—Tú camina.

Salieron de la habitación. No podían arriesgarse a utilizar las linternas, así que esperaron a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad del vestíbulo del primer piso. La casa estaba en silencio, tanto que Cleo oía los latidos de su corazón. Y se preguntó cómo lo había hecho para subírsele a la boca.

Cuando Jack hizo la señal, empezaron a caminar con suaves pisadas sobre la alfombra de pasillo Karastan.

Al llegar al pie de la escalera, Cleo empezó a pensar que aquello parecía más una tumba que una casa. El aire era fresco, las habitaciones estaban completamente en silencio y los sonidos de la calle quedaban totalmente amortiguados por las gruesas cortinas de las ventanas.

Y entonces lo oyó, un segundo antes de que Jack se quedara paralizado y ella le saltara a la espalda. El sonido de una puerta que se abría, un chorro de luz procedente del extremo más alejado del vestíbulo de la planta baja y el sonido de pasos.

Ella y Jack se desplazaron como una sola persona para ponerse a cubierto en la primera puerta. Oían voces distantes, como si llegaran a través de un túnel. Después de sudar y sudar durante varios minutos, Cleo se dio cuenta que la casa no estaba llena de gente. La televisión, decidió, y tuvo que contener una risita nerviosa cuando reconoció la música de *¿Quieres ser millonario?*

Perfecto, pensó. Jodidamente perfecto.

Cuando la luz volvió a apagarse, una puerta se cerró, Cleo contó hasta diez, hasta que notó que Jack se relajaba a su lado. Y contó los pasos que daban por el pasillo, por si tenían que volver a esconderse a toda prisa.

Se colaron como sombras en la biblioteca y cerraron la puerta tras ellos.

Ahora actuaron con rapidez, sin hablar.

Unas linternas de bolígrafo los guiaron hasta los estantes con puerta de cristal. Cuando Jack abrió la estantería, se oyó un golpe y un crujido que en aquel silencio sonaron como cañones. Jack despejó una sección completa, pasándole a Cleo un volumen tras otro de una antología de obras de Shakespeare

encuadernada en cuero. Cuando la caja fuerte apareció, Jack sacó su portátil.

Jack dio un toquecito en su reloj. Cleo hizo la señal de veinte minutos y luego se agachó, abrió la cremallera de su bolsa y sacó con mucho cuidado los objetos que habían sustraído de Morningside.

Jack los colocó en la parte más escondida del pequeño nicho, detrás de un imponente montón de archivadores de cuero y numerosas cajas de joyas.

Cuando la caja estuvo cerrada cambiaron los papeles: fue Cleo quien colocó los libros en su sitio mientras Jack recogía las herramientas. Los dos dieron un bote cuando el teléfono sonó.

Jack le indicó con una señal que se diera prisa, y corrió a la puerta para abrir una rendija. Cleo se había asomado por detrás cuando se encendió la luz del pasillo. Con la mochila pegada al pecho como si fuera un bebé, ella se escondió detrás de un sillón orejero de color verde. Jack, con otra de las mochilas colgada al hombro, se puso detrás de la puerta y trató de contener la respiración mientras oía los pasos que se acercaban rápidamente por el pasillo.

—Primero una cosa, ahora otra —dijo con irritación una voz de mujer—. Como si no tuviera nada mejor que hacer a esta hora de la noche que andar cogiendo mensajes.

Abrió la puerta. Jack frenó el pomo con la mano antes de que le golpeará en la entrepierna y lo sujetó encogiéndose cuanto pudo en el triángulo donde estaba encajonado.

La mujer encendió la luz.

Por el auricular, Jack oyó a Rebecca avisar que estaban excediendo el tiempo.

Oyó a la ama de llaves ir hacia la mesa y arrojar algo sobre la madera pulida.

—Espero que esté fuera un mes. A ver si podemos respirar tranquilos unos días.

Ahora los pasos volvían a la puerta, arrastrando los pies. Una pausa, un resoplido, de aprobación o desprecio, y las luces se apagaron.

Jack se quedó donde estaba y rezó para que Cleo hiciera otro tanto mientras oía los pasos alejarse. No movió ni un pelo hasta que no oyó cerrarse una puerta al otro extremo del pasillo.

Con suavidad, mucha suavidad, abrió la puerta. Bajo la tenue luz, vio a Cleo, agachada aún detrás del sillón. Sus ojos destellaron en la oscuridad cuando se encontraron con los de él. Cleo puso cara de susto y se incorporó.

Salieron de la biblioteca, bajaron silenciosamente por el pasillo hasta el recibidor de la entrada y salieron por la puerta principal.

—Y ya me ves escondida detrás del sillón y Jack como una estatua detrás de la

puerta. Yo no le veía a la mujer más que los pies. Llevaba zapatillas con pelusilla, rosa. Y yo que pensaba, «Me va a joder una mujer con zapatillas rosa». Qué bochorno.

Cleo tenía ganas de tumbarse lo antes posible, así que le había cedido a Rebecca el asiento del copiloto y se tendió como pudo en el suelo de la furgoneta.

—Joder. Joder. Necesito beber algo con alcohol ya.

—Has estado genial. —Jack miró por el espejo retrovisor—. Tienes unos nervios de acero.

—Sí, pues por un momento mis nervios parecían pura gelatina. ¡Ah, oye! —Se incorporó y se puso echa un ovillo—. Tengo un regalo para ti, Tia.

—¿Un regalo?

—Sí. —Rebuscó en su mochila y sacó el traje hecho un higo—. El color te va divino. Berenjena o algo así. Y la textura es buena. Cachemir.

—Esto... ¿es de ella?

—¿Y qué? Llévelo a que lo laven, lo fumiguen, lo que quieras. —Cleo encogió los hombros y volvió a la mochila—. De todas formas a ti te quedará mejor. Lo mismo que estos zapatos me quedarán mucho mejor a mí. —Los dejó a un lado, volvió a buscar en la mochila—. Y a ti te he traído este pequeño bolso de mano, Rebecca. Judith Leiber. No está mal.

—¿Cómo demonios has cogido todo eso? —exigió Jack

—Un reducto de mis tiempos de manganta. No me enorgullezco, pero tenía dieciséis años, y era rebelde. Trataba de llamar la atención, ¿verdad Tia?

—Bueno... ¿no crees que notarás que le faltan estas cosas?

—Y un huevo, tiene la mitad del stock de Bergdorf ahí. ¿Qué importancia tiene un traje? Además, va a estar demasiado ocupada para comprobar su vestuario cuando vuelva y se vea salpicada por toda esa mierda.

—Menuda forma de expresarse. —Malachi le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Dímelo a mí. —Y notó que la tensión que aún llevaba acumulada desaparecía cuando entraron en el garaje y vio el SUV de Jack Gideon había vuelto, así que estaba feliz—. Bueno qué, ¿podemos pedir ya esa pizza?

—Ahí están.

Tia volvió a rodear la mesa. Sobre ella, las tres diosas del destino de plata, unidas por la base, brillaban bajo la luz de última hora de la mañana.

—Casi parece un sueño —dijo con voz pausada—. Como un sueño, lo que pasó anoche y todo lo que ha llevado hasta ahí. O una obra con la que me he tropezado. Pero ahí están.

—Tú nunca has tropezado, Tia. —Detrás de ella, Malachi le puso las manos en los hombros—. Has estado firme como una roca.

—Y esto en sí también es un sueño. Han estado separadas durante un siglo. Puede que dos. Nosotros las hemos unido. Eso significa algo. Eterno y seguro. Eso es lo que se dice de ellas en mitología. Tenemos que procurar que estos símbolos de las diosas del destino estén seguros.

—No volverán a separarse.

—Hilar, devanar, cortar. —Tocó a cada una suavemente—. Lo que forma parte de una vida y lo que abarca. Éstas piezas son más que arte, Malachi, y más que los dólares que pueda pagar nadie por tenerlas. Son una responsabilidad.

Manipuló la base, levantó a Cloto y pensó en Henry W. Wyley. Él la había sostenido de la misma forma, había buscado a las otras. Y murió en su búsqueda.

—Mi sangre y la tuya están enlazadas en esto. Me pregunto si tenían una idea, por pequeña que fuera, del largo hilo que ha devanado para ellos. No se cortó con sus muertes. Pasó a ti y a mí, y al resto de los que estamos aquí. Incluso a Anita.

Con la diosa aún en la mano, Tia se volvió hacia él.

—Hilos que se devanan. Dos hombres de entornos completamente diferentes inician un círculo con esta figurilla entre los dos. El círculo se amplía con Cleo y Jack, Rebecca y Gideon. Y los hilos siguen corriendo. Si tomamos lo que estas tres imágenes representan, si nos permitimos creerlo, el papel de Anita tenía que ser el que ha sido.

—¿Y entonces hay que exculparla de todo? —preguntó él—. De la sangre que ha derramado.

—No. El bien y el mal, los defectos y las virtudes están enlazados entre los hilos. La elección, la responsabilidad es de ella. Y la Moira siempre exige un pago. —Cuidadosamente, Tia colocó a Cloto con sus hermanas—. Y, al final, siempre recoge. Supongo que lo que quiero decir es que puede que no sea ella la

única que pague un precio.

—De todos los días, hoy es cuando menos razones tienes para estar triste. — Malachi la abrazó, le acarició su pelo rubio—. Hemos hecho casi todo lo que nos hemos propuesto. Y lo terminaremos.

—No estoy triste. Pero me pregunto qué pasará cuando termine todo esto.

—Cuando termine, el patrón volverá a cambiar —dijo él. Le rozó el pelo con la mejilla—. Hay una cosa que tendría que haberte dicho. Algo que tendría que haber dejado claro.

Ella se preparó, cerró los ojos. Y las puertas del ascensor se abrieron.

—De acuerdo, se acabó. Tenemos comida. —Cleo, con los brazos cargados de bolsas de la compra, entró en el *loft* delante de Gideon—. Jack y Rebecca suben ahora. Ha tenido noticias de Anita.

—Llegó a la hora prevista —relató Jack—, y fue conducida a la casa de Stefan Nikos. Stefan era amigo y cliente de Paul Morningside, y tanto a él como a su mujer se les conoce por su colección de arte y antigüedades, sus obras de caridad. Y su hospitalidad.

—Es aceite de oliva, ¿verdad? —Rebecca cogió una de las olivas de su plato y la estudió—. He leído sobre él en la revista *Money*, en *Time* y en otros sitios. Está nadando en aceite de oliva. Es curioso que una cosa tan normal pueda hacer tan rico a alguien.

—Campos de olivos —concedió Jack—. Y viñedos, y los diversos productos que se obtienen de ambos. Tiene casa en Atenas y Corfú, un piso en París y un *château* en los Alpes suizos. —Cogió una oliva del plato de Rebecca y se la llevó a la boca—. Y en todas ellas la seguridad es Burdett.

—Llegas muy lejos, Jack —comentó Malachi.

—Lo suficiente. Hablé con Stefan la semana pasada, después que Tia plantara su semilla de Atenas.

—Podías habérmelo dicho —espetó Rebecca.

—No sabía si la semilla daría su fruto. Como he dicho, era amigo de Morningside. Aunque no siente el mismo aprecio por su viuda. En cuanto a mí —añadió con una mueca—, le gusto lo normal. Lo bastante para que me haga un favor. Le divierte la idea de engañar a Anita. La mantendrá ocupada un par de días con los rumores sobre Láquesis y la morena alta y sexy que la busca.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me parece por ahora Grecia?

—Estás de viaje —le dijo Jack a Cleo—. No te queda mucho tiempo para hacer turismo.

—Siempre hay una próxima vez.

—Tenemos una semana como mucho —calculó Malachi—. Para hacer girar las ruedas y ponerlo todo en funcionamiento. —Hizo una pausa y escrutó los

rostros de quienes lo rodeaban—. Pero hay que decirlo, y mejor que sea ahora. Podríamos dejar las cosas donde están. Tenemos las estatuillas.

Cleo se puso derecha de golpe.

—Aún no ha pagado.

—Espera que termine. Tenemos lo que ella quiere, lo que robó, aquello por lo que ha matado. Y no hacemos daño a nadie. Y a eso hay que sumar que le hemos complicado la vida considerablemente con la reclamación al seguro y poniendo aquellos objetos de Morningside en su caja fuerte personal.

—Ella ya ha estafado al seguro —apuntó Gideon—. Nosotros no hemos hecho más que subir las apuestas. No hay ninguna garantía de que no se vaya a salir con la suya. —Apoyó una mano en el muslo de Cleo y notó que los músculos le vibraban.

—No hay ninguna garantía de nada —contestó Malachi—. Pero por lo menos no le resultará fácil, no con las piezas que le hemos colado en la caja de seguridad de su biblioteca. Y Jack ha puesto a su amigo el poli en la pista. Hay muchas probabilidades de que si no hacemos nada el sistema funcione.

—Lew se ocupará de eso. —Jack pinchó un poco de ensalada de pasta—. Los vídeos de seguridad demostrarán que las piezas que pone en su reclamación estaban aún en su sitio después del intento de robo. No lo va a tener nada fácil mientras Lew esté en ello. Y los del seguro no van a ver con muy buenos ojos una reclamación que se excede en dos millones de dólares cuando resulta que el cliente aún tiene la mercancía.

—Puede que le hagan pagar una multa o hacer algún servicio a la comunidad. Yo...

Jack levantó el tenedor para interrumpir el discurso rimbombante de Cleo.

—Me estoy imaginando a Anita en un comedor para pobres. No está mal. Por un fraude de siete cifras. Aun así, si queremos que llegue al fondo del hoyo, Bob tiene que encontrar la relación con Dubrowsky. Si no, no podrá relacionarla con su asesinato ni con el asesinato del amigo de Cleo.

—Y se daría el piro —dijo Cleo con amargura.

—Sí, pero es posible que lo haga de todos modos. Ahí es donde Mal quería ir a parar. Con lo que hemos hecho, la acusan de fraude, cumple un tiempo de condena y su bonita imagen social queda manchada.

—A veces —dijo Tia, y todos se volvieron a mirarla— ese tipo de notoriedad le da más interés.

—Buena objeción —concedió Jack—. Si seguimos hasta el final, la anularemos económicamente y, quizá —repitió— la empujemos a cometer un error que lo relacione todo. Hay muchos «si» aquí. Seguir adelante hace que todo vuelva a entrar en la batidora.

—Mmm. —Tia levantó la mano, la bajó—. Cuando Meleagro sólo tenía una semana de vida, las Moiras, las diosas del destino, profetizaron que moriría

cuando una tea del hogar de la madre se consumiera. Cantaron su destino: Cloto, que sería noble; Láquesis que sería bravo. Y Átropo, al mirar al niño, que sólo viviría mientras esa tea no se consumiera.

—No lo entiendo —dijo Cleo.

—Deja que termine —le dijo Gideon.

—Bueno, pues la madre de Meleagro, desesperada por proteger al bebé, ocultó la tea en un arcón. Si no se quemaba, estaría a salvo. Así que el niño creció y, siendo hombre, mató a los hermanos de su madre. Llena de ira por aquellas muertes, la madre sacó la tea del arcón y la quemó. Y Meleagro murió. Por vengar a sus hermanos, perdió a su hijo.

—Muy bien. Mikey es mis hermanos, pero desde luego que esa zorra no pasa por mi hija. ¿Qué más?

—La cuestión es —dijo Tia amablemente— que la venganza nunca es gratis. Y nunca puedes recuperar lo perdido. Si seguimos adelante sólo por venganza el precio puede ser muy alto.

Cleo se puso en pie. Como Tia había hecho antes, fue hasta las mesas donde estaban las estatuillas y caminó alrededor.

—Mikey era mi amigo. Gideon apenas tuvo tiempo de conocerlo, y los demás ni eso.

—Te conocemos a ti, Cleo —dijo Rebecca con voz pausada.

—Sí, bueno. No pienso quedarme aquí y fingir que no quiero venganza, y estoy dispuesta a pagar el precio que haga falta. Pero lo que dije antes, la primera vez que nos reunimos en casa de Tia, sigue en pie. Sobre todo quiero justicia. Eso ya lo tenemos, y somos ricos. ¿Qué más da?

Les dio la espalda.

—Si la gente se aparta de lo que está bien y no defiende a un amigo, ¿qué sentido tiene todo? Si alguno de vosotros no quiere seguir con todo esto, perfecto. Nadie ha salido perjudicado, sobre todo después de todo esto. Pero yo no he terminado. No habré terminado hasta que la vea en una celda maldiciendo mis huesos.

Malachi miró a su hermano, asintió. Luego apoyó una mano sobre la mano de Tia.

—Cariño, la historia que has contado puede tener otra lectura.

—Sí. Las decisiones determinan el destino. —Se puso en pie, caminó hasta Cleo—. Las vidas dan vueltas, se interrelacionan. Se tocan y se repelen. Lo único que podemos hacer es hacerlo lo mejor posible y seguir el hilo hasta donde nos lleve. Supongo que tampoco la justicia sale gratis. Simplemente, tendremos que hacer que valga la pena.

—De acuerdo. —Las lágrimas le nublaron la vista a Cleo.— Tengo que... —Se encogió de hombros con gesto indefenso y salió corriendo de la habitación.

—No, deja que vaya yo —dijo Tia cuando vio que Gideon se levantaba—.

Creo que yo también podría llorar un poco.

Cuando Tia se iba, Malachi cogió su cerveza.

—Ahora que ya está decidido y estamos todos de acuerdo, más o menos, quería tratar otros temas. Más personales. —Dio un largo trago para aclararse la garganta—. La segunda parte de una conversación que tuvimos antes —le dijo a Jack—. Bien. Como cabeza de la familia...

—¿Cabeza de la familia? —Rebecca soltó una risotada—. Y qué más. Mamá es la cabeza de la familia.

—Ella no está, ¿no? —dijo él en tono sereno, molesto por la interrupción—. Y yo soy el mayor, así que me corresponde llevar el asunto de este compromiso.

—Es mi compromiso y no es de tu incumbencia.

—Cierra la boca un ratito.

—Voy a tomarme otra cerveza —decidió Gideon—. Esto va ser entretenido.

—No me digas que cierre la boca, pretencioso y descerebrado.

—Podía haber hecho esto cuando no estuvieras —le recordó Malachi y por su tono se veía que empezaba a enfurecer—. Y haberme ahorrado tus insultos. Y ahora, tengo que hablar con Jack

—Ah, claro, tienes que hablar con Jack ¿Y qué pasa, que tengo que quedarme aquí sentadita con las manos plegadas y la cabeza gacha en gesto de sumisión? —Le arrojó un cojín.

—Tú no sabrías lo que es la sumisión ni aunque la tuvieras en tus narices. —Y le tiró el mismo cojín, que le dio en la cabeza y se cayó—. Cuando termine de hablar, podrás decir lo que quieras, pero por Dios que voy a decir lo que quería decir.

—Rebecca —dijo Jack cuando vio que ella enseñaba los dientes—. ¿Por qué no esperas a que termine antes de enfadarte?

—Gracias, Jack Y antes que nada quería decirte que te compadezco por la vida que te espera con esta mujer maleducada, agresiva y de mal carácter. —Malachi entrecerró los ojos cuando Rebecca echó mano de un cuenco de jade que había en la mesita, y Jack la aferró por la muñeca.

—Dinastía Han. Mejor límitate a los cojines.

—Como iba diciendo —prosiguió Malachi—. Sé que el dinero no es problema para ti, pero quiero que quede muy claro que mi hermana no se casará con las manos vacías. Le corresponde un cuarto del negocio de la familia, que va bastante bien. Tanto si decide seguir participando activamente en el negocio como si no, su parte seguirá siendo suya. Y también tiene derecho a su parte de lo que salga de todo esto.

—El dinero no importa.

—A nosotros sí nos importa —le corrigió Malachi—. Y le importa a Rebecca. —Miró a su hermana arqueando una ceja.

—Bueno, a lo mejor no tienes tan poco cerebro como parecía. —Y le sonrió.

—He visto cómo están las cosas entre vosotros y me alegro. A pesar de todos sus defectos, que son muchos, la queremos y queremos que sea feliz. Y por lo que se refiere al negocio de los Sullivan, podrás participar en él tanto como quieras.

—Bien hecho, Mal. —Gideon se sentó en el reposabrazos del sillón donde estaba su hermano y levantó su vaso para brindar—. A papá le hubiera gustado. Jack, bienvenido a la familia.

—Gracias. No sé mucho de barcos. Pero no me importaría aprender.

—Bueno. —Rebecca miró a sus hermanos con una mueca—. Creo que yo puedo enseñarte.

—Eso ya lo veremos. —Y le dio una palmada amistosa en la rodilla antes de ponerse en pie—. Tengo que hacer un par de recados y no me vendría mal que me echaran una mano —dijo mirando a los hombres.

—Si los tres pensáis salir por ahí, yo también. Pienso llevarme a Cleo y a Tia a mirar vestidos de boda. ¿Os había dicho que quiero una boda por todo lo alto?

Eso hizo que Jack se detuviera.

—Define por todo lo alto.

—No malgastes saliva —le aconsejó Gideon—. Tiene ese brillo en la mirada.

Y seguía allí tres horas más tarde, cuando volvió cargada de revistas de trajes de novia, una agenda de boda que Tia le había comprado como regalo de compromiso y el sexy salto de cama que Cleo le había llevado.

—Pues sigo pensando que las azucenas serían perfectas para los centros de mesa de la recepción.

—Claro. —Cleo miró a Tia y le guiñó un ojo—. Ahora ya no son sólo para los entierros.

—Los ramitos de flores silvestres eran tan encantadores —apuntó Tia—. No puedo creerme que haya pasado tanto rato en una tienda de plantas y no se me hayan bloqueado los senos. Debo de haber tenido un descanso en la alergia.

—¿Y qué son esas manchas rojas que tienes en la cara? —preguntó Cleo, y se echó a reír cuando Tia se fue disparada al espejo de la sala de Jacky y se miró a conciencia buscando sarpullidos.

—No tiene gracia. Ninguna.

—Ya sabes cómo le gusta bromear —comentó Rebecca, miró hacia la arcada que llevaba al dormitorio. Las bolsas que Llevaba en la mano se le cayeron.

—¡Ma!

—Ésa es mi niña. —Eileen la agarró y le dio un fuerte achuchón—. Mi niña preciosa.

—Ma, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Oh cuánto te he echado de menos.

—Lo que estoy haciendo es deshacer mis maletas, y he venido en avión. Yo

también te he echado de menos. Deja que te vea —Eileen la apartó de su lado y la miró—. ¡Estás muy feliz!, ¿verdad?

—Sí. Muy feliz.

—Supe que era el hombre de tu vida cuando lo trajiste a casa para aquel té. —Suspiró y besó la frente de su hija mientras los años le pasaban por la cabeza—. Y ahora preséntame a tus amigas, de las que tanto he oído hablar a mis chicos.

—Tía y Cleo, mi madre, Eileen Sullivan.

—Es un placer conocerla, señora Sullivan. —La madre de Malachi, pensó Tía presa del pánico—. Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Me he sentido como una reina en primera clase.

—Sí, pero el viaje es largo. —Algo inquieta, Cleo le tiró de la manga a Tía—. Nosotros nos abrimos para que pueda descansar. Para que se recupere del viaje y eso.

—Desde luego que no. —La sonrisa de Eileen era amistosa, y decidida—. Lo que vamos a hacer es tomar una reconfortante tacita de té y charlar un rato. Los chicos están abajo con sus chanchullos, así que podemos aprovechar el tiempo. Un piso tan bonito y tan grande... —añadió la mujer mirando alrededor—. Seguro que tiene que haber té por algún sitio.

—Yo lo prepararé —dijo Tía enseñada.

—Yo te ayudo. —Y Cleo le fue pisando los talones hasta la cocina—. ¿De qué se supone que tenemos que hablarle? —siseó—. Oh, qué tal señora Sullivan. Nos encanta practicar el sexo con sus hijos cuando no estamos robando en algún edificio.

—Oh, Dios, Dios. —Tía se llevó las manos a la cabeza—. ¿Para qué habíamos venido a la cocina?

—Té.

—Eso. Se me había olvidado. Vale. —Abrió dos armarios antes de recordar dónde lo había puesto—. Bueno, tiene que saberlo. ¡Oh, Dios! —Abrió la nevera y sacó una botella abierta de vino. Le quitó el tapón y dio un buen trago directamente de la botella—. Tiene que saber algo de lo otro. O Gideon o Malachi la llaman con regularidad. Sabemos que sabe lo de las estatuillas y Anita, y al menos conoce parte del plan y, de lo otro...

Tía trató de serenarse mientras medía el té.

—Son hombres adultos, y ella parece una mujer razonable.

—Para ti es fácil. Seguramente le gustará saber que su primogénito va a casarse con una autora literaria con un doctorado y un piso en el Upper East Side. Pero no creo que se ponga a tirar cohetes cuando sepa que su pequeño se lo está montando con una *stripper*.

—Eso es insultante.

—Bueno, Tía, ¿quién podría culparla? Yo...

—No, no para la señora Sullivan. Por ti. —Con la cucharilla para medir el té aún en la mano, Tia se dio la vuelta—. Estás insultando a una amiga mía, y no me gusta. Eres valiente, leal, inteligente, y no tienes nada de qué avergonzarte, nada por lo que disculparte.

—Bien dicho, Tia. —Eileen entró en la cocina y vio que las dos mujeres palidecían—. Ahora entiendo por qué Malachi está tan enamorado de ti. Y por lo que se refiere a ti —le dijo a Cleo—. Resulta que confío en el buen juicio de mi hijo y siempre he admirado sus gustos. Y los de Mal. Podemos empezar por ahí, luego ya se verá cómo nos llevamos. Procurad que el agua hierva bien antes de ponerla —añadió—. La mayoría de yanquis no son capaces de hacer un té decente.

Cuando Jack entró en el apartamento media hora después notó tres cosas simultáneamente. Tia estaba sofocada. Cleo estaba rígida. Y Rebecca estaba radiante.

Fue Rebecca quien se levantó, lentamente, y se acercó a recibirlo. Le echó los brazos al cuello y le propinó un prolongado beso en la boca.

—Gracias —le dijo.

—De nada. —Y dejó el brazo alrededor de la cintura de Rebecca mientras miraba a la madre.

—¿Todo bien, Eileen?

—No podía estar más a gusto, gracias, Jack. Me decían las chicas que tenéis más planes con respecto a esa mujer que quiere hacer daño a mi familia. Espero que podamos sentarnos y encontrar algo en lo que yo os pueda ayudar.

—Seguro que se nos ocurre algo. Según mi contacto, en estos momentos la mujer está peinando Atenas en busca de una estatuilla plateada y una morena. —Se acercó y se sentó frente Cleo—. Ha comprado una pistola. Fue lo primero que hizo. Está claro que piensa encontrarte y va a por todas.

—Pues se va a llevar un buen chasco, ¿verdad?

—Y que así siga. —Gideon entró, y Malachi entró después. Tenía la mirada furiosa—. Sean cuales sean los planes que hagamos, tú te vas a mantener al margen.

—Oye, guaperas...

—No quiero. No quiere tener una bonita charla contigo. Quiere conseguir lo que busca y quitarte de en medio. ¿Le has dicho de dónde ha sacado la pistola?

—El mercado negro —apuntó Jack—. Una Glock no registrada. Ha sido cuidadosa. No quiso pasar por la aduana con un arma. Lo más probable es que tampoco se la traiga de vuelta. Espera amortizar el dinero que ha pagado y luego deshacerse de ella.

—Como he dicho, se va a llevar un buen chasco.

—Y a partir de este momento tú te quedarás en un segundo plano —le dijo Gideon—. Ayudarás a Rebecca con la parte técnica, a Tia con la investigación y

te quedarás en este piso o el de Tia. No salgas sola bajo ningún concepto. Y si te pones tonta te encerraré en un armario hasta que esto termine.

—Cleo, antes de que le pegues a mi hijo, cosa que se merece por diversas razones, quisiera decir una cosa. —Eileen estaba cómodamente sentada, como tan a menudo hacia en su propia cocina—. Yo veía las cosas de forma diferente porque no he estado en el centro de todo esto. Y hay un punto débil, un talón de Aquiles podría decirse, ¿verdad? —dijo mirando a Tia—. Ésa mujer conoce tu cara, Cleo. Cree que tienes algo por lo que ya ha matado. Está concentrada en ti. Eso cambiará un poco cuando vuelva. Pero sigues siendo la única de entre los presentes de quien tiene algo seguro. Si consigue llegar hasta ti, llegará a los demás. ¿No es así, Mal?

—Sí, en pocas palabras. No podemos arriesgarnos a perderte, por tu propio bien. Y no creo que quieras arriesgarlo todo sólo por poder partírla la cara.

—Vale, entendido. Soy un riesgo. Me mantendré a cubierto.

—Y, Gideon, la próxima vez, en vez de ponerte a dar órdenes podrías pedir las cosas con un poco de educación. Prepara un té excelente para ser yanqui, Tia.

—Gracias, señora Sullivan.

—Llamadme Eileen, ¿de acuerdo? Por lo que he oído se te dan bien otras muchas cosas.

—No tanto. Sólo se me da bien seguir instrucciones.

—La modestia es una bonita virtud. —Eileen se sirvió media taza más de té—. Pero cuando no corresponde o se emplea equivocadamente, es una tontería. Tú encontraste la forma de conseguir la información financiera de esa mujer.

—En realidad fue mi amiga... Sí —se corrigió Tia al ver las cejas arqueadas de la mujer—. Encontré la forma.

—Y gracias a eso sabéis cuánto pedirle por las diosas.

—No lo hemos decidido, exactamente, y yo pensaba...

—¿Siempre le cuesta tanto decir su opinión? —le preguntó a su hijo Malachi.

—No tanto como antes. Es que la pones nerviosa.

Aunque se puso colorada, Tia enderezó los hombros.

—Puedo conseguir hasta quince millones. En realidad, veinte, pero eso supondría más tiempo y complicaciones, así que quince está bien. He pensado que podíamos pedirle diez. Las estatuillas valen mucho más. Y, si investiga un poco, sabrá que puede venderlas al coleccionista adecuado al menos por el doble de lo que ella invierta. Mi padre me confirmó que, como anticuario, él ofrecería diez. Y ella, que es una mujer de negocios, pensará lo mismo.

—Muy sensato —dijo Eileen asintiendo con el gesto—. Ahora lo que tenéis que pensar es cómo conseguir que os entregue ese dinero sin entregarle vosotros las estatuillas. Conseguir que la acusen de fraude y que acabe en la cárcel por asesinato. Y luego, podemos dedicarnos a planificar una boda y seguir con

nuestro negocio familiar. Tus primos están haciendo un buen trabajo —le dijo a Malachi—. Pero tenemos que volver cuanto antes.

—No nos tomará mucho más, ma.

—Si no lo creyera así, no estaría aquí. Del mismo modo que estoy convencida que entre todos encontraréis la solución. Después de todo, ya habéis llegado hasta aquí. Y, ya que hablamos del tema, ¿no creéis que ya es hora de que alguien me enseñe las estatuillas?

—Me gusta tu madre.

Malachi torció el gesto mientras miraba cómo Tia abría pulcramente las sábanas.

—Te aterra.

—Sólo un poco. —Por costumbre, encendió el supresor de ruidos de su mesita de noche.

Cuando se alejó para ajustar el filtro del aire de su habitación, Malachi lo desconectó como hacía cada noche. Ella ni siquiera lo notaba.

—Rebecca se ha puesto tan contenta... ha sido un detalle muy bonito por parte de Jack —Intranquila, Tia entró en el cuarto de baño y se quitó cuidadosamente su maquillaje hipoalergénico con unas toallitas hipoalergénicas.

—Y también ha sido una bonita sorpresa para ti —añadió cuando Malachi apareció en el umbral—. Estoy segura de que la has añorado.

—Sí, mucho. —Le encantaba verla de aquella forma, su pulcritud, la dulzura de su rostro sin maquillaje—. ¿Sabes qué dicen de los hombres irlandeses?

—No, ¿qué dicen?

—Pueden ser borrachos o rebeldes, camorristas o poetas. Pero siempre quieren a sus madres.

Tia rio un poco, y se quedó abriendo y cerrando la tapa de su crema hidratante.

—Tú no eres ninguna de esas cosas.

—Qué insulto. Yo puedo beber y berrear como el que más. Y seguro que llevo un rebelde dentro de mí. Y, ¿quieres poesía, Tia?

—No sé. Nunca me han recitado.

—¿La quieres recitada o hecha por mí?

Tia quería sonreír, estaba segura de que podía hacerlo, pero se bloqueó.

—No hagas eso.

—¿El qué? —Desconcertado, y un poco asustado, Malachi fue hasta ella. Y ella se apartó.

—No te lo voy a poner nada difícil.

—Está bien saberlo —dijo él con tiento—. ¿Por qué lloras?

—No lloro. —Se sorbió las lágrimas—. No lloraré. Seré razonable y

comprensiva, como siempre —dijo, y dejó la crema sobre el mármol algo brusca.

—Quizá podrías decirme con qué vas a ser razonable y comprensiva.

—No te rías de mí. Saber que la gente se ríe de mí no hace que sea menos horrible.

—No me estoy riendo de ti. Cariño... —Él tendió la mano y ella se la apartó de un manotazo.

—No me llames eso, y no me toques —añadió, y pasó a su lado empujándolo para volver al dormitorio.

—No te llamo «cariño», no te toco. No vas a llorar y no vas a ser razonable y comprensiva. —La cabeza empezaba a dolerle—. No vas a darme ninguna pista.

—Casi hemos terminado. Lo sé, y llegaré hasta el final. Esto es la única cosa importante que he hecho en mi vida y no pienso dejarla sin terminar.

—No es la única cosa importante que has hecho.

—No intentes tranquilizarme, Malachi.

—Maldito sea si te tranquilizo, y no pienso quedarme aquí discutiendo sin siquiera saber por qué. Señor, creo que me está dando uno de tus dolores de cabeza. —Se frotó la cara con fuerza con las manos—. Tía, ¿qué pasa?

—Dijiste que tendrías que habérmelo dicho antes. Quizá sí. Quizá, aunque yo lo sabía, hubiera sido más fácil.

—Decirte... ah. —Y recordó lo que estaba a punto de decir cuando Cleo los interrumpió aquella mañana. Frunció el entrecejo, se metió las manos en los bolsillos—. ¿Lo sabes y te pones así?

—¿Es que no puedo tener sentimientos? —replicó ella—. ¿Es que no puedo estar furiosa, sólo agradecida? Agradecida por las semanas que hemos pasado juntos. Pues estoy agradecida y estoy furiosa. Y estaré furiosa cuando me dé la gana. —Miró alrededor—. ¡Señor! Alguna cosa tiene que haber que pueda tirarte.

—No lo pienses —le dijo él—. Coge lo primero que encuentres y tíramelo.

Así que Tía cogió el cepillo y lo arrojó. Chocó con fuerza contra la pantalla de color nácar de su mesita de noche.

—¡Maldita sea! ¡Eso era de Tiffany! ¿Es que ni siquiera voy a poder tener un arrebato de mal genio como Dios manda?

—Tendrías que habérmelo tirado a mí. —Y la cogió por los brazos antes de que tuviera oportunidad de ir a recoger lo que había roto.

—Déjame.

—No pienso hacerlo.

—Soy una idiota. —Dejó de resistirse—. Lo único que he hecho ha sido ponerme en ridículo y romper una bonita pantalla de lámpara. Tendría que haberme tomado un Xanax.

—Bueno, pues no lo has hecho y prefiero pelearme con una mujer que no está medio atontada por los tranquilizantes. Esto son sentimientos reales, Tia, tendrás que aprender a sobrellevarlos. Tanto si quieres mis sentimientos como si no, tendrás que aguantarlos.

—Ya los he estado aguantando. —Le dio un empujón—. Los he estado aguantando todo el tiempo. Y no es justo. No me importa que la vida no tenga por qué ser justa, pero ésta es mi vida. Y no te lo puedo poner fácil, por más que me digo que tengo que hacerlo. Quiero que te quedes en casa de Jack. No puedes estar aquí conmigo, es demasiado.

—¿Me estás echando? Antes de irme quiero saber por qué —dijo y la aferró.

—Es demasiado para mí, ya te lo he dicho. Acabaré lo que hemos empezado, no dejaré tirados a los otros. Pero no pienso hacerlo, no pienso ser la amante silenciosa y pasiva que te pone las cosas fáciles cuando se termina y tú te vas, cuando vuelvas a Irlanda y retomas tu vida por donde la dejaste. Cuando me dejes. Por una vez, seré yo quien ponga el punto final, vete.

—¿Te he pedido y o alguna vez que seas silenciosa y pasiva?

—No. Tú has cambiado mi vida, muchas gracias. —Trató de girar y soltarse y dio un traspie—. ¿Quieres más? De acuerdo. Es muy considerado de tu parte que me digas que esto sólo es temporal... todo eso de las vidas que se juntan y se repelen. Tienes una casa y un negocio que llevar en Irlanda. Así que buena suerte.

—Eres una mujer muy complicada, Tia, y requieres un montón de trabajo.

—Soy una mujer muy sencilla, y requiero un mantenimiento extremadamente bajo.

—Y qué más. Eres un enigma, y me fascinas. Pero mejor que volvamos atrás, a ver si aclaramos esto. En tu opinión esta mañana yo estaba a punto de decirte que esto ha sido muy bonito, divertido y placentero. Y seguramente añadiría que te aprecio mucho y, sabiendo como sé que eres una mujer silenciosa y pasiva (ja, ja), estoy seguro de que comprenderás que cuando terminemos con el asunto de las diosas lo nuestro se acabó.

A Tia la vista se le nubló por las lágrimas. Por primera vez deseó con todas sus fuerzas que Malachi fuera un hombre corriente, un hombre corriente en su aspecto, en su conversación, en el amor.

—No importa cómo lo hubieras dicho porque te lo estoy diciendo yo ahora.

—Oh, claro que importa —discrepó él—. Me parece que sí importa. Así que te diré lo que comprendí que tendría que haberte dicho antes. Te quiero. Eso es lo que tendría que haberte dicho. ¿Qué piensas?

—No lo sé. —Una lágrima cayó, pero Tia no se dio cuenta—. ¿Lo dices en serio?

—Pues claro que no. —Malachi rio al ver que Tia abría la boca por la sorpresa y la levantó del suelo—. ¿Qué, también ahora soy un mentiroso? Te

quiero, Tía, y si yo he cambiado tu vida tú también has cambiado la mía. Si crees que puedo volver y seguir igual que estaba es que eres idiota.

—Nadie me había dicho nunca algo así.

—¿Que eres idiota?

—No. —Tía le acarició el rostro cuando él se sentó en el borde de la cama con ella en el regazo—. Te quiero. Nadie me lo había dicho nunca.

—Pues tendrás que acostumbrarte a oírme lo decir, hasta que te canses.

Tía meneó la cabeza, sintiendo que el corazón la desbordaba.

—Nadie me lo había dicho nunca, y por eso yo tampoco he tenido ocasión de decirlo. Y ahora voy a hacerlo. Te quiero, Malachi.

Hilos que se devanan, pensó mientras sus labios se unían. Que se devanan formando un nuevo patrón. Si el hilo se corta; podría volver la vista atrás y no se arrepentiría de nada.

Estaba cerca. Lo sabía.

Había pasado horas recorriendo tiendas de joyas y más horas visitando anticuarios y galerías de arte fingiendo que era por negocios. Había tenido conversaciones interminables y hasta el momento infructuosas con coleccionistas locales que había elegido con ayuda de Stefan.

Como recompensa, ahora estaba disfrutando de una refrescante bebida en un asiento a la sombra junto a la piscina de la casa de huéspedes de los Nikos.

A pesar de haberle presentado a otros coleccionistas, Stefan no le estaba resultando tan útil como esperaba.

Muy hospitalario, reflexionó mientras daba sorbitos a su mimosa espumosa. Él y su anodina mujer la habían recibido con los brazos abiertos. En otro momento, hubiera disfrutado de la espectacular casa blanca que se alzaba sobre las colinas que rodeaban Atenas. Con sus hectáreas de jardines, su ejército de criados y sus patios frescos y perfumados.

Era de lo más satisfactorio tenderse sobre aquellos almohadones junto a la piscina, alimentada por una fuente que representaba a Afrodita, observar los árboles y las flores que la resguardaban bajo el cielo azul y diáfano y saber que sólo tenía que levantar un dedo y cualquier cosa que deseara, cualquiera, le sería servida.

Aqué era el manto protector de la verdadera opulencia, del verdadero privilegiado, el no tener necesidad de preocuparte por nada que no fueran tus deseos más inmediatos.

Y ésa era la mayor ambición de su vida.

De hecho, ya iba siendo hora de que buscara un alojamiento similar para sí misma. En cuanto tuviera las otras estatuas, y las tendría, quizá se plantearía un retiro parcial. Después de todo, la acosarían para que superara la proeza de haber adquirido y vendido las tres diosas. Morningside ya habría cumplido su propósito.

Italia estaba más en su estilo, pensó. Alguna elegante mansión en Toscana donde viviría en el exuberante estilo de los exiliados. Evidentemente, conservaría la casa de Nueva York. Todos los años pasaría unos meses allí. Comprando, haciendo vida social, recibiendo visitas y reuniendo la envidia de los demás como pétalos de rosa.

Concedería entrevistas. Pero tras la avalancha inicial de los medios,

desaparecería. El velo del misterio sería delgado y, cuando ella lo levantara a voluntad, todos se pelearían por llegar a ella.

Lamentablemente, pondría Morningside a la venta. Y recogería todos los beneficios que merecía después de doce tediosos años de matrimonio.

Era la vida para la que había nacido, decidió mientras se recostaba contra la tumbona. Una vida de satisfacciones, fama y una gran, gran riqueza.

Y Dios sabe que se la había ganado.

Encontraría a aquella irritante Cleo Toliver y quitaría ese obstáculo de en medio. Sólo era cuestión de tiempo. No podía esconderse para siempre. Al menos Stefan la había podido ayudar haciendo de intérprete en algunas tiendas, preguntando en su nombre por la morena y la pequeña estatuilla de plata.

Desde luego esa Toliver estaba por allí. Y, en dos ocasiones, según los vendedores, Anita no había coincidido con ella por menos de una hora.

Eso sólo quería decir que se estaba acercando. Imagínate, que aquella puerca creyera que podía engañar a Anita Gaye.

A Cleo Toliver aquel error le iba a salir muy caro.

—¿Anita?

Flotando aún en sus fantasías, Anita se bajó un poco sus gafas de sol y miró a Stefan.

—Hola. Se está bien aquí, ¿verdad?

—Me alegro. He pensado que te iría bien alguna bebida fresca y un pequeño refrigerio. —Señaló a las bandejas de fruta y queso que un criado colocó sobre la mesa y le ofreció otra mimosa.

—Me encanta, gracias. Espero que me acompañarás.

—Sí.

Sus brazos estaban morenos y musculosos, su cuerpo, en forma, y el rostro tenía unos rasgos interesantes. Según cálculos más conservadores, tenía ciento veinte millones.

Si ella hubiera estado buscando marido, él hubiera estado el primero en su lista.

—Quería volver a darte las gracias por ser mi guía y contacto, Stefan. Ya me duele haberme aprovechado de tu hospitalidad al presentarme en tu casa avisándote con tan poco tiempo, y encima ahora te estoy robando tanto tiempo... Sé lo ocupado que está siempre un hombre de tu posición.

—Por favor. —Él le quitó importancia mientras cogía su bebida—. Es un placer para mí. Y resulta emocionante andar buscando ese tesoro. Éstas cosas hacen que me sienta joven otra vez.

—Oh, vamos, como si no fueras joven. —Se inclinó hacia él, ofreciendo deliberadamente una panorámica de sus exuberantes pechos, apenas contenidos en el escueto bikini. Puede que no estuviera buscando marido, pero los amantes nunca estaban de más—. Eres un hombre atractivo y vital en su mejor momento.

Vamos, que si no estuvieras casado... —Dejó la frase en el aire y le dio unos toquecitos en el dorso de la mano con gesto coqueto—. Trataría de seducirte yo misma.

—Me halagas. —Una mujer calculadora y tristemente predecible, pensó. Y volvió a sentir una punzada de pesar por su buen amigo, que no supo ver a aquella criatura por lo que era.

—En absoluto. Al igual que el vino, prefiero a los hombres con edad y cuerpo. Espero que algún día podré compensarte por tu amabilidad.

—Lo que hago —dijo él—, lo hago por Paul. Y por ti, por supuesto. Te mereces cualquier cosa que pueda hacer por ti y mucho más. De hecho me temo no haberte sido de gran ayuda en tus pesquisas por encontrar tu tesoro. Evidentemente, como coleccionista, mi interés por todo esto no es del todo altruista. Sería todo un honor poder añadir las Moiras a mi colección. Espero que cuando llegue el momento podremos hacer negocios.

—No podría ser de otro modo. —Anita tocó con su vaso el de él—. Por futuros tratos, en el plano personal y en los negocios.

—Lo espero con más impaciencia de la que crees. Debo decirte que, en el otro frente, he tenido algún pequeño éxito.

Hizo una pausa, estudió la fruta dispuesta sobre la mesa cortó unos racimos de uva roja.

—¿No quieres probarlas? Son de nuestros propios emparrados.

—Gracias. —Y aceptó las uvas—. ¿Qué decías?

—¿Cómo? Oh, sí, sí. —Stefan se tomó su tiempo y eligió un pequeño racimo para él—. Sí, un pequeño éxito con el asunto de la mujer que buscas. El nombre del hotel donde se alojaba.

—La has encontrado. —Anita bajó los pies de la tumbona—. ¿Por qué no lo habías dicho? ¿Qué sitio es?

—En una zona de la ciudad que nunca recomendaría a una mujer de tu categoría. ¿Queso?

—Necesito un coche y chofer —espetó—. Enseguida.

—Por supuesto, tienes lo que quieras a tu disposición. —Se cortó una pequeña rodaja de queso y lo agregó al pequeño plato donde estaban las uvas que Anita aún no había probado—. Ah, piensas ir al hotel a verla. Ya no está allí.

—¿De qué estás hablando?

Predecible, volvió a pensar Stefan. Sí, muy predecible. Y ahora la arpia asomaba la nariz tras la máscara, mostrando sus desagradables garras y su mal carácter.

—Estaba en el hotel —explicó—. Pero hoy se ha ido.

—¿Adónde ha ido? ¿Dónde demonios está?

—No han sabido decírmelo. El recepcionista se limitó a decir que hoy había pedido la cuenta, poco después de reunirse con un hombre. Inglés o irlandés, de

eso estaba seguro. Se fueron juntos.

El color que el mal genio y la emoción le habían dado a su rostro desapareció, dejándolo blanco como el papel, duro como la piedra.

—Eso no puede ser.

—Por supuesto, puede haber algún error, pero el recepcionista fue muy amable, y parecía muy seguro de lo que dijo. Puedo arreglarlo para que hables con él personalmente mañana si así lo quieres. No habla inglés, pero será un placer hacerte de intérprete. Aun así, insisto en que la entrevista sea fuera de aquella zona. No podría llevarte allí.

—Necesito hablar con él ahora, *ahora*. Antes... —Caminó sobre las losetas blancas y calientes que rodeaban la piscina y tuvo pensamientos asesinos sobre Malachi Sullivan.

—Tranquilízate, Anita. —Con voz tranquilizadora, se puso en pie. Un sirviente se acercó y se disculpó por interrumpirlos.

Stefan cogió el sobre que le ofrecía y lo despachó.

—Anita, tienes un telegrama.

Ella dio la vuelta, claqueteando con el talón de sus sandalias sobre el suelo.

Normalmente, Stefan se habría retirado para que el cliente pudiera tener un poco de intimidad, pero no quería perderse aquello y se quedó allí, observando cómo abría el telegrama y leía.

Anita, siento no haber tenido tiempo de ir a verte en persona y ofrecerte mis respetos. Como dicen, extraños en una tierra extraña, etcétera. Pero terminé con los asuntos que me han traído a Atenas enseguida y cuando leas esto yo estaré escoltando a unas atractivas damas a Nueva York. Te sugiero que vuelvas también lo antes posible, si acaso te interesa una reunión decisiva.

Estaremos en contacto.

MALACHI SULLIVAN

Stefan tuvo el placer de oír el pequeño grito ahogado de Anita cuando estrujó el telegrama.

—Espero que no sean malas noticias.

—Tengo que volver a Nueva York Enseguida. —Volvía a tener color en la cara, y rabiaba.

—Por supuesto. Lo prepararé todo. Si puedo hacer algo...

—Lo haré y yo —dijo ella entre dientes—. Puedes estar segura de que lo haré.

Stefan esperó hasta que Anita salió como una exhalación hacia la casa. Luego se sentó, cogió su bebida y sacó el móvil.

Disfrutó de una uva mientras hacía la llamada.

—Jack Tendré a una mujer furiosa en mi avión privado en un par de horas. No, no —dijo riendo entre dientes mientras elegía otra uva—. Amigo mío, ha sido y continúa siendo un gran placer para mí.

Cuando llegó a casa se encontró con un montón de mensajes, la mayoría de la policía, y eso sólo hizo que aumentara su irritación. En el avión, se pasó el tiempo pensando qué hacer con Malachi... y sus pensamientos siempre concluían con una muerte sangrienta y dolorosa.

Por muy satisfactorios que resultaran estos pensamientos, Anita era lo bastante lista y aún tenía el suficiente control para saber que era fundamental encontrar el momento, el lugar y el método adecuado.

Quería verlo muerto, pero quería mucho más encontrar las estatuillas.

Ordenó a los criados que se fueran. Quería la casa vacía. Se duchó, se cambió, luego se puso en contacto con Jasper. Rompió una de sus normas principales ordenándole que fuera a la casa.

No quedó satisfecha con el trabajo que había hecho y consideró la posibilidad de deshacerse de él. Sería tan simple como fingir un intento de robo y señales falsas de lucha. La ropa rota, algún moretón aquí y allá, y nadie pondría en duda su palabra, la palabra de una mujer sola que defiende su casa y su persona con una de las pistolas de su difunto marido.

Y, al recordar cómo se había sentido al apretar el gatillo, al ver a Dubrowsky tambalearse, caer, morir, supo que el acto sería una maravillosa forma de aliviar su estrés.

Pero ya había tenido suficiente con la policía de momento. Y además, Jasper aún podía serle útil. No podía permitirse el lujo de dejarlo marchar todavía.

El hombre se presentó por la puerta trasera, como le había dicho. Ella le hizo señas para que entrara y lo llevó a la biblioteca. Anita se sentó tras su mesa.

—Cierre la puerta —le dijo con frialdad.

Cuando el hombre le dio la espalda, Anita cogió la pistola que había guardado en el cajón y se la puso sobre el regazo. Por si acaso.

—No estoy nada satisfecha con su trabajo, Jasper. —Levantó un dedo antes de que él pudiera hablar—. Ni me interesan sus excusas. Le he pagado, y muy bien, por sus servicios. Y en mi opinión, no ha estado a la altura.

—No me ha dado prácticamente nada con lo que trabajar.

Ella se recostó contra la silla. Tras un viaje tan largo, era revigorizante sentir la rabia y la violencia contenida de aquel sujeto. Mucho mejor que las drogas, pensó. Él pensaba que era más fuerte, más peligroso, y no tenía ni idea de que tenía la muerte delante.

—¿Me está criticando, señor Jasper?

—Mire, si le parece que no hago bien mi trabajo, me echa.

—Oh, ya lo había pensado. —Pasó un dedo por el frío acero de la pistola de nueve milímetros que tenía en la falda—. Soy una mujer de negocios, y cuando un empleado no hace un trabajo satisfactorio, se acabó.

—A mí plim.

Anita vio que se ponía tenso. Sabía que llevaba una pistola bajo la chaqueta. ¿Estaría pensando usarla? Para intimidarla, robarle, violarla. Pensando que estaba indefensa y no podía acudir a la policía.

La idea era absolutamente escalofriante.

—Sin embargo, como mujer de negocios también creo que hay que incentivar a los trabajadores para ver si mejoran. Voy a ofrecerle un incentivo.

—Sí. —El hombre relajó el brazo de la pistola—. ¿Cuál?

—Un extra de veinticinco mil dólares si encuentra y me entrega a un hombre llamado Malachi Sullivan. Está en la ciudad, posiblemente en compañía de Cleo Toliver. Recuerda a Cleo, ¿verdad, señor Jasper? La chica se las ha arreglado para escapársele de las manos varias veces. Si consigues entregármelos a los dos, la recompensa será doble. No me importa cómo me los traiga, siempre y cuando estén vivos. Quiero dejar eso muy claro. Tienen que estar vivos. Su antiguo socio no comprendió este punto, que es la razón por la que lo eliminé.

—Cincuenta por el hombre, cien si los traigo a los dos.

Ella ladeó la cabeza, y con el dedo empujó un sobre grande de papel de manila sobre la mesa.

—Ahí tiene una fotografía de él, más dos mil por gastos. No le daré más —dijo— hasta que vea algún resultado. Hay un edificio de apartamentos en la Dieciocho Este, entre la Novena y la Décima. La dirección también está en el sobre, junto con las llaves. El edificio se está reformando. Las reformas acabarán en el día de hoy. Cuando tenga al señor Sullivan y, esperemos que también a la señorita Toliver, debe llevarlos allí. Utilice las instalaciones del sótano. Utilice los métodos que sean necesarios para retenerlos, luego llámame al número que le he dado. ¿Está todo claro?

—Clarísimo.

—Si me trae al hombre y a la mujer, tendrá el dinero que pide. Y después no quiero volver a saber nada de usted.

El hombre cogió el sobre.

—Supongo que le interesará saberlo. Los micrófonos de la casa de la tal Marsh y a no están.

Anita frunció los labios.

—No importa. Ella y a no me interesa.

—Su viejo estuvo muy hablador cuando fui y le pregunté por esas estatuas. Parece que le gustaría echarles el guante.

—Sí, estoy segura. Supongo que no le diría nada que fuera de utilidad.

—Dijo que había oído que quizá una estaba por Grecia, Atenas. Pero dijo que

sólo era un rumor, y que había otros.

—Atenas. Bueno, eso era ayer.

—Trató de sacarme información, como si sólo estuviera charlando, pero no hacía más que preguntar.

—Eso ya no me preocupa. Tráigame a Malachi Sullivan. Puede de salir por donde ha entrado.

La mujer creía que él no tenía cerebro, pensó Jasper cuando salió. Que no tenía cabeza para descubrir qué es qué.

Encontraría a ese Sullivan, y a la mujer. Pero que le aspen si los iba a entregar por cien cochinos billetes de los grandes. Si ellos eran la conexión con las estatuillas, se lo dirían. Y cuando tuviera las estatuillas, Anita Gaye pagaría, y pagaría mucho.

Y entonces quizá haría lo que imaginaba que ella había hecho con el tonto de Dubrowsky. Justo antes de coger el vuelo a Río.

Anita se quedó sentada en su despacho, revisando sus mensajes. Para entretenerse, estuvo haciendo trocitos los de la policía. Después de todo, la investigación de homicidios y robos no era lo suyo.

Tenía intención de ponerse en contacto con el agente de la oficina de seguros en breve. Y esperaba que le harían entrega del cheque que reclamaba enseguida. Si hacía falta, les recordaría encantada que podía llevarse a otro sitio sus sustanciosas primas anuales.

El timbre de la puerta sonó dos veces. Anita maldijo a su personal ineficaz y con sueldos demasiado altos antes de recordar que les había dado el día libre.

Suspirando por lo molesto que era tener que hacerlo todo ella sola, fue a la puerta. No le gustó ver a los dos agentes allí pero, después de sopesar los pros y los contras, abrió.

—Agentes, me cogen por los pelos.

Lew Gilbert asintió.

—Señora Gaye, ¿podemos entrar?

—No es buen momento. Acabo de volver de Europa. Estoy muy cansada.

—Pero iba a salir, ¿no? Ha dicho que la hemos pillado por los pelos.

—Me pillan justo antes de que me acueste —dijo ella con dulzura.

—Entonces seremos breves.

—Muy bien. —Se apartó para dejarlos pasar—. No sabía que estaba trabajando con... perdone, he olvidado su nombre.

—Detective Robbins.

—Claro. No sabía que estaba trabajando con el detective Robbins en el caso del robo.

—A veces hay casos relacionados.

—Me lo imagino. Desde luego, estoy encantada de tener a dos de los mejores agentes de Nueva York investigando mi caso. Por favor, tomen asiento. Me temo que he dado el día libre a los sirvientes, porque quería la casa para mí. Pero puedo preparar un café si quieren.

—Gracias de todos modos. —Lew se sentó y empezó—. Dice que acaba de volver de un viaje. Algo que planeó antes del robo.

—Es algo que surgió de forma inesperada.

—¿A Europa?

—Sí. —Anita cruzó las piernas con suavidad—. A Atenas.

—Vaya. Con todos esos templos. ¿Cómo se llama esa bebida? Ouzo. La probé en una boda. Menuda pea.

—Eso he oído. Me temo que mi viaje era por negocios y no he tenido tiempo para templos ni ouzos.

—Debe haber sido duro tener que hacer un viaje así después de ser víctima de un robo —terció Bob—. ¿Suele hacer viajes de negocios?

—Depende. —No hizo caso de su tono. Ni un poco. Cuando aquello se acabara, pensaba tener unas palabras sobre el particular con sus superiores—. Perdone, pero ¿no podrían ir al grano?

—Hemos estado tratando de ponernos en contacto con usted. Es un grave problema cuando la víctima está ilocalizable.

—Como le he dicho, fue algo inesperado y necesario. De todos modos, ya le di al detective Gilbert toda la información que tenía. Supuse que ustedes y la compañía de seguros se harían cargo del resto.

—Hizo su reclamación.

—Dejé los papeles a mi ayudante antes de irme. Y me aseguró que los mandaría por mensajero a mi agente. ¿Tienen alguna pista sobre mis cosas o sobre la persona que lo hizo?

—La investigación aún está abierta. Señora Gaye, ¿sabe usted algo de las tres diosas del destino?

Por un momento se quedó mirando sin saber qué hacer.

—Por supuesto. Son una leyenda en el mundo de las antigüedades. ¿Porqué?

—Un soplo de alguien que nos ha dicho que tal vez eso es lo que buscaban los ladrones. Pero usted no ha puesto ninguna estatua o estatuas de plata en su formulario de reclamación.

—¿Un soplo? ¿De quién?

—Anónimo, pero en este caso tenemos intención de seguir todas las pistas que encontremos. No vi nada que se corresponda con esta descripción en su lista de objetos robados.

—Evidentemente, puesto que no tengo ninguno. Si lo tuviera, agente, puede estar seguro de que lo hubiera tenido guardado en una cámara de un banco. Las diosas del destino son extraordinariamente valiosas. Por desgracia, se tiene la

certeza de que una se perdió con su dueño en el *Lusitania*. Y por lo que se refiere a las otras dos... nadie puede certificar su existencia.

—De modo que no tiene ninguna de estas estatuas.

La ira, lo ofensivo que le resultaba que la interrogaran, se le notaba en la voz.

—Creo que ya he contestado a esa pregunta. Si tuviera una de las estatuillas, puede estar seguro de que lo anunciaría a bombo y platillo. La publicidad sería muy beneficiosa para Morningside.

—Bueno, los soplos anónimos con frecuencia no son más que callejones sin salida. —Lew optó por el papel del que se disculpa—. Algo así no pasaría por los canales habituales. Dado que no pudimos localizarla, pedimos fotografías y descripciones de los objetos robados a la compañía aseguradora. Hemos estado comprobando los canales habituales. Jack Burdett ha cooperado con la cuestión de la seguridad. Pero, le voy a ser sincero, señora Gaye, hasta el momento no tenemos nada.

—Es muy preocupante. Gracias a Dios que estaba asegurada. Aunque, por supuesto, espero recuperar mis propiedades. Pero resulta muy preocupante saber que Morningside era vulnerable. Tendrán que disculparme. —Se puso en pie—. Estoy realmente cansada.

—La mantendremos informada. —Bob se puso de pie—. Ah, ¿y sobre lo otro? Lo del homicidio en el almacén que era suyo.

No serían sólo unas palabras, pensó Anita, se ocuparía personalmente de que aquel hombre acabara en la calle.

—En serio, detective, creo que ya ha quedado aclarado que no sé nada de eso.

—Sólo queríamos que supiera que ya hemos identificado a un sospechoso. Un hombre con el que la víctima supuestamente ha trabajado recientemente. —Se sacó una fotografía del bolsillo interior—. ¿Lo reconoce?

Anita miró la fotografía de Jasper y no supo si llorar o reír.

—No, no le conozco.

—Ya lo pensábamos, pero teníamos que seguir todas las posibles pistas. Gracias por su tiempo, señora Gaye.

Cuando caminaban de vuelta al coche, los dos policías intercambiaron una mirada.

—Está metida —dijo Lew.

—Vaya que sí. Hasta el cuello.

En el instante en que el coche se apartó del bordillo, Cleo sacó su teléfono.

—Está lista —dijo—. Haz la llamada. —Luego dejó el teléfono y se volvió hacia Gideon, que estaba en el asiento del conductor—. Esperemos unos minutos. Apuesto a que la oímos gritar desde aquí.

—Podemos esperar. —Le devolvió la bebida extradulce que había traído para que la compartieran durante la ronda de vigilancia—. Y después creo que

podríamos dar un pequeño rodeo y pasar por casa de Tía. Ahora no habrá nadie.

—Oh. —Cleo se pasó la lengua por la parte interior de la mejilla—. ¿Qué tenías pensado?

—Desgarrarte la ropa, tenderte en la primera superficie plana que encuentre y tomarte.

—Suenas bien.

Mientras tanto, en la casa, Anita subió la escalera como una exhalación. Tendría que haber matado a Jasper. Haberle matado cuando aún estaba a tiempo y luego haber contratado a algún matón nuevo, uno que tuviera cerebro, para que localizara a Malachi. Ahora tendría que buscar la forma de hacerlo de todos modos, antes de que la policía lo encontrara.

Tenía que ser Malachi quien había hablado a la policía de las estatuillas. ¿Quién, sino? Pero ¿por qué? ¿Era él quien había tratado de robar en Morningside?

Apretó los puños mientras andaba arriba y abajo por su dormitorio. ¿Cómo podía un capitán de barco saltarse todas aquellas medidas de seguridad? Habría contratado a alguien, supuso. Pero no le sobraba precisamente el dinero.

Tenía que hacerle pagar aquello, todo. Y vaya si le iba a hacer sufrir.

Descolgó el auricular al primer timbrazo y habló con voz brusca al auricular.

—¿Qué?

—¿Un día difícil querida?

Anita se tragó los insultos y se limitó a gruñir.

—Vaya, vaya, Malachi. Qué sorpresa.

—La primera de muchas. ¿Cómo has encontrado Atenas?

—Giré a la izquierda en Italia.

—Muy buena. No recordaba que se te dieran bien los chistes, pero es bueno saber que conservas el sentido del humor. Te hará falta. ¿Adivinas qué estoy mirando en estos momentos? A unas adorables damas de plata. Un pajarito me dijo que estabas haciendo grandes esfuerzos por localizarlas. Parece que te he ganado.

—Si quieres que hagamos un trato, lo haremos. ¿Dónde éstas? Preferiría discutir esto cara a cara.

—Lo imagino. Haremos un trato, Anita, desde luego. Me pondré en contacto contigo para decirte dónde y cuándo, pero prefiero darte tiempo para que te recuperes de la impresión.

—No me provocas ninguna impresión.

—¿Por qué no te vas a ver a tu pequeña dama de plata birlada mientras estabas girando a la izquierda en Italia? No te vayas muy lejos. Volveré a llamar en treinta minutos. Supongo que para entonces ya habrás recuperado la conciencia.

Cuando oyó la señal de que él colgaba, Anita dejó el auricular con un golpe. No la alteraría. Así que él tenía dos frente a una de ella, muy bien. Lo único que

había hecho había sido ahorrarle los problemas de pasarla por la aduana y traerla de vuelta a Nueva York

Echó un vistazo al armario y, sin poder resistirse, fue hasta allí y entró. Sus dedos temblaban de la rabia cuando abrió el panel y la caja de seguridad.

Cleo tenía razón. A aquella distancia y desde aquel ángulo, la oyeron gritar perfectamente.

Ahora que estaba desnuda boca abajo en el suelo, tratando de recuperar el aliento, Cleo supuso que a pesar de lo incómodo de la alfombra, valía la pena haber dejado a Gideon que la tomara. Sin inhibiciones.

Y como ella lo había tomado a él inmediatamente después, tampoco creía que él tuviera ninguna queja.

Iban al mismo ritmo. Un ritmo al cual podría bailar eternamente.

—¿Va bien por ahí? —le preguntó él.

—Creo que parte del cerebro se me ha salido por las orejas, pero me queda más. ¿Y tú?

—Bueno, todavía no veo, pero espero que la ceguera sea sólo temporal. Aun así, acabar medio descerebrado y ciego no parece un precio tan alto.

—Eres un verdadero encanto.

—En un momento así, cualquier hombre preferiría que lo llamaran tigre o algún otro nombre de bestia salvaje, ¿no, encanto?

—Vale, eres todo un mastodonte.

—Eso servirá. Tendríamos que levantarnos y asearnos un poco.

—Sí. Tendríamos.

Y siguieron tumbados como estaban, hechos un lío, sudados, rodeados de ropa.

—He oído por ahí que estás pensando abrir un club, o una escuela o algo así.

Ella se las arregló para mover un hombro, como encogiéndolo.

—Lo estoy pensando.

—Así que no piensas volver a bailar, dar vueltas por Broadway y esas cosas.

—Tampoco he dado muchas vueltas que digamos por Broadway.

—Creo que eres una bailarina estupenda.

—No lo hago mal. —Volvió la cabeza y apoyó la mejilla contra la moqueta —. Pero tienes que saber cuándo dar un nuevo paso o al final acabas como una fracasada que va de un casting a otro.

—Así que no piensas quedarte estancada.

—Podrías decirlo así.

Gideon le recorrió la espalda con el dedo y volvió a bajar. Tenía una espalda tan larga y adorable...

—¿Sabes? En Irlanda también hay clubes y escuelas de baile.

—¿En serio? Y yo que pensaba que allí sólo había tréboles y pequeñas hadas verdes.

—Te olvidas de la cerveza.

Ella se pasó la lengua por los dientes.

—No me iría mal una ahora.

—Traeré una para los dos, cuando consiga sentirme las piernas. Cobh no es tan grande y populoso como Nueva York.. (A Dios gracias). Pero es un pueblo respetable y vienen un montón de turistas. Y no está lejos de Cork, si echas de menos el tráfico y las masas. Nos gusta mucho el baile en Irlanda, tanto practicarlo como aprenderlo. Porque la gente que baila es una especie de artista, y nosotros los cuidamos como si fueran un tesoro nacional.

—¿Ah, sí? —Cleo sintió que el corazón empezaba a golpearle en el pecho—. Vaya, a lo mejor tendría que mirarlo.

—Yo creo que sí. —Su mano empezó a trazar círculos ociosos y ligeros sobre los glúteos de ella—. Entonces, ¿quieres casarte?

Cleo cerró los ojos un momento, dejó que la dulzura de aquello la recorriera. Luego volvió la cabeza, lo miró a los ojos.

—Claro.

Las sonrisas de los dos se hicieron más grandes y, riendo, se abrazaron justo en el momento en que se abría la puerta de la calle.

—La madre del cordero. Por Dios. —Malachi cerró los ojos con fuerza y le tapó a Tia los suyos con la mano—. ¿Tan difícil es encontrar una cama en este sitio?

—Teníamos prisa. —Gideon echó mano de los vaqueros y cuando los tenía a media rodilla se dio cuenta que eran los de Cleo—. Espera.

Riando abiertamente, Cleo le tiró a Gideon sus pantalones y cogió la camisa de él para ponérsela.

—No pasa nada. Nos vamos a casar.

—¿A casaros? —Tia apartó la mano de Malachi y, llena de emoción, fue a darle un abrazo a Cleo—. Es maravilloso. Oh, podéis celebrar una doble boda. Tú y Gideon y Rebecca y Jack Una doble boda. ¿No sería fabuloso?

—Es una idea. —Cleo se echó a un lado para mirar a Malachi, que estaba mirando al techo—. ¿No me vas a felicitar, a darme la bienvenida al seno de la familia Sullivan y todo eso?

—No creo que sea buen momento para hablar de senos. Ponte algo encima. No puedo acercarme si estás desnuda.

—Sólo estoy prácticamente desnuda. —Con la camisa de Gideon cubriéndole los muslos, Cleo se levantó y fue hasta Malachi.

—¿Te parece bien, señor cabeza de la familia?

Él la miró y, aliviado al ver que llevaba la camisa abotonada, le cogió el rostro entre las manos y le dio un beso en cada mejilla.

—Yo no hubiera sabido elegir mejor. Y ahora, por favor, ponte unos pantalones.

—Gracias, lo haré. Me gustaría hablar con Tia un momento.

—Tenemos muchas cosas que contaros sobre Anita y lo que va a pasar.

—Serán sólo cinco minutos —susurró—. Por favor. Llévate al guaperas a la azotea a fumar un pitillo, o tener una conversación de hombre a hombre, lo que quieras.

—Cinco minutos —concedió él—. Ahora el tiempo es fundamental. —Le hizo una señal a su hermano—. Vamos arriba.

—Necesito mi camisa.

—Bueno, pues no pienso dejar que cojas la que lleva ella puesta para que me dé otro ataque. Con la chaqueta tendrás bastante.

Gideon se cerró la chaqueta sobre su pecho desnudo.

—Yo no la he besado todavía. —Y la besó, con la suficiente fogosidad para que Malachi se pusiera a mirar al techo otra vez—. Volveré.

—Cuento con ello. —Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Cleo suspiró.

—Uau, ¿quién lo hubiera pensado? —Volvió a donde estaba Tia y se sentó en el suelo—. Siéntate.

Intrigada, Tia se sentó en la alfombra, frente a Cleo.

—¿Hay algún problema?

—No. Para nada. No llores, vale, porque entonces me voy; poner sentimental. Bueno... —Respiró hondo—. He estado pensando. Y eso me cuesta más que a ti, que eres la inteligente.

—No, no es verdad.

—Pues claro que sí. Tú eres así, profunda.

—¿Ah, sí?

—Tú entiendes. Ves la relación entre las cosas, las capas, y todo ese rollo. En parte es eso lo que estaba pensando. Si no fuera por las diosas del destino, tú y yo no estaríamos aquí sentadas en estos momentos. No nos movíamos precisamente por los mismos círculos. De todos modos pienso en lo que le pasó a Mikey y es duro. Una parte de mí se siente cochinemente porque estoy tan jodidamente feliz. Sé que es una tontería —dijo antes de que Tia pudiera hablar—. Estoy trabajando en ello. Pero el caso es que es como lo que has dicho. Hilos y destinos.

—El reparto de suertes. Láquesis.

—Sí, ésa era la mía. Nunca me hubiera imaginado que esto sería mi suerte. Tener una amiga como tú, que alguien como Gideon me quisiera. Y los otros. Como una familia. Nunca imaginé que este tipo de cosas estaban en mis cartas. Y no quiero joderla.

—Pues claro que no.

—He jodido muchas cosas en mi vida. Supongo que podría pensar que era el

destino. Es raro pensar que robé unos tejanos cuando tenía dieciséis años o cateé un examen de historia para poder llegar a este momento y estar sentada medio desnuda en esta alfombra, lloriqueando porque hay un hombre increíble en la azotea que me quiere.

Se echó el pelo hacia atrás, y se sorbió las lágrimas.

—Creo que será mejor que me ponga unos pantalones antes de que vuelva Malachi y se ponga peleón.

Echó mano de sus vaqueros y se detuvo.

—Hay otra cosa. Me preguntaba si podías responder por mí cuando me case. Como una dama de honor o algo así.

—Oh, Cleo. —Tía le echó los brazos encima y la abrazó. Y también lloró un poco—. Me encantaría. Soy muy feliz. Me alegro tanto por ti.

—Jesús. —Sorbiéndose los mocos, Cleo le devolvió el abrazo—. Me siento como una cría.

A las siete y media exactas, Anita entró en Jean Georges. Se había vestido con esmero, de Valentino, pero no le importó volver a utilizar el truco de hacer esperar a su cita.

Se volvió hacia la barra y vio que Jasper estaba en su sitio. Y disfrutó imaginando que aquélla era la última cena de Malachi.

El muy bastardo se creía que la tenía en sus manos y se permitía ordenarle que se reunieran en aquel restaurante público para exponerle los términos del trato. Le seguiría el juego hasta el postre y el café, y entonces se iba a enterar de quién tenía las cartas en la manga.

Un camarero la saludó por su nombre y la acompañó a la mesa de la ventana, donde Malachi la esperaba. Era lo bastante listo para sentarse con la pared a la espalda. Aunque tampoco le iba a servir de nada.

Él se puso en pie, le tomó la mano y se la llevó a un par de centímetros de sus labios.

—Anita. Tienes buen aspecto... para ser una víbora.

—Y tú robas muy bien para ser un guía turístico de segunda con delirios de grandeza.

—Bueno, ahora que hemos acabado con los cumplidos. —Tomó asiento e hizo una señal para que el camarero sirviera el champán que esperaba en el hielo—. Me ha parecido apropiado tener esta reunión en un entorno agradable. Después de todo, no es necesario que los negocios sean algo desagradables.

—¿No te has traído a tu fulana?

Malachi cató el vino, dio su aprobación.

—¿A qué fulana te refieres?

—Cleo Toliver. Me sorprendes. Pensaba que tenías mejor gusto. No es más

que una furcia profesional.

—No te pongas celosa, cielo. En el terreno de las furcias no tiene nada que hacer a tu lado.

El camarero se aclaró la garganta y continuó fingiendo que estaba sordo.

—¿Desean saber cuáles son los platos especiales de la noche?

—Por supuesto. —Malachi se recostó contra su silla. Escuchó y, antes de que el camarero se retirara para darles tiempo a pensarlo, pidió con generosidad para los dos.

—Das muchas cosas por supuestas —dijo Anita con frialdad, cuando volvieron a quedarse solos.

—Cierto.

—Has entrado en mi casa.

—¿Han entrado en tu casa? —Malachi fingió sorpresa—. Pues llama a la *garda*. Quiero decir, la policía. ¿Y qué les dirías que te falta?

Mientras Anita se concomía de rabia, Malachi se agachó y cogió un maletín.

—He pensado que te gustaría ver a las tres bellas damas juntas. —Y le pasó una impresión en grande de una fotografía digital que su hermana había hecho unas horas antes—. Bonitas, ¿eh?

Anita sentía tanta rabia que no podía ni hablar. La avaricia hizo que el temblor le llegara hasta las puntas de los dedos.

—¿Qué quieres?

—Oh, muchas cosas. Una vida larga y saludable; un perro fiel. Y una gran cantidad de dinero. Pero no hablemos de estos temas con el estómago vacío. También tengo fotografías individuales para que las estudies. Tendrás lo que pagues.

Anita estudió cada fotografía y cada nueva perspectiva hacía aumentar el grado de sufrimiento que pensaba infligirle antes de matarlo. Se puso las fotografías en el regazo cuando les sirvieron los aperitivos.

—¿Cómo pudiste entrar en mi casa? ¿Y abrir la caja fuerte?

—Me atribuyes demasiados méritos para no ser más que... ¿cómo era?... un guía turístico de segunda. Y debo decir que me ofendes, porque aún no has probado ninguno de nuestros tours. Tenemos toda la razón para estar orgullosos de nuestro pequeño negocio familiar.

Anita pinchó un champiñón salteado.

—Quizá tenía que haber ido a por tu madre.

Aunque el comentario hizo que la sangre se le helara, Malachi conservó la calma.

—Se te hubiera comido con patatas para el desayuno y le hubiera dado las sobras al gato del vecino. Pero no entremos en cuestiones personales. Me estabas haciendo una pregunta. Quieres saber cómo he podido recuperar lo que me robaste.

—Tampoco me creo que llamaras a la policía.

—Te lo puse muy fácil, en eso estamos de acuerdo. Tonto de mí, voy y me creo que eras una respetable mujer de negocios y te entregué la estatuilla para que la examinaras y dieras tu opinión. —Probó un poco de carne de cangrejo—. En eso no te equivocaste. ¿Cómo iba a presentarme a la policía acusando a la respetada propietaria de Morningside Antiquities de robar a un cliente? De robar algo que se creía que estaba en el fondo del mar.

» Y ahora —dijo mientras el camarero se adelantaba en silencio para volver a llenarles los vasos—, parece que tú te encuentras en una posición similar. Es muy duro confesar públicamente que has perdido algo que nunca debieras haber conseguido.

—No puedes haber entrado en Morningside ni en mi casa sin ayuda.

—Resuelve ese misterio y no te faltarán amigos. Por cierto, Cleo te manda saludos. Sus peores saludos. Pero piensa que si le hubieras pagado un precio, si hubieras actuado limpiamente en aquel momento, ahora no estaríamos en esta posición.

Se inclinó hacia delante y su falso buen humor se desvaneció.

—El hombre al que hiciste asesinar, se llamaba Michael Hicks, y sus amigos le llamaban Mikey. A ella le duele. Y puedes dar gracias de que la haya convencido para que hagamos tratos contigo.

Anita apartó su plato de aperitivos, cogió su vino.

—Mi empleado, ex empleado, tenía instrucciones expresas de conseguir información. Pero se dejó llevar. Es difícil conseguir personal competente en algunas áreas.

—¿También tú te dejaste llevar cuando le llenaste el cuerpo de plomo a tu ex empleado?

—No. —Anita lo observó por encima del borde reluciente del cristal—. Apreté el gatillo con mano firme. Harías bien en recordarlo y en comprender qué hago con la gente que me decepciona.

Anita cogió el maletín, y guardó las fotografías cuando el camarero volvió con las ensaladas.

—¿Puedo quedármelas?

—Por supuesto. Te diré lo que yo comprendo. Las vidas de dos personas no te parecen un precio demasiado alto a cambio de lo que quieres. Estoy seguro de que el precio que voy a pedirte tampoco te parecerá demasiado alto.

—¿Y es?

—Diez millones, en efectivo.

Anita rio con despecho, a pesar de que el pulso se le aceleró. Tan poco, pensó. Aquél hombre era un perfecto idiota. En una subasta podía pedir el doble. Más, mucho más con la publicidad adecuada.

—¿De verdad crees que te voy a pagar diez millones de dólares?

—Sí, lo creo. Tres por cada dama y otro de propina. La cantidad que Cleo te pedía por Láquesis antes de que hicieras asesinar a su amigo fue una ocasión que no se volverá a repetir. Oh, y ahora viene lo mejor. —Malachi abrió un bollo—. Mikey sabía dónde estaba guardada la estatuilla y tenía los medios para sacarla. ¿Qué te parece?

—Me parece que el señor Dubrowsky tuvo lo que se merecía. A partir de ahora yo llevaré mis negociaciones en persona.

—Entonces te diré sin tapujos que el precio que pedimos no es negociable, así que no estropeemos esta adorable cena con regateos. Habíamos pensado pedir mucho más, dejar que te opusieras y trataras de regatear. Pero, la verdad, hemos llegado demasiado lejos para comportarnos de una forma tan mezquina. Tú las quieres, yo las tengo. Ése es el precio.

Dio un bocado al bollo, al que había puesto mantequilla.

—Tú las venderás a cambio de un beneficio considerable, conseguirás una considerable fama para Morningside y para ti. Todos salimos ganando.

—Incluso si estuviera de acuerdo con el precio, una cantidad tan grande en efectivo...

—Efectivo. O tendría que decir efectivo electrónico. Lo más sencillo, sin papeleo. Te daré dos días para conseguirlo.

—¿Dos días?

—Es más que suficiente para una mujer tan astuta como tú. El jueves, a las once en punto. Transferirás el dinero a una cuenta que te diré en su momento. Una vez lo hayas hecho, te entregaré a Cloto, Láquesis y Átropo.

—¿De verdad esperas que confíe en tí?

Él frunció los labios.

—Es un problema, ¿verdad? Y en cambio yo confío en que harás los arreglos necesarios y no tendrás un par de rottweilers por allí esperando para tirármelos al cuello y arrancarme el premio de las manos. Por eso haremos el intercambio en un lugar público. La Biblioteca Pública de Nueva York. Estoy seguro de que has oído hablar de ella. La que está en la Quinta Avenida con la Cuarenta. Grandes leones de mármol en el exterior. Tienen una amplia sección de mitología. A mí me parece perfecto.

—Necesito tiempo para pensarlo. Y una forma de contactar contigo.

—Tienes hasta las once del jueves para pensarlo. Por lo que se refiere a contactar conmigo, bueno, no será necesario. Éstos son los términos. Si no te gustan, estoy seguro de que encontraré a quien sí le gusten. Wyley's, por un poner. La biblioteca, sala principal de lectura en la segunda planta. Disculpa un momento, cielo. Voy a los lavabos.

Caminó y cruzó las puertas que llevaban a la zona de descanso y de bar del local. Y siguió caminando, dejando a Anita que pagara la cuenta.

—Ha ido bien —dijo al micrófono que llevaba bajo la solapa.

—Muy bien —concedió su hermana—. Estamos dando la vuelta. Te recogeremos en la esquina este. Cleo quiere que sepas que está muy decepcionada porque no has esperado y no te has traído la comida que ha sobrado en una bolsa.

Malachi chasqueó la lengua y volvió la esquina. Y entonces notó la punta afilada de un cuchillo en el costado, junto al riñón.

—Sigue andando, amigo. —La voz de Jasper era baja y uniforme. Cogió a Malachi del brazo con la mano libre—. Y no olvides que te puedo clavar esto y hacerte un buen tajo y nadie va a notarlos.

—Si lo que buscas es lo que llevo en la cartera, te vas a llevar una decepción.

—Vamos a subirnos en un coche que tengo a media manzana de aquí y nos iremos a un sitio bonito y tranquilo que he preparado para ti. Y tendremos una bonita charla.

—Me gusta charlar. ¿Por qué no buscamos un bar y zanjamos esto de forma amistosa?

—He dicho que camines.

Malachi contuvo un insulto al notar que el cuchillo le atravesaba la chaqueta y la camisa y se le clavaba en la piel.

—Va a ser un poco difícil si no dejas de pincharme como si fuera un pinchito.

—Bueno —dijo Gideon acercándose por detrás—. Estoy en un dilema. Si tú le clavas ese cuchillo a mi hermano, yo te disparo. No creo que eso nos convenga a ninguno.

—Dispárale de todos modos. Se ha cargado mi mejor traje.

—Eso no parece muy justo. ¿Tú qué dices, Jack?

—Si te dejas con los sesos en el suelo, los barrenderos municipales tendrán que limpiarlo, y eso significa más impuestos para mí. —Le tendió la mano—. Pero si no apartas ese cuchillo ahora mismo de mi hermano y me lo entregas, pagaré con mucho gusto.

Ésta vez, cuando la punta del cuchillo dejó de pincharle el costado, Malachi no se contuvo:

—Joder, ¿por qué has tenido que tardar tanto?

—Ahora la maquinaria —intervino Jack y en un movimiento que parecía un abrazo amistoso, le quitó a Jasper la pistola de debajo de la chaqueta y se la metió debajo de la suya.

—¿Estás bien, Mal?

—Oh, de maravilla. —Se llevó la mano al costado—. ¿Con qué demonios pensabas dispararle?

Gideon levantó el inhalador de Tia desde detrás de la espalda de Jasper.

—Oh, perfecto. Le debo mi vida a la hipocondría pura y dura. —Vio la furgoneta, se volvió a Jasper y le dedicó una sonrisa burlona—. Ahora podemos tener esa bonita y tranquila charla. —Abrió la puerta de cara y entró.

Tia se abalanzó sobre él, diciendo su nombre entre sollozos, pero él la frenó con una mano.

—Un momento. Cada cosa a su tiempo. —Y en cuanto hubieron subido a Jasper, le estampó un puñetazo en la cara.

—Oh, estupendo. —Con una mueca de dolor, Malachi flexionó los dedos—. Seguro que una mano rota me ayuda a olvidar que estoy desangrándome como un cerdo.

Tras la impresión inicial, Tia hizo que Malachi se sentara.

—Cleo, llévanos a casa de Jack. Tú mantén a ese horrible hombre en ese rincón —le ordenó a Gideon—. Jack, ¿tienes un botiquín por aquí?

—En la guantera.

—Rebecca.

—Ya va.

A pesar del dolor y la punzada que sintió cuando Tia le quitó la chaqueta, Malachi le sonrió.

—Eres un encanto. Dame un beso.

—Estate quieto. Estate quieto. —Aunque la cabeza se le fue un poco cuando vio la sangre en la parte inferior de la camisa de Malachi, la desgarró. Lanzó una mirada fulminante a Jasper, atado y amordazado en un rincón de la furgoneta—. Tendría que avergonzarse de sí mismo.

—Tendría que ir al hospital y que lo viera un médico, ¿no crees? —Tia andaba arriba y abajo en el apartamento de Jack, retorciéndose las manos—. El corte es muy profundo. Si Jack y Gideon no hubieran llegado a tiempo... si ese hombre hubiera logrado llevar a Mal hasta su coche...

—Si un cerdo tuviera dos cabezas, tendría dos cerebros. —Eileen le tendió un vaso con tres generosos dedos de Paddy's—. Bebe esto.

—Oh. Bueno, en realidad no bebo. *Whisky*... antes a veces bebía un poquito antes de algunas conferencias, pero no es...

—Tia. Tranquila.

Al oír la orden de Cleo, Tia se estremeció, asintió y luego cogió el vaso y lo apuró.

—Ésa es mi chica —dijo Eileen en tono aprobador—. Y ahora siéntate.

—Estoy demasiado agotada para sentarme. Señora Sullivan... Eileen, ¿no cree que tendría que verle un médico?

—Le has curado muy bien. El chico ha tenido peleas más fuertes con su hermano. Mira, Rebecca te ha traído una blusa limpia.

—Limpia... —Desconcertada, Tia se miró la camisa y vio que estaba manchada de sangre—. Oh —consiguió decir mientras la vista se le nublaba.

—No, no loagas. No señor. —Eileen habló en tono enérgico y la hizo

sentarse—. Ninguna mujer que puede curar a hombre en una furgoneta en marcha se va a desmayar por un poco de sangre. No eres tan tonta.

Tía pestañeó tratando de aclararse la visión.

—¿De verdad?

—Lo hiciste estupendamente —le dijo Cleo—. Fuera de serie.

—Estuvo genial —concedió Rebecca—. Venga, cámbiate así podremos poner en remojo tu bonita camisa y ver si la sangre se va.

—¿Creéis que le van a pegar? —preguntó Tía.

—¿A nuestro amigo Feo y Sucio? —Cleo le pasó la camisa a Rebecca—. Eso espero.

Era lo que estaban discutiendo abajo, algo acalorados, con Jasper en la desafortunada posición de estar atado a una silla escuchando los pros y los contras.

—Yo digo que le demos una paliza, le rompemos unos huesos y luego hablamos con él.

Jack negó con la cabeza, le cogió a Malachi el martillo que estaba golpeando rítmicamente contra el poyo.

—Tres contra uno. No me parece muy justo.

—Vaya, ahora queremos justicia. —Disfrutando de lo lindo Malachi se abalanzó sobre Jasper y derribó la silla—. ¿Y ha sido muy justo cuando me ha clavado el cuchillo en plena calle?

—Eso es cierto, Jack —Gideon cogió unos anacardos de un cuenco y se los echó a la boca—. El muy cerdo le ha clavado un cuchillo a mi hermano, que estaba desarmado. Eso no está bien. Quizá tendríamos que dejar que Mal le hiciera lo mismo. No para matarle ni nada tan fuerte. Sólo un poco, para quedar iguales, por así decirlo.

—Sí, mira. —Mal levantó un brazo, enseñando el vendaje que tenía por encima de la cintura—. ¿Y el traje? Es otro factor importante. Y la camisa. Tienen agujeros tan grandes como yo.

—Sé que estás molesto. No puedo culparte. Pero él sólo hacía su trabajo. ¿No? —Jack abrió la cartera que le había cogido como si quisiera comprobar el nombre—. Marvin.

A través de la mordaza, Marvin profirió un sonido ahogado.

—Pues su jodido trabajo apesta —dijo Malachi con sorna—. Y llevarse varios golpes es uno de los riesgos de un trabajo.

—Hagamos una cosa. Primero intentamos hablar con él, a ver si coopera. Si no estás satisfecho —Jack le dio a Malachi una palmadita amistosa en la espalda — le sacamos los higadillos.

—Y empiezo yo. Quiero partirle los dedos de esa manita con la que me ha

pinchado. Un nudillo tras otro.

Los hombres se miraron entre sí, volvieron a mirar a Jasper, que tenía los ojos desorbitados, y sintieron la satisfacción de haber hecho bien sus respectivos papeles.

Jack se acercó a él, le bajó la mordaza.

—Vale, ya tienes una idea. Mis amigos quieren hacerte cachitos. Soy un gran defensor de la democracia, y la mayoría decide. Si quieres evitarlo, tendrás que colaborar. De lo contrario, les daré rienda suelta y cuando acabemos contigo, te dejaremos tirado a la puerta de la casa de Anita. Ella te rematará. ¿Gid? Vuelve a pasar esa parte de la cinta donde le dice a Mal lo que hace con los empleados poco eficientes.

Gideon se acercó a la grabadora y puso la cinta. La voz de Anita, fría como la muerte, inundó la habitación, hablando sobre llenar de balas a un hombre con mano firme y decidida.

—Nos aseguraremos que puede hacerlo contigo —le dijo Jack—. Nosotros tres podemos hacerte daño, pero no somos asesinos. Eso se lo dejamos a una experta.

—¿Qué demonios queréis?

—Que nos digas todo lo que sabes. Todo. Y cuando llegue el momento, se lo contarás todo a un amigo mío que resulta que es policía.

—¿Crees que voy a hablar con la pasma?

—He visto tu expediente, Marvin. No sería la primera vez. Nadie te ha acusado aún de asesinato. ¿Quieres darle a Anita la ocasión de tergiversar las cosas para que las muertes de Dubrowsky y Michael Hicks recaigan sobre ti? —Jack dejó pasar un segundo—. Porque eso es lo que hará si no te adelantas y lo haces tú primero, con nuestro respaldo. O eso o nos retiramos y dejamos que haga contigo lo mismo que le hizo a Dubrowsky.

—Mejor la cárcel que la tumba —terció Malachi—. Tendrías que saber que también tenemos grabada nuestra pequeña aventura con el cuchillo. Así que podríamos entregarte junto con la cinta a la policía y tan contentos, y no contarás con la ventaja de tener... ¿cómo se dice, Jack?

—Arrepentimiento. Arrepentimiento y cooperación.

—No tendrás esa oportunidad con la policía. Mientras Anita siga libre y disponga de dinero, ¿cuánto crees que tardaría en contratar a alguien para que termine contigo cuando estés entre rejas?

—Quiero hacer un trato. —Jasper se pasó la lengua por los labios—. Quiero inmunidad.

—Eso tendrás que hablarlo con mi amigo policía —le dijo Jack—. Estoy seguro de que tendrá en cuenta tus necesidades y peticiones con mucho gusto. Y ahora —Jack hizo una señal a Gideon para que encendiera la grabadora de vídeo —, hablemos de lo que es trabajar para Anita.

Anita se sumergió en la bañera, cubierta de burbujas hasta la barbilla. Se imaginó que en aquellos momentos estaban ablandando a Malachi. Por la mañana, cuando hubiera tenido tiempo de sobra para pensar y sufrir, se pasaría a verlo. Le diría exactamente dónde tenía las estatuillas, dónde encontrar a Cleo Toliver, y le confirmaría si sus sospechas eran acertadas y había sido Jack Burdett o alguien de su empresa quien le había ayudado con el sistema de seguridad.

Y entonces se ocuparía de todos ellos, personalmente.

La luz de la vela brillaba con suavidad sobre sus párpados cerrados cuando contestó al teléfono, que había dejado en el borde de la bañera.

—¿Sí?

—Siento haber tenido que dejarte tan precipitadamente.

La voz de Malachi hizo que se incorporara de golpe en la bañera. Agua y burbujas se desbordaron por el borde y bajaron como un río sobre las baldosas del suelo.

—Ha sido una descortesía por mi parte —prosiguió—. Pero tenía lo que podríamos llamar un compromiso urgente. En todo caso, estoy deseando verte el jueves. Recuerda, a las once. Ah, y otra cosa. El señor Jasper me ha pedido que te diga que abandona.

Cuando el clic sonó en su oreja, Anita dejó escapar un rugido de frustración. Arrojó el teléfono al otro lado del cuarto de baño, y se estrelló contra el espejo.

Por la mañana, cuando la criada entró a limpiar, chasqueó la lengua y pensó en siete años de mala suerte.

En el fondo, sería como una obra de teatro, y dependería en gran medida de la puesta en escena, el vestuario, atrezzo y el interés que pusieran los actores en sus respectivos papeles. Dado que Cleo era la experta, ella asumió el cargo de directora.

Eileen hizo de Anita; Cleo dirigió el ensayo sin piedad.

—La sincronización, muchachos. Todo está en la sincronización. Jack, tú empiezas.

Jack hizo como que hacía la llamada que lo pondría todo en marcha, luego fue con Gideon al ascensor.

—No entiendo por qué tenemos que volver a bajar. Con que hiciéramos que bajamos ya sería bastante.

—Mira, guaperas, yo dirijo este espectáculo. Así que muévete.

Gideon entró en el ascensor con Jack.

—Buena suerte —dijo Tia, y se encogió de hombros—. Bueno, eso es lo que les diría si esto fuera real.

—Ves. —Cleo cruzó los brazos—. Tia sí que sabe ensayar. Muy bien. Ahora imaginemos que son las ocho y cuarto y el tiempo pasa. Se están colocando dos de los tres cebos. Los demás esperamos aquí, disfrutando de un desayuno nutritivo hasta que Gideon vuelve. El reloj suena, suena, ¿dónde demonios está?

—Estaríamos todos como gatos enjaulados, bebiendo café sin parar —terció Rebecca mientras pasaba una página de una de las revistas de novia—. Oh, mamá, mira qué vestido. Éste podría estar bien.

—Ella no es tu madre. Es la perversa y temible Anita Gaye. Haz tu papel —insistió Cleo y se volvió al oír que las puertas del ascensor se abrían—. Llegas tarde, estábamos preocupadas, bla, bla, bla. Y nos cuentas que todo va maravillosamente.

—Lo haría si me dejaras.

—Los actores son tan infantiles... —Lo cogió por la camisa y tiró de él para darle un beso—. Cambio de escena —anunció—. Biblioteca. Interior. Hora: diez y media. Lugares, gente.

Estaba lloviendo cuando Malachi bajó del taxi delante de la Biblioteca Pública de

Nueva York La lluvia y el tráfico les habían hecho retrasarse ligeramente.

El tiempo le hizo sentir añoranza. Aquello casi había terminado, pensó mientras subía la escalera, entre los leones conocidos como Paciencia y Fortaleza. Casi era hora de volver a casa y retomar los hilos de su vida. Los antiguos y los nuevos. ¿Qué patrón formarían cuando los uniera?

Se sumergió en aquella grandeza y quietud, tan parecida a la de una catedral. Era la segunda vez que iba a aquel sitio porque le habían exigido una especie de ensayo general. Aún no acababa de entender por qué que una biblioteca tan imponente y majestuosa no tenía libros a la entrada.

Se pasó una mano por el pelo mojado y, tal como habían planeado, subió por la escalera en vez de en ascensor.

Nadie pareció fijarse particularmente en él. Había gente sentada a las mesas, estudiando, hojeando libros. Otros tecleaban en sus ordenadores portátiles, escribían en sus cuadernos, deambulaban entre las estanterías.

Como habían planeado, rellenó la hoja de solicitud del libro que Tia había considerado más apropiado y lo presentó al mostrador correspondiente.

Le gustaba el olor de aquel sitio, a libros, a madera y a gente que entraba y salía de la lluvia. En otro momento hubiera disfrutado por el solo hecho de estar allí. Y, aunque Gideon era el más aficionado a la lectura de la familia, Malachi hubiera disfrutado eligiendo un libro y sentándose a leer en aquel palacio de la literatura.

Pasó ante el lugar donde Gideon estaba sentado leyendo *Matar a un ruiseñor*. Gideon pasó una página de la lírica narración de Harper Lee, señal de que tenía vía libre.

Habían considerado la posibilidad de que Anita hubiera tenido tiempo de contratar a un sustituto para Jasper. Y que la rabia la hubiera empujado a buscar a alguien sin escrúpulos para matar a un hombre desarmado en una biblioteca.

Pero no era probable, y hubiera perdido su mejor oportunidad de hacerse con las diosas. Y, aunque era un riesgo que Malachi estaba dispuesto a correr, sintió un cosquilleo en la nuca mientras caminaba entre las estanterías de libros.

Encontró una mesa tranquila y miró ociosamente a su alrededor, pasando la vista sobre la cabeza de Rebecca, inclinada sobre su ordenador portátil.

Una bonita bibliotecaria le llevó su libro veinte minutos después. Y Malachi se preparó para esperar.

En Morningside, después de pasar una hora revisando las cintas de seguridad que Burdett le había facilitado, el detective Lew Gilbert estaba interrogando a los dependientes con relación a tres objetos del inventario que faltaban.

En el centro, Jasper trataba de llegar a un acuerdo con la oficina de detectives.

Cleo, al volante de la furgoneta que serpenteaba entre el tráfico por la Quinta, tamborileaba con los dedos al ritmo de las Barenaked Ladies y esperaba para darle entrada a Tia.

Malachi oyó el golpeteo de tacones, percibió una vaharada de perfume caro y levantó la vista de su libro.

—Hola, Anita. Estaba leyendo sobre mis damas. Unas mujeres fascinantes. ¿Sabías que cantan sus profecías? Como un grupo musical mitológico.

—¿Dónde están?

—Oh, están a buen recaudo. Perdona, qué poco educado. —Se puso en pie y sacó una silla—. Siéntate, por favor. En un día tan lluvioso como hoy, este sitio casi parece acogedor.

—Quiero verlas. —Pero se sentó, cruzó las piernas, cruzó las manos. Haría negocios, se recordó. De momento—. No pensarás que voy a pagarte esa cantidad tan exorbitante sin ver primero la mercancía.

—Ya tuviste ocasión de examinar una y mira lo que pasó. ¿Verdad? Enviaste a unos hombres muy poco educados a seguir a mi hermano. Y yo quiero mucho a mi hermano.

—Lo único que lamento es no haberlos enviado detrás de ti, con instrucciones menos conservadoras.

—Bueno, de todo se aprende. No había necesidad de matar a aquel amigo de Cleo. No estaba implicado.

—Ella lo implicó. Se trataba de negocios, Malachi. Sólo negocios.

—Esto no es *El padrino*. Negocios, Anita, hubiera sido aceptar el precio de Cleo por la diosa. Si hubieras actuado con honestidad, la tendrías en tus manos. Y puede que incluso la tercera. Pero el caso es que lo que tienes en las manos es sangre.

—Ahórrate el discursito.

—Si hubieras sido honesta conmigo —prosiguió— en lugar de dejar que tu avaricia te obcecara, ahora las tendrías las tres por una fracción de lo que vas a tener que pagar. Tú iniciaste esta vía cuando nos robaste a mí y mi familia.

—Tú quisiste acostarte conmigo. Dejé que me jodieras y luego te lo di y o a ti. No tiene sentido lloriquear por eso.

—Tienes toda la razón. Sólo te estoy explicando por qué estamos sentados aquí en este momento. Diez millones. ¿Has hecho las disposiciones necesarias?

—Tendrás el dinero, pero no hasta que haya visto las estatuillas. La transferencia está preparada. Una vez verifique que tienes lo que dices tener, haré una llamada y será transferido a tu cuenta.

—Una cosa más antes de que procedamos. Si, una vez realizada la transacción, se te ocurre recuperar parte de lo tuyo haciendo daño a algún miembro de mi familia, a Cleo o a mí, ten en cuenta que tengo pruebas de todo. De todo, Anita, y las tengo en un lugar seguro.

—« Si algo me sucediera » . —Profirió una risa seca—. Qué trillado.

—Trillado pero cierto. Tendrás lo que has pagado. Y se acabó. ¿Estamos de acuerdo?

Una mujer que había pasado doce años casada con un hombre que le repugnaba en la cama y al que aborrecía sabía cómo ser paciente. Lo bastante paciente, pensó, para esperar los años que hicieran falta para poder preparar algún trágico accidente.

—Estoy aquí, ¿no? Déjame verlas.

Malachi se echó hacia atrás en el asiento, sin apartar los ojos de ella, alzó una mano. Gideon se acercó a la mesa y colocó un maletín negro entre los dos.

—No creo que conozcas a mi hermano personalmente. Gideon, Anita Gaye.

Anita apoyó una mano en el maletín, alzó la vista.

—Así que eres el chico de los recados —dijo con voz melosa—. Y dime, ¿no te importa compartir tu puta con tu hermano?

—En mi familia nos gusta compartir. Aunque me alegro de que Mal no te compartiera conmigo. Eres un poco vieja para mi gusto.

—Eh, eh, esos modales. —Malachi señaló con el gesto el maletín.

—Es un sitio demasiado público para un examen.

—O aquí o nada.

Con un movimiento brusco, Anita trató de abrir el maletín.

—Está cerrado.

—Pues sí. —La voz de Gideon era animada—. La combinación es siete, cinco, quince. —La fecha del hundimiento del *Lusitania*.

Anita introdujo la combinación, la cerradura se abrió, abrió el maletín. Las Moiras miraban hacia arriba plácidamente acunadas en espuma de embalar.

Anita levantó la primera y la examinó. Recordaba bien el tacto, el peso, la forma de Cloto. La textura satinada de su falda de plata, el complicado bucle de su pelo al caer sobre el hombro, la delicadeza del huso que tenía en la mano.

La dejó en su sitio y cogió a Láquesis. Había diferencias sutiles. El vestido tenía una caída distinta y dejaba al descubierto uno de los hombros. El pelo reluciente estaba recogido en una especie de corona. La mano derecha sostenía el extremo de una cinta que salía de la regla de medir que sujetaba con la izquierda. Había incisiones y números griegos en la cinta.

El corazón de Anita empezó a latir con fuerza cuando dejó a la segunda diosa en su sitio y cogió la tercera.

Átropo era ligeramente más baja que sus hermanas. Como decía la leyenda. Su rostro era más suave, más afable. Sujetaba las tijeras entre las manos, apoyadas entre los pechos. Llevaba sandalias, y la cinta que ataba la de la izquierda se cruzaba dos veces antes de desaparecer bajo las faldas.

Cada uno de los detalles coincidía con las descripciones. El trabajo era excelente. Y más, mucho más, una sensación de poder emanaba de ellas. Una

especie de latido silencioso que resonaba en la cabeza de Anita.

En aquel momento hubiera pagado, hubiera hecho lo que fuera por tenerlas.

—¿Satisfecha?—le preguntó Malachi.

—Un examen visual difícilmente puede resultar satisfactorio. —Seguía con Átropo en la mano—. Hay que realizar ciertas pruebas...

Malachi le arrancó la diosa de la mano y la puso en el maletín con sus hermanas.

—Eso ya lo hemos hecho antes. O lo tomas o lo dejas, ahora.

Cerró el maletín, aunque ella trató de detenerlo. Y lo aseguró.

—No esperarás que te pague diez millones de dólares después de un examen de dos minutos.

Malachi habló en voz baja, igual que ella. Razonable, como la de ella.

—Es lo único que tenías cuando te enseñé a Cloto la primera vez. Y lo supiste, lo mismo que lo sabes ahora. Haz la transferencia y podrás llevártelas. —Quitó el maletín de la mesa mientras hablaba y lo dejó en el suelo, a sus pies—. No lo hagas y saldré de aquí con ellas y las venderé a otro. Sospecho que Wyley pagaría el precio sin discutir.

Anita abrió su bolso de mano. Malachi la cogió por la muñeca cuando trataba de meter la mano.

—Espacio, querida. —Y no le soltó la muñeca hasta que Anita sacó el móvil.

—¿De verdad crees que sacaría una pistola y te dispararía a sangre fría en un lugar público?

—Todo lo que no sea un lugar público te va tan bien como ese vestido tan bonito que llevas. —Y le cerró el bolso él mismo, luego volvió a acomodarse.

—Si tan despiadada te parezco, ¿por qué no has ido primero a Wyley?

—Supongo que contigo hay que dar menos explicaciones, y hay cosas que resultarían muy embarazosas.

—Dile a tu hermano que deje de rondarme como un matón —espetó, y cuando Gideon se retiró marcó un número—. Soy Anita Gaye. Estoy lista para transferir los fondos.

Malachi se sacó un papel doblado del bolsillo y lo desplegó sobre la mesa, delante de ella. Anita comunicó los datos que había escritos.

—No —dijo finalmente—. Te volveré a llamar.

Dejó el teléfono en la mesa.

—La transferencia se está realizando. Quiero las estatuillas.

—Y las tendrás. —Empujó el maletín para apartarlo más—. Cuando haya comprobado que el dinero está en mi cuenta.

Desde una mesa cercana, Rebecca contestó un e-mail de Jack, le mandó otro a Tia y siguió controlando la cuenta mencionada.

—Es mucho dinero, Malachi. ¿Qué piensas hacer con él?

—Tenemos muchos planes. Tendrías que venir a Cobh alguna vez, y ver por tí misma cómo lo hemos invertido. Y tú, ¿qué vas a hacer? Tratarás de sacarles el mayor provecho desde ya o prefieres tomarte un tiempo para disfrutar de tu adquisición.

—Los negocios primero, como siempre.

Ahora, pensó Gideon cuando vio a su hermana cerrar el portátil, lo fundamental era la coordinación. No tardarían en comprobar el trabajo tan excepcional que Cleo había hecho con la coreografía. Sujetó los pulgares en las trabillas del pantalón y metió la mano en los bolsillos delanteros.

A la señal, Malachi miró hacia allá.

—Vaya —dijo, y miró a Anita con el entrecejo fruncido—. Tenemos compañía. Deja que yo me ocupe de ella.

—¿Quién?

—Tía. —Malachi adoptó un tono afable cuando se puso en pie—. Qué coincidencia.

—Malachi. —Tía tartamudeó un poco, y la emoción del momento y el papel que hacía llevaron el color a sus mejillas—. No sabía que habías vuelto a Nueva York

—Acabo de llegar. Pensaba llamarte esta tarde. Pero me has ahorrado el precio de la llamada. —Se inclinó, juntó su mejilla a la de ella y miró a Anita arqueando las cejas.

—Yo venía a buscar información para uno de mis libros. —Apretó el maletín contra su pecho—. Nunca hubiera pensado... —Dejó la frase sin acabar, con aire sorprendido—. ¿Anita?

—Es verdad, ya os conocéis. —Malachi levantó la voz, con un deje de histerismo suficiente para que las cabezas se volvieran irritadas hacia ellos—. He pedido a la señora Gaye que se reuniera aquí conmigo para hablar... mmm... para hablar de una compra potencial para mis oficinas.

—Ya veo. —Tía miraba a uno y otro, con los ojos muy abiertos y expresión dolida, como si entendiera perfectamente—. Bueno, yo... no quería interrumpir. Como he dicho, yo solo... Oh, ¿estás leyendo sobre las Moiras?

Se inclinó hacia delante, con algo de torpeza, para tapar el campo de visión de Anita.

Rebecca se acercó y cambió los maletines. Le guiñó un ojo a Gideon, aferró con firmeza el asa del maletín donde estaban las estatuillas y salió de la sala de lectura, bajó la escalera y salió de la biblioteca.

—Era para entretenerme. —Malachi dio unos toquecitos en el teléfono de Anita cuando vio que la luz de aviso de llamada parpadeaba—. Creo que tienes una llamada, Anita.

—Perdonadme. —Cogió el teléfono—. Anita Gaye.

—Yo... yo tendría que ponerme con lo mío —dijo reculando—. Ha sido un

placer volver a verte, Malachi. Ha sido... bueno, adiós.

—Adiós a sus sueños de doncella. —Con una risa ligera, Anita apretó el fin de llamada—. La transferencia ya está completada, así que...

Quiso coger el maletín y, por segunda vez, Malachi la aferró por la muñeca.

—No tan deprisa, cielo. Prefiero comprobarlo por mí mismo.

Malachi sacó su móvil y, como si quisiera confirmar lo que Rebecca ya había verificado, llamó a Cleo en la furgoneta.

—Necesito confirmar una transacción electrónica —dijo secamente—. Sí, espero.

—Rebecca entra ahora en la furgoneta. Jack debe de estar en casa de Anita con el detective Gilbert. Tienen una orden de registro.

—Sí, gracias, le daré el número de cuenta.

—Mal, soy Rebecca. Jack me ha mandado un e-mail desde su PalmPilot. Su amigo el detective Robbins quiere detener a Anita para interrogarla por los asesinatos. Debe de estar en Morningside. Teniendo en cuenta que el otro policía está en su casa, no tiene a donde ir. Mira, Tia llega ahora de la biblioteca.

—Estupendo. Muchas gracias. —Volvió a meterse el móvil en el bolsillo—. Parece que todo está conforme. —Se puso en pie y le tendió el maletín—. No puedo decir que haya sido un placer.

—Eres un tonto, Malachi. —Anita se levantó también—. Peor, eres un tonto que se cree listo. Convertiré lo que hay en este maletín en la historia más extraordinaria de la década. Qué demonios, del siglo. Y eso significa dinero.

—Menuda pieza —comentó Gideon cuando Anita se fue.

—Oh, bueno, ahora está algo desinflada. Dejémosle un par de minutos para que arranque su escoba de bruja y luego vamos a ver a las chicas.

La escoba hubiera podido ser un taxi de Nueva York, pero Anita estaba por echarse a reír. Todo lo que quería —dinero, poder, posición, fama, respeto— estaba en aquel maletín.

Era el dinero de Paul lo que le había permitido llegar hasta allí. Pero sería el suyo propio el que le permitiría seguir su camino. Estaba más lejos que nunca de aquella casa de Queens.

Inspirada, cogió su móvil para llamar al mayordomo y que tuviera preparado caviar y champán para cuando llegara, en la sala de estar.

—Buenas tardes, residencia Morningside.

—Soy la señora Gaye. ¿No te he dicho que quiero que sean Stipes o Fitzhugh quienes contestan al teléfono?

—Sí, señora Gaye, lo siento, señora Gaye. Pero el señor Stipes y el señor Fitzhugh están con la policía.

—¿Cómo con la policía?

—La policía está aquí, señora. Han traído una orden de registro.

—¿Es que has perdido el juicio?

—Sí, señora. No, señora. He oído que decían algo de una póliza de seguros y algunos objetos de Morningside. —La emoción se le notaba en la voz. Anita no podía saber que la joven se debatía entre reconocer que había estado escuchando detrás de la puerta y arriesgarse a que la despidieran o pasarle la información.

—¿Qué están haciendo? ¿Dónde están?

—En la biblioteca, señora. Abrieron su caja fuerte y encontraron sus cosas. Cosas que se suponía que habían robado en la tienda.

—Eso es ridículo. Es imposible. Es... —Y las piezas empezaron a encajar—. ¡Será hijo de puta! —Arrojó el teléfono a un lado y, con dedos temblorosos, abrió el maletín.

Dentro había tres peluches. A pesar de su ira, reconoció a Moe, Larry y Curly de los dibujos animados.

—No sé si sabrá ver la ironía de que le hayamos colocado los tres Stooges.

Gideon se acercó y le quitó a Cleo su trozo de pizza de la mano.

—Ha sido como estamparle un pastel en la cara. Eso seguro que lo entiende hasta ella.

—Nunca he entendido ese tipo de humor. Lo siento —dijo Tia cuando vio que los tres hombres la miraban—. Eso de meterle a la gente un dedo en el ojo o golpearle en la cabeza.

—Es cosa de hombres —le dijo Jack—. Ya deben de estar con ella en el centro —añadió consultando su reloj—. Sus abogados pueden hacer las filigranas que quieran, pero no podrán librarla de la acusación de fraude.

—¿Y Mikey?

Jack miró a Cleo.

—Jasper les habrá cantado la Biblia en verso. Es posible que un jurado dude de un hombre con su historial, pero las grabaciones en cinta confirmarán la relación. Si soldáramos todos esos eslabones, nos quedaría una bonita cadena para ponérsela al cuello. Era cómplice antes y después del crimen. Pagará por Mikey. Pagará por todo.

—Imaginarla con ese espantoso mono naranja (no le pegará nada con el pelo) me anima el día. —Cleo alzó su vaso—. Por nosotros.

—Ha sido increíble. —Gideon se puso en pie, desentumeció los hombros—. Tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—Tú no estás invitada. —Y se inclinó para darle un toquecito en la nariz—. Me llevo conmigo a Mal y mamá para poder tener la opinión de un hombre y una mujer sobre un anillo adecuado.

—¿Me vas a comprar un anillo? Oh, qué tradicional. —Se levantó de un salto para besarlo—. Entonces yo también voy. Debería elegirlo yo, puesto que soy quien va a llevarlo.

—Tú no vienes, y lo elegiré yo, porque soy quien te lo va a regalar.

—Qué rígido, pero creo que podré soportarlo.

—Bajaremos con vosotros. —Jack cogió a Rebecca de la mano—. Iremos al centro, a ver qué podemos sacarle a Bob. A mí quizá se me resiste, pero no podrá resistirse a una irlandesa.

—Buena idea. —Rebecca cogió su chaqueta—. Cuando terminemos, haremos reserva en algún restaurante escandalosamente caro. Tendremos la madre de todas las cenas de celebración. Pero antes ayudaremos a Tia a ordenar todo esto.

—No, no te preocupes. Prefiero saber lo que ha pasado. Y quiero ver el anillo de Cleo.

—Yo también. —Cleo se estiró en el sofá—. Tanto que hasta ayudaré a Tia a recoger. No te preocupes si es un poco chillón —le dijo a Gideon—. Creo que podré vivir con ello.

Cuando se quedó sola con Tia, Cleo se tumbó sobre el estómago y cruzó las piernas en el aire.

—Siéntate un momento. Ésas cajas de pizza no tienen prisa.

—Si me mantengo ocupada no se me hará tan larga la espera. ¿Sabes?, He comido más pizza en este último mes que en toda mi vida.

—Tú sigue conmigo y verás cómo descubres los placeres de la comida rápida.

—Nunca creí que me gustaría tener tanta gente en mi casa. Pero me gusta. Siento como si me faltara algo cuando no están.

—Me preguntaba si tú y Mal vais también a por todas.

—¿A por todas? —Miró las tres diosas, en pie entre botellas vacías y cajas de pizza—. Ya hemos ido a por todas, ¿no?

—No, me refería a eso de « hasta que la muerte nos separe ».

—Oh. No hemos hablado de eso. Supongo que está impaciente por volver a su casa, al negocio familiar, y pensar lo que va a hacer con su parte. Quizá después... quizá cuando pase un tiempo y esté más tranquilo hablaremos de...

—¿Cómo que un tiempo? —Cleo levantó a Cloto—. A mí me parece que a pesar de todo ese rollo del destino, a veces las cosas las tiene que hacer uno mismo. ¿Por qué no se lo pides?

—¿Que le pida qué? ¿Que... se case conmigo? No puedo. Se supone que me lo tiene que pedir él.

—¿Por qué?

—Porque es el hombre.

—Claro. ¿Y qué? Tú lo quieres, estás enamorada de él, pues díselo. Así

podremos celebrar una triple boda. Me parece que es así como todo esto estaba planeado.

—¿Que se lo diga? —La idea dio vueltas en su cabeza, hasta que se puso a negar—. No me atrevería.

Cuando el teléfono sonó, Tia llevó unas cajas vacías a la cocina y descolgó.

—¿Diga?

—¿Conque buscando información, eh, puta?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Perdone?

—¿Qué te ha prometido? ¿Amor eterno? ¿Dedicación? Pues no lo tendrás.

—No comprendo. —Volvió a toda prisa a la sala de estar y le hizo una señal a Cleo—. ¿Eres Anita?

—No te hagas la tonta conmigo. El juego se ha acabado. Quiero las estatuillas.

—No sé de qué hablas. —Ladeó el teléfono para que Cleo pudiera oír también con la cabeza pegada a la suya.

—Si no lo haces, tu madre lo va a pasar muy mal.

—¿Mi madre? —Tia se enderezó de una sacudida, aferrando instintivamente la mano de Cleo—. ¿Qué le pasa a mi madre?

—No se encuentra muy bien, en absoluto. ¿Verdad, Alma?

—Tia. —La voz sonaba débil, llorosa—. Tia, ¿qué está pasando?

—Dile lo que estoy haciendo en estos momentos, Alma, querida.

—Está... Tia, me está apuntando a la cabeza con una pistola. Creo que ha matado a Tilly. Oh, Dios mío, no puedo respirar.

—¡Anita! No le hagas daño. Ella no sabe nada. No tiene nada que ver con esto.

—Todo el mundo tiene que ver. ¿Está él contigo?

—No, Malachi no está aquí. Te lo juro, no está aquí. Estoy sola.

—Entonces ven, sola, a la casa de tu madre. Tendremos una agradable charla. Tienes cinco minutos, así que será mejor que corras. Cinco minutos, Tia, o la mataré.

—No lo hagas, por favor, haré todo lo que me pidas.

—Estás perdiendo el tiempo, y no te sobra precisamente.

Tia arrojó el teléfono a un lado.

—Tengo que irme. Tengo que darme prisa.

—Por Dios, Tia. No puedes ir allí. Solo no.

—Tengo que ir. No hay tiempo.

—Llamaremos a Gideon y a Malachi. Llamaremos a Jack —Cleo apartó a Tia de la puerta por la fuerza—. Piensa, maldita sea. Piensa. No puedes ir allí. Necesitamos a la policía.

—Tengo que ir. Es mi madre. Está asustada, y puede que herida. Sólo tengo

cinco minutos. Es mi madre —repetió, apartando a Cleo.

—Entretenla. —Cleo salió corriendo detrás de Tia—. Entretenla. Yo buscaré ayuda.

Tia decía la dirección de su madre en voz alta y corría. No sabía que pudiera correr tan deprisa, que pudiera deslizarse bajo la lluvia como una serpiente por el agua. Empapada, aterrada y muerta de frío, subió los escalones de la entrada de la casa de sus padres y levantó una mano para golpear la puerta. Empujó con el puño y vio que estaba abierta.

—¡Mamá!

—Estamos aquí, Tia. —La voz de Anita llegó desde el piso de arriba—. Cierra la puerta. Lo has conseguido, ¿sabes? Y te han sobrado treinta segundos.

—Mamá. —Vaciló al pie de la escalera—. ¿Estás bien?

—Me ha golpeado. —Alma se puso a llorar—. Mi cara, Tia, no subas. ¡No subas arriba! ¡Huye!

—No le hagas daño. Ya voy. —Tia se cogió con fuerza al pasamanos y empezó a subir.

Al llegar arriba se volvió y vio a Tilly tirada en el pasillo, mientras la sangre empapaba la moqueta que tenía debajo.

—¡Oh, Dios, no! —Y se abalanzó sobre Tilly para comprobar si aún tenía pulso.

Está viva, pensó casi llorando. Aún está viva, pero ¿por cuánto tiempo? Si entretenía a Anita lo bastante para que llegaran refuerzos, Tilly quizá se desangraría.

Estás sola. Se obligó a ponerse de pie. Y harás lo que haya que hacer.

—Tilly está malherida.

—Entonces tu padre tendrá que llamar a la agencia y buscar otra ama de llaves. Ven, Tia, antes de que empiece a salpicar este dormitorio demasiado rococó con la sangre de tu madre.

Sin perder el tiempo en una última plegaria, Tia entró. Vio a su madre atada a una silla. Y, detrás, Anita sujetando una pistola contra su sien magullada.

—Levanta las manos —le ordenó Anita—. Gira poco a poco. Mira —prosiguió cuando Tia obedeció—, no se ha parado ni a coger un chubasquero. Tanto amor filial.

—No llevo ningún arma. No sabría utilizarla.

—Lo creo. Estás mojada como un pollo. Entra del todo.

—Tilly necesita una ambulancia.

Anita arqueó las cejas y apretó el cañón del arma con más fuerza contra la sien de Alma.

—¿Quieres que sean dos?

—No. Por favor.

—Se presentó en casa —dijo Alma sollozando—. Tilly la dejó entrar. Estaba

subiendo para decírmelo cuando oí ese sonido tan horrible. Ha disparado a la pobre Tilly, Tia. Y luego entró aquí y me golpeó. Me ha atado.

—He utilizado fulares de Hermés, ¿no? Deja de quejarte, Alma. No sé cómo puedes aguantar a esta mujer —le dijo a Tia—. En serio, tendría que dispararle y hacerte ese favor.

—Si le haces daño, no tendré ninguna razón para ayudarte.

—Al parecer te juzgué acertadamente en cierto nivel. —Frotó el cañón del arma contra la mejilla exangüe de Alma—. Nunca hubiera imaginado que mintieras, engañaras, robaras.

—¿Cómo tú?

—Exacto. Quiero las diosas.

—Ellas no te ayudarán. La policía está en tu casa y tu negocio. Tienen órdenes de registro.

—¿Crees que no lo sé? —La voz de Anita se volvió tan aguda como un niño con una rabieta—. Te creíste muy lista al poner mercancía robada en mi caja fuerte. ¿Crees que me preocupa un pequeño fraude al seguro?

—Sabes que mataste a ese hombre. Asesinato en primer grado. Saben que trabajaba para ti cuando mató a Mikey. Cómplice de asesinato. —Tia avanzaba mientras hablaba—. Las diosas no te pueden ayudar.

—Tú tráemelas y yo ya me preocuparé de lo otro. Quiero las estatuillas y el dinero. Llama a ese irlandés cabrón y haz que vuelvan o la mataré a ella y luego a ti.

Nos matará a todos, pensó Tia. Incluso si se las pudiera entregar en aquel mismo momento, seguiría queriendo matarlos a todos. Y quizá, de alguna forma, encontraría donde esconderse.

—Él no las tiene. Las tengo yo —dijo cuando vio que Anita echaba la cabeza de su madre hacia atrás con ayuda del cañón—. Mi padre las quería. Ya sabes lo que eso supondría para él. Yo quería a Malachi. Así que te sacamos el dinero. Mi padre las comprará. Yo consigo a Malachi y Wyley ð consigue las diosas.

—Ya no.

—No. No quiero que le hagas daño a mi madre. Te traeré las estatuillas y mi parte del dinero. Y trataré de recuperar lo otro. Te traeré las estatuillas ahora mismo si dejas de apuntar a mi madre.

—¿No te gusta? ¿Y qué tal esto? —Anita apuntó la pistola al corazón de Tia.

Y, al ver la pistola apuntando a su hija, Alma se puso a gritar. En un gesto distraído, Anita la golpeó en la sien con el lado del puño.

—Cierra el pico o dispararé a las dos porque sí.

—No. No le hagas daño a mi Tia.

—No tienes que hacer daño a nadie. Te las traeré. —Lentamente, Tia fue hacia el tocador de su madre.

—¿No pensarás que soy tan idiota para creer que están ahí?

—Necesito la llave. Mamá guarda la llave de la caja fuerte ahí.

—Tía...

—Mamá. —Tía negó con la cabeza—. Ya no tiene sentido fingir. Ella lo sabe. No vale la pena morir por ellas. —Tía abrió el cajón.

—Cógelo, retrocede. —Gesticulando con el arma, Anita fue hacia allí mientras Tía permanecía junto al cajón abierto.

—Si hay una pistola, le dispararé a tu madre en la rodilla.

—Por favor. —Como si se tambaleara, Tía apoyó la mano en el tocador para recobrar el equilibrio y tocó un bote—. Por favor, no lo hagas, no hay ninguna pistola.

Anita utilizó su mano libre para tantear el cajón.

—Tampoco hay ninguna llave.

—Está ahí. Justo...

Cerró el cajón sobre la mano de Anita y le echó el contenido de la botella en la cara. La pistola se disparó, haciendo un agujero en la pared a un par de centímetros de la cabeza de Tía. En medio de los gritos —de su madre, de Anita, de ella misma—, Tía saltó.

La colisión con Anita la dejó sin respiración, pero no lo notó por el impulso de la adrenalina. Sí sintió en cambio una especie de emoción primaria al desgarrar la carne de la muñeca de Anita con las uñas.

Y olió la sangre.

La pistola se soltó, cayó al suelo. Las dos mujeres trataron de cogerla, Anita a ciegas, porque las sales que Tía le había echado en la cara le escocían en los ojos. Un puño le pasó rozando la mejilla y le hizo resonar los oídos. Su rodilla se clavó en el estómago de Anita, más por accidente que otra cosa.

Cuando sus manos se cerraron a la vez sobre la pistola, cuando rodaron por el suelo en una maraña de sudor y fiebre, Tía hizo lo único que se le ocurrió. Echó mano del pelo de Anita y tiró con rabia.

No oyó el cristal que se rompía cuando chocaron contra una mesa. No oyó los gritos que llegaban desde abajo, o el ajetreo de pies. Lo único que oía era la sangre en su cabeza, la furia y violencia primaria de todo aquello.

Por primera vez en su vida, estaba provocando un daño físico a alguien, y quería más.

—Has golpeado a mi madre —dijo entre jadeos y, utilizando la melena de Anita a modo de cuerda, le golpeó la cabeza contra el suelo una vez y otra vez.

Y entonces alguien tiraba de ella. Enseñando los dientes y con los puños preparados, Tía se debatió con la vista clavada en los ojos inyectados en sangre de Anita cuando perdía el conocimiento.

Gideon saltó sobre ella, cogió la pistola, y Malachi abrazó a Tía, que seguía peleando.

—¿Estás herida? Por Dios, Tía, estás cubierta de sangre.

—Le ha dado una patada en el culo. —Cleo sonrió—. Es que no lo ves, le ha dado una buena patada a su culo gordo y despreciable.

—Tilly. —La adrenalina desapareció y la dejó sintiendo las extremidades como plastilina. Su voz era débil, la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Ma está con ella. Está llamando a una ambulancia. Vamos, cariño, ahora vas a sentarte. Gideon, ayuda a la señora Marsh.

—Yo lo haré. Está asustada. —Tia permaneció en pie. Sus rodillas querían doblarse, las piernas querían ceder, pero dio un primer paso. El segundo fue más fácil.

—Salid de aquí, por favor. Sacad a Anita de aquí. Yo cuidaré de mi madre.

Rodeando el cuerpo inconsciente de Anita, Tia corrió a desatar a su madre.

—No te pongas histérica —le ordenó, besando su cara magullada mientras deshacía los nudos—. Te vas a tender un rato y te prepararé un té.

—Pensé que te mataría. Pensé...

—No lo ha hecho. Estoy perfectamente, y tú también.

—Tilly. Está muerta.

—No, te lo prometo. —Con suavidad, Tia ayudó a su madre a ponerse en pie—. Una ambulancia viene de camino. Ahora tumbate. Todo irá bien.

—Ésa horrible mujer. Nunca me ha gustado. Me duele la cabeza.

—Lo sé. —Tia apartó el pelo de la sien amoratada de su madre y la besó—. Te traeré algo para calmarlo.

—Tilly. —Alma aferró la mano de su hija.

—Estará bien. —Se inclinó y rodeó a su madre con sus brazos—. Todo irá bien.

—Has sido muy valiente. No sé cómo has podido ser tan valiente.

—Yo tampoco.

Para sorpresa de Tia, su madre insistió en ir al hospital con Tilly. Y demostró la misma voluntad cuando mandó a Tia a casa.

—Volverá locos a los médicos. Al menos hasta que mi padre llegue y la tranquilice.

—Ha demostrado tener un gran corazón —Eileen colocó una taza de té delante de Tia— al preocuparse más por su amiga que por cualquier otra cosa. Un buen corazón —añadió acariciando la mejilla dolorida de Tia— llega a donde tenga que llegar. Tómate tu té para que estés tranquila cuando hables con esos policías.

—Lo haré. Gracias.

Cerró los ojos cuando Eileen salía de la habitación y al volver a abrirlos se encontró mirando a Malachi.

—Nunca pensé que te haría daño. Nunca pensé que... y tendría que haberlo hecho.

—La culpa no es de nadie más que de ella.

—Mírate. —Le tomó el rostro entre las manos suavemente—. Tienes la mejilla magullada, arañada. No hubiera aceptado eso ni por todo el oro del mundo, ni por las diosas, ni por hacer justicia. No hubiera aceptado que nadie te hiciera un rasguño.

—Ella tiene más, y se los he hecho yo.

—Sí. —La hizo ponerse en pie para abrazarla—. Echándole sales de baño en los ojos. ¿A quién se le hubiera ocurrido sino a ti?

—Ya está, ¿verdad? ¿Ya se ha acabado?

—Ya está. Terminado.

—Entonces, ¿te vas a casar conmigo?

—¿Qué? —Él se apartó lentamente—. ¿Qué has dicho?

—Te he preguntado si te vas a casar conmigo.

Malachi dejó escapar una risotada, se pasó una mano por el pelo.

—Pensaba hacerlo si te parecía aceptable. Y estaba a punto de elegir un anillo cuando Cleo llamó por el móvil de Gideon.

—Pues vuelve y cómpralo.

—¿Ahora?

—Mañana. —Lo rodeó con los brazos y suspiró—. Mañana está bien.

EPÍLOGO

Cobh, Irlanda: 7 de mayo, 2003.

El muelle Deepwater se había conservado como en los tiempos del *Lusitania*, el *Titanic* y los grandes barcos que en otro tiempo surcaban las aguas que separaban Europa de Estados Unidos.

Allí, los buques nodriza de estos barcos esperaban para cargar el correo y los pasajeros que llegaban en el tren procedente de Dublín, que con frecuencia llegaba tarde.

Aunque el muelle aún funcionaba como estación de tren, el Cobh Heritage Centre, con sus exposiciones y tiendas, se extendía por la terminal principal. Se había hecho un añadido para instalar un pequeño museo. Con seguridad Burdett. La pieza principal de la exposición eran las tres diosas del destino.

Destellaban tras su vitrina protectora mirando a los rostros —y tal vez las vidas— de quienes pasaban a verlas y estudiarlas.

Estaban unidas por la base, sobre un pedestal de mármol, sobre el que había colocada una placa de bronce.

LAS TRES DIOSAS DEL DESTINO
CEDIDAS POR
LA COLECCIÓN SULLIVAN-BURDETT
EN MEMORIA DE
HENRY W. Y EDITH WYLEY
LORRAINE Y STEVEN EDWARD CUNNINGHAM III
FELIX Y MARGARET GREENFUELD
MICHAEL K. HICKS

—Está bien. Está bien que su nombre esté ahí. —Cleo contenía las lágrimas —. Está bien.

Gideon le pasó el brazo por el hombro.

—Está bien. Hemos hecho lo que hemos podido por arreglarlo.

—Estoy orgullosa de ti. —Rebecca cogió su brazo al Jack—. Estoy orgullosa de estar aquí a tu lado como tu mujer. Podías habértelas quedado para ti.

—No. Te he conseguido a ti. Una diosa es suficiente para cualquier hombre.

—Buena respuesta. Es hora de que vayamos al cementerio ¿Cleo?

—Sí. —Pasó los dedos por el cristal, bajo el nombre de Mikey—. Vamos.

—Nosotros vamos enseguida —dijo Malachi—. Abróchate. —Y empezó a abrocharle los botones a la chaqueta de Tia—. Hace mucho viento.

—No te pongas así. Estamos bien.

—Los futuros papas pueden ponerse como quieran. —Le puso una mano en el vientre—. ¿Estás segura de que quieres caminar?

—Sí. Es bueno para los dos. No puedo pasar los próximos seis meses en una burbuja.

—Mira lo que dices. Hace menos de un año te protegías de cualquier germen habido y por haber.

—Eso era entonces. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Es un tapiz. Los hilos que forman una vida. Me gusta ver que el patrón de la mía está cambiando. Me gusta estar aquí y ver algo que nosotros hemos ayudado a hacer salir a la luz.

—Tú eres la luz, Tia.

Satisfecha, Tia puso su mano sobre la de él.

—Hemos hecho justicia. Anita está en la cárcel, seguramente para el resto de su vida. Las diosas están unidas, como debe ser.

—Y nosotros.

—Y nosotros.

Ella le tendió la mano y se sintió irrazonablemente fuerte cuando él la tomó. Alcanzaron a los otros y subieron por la larga colina bajo el viento de mayo.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, « la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo» . Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.

Notas

[1] El lector debe recordar que Moira y destino se dicen igual en inglés, *fate*. (*N. de la T.*) <<

[2] Expresión popular para designar Australia, supuestamente situada por debajo de Inglaterra en el globo. (*N. de la T.*) <<

[3] Así en el original. (*N. de la T.*) <<